

JAMES JOYCE

ULISES

Vol. 1

Traducción y prólogo de
José María Valverde

EDITORIAL LUMEN

Ulises
PALABRA EN EL TIEMPO
112

COLECCIÓN
DIRIGIDA POR ANTONIO VILANOVA
SERIE DE NOVELA

Título original:
Ulysses

Publicado por Editorial Lumen,
Ramón Miquel y Planas, 10 – Barcelona.
Reservados los derechos de edición
para todos los países de habla española.

Primera edición: 1976

© de la edición original: The Estate of James Joyce, 1922

Depósito Legal: B. 14542-1976 (I)
ISBN: 84-264-1996-8 (Obra completa)
ISBN: 84-264-1112-6 (Tomo I)
Printed in Spain

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos más oferta en libros digitales, y sobre todo que los precios sean razonables.

PRÓLOGO

La mejor manera de leer *Ulises* sería zambullirse directamente en sus páginas, dejándose llevar por el poderío musical y ambiental de su palabra, y encomendando confiadamente sus oscuridades a la esperanza de una gradual familiarización con la obra. Sólo para la relectura —esencial, como en toda gran cima de la literatura universal— sería ya plenamente lícito utilizar informaciones y referencias externas. De hecho, lo relatado en *Ulises* es sencillísimo, y aun vulgar: la dificultad del libro radica en que su autor, como gran poeta que es, aunque en prosa, tiene una viva memoria verbal —incluso auditiva—, y no sólo incorpora las innumerables asociaciones lingüísticas que hay en su mente —citas literarias, trozos de óperas, canciones, vocablos extranjeros, chistes y juegos de palabras, términos teológicos y científicos, etc.—, sino que supone que su lector ha de tener el mismo don de buena memoria —aparte de que, lo que ya es demasiado pedir, ha de poseer su mismo archivo de recuerdos sonoros. Y ese requerimiento de buena memoria verbal es hoy día aún más aventurado que cuando se escribió *Ulises*: la educación y la técnica contemporáneas están debilitando y desprestigiando la memoria —sobre todo en cuanto memoria verbal. Ya los niños no aprenden versos de memoria en la escuela, y se considera elegante, y aun típico de un intelectual, presumir de mala memoria (nadie presume de mala inteligencia, en cambio).

A cada momento, en efecto, hay en *Ulises* frases y expresiones cuyo sentido radica en que son repeticiones o parodias de alguna frase que apareció antes —a lo mejor, quinientas páginas antes. Por supuesto, esto resulta más grave en el lenguaje en sordina de una traducción, aun suponiendo que el traductor, por su parte, tenga suficiente memoria verbal como para haber reconocido la repetición en el original. Y no le era dado al traductor —ni para este problema, ni para ningún otro de los muchos que hay en *Ulises*— recurrir a las notas a pie de página: una traducción de *Ulises* no puede llevar notas porque, en caso de darlas con un mínimo de homogeneidad informativa, alcanzarían mayor extensión que el texto mismo (sólo para las alusiones literarias existe un índice de más de quinientas páginas: Weldon Thornton, *Allusions in "Ulysses"*, Nueva York, 1973). El lector ha de suponer que en cualquier momento Joyce puede estar citando o caricaturizando un texto previo —que ni siquiera reconoce la inmensa mayoría de los lectores de lengua inglesa. En otro sentido, tampoco hubiera valido la pena poner la nota de “En español en el original” en los casos en que van aquí en cursiva palabras por lo demás normales —especialmente claro es el caso cuando se reproducen en forma gramaticalmente incorrecta.

Tampoco había verdadera necesidad de poner nota en el caso de los innumerables juegos de palabras: a veces, se ha logrado reproducir el juego en español, o sustituirlo por otro parecido; otras veces, ha habido que dejarlo perder; en algunos casos, había que mantener a toda costa el juego de palabras como tal, porque luego reaparecería como *leit-motiv*, pero, a la vez, no se encontraba un chiste equivalente: entonces se ha dejado el juego en inglés, acompañándolo de su versión literal y sin gracia, para que el lector sepa a qué atenerse (al fin y al cabo, Cortázar y Carlos Fuentes nos han acostumbrado a los juegos de palabras en inglés en boca de hispanohablantes). Al final del libro, en Apéndice, para quien quiera entretenerse en semejantes crucigramas, se incluye el esquema de interpretación simbólica que trazó el propio Joyce para uso de amigos, pero prohibiéndoles que lo publicaran: hubo siempre un conflicto entre el Joyce creador —narrador poético y musical de la sencilla realidad humana en su Dublín familiar— y el Joyce aficionado a los juegos de palabras, los paralelismos y los simbolismos historicoculturales, que serían pedantescos si no fueran humorísticos. Djuna Barnes cuenta que, en vísperas de la publicación de *Ulises*, James Joyce le confió, en el café Les Deux Magots: “Lo malo es que el público pedirá y encontrará una moraleja en mi libro, o peor, que lo tomará de algún modo serio, y, por mi honor de caballero, no hay en él una sola línea en serio”.

Aquí, en estas páginas de información previa, procuraremos atenernos a lo directamente dado en *Ulises* y a la circunstancia histórica en que surge y que retrata, reduciendo a su mínimo inevitable las referencias homéricas (en rigor, sólo presentes en el título de la obra: los títulos de alusión a la *Odisea* que presidían los capítulos publicados en revistas, fueron suprimidos en el libro). Sabemos que Joyce recomendaba a sus amigos que releyeran despacio la *Odisea* antes de abordar *Ulises*, pero no hay ninguna razón para que las referencias externas aconsejadas por un autor sean realmente convenientes para la lectura. Más bien parece obvio que al lector de *Ulises* le conviene conocer una buena parte de la obra anterior de James Joyce, es decir, *Dublineses*, como estampas de ambiente y presentación de algunas de las figuras de *Ulises*, y, sobre todo, *A Portrait of the Artist as a Young Man*, que en la memorable traducción de Alfonso Donado (Dámaso Alonso) se tituló *El artista adolescente*, pero cuyo título quizá convenga entender poniéndolo dentro de la terminología de la historia del arte, algo así como *Retrato del artista joven* o *Autorretrato juvenil*. Casi cabe considerar el *Autorretrato* como el primer volumen de *Ulises*: su protagonista, Stephen Dedalus, contrafigura del autor (en su juventud), será protagonista de los tres primeros capítulos y del noveno de *Ulises* y deuteragonista de algunos de los restantes, en contrapunto con Leopold Bloom, “autorretrato” de un posible y malogrado “artista ya no joven” y ya no artista —autocaricatura, en realidad, del Joyce maduro.

Pero con esto estamos preludiando ya la apoyatura informativa que, en todo caso, no le viene mal tener al lector de *Ulises*, bien sea para usar antes de la

lectura, o, mejor, después, en recapitulación preparatoria a la relectura, o, aún mejor, nunca, simplemente sabiendo que está ahí y la podría consultar si quisiera. Tras la información sucinta sobre la circunstancia histórica, vida del autor, y génesis de *Ulises*, damos una síntesis de los capítulos de la obra, a modo de plano o guía: por cierto que, al aludir a los capítulos, lo haremos siempre mediante su número de orden, puesto entre corchetes, ya que el autor no los numeró, y, en el libro, apenas indicó su separación, sino que sólo los agrupó en tres secuencias: 1, que comprende los capítulos [1] a [3]; 2, de [4] a [15]; y 3, de [16] a [18]. Es de notar cómo van creciendo en extensión los capítulos: así, los tres primeros, sumados (o sea, toda la secuencia 1) no equivalen ni a la mitad de la extensión del capítulo [15]. Los críticos acostumbran a designar las tres secuencias y los dieciocho capítulos de *Ulises* por sus respectivas referencias a episodios o entidades de la *Odisea*, según hizo Joyce al publicar en revista algunos de esos capítulos. Pero, como ya se advirtió, Joyce suprimió esos títulos en el libro, por lo que preferimos indicarlos sólo de pasada en estas informaciones previas, para no imponer demasiado al lector tal referencia clásica —a veces, como se señalará, traída por los pelos. Después, en el cuerpo del libro mismo, también nos hemos permitido añadir esos números entre corchetes en la cabecera de los capítulos para que el lector pueda hacer más fácil uso de las informaciones que aquí ofrecemos, si es que así lo desea.

Ulises cuenta lo que les ocurre a esos dos personajes de James Joyce — Stephen Dedalus y Leopold Bloom— en Dublín, desde las 8 de la mañana del jueves 4 de junio de 1904 hasta las 2 de la madrugada siguiente (las tres primeras horas, por separado, duplicando el relato), con un apéndice, desde las 2 hasta alrededor de las 3 de esa madrugada, en la mente en duermevela de Molly Bloom, esposa de Leopold. La ciudad y la vida del autor, pues, forman el material del libro: un material que Joyce hace maravillosamente perceptible a sus lectores, pero sin duda contando con que éstos supieran de su propio mundo más de lo que cabe pedir que sepa un lector hispano actual. Aunque Joyce no se propone hacer “novela social”, su Dublín resulta tan palpable como el Londres de Dickens o el París de Balzac o el de Zola: sin ánimo especial de exponer luchas por el dinero y el poder —o, simplemente, la subsistencia—, como los clásicos de la novela decimonónica, nos sumerge directamente en la sensación de las estrecheces de la pequeña clase media dublinesa, con el alcohol, la música —y, tal vez, la mujer— como únicas aperturas de evasión y olvido. Ciertamente que esto, que hubiera sido suficiente para otros novelistas, en Joyce no es más que el telón de fondo, pero también cuenta mucho como tal.

Irlanda era entonces —con poco más de cinco millones de habitantes— parte del Reino Unido británico, bajo una peculiar autonomía presidida por un virrey que residía en “el Castillo”: su comitiva recorre las calles en los capítulos [10] y [11]. En comparación con la gran expansión económica inglesa durante el siglo XIX, Irlanda había quedado rezagada —salvo en el Ulster, la zona del

nordeste que no se independizaría de Inglaterra y que aún es famosa por la endémica guerra civil que los medios informativos presentan como guerra religiosa entre católicos y protestantes, callando el hecho de que aquéllos sean la clase oprimida y éstos la opresora. La secular miseria irlandesa no se había resuelto más que a medias durante el siglo XIX —uno de sus más sólidos progresos fue la difusión de la patata como alimento humano (es curioso que Leopold Bloom lleve siempre en el bolsillo, como talismán heredado de su madre, una pequeña patata vieja y arrugada). La emigración a Norteamérica, en los famosos “barcos-ataúd”, tomaba caracteres desesperados en los años de mala cosecha de patata (una de las informaciones de la prensa dublinesa del 16 de junio de 1904, aludida en *Ulises*, es la vista judicial de una estafa prometiendo pasaje barato al Canadá).

En Irlanda, dejada así atrás por Inglaterra, como proveedora de productos agrícolas y ganado, crece durante el siglo XIX un movimiento autonomista que llega a adquirir gran energía en los años ochenta bajo el liderazgo de Charles Stewart Parnell —uno de los *leit-motives* de *Ulises*: su hermano sobreviviente, John, aparece en varios capítulos, y en el [16] Leopold Bloom recuerda cómo, en su juventud, conoció al gran jefe en una revuelta, con asalto a un periódico, y le recogió el sombrero que se le cayó en la refriega. El proyecto de reconocimiento legal de la autonomía irlandesa (*Home Rule*) fue aprobado en 1886 por la Cámara de los Comunes, pero no por la de los Lores, a pesar del apoyo del *premier* Gladstone: por otra parte, Parnell cayó en desprestigio al ser llevado a los tribunales por un marido ofendido. El clero, y muchos de sus secuaces, le abandonaron —se alude a ello repetidamente en *Ulises*—, pero al morir poco después Parnell, se difundió la leyenda de que no había muerto sino que esperaba el retorno en el destierro, y en su tumba (descrita en [6]) se había enterrado un ataúd lleno de piedras.

El partido autonomista se desvaneció con Parnell, reemplazándole varias fuerzas: ante todo, la tan mencionada en *Ulises*, los del Sinn Féin (“Nosotros Solos”, en lengua vernácula), inicialmente de carácter no-violento y pequeño-burgués; el laborismo irlandés, que quería extender las agitaciones de protesta hacia el proletariado urbano y rural; la hermandad secreta Irish Republican Brotherhood; y, como movimiento intelectual y literario, la Gaelic League, que afluye a la gran reviviscencia del teatro y la lírica irlandesa —en lengua inglesa, sin embargo, principalmente—, que tuvo en Lady Gregory su principal promotora y en W. B. Yeats su más característico y alto poeta —sin olvidar a A. E. (George Moore), presentado sarcásticamente en [10]. (La tragedia de este movimiento literario fue que sus figuras más sólidas se ausentaran del país: G. B. Shaw, para triunfar en Londres; el propio Joyce, como exilado voluntario en el Continente.)

En 1904, cuando se desarrolla la acción de *Ulises*, los movimientos irlandeses no habían alcanzado aún su punto de ebullición, pero en 1916, a los dos de los ocho años que tardó Joyce en escribir *Ulises*, se produce una rebelión

armada que es dominada por las fuerzas británicas, ajusticiando a sus jefes, pero que hace evidente la imposibilidad de mantener el estado de cosas frente al crecimiento de los laboristas y los cada vez más radicalizados Sinn Fein. En las elecciones de 1918 triunfa el Sinn Fein, flanqueado y desbordado por la aún hoy famosa I.R.A.: a fines de 1921, Inglaterra accede a dar a Irlanda una independencia apenas vinculada por la condición llamada de *Dominion*. En 1949, Irlanda se separaría incluso de la Commonwealth.

James Joyce no sólo no se identificó con el nacionalismo irlandés sino que lo atacó de modo sarcástico y a veces brutal. Dentro de *Ulises*, tal actitud tiene su condensación más extremosa en [12], caricatura de un innominado “Ciudadano”, monomaniaco exaltador de lo irlandés, en contraste con Bloom, que, hijo de un judío húngaro y desarraigado incluso de su propia raza, resulta un verdadero apátrida, mirado con recelo y distanciamiento por los dublineses, por más que proclame que su patria es Irlanda. En ese capítulo, la fantasía sobre la ejecución del joven rebelde irlandés resulta quizá demasiado cruel si se piensa que se escribió después de la ejecución de los jefes rebeldes de 1916.

No es extraño que James Joyce haya tenido en su propio país una mala prensa que todavía colea: desde 1904, como veremos en seguida con más detalle, abandona Irlanda, para volver sólo en alguna visita ocasional, hasta 1912: morirá, en 1941, sin haber vuelto a poner los pies en Irlanda —y sólo muy fugazmente en Inglaterra. Pero esa falta de sentido nacionalista está en significativo contraste con su monomaniaca obsesión —a la vez amor y odio— por Dublín, tema único de toda su vida.

James Augustine Joyce nació el 2 de febrero de 1882 en las afueras de Dublín — en Rathmines. Vale la pena anotar esa fecha — la Candelaria — porque en ella, cuarenta años exactos después, recibiría Joyce los primeros ejemplares de *Ulises*, enviados urgentemente por medio de un maquinista de tren para que le llegasen en el día de su cumpleaños; vale la pena anotar también su segundo nombre porque él le añadiría en su confirmación el de Aloysius (Luis Gonzaga), como buen escolar que era entonces de los jesuitas —entre 1888 y 1891, en el colegio Conglowes. Por dificultades económicas, el padre de Joyce, John Stanislaus —retratado en *Autorretrato* y *Ulises* como Simon Dedalus—, trasladó a James a otro colegio más modesto —humillante episodio que Joyce silenció siempre, pero que da materia al primer trozo de [10], con la actitud condescendiente del jesuita Conmee ante los chicos de las Escuelas Cristianas. El P. Conmee, figura real, fue profesor de Joyce en Conglowes, y pasó luego de rector a la escuela media jesuítica Belvedere, donde hizo entrar a Joyce como becario. Joyce declararía siempre deber a sus educadores jesuitas el entrenamiento en “reunir un material, ordenarlo y presentarlo”: de hecho, para bien o para mal, lo que recibió de los jesuitas fue tan vasto y complejo, que no sería arbitrario decir que la obra joyceana es la gran contribución — involuntaria, y aun como tiro salido por la culata — de la Compañía de Jesús a

la literatura universal. Y no pensamos ahora en la crisis de fe y la problemática moral, entretejida con disquisiciones sobre el pensamiento estético de Santo Tomás de Aquino, en *Autorretrato*: ateniéndonos a *Ulises*, aparte de la inmensa masa de material teológico y litúrgico que utiliza Joyce sin el menor compromiso religioso ni antirreligioso, cabría decir que se trata de un examen de conciencia al modo jesuítico, llevado hasta el último extremo, sólo que, claro está, sin “dolor de corazón” ni “propósito de enmienda”. Pues el más típico examen de conciencia jesuítico es —como *Ulises*— el repaso de un día, al terminarlo, asumiendo uno mismo la acusación y la defensa —si por un lado con exhaustivo rigor, por otro lado con flexibilidad casuística, atendiendo a atenuantes—, pero no la valoración ni el juicio —que se dejan “tal como esté en la presencia de Dios”—: es decir, obteniendo el “relato” como cabría decirlo ante un confesor, proceso tan literario como psicológico. Conviene dejar al menos insinuado este tema, porque empieza a resultar un poco añejo ya, incluso para católicos, después del Concilio Vaticano II, y con la actual crisis de los jesuitas como pedagogos por excelencia del catolicismo.

Los jesuitas de Belvedere, aplaudiendo a su escolar James Joyce por su brillantez retórica y literaria, y sin llegar a darse cuenta, al final, de su radical crisis de fe y moral, contribuyeron a que su padre, aunque rodando por una pendiente de sucesivos desastres económicos, enviara a James al *college* católico de la Universidad de Dublín (University College), cuyo primer rector había sido el Cardenal Newman —para Joyce, el mejor prosista inglés— y donde había enseñado lenguas clásicas aquel jesuita Hopkins que después de su muerte sería conocido como gran poeta. En 1902 llegó a ser Joyce Bachelor of Arts —“Licenciado en Letras” diríamos aproximadamente—, y, flanqueado por su brillante hermano Stanislaus —también hombre literario, luego eficaz ayudador en su vida práctica, y, tras la muerte de James, autor de un libro de memorias *My Brother's Keeper*—, empezó a tomar parte, con polémica arrogancia, en la vida literaria dublinesa. Su primera publicación, en una revista londinense, fue un elogio a Ibsen, escándalo de la época (aprendería el dano-noruego para leerle mejor, como Unamuno): además, atacó el nacionalismo, para él de vía estrecha, del Irish National Theatre, la más sagrada de las vacas del movimiento nacionalista irlandés. Ya licenciado en Artes, Joyce sondea vagamente otras carreras más prácticas: elige estudiar medicina, pero, significativamente, no en la facultad dublinesa, sino en París, a donde se traslada en otoño de 1902. Fracaso y regreso son inmediatos: vuelve, sin embargo, a París, a fines de 1902, con el proyecto de vivir de corresponsalías y colaboraciones, así como de clases particulares: de hecho, la mayor parte de su tiempo se repartió entre lecturas literarias en la biblioteca Sainte-Geneviève y las visitas a lugares menos santos —de todo lo cual hay frecuentes ecos en *Ulises*. Un telegrama le hace volver junto a su madre, que muere en agosto de 1903, de cáncer de hígado ([1]). En 1904 entra Joyce en su *anno mirabili*; el 7 de enero escribe un largo ensayo autobiográfico, *A Portrait of the Artist*, que, al no poder publicar, convierte en

algo con pretensiones de novela, *Stephen Hero*, a su vez transformado en el *Retrato* propiamente dicho —el episodio final de *Stephen Hero*, eliminado en esta metamorfosis, será reabsorbido en el comienzo de *Ulises*. Además, Joyce escribe entonces numerosas poesías —luego incluidas en el librito *Chamber Music*—, publica *Las hermanas*, primera de las estampas de *Dublineses*, y, sobre todo, conoce por la calle a una criada de hotel, que va a ser la compañera de su vida: Nora Barnacle (y si el nombre Nora era ibseniano, resulta muy joyceano que *barnacle* sea ‘lapa’ y ‘percebe’, buenos símbolos de la adhesión fidelísima y paciente con que aquella inculta e importante mujer supo siempre aguantar y ayudar a su difícil compañero, cuya obra no leyó jamás). James Joyce pone pronto a prueba a su amada dándole la imagen más intranquilizadora de sí mismo, en una carta:

...conviene que conozcas mi ánimo en la mayor parte de las cosas. Mi ánimo rechaza todo el presente orden social y el cristianismo —el hogar, las virtudes reconocidas, las clases en la vida y las doctrinas religiosas. ¿Cómo podría gustarme la idea del hogar? Mi hogar ha sido simplemente un asunto de clase media echado a perder por hábitos de derroche que he heredado. A mi madre la mataron lentamente los malos tratos de mi padre, años de dificultades, y la franqueza cínica de mi conducta. Cuando le miré a la cara, tendida en el ataúd —una cara gris, consumida por el cáncer—, comprendí que miraba la cara de una víctima y maldije el sistema que la había hecho ser víctima. Éramos diecisiete en la familia. Mis hermanos y hermanas no son nada para mí. Sólo un hermano [Stanislaus] es capaz de comprenderme. Hace seis años dejé la Iglesia Católica odiándola con el mayor fervor. Encontraba imposible para mí seguir en ella a causa de los impulsos de mi naturaleza. Le hice la guerra en secreto cuando era estudiante y rehusé aceptar las posiciones que me ofrecía. Con eso, me he hecho un mendigo pero he conservado mi orgullo. Ahora le hago la guerra abiertamente con lo que escribo y digo y hago. No puedo entrar en el orden social sino como vagabundo. He empezado a estudiar medicina tres veces, derecho una vez, música una vez. Hace una semana estaba arreglando marcharme como actor ambulante. No pude poner energía en el plan porque no dejabas de tirarme del codo...

(Es curioso que el rompimiento de Joyce con el catolicismo se planteara a nivel meramente ético —y aun biológico— y no doctrinal: luego, en la época de *Ulises*, Joyce será fríamente neutral ante lo cristiano y lo religioso en general, sólo atento a usarlo a efectos de lenguaje —y, por un malentendido estético e intelectual, concediendo siempre preferencia al catolicismo, “absurdo coherente”, sobre el protestantismo, “absurdo incoherente”. En otro orden de convicciones, Joyce se consideró inicialmente socialista —y no sólo por esperanzas de un Estado que subvencionara a escritores y artistas—: luego perdió todo interés por lo político —en [17], a través de Bloom, su interés por las mejoras de la sociedad estará enfriado por la convicción de que la humanidad siempre lo echará a perder todo con sus tonterías, “vanidad de vanidad”).

Pero cerremos este paréntesis y volvamos a la primavera de 1904: la carta que citábamos es del 29 de agosto: el 16 de junio había sido la primera vez que

James y Nora salieron a dar un paseo nocturno, y ésa sería la fecha del día de *Ulises* —*Bloomsday*, se le suele llamar, a la vez como alusión al protagonista, señor Bloom, y al *Doomsday*, Día del Juicio—; fecha conmemorada hoy día por algunos joyceanos con ritos tales como comer un riñón de cerdo con el desayuno de té y tostadas ([4]). Sin embargo, en “reorganización retrospectiva” —frase también dilecta en *Ulises*—, Joyce trasladará a esa fecha algo que de hecho ocurrió en septiembre, y que, adscrito a la personalidad de Stephen Dedalus, forma el episodio inicial de *Ulises*: con su amigo el estudiante de medicina y alevín literario Oliver St. John Gogarty (en *Ulises*, Buck Mulligan) y un estudiante inglés interesado en la lengua y las tradiciones irlandesas (Trench: Haines en el libro), se instaló, cerca de Dublín, en una de las torres llamadas “Martello”, fortificaciones cilíndricas construidas en 1804, en número de varios centenares, por las costas británicas, contra posibles desembarcos napoleónicos, y entonces, un siglo después, cedidas en barato alquiler a quien tuviera la humorada de meterse en tales construcciones. Por lo que se puede ver en [1], la idea de los jóvenes era establecer en esa redonda morada el *ómphalos*, el ombligo de una gestación cultural, una helenización de Irlanda con signo anticasticista. Pero la convivencia no duró más que una semana, y, según se alude en el libro, terminó literalmente a tiros, dirigidos contra unas cacerolas que colgaban sobre la cabecera de Joyce. Gogarty fue luego importante médico y ocasional escritor —autor subterráneo de poesías irreverentes y/u obscenas, como la “Balada del Jovial Jesús”, algunas de cuyas estrofas vemos recitar a Buck Mulligan en [1]: en *Ulises*, además de propenso al humor impío, aparece como el Judas traidor a Stephen Dedalus —a quien deja a la intemperie, sin llave ni posibilidades de volver a la torre Martello, después de pelearse a puñetazos con él, en episodio no presentado directamente en *Ulises*, pero aludido en [15] y [16]. En la vida real, Joyce atribuyó a instigaciones de Gogarty cierto episodio posterior, uno de los más amargos de su vida: la calumniosa pretensión de cierto común amigo de haber disfrutado de los favores de Nora mientras ésta empezaba a salir con Joyce. Su *vendetta* literaria contra Gogarty fue eternizarle en forma de Buck Mulligan.

Pero, volviendo a junio de 1904, seis días después de su primer paseo con Nora, y al parecer todavía sin ánimo de guardarle a ésta fidelidad corporal, Joyce tuvo otra aventura nocturna cargada de porvenir: al dirigirse a una muchacha —“en vocativo femenino”, dirá en [15]— su miopía no le dejó advertir que iba seguida por un acompañante militar, que le derribó de un puñetazo. De su desplome le ayudó a salir —“de la manera más ortodoxamente samaritana” [16]— cierto judío famoso por las infidelidades de su mujer. Más adelante, Joyce, estando en Roma, como empleado bancario, entre julio de 1906 y febrero de 1907, pensó utilizar este episodio para una nueva estampa de la serie *Dublineses*, bajo el título *Ulises*: un noctámbulo, vagabundo como *Ulises*, vuelve a su Ítaca doméstica con ayuda de un judío. La tentación de la caricatura cultural y literaria era muy fuerte: el Judío Errante se hermana con el Griego

Navegante para salvarle y restituirle a su *ómphalos*: la síntesis cultural judeo-helénica, etc. etc. Pero quizá ese mismo título, *Ulises*, sacaba el proyectado relato fuera del punto de vista inmediato y directo de *Dublineses*: el hecho es que Joyce lo dejó en su memoria hasta que se convirtió en el germen de su libro, donde se sitúa hacia el final de [15].

En septiembre de 1904, James Joyce, desahuciado de la torre Martello, peleado con los devotos del renacimiento cultural irlandés, y terriblemente —pero aún castamente— apasionado por Nora, decidió marcharse de Irlanda de cualquier modo, llevándose sólo a su amada. Por un anuncio de un agente, creyó encontrar un empleo enseñando inglés en la Berlitz School de Zürich, a donde llegó, con la ya definitiva compañía de Nora, sin preocuparse de formalizaciones matrimoniales —que no tendrían lugar hasta 1931, siendo ya mayores sus dos hijos, el bajo cantante Giorgio y la artista demente Lucia. Llegados a Zürich, resultó que no había tal empleo: sí lo había, en cambio, en la Berlitz School de Pola, la ciudad adriática entonces austrohúngara, luego italiana, hoy yugoslava. Poco después, Joyce mejoró ligeramente pasando a la cercana Trieste, donde también fue a enseñar su ayudador hermano Stanislaus —y una hermana, que se casó con un banquero austríaco. Por suerte, James Joyce, siempre gran lingüista, hablaba ya fluidamente el italiano, aprendido por gusto con un jesuita en Dublín: un elemento más de su gradual apego a Trieste. El italiano fue el idioma de la familia Joyce, incluso cuando se trasladaron luego a Zürich y a París: en italiano serían las desesperadas conversaciones de Joyce con su hija Lucia cuando ésta fue hundiéndose, en Francia, en una progresiva demencia a la que quizá contribuyeron su atmósfera de desarraigo, su identificación con su padre y la bizquera que estropeaba su belleza —alguien habla, pero no parece comprobado, de una tragedia sentimental, un fracasado amor, en París, por el gran discípulo de su padre, Samuel Beckett.

En Trieste, Joyce se encontró en gran estrechez económica: mientras tanto, su lanzamiento editorial tropieza con dificultades: *Dublineses* había sido aceptado por un editor de Londres, pero no se publica por diversos tabús —miedo a reacciones locales, puritanismos británicos, y sobre todo, temor por algunas alusiones a la realeza. En 1912 son quemados sus ejemplares ya impresos, y no saldrá hasta 1914, con otro editor.

Mientras tanto, en 1905, ha nacido su hijo, Giorgio. Entre 1906 y 1907, según se indicó, Joyce intentó consolidar su posición trabajando en un banco en Roma, pero le ahogaba el empleo oficinesco, y volvió a su ya imprescindible Trieste, donde, ese mismo año 1907, nació su hija Lucia, en el pabellón de pobres del hospital, mientras Joyce estaba gravemente enfermo con fiebres reumáticas —tal vez por infecciones dentales que, con su afición constante al alcohol, contribuyeron al mal estado de sus ojos, a la larga, casi ceguera. También en 1907 se publica en Londres la primera colección de versos de Joyce, *Chamber Music*, no sin vacilaciones de última hora del autor, que se da cuenta de lo

atrasadas que quedan esas poesías al lado de sus empeños narrativos de entonces.

Entre 1909 y 1912, Joyce hace tres viajes a Irlanda, uno de ellos con un proyecto práctico digno del señor Bloom, pero que efectivamente hubiera podido sacarle de su pobreza: establecer una sala de cine, la primera de Dublín —Cine Volta—, un buen negocio si Joyce se hubiera quedado atendiéndolo en Dublín. Pero regresó a Trieste, donde, en 1912, la familia Joyce se habría visto puesta de patitas en la calle de no ser por los préstamos del buen hermano Stanislaus. Algo mejora luego la posición de Joyce al obtener una cátedra de inglés en la escuela comercial Revoltella —que, después de la guerra, sería parte de la Universidad de Trieste, *my revolver University*, diría Joyce, jugando con *rivoltella*, “revólver”. También publica algunos artículos sobre la cuestión irlandesa en el periódico local *Il Piccolo*, escritos en su atildadísimo italiano, y da varias conferencias públicas —notables las dedicadas a su predilecto Daniel Defoe, y a Blake. También da clases particulares, a veces a alumnos de gran categoría personal: así, a un gran industrial judío, Ettore Schmitz, al cual y a su mujer —que luego sería la Anna Silvia Plurabelle de *Finnegans Wake*—, les leyó un día Joyce el relato final de *Dublineses*. Schmitz, impresionado por la calidad literaria de su *mercante di gerundi*, como le llamaba, le confió que había publicado hacía tiempo dos novelas que no habían tenido ningún eco, *Una vita* y *Senilità*, bajo el seudónimo —el lector ya habrá caído en la cuenta— de Italo Svevo. Joyce, después de leerlas, citó de memoria con elogio algunos pasajes, afirmando que ni el mismo Anatole France los mejoraría. Schmitz, estimulado, volvió al ejercicio de la literatura, publicando unos años después *La coscienza di Zeno*, que Joyce, entonces en París, hizo leer a su propio “lanzador”, Valéry Larbaud, obteniendo el aplauso no sólo de éste, sino, a través de éste, de Eugenio Montale, con lo que Italo Svevo empezó a contar para la conciencia literaria italiana.

Otro hecho, al que acabamos de aludir, iba tomando creciente importancia en la vida de Joyce: desde siempre dado a la bebida, como buen dublinés, adopta el vino como recurso y evasión —no sin discriminar y matizar en sus calidades, aparte de preferirlo como elemento de la buena mesa, cuyos placeres compartía con Nora, también de apetito realmente homérico. A Joyce no le gustaba el vino tinto —“bistec licuefacto”, le llamaba—, sino el blanco —“electricidad”, según él—, procurando ser fiel a alguna determinada especie local: en Zürich elegiría, para su monogamia alcohólica cierto Fendant de Sion, con vago saborcillo a mineral metálico, en alemán *Erz*, que él extendió a *Erzherzogin* (‘archiduquesa’) para dar una interpretación de su color a tono con el *Ulises* en que trabajaba, y siguiendo la sugerencia de un amigo italiano: “*Sì, è pipì, ma è pipì di arciduchessa*”.

Por desgracia, el alcohol dañaba a Joyce en su punto débil, los ojos, afectos de varios trastornos que, a pesar de diez delicadísimas operaciones durante los veinte años siguientes, le dejarían casi ciego. Ciertamente que parecía haber en ello

algo de predestinación —*kismet*, diría el señor Bloom—: Joyce era poco visual y muy musical, con una excelente voz de tenor, probada con éxito en conciertos, y literariamente pendiente siempre del oído —en *Ulises*, piénsese sobre todo en [11]—, mientras que sobre pintura se conservan muy pocas, aunque buenas, observaciones suyas, a la vez que su sentido óptico de la tipografía y la corrección de pruebas era desastroso. Incluso, hay quizá siempre cierta torpeza en la descripción joyceana de movimientos, desplazamientos y referencias en el espacio: por ejemplo, en el comienzo de *Ulises*, quizá sea eso uno de los factores que lo hacen ser el punto más débil y oscuro de todo el libro.

1914 es el año literariamente decisivo para James Joyce, no tanto porque al fin se publique *Dublineses*, cuanto por la aparición en su horizonte de un providencial agente literario: Ezra Pound. El poeta exilado americano, entonces secretario de W. B. Yeats en Londres, desarrollaba su especial talento de buscador de talentos, procurando colaboraciones para revistas inglesas y norteamericanas. Al invitar a Joyce, por sugerencia de Yeats, a que enviara algo para la londinense *The Egoist*, aquél le envía parte del *Retrato del artista*, que, desde el número de febrero, va apareciendo, hasta su totalidad, en entregas mensuales: desde entonces, Joyce se siente alguien en la auténtica sociedad literaria, gracias a ese “cónsul general” que era Pound. Termina así el *Retrato*, bajo el estimulante apremio de los plazos fijos, después que, en un momento de desánimo, había tirado el manuscrito al fuego, de donde lo salvó su hermana. Al utilizar para el *Retrato* ese borrador que había sido *Stephen Hero*, deja fuera — como ya dijimos— su episodio final: ahora, publicado el *Retrato*, lo convertirá en la primera secuencia de lo que será *Ulises* ([1]–[3]). El estirón de la estatura literaria de Joyce es notable, pero, increíblemente, en ese punto, en vez de seguir adelante, se echa atrás una temporada para escribir un opaco dramón neoibseniano ventilando pleitos personales, *Exiliados*. Con todo, es como si así soltara lastre muerto: a partir de ahí, combina la nueva andadura de Stephen Dedalus con la vieja idea de un *Ulises* asistido por un judío–samaritano —sólo que ahora el judío se vuelve uliseico él mismo.

Y no está solo Pound —*il signor Sterlina*, traduce su protegido— en asistir a Joyce: la editora de *The Egoist*, Harriet Shaw Weaver, fascinada por la genialidad del *Retrato*, se convierte en ángel custodio de Joyce, mucho tiempo a distancia y a menudo en secreto, mientras duran los años de gestación y lanzamiento de *Ulises*. Entre tanto, precisamente cuando Joyce se está entregando con energía a su gran creación, estalla la Primera Guerra Europea — la “Gran” Guerra—, que, en su ánimo, le deja indiferente: después, preguntado cómo se las había arreglado durante ese tiempo, se limitaría a exclamar con indolencia: “Ah sí, he oído decir que ha habido una guerra por ahí”. Pero, materialmente, la guerra termina con su trabajo y su residencia en Trieste, ciudad entonces austrohúngara, donde Joyce era, pues, ciudadano de país enemigo. Su hermano Stanislaus, soltero y más joven y más político, es internado en un campo de concentración, mientras que James, padre de familia

y militarmente inútil por su mala vista, puede pasar con los suyos a la neutral Suiza, sin más que dar su palabra de honor de que no actuaría por la causa militar aliada. Y bien dispuesto estaba el antimilitarista Joyce a guardar esa palabra, pero, de modo pacífico, no se negó a contribuir al prestigio cultural británico en Zürich apoyando un grupo dramático inglés donde actuó su mujer —para terminar en seguida peleándose con el cónsul británico por un motivo trivial.

Zürich, centro del oasis suizo entre países combatientes, hervía de espías y de figuras variopintas: en el café Pfauen, Joyce conoció fugazmente a aquel revolucionario ruso, Vladímir Uliánov, que, cuando ya no esperaba nada, se vio invitado a volver a su patria por los alemanes, con la maquiavélica esperanza de que fomentaría el desorden en la retaguardia zarista —y era Lenin, claro. En cambio, no llegó a conocer —cartas cantan— a aquel desertor alemán, Hugo Ball, que compró el Cabaret Voltaire para dar espectáculos literarios en colaboración con un poeta rumano, Tristan Tzara, francés de lengua adoptada —y ahí nació *Dada*. Algunos se sentirían tentados a imaginar contactos entre el dadaísmo y el que entonces escribía *Ulises*, pero no creemos que a éste le hubiera podido interesar aquel movimiento, pues *Ulises* contiene de sobra, sólo que en forma “aplicada”, como elemento de un relato coherente, todo lo que el dadaísmo quiso aislar en forma químicamente pura.

Desde junio de 1915 hasta octubre de 1919, la familia Joyce residió en Zürich —hay un vago episodio sentimental sin materializar, con una tal Martha Fleischmann (Martha será la corresponsal pseudónima de Bloom en *Ulises*). En 1916 se publica el *Retrato* en forma de libro en Nueva York (un año después, en Londres); en 1918, también en ambas orillas, la obra teatral *Exiliados*. Joyce, en Zürich, vive absorto en su creciente obra: cuanto pasa o se dice en su horizonte encuentra o no resonancia en su ánimo según que pueda insertarse en el complejo tejido de su libro. Los numerosos amigos judíos y griegos que hace entonces no imaginaban que estaban sirviendo de materia para su trabajo. A veces, se le va una jornada entera de labor en determinar el mejor orden de las palabras en sólo dos frases —pensamos en Flaubert, maestro de Joyce no sólo en esto, sino en su fascinación por las tonterías del lenguaje corriente y las pedanterías de los hombres vulgares: como señalaría Pound, el señor Bloom tiene mucho de Bouvard y Pécuchet, a la vez que de autocaricatura de Joyce, y ahí —y eso ya lo señalamos nosotros— radica el problema de la verosimilitud psicológica de Bloom, demasiado rico en el material verbal de su pensamiento para poder ser, sin más, ese señorín semiculto de opiniones risibles.

Cada episodio surgía en torno a un término de referencia a la *Odisea* —que se indicará luego en resumen—: referencia a veces muy remota, y, a menudo, con algo de *private joke*, de chiste que sólo entiende el que lo hace, si no da especial información al contarlo. Más importante que ese andamiaje es el hecho de que cada episodio tenga una técnica y una voz diferentes —si se quiere, “un punto de vista” diferente. De hecho, algunos de los dieciocho capítulos tienen

más de una voz, bien sea sucesivamente [13], bien sea en alternancia [12]. Por lo que toca al “punto de vista”, hay capítulos —los menos— en que el señor Bloom aparece visto —o entrevisto fugazmente— desde alguna otra persona, o desde un narrador impersonal: más frecuente es que el relato incluya —o aun tenga como base— el proceso mental del señor Bloom en su verbalización básica, sin necesidad de hacer explícitas las conexiones lógicas ni explicar las referencias. Esto es lo que suele designarse con el término de Henry James “corriente de conciencia”, y lo que llamó Valéry Larbaud, al presentar *Ulises*, “monólogo interior”: el propio Joyce lo llamó “palabra interior” al declararse deudor de tal técnica a la olvidada novela de Edouard Dujardin *Les lauriers sont coupés* —recientemente traducida en España. Quizá silenciaba James Joyce hasta qué punto debía esa técnica a su hermano Stanislaus, quien, en un esbozo psicológico-narrativo, intentó imitar el monólogo interior de un moribundo tal como se lo había sugerido Tolstoi en el personaje Praskujin de los *Apuntes de Sebastopol*. En todo caso, Joyce sacó así de su olvido a Dujardin: ya antes de publicarse *Ulises*, en 1921, Valéry Larbaud imitó esa técnica en sus *Amants, heureux amants*, señalando debérsela a Dujardin, a través de Joyce, en su prólogo a la reedición de *Les lauriers* en 1924. Dujardin dedicó esta reedición a Joyce como milagroso autor de su resurrección literaria; y, en efecto, no sólo escribió otra posterior novela, sino que se hizo teórico de su técnica (en 1931 publicó un libro titulado *Le monologue interior*). Por su parte, Joyce, cuando aparece la traducción francesa de *Ulises*, envía un ejemplar a Dujardin así dedicado: “A E.D., annonciateur de la parole intérieure. Le larron impénitent, James Joyce”.

A finales de 1917, Joyce creía tener ya una gran parte del libro —tal vez, sin embargo, no sería ni la mitad del resultado final, que no preveía tan largo—: entonces pensó en ir publicando ya lo escrito, en forma serial, tal vez como manera de estimularse y obligarse a sí mismo a llevar la novela, a plazo fijo, a un término que todavía no veía muy claro. Naturalmente, Joyce brindó la publicación a Harriet Shaw Weaver, en *The Egoist*, donde había aparecido el *Retrato*. Pero aquí se iba a plantear más agudamente el problema que ya había previsto Joyce cuando trabajaba en el *Retrato*, según escribió a Stanislaus: «Lo que escribo con las intenciones más lúgubres, será considerado como obsceno».

El puritanismo anglosajón no podía —entonces— admitir la franqueza absoluta de la obra joyceana, que anota todas las tonterías e indecencias que pudieran írseles pasando por las mentes a sus criaturas narrativas. Probablemente una tradición católica —y aún más si jesuítica, como la de Joyce— da ciertas facilidades para semejante franqueza de cinismo total —que, en definitiva, es también franqueza para con nosotros mismos, en cuanto que reconocemos que nuestra mente tiene no poco de semejante con cualquier mente que se destape—: y no sólo por la costumbre de la confesión, con su examen previo, incluso de pensamientos, sino por la conciencia de que siempre estamos pasando de justos a pecadores y viceversa, por lo que no importa demasiado reconocer las propias faltas y vicios, y, en concreto, la tendencia de

nuestro pensamiento a la deriva, en su impunidad solitaria, a pararse en lo que no debe. Como ya dijo el vulgo, o sea Campoamor, la vida es

*pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar.*

Basta que la muerte no sea “supitaña” y deje un momento para el trámite final, pues, como dijo Don Juan Tenorio,

*un punto de contrición
da al alma la salvación.*

(Los italianos saben llegar aún más lejos que los españoles en el uso de la autoacusación como hábil coartada: «Sono un porco!» grita Aldo Fabrizi en el final de *Prima Comunione*, y queda así como un señor, dispuesto a recomenzar sus pequeñas porquerías.)

En cambio, en la tradición calvinista puritana, con su intenso sentido de predestinación, entre los “santos” y los que se van a condenar, resulta más escandaloso semejante destape total de la conciencia, porque, a ese nivel básico, en la “palabra interior”, el lector puede desconfiar de pertenecer a los “santos” al descubrirse tan parecido en su mecanismo mental a los personajes literarios —por más que procure reprimir y limpiar su pensamiento—:

Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère!

Para la publicación de la obra joyceana —lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos— las barreras eran múltiples y temibles (hablamos en pretérito porque, aunque tal vez las leyes sigan siendo las mismas, hoy no se suele pensar en los países anglosajones que un libro tenga el menor efecto en la moral pública). Ante todo, la acusación de obscenidad se juzgaba referida a pasajes, e incluso frases, e incluso palabras sueltas, sin poder apelar al contexto —criterio éste según el cual la Biblia debería estar prohibida, al menos en su Antiguo Testamento. Además, los impresores eran los primeros responsables de toda posible indecencia, sin poder descargarse en editores o autores. Después venían —y vienen, con toda actualidad— las autoridades postales, que de hecho funcionan como censura gubernativa, con atentos lectores y activos hornos crematorios, en cuestiones de obscenidad y de subversión política. Y, por encima de todo, la autoridad judicial, dispuesta a actuar a requerimiento de individuos o sociedades dedicadas a la persecución de la indecencia.

Harriet Shaw Weaver, despreciando su propio riesgo, hubo de pasar un año buscando tipógrafo, hasta que encontró uno que se atrevió a imprimir —y eso con algunos cortes— los capítulos [2], [3], [6] y [10]. (El matrimonio Virginia-Leonard Woolf rechazó la oferta de ser coeditores e impresores, en su

prensa de mano de la Hogarth Press.) Para entonces, Joyce, impaciente, ya había recurrido a Ezra Pound, con la esperanza de hallar más libertad en Estados Unidos. Pound envió los tres primeros capítulos a la *Little Review*, nacida en Chicago en 1914 y recién trasladada a Nueva York, bajo la inspiración de Margaret Anderson, quien, apenas leyó el primer párrafo del capítulo [3], dijo “Lo imprimiremos aunque sea el último esfuerzo de nuestra vida”. Pero tampoco fue fácil encontrar un tipógrafo igualmente entusiasta: al fin, un serbocroata, insensible a los atrevimientos verbales en inglés, se prestó a ello. Lo malo de la publicación por capítulos en la revista era que si una sola de las entregas era condenada, ya no podría publicarse el libro en su integridad, pero Joyce desoyó el prudente consejo de abandonar la serialización y reservar toda la batalla para el libro entero una vez acabado. Y, en efecto, los censores de Correos, verdaderos Argos de asombrosa capacidad de lectura, no tardaron en caer sobre la minoritaria revistilla, confiscando y quemando los números donde iban los capítulos [8], [9] y [12]. Si el lector observa de cuáles se trata —sobre todo [9] y [12]— se asombrará de tal quema: el caso de [8] es especialmente interesante, porque, aparte de algún vago ensueño erótico de Bloom, lo que escandalizó debió ser la crudeza con que se pinta el acto de comer y beber, amén de las ventosidades finales.

Joyce, cuyos inocentes *Dublineses* ya habían ardido inéditos en su primera edición, comentó: “Es la segunda vez que me queman en este mundo, así que espero pasar por el fuego del purgatorio tan deprisa como mi patrono San Luis Gonzaga”. Pero aún hubo algo peor: el capítulo [13], con exhibicionismo distante de ropa interior de Gerty MacDowell, fue denunciado por la Sociedad para la Prevención del Vicio, de Nueva York, y, a pesar de brillantes defensas de orden literario, fue condenado a multa y abandono de la publicación. Era en 1921: las víctimas tuvieron conciencia de un paralelo con los procesos en que —en un mismo año (1875) y con el mismo fiscal, por cierto, secreto autor de versos pornográficos— fueron condenados *Les fleurs du mal* y *Madame Bovary*. Pero la obra de Baudelaire pudo seguir editándose con la exclusión de las *pièces condamnées*, y la condena de *Madame Bovary* fue más bien una reprimenda, incluso buena propaganda para las posteriores ventas del libro —con horror de Flaubert ante tal malentendido.

Quedaba una última posibilidad: París. James Joyce, en 1920, se había instalado en París, con su familia, tras un intento de reestablecimiento en Trieste, y pensando detenerse sólo unos días de camino a Londres. Ezra Pound, ya establecido en París, aconsejó a Joyce asentarse allí, uniéndose así los dos a la multitud de americanos literarios de los años veinte —Hemingway, Faulkner...—, presidida por la exilada de antes de la guerra, Gertrude Stein —quien, por cierto, sentiría luego grandes celos de Joyce, reivindicando su primacía en ciertas invenciones técnicas.

El consejo de Pound resultó ser tan sano como todos los suyos —y no sólo con Joyce: es sabido qué bien corrigió a Eliot su *Waste Land*, precisamente por

entonces. En efecto, James Joyce, apenas llegado, conoció a Sylvia Beach, una joven americana que acababa de abrir una librería de lengua inglesa, Shakespeare & Co., a la vuelta de la esquina de la célebre Maison des Amis du Livre, de su amiga Adrienne Monnier. Sylvia Beach, al saber los problemas censoriales de Joyce, empezó a actuar como su propagandista, buscándole el apoyo de la crítica francesa. Ante todo, hizo leer el *Retrato* a Valéry Larbaud, comprensivo y abierto a diversas literaturas del mundo —en España, Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna disfrutaron de su aplauso y su amistad—, aparte de fino creador él mismo —su *Fermina Márquez* es una de esas novelas menores que no se olvidan. Larbaud, impresionado por el *Retrato*, quiso conocer al autor, lo cual organizó hábilmente Sylvia Beach en una fiesta navideña, cantando *carols* en cordial reunión: allí, Larbaud pidió los capítulos de *Ulises* ya aparecidos en revista. Apenas recibidos, escribió a Sylvia Beach: “Estoy leyendo *Ulises*. En realidad no puedo leer otra cosa, no puedo ni pensar en otra cosa”. Acabada la lectura, una semana después, volvía a escribir: “Estoy loco delirante por *Ulises*. Desde que leí a Whitman, a mis 18 años, ningún libro me ha entusiasmado tanto... ¡Es prodigioso! Tan grande como Rabelais: el señor Bloom es inmortal como Falstaff”. Y se puso a traducir unos fragmentos para la *Nouvelle Revue Française*.

Esto ocurría un poco antes de la condena judicial en Nueva York: al producirse ésta, Sylvia Beach decidió editar ella misma *Ulises* en París, tarea a la que iba a dedicar sus próximos años, bien absorbidos por las exigencias y meticulosidades de Joyce: el rechazo judicial angloamericano contrastaba con la devoción sin límites de aquella mujer —devoción a *Ulises*, no a todo lo de su autor sin discriminación: cuando conoció *Finnegans Wake* lo definió sarcásticamente con un juego de palabras también muy joyceano, como *a Wholesale Safety-Pun Factory*, con alusión a *safety-pin*: “una fábrica de juegos de palabras de seguridad [imperdibles] al por mayor”. Para ayudar a la financiación del libro, se buscaron mil suscriptores de una primera edición de lujo, cuya lista incluía nombres tan curiosos como el de Winston Churchill. En cambio Bernard Shaw, después de contestar a la petición haciendo un gran elogio de lo que había leído de Joyce, concluía: “Pero no conoce usted lo que es un irlandés, y de edad, si cree que está dispuesto a pagar 150 francos por un libro”.

La impresión se anunciaba compleja —ya la copia a máquina había sido épica: Joyce empezó por pedir seis juegos de pruebas, en todos los cuales se lanzó a hacer añadidos y correcciones que a menudo extraviaba y enredaba, también por culpa de su vista, cada vez peor. (Todavía en 1975 no se dispone de un texto de *Ulises* limpio de errores: hay noticias de que se prepara para antes de 1980, ¡en Alemania!) Además, el impresor de Sylvia Beach, Darantière, estaba en Dijon, con los consiguientes enredos de envíos y comunicaciones. Y lo más curioso es que, a todo esto, el libro no estaba terminado: Joyce tenía aún pendiente mucho trabajo en los capítulos finales mientras corregía pruebas de

los primeros. Y, para acabar de complicar, Joyce estaba empeñado en que el libro saliera el día que él cumplía cuarenta años —y ya adelantamos que lo consiguió: gracias al maquinista del tren de Dijon, pudo festejar su cumpleaños con un ejemplar de esa edición, para cuya cubierta se había ido ensayando cuidadosamente el color hasta lograr el azul que, como fondo de la tipografía en blanco, representaba para Joyce lo griego —mar y espuma, y la bandera griega—, así como, quizá, la ropa interior de Gerty MacDowell en [13].

Las reediciones se fueron sucediendo con frecuencia y regularidad. Empezó entonces la ridícula historia de los intentos de introducir *Ulises* en los países de lengua inglesa —aparte de los ejemplares contrabandeados por turistas o filtrados por correo. Harriet Shaw Weaver, invocando contratos previos con Joyce, se puso de acuerdo con Shakespeare & Co. para que la segunda y sucesivas ediciones llevaran el sello de The Egoist Press, aunque inevitablemente impresas en Francia: de los 2000 ejemplares de la segunda, se envían a Nueva York 500, confiando en el país de la libertad, pero son quemados todos: la tercera edición consta de 500 ejemplares, enviados a Inglaterra y confiscados —todos menos uno— por los aduaneros. Las ediciones 4^a a 12^a vuelven a tener el sello de Shakespeare & Co.: en 1932, una firma surgida en Hamburgo bajo el apropiado nombre The Odyssey Press se hace cargo del libro —de la 13^a edición, en dos volúmenes, impresa en Leipzig, es nuestro ejemplar.

A todo esto, en 1926, un editor poco escrupuloso de Nueva York lleva a cabo la ocurrencia de editar *Ulises*, jurídicamente mostrenco, en entregas mensuales de una revista, suprimiendo todo lo que pudiera ofender los castos ojos postales. Se organiza una protesta firmada por escritores de diversos países —muchos de los cuales, sin duda, no habían leído el libro; así, Unamuno. Comienzan también las traducciones, ante todo la alemana, luego la francesa, de compleja elaboración en grupo (“traduction d’Auguste Morel revue par Valéry Larbaud, Stuart Gilbert et l’auteur”), que, a fuerza de argot, exagera y aun desvía el sentido del estilo original; la checa; dos japonesas en 1930 —año en que sale el libro de Stuart Gilbert, *James Joyce’s “Ulysses”* en que cita abundantemente el prohibido texto, ensalzándolo como obra maestra. Poco a poco, la situación parece madura para una prueba legal en los tribunales norteamericanos, que se provoca en 1933 enviando un ejemplar por correo y avisando a las autoridades para que lo confisquen. El juez neoyorquino de la causa, J. M. Woolsey, admitió el libro en un veredicto con coartadas de buena gracia literaria: “Respecto a las repetidas emersiones del tema sexual en las mentes de los personajes, debe recordarse siempre que el ambiente era céltico y su estación la primavera”. Y añadía “Me doy cuenta sobradamente de que, debido a ciertas escenas, *Ulises* es un trago más bien fuerte para pedir que lo tomen ciertas personas sensitivas, aunque normales. Pero mi meditada opinión, tras larga reflexión, es que, si bien en diversos pasajes el efecto de *Ulises* en el lector es sin duda un tanto emético [vomitivo], en ningún lugar tiende a ser

afrodisíaco". Random House lanza entonces rápidamente el libro: en vano la autoridad fiscal lleva el asunto a un tribunal superior, cuya mayoría también admite el libro.

Todavía hubo que esperar a otoño de 1936 para que Inglaterra permitiera la edición del libro proscrito (y es curioso que su entusiástico admirador T. S. Eliot, por miedo, perdiera la oportunidad de que lo sacara la editorial de que él era asesor).

No es mera curiosidad retrospectiva señalar, con forzosa brevedad, cómo se fue viendo y enjuiciando *Ullises*. Y es ésta una historia que, significativamente, empieza antes incluso de la publicación del libro: ya Valéry Larbaud lo anunció en París, en resonante conferencia de diciembre de 1921 —recogida en la *Nouvelle Revue Française* de abril siguiente, junto con la traducción de un fragmento—, bajo la óptica de la referencia a la *Odisea*, clave comunicada por el propio autor a Larbaud, pero que el lector no encuentra en el libro, salvo en el título. En cambio, los primeros críticos ingleses, libres del esquema *Odisea*, fueron más al grano —y es de notar que recensionaban un libro de publicación prohibida en su propio país, auténtica propaganda de una mercancía de contrabando. Ya antes de la aparición de *Ullises*, en abril de 1921, basándose sólo en los capítulos publicados en la *Little Review*, R. Aldington, en *English Review*, había preludiado, a elegante altura, el general conflicto de sentimientos de la crítica británica —admiración literaria, susto ante la total franqueza sin tapujos—:

...cuando el Sr. Joyce, con sus dones maravillosos, los usa para darnos asco de la humanidad, hace algo que es falso y calumnioso para la humanidad... Ha logrado escribir un libro muy notable, pero desde el punto de vista de la vida humana, estoy seguro de que está equivocado.

Y el crítico se asusta de pensar lo que serán los imitadores de Joyce:

Él produce asco con una razón; otros producirán asco sin razón. Él es oscuro y justifica su oscuridad, pero ¿cuántos otros escribirán mera confusión pensando que es sublime?... Él no es uno de esos superficiales que adoptan un artificio superficial como canon de una nueva forma de arte; él caerá en manos de las capillitas, pero él mismo está muy por encima de ellas...

La primera reseña periodística (S. B. Mais, *Daily Express*, 25 Marzo 1922) pone el dedo en la llaga:

...La mayor parte de los escritores jóvenes desafían las reticencias convencionales en cuanto que describen todo lo que la mayor parte de nosotros hacemos y decimos. Mr. Joyce va mucho más lejos: de sus páginas saltan hacia nosotros todos nuestros más secretos e inconvenientes pensamientos íntimos.

Incluso un recensionador anónimo (*Evening News*, 8 Abril 1922) sabe mirar de frente *Ulises*:

Mr. Joyce es tan cruel e inexorable como Zola con la pobre humanidad. Su estilo está en la nueva vena cinematográfica a la moda, muy sacudido y elíptico.

El primer estudio realmente importante es el de J. Middleton Murry (*Nation and Atheneum*, 22 Abril 1922), quien, después de dejar a un lado las objeciones moralistas ("la cabeza que sea bastante fuerte como para leer *Ulises* no se dejará trastornar por él"), apunta a algo literariamente esencial en el libro: su naturaleza humorística:

Esta bufonería trascendental, esta súbita irrupción de la *vis comica* en un mundo donde se encarna la trágica incompatibilidad de lo práctico y lo instintivo, es un logro muy grande. Ese es el centro vital del libro de Mr. Joyce, y la intensidad de vida que contiene basta para animar su totalidad...

Especial agudeza mostró también la recensión de Holbrook Jackson (*To-Day*, Junio 1922):

[*Ulises*] es un insulto y un logro. No es indecente. No hay en él una sola línea sucia. Sencillamente está desnudo... No es ni moral ni inmoral. Mr. Joyce escribe, no como si la moral no hubiera existido nunca, sino como quien deliberadamente prescinde de códigos y convenciones morales. Una franqueza como la suya habría sido imposible si no hubiera estado prohibida tal franqueza... Él es el primer narrador no-romántico, pues, al fin y al cabo, los realistas no eran más que románticos que trataban de liberarse del medievalismo... No pretende divertir, como George Moore... ni criticar, como Meredith, ni satirizar, como Swift. Sencillamente, anota, como Homero, o incluso Froissart. Esta actitud tiene sus peligros. Mr. Joyce se ha enfrentado con ellos, o mejor dicho, ha hecho como si no existieran. Ha sido totalmente lógico. Lo ha anotado todo...

Unos meses después, W. B. Yeats, en un debate público en Dublín, además de declarar a Joyce "el escritor más original e influyente de nuestro tiempo", dijo que *Ulises* llegaba al "alcance último del realismo". Por su parte, Ezra Pound (*Mercure de France*, Junio 1922), hablando de Flaubert, se refería a Joyce en cuanto flaubertiano, no sólo en su sentido del arte estilístico, sino en su realismo crítico, especialmente irritado por la estupidez humana, trazando un paralelo entre Bloom y Bouvard-Pécuchet. Esta observación de Pound fue deformada como objeción por Edmund Wilson, dentro de un ensayo (en *New Republic*, 1922) que sigue siendo, por lo demás, una de las grandes piezas de la crítica joyceana. Wilson, en realidad, no nombra a Pound al poner su observación junto a la obtusa incomprensión de un novelista rastrero como era Arnold Bennett:

No puedo estar de acuerdo con Mr. Arnold Bennett en que J. J. tenga un colosal resentimiento contra la humanidad. Me parece que lo que le choca a Mr. Bennett es que

Mr. Joyce haya dicho toda la verdad. Fundamentalmente, *Ulises* no es en absoluto como *Bouvard et Pécuchet* (como algunos han intentado defender). Flaubert viene a decir que nos va a demostrar que la humanidad es mezquina enumerando todas las bajezas de que ha sido capaz. Pero Joyce, incluyendo todas las bajezas, hace que sus figuras burguesas conquisten nuestra comprensión y respeto dejándonos ver en ellas los dolores de parto de la mente humana siempre esforzándose por perpetuarse y perfeccionarse, y del cuerpo siempre trabajando y palpitando para hacer surgir alguna belleza desde su sombra.

Edmund Wilson, después, entraría por primera vez a plantear el gran problema que hay en la valoración de la expresión joycena, el contraste entre un lado magistralmente sólido —la presentación directa de hechos y pensamientos: así, en *Ulises*, “el modo como se le hace notar al lector, sin afirmar abiertamente el hecho, que Bloom es diferente de sus vecinos”—, y otro lado débil —la hinchazón caricatural, la complacencia en los juegos meramente verbales, en las parodias de estilo —como ejemplo extremo, pondríamos nosotros la crónica de la “boda vegetal” en [12]. La objeción de Wilson era no sólo justa, sino necesaria: el punto débil de Joyce, en *Ulises*, es que se divertía demasiado con sus propias bromas “literarias” —de chiste y de imitación estilística—, sin fatigarse nunca en hinchar semejantes perros —más grave sería aún esa tendencia en *Finnegans Wake*. Cabe imaginar cuánto mejor sería *Ulises* si se hubieran suprimido o reducido los pasajes de ese segundo estilo —hasta descargar, quizá, más de un tercio de la extensión total del libro—, pero Joyce, desde *Ulises* en adelante, fue incapaz de cortar o comprimir nada de lo que escribía: toda corrección era siempre añadido. Y, al fin y al cabo, cada libro, como cada persona, tiene “los defectos de sus virtudes”. Pero Wilson señala que, aun con esos pasajes hinchados, Joyce elevó la calidad expresiva en la novelística a la altura de la poesía:

Desde que he leído *Ulises*, la calidad de los demás novelistas me parece de insoportabilidad floja y descuidada.

Y se pregunta en seguida:

La única cuestión ahora es si Joyce escribirá alguna vez una obra maestra trágica que poner al lado de ésta cómica.

Pero este debate crítico tan bien establecido hasta entonces por la crítica de lengua inglesa, con la doble perspectiva del sentido moral y la técnica expresiva, se va a escapar por la tangente por obra del gran mandarín T. S. Eliot —aprovechando las noticias sobre el cañamazo de la *Odisea* en *Ulises*, dadas por Valéry Larbaud. *Ulises* constituía un grave problema para Eliot y los de su mundo —digamos “Bloomsbury” para simplificar: Virginia Woolf llamó a *Ulises* un libro *underbred* (‘ineducado’, ‘de clase baja’), el libro de “un trabajador que se ha instruido a sí mismo”, el entretenimiento de un estudiantillo (*undergraduate*) “que se rasca con grima sus sarpullidos”. (En cambio, antes, el

26 de septiembre de 1920, había anotado en su diario: “Lo que hago yo probablemente lo está haciendo mejor Mr. Joyce”.) Con todo, esa impresión negativa fue la primera reacción, horrorizada de que “el gran Tom” (T. S. Eliot) comparara *Ulises* con *Guerra y Paz*:

Si se puede tener la carne guisada, ¿por qué tomarla cruda? Pero creo que si uno está anémico, como Tom, hay cierta gloria en la sangre. Yo, siendo bastante normal, pronto estoy dispuesta a volver a los clásicos. Quizá revise esto más tarde. No comprometo mi sagacidad crítica. Clavo un palo en el suelo para señalar la página 200.

Cuando murió Joyce, pocas semanas antes que ella se suicidara, anota en el *Diario* (15 Enero 1941):

Me acuerdo de Mrs. Weaver, con guantes de lana, trayendo *Ulises* copiado a máquina a nuestra mesa de té en Hogarth House. ¿Dedicaríamos nuestras vidas a imprimirlo? Las indecentes páginas tenían un aire incongruente: ella era muy solterona, abotonada hasta arriba. Y las páginas rezumaban indecencia. Lo metí en un cajón... Un día vino Katherine Mansfield y lo saqué. Ella empezó a leer, ridiculizándolo: luego, de repente, dijo: Pero aquí hay algo: una escena que supongo que habría de figurar en la historia de la literatura... Luego recuerdo a Tom... diciendo —se publicó entonces— ¿cómo podía volver a escribir nadie después del inmenso prodigio del último capítulo? Por primera vez, que supiera yo, estaba arrebatado, entusiástico. Compré el libro azul y lo leí aquí un verano, creo, con espasmos de maravilla, de descubrimiento, y luego también con largos trechos de intenso aburrimiento...

T. S. Eliot se sentía invadido y desbordado por *Ulises* (“De un modo egoísta, querría no haberlo leído”, dijo). Aun cuando no parece que al escribir *Prufrock* (1917) pudiera haber recibido nada todavía de Joyce, luego fue siguiendo las entregas de *Ulises* en *Little Review* (en junio-julio de 1918 ya habla de Joyce en *The Egoist*): la huella es visible en *The Waste Land*, aunque este poema se publicara a la vez que el volumen de *Ulises*. La reacción de Eliot, a la larga —“reacción”, incluso en el sentido “reaccionario” de la palabra— fue sutilmente hábil y consiguió dominar la crítica joyceana, incluso hasta nuestros días. En noviembre de 1923 (*The Dial*) publicaba un ensayo titulado elocuentemente “*Ulises*, orden y mito”, que comenzaba con un gran sombrerazo, para bien o para mal: “Considero que este libro es la expresión más importante que ha encontrado nuestra época; es un libro con el que todos estamos en deuda, y del que ninguno de nosotros puede escapar”.

Ulises sería, formalmente, el descubrimiento de una nueva forma literaria —equivalente a la concepción de la relatividad en física—: muerta la novela en manos (¿o “a manos”?) de Flaubert y Henry James, Joyce había hallado “un modo de controlar, de ordenar, de dar forma y significación al inmenso panorama de futilidad y anarquía que es la historia contemporánea”.

¿Cuál era ese modo? El recurrir al mito clásico —en este caso, a la *Odisea*— como canon, no sólo para imitar alejandrinamente o parodiar, sino para rehacer,

en nueva variación del viejo motivo (a ver si —y esto ya lo añadimos nosotros— la forma de la vieja fe era capaz de avivar una fe nueva).

El lector apreciará por sí mismo si, efectivamente, *Ulises* es o no “la *Odisea* contada al siglo XX”. Por nuestra parte, creemos que a nadie se le ocurriría tal idea si no fuera por el título del libro —ya dijimos que los títulos de los capítulos los suprimió Joyce al publicar el libro, por instintivo y acertado orgullo de creador original—, y porque, a través de Valéry Larbaud, se llegaron a conocer los paralelismos —más o menos arbitrarios— que habían servido a Joyce como andamiajes o incitaciones divertidas, pero que sólo comunicó a unos pocos amigos bajo promesa de secreto. En cambio, el lector sí encontrará, no como falsilla literaria, sino en carne y hueso, el tema judío —y también el tema Shakespeare, expuesto por Stephen Dedalus con irónica pedantería. Si Joyce hubiera evitado sus propias indiscreciones, *Ulises* no se habría visto degradado a *puzzle* académico, mera alegoría histórico-cultural, en vez de obra de carne y hueso.

Cierto que no toda la crítica joyceana se rindió a la lectura en clave propugnada por T. S. Eliot: en Alemania, aparte de algún crítico menor —como Yvan Goll, que, en 1927, dijo de Joyce: “Se divierte sobre todo parodiando a Dios”, y que definió exactamente *Ulises* “no novela, sino más bien un poema escrito en prosa”—, el gran E. R. Curtius escribió en dos ocasiones sobre *Ulises* en perspectiva integral: en 1928, en presentación general de la obra de Joyce, acertaba, entre otras cosas, al subrayar su *character indelebilis* jesuítico, con “un catolicismo negativo que sólo conoce el infierno” y con un personaje —Stephen— que piensa según el método escolástico; en 1929 añadía fecundadas perspectivas formales sobre *Ulises*:

Debemos leer *Ulises* como una partitura musical, y así podría imprimirse. Para entender realmente *Ulises* tendríamos que tener conciencia de todas las frases de la obra.

La lectura “en clave” de *Ulises*, siguiendo a Larbaud y a Eliot, sirvió para crear un clima de expectación en torno a la que hasta su publicación en 1939 se conoció como *Obra en marcha* (desde entonces, *Finnegans Wake*), reforzando así su vigencia canónica. Sin embargo, los joyceanos de la primera hora no se dejaron subyugar por esa hermenéutica: Ezra Pound, en mayo de 1933 (*English Journal*), decía, pensando en quien leyera *Ulises* “como un libro y no como un diseño o como una demostración o un poco de arqueología”: “Los paralelos con la *Odisea* son mera mecánica; cualquier idiota puede volver atrás a rastrearlos”.

Y propugnaba, incluso, ver *Ulises*, con la perspectiva de los años, como testimonio de una época histórica:

...un resumen de la Europa de pre-guerra, la negrura y el enredo y la confusión de una “civilización” movida por fuerzas disfrazadas y una prensa comprada, el deslavazamiento general... Bloom es, en mucho, ese enredo.

Para Pound, *Dublineses*, el *Retrato* y *Ulises* formaban un ciclo unitario, que quien no fuera tonto debía leer por gusto, y quien no lo leyera, no debería ser autorizado a enseñar literatura. En cambio la *Obra en progreso* le parecía muy poca cosa, no sólo por su exceso de chistes: “no veo en ella ni una comprensión ni una gran preocupación por el presente”.

Por entonces, Joyce estaba ya demasiado absorbido en su nueva obra para seguir ocupándose de *Ulises* —alguna vez dijo: “Tengo que convencerme a mí mismo de que he escrito ese libro”. Le seguía divirtiendo la idea de tener intrigados a los lectores con claves (“he escrito *Ulises*”, dijo en una entrevista, “para tener ocupados a los críticos durante 300 años”), como parte de su pretensión de una atención total, según dijo a Max Eastman: “Lo que yo pido a mi lector es que dedique su vida entera a leer mis obras”.

Pero en algún momento de lucidez profesional, entrevió el daño que podía haber hecho a *Ulises* con las mal escondidas claves de interpretación odiseica: su discípulo predilecto, Samuel Beckett (en texto no publicado hasta 1954), cuenta que una vez Joyce le confió: “Quizá he sistematizado demasiado *Ulises*”.

Y, por otra parte, aunque los críticos más o menos académicos se entregaran a la lectura en clave, no hay que perder de vista que los escritores mismos conservaban otro modo más integral de leer *Ulises*. Vale la pena citar un agudo texto de un novelista bien poco joyceano, Orwell (*Inside the Whale*):

Lo verdaderamente notable de *Ulises*... es lo corriente de su material. Claro que en *Ulises* hay mucho más que esto, porque Joyce es una especie de poeta y también un pedante elefantino, pero su auténtico logro ha sido poner en el papel lo conocido. Se atrevió —pues es asunto de atrevimiento tanto como de técnica— a poner al descubierto las imbecilidades de la mente interior, y al hacerlo así descubrió una América que todo el mundo tenía delante de sus narices. Ahí hay todo un mundo de materia que uno creía incomunicable por naturaleza, y alguien se las ha arreglado para comunicarla. El efecto es disolver, al menos momentáneamente, la soledad en que vive el ser humano. Cuando se leen ciertos pasajes de *Ulises*, uno nota que la mente de Joyce y la de uno mismo están identificadas, que él lo sabe todo sobre uno, aunque jamás haya oído nuestro nombre, que existe algún mundo fuera del tiempo y del espacio donde estamos juntos con él.

¿Cuál es, o puede ser, hoy y en el mañana inmediato, el modo dominante de leer *Ulises*? Al menos en el mundo de nuestra lengua, no es necesario meterse a profetas para sugerir algo: ya tenemos notorios ejemplos de celebradas novelas hispánicas surgidas en la estela de *Ulises* —así, aunque parcialmente, *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, o, con mayor riqueza y altura, el mexicano *José Trigo*, de Fernando del Paso, especie de *Ulises* en negativo, en búsqueda de un personaje alusivo. Parece evidente que, como ocurrió para los críticos anteriores o al margen de T. S. Eliot, el interés por lo técnico —esa veintena de voces, estilos y puntos de vista— no tiene por qué quedar en divergencia con el interés por el valor moral y humano de *Ulises*, documento exhaustivo de la vida de un “hombre de la calle” —y “de su casa”—. Como señala Harry Levin, en el caso

de *Ulises* no existe el tradicional dilema entre la literatura como *tranche de vie* y la literatura como *art pour l'art*.

Y aún nos atreveríamos a añadir —y ya no pensando sólo en el ámbito de nuestra lengua—, que si *Ulises*, a más de medio siglo de aparecer, queda sólidamente como el hecho central de la narrativa de nuestro mundo contemporáneo, es porque en él se expresa claramente la gran toma de conciencia de nuestro siglo, en cuanto a la mente misma: que el hombre es, para empezar y siempre, el ser que habla, y que su mundo, su vida y su pensamiento sólo alcanzan realidad y sentido humano en cuanto que encuentran cuerpo de palabra.

Desde que existe reflexión abstracta en el mundo, el desarrollo intelectual de la humanidad se ha basado en el supuesto implícito de que el pensamiento estaría por encima y aparte de la palabra —de ahí el carácter incorregiblemente “infantil” y “primitivo” atribuido a la literatura. Pero en nuestra época se está disipando tal ilusión, con el reconocimiento de que no hay pensamiento si no va humildemente encarnado en material articulable. Y tal toma de conciencia constituye una revolución total, formalmente previa a todos los demás aspectos de la revolución mental de nuestro siglo —tales como, quizá, la conciencia, en lo mental y lo material, de las alienaciones económicas y sociales; o la conciencia del carácter inimaginable e inefable de la ciencia física, etc. *Ulises* podría ser la más alta expresión creativa de ese nuevo —y prístino— modo de la conciencia humana: quizá cabría decir que su verdadero protagonista no es el señor Bloom, sino el lenguaje, esa extraña manera de ser que nos hace únicos entre y ante el mundo, esa espontaneidad creativa, incontenible y —cuando no queremos usarla para algo concreto— a la deriva, en marcha siempre sin vacíos —aunque sea saltando “de tontería en tontería, como el pájaro de rama en rama”, para aplicar la expresión machadiana—, ese modo de existir necesitado de hablar, aunque sea en soliloquio.

Cierto que la autoconciencia lingüística —sin la cual no hay poesía— lleva consigo el peligro de un excesivo saboreo de los juegos de palabras, de los chistes incluso sólo fonéticos —peligro que Joyce parece heredar de su gran maestro Shakespeare, capaz de echar a perder una buena escena por un juego sucio de palabras.

Pero así es como *Ulises* —monumento de humor, como el *Quijote*, es decir, de distanciamiento, de toma de perspectiva más amplia, de ironía crítica y sin moralejas ante el hombre en general—, trasciende lo que a primera vista pudiera parecer pesimismo o suciedad en la presentación de la vida. Acaba el libro, y damos por supuesto que la vida —y las conversaciones y los soliloquios de los señores Bloom, de Stephen, y de los demás— van a seguir poco más o menos igual: si, por un lado, nos humilla reconocer que hay tanto nuestro en ellos, por otro lado, tampoco son mala gente, y, en definitiva, ¿qué sentido tendría juzgarles (y juzgarnos)? Vivir es ir hablando, y el hablar nos sitúa más allá de nuestro propio juicio, de nuestra individualidad: en un ámbito de

impersonalidad, en esa última universalidad —nuestra y ya no nuestra— que ninguna filosofía puede justificar, pero cuya maravillada conciencia —para todos— está en la palabra poética —como lo es la de *Ulises*—, por ser la palabra más universal.

El impacto más hondo y duradero de la lectura de *Ulises*, pues, quizá sea hacer que nos demos cuenta de que nuestra vida mental es, básicamente, un fluir de palabras, que a veces nos ruborizaría que quedara al descubierto, no tanto porque tenga algo que “no se deba decir”, cuanto porque, si se lo deja solo, marcha tontamente a la deriva, en infantil automatismo, en “juego de palabras”. Seguramente nos humilla reconocernos como “el animal de lenguaje” —la expresión es de George Steiner—; una toma de conciencia que puede incluso cohibirnos en nuestra relación con nosotros mismos si no tenemos la modestia necesaria para reírnos un poco de nuestro propio ser. Pero ahí radica precisamente el valor de *Ulises*.

Ofrecemos ahora un breve esquema de cada capítulo, procurando dejar fuera toda interpretación —griega, judía, shakesperiana o teológica excepto, al final de cada uno, el mero rótulo de la referencia a la *Odisea*: con ello el lector, si lo desea, puede remitirse al complejo esquema de interpretaciones trazado por Joyce para uso de unos pocos amigos, e incluido como Apéndice al final del volumen.

1 (Telemaquiada)

[1]

Son las 8 de la mañana del jueves 4 de junio de 1904, en la plataforma superior de una vieja torre redonda de fortificación, en Sandycove, afueras de Dublín; torre habitada por tres jóvenes, Stephen Dedalus —el protagonista del *Retrato del artista*—, licenciado en “Artes” y profesor privado; Malachi (Buck) Mulligan, estudiante de medicina; y Haines, un estudiante inglés interesado en la temática y la lengua vernácula irlandesas. Al empezar, Buck Mulligan sale a la redonda cubierta de la torre y empieza a afeitarse, ceremonia que convierte en una parodia de la misa, pensando escandalizar a Stephen. Pero éste se ha rezagado en salir, y Mulligan le llama para que acabe de subir y vea su “afeitado-misa”, que deja impasible a Stephen, por más que Buck le acuse de jesuítico. Conversando, se quejan de su huésped inglés, dado a las pesadillas; saltando de un tema a otro —“el mar”, sobre todo—. Mulligan recuerda a Stephen que se negó a cumplir el ruego de su madre agonizante cuando ésta le pedía que se arrodillara a rezar. En la conversación, tan pedante como ingeniosa, se menciona que Stephen espera cobrar esa mañana su paga quincenal, por lo que surge el plan de reunirse a mediodía en un bar. Bajados al espacio que les sirve de cuarto general y cocina, preparan el desayuno: Mulligan fríe una tortilla, que distribuye también con parodias de liturgia. Llega, impacientemente esperada, una vieja que les trae la leche y —todo esto a lo largo de un continuo juego de ingenio en chistes culturales, introduciendo especialmente el tema “Hamlet” (“hijo-padre”), luego frecuente en el libro— los tres se marchan —Stephen llevando la gran llave de la torre, así como su bastón de fresno. Las brillantes y burlescas discusiones —en medio de las cuales Mulligan canta su “Balada del Jovial Jesús”— acaban cuando llegan a una ensenada, donde Mulligan, y Haines van a nadar: Stephen sigue hacia su escuela, aunque el motivo alegado para no nadar con ellos sea su aversión natural al agua. (Hay otros bañistas: así, un joven que alude a una muchachita que trabaja en fotografías —la hija de Bloom, sabremos luego—.) Stephen se aleja pensando que, dada la actitud molesta de Mulligan, más le valdría abandonar la torre a ese “usurpador”.

TÉCNICA: *Presentación objetiva, dramática, alternada con vetas de palabra interior en la mente de Stephen.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Telémaco (hijo de Ulises).*

[2]

De 9 a 10 Stephen, de muy mala gana, está dando clase de historia, y luego de literatura, en un colegio de muchachos ricos, situado no lejos de la torre. A las 10, por ser jueves, se suspenden las clases para jugar al hockey, pero Stephen se queda prestando

ayuda a un muchachito torpe en matemáticas. Después, va al despacho del director, el señor Deasy, anciano reaccionario y antisemita, que le abona sus honorarios entre grandes discursos, invitándole a ahorrar. Además, sabiendo que Stephen tiene vinculaciones literarias, le entrega una carta para que la haga publicar en la prensa, a propósito de la epidemia de glosopeda (en inglés, *foot and mouth* ‘pata y boca’, conviene señalar a efectos de posteriores juegos verbales).

TÉCNICA: *Como en el capítulo anterior.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Néstor (el sabio anciano a quien visitó Telémaco, recibiendo consejo).*

[3]

De 10 a 11. Desde el colegio, Stephen va andando hacia Dublín por la playa de Sandycove. Al empezar el capítulo, camina con los ojos cerrados, reflexionando de modo más poético que filosófico, sobre la “ineluctable modalidad de lo visible”: a la deriva en el lenguaje, su teorización se ilustra con imágenes, a veces cómicas, de la historia cultural y religiosa, recibidas en una educación jesuítica de la que, sin embargo, se ha distanciado irónicamente. Al abrir los ojos, observa dos comadronas que van a pasear por la playa, y hace comentarios interiores sobre nacimiento, Eva, creación divina. Por un momento considera si será cosa de visitar a su tía Sara, cuya casa le queda entonces a mano, con lo que desfilan por su mente estampas de aquella rama de su familia. La deriva de su lenguaje interior le distrae de esa misma idea, haciéndole pensar en su abandonada posibilidad de haber sido sacerdote y aun santo (“Primo Stephen, nunca serás santo”, refleja el “Primo Swift, nunca serás poeta” de Dryden). Sin dejar de andar, cuando vuelve a pensar en la posible visita a su tía, encuentra que ya se ha alejado demasiado de su casa, por lo que decide desviar su camino hacia la Pigeon House (La Pichonera), que lleva a su mente un irreverente chiste francés sobre el Espíritu Santo. De ahí, pasa a recordar su época en París. Acercado a la orilla, vuelve a ver su torre y piensa que no ha de volver a ella. Sentado en una piedra, observa en torno: un cadáver de perro, un perro que se acerca, una pareja en busca de berberechos —la mujer, sucia y agitanada, le provoca burlescas reflexiones eróticas—. El pensar en la marea y la luna le hace entrar en trance rítmico y desea escribir versos: falta de mejor papel, arranca el final de la carta del señor Deasy, y se entrega a su trance lírico en desbordada inundación de imágenes sonoras y ópticas, centradas en el mar. Sin pañuelo, que dio a Mulligan para que limpiara su navaja de afeitar, deja en las rocas el producto de hurgarse la nariz. Luego siente que detrás de él puede haber alguien: se vuelve, y sólo ve un velero de tres palos —tres cruces— llegando al puerto.

TÉCNICA: *Palabra interior, como totalidad mental en contenido y duración (el tiempo transcurrido viene a ser el que se tarda en leer en voz alta el capítulo).*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Proteo (el ser cambiante de forma —como el mar, y, también, como la mente de Stephen— cuya captura cuenta Menelao a Telémaco).*

2 (Odisea, en cuanto Uliseida)

[4]

Otra vez de las 8 a las 9 de la mañana del mismo día. El señor Leopold Bloom está en la cocina de su casa. El señor Bloom, como iremos sabiendo luego, es hijo de un judío húngaro, Rudolf Virag, que, llegado a Irlanda, adaptó su apellido —*bloom* es la traducción del húngaro *virag* ‘flor’, ‘floración’— y se hizo protestante, y luego católico con vistas a su matrimonio, del que nació Leopold en 1866. El abuelo, Lipoti Virag, fue pionero de la fotografía —saldrá en [15]—. Rudolph Bloom se dedicó a diversos negocios, así la venta de bisutería, en que Leopold le ayudó eficazmente; una dudosa lotería con

privilegio real húngaro, que estuvo a punto de llevarle a la cárcel; un hotel, cuya quiebra le condujo al suicidio... Leopold Bloom, por su parte, después de variados empleos — corredor de papelería, empleado de un tratante de ganados, etc. — trabaja, aunque no mucho, como agente de publicidad para el diario *Freeman*. Está casado con Marion (Molly) Bloom, nacida en Gibraltar en 1870, del comandante Brian Tweedy, ascendido desde soldado raso por méritos en la guerra de Crimea, y de una no bien identificada española, Lunita Laredo, judía o de aspecto judío, y al parecer fallecida muy pronto. Molly Bloom, cantante profesional, limita ahora su actividad a ocasionales actuaciones: en ese momento está en proyecto una gira de conciertos por provincias, organizada por el promotor Hugh (Blazes) Boylan —su amante, pero no el único en haber disfrutado de sus favores—. *Blazes* es, a la vez, ‘fulgores’, ‘chispazos’, ‘llamaradas’ y ‘manchas blancas en la frente de algunos caballos’.

El señor Bloom, a las 8, está totalmente vestido (de negro, para asistir luego a un entierro) y se encuentra en la cocina de su domicilio, Eccles 7, Dublín (casa que existe, o existió realmente: en ella vivió un amigo de Joyce). (Por cierto, la disposición interna de esas casas de clase media dublinesa resulta un tanto extraña para nosotros: aparte de un tercer piso, visible en las fotografías, pero que no se menciona en la novela, está el piso de arriba, con el cuarto de estar y la alcoba principal, más algún otro cuarto, y el piso de abajo, con la cocina y alguna otra pieza —así, el cuarto de la criada, cuando la hay—. La escalera, entre estos dos pisos, tiene dos tramos: en el descansillo donde cambia la dirección hay un cuartito trastero —en casa de los Bloom, dedicado a *water-closet*, aunque el señor Bloom prefiere usar otro retrete situado en una caseta al fondo del jardincillo trasero, al que se sale por la parte de la cocina—. El piso bajo queda en situación de semisótano respecto a la calle: delante hay una franja de terreno más bajo, separado de la calle por una verja.)

El señor Bloom, acompañado por su gata, ha encendido el fogón para preparar el desayuno —también para su esposa, a quien se lo llevará en una bandeja a la cama, una vieja cama traída de Gibraltar, con arandelas de latón sueltas, cuyo tintineo resonará por todo el libro mezclándose con el del calesín de Blazes Boylan. Mientras se calienta el agua, Bloom se inclina a seguir su afición a reforzar el desayuno con algún despojo, y sale a comprar un riñón de cerdo: al tomar el sombrero, comprueba llevar dentro, escondida, la tarjeta con que, bajo nombre falso, sostiene correspondencia sentimental con una desconocida. También comprueba llevar su talismán: una patata, ya arrugada, que heredó de su madre. Le falta, en cambio, el llavín, dejado en otro traje: arrimando la puerta para que parezca cerrada, sale a su compra. En la calle, su pensamiento va a la deriva, arrastrado por todo lo que ve: así, un anuncio de plantaciones en Palestina —Agendath Netaim—. Pero le interesan más las sólidas ancas de la criada de al lado, que también está en la salchichería. Al volver a casa, encuentra el correo: para él, una carta de su hija Milly —quince años, empleada con un fotógrafo en un pueblo cercano—; para Molly, una postal de Milly y una carta que luego sabrá Bloom que es de Boylan, anunciando su visita esa tarde para llevar a Molly el programa del concierto proyectado (y seguramente para algo más, como intuye dolorosamente Bloom, muy al tanto de las exuberancias de su esposa). Bloom pone a asar el riñón y lleva el té a Molly, quien le pregunta el significado de una palabra que ha encontrado en un libro (*metempsychosis*), y que, en su versión malentendida, se convierte en insistente *leit-motiv* verbal en el libro. Bloom comenta con Molly ciertos libros, de barata indecencia, que suele darle a leer, mientras mira la oleografía sobre la cama, *El baño de la ninfa*. Un olor a quemado le hace volver a la cocina para salvar el riñón y comérselo, mientras lee la carta de su hija, que desata en su mente amplias asociaciones de ideas y palabras. Luego toma un número atrasado de una revista y se dirige al retrete del jardín, donde hace de vientre mientras lee un cuento premiado, “El golpe maestro de Matcham”, con una “risueña brujita” que

será otro *leit-motiv* del libro. Tras usar el cuento para limpiarse, Bloom se arregla y sale a la calle, pensando en el entierro, presagiado por las campanas de una iglesia cercana: ¡Ay-oh!

TÉCNICA: *Presentación objetiva alternada con la palabra interior en la mente de Leopold Bloom.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Calypso (la ninfa que retuvo siete años a Ulises, hasta que Mercurio incitó a éste a seguir su viaje de regreso a Ítaca. Como se ve, la referencia es apenas un lejano chiste).*

[5]

De 9 a 10 de la mañana. El señor Bloom sale flaneando por las calles, periódico en mano, con tiempo de sobra por delante —no va a hacer nada especial hasta el entierro, que es a las 11. El día es soleado y moderadamente caluroso: el té en un escaparate le hace pensar en la indolencia de la vida tropical, imagen que se disuelve en la corriente de otras que se van presentando en su paseo. En la lista de correos de una estafeta, con su tarjeta seudónima Henry Flower (*Flower / Bloom*), recoge una carta de una que firma Martha, con la que ha entablado un carteo mediante un anuncio en el periódico, escarceo platónico que no desea llevar más allá. Con la carta en el bolsillo, y notando con los dedos que lleva algo sujeto al papel —será una flor prendida con un alfiler— sale a la calle y encuentra a un amigo charlatán, a quien ha de explicar que va de luto para el entierro de un común amigo, Dignam, mientras intenta observar a una atractiva señora a lo lejos: un inoportuno tranvía le priva de un atisbo de sus pantorrillas. Liberado de su amigo, que en vano intenta hacerse prestar una maleta con pretexto de una gira de conciertos de su mujer —igual que la de Bloom—, y después de haber observado en el periódico un anuncio de carne en conserva que se hará *leit-motiv* en el resto del libro, Bloom sigue andando. Los carteles de un *Hamlet* le llevan a pensar en su padre, suicida, entre otras muchas imágenes. Al fin, en una calle solitaria, abre la carta, con su flor: Martha desea conocerle en persona —hay un error mecanográfico que se hará *leit-motiv*: “no me gusta el otro mundo”, *world* en vez de *word* ‘palabra’. Roto el sobre —con reflexiones sobre cheques rotos y ganancias de cerveceros— el señor Bloom se siente atraído por el fresquito que emana de una iglesia católica, donde entra: están dando la comunión. La mente de Bloom revolotea sobre la ceremonia, a la vez como experto en el lenguaje de la liturgia y la teología —por ser antiguo alumno de colegio religioso— y fríamente remoto en cuanto al sentido de lo que ve. En todo caso, la eficacia de la organización eclesíástica le admira, como agente de publicidad. Piensa en el organista y en las actuaciones de su mujer Molly cantando en la iglesia: recuerda entonces que ella le ha encargado una loción. Por haber olvidado la receta, Bloom hace que el farmacéutico la encuentre en sus libros, y, al dejarla encargada, compra un jabón de limón con ánimo de ir a un establecimiento de baños. De camino a éste, encuentra a su amigo Bantam Lyons, que le pide prestado el periódico para ver las perspectivas de las carreras de caballos de esa tarde. Bloom se lo da, repitiendo que iba a tirarlo “por ahí”, lo que Lyons entiende como consejo a favor de un caballo llamado “Por Ahí” —que, en efecto, ganará inesperadamente, con las apuestas a veinte a uno en su contra. Y Bloom se aleja hacia los baños, episodio —de 10 a 11— que no se cuenta en el libro: posteriormente, a través de los recuerdos de Bloom, se entrevistó que relejó la carta de Martha sumergido en el agua del baño y se sintió inclinado a experimentar el onanismo acuático, pero no lo hizo —por fortuna, dirá en [13].

TÉCNICA: *Predominantemente, palabra interior.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *muy vaga, los Lotófagos (comedores de la flor del olvido).*

[6]

De 11 a 12. Entierro de Paddy Dignam. Bloom entra en un coche —de caballos, claro, estamos en 1904— con Simon Dedalus, padre de Stephen, y otros dos caballeros, Jack Power y Martin Cunningham, los que le tratarán con sutil distanciamiento, como judío que es —su matrimonio con la famosa y admirada Molly tampoco le prestigia mucho. Bloom va reflexionando pasivamente sobre la mortalidad humana y sobre lo que ve desde el coche —señala al señor Dedalus el paso de su hijo Stephen, que le hace sentir la falta de su propio hijito Rudy, muerto aún de pocos días. Los ocupantes del coche conversan divagatoriamente. De pronto, Bloom ve pasar al elegante Blazes Boylan: con dolor piensa que esa tarde visitará a su mujer Molly. Sobre ésta, y sus proyectados conciertos, le preguntan cortésmente a Bloom sus acompañantes. Ven luego a cierto prestamista, Reuben J. Dodd, y se cuenta una cómica historia sobre su tacañería: dio dos chelines al que salvó la vida a su hijo. Pero las risas son reprimidas por el recuerdo del difunto. Otras visiones distraen a Bloom: así, un ganado para exportar, que le sugiere la conveniencia de una línea tranviaria al puerto —y quizá, tranvías para entierros. Piensa también si hacer un viaje a su hija —pero no sin avisar. Se habla también del lugar de un famoso crimen. Al fin, llegan al cementerio: a través de la mente de Bloom se siguen todos los detalles, mezclados con los comentarios de los demás. Se habla de la apurada situación de la familia del difunto, abriéndose una suscripción para la que Bloom entrega cinco chelines, y se entra a la capilla, donde un sacerdote grazna un responso. Se traslada el ataúd a la fosa: Bloom piensa en la muerte física y la putrefacción. Les saluda el gerente del cementerio. Junto a la fosa, un periodista anota los nombres de los presentes, más el de un desconocido que, vestido con un macintosh, será apuntado como señor MacIntosh —y reaparecerá enigmáticamente por todo el libro—, así como los nombres de algunos ausentes que se suponen presentes. Bloom, durante la inhumación, sigue mezclando graves filosofías con ocurrencias y asociaciones más frívolas, a veces prácticas —posibles invenciones para que nadie sea enterrado vivo. Una vez rellena la fosa, el grupo se aleja, visitando de paso la tumba de Parnell, el gran autonomista irlandés, y comentando las estatuas de otras tumbas: mejor sería —piensa Bloom— conservar discos de gramófono con la voz de los difuntos. Llama su atención una gruesa rata, sin duda alimentada de cadáveres. Y por fin sale del cementerio con alivio —recordando la errata de Martha: “no me gusta el otro mundo”. Cortésmente, hace notar al abogado Menton la abolladura de su sombrero: éste, que acaba de caer en la cuenta de quién es él, y de que está casado con Molly, de quien Menton fue apasionado admirador, le da las gracias con elocuente sequedad: Bloom no es uno de ellos. (Por alguna alusión posterior se entiende que Bloom hará luego —entre las 6 y las 8— una visita de pésame a la viuda Dignam: episodio saltado en la narración.)

TÉCNICA: *Mezcla de palabra interior y descripción objetiva.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Hades (el infierno clásico, que Ulises visita).*

[7]

De 12 a 1, en el edificio del periódico *Freeman's Journal and National Press*, de su correspondiente semanario, y su asociado vespertino *Evening Telegraph*. El relato está cortado por epígrafes que imitan titulares de Prensa (algunos de ellos, al parecer, tomados de números antiguos del *Freeman*, diario existente en la realidad). En torno al edificio, hay tráfico de tranvías eléctricos y grandes carros —el motor de gasolina es todavía rarísimo. Bloom pide en las oficinas del Freeman el recorte de un anuncio que quiere pasar también al *Evening Telegraph*. Sube las escaleras el propietario, cuya cara hace pensar a Bloom en el tenor que cantaba *M'appari de Martha* —luego en [8]— y en Nuestro Salvador. Bloom habla con el administrador Nannetti, italiano de origen, concejal de Dublín y diputado en Londres: en medio del estrépito de las máquinas,

Nannetti, hombre silencioso, permitirá un entrefilet en el vespertino si se renueva el anuncio en el *Freeman* por tres meses. Bloom habla con el dibujo que piensa tomar de un periódico de provincias —en la Biblioteca Nacional—: unas llaves que aludan al apellido del comerciante anunciado. Bloom, entre el tráfigo del periódico, va a telefonar al anunciado la propuesta: un impresor, leyendo al revés, le hace recordar a su padre leyendo hebreo. El teléfono —entonces objeto raro— está en el despacho del director, donde Bloom no encuentra a éste, sino al “profesor” MacHugh, a Simon Dedalus —otra vez— y a Ned Lambert, riéndose de un discurso que publica el *Freeman*. Entra también J. J. O’Molloy, golpeando con la puerta a Bloom, en el escaso espacio: luego, llega el director, Myles Crawford, alcohólico y chillón. Hay entre ellos un clima ruidoso y confianzudo, a que es ajeno Bloom, el cual pide permiso para telefonar desde el despacho interior. Llegan las pruebas del extraordinario deportivo, donde se habla de la inminente Copa de Oro, de caballos —favorito, Cetro. Bloom sale para ir en busca de su anunciado, que ha sabido que está en una sala de subastas. Por la ventana, el grupo le mira alejarse por la calle, comentando cómo los golfillos vendedores del periódico remedan sus andares. El señor Dedalus y Lambert se marchan a tomar un trago. Sigue la conversación, lamentando la sumisión de Irlanda a ese imperio romano que es Inglaterra. Entran Stephen Dedalus, que entrega al director la carta de Deasy sobre la glosopeda —le acompaña el “señor” O’Madden Burke. Sigue la charla, sobre temas clásicos en paralelo con Irlanda, y en divagación sobre otros temas: Lenihan consigue hacer oír un pésimo chiste, tras mucho insistir: ¿Qué ópera se parece a una línea férrea? *The Rose of Castille* (*rows of cast steel* ‘hileras de acero fundido’): eso se convertirá en *leit-motiv* verbal —intraducible— a lo largo del libro. Sigue la conversación: Crawford invita al joven Stephen a escribir en el periódico; luego recuerda un ingenioso recurso con que se envió por telégrafo el plano de un crimen, en lo que le interrumpe, para su irritación, una llamada de Bloom, el cual no tendrá más remedio que volver en persona para hacerse oír. Así lo hará: mientras tanto, hay una larguísima divagación en que se compara el destino de Irlanda con el de la raza judía, etc. Al fin, Stephen propone ir a tomar un trago —no ha ido a la cita con Mulligan, a las doce y media—, y empieza a contar una larga historia sobre dos solteronas que subieron a la columna de Nelson, en Dublín. En el momento menos oportuno, reaparece Bloom con la contrapropuesta de su comerciante: dos meses de renovación si hay entrefilet en el vespertino. El director dice a Bloom que diga a su comerciante que “le bese su real culo irlandés”, y con ello se marchan todos, consiguiendo así Stephen llegar al final de su cuento —que, a pesar del retintín de escabrosidad, resulta tener muy poca gracia.

TÉCNICA: *Anotación objetiva, con reproducción de conversaciones. Bloom aparece sólo visto desde fuera, y fugazmente, entre una atmósfera burlona y despectiva.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Eolo (el dios de los vientos, como posible símbolo de la Prensa: la redacción del diario sería la cueva donde el dios tenía amarrados a los vientos).*

[8]

De 1 a 2. Bloom se dirige a almorzar, cambia de idea y se limita a un breve tentempié. La sucesión de temas en la mente de Bloom —a remolque de lo que ve— es tan rápidamente cambiante, que daremos apenas unas claves de identificación: Se venden dulces: proveedor de Su Majestad: un prospecto que tirar “por ahí” de un predicador americano [14], “¡Elías viene!”: buena publicidad: la religión. Ve a la hermana de Stephen Dedalus: son quince hijos: la anticoncepción. Cruza el puente O’Connell: ahogarse: el hijo del prestamista salvado en [6]. Bloom hace un barquito con el prospecto: al agua: gaviotas famélicas: compra algo que darles de comer. Barca en el agua con anuncio: anuncios ilegales: médicos de venéreas anunciados en urinarios. ¿Y si él (Boylan) tuviera...? “Mejor no pensar”. Oficina marítima: el reloj. Astronomía, ¿qué es *paralaje*? *Metempsicosis*:

Molly no entendía. Ingenio de Molly: lista de sus admiradores. Hombres-sandwich anunciando “Hely’s”. A Bloom le costaba cobrar, trabajando con Hely: así, en los conventos. ¿Fecha? Cuando se casó con Molly. Luego, 1894, murió Rudy: desde entonces Molly no quiere relación sexual con Bloom. Ese año, fiesta con el alcalde: gran éxito de Molly. Pasa un tipo de nombre no recordado. Nombre de un admirador de Molly: el tenor Bartell d’Arcy. Encuentra a la señora Breen (Josie Powell), viejo amor de Bloom: su marido está chiflado. Pregunta por la señora Beaufoy (en realidad, Purefoy) que lleva tres días con dolores de parto en el hospital (a donde irá Bloom en [14]). Un lunático les hace apartarse: la señora Breen cuenta sobre su marido lunático. *Irish Times*: anuncio por el que le escribe Martha —Bloom rechazó otra corresponsal, demasiado literaria—. Éxitos del *Irish Times*: sus crónicas de cacerías. Bloom admira a las Amazonas, a las mujeres enérgicas— una sudamericana, Mirim Dandrade, que conoció—. La señora Purefoy: marido metodista, dolores de parto. Un sistema de seguros nacionales para ingresos mínimos. Vuelan palomas, bien alimentadas; bien alimentados guardias salen de comer; entran otros. Estatua sobre urinario. Guardias; recuerdos de choques con estudiantes. Se nubla el sol: “el sol de la autonomía irlandesa”: Bloom deprimido: irrealidad del mundo. Reaparece el sol: ve al hermano de Parnell. Pasa el poeta A. E. (George Moore) con una literata desastrada. Escaparate de óptica: gemelos: ¿qué es *paralaje*? ¿Preguntarle al profesor Joly? Luna llena hace quince días: él, Molly y Boylan paseaban —estos dos, cantando un dúo de amor, sus manos tocándose. Ve a Bob Doran: viejos tiempos mejores: cuando él tenía 28 años y ella 23: muerte de Rudy, ya no más relación sexual. Calle Grafton: comprar: ¿un acerico para Molly?: ropa interior, joyería, frutas, plantaciones en Palestina [4]; deseo voluptuoso de erotismo; hambre: almorzar; ir al restaurante Burton. Repelente aspecto de los hombres comiendo en el Burton. Mejor un tentempié en Byrne (en el futuro, socialización del acto de comer): vegetarianismo y sus ventajas. Entra en Byrne: está Nosey Flynn, bebedor, siempre sorbiéndose la moquilla. Pide borgoña y emparedado de gorgonzola (reflexiones sobre el alimento). Nosey pregunta por la señora Bloom: los conciertos, ¿los organiza Boylan? Boylan, promotor de boxeo. “Cetro” favorito: otros recuerdos: reflexiones sobre alimentación: banquetes, hoteles elegantes, señoras escotadas. Molly, cuando se le entregó en el monte Howth: contraste con ahora. Buen tipo: “música helada de la escultura”: las diosas del museo, ¿tienen agujero posterior? Bloom va a orinar. Davy Byrne pregunta a Nosey sobre Bloom: es masón. Entran Paddy Leonard, Bantam Lyons y Tom Rochford, pidiendo de beber. Sale Bloom y se marcha por la calle. Ve un perro vomitando. Cenar: *Don Giovanni*. Perspectivas de cobrar los anuncios: comprar enaguas para Molly. Un muchacho ciego por la calle: injusticia cósmica: Justicia: pasa el juez Falkiner. Anuncio de la tómbola Myrus. Pasa “alguien” (Boylan). Bloom se refugia en el museo: nota que lleva en el bolsillo el jabón junto a la patata-talismán.

TÉCNICA: *Palabra interior, en la mente de Bloom, excepto en el intervalo en que éste se retira a orinar, en la taberna de Byrne.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Los Lestrigones (unos caníbales, por los clientes del restaurante Burton).*

[9]

De 2 a 3. En el despacho del director de la Biblioteca Nacional, Dublín. Stephen, sin almorzar, pero con unos tragos en el cuerpo, expone sus teorías sobre Shakespeare ante un grupo: Bloom sólo aparece un par de momentos, muy en segundo término. (El lector hispano no especialmente interesado en Shakespeare tal vez prefiera saltar este capítulo, que le resultará un tanto oscuro, si bien con ello perderá parte de los *leit-motive* —sobre todo, el “padre-hijo”, en *Hamlet*, y el tema de los cuernos conyugales—. Es de notar que las teorías en que Stephen dice no creer, a pesar de exponerlas brillantemente, eran

tomadas bastante en serio por el propio Joyce y empiezan a serlo por algunos especialistas en Shakespeare.) Están presentes el poeta A. E. (George Moore) —personaje real, según ya se dijo—, John Eglinton, Lyster —bibliotecario cuáquero—, y luego, el bibliotecario Best —cuyo apellido, ‘mejor’, sirve para juegos de palabras con el testamento en que Shakespeare legó a su mujer su *second-best bed* su ‘segunda cama’: más tarde, aparece Buck Mulligan, a quien Stephen ha enviado un telegrama en vez de acudir a la cita con él en un bar. Sin detallar las entradas y salidas, ni las fases de discusión, resumimos las hipótesis de Stephen: Shakespeare no debe identificarse tanto con Hamlet cuanto con el espectro del padre de Hamlet: para él, Hamlet vino a ser una versión literaria de su hijito Hamnet —muerto prematuramente, como el de Rudy de Bloom—. La adúltera madre de Hamlet, Ann, tendría algo de Ann Hathaway, la mujer de Shakespeare, de más edad que éste, y que probablemente le sedujo —el poema *Venus y Adonis* lo expresaría: luego, ausente el poeta en Londres, Ann le habría sido infiel con los hermanos del poeta, Gilbert, Richard y Edward (Richard tendría reflejo en *Ricardo III*; Edward en el hijo traidor del rey Lear). *El rey Lear* y *La tempestad* expresarían la reconciliación final entre los cónyuges, gracias a una nieta: sin embargo, el poeta no había olvidado sus agravios, y en el testamento legó a su mujer, no su mejor cama, sino su “segunda cama”. Todo esto, en la exposición de Stephen, se apoya en doctrinas estéticas tomadas de Santo Tomás de Aquino —como en el *Retrato del artista*—, y se combina con consideraciones teológicas —ortodoxas o no— sobre el Padre y el Hijo en la Trinidad cristiana. Mulligan, que ha recibido un telegrama de Stephen con una cita de Meredith —en vez de su presencia en la cita—, llega dispuesto a burlarse de sus teorías, y compone un esbozo de parodia de “moralidad” dramática —la forma del teatro antiguo inglés—, como “inmoralidad”. Los bibliotecarios y literatos presentes discuten seriamente las opiniones de Stephen —a quien, sin embargo, A. E. no invita a una posterior reunión literaria. Finalmente, Stephen se declara escéptico ante sus propias teorías, aunque dispuesto a que alguien las publique en forma de interviú, si le paga una guinea. Al marcharse, encuentran a Bloom —que apareció antes, fugazmente, pidiendo un periódico para copiar su anuncio—: es “el Judío Errante”, según Mulligan. Una cita final de *Cimbelino* expresa sardónicamente una voluntad de aceptación de la realidad.

TÉCNICA: *Más dramática que narrativa, con predominio del diálogo, pero también con vetas de palabra interior en la mente de Stephen.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Escila y Caribdis: el dilema entre dos peligros: el remolino que se traga los barcos y el monstruo que se traga a los navegantes —no vemos muy claro por qué—. Según Frank Budgen, la filosofía platónica —la de los oponentes de Stephen— y la aristotélica —la del propio Stephen— son “los monstruos que acechan al pensador en los estrechos” [?].*

[10]

De 3 a 4. Este capítulo consiste en 19 descripciones de personajes moviéndose a través de Dublín, a lo largo de itinerarios que a veces se cruzan unos con otros.

1. El Padre Conmee —figura real, como se dijo, rector del colegio Belvedere, donde hizo becario a Joyce—, descrito mediante su palabra interior, con mente benévola, devota y bien ordenada, se dirige a pedir asilo para uno de los huérfanos de Dignam, a cuyo entierro asistió antes Bloom. Va observando personas y edificios: ya en el campo, ve —y bendice— a una pareja de enamorados —luego se identifica al muchacho como Lynch.

2. Corny Kelleher, el funerario del entierro de Dignam, está en su establecimiento. Un brazo (de Molly Bloom) asoma por una ventana para echar una limosna a un inválido.

3. El inválido avanza sobre sus muletas, cruzándose con otros personajes.

4. Dos hermanas de Stephen llegan a casa: otra hermana está hirviendo unas camisas —para lavarlas— y tiene poco que darles de cenar: una de ellas alude a su padre, bebedor

y arruinado. (El prospecto que Bloom tiró “por ahí”, en forma de barco, navega bajo un puente.)

5. Blazes Boylan envía un cesto de fruta y vino a Molly Bloom, preparando su visita. Bloom, mientras, examina un carrito de libros usados.

6. Stephen habla en italiano con un maestro de música que quiere convencerle de que se haga profesional del canto.

7. La secretaria de Boylan alterna la lectura de una novela con el trabajo: Boylan llama y se entera de que Lenehan quiere verle a las cuatro —hora en que él piensa visitar a Molly Bloom— en el bar del hotel Ormond.

8. Ned Lambert enseña a un clérigo una antigua cámara en la abadía de Santa María. Aparece J. O. Molloy. Instantánea del hermano de Parnell jugando al ajedrez. Instantánea de la pareja sorprendida por el Padre Conmee. Ned y O’Molloy se van, pasando junto a unos caballos.

9. Tom Rochford enseña a unos amigos una máquina que indica qué número está en marcha en su *music-hall*. Pasa Richie Goulding, con la bolsa de documentos de su oficina legal. Se dispersan los amigos de Rochford contando diversas historias. Lenehan cuenta algo picaresco a propósito de Molly Bloom, pero admite que Bloom “tiene un toque de artista”.

10. Bloom busca un libro para regalar a Molly: se queda con *Dulzuras del pecado*, del que le atraen unos párrafos de barata obscenidad.

11. El portero de la sala de subastas toca la campanilla. Empieza una carrera de bicicletas. Una hermana de Stephen, Dilly, encuentra a su padre, quien, bebido, se niega a ir con ella a casa, y muy de mala gana le da parte del dinero que le han prestado. Pasa la cabalgata del Virrey.

12. Tom Kernan, viajante de comercio, satisfecho de sus éxitos, repasa su conversación con un amigo. Se cruzan otras figuras, o son observadas —así, el cortejo del Virrey.

13. Stephen observa un escaparate de joyería. Sigue andando y encuentra a su hermana Dilly, sintiendo remordimientos de conciencia de no ayudarla, al notar su desnutrición, su mala ropa y sus pobres ilusiones —lleva un manual para aprender francés.

14. Simon Dedalus encuentra al llamado “Padre” Cowley —no es clérigo—, que se queja de estar amenazado de deshaucio por deudas. Aparece su amigo Ben Dollard, habiéndole obtenido un respiro.

15. Martin Cunningham y Jack Power van hablando, entre otras cosas, de la difícil situación de la familia del fallecido Dignam —aludiendo a la generosidad de Bloom. Pasa la comitiva del Virrey.

16. Buck Mulligan y Haines toman té con *scones*: aquél dice que Stephen está chiflado. Hay instantáneas de otros elementos anteriores.

17. El maestro de música que hablaba con Stephen va andando: detrás de él, va un chiflado ya visto en [8], quien tropieza con el muchacho ciego a quien ayudó Bloom en [8].

18. Un huérfano de Dignam va a comprar unas salchichas, entreteniéndose en mirar escaparates, sin ganas de volver a su triste casa. Se cruza con un elegante —Boylan—: reflexiones sobre la muerte de su padre.

19. El Virrey —o Lugarteniente General— recorre Dublín en su comitiva, recibiendo las miradas, y a veces los saludos, de casi todos los personajes del capítulo.

TÉCNICA: *La lacónica descripción objetiva alterna con trozos de palabra interior —también bastante lacónica— en algunos personajes —Stephen y Bloom, sobre todo.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Las Rocas Errantes (de que Circe habla a Ulises como peligro en la navegación).*

Estructuralmente, pero sólo en tal sentido, este capítulo asume un carácter de síntesis del elenco humano del libro y de la ciudad.

[11]

De 4 a 5. Este capítulo empieza enumerando cincuenta y siete elementos verbales que irán apareciendo a lo largo de él, como los motivos anunciados en la obertura de una ópera —el capítulo es de intención y temática musicales.

En el bar del hotel Ormond hay dos camareras detrás de la barra: Lydia Douce, de pelo de bronce, y Mina Kennedy, de pelo de oro. No hay clientes: ellas miran por la ventana la comitiva del Virrey —y a Bloom que pasa. El camarero del comedor les trae té. Mientras Bloom mira un escaparate con imágenes de la Virgen, ellas se ríen de él. Entra Simon Dedalus, pidiendo whisky: luego Lenehan, que espera a Boylan y trata de coquetear con Mina, absorta en un libro, imitando a un maestro que enseña a leer. Simon nota que han cambiado el piano de sitio: lo ha afinado el muchacho ciego de antes. (Bloom compra papel para escribir a Martha: ve el calesín de Boylan.) Simon Dedalus se sienta al piano. Entra Boylan. Luego entra Bloom, con Richie Goulding, para hacer su retardada comida y observar a Boylan, sonreído por las camareras y ya en retraso para su visita a Molly Bloom. Lydia Douce, rogada, hace chascar una liga en el muslo. Se va Boylan, seguido por Lenehan. Entran “Padre” Cowley y Ben Dollard, que piden a Simon Dedalus que cante. Recordando un concierto, hablan de Molly Bloom, sin advertir a Bloom en el comedor, sumido en errantes pensamientos que se centran en Molly y Boylan. Simon Dedalus canta *M'appari*, de la ópera *Martha*, de Flotow. (Entran el abogado Lidwell, y otros clientes.) Bloom, mientras habla con Goulding, piensa amargamente que Boylan, en su tintineante calesín, ya va a visitar a Molly: con ello se mezclan otras cosas, el aria cantada por Simon Dedalus, de *Martha*, cuando él iba a escribir a su Martha: en el clímax de la emoción musical los nombres de Simon, el Lionel de la romanza, y Leopold, se funden en “Siopold”. (Boylan avanza tintineando hacia su visita.) Bloom se pone a escribir a Martha. (Boylan deja discretamente su calesín y continúa en un coche de alquiler hacia casa de Molly Bloom.) Bloom escribe. Lydia Douce hace oír a Lidwell una caracola que ha traído de sus vacaciones: Bloom recuerda cierta canción sobre bañistas, popularizada por Boylan. “Padre” Cowley toca el minuet de *Don Juan* —tema de seducción, en la errante mente de Bloom, que juega también con música de cámara (*chamber music*) y el ruido de Molly en la bacinilla nocturna (*chamber pot*). (Boylan llama a la puerta de Molly: golpes del bastón del afilador ciego, al caminar.) Ben Dollard canta *El muchacho rebelde*, cuya letra se mezcla con lo que ocurre en torno: el muchacho rebelde había perdido a su padre y sus hermanos luchando por la libertad: “último de su nombre”, antes de unirse a los rebeldes de Wexford, se confiesa, pero el confesor resulta ser un militar disfrazado, que le hace ejecutar. Mientras Dollard canta la balada, Bloom paga para irse, pensando en Molly y Boylan —traición, como en la balada—: todos escuchan con placer. Imágenes del cuerpo femenino, perfecto instrumento musical. Mientras todas aplauden el final, Bloom sale a la calle, sintiendo los gases de la sidra que tomó en la comida. Para evitar que le vea una prostituta conocida, mira un escaparate con un retrato de un patriota, mártir de su causa, cuyas palabras finales, impresas en el retrato, tienen como contrapunto la descarga de sus ventosidades.

TÉCNICA: *Palabra interior, en la mente de Bloom, alternada con entrecortadas imágenes objetivas, todo ello en efectos de contrapunto casi musical.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Las Sirenas (no sólo por el predominio del canto y la música en el capítulo, sino, concretamente, por las dos camareras, bellas mujeres de medio cuerpo arriba —lo que asoma por encima del mostrador del bar—; descuidado y en chancletas el resto).*

[12]

De 5 a 6. En este capítulo —sátira del nacionalismo irlandés— la plebeya voz de un Narrador sin nombre alterna con numerosas interpolaciones en parodia de estilos épicos o administrativos, centrándose en la figura del Ciudadano —también sin nombre—, obseso patriota.

El narrador habla con Joe Hynes, cobrador de deudas difíciles.

INTERPOLACIÓN: *Un contrato.*

Se van a la taberna de Barney Kiernan para informar al Ciudadano sobre una reunión.

INTERPOLACIÓN: *El mercado general de Dublín, recibiendo víveres de todo el país.*

El Ciudadano, con un perro gruñón, está bebiendo.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de antiguas epopeyas para describir al Ciudadano como un mítico gigante heroico.*

Joe Hynes convida: ha ganado gracias a lo que él creyó sugerencia de Bloom, de que apostara a favor de “Por Ahí”. Comentarios sobre Bloom: el Ciudadano se irrita porque el periódico, en nacimientos y fallecimientos, tiene demasiados nombres no irlandeses. Aparece Alf Bergan —cuya entrada se describe primero en parodia de epopeya, luego en jerga local—: viene riéndose del chiflado Breen, que acaba de pasar, seguido por su mujer.

INTERPOLACIÓN: *Elogio de la cerveza, en parodia de epopeya céltica.*

Se habla de que van a ahorcar a un reo, y Alf saca unas cartas de verdugos, pero antes de comentarlas, al oír que ha muerto Dignam, asegura haberle visto hace un momento por la calle.

INTERPOLACIÓN: *Comunicación espiritista con los muertos, primero en tono “espiritualista”, luego en tono de negocios, y, al fin, en parodia de épica.*

Comentarios emocionados sobre la muerte de Dignam. Entra Bloom, preguntando por Martin Cunningham. Joe Hynes lee una carta de verdugo: discusión sobre ahorcamientos, en que Bloom ofrece explicaciones científicas sobre la erección por estrangulamiento.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de estilo científico.*

Se habla de mártires independentistas, y dan unas galletas al perro. Bloom empieza a hablar con el Ciudadano, despectivo hacia él, por judío. El innominado Narrador también desprecia a Bloom, recordando cuando vivía en un hotelucho y trataba de capturar la herencia de una vieja. El Ciudadano brinda por los caídos de la causa irlandesa.

INTERPOLACIÓN: *La ejecución de uno de esos mártires, en caricatura hinchada.*

Sigue la discusión entre Bloom y el Ciudadano, aquél a favor de una liga de templanza, que disuade de invitar a beber —él no acepta allí de beber, pero sí un cigarro—: el perro apoya a su amo con sus gruñidos.

INTERPOLACIÓN: *Transformación del Ciudadano en perro sabio, capaz de componer poesías al modo de los antiguos bardos celtas. Estilo de revista.*

Se va Doran; se caricaturiza su ruego a Bloom de que dé su pésame a la viuda Dignam. Beben: Bloom se entera de que Nannetti, con quien debería hablar de su anuncio, se marcha a Londres, al Parlamento.

INTERPOLACIÓN: *Grotesco debate parlamentario sobre la glosopeda y los juegos irlandeses.*

Joe Hynes elogia al Ciudadano por su contribución a los tradicionales juegos irlandeses: Bloom amonesta sobre los peligros del exceso de ejercicio.

INTERPOLACIÓN: *Crónica de un match.*

Se habla de la próxima gira de conciertos: elogio de la señora Bloom, en imitación de antigua epopeya. En el mismo estilo, se anuncia la llegada de J. J. O'Molloy y Ned Lambert. Se habla del chiflado Breen y del buen juez Falkiner.

INTERPOLACIÓN: *Sobre el juez, en estilo arcaico.*

El Ciudadano quiere provocar a Bloom, pero éste no hace caso, ocupado en negocios con Hynes. El Ciudadano menciona adulterios fatales para la historia irlandesa: alguien saca un recorte de prensa sobre un adulterio en Chicago. Entran John Wyse y Lenehan: aquél cuenta un debate municipal sobre el uso de la lengua irlandesa, lo que enfurece al Ciudadano.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de épica.*

Lenehan cuenta que ha perdido su apuesta por el caballo "Por Ahí". El Ciudadano sigue en diatribas antiinglesas: John Wyse Nolan asiente, en cuanto a los daños causados a los bosques.

INTERPOLACIÓN: *En estilo de crónica de sociedad, una boda con nombres arbóreos.*

El Narrador, aparte, hace saber que el Ciudadano sacrificó los intereses de su causa cuando interfirieron con los de su bolsillo. Beben más: leen en el periódico sobre el linchamiento de un negro en Georgia —tema Otello, en Bloom: tema de la crucifixión. El Ciudadano, entre más rondas de bebida, ataca a Bloom, judío poco irlandés, que apela al amor universal: en vista de que Cunningham tarda en llegar, Bloom sale a buscarle en el juzgado.

INTERPOLACIÓN: *"Graffiti" en una pared, sobre el amor.*

Criticando el colonialismo inglés, se lee una sátira del periódico sobre la visita de un cacique negro. Lenehan dice que Bloom seguramente ha ido a cobrar una apuesta a favor de "Por Ahí", fingiendo otra cosa para no convalidarles: mayor furia del Ciudadano. El Narrador se retira un rato al urinario: soliloquio. Al volver el Narrador, hablan todos del padre de Bloom y sus estafas. Llegan Martin Cunningham, Jack Power y un protestante orangista.

INTERPOLACIÓN: *Parodia de estilo medieval.*

Se brinda, pidiendo la bendición de Dios.

INTERPOLACIÓN: *Inmensa procesión religiosa.*

Vuelve Bloom, todos creen que de cobrar sus ganancias. La hostilidad contra él aumenta: Martin Cunningham y Jack Power se retiran prudentemente con él en un coche de alquiler.

INTERPOLACIÓN: *En estilo poético helenizante, el coche es un hermoso bajel.*

El Ciudadano les sigue, y, al ver que Bloom se marcha en el coche, le insulta y vuelve a entrar en busca de algo que tirarle.

INTERPOLACIÓN: *En estilo periodístico, Bloom se despide de Hungría.*

El Ciudadano sale con la caja de galletas, ya vacía, que le tira, sin darle.

INTERPOLACIÓN: *Efectos sísmicos de la caja tirada, casi destruyendo la ciudad.*

El perro persigue al coche.

INTERPOLACIÓN FINAL: *Bloom como Elías, subiendo al cielo en un carro de fuego. Estilo Biblia Inglesa.*

TÉCNICA: *Se ha ido indicando.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *El Cíclope (el gigante de un solo ojo —así el Ciudadano, obseso, no puede ver los dos lados de las cosas—, quien, en su cueva —la taberna, aquí— quiso aniquilar a Ulises: éste, cegándole, escapó en su nave, sin que le alcanzaran las rocas lanzadas por el gigante).*

[13]

De 8 a 9, al anochecer. (Suponemos que, entre las 6 y las 8, Bloom ha ido a dar el pésame a la viuda Dignam: faltan estas horas en el relato.) Este capítulo tiene dos partes: la primera presenta a una muchachita tal como la describiría la barata literatura sentimental a que ella es aficionada —según Joyce, en un estilo “ñoño mermeladoso braguitoso (*alto là*) con efectos de mariolatría de incienso, masturbación, berberechos estofados, paleta de pintor, cháchara, circunlocuciones...” —; la segunda parte se sitúa en la mente de Bloom. Gerty Mac Dowell está sentada en las rocas junto a la playa de Sandycove, con sus amigas (¡y enemigas!) Cissy Caffrey y Edy Boardman, los dos hermanitos de Cissy —gemelos, de cuatro años—, y un hermanito de Edy, bebé en cochecito. Al fondo, se ve el monte Howth (donde los Bloom se unieron por primera vez); más cerca, la iglesia de Nuestra Señora Estrella del Mar, de donde llegan rumores de órgano y de rezos —se celebran las devociones de una sociedad de templanza. Mientras los niños juegan y riñen, Gerty está sentada, consciente de su belleza, y pensando en cierto preferido de su corazón, un estudiante aficionado al ciclismo. En estilo de novela rosa se van describiendo sus facciones, sus ropas y sus secretitos; sus problemas familiares —el padre, alcohólico—, sus ilusiones de amor. Uno de los niños lanza la pelota hacia un caballero enlutado —Bloom—, que, sentado en una roca cercana, observa a Gerty, la cual se siente emocionada por el interesante aire exótico de aquel maduro admirador. Sus sueños toman otro cariz: románticos, atrevidos, dispuestos a una aventura, a pesar del qué dirán. Cissy, quizá porque es tarde, quizá por cortar aquella admiración, se acerca a preguntar la hora al caballero, quien, sacando nerviosamente la mano del bolsillo, encuentra que se le había parado el reloj (a las 4,30, momento fatídico de la visita de Boylan). Se intercalan visiones de la ceremonia devota, con la exposición, *Tantum ergo*, etc. Edy y Cissy, preparando marcharse, punzan a Gerty sobre su estudiante, un tanto frío últimamente. Pero Gerty les contesta con energía, fortalecida por la admiración del enlutado —atento sobre todo a sus pantorrillas y “bajos” —: la pasión crece en su pecho. Cuando termina la ceremonia en la iglesia, empiezan los fuegos artificiales de una tómbola: Edy y Cissy se alejan corriendo hacia ellos, con sus hermanitos, pero Gerty sigue sentada, y, echándose atrás para ver mejor, va poniendo de manifiesto su ropa interior azul celeste ante la ávida mirada del enlutado, mientras una oleada erótica la envuelve. El trance pasa pronto: acaban los cohetes y Gerty se levanta: tras una mirada de reproche al enlutado que la ha seducido a distancia, deja caer un algodón con perfume y... se aleja cojeando; pues ésa es la tragedia de Gerty, su pie lisiado. Pasamos a la mente de Bloom, que, en adoración ante la ropa interior de Gerty, se ha desahogado en onanismo. Comentando consigo mismo la picardía de aquella doncellita y su inesperada cojera —que no le parece mal, como condimento erótico— siente las consecuencias de su desahogo —humedad, somnolencia—, mientras inundan su mente recuerdos y ensueños. Al fin, tras recoger el algodón perfumado y esbozar un posible mensaje en la arena, que borran las olas, Bloom queda adormilado un rato. Mientras, en la casa del sacerdote que ofició en la ceremonia, en un reloj regalado por Gerty, un cuco asoma a dar las nueve. (*Cuckoo*, en inglés, hace pensar en *cuckold* ‘cornudo’.)

TÉCNICA: *Se ha ido indicando.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Cruelmente, Nausicaa (la princesita de Feacia que, yendo a la playa a lavar sus ropas, encontró a Ulises, náufrago y desnudo, y le llevó a su palacio —puro episodio sentimental del asendereado héroe).*

Ulises

Solemne, el gordo Buck Mulligan avanzó desde la salida de la escalera, llevando un cuenco de espuma de jabón, y encima, cruzados, un espejo y una navaja. La suave brisa de la mañana le sostenía levemente en alto, detrás de él, la bata amarilla, desceñida. Elevó en el aire el cuenco y entonó:

—*Introibo ad altare Dei.*

Deteniéndose, escudriñó hacia lo hondo de la oscura escalera de caracol y gritó con aspereza:

—Sube acá, Kinch. Sube, cobarde jesuita.

Avanzó con solemnidad y subió a la redonda plataforma de tiro. Gravemente, se fue dando vuelta y bendiciendo tres veces la torre, los campos de alrededor y las montañas que se despertaban. Luego, al ver a Stephen Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, gorgoteando con la garganta y sacudiendo la cabeza. Stephen Dedalus, molesto y soñoliento, apoyó los brazos en el remate de la escalera y miró fríamente aquella cara sacudida y gorgoteante que le bendecía, caballuna en su longitud, y aquel claro pelo intonso, veteado y coloreado como roble pálido.

Buck Mulligan atisbó un momento por debajo del espejo y luego tapó el cuenco con viveza.

—¡Vuelta al cuartel! —dijo severamente.

Y añadió, en tono de predicador: —Porque esto, oh amados carísimos, es lo genuinamente cristino: cuerpo y alma y sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, caballeros. Un momento. Hay algo que no marcha en estos glóbulos blancos. Silencio, todos.

Echó una ojeada a lo alto, de medio lado, y lanzó un largo y grave silbido de llamada: luego se detuvo un rato en atención arrebatada, con sus dientes blancos e iguales brillando acá y allá en puntos de oro. Chrysóstomos. Dos fuertes silbidos estridentes respondieron a través de la calma.

—Gracias, viejo —gritó con animación—. Así va estupendamente. Corta la corriente, ¿quieres?

Bajó de un salto de la plataforma de tiro y miró gravemente al que le observaba, recogiendo por las piernas los pliegues flotantes de la bata. Su gruesa cara sombreada y su hosca mandíbula ovalada hacían pensar en un prelado, protector de las artes en la Edad Media. Una grata sonrisa irrumpió silenciosamente en sus labios.

—¡Qué broma! —dijo alegremente—. Ese absurdo nombre tuyo, un griego antiguo.

Le apuntó con el dedo, en befa amistosa, y se fue hacia el parapeto, riendo para adentro. Stephen Dedalus, con su mismo paso, le acompañó cansadamente hasta medio camino y se sentó en el borde de la plataforma de tiro, sin dejar de observarle cómo apoyaba el espejo en el parapeto, mojaba la brocha en el cuenco y se enjabonaba mejillas y cuello.

La alegre voz de Buck Mulligan continuó:

—Mi nombre también es absurdo: Málachi Múlligan, dos dácilos. Pero tiene un son helénico, ¿no? Saltarín y solar como el mismísimo macho cabrío. Debemos ir a Atenas. ¿Vienes si consigo que la tía suelte veinte pavos?

Dejó a un lado la brocha y, riendo de placer, gritó:

—¿Vendrá éste? El gesticulante jesuita.

Interrumpiéndose, empezó a afeitarse con cuidado.

—Dime, Mulligan —dijo Stephen suavemente.

—¿Qué, cariño mío?

—¿Cuánto tiempo se va a quedar Haines en esta torre?

Buck Mulligan enseñó una mejilla afeitada sobre el hombro derecho.

—Dios mío, pero ése es terrible, ¿verdad? —dijo, desahogándose—. Un pesado de sajón. Cree que tú no eres un caballero. Vaya por Dios, esos jodidos ingleses. Reventando de dinero y de indigestión. Porque viene de Oxford. De veras, Dedalus, tú sí que tienes los verdaderos modales de Oxford. A ti no te entiende. Ah, el nombre que te tengo yo es el mejor: Kinch, el pincho.

Se afeitó cautamente la barbilla.

—Ha estado delirando toda la noche sobre una pantera negra —dijo Stephen—. ¿Dónde tiene la pistolera?

—Es un loco temible —dijo Mulligan—. ¿Te entró pánico?

—Sí —dijo Stephen con energía y con creciente miedo—. Ahí en la oscuridad, con uno que no conozco, y que delira y gime para sus adentros que le va a pegar un tiro a una pantera negra. Tú has salvado a algunos de ahogarse. Yo no soy ningún héroe, sin embargo. Si ése se queda aquí, yo me voy.

Buck Mulligan miró ceñudamente la espuma de la navaja. Bajó de un brinco de donde estaba encaramado y empezó a registrarse apresuradamente los bolsillos.

—Mierda —gritó con voz pastosa.

Pasó hasta la plataforma de tiro y, metiendo la mano en el bolsillo de arriba de Stephen, dijo:

—Otórgame un préstamo de tu moquero para limpiar mi navaja.

Stephen consintió que le sacara y exhibiera por una punta un pañuelo sucio y arrugado. Buck Mulligan limpió con cuidado la navaja de afeitar. Luego, observando el pañuelo, dijo:

—El moquero del bardo. Un nuevo color artístico para nuestros poetas irlandeses: verdemoco. Casi se saborea, ¿no?

Subió otra vez al parapeto y miró allá, toda la bahía de Dublín, con el claro pelo roblepálido ligeramente agitado.

—Dios mío —dijo a media voz—. ¿No es verdad que el mar es como lo llama Algy: una dulce madre gris? El mar verdemoco. El mar tensaescrotos. *Epi oinopa pontos*. ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que instruirte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* La mar es nuestra gran madre dulce. Ven a mirar.

Stephen se irguió y se acercó al parapeto. Asomándose sobre él miró, allá abajo, el agua y el barco correo que salía por la boca del puerto de Kingstown.

—Nuestra poderosa madre —dijo Buck Mulligan.

Bruscamente, volvió sus grandes ojos inquisitivos desde el mar a la cara de Stephen.

—La tía cree que mataste a tu madre —dijo—. Por eso no quiere que tenga nada que ver contigo.

—Alguien la mató —dijo Stephen, sombrío.

—Podías haberte arrodillado, maldita sea, Kinch, cuando te lo pidió tu madre agonizante —dijo Buck Mulligan—. Yo soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar que tu madre te pidió con su último aliento que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Tienes algo siniestro...

Se interrumpió y volvió a enjabonar ligeramente la otra mejilla. Una sonrisa tolerante curvó sus labios.

—Pero un farsante delicioso —murmuró para sí—. Kinch, el más delicioso de los farsantes.

Se afeitó por igual y con cuidado, en silencio, seriamente.

Stephen, con un codo apoyado en el granito rugoso, apoyó la palma de la mano en la frente y se observó el borde deshilachado de la manga de la chaqueta, negra y lustrosa. Un dolor, que no era todavía el dolor del amor, le roía el corazón. Silenciosamente, ella se le había acercado en un sueño después de morir, con su cuerpo consumido, en la suelta mortaja parda, oliendo a cera y palo de rosa: su aliento, inclinado sobre él, mudo y lleno de reproche, tenía un leve olor a cenizas mojadas. A través de la bocamanga deshilachada veía ese mar saludado como gran madre dulce por la bien alimentada voz de junto a él. El anillo de bahía y horizonte contenía una opaca masa verde de líquido. Junto al lecho de muerte de ella, un cuenco de porcelana blanca contenía la viscosa bilis verde que se había arrancado del podrido hígado en ataques de ruidosos vómitos gimientes.

Buck Mulligan volvió a limpiar la navaja.

—¡Ah, pobre cuerpo de perro! —dijo con voz bondadosa—. Tengo que darte una camisa y unos cuantos moqueros. ¿Qué tal son los calzones de segunda mano?

—Me sientan bastante bien —contestó Stephen.

Buck Mulligan atacó el entrante de debajo del labio.

—Qué ridículo —dijo, satisfecho—. De segunda pierna, deberían ser. Dios sabe qué sifilicólico los habrá soltado. Tengo un par estupendo a rayas, gris. Quedarás fenómeno con ellos. En serio, Kinch. Tienes muy buena pinta cuando te arreglas.

—Gracias —dijo Stephen—. No puedo ponérmelos si son grises.

—No puede ponérselos —dijo Buck Mulligan a su propia cara en el espejo—. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre pero no puede ponerse pantalones grises.

Plegó con cuidado la navaja y se palpó la piel lisa dando golpecitos con las yemas.

Stephen volvió los ojos desde el mar hacia la gruesa cara de móviles ojos azul humo.

—El tipo con el que estuve anoche en el Ship —dijo Buck Mulligan— dice que tienes p.g.a. Está en Villatontos con Conolly Norman. Parálisis general de los alienados.

Dio vuelta al espejo en semicírculo por el aire para hacer destellar la noticia a lo lejos, en la luz del sol ya radiante sobre el mar.

Rieron sus plegados labios afeitados y los filos de sus blancos dientes fúlgidos. La risa se apoderó de todo su fuerte tronco bien trabado.

—Mírate a ti mismo —dijo—, bardo asqueroso.

Stephen se inclinó a escudriñar el espejo que se le ofrecía, partido por una raja torcida, y se le erizó el pelo. Como me ven él y los demás. ¿Quién eligió esta cara para mí? Este cuerpo de perro que limpiar de gusanera. Todo esto me pregunta también a mí.

—Lo he mangado del cuarto de la marmota —dijo Buck Mulligan—. A ella le va bien. La tía siempre tiene criadas feas, por Malachi. No le dejes caer en la tentación. Y se llama Úrsula.

Volviendo a reír, apartó el espejo de los inquisitivos ojos de Stephen.

—¡Qué rabia la de Calibán por no verte la cara en un espejo! —dijo—. Si estuviera vivo Wilde para verte...

Echándose atrás y señalando con el dedo, Stephen dijo amargamente:

—Es un símbolo del arte irlandés. El espejo partido de una criada.

Buck Mulligan, de repente, dio el brazo a Stephen y echó a andar con él dando vuelta a la torre, con la navaja y el espejo traqueteando en el bolsillo donde los había metido.

—No está bien hacerte rabiar así, ¿verdad, Kinch? —dijo cariñosamente—. Bien sabe Dios que tú tienes más espíritu que cualquiera de éstos.

Otra vez paró la estocada. Teme el bisturí de mi arte como yo temo el del suyo. La fría pluma de acero.

—Espejo partido de una criada. Díselo a ese buey, el tío de abajo, y dale un sablazo de una guinea. Está podrido de dinero y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo sus perras vendiendo jalapa a los zulús o con no sé qué otra jodida

estafa. Válgame Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos trabajar juntos, a lo mejor haríamos algo por la isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tengas que mendigar de estos cerdos. Yo soy el único que sabe lo que eres tú. ¿Por qué no te fías más de mí? ¿Por qué me miras con malos ojos? ¿Es por lo de Haines? Como haga ruido aquí, traigo a Seymour y le damos un escarmiento peor que el que le dieron a Clive Kempthorpe.

Griterío juvenil de voces adineradas en el cuarto de Clive Kempthorpe. Rostros pálidos: se sujetan la tripa de la risa, agarrándose unos a otros. ¡Ay, que me muero! ¡Ten cuidado cómo le das la noticia a ella, Aubrey! ¡Me voy a morir! Azotando el aire con tiras desgarradas de la camisa, brinca y renquea dando vueltas a la mesa, los pantalones caídos por los talones, perseguido por Ades el de Magdalen, con las tijeras de sastre. Una asustada cara de becerro, dorada de mermelada. ¡Quietos con mis pantalones! ¡No juguéis conmigo al buey mocho!

Gritos por la ventana abierta, sobresaltando el atardecer en el patio. Un jardinero sordo, con delantal, enmascarado con la cara de Matthew Arnold, empuja la segadora por el césped ensombrecido observando atentamente el vuelo de las briznas de hierba.

Para nosotros... nuevo paganismo... ómphalos.

—Déjale que se quede —dijo Stephen—. No le pasa nada malo sino de noche.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Buck Mulligan con impaciencia—. Desembucha. Soy sincero contigo. ¿Qué tienes ahora contra mí?

Se detuvieron, mirando el chato cabo de Bray Head que se extendía en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen se soltó del brazo suavemente.

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó.

—Sí, ¿qué es? —contestó Buck Mulligan—. Yo no recuerdo nada.

Miró a la cara de Stephen mientras hablaba. Una leve brisa le pasaba por la frente, abanicando suavemente su claro pelo despeinado y agitando puntos plateados de ansiedad en sus ojos.

Stephen, deprimido por su propia voz, dijo:

—¿Te acuerdas de la primera vez que fui a tu casa después que murió mi madre?

Buck Mulligan arrugó el ceño vivamente y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No me acuerdo de nada. Sólo recuerdo ideas y sensaciones. ¿Por qué? ¿Qué pasó, en nombre de Dios?

—Estabas haciendo té —dijo Stephen— y yo crucé el descansillo para buscar más agua caliente. Tu madre y una visita salían de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu cuarto.

—¿Sí? —dijo Buck Mulligan—. ¿Y qué dije? Se me ha olvidado.

—Dijiste —contestó Stephen—: “Ah, no es más que Dedalus, que se le ha muerto su madre como una bestia”.

Un rubor que le hizo más joven y atractivo invadió las mejillas de Buck Mulligan.

—¿Eso dije? —preguntó—. Bueno, ¿y qué tiene de malo eso?

Se sacudió de encima el cohibimiento con nerviosismo.

—¿Y qué es la muerte —preguntó—, la de tu madre o la tuya o la mía? Tú sólo has visto morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y Richmond, y cómo les sacan las tripas en la sala de autopsia. Es algo bestia, y nada más. Sencillamente, no importa. Tú no quisiste arrodillarte a rezar por tu madre en la agonía cuando ella te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas dentro esa maldita vena jesuítica, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es ridículo y bestia. A ella no le funcionan ya los lóbulos cerebrales. Llama al doctor Sir Peter Teazle y coge flores de la colcha. Pues síguele la corriente hasta que se acabe. Le llevaste la contraria en su último deseo al morir, y sin embargo andas de malas conmigo porque no gimoteo como una llorona alquilada de Lalouette. ¡Qué absurdo! Supongo que sí lo dije. No quería ofender la memoria de tu madre.

A fuerza de hablar se había envalentonado. Stephen, tapando las anchas heridas que esas palabras habían dejado en su corazón, dijo con mucha frialdad:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿Pues en qué? —preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí —contestó Stephen.

Buck Mulligan se dio vuelta sobre los talones.

—¡Ah, eres imposible! —exclamó.

Echó a andar rápidamente, siguiendo la curva del parapeto. Stephen se quedó en su sitio, contemplando el mar tranquilo, hacia el promontorio. Mar y promontorio ahora se ensombrecían. Le latía la sangre en los ojos, velándole la vista, y notaba la fiebre de sus mejillas.

Una voz desde dentro de la torre gritó fuerte:

—¿Estás ahí arriba, Mulligan?

—Ya voy —contestó Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y dijo:

—Mira al mar. ¿Qué le importan las ofensas? Quítate de encima a Loyola, Kinch, y ven para abajo. El sajón quiere sus tajadas matinales de tocino.

Su cabeza se volvió a detener un momento en la entrada de la escalera, al nivel del techo.

—No te pases el día rumiándolo —dijo—. Yo soy un inconsecuente. Déjate de cavilaciones malhumoradas.

Su cabeza desapareció, pero el bordoneo de su voz, al bajar, siguió retumbando desde el hueco de la escalera:

*No te arrincones más a cavilar
sobre el misterio amargo del amor,
pues Fergus rige los broncíneos carros.*

Sombras boscosas se veían pasar flotando silenciosamente a través de la paz mañanera, desde la entrada de la escalera, hacia el mar, a donde él contemplaba. En la orilla y hacia lo hondo, el espejo de agua se blanqueaba, agitado por presurosos pies levemente calzados. Blanco pecho del sombrío mar. Los acentos emparejados, de dos en dos. Una mano pulsando las cuerdas de arpa y fundiendo sus acordes emparejados. Palabras casadas, blancodeola, rielando sobre la sombría marea.

Una nube empezó a cubrir lentamente el sol, ensombreciendo la bahía en verde más profundo. Se extendía a su espalda cuenco de aguas amargas. La canción de Fergus: él la cantaba en casa, a solas, sosteniendo los largos acordes sombríos. Ella tenía la puerta abierta: quería oír mi música. Silencioso de respeto y lástima, me acerqué a su cabecera. Lloraba en su mísera cama. Por esas palabras, Stephen: misterio amargo del amor.

¿Ahora dónde?

Los secretos que ella tenía: viejos abanicos de plumas, carnets de baile con borlas, un adorno de cuentas de ámbar en el cajón cerrado. Cuando era niña, había una jaula de pájaro colgando en la soleada ventana de su casa. Había oído cantar al viejo Royce en la pantomina de Turko el Terrible, y se rió con los demás cuando él cantaba:

*Yo soy un mozo
que gozo
de invisibilidad.*

Júbilo fantasmal, plegado y apartado: perfumado de almizcle.

No te arrincones más a cavilar.

Plegado y apartado en la memoria de la naturaleza con los juguetes de ella. Asaltaban recuerdos su mente cavilosa. Su vaso de agua en el grifo de la cocina, cuando había recibido la comunión. Una manzana rellena de azúcar morena, asándose para ella en la chimenea, una oscura tarde de otoño. Sus lindas uñas enrojecidas por la sangre de piojos aplastados, de las camisas de los niños.

En un sueño, silenciosamente, se le había acercado, con su cuerpo consumido, en la suelta mortaja parda, oliendo a cera y palo de rosa: su aliento, inclinado sobre él con mudas palabras secretas, tenía un leve olor a cenizas mojadas.

Sus ojos vidriosos, mirando fijamente desde más allá de la muerte, para agitar y doblegar mi alma. A mí solo. El cirio fantasmal sobre la cara torturada. Su ronca respiración ruidosa estertorando de horror, mientras todos rezaban de rodillas. Sus ojos puestos en mí para derribarme. *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Vampiro! ¡Masticador de cadáveres! No, madre. Déjame ser y déjame vivir.

—¡Kinch, a bordo!

La voz de Buck Mulligan cantaba desde dentro de la torre. Se acercaba, escalera arriba, llamando una y otra vez. Stephen, todavía temblando del clamor de su alma, oyó el cálido correr de la luz del sol y, en el aire de detrás de él, palabras amigas.

—Dedalus, sé buen chico y baja. El desayuno está listo. Haines se excusa por habernos despertado anoche. Todo está muy bien.

—Ya voy —dijo Stephen, volviéndose.

—Ven, por lo que más quieras —dijo Buck Mulligan—. Hazlo por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le dije lo de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Dale un sablazo de una libra, ¿quieres? Una guinea, mejor dicho.

—Me pagan esta mañana —dijo Stephen.

—¿Tu burdel de escuela? —dijo Buck Mulligan—. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Préstame una.

—Si te hace falta —dijo Stephen.

—Cuatro resplandecientes soberanos —gritó Mulligan con placer—. Nos tomaremos unos fenomenales tragos como para asombrar a los drúidicos druidas. Cuatro omnipotentes soberanos.

Agitó las manos en lo alto y bajó zapateando los escalones de piedra, mientras cantaba desafinado con acento cockney:

*¡Ah, qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino,
en la ocasión
de la Coronación!
¡Ah, qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino!*

Tibio fulgor solar en regocijo sobre el mar. La bacía de níquel brillaba, olvidada, en el parapeto. ¿Por qué tendría que bajarla? ¿Y dejarla allí todo el día, amistad olvidada?

Llegó hasta ella, y la sostuvo un rato entre las manos, tocando su frescura, oliendo la baba pegajosa de la espuma en que estaba metida la brocha. Así llevaba yo el incensario entonces en Conglowes. Ahora soy otro y sin embargo el mismo. Un sirviente. Siervo de los siervos.

En el sombrío cuarto de estar abovedado, en la torre, la figura de Buck Mulligan en bata se movía con viveza de un lado para otro de la chimenea, ocultando y revelando su fulgor amarillo. Desde las altas troneras caían dos lanzadas de suave luz del día: en la intersección de sus rayos flotaba, dando vueltas, una nube de humo de carbón y vapores de grasa frita.

—Nos vamos a asfixiar —dijo Buck Mulligan—. Haines, abre esa puerta, ¿quieres?

Stephen dejó la bacía en el aparador. Una alta figura se levantó de la hamaca donde estaba sentada, se acercó a la entrada y abrió de un tirón las puertas interiores.

—¿Tienes la llave? —preguntó una voz.

—Dedalus la tiene —dijo Buck Mulligan—. Janey Mack, me asfixio.

Sin levantar la mirada del fuego, aulló:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura —dijo Stephen, adelantándose.

La llave dio dos vueltas, arañando ásperamente, y, cuando estuvo entreabierta la pesada puerta, entraron, bien venidos, la luz y el aire claro. Haines se quedó en la entrada, mirando afuera. Stephen tiró de su maleta, puesta vertical, hasta la mesa, y se sentó a esperar. Buck Mulligan echó la fritanga en el plato que tenía al lado. Luego llevó a la mesa el plato y una gran tetera, los dejó pesadamente y suspiró con alivio.

—Me estoy derritiendo —dijo—, como dijo la vela cuando... Pero silencio. Ni una palabra más sobre el tema. Kinch, despierta. Pan, mantequilla, miel. Haines, entra. El rancho está listo. Bendecidnos, Señor, y bendecid estos dones. ¿Dónde está el azúcar? Ah, jodido, no hay leche.

Stephen trajo del aparador la hogaza y el tarro de la miel y la mantequera. Buck se sentó con repentina irritación.

—¿Qué burdel es éste? —dijo—. Le dije que viniera después de las ocho.

—Lo podemos tomar solo —dijo Stephen—. Hay un limón en el aparador.

—Maldito seas tú con tus modas de París —dijo Buck Mulligan—: yo quiero leche de Sandycove.

Haines se acercó desde la entrada y dijo tranquilamente:

—Ya sube esa mujer con la leche.

—Las bendiciones de Dios sobre ti —gritó Buck Mulligan, levantándose de la silla de un salto—. Siéntate. Echa el té ahí. El azúcar está en la bolsa. Ea, no puedo seguir enredándome con los malditos huevos.

Dio unos tajos a través de la fritanga de la fuente y la fue estampando en tres platos, mientras decía:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Haines se sentó a servir el té.

—Os doy dos terrones a cada uno —dijo—. Pero oye, Mulligan, tú haces fuerte el té, ¿no?

Buck Mulligan, sacando gruesas rebanadas de la hogaza, dijo con mimosa voz de vieja:

—Cuando hago té, hago té, como decía la abuela Grogan. Y cuando hago aguas, hago aguas.

—Por Júpiter, que es té —dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando y hablando con mimos de vieja:

—“Eso hago yo, señora Cahill”, dice. “Caramba, señora”, dice la señora Cahill, “Dios le conceda no hacerlo en el mismo cacharro”.

Tendió a cada uno de sus comensales, por turno, una gruesa rebanada de pan, empalada en el cuchillo.

—Esa es gente para tu libro, Haines —dijo con gran seriedad—. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre el pueblo y los dioses-peces de Dundrum. Impreso por las Hermanas Parcas en el año del gran viento.

Se volvió a Stephen y preguntó con sutil voz intrigada, levantando las cejas:

—¿Recuerdas, hermano, si el cacharro del té y del agua de la vieja Grogan se menciona en el Mabinogion, o si es en los Upanishads?

—Lo dudo —dijo Stephen gravemente.

—¿De veras? —dijo Buck Mulligan en el mismo tono—. Por favor, ¿qué razones tienes?

—Se me antoja —dijo Stephen, comiendo— que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. La vieja Grogan, es de imaginar, era parienta de Mary Ann.

El rostro de Buck Mulligan sonrió con placer.

—Encantador —dijo con dulce voz afeminada, mostrando sus blancos dientes y parpadeando amablemente—. ¿Crees que lo era? ¡Qué encanto!

Luego, nublando de repente sus facciones, gruñó con voz ronca y rasposa, mientras volvía a dar vigorosas tajadas a la hogaza:

*A la vieja Mary Ann
no le importa el qué dirán
sino que, levantándose la enagua...*

Se atascó la boca de fritura y fue mascando y bordoneando.

El hueco de la puerta se ensombreció con una figura que entraba.

—La leche, señor.

—Pase, señora —dijo Mulligan—. Kinch, toma la lechera.

Una vieja se adelantó y se puso al lado de Stephen.

—Hace una mañana estupenda, señor —dijo—. Bendito sea Dios.

—¿Quién? —dijo Mulligan, lanzándole una ojeada—. Ah, claro.

Stephen se echó atrás y acercó del aparador el jarro de la leche.

—Los isleños —dijo Mulligan a Haines, como de paso—, hablan frecuentemente del recaudador de prepucios.

—¿Cuánta, señor? —preguntó la vieja.

—Dos pintas —dijo Stephen.

La observó echar en la medida, y luego en la jarra, blanca leche espesa, no suya. Viejas tetas encogidas. Volvió a echar una medida y una propina. Anciana y secreta, había entrado desde un mundo mañanero, quizá mensajera. Alababa la excelencia de la leche, mientras la vertía. Acurrucada junto a una paciente vaca, al romper el día, en el fértil campo, bruja sentada en su seta venenosa, con

sus arrugados dedos rápidos en las ubres chorreantes. Mugían en torno a ella, y la conocían; ganado sedoso de rocío. Seda de las vacas y pobre vieja: nombres que se le dieron en tiempos antiguos. Una anciana errante, baja forma de un ser inmortal, sirviendo al que la conquistó y alegremente la traicionó; la concubina común de ellos, mensajera de la secreta mañana. Si para servir o para reprender, no sabía él decirlo: pero desdeñaba solicitarle sus favores.

—Está muy bien, señora —dijo Buck Mulligan, sirviendo leche en las tazas.

—Pruébela, señor —dijo ella.

Él bebió, tal como le rogaba.

—Sólo con que pudiéramos vivir de buenos alimentos como éste —le dijo a ella, en voz algo alta— no tendríamos el país lleno de dentaduras podridas y tripas podridas. Viviendo en una ciénaga infecta, comiendo alimentos baratos y con las calles cubiertas de polvo, boñigas de caballo y escupitajos de tuberculosos.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor? —preguntó la vieja.

—Sí, señora —contestó Buck Mulligan.

Stephen escuchaba en desdeñoso silencio. Ella inclina su vieja cabeza hacia una voz que le habla ruidosamente, su arreglahuesos, su curandero: a mí, ella me desprecia. A la voz que confesará y ungirá para la tumba todo lo que haya de ella, excepto sus impuros lomos de mujer, de carne de hombre no hecha a semejanza de Dios, la presa de la serpiente. Y a la ruidosa voz que ahora la manda callar, con asombrados ojos inquietos.

—¿Entiende usted lo que le dice éste? —le preguntó Stephen.

—¿Es francés lo que habla usted, señor? —dijo la vieja a Haines.

Haines volvió a dirigirle un discurso más largo, confiado.

—Irlandés —dijo Buck Mulligan—. ¿Sabe usted algo de gaélico?

—Me pareció que era irlandés —dijo ella—, por el sonido que tiene. ¿Es usted del oeste, señor?

—Soy inglés —contestó Haines.

—Es inglés —dijo Buck Mulligan— y cree que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

—Claro que deberíamos —dijo la vieja—, y a mí me da vergüenza no hablar yo misma esa lengua. Me han dicho quienes la saben que es una lengua de mucha grandeza.

—Grandeza no es la palabra —dijo Buck Mulligan—. Es una maravilla, por completo. Echaos más té, Kinch. ¿Quiere usted una taza, señora?

—No, gracias, señor —dijo la vieja, deslizando el asa de la lechera por el antebrazo y disponiéndose a marchar.

Haines le dijo:

—¿Tiene la cuenta? Más vale que le paguemos, ¿no es verdad, Mulligan?

Stephen llenó las tres tazas.

—¿La cuenta, señor? —dijo ella, deteniéndose—. Bueno, son siete mañanas una pinta a dos peniques, que son siete de a dos, que son un chelín y dos

peniques que llevo y estas tres mañanas dos pintas a cuatro peniques son un chelín y uno y dos que son dos y dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y después de llenarse la boca con una corteza bien untada de mantequilla por los dos lados, estiró las piernas y empezó a registrarse los bolsillos del pantalón.

—Paga y pon buena cara —le dijo Haines, sonriendo.

Stephen se llenó la taza por tercera vez, con una cucharada de té coloreando levemente la espesa leche sustanciosa. Buck Mulligan sacó un florín, le dio vueltas en los dedos y gritó:

—¡Milagro!

Lo pasó a lo largo de la mesa hacia la vieja, diciendo:

—No pidas nada más de mí, cariño. Todo lo que puedo darte, te lo doy.

Stephen le puso la moneda en su mano nada ávida.

—Le deberemos dos peniques —dijo.

—Hay tiempo de sobra, señor —dijo ella, tomando la moneda—. Hay tiempo de sobra. Buenos días, señor.

Hizo una reverencia y se marchó, seguida por la tierna salmodia de Buck Mulligan:

*Corazón mío, si más hubiera
ante tus pies se te pusiera.*

Se volvió a Stephen y dijo:

—En serio, Dedalus. Estoy en seco. Date prisa a tu burdel de escuela y tráenos dinero. Hoy los bardos deben beber y hacer festín. Irlanda espera que cada cual cumpla hoy con su deber.

—Eso me recuerda —dijo Haines, levantándose— que hoy tengo que visitar vuestra biblioteca nacional.

—Primero nuestra nadada —dijo Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y preguntó suavemente:

—¿Es hoy el día de tu lavado mensual, Kinch?

Luego dijo a Haines:

—El impuro bardo pone empeño en bañarse una vez al mes.

—Toda Irlanda está bañada por la Corriente del Golfo —dijo Stephen, dejando gotear miel en una rebanada de la hogaza.

Haines habló desde el rincón donde se anudaba tranquilamente una bufanda sobre el ancho cuello de su camisa de tenis:

—Pienso hacer una colección de tus dichos si me lo permites.

Me habla a mí. Ellos se lavan y se embañeran y se restriegan. *Agenbite of inwit*, remordimiento. Conciencia. Todavía hay aquí una mancha.

—Eso de que el espejo partido de una criada sea el símbolo del arte irlandés, es endemoniadamente bueno.

— Buck Mulligan dio una patada a Stephen en el pie por debajo de la mesa y dijo en tono cálido:

— Espera hasta que le oigas hablar de Hamlet, Haines.

— Bueno, lo digo en serio —dijo Haines, todavía dirigiéndose a Stephen—. Pensaba en ello precisamente cuando entró esa pobre vieja criatura.

— ¿Ganaría dinero yo con eso? —preguntó Stephen.

Haines se rió, y tomando su blando sombrero gris del gancho de la hamaca, dijo:

— No sé, la verdad.

Se dirigió lentamente hacia la salida. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y le dijo con áspera energía:

— Ya has metido la pata. ¿Para qué dijiste eso?

— ¿Y qué? —dijo Stephen—. El problema es sacar dinero. ¿A quién? A la lechera o a él. Cara o cruz, me parece.

— Le hincho la cabeza hablando de ti —dijo Buck Mulligan— y luego sales con tus asquerosas muecas y tus bromas lúgubres de jesuita.

— Veo poca esperanza —dijo Stephen—, ni en ella ni en él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y le puso la mano en el brazo a Stephen.

— En mí, Kinch —dijo.

En tono bruscamente cambiado, añadió:

— Para decirte la verdad más sagrada, creo que tienes razón. Maldito para lo que sirven si no es para eso. ¿Por qué no los enredas como yo? Al diablo con todos ellos. Vámonos del burdel.

Se puso de pie y se desciñó y se desenvolvió gravemente de su bata, diciendo con resignación:

— Mulligan es despojado de sus vestiduras.

Vació los bolsillos en la mesa.

— Aquí tienes tu moquero —dijo.

Y, al ponerse el cuello duro y la rebelde corbata, les hablaba, les reprendía, así como a la balanceante cadena de su reloj. Sus manos se sumergieron y enredaron en el baúl mientras reclamaba un pañuelo limpio. *Agenbit of inwit*, remordimiento de conciencia. Dios mío, no habrá más remedio que caracterizarse según el papel. Necesito guantes color pulga y botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Pues muy bien, me contradigo. Mercurial Malachi. Un blando proyectil negro salió volando de sus manos habladoras.

— Y ahí tienes tu sombrero del Barrio Latino —dijo.

Stephen lo recogió y se lo puso. Haines les gritó desde la puerta:

— ¿Vais a venir, muchachos?

— Estoy listo —contestó Buck Mulligan, yendo hacia la puerta—. Sal, Kinch. Ya te has comido todas nuestras sobras, supongo.

Resignado, salió fuera con graves palabras y andares, diciendo:

— Y al salir al campo se halló con Butterly.

Stephen, tomando su bastón de fresno de donde estaba apoyado, les siguió y, mientras ellos bajaban la escalera, tiró de la lenta puerta de hierro, la cerró y se metió la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalera, Buck Mulligan preguntó:

—¿Trajiste la llave?

—Ya la tengo —dijo Stephen, yendo por delante de ellos.

Siguió andando. Detrás de él, oyó a Buck Mulligan azotar con su pesada toalla de baño los brotes más altos de los helechos y las hierbas.

—Alto ahí, señor. ¿Cómo se atreve usted?

Haines preguntó:

—¿Pagáis alquiler por esta torre?

—Doce pavos —dijo Buck Mulligan.

—Al Secretario de Guerra del Estado —añadió Stephen, por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines observaba bien la torre, y decía al fin:

—Más bien desolada en invierno, diría yo. ¿Martello la llaman?

—Las hizo construir Billy Pitt —dijo Buck Mulligan— cuando los franceses andaban por el mar. Pero la nuestra es el *ómphalos*.

—¿Cuál es tu idea sobre Hamlet? —preguntó Haines a Stephen.

—No, no —gritó Buck Mulligan, con dolor—. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que se ha buscado para apuntalarlo. Esperad a que tenga dentro de mí unas cuantas pintas.

Se volvió a Stephen y le dijo, tirando para abajo cuidadosamente de los picos de su chaleco color prímula:

—¿No te arreglarías con menos de tres pintas, verdad, Kinch?

—Si eso ha esperado tanto —dijo Stephen con indolencia—, bien puede esperar más.

—Cosquilleáis mi curiosidad —dijo Haines, amigablemente—. ¿Es alguna paradoja?

—¡Bah! —dijo Buck Mulligan—. Se nos han quedado pequeños Wilde y las paradojas. Es muy sencillo. Éste demuestra por álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el espectro de su padre.

—¿Cómo? —dijo Haines, empezando a señalar a Stephen—. ¿Este mismo?

Buck Mulligan se echó la toalla al cuello como una estola y, soltando la risa hasta doblarse, dijo a Stephen al oído:

—¡Ah, sombra de Kinch el Viejo! ¡Jafet en busca de padre!

—Siempre estamos cansados por las mañanas —dijo Stephen a Haines—. Y es más bien largo de contar.

Buck Mulligan, volviendo a avanzar, levantó las manos.

—Sólo el sagrado trago puede desatar la lengua de Dedalus —dijo.

—Quería decir —explicó Haines a Stephen mientras seguían— que esta torre y estas escolleras, no sé por qué, me recuerdan a Elsinore. “Que avanza desde su base mar adentro”, ¿no es eso?

Buck Mulligan se volvió de pronto por un instante hacia Stephen pero no habló. En el claro instante de silencio, Stephen vio su propia imagen en barato luto polvoriento entre las alegres vestimentas de los otros.

—Es una historia prodigiosa —dijo Haines, haciéndoles detenerse otra vez.

Ojos, pálidos como ese mar que el viento había refrescado, más pálidos, firmes y prudentes. Señor de los mares, miraba al sur a través de la bahía, vacía salvo por el penacho de humo del barco correo, vago en el luminoso horizonte, y por una vela dando bordadas por los Muglins.

—He leído no sé dónde una interpretación teológica de eso —dijo, meditabundo—. La idea del Padre y el Hijo. El Hijo esforzándose por reconciliarse con el Padre.

Buck Mulligan, al momento, asumió una cara gozosa de ancha sonrisa. Les miró, con su bien formada boca abierta alegremente, y sus ojos, de los que había retirado de repente todo aire de astucia, pestañearon de loco regocijo. Moviéndose de un lado para otro una cabeza de muñeco, haciendo temblar las alas de su jipijapa, y empezó a salmodiar con estúpida y tranquila voz feliz:

*—Soy el chico más raro de que se ha oído hablar.
Mi madre era judía y mi padre era un pájaro.
Con José el ebanista no puedo andar de acuerdo:
Brindo por mis discípulos, brindo por el Calvario.*

Levantó un índice en admonición:

*Si alguno es de opinión de que no soy divino,
cuando haga el vino yo, no podrá beber gratis.
Tendrá que beber agua, y la querría clara
cuando ese vino en agua se convierta otra vez.*

Dio un vivo tirón al bastón de fresno de Stephen, como despedida, y, adelantándose a la carrera hacia un borde del acantilado, agitó las manos junto al cuerpo como aletas o como alas de alguien que fuera a subir por el aire, y entonó:

*Adiós ahora, adiós. Escribid lo que dije
y contadles a todos que yo he resucitado.
Lo que nació en mis huesos me dejará volar,
y en el monte Olivete hay buena brisa... Adiós.*

Dio unas cabriolas ante ellos, inclinándose hacia el Agujero de los Cuarenta Pies, agitando sus aladas manos, con ágiles saltos, mientras su caduceo temblaba en el fresco viento que llevaba hasta ellos sus breves gritos de pájaro.

Haines, que había estado riendo con disimulo, echó a andar al lado de Stephen y dijo:

—No deberíamos reírnos, me parece. Este hombre es bastante blasfemo. Yo mismo no soy creyente, es la verdad. Con todo, su alegría le quita la malicia a esto, no sé por qué. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿José el Ebanista?

—La balada del Jovial Jesús —contestó Stephen.

—Ah —dijo Haines—, ¿ya la habías oído antes?

—Tres veces al día, después de las comidas —dijo Stephen con sequedad.

—Tú no eres creyente, ¿verdad? —preguntó Haines—. Quiero decir, creyente en el sentido estricto de la palabra. La creación desde la nada, los milagros y un Dios personal.

—No hay más que un sentido en esa palabra, me parece —dijo Stephen.

Haines se detuvo para sacar una lisa pitillera de plata en que chispeaba una piedra verde. Hizo saltar su resorte con el pulgar y la ofreció.

—Gracias —dijo Stephen, tomando un cigarrillo.

Haines se sirvió y cerró la pitillera con un chasquido. Se la volvió a meter en el bolsillo lateral y sacó del bolsillo del chaleco un encendedor de níquel, lo abrió haciendo saltar también el resorte, y, una vez encendido su cigarrillo, tendió a Stephen la yesca llameante en la concha de las manos.

—Sí, claro —dijo, mientras seguía otra vez—. O se cree o no se cree, ¿no es verdad? Personalmente, yo no podría tragar esa idea de un Dios personal. Tú no lo aceptas, supongo.

—Observas en mí —dijo Stephen con sombrío disgusto— un horrible ejemplo de librepensamiento.

Siguió andando, en espera de que se le hablara, llevando a rastras a su lado el bastón. La contera le seguía con ligereza por la vereda, chirriando en sus talones. Mi demonio familiar, detrás de mí, llamando Steeeeeeeeeephen. Una línea vacilante por el camino. Estos andarán por ella esta noche, viniendo acá en lo oscuro. Él quiere esa llave. Es mía, yo pagué el alquiler. Ahora yo como su pan salado. Darle la llave también. Todo. La pedirá. Se le veía en los ojos.

—Después de todo... —empezó Haines.

Stephen se volvió y vio que la fría mirada que le había tomado medida no era del todo malintencionada.

—Después de todo, yo diría que uno es capaz de liberarse. Uno es su propio amo, me parece.

—Yo soy siervo de dos amos —dijo Stephen—, uno inglés y una italiana.

—¿Italiana? —dijo Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodiellaos ante mí.

—Y hay un tercero —dijo Stephen— que me necesita para trabajos ocasionales.

—¿Italiana? —volvió a decir Haines—. ¿Qué quieres decir?

—El estado imperial británico —contestó Stephen, enrojeciendo—, y la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

Haines desprendió de debajo del labio unas hebras de tabaco antes de hablar.

—Puedo entender eso muy bien —dijo tranquilamente—. Un irlandés tiene que pensar así, me atrevería a decir. En Inglaterra nos damos cuenta de que os hemos tratado de un modo bastante injusto. Parece que la culpa la tiene la historia.

Los altivos títulos poderosos hacían resonar en la memoria de Stephen el triunfo de sus campanas bronceas: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam*: el lento crecimiento y cambio de rito y dogma como sus propios preciosos pensamientos, una química de estrellas. Símbolo de los Apóstoles en la misa del Papa Marcelo, las voces bien conjuntadas, cantando cada una bien alto en afirmación: y detrás de su cántico el ángel vigilante de la Iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huyendo con mitras de medio lado: Focio y todo el linaje de burlones de los que Mulligan era uno más, y Arrio, guerreando toda su vida contra la consubstancialidad del Hijo con el Padre, y Valentín, despreciando el cuerpo terrenal de Cristo, y el sutil heresiarca africano Sabelio, que sostenía que el Padre era él mismo Su propio Hijo. Palabras que Mulligan había dicho hacía un momento burlándose del forastero. Vana burla. El vacío aguarda sin duda a todos esos que tejen el viento: una amenaza, un desarme y una derrota por parte de esos alineados ángeles de la Iglesia, la hueste de Miguel, que la defiende siempre en la hora de la discordia con sus lanzas y escudos.

Muy bien, muy bien. Aplausos prolongados. *Zut! Nom de Dieu!*

—Claro, yo soy británico —dijo la voz de Haines— y también lo son mis sentimientos. No quiero tampoco ver caer a mi país en manos de judíos alemanes. Ese es nuestro problema nacional ahora mismo, me temo.

Dos hombres estaban erguidos en el borde de la escollera, observando: hombre de negocios, hombre de mar.

—Va rumbo al puerto de Bullock.

El hombre de mar inclinó la cabeza hacia el norte de la bahía con cierto desdén.

—Ahí hay cinco brazas —dijo—. Cuando entre la marea, hacia la una, se lo va a llevar. Hoy ya son nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela virando en la bahía vacía, en espera de que un bulto hinchado saliera a flote, y volviera hacia el sol una cara abotargada blanca de sal. Aquí estoy.

Siguieron el camino ondulante, bajando a la caleta. Buck Mulligan se irguió en una piedra, en mangas de camisa, con su corbata sin prender ondeando sobre el hombro. Un joven, agarrado a una roca, cerca de él, movía lentamente, como una rana, la piernas verdes en la honda jalea del agua.

—¿Está contigo tu hermano, Malachi?

—Allá en Westmeath. Con los Bannon.

—¿Todavía allá? Recibí una postal de Bannon. Dice que ha encontrado por allí una monada. Una chica de fotografía, la llama.

—¿Instantánea, eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó a desatarse las botas. Un anciano asomó cerca de la punta de la roca una cara roja y resoplante. Gateó subiendo por las piedras, con agua reluciendo en la coronilla y en su guirnalda de pelo gris, agua en arroyos por el pecho y la barriga, y chorros saliendo por su negro taparrabos colgón.

Buck Mulligan se echó a un lado para dejarle pasar gateando, y, con una ojeada a Haines y a Stephen, se santiguó piadosamente con el pulgar en la frente, labios y esternón.

—Ha vuelto Seymour a la ciudad —dijo el joven, volviendo a agarrarse a su punta de roca—. Ha colgado la medicina y se va al ejército.

—Ah, que se vaya con Dios —dijo Buck Mulligan.

—La semana que viene se marcha a pringar. ¿Conoces a esa chica Carlisle, la pelirroja, Lily?

—Sí.

—Anoche andaba con él por el muelle, metiéndose mano. El padre está podrido de dinero.

—¿Ya la han hecho?

—Mejor pregúntaselo a Seymour.

—Seymour es un jodido oficial —dijo Buck Mulligan.

Asintió con la cabeza para sí mismo, mientras se quitaba los pantalones, y se incorporó diciendo con obviedad:

—Las pelirrojas, en cuanto las cojas.

Se interrumpió alarmado, tocándose el costado bajo la camisa aleteante.

—He perdido la duodécima costilla —gritó—. Soy el *Uebermensch*. El desdentado Kinch y yo, los superhombres.

Se liberó de la camisa, luchando, y la tiró atrás, donde estaba su ropa.

—¿Vas a entrar aquí, Malachi?

—Sí. Déjame sitio en la cama.

El joven se echó hacia atrás por el agua y alcanzó el centro de la cala en dos limpias brazadas largas, Haines estaba sentado en una piedra, fumando.

—¿No te metes? —preguntó Buck Mulligan.

—Más tarde —dijo Haines—. No recién desayunado.

Stephen se dio vuelta.

—Me marchó, Mulligan —dijo.

—Dame esa llave, Kinch —dijo Mulligan—, para sujetar mi camisa extendida.

Stephen le alargó la llave. Buck Mulligan la puso atravesada en su montón de ropa.

—Y dos peniques —dijo— para una pinta. Échalos ahí.

Stephen echó los dos peniques en el blando montón. Vistiéndose, desnudándose. Buck Mulligan erguido, con las manos unidas y adelantadas, dijo solemnemente:

—Aquel que robare al pobre prestará al Señor. Así hablaba Zaratustra.

Su rollizo cuerpo se zambulló.

—Ya te volveremos a ver —dijo Haines, volviéndose hacia Stephen que subía por el sendero, y sonriendo de esos salvajes irlandeses.

Cuerno de toro, pezuña de caballo, sonrisa de sajón.

—En el Ship —gritó Buck Mulligan—. A las doce y media.

—Bueno —dijo Stephen.

Siguió andando por el sendero, curvado en la subida.

Liliata rutilantium.

Turma circumdet.

Iubilantium te virginum.

El nimbo gris del sacerdote en el escondrijo donde se vestía discretamente. No quiero dormir aquí esta noche. Tampoco puedo ir a casa.

Una voz, dulce de tono y prolongada, le llamó desde el mar. Doblando el recodo, agitó la mano. La voz volvió a llamar. Una lisa cabeza parda, de foca, allá lejos en el agua, redonda.

Usurpador.

—Usted, Cochrane, ¿qué ciudad le mandó a buscar?

—Tarento, profesor.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Hubo una batalla, profesor.

—Muy bien. ¿Dónde?

La cara vacía del muchacho preguntó a la ventana vacía.

Fabulada por las hijas de la memoria. Y sin embargo fue de algún modo, si es que no como lo fabuló la memoria. Una frase, entonces, de impaciencia, desplome de las alas de exceso de Blake. Oigo la ruina de todo el espacio, cristal roto y mampostería derrumbándose, y el tiempo hecho una sola llama lívida y definitiva. ¿Qué nos queda entonces?

—No me acuerdo del sitio, profesor. 279 antes de Cristo.

—Asculum —dijo Stephen, echando una ojeada al nombre y la fecha en el libro arañado con sangrujos.

—Sí, señor. Y dijo: “Otra victoria como ésta y estamos perdidos”.

Esa frase la había recordado el mundo. Opaco tranquilizamiento de la mente. Desde una colina que domina una llanura sembrada de cadáveres, un general hablando a sus oficiales, apoyado en su lanza. Cualquier general a cualesquiera oficiales. Le prestan oído.

—Usted, Armstrong —dijo Stephen—. ¿Cómo acabó Pirro?

—¿Que cómo acabó Pirro, profesor?

—Yo lo sé, profesor. Pregúnteme a mí —dijo Comyn.

—Espere. Usted, Armstrong. ¿Sabe algo de Pirro?

En la cartera de Armstrong había, bien guardada, una bolsa de higos secos. Él los doblaba entre las manos de vez en cuando y se los tragaba suavemente. Se le quedaban migas adheridas a la piel de los labios. Aliento endulzado de muchacho. Gente bien, orgullosos de que su hijo mayor estuviera en la Marina. Vico Road, Dalkey.

—¿Pirro, profesor? Pirro, *pier*, espigón.

Todos se rieron. Ruidosa risa maliciosa sin regocijo. Armstrong miró a sus compañeros, alrededor, estúpido júbilo de perfil. Dentro de un momento se reirán más fuerte, conscientes de mi falta de autoridad y de los honorarios que pagan sus padres.

—Dígame ahora —dijo Stephen, dándole una metida en el hombro al muchacho con el libro—, qué es eso de *pier*.

—*Pier*, profesor, espigón —dijo Armstrong—, una cosa que sale entre las olas. Una especie de puente. El de Kingstown, profesor.

Algunos se volvieron a reír: sin regocijo pero con intención. Dos en el banco del fondo cuchichearon. Sí. Sabían: nunca habían aprendido ni habían sido nunca inocentes. Todos. Con envidia observó sus caras. Edith, Ethel, Gerty, Lily. Sus parecidos: sus alientos, también, endulzados con té y mermelada, sus pulseras riendo en la pelea.

—El espigón de Kingstown —dijo Stephen—. Sí, un puente fracasado.

Esas palabras turbaron sus miradas.

—¿Cómo, profesor? Un puente es a través de un río. Para el libro de dichos de Haines. Aquí, nadie para escuchar. Esta noche, con destreza, entre beber locamente y charlar, a perforar la pulida cota de malla de su mente. ¿Y luego qué? Un bufón en la corte de su señor, consentido y despreciado, obteniendo la clemente alabanza del señor. ¿Por qué habían elegido todos ellos ese papel? No del todo por la suave caricia. Para ellos también, la historia era un cuento como cualquier otro, oído demasiadas veces, y su país era una almoneda.

¿Y si Pirro no hubiera caído por mano de una arpía o si Julio César no hubiera muerto apuñalado? No se les puede suprimir con el pensamiento. El tiempo les ha marcado y, encadenados, residen en el espacio de las infinitas posibilidades que han desalojado. Pero ¿pueden éstas haber sido posibles, visto que nunca han sido? ¿O era posible solamente lo que pasó? Teje, tejedor del viento.

—Cuéntenos un cuento, profesor.

—Ah, sí, profesor, un cuento de fantasmas.

—¿Por dónde íbamos en éste? —preguntó Stephen, abriendo otro libro.

—“No llores más” —dijo Comyn.

—Siga entonces, Talbot.

—¿Y la historia, profesor?

—Después —dijo Stephen—. Siga, Talbot.

Un chico atezado abrió un libro y lo sujetó hábilmente bajo el parapeto de la cartera. Recitó tirones de versos con ojeadas de vez en cuando al texto:

*No llores más triste pastor, no llores,
pues Lycidas, tu pena, no está muerto,
aunque hundido en el suelo de las olas...*

Debe ser un movimiento, entonces, una actualización de lo posible en cuanto posible. La frase de Aristóteles se formó sola entre los versos farfullados y salió flotando hacia el estudioso silencio de la biblioteca de Sainte Geneviève donde noche tras noche había leído él, defendido del pecado de París. A su lado, un delicado siamés consultaba un manual de estrategia. Cerebros

alimentados y alimentadores a mi alrededor: bajo lámparas de incandescencia, pinchados, con antenas levemente palpitantes: y en la oscuridad de mi mente, un perezoso del mundo inferior, reluctante, huraño a la claridad, removiendo sus pliegues escamosos de dragón. Pensamiento es el pensamiento del pensamiento. Tranquila luminosidad. El alma es en cierto modo todo lo que es: el alma es la forma de las formas. Tranquilidad súbita, vasta, incandescente: forma de las formas.

Talbot repetía:

*Por el poder amado del que anduvo en las olas,
por el poder amado...*

—Pase la hoja —dijo suavemente Stephen—. No veo nada.

—¿Qué, profesor? —preguntó simplemente Talbot, inclinándose adelante.

Su mano pasó la hoja. Se echó atrás y siguió adelante, recién habiéndose acordado. Del que anduvo en las olas. Aquí también, sobre estos corazones cobardes, se extiende su sombra, y sobre el corazón y los labios de quien se burla de él, y sobre los míos. Se extiende sobre las ávidas caras de los que le ofrecieron una moneda del tributo. A César lo que es de César, a Dios lo que es de Dios. Una larga mirada de ojos oscuros, una frase en adivinanza para ser tejida y tejida en los telares de la Iglesia. Eso es.

*Adivina adivinanza.
Mi padre me dio semillas de la labranza.*

Talbot deslizó su libro cerrado dentro de la cartera.

—¿Ya lo he oído todo? —preguntó Stephen.

—Sí, profesor. Hay hockey a las diez.

—Media fiesta, profesor. Es jueves.

—¿Quién sabe contestar una adivinanza?

Retiraban sus libros en montones, chascando los lápices, sacudiendo las páginas. Apiñados, pasaron las correas y cerraron las hebillas de las carteras, charloteando alegremente todos:

—¿Una adivinanza, profesor? Pregúnteme a mí.

—A mí, profesor.

—Una difícil, profesor.

—Esta es la adivinanza —dijo Stephen:

*El gallo canta,
el sol se levanta:
las campanas del cielo
están tocando a duelo.
Es hora de que esta pobre alma*

se vaya al cielo.

—¿Eso qué es?

—¿Qué profesor?

—Otra vez, profesor. No oímos.

Los ojos se les pusieron más grandes al repetirse los versos. Después de un silencio, Cochrane dijo:

—¿Qué es, profesor? Nos damos por vencidos.

Stephen, con la garganta picándole, contestó:

—El zorro enterrando a su abuela bajo una mata de acebo.

Se levantó y lanzó una risotada nerviosa a la que ellos hicieron eco con gritos de consternación.

Un palo golpeó en la puerta y una voz en el pasillo gritó:

—¡Hockey!

Se dispersaron, deslizándose de sus bancos, saltándoselos. Rápidamente desaparecieron y desde el cuarto trastero llegó el entrechocar de los palos y el estrépito de las botas y lenguas.

Sargent, el único que se había rezagado, se adelantó despacio, enseñando un cuaderno abierto. Su pelo enredado y su cuello descarnado daban testimonio de impreparación, y, a través de sus nebulosas gafas, unos débiles ojos levantaban una mirada suplicante. En su mejilla, mortecina y exangüe, había una leve mancha de tinta, en forma de dátil, reciente y húmeda como una huella de caracol.

Alargó su cuaderno. En la cabecera estaba escrita la palabra *Operaciones*. Debajo había cifras en declive y al pie una firma retorcida, con algunos ojos de las letras cegados y un borrón. Cyril Sargent: firmado y sellado.

—El señor Deasy me dijo que las volviera a escribir todas otra vez —dijo— y que se las enseñara a usted, profesor.

Stephen tocó los bordes del cuaderno. Inutilidad.

—¿Las entiende ahora cómo se hacen? —preguntó.

—Los ejercicios del once al quince —contestó Sargent—. El señor Deasy dijo que tenía que copiarlos de la pizarra, profesor.

—¿Sabe hacerlos ahora usted mismo? preguntó Stephen.

—No, señor.

Feo e inútil: cuello flaco y pelo enredado y una mancha de tinta, una huella de caracol. Sin embargo, una le había amado, le había llevado en brazos y en el corazón. De no ser por ella, la carrera del mundo le habría aplastado pisoteándolo, estrujado caracol sin hueso. Ella había amado esa débil sangre aguada sacada de la suya. ¿Era eso entonces real? ¿La única cosa verdadera en la vida? Sobre el postrado cuerpo de su madre cabalgó el fogoso Columbano con sagrado celo. Ella ya no existía: el tembloroso esqueleto de una ramita quemada en el hogar, un olor de palo de rosa y cenizas mojadas. Ella le había salvado de ser aplastado y pisoteado, y se había ido, escasamente habiendo

sido. Una pobre alma ida al cielo: y en el brezal, bajo el parpadeo de las estrellas, un zorro, el rojo hedor de rapiña en la piel, escuchaba, escarbaba la tierra, escuchaba, escarbaba y escarbaba.

Sentado junto a él, Stephen resolvió el problema. Demuestra por álgebra que el espectro de Shakespeare es el abuelo de Hamlet. Sargent escudriñaba de medio lado a través de sus gafas inclinadas. Palos de hockey se entrechocaban en el cuarto trastero: el golpe hueco de una bola y gritos desde el campo.

A través de la página los símbolos se movían en grave danza morisca, en la mascarada de sus letras, con raros gorros de cuadrados y cubos. Darse la mano, atravesar, inclinarse ante la pareja: así: duendes nacidos de la fantasía de los moros. Desaparecidos también del mundo, Averroes y Moisés Maimónides, hombres oscuros en gesto y movimiento, destellando en sus espejos burlones la sombría alma del mundo, una tiniebla brillando en claridad que la claridad no podía comprender.

—¿Entiende ahora? ¿Puede hacer el segundo usted mismo?

—Sí, señor.

Con largos trazos sombreados, Sargent copió los datos. Esperando siempre una palabra de ayuda, su mano movía fielmente los inseguros símbolos, con un leve color de vergüenza entreviéndose tras su piel sombría. *Amor matris*: genitivo subjetivo y objetivo. Ella, con su débil sangre y su leche agria de suero, le había alimentado y había escondido a la vista de los demás sus pañales.

Como él fui yo, esos hombros caídos, esa falta de gracia. Mi niñez se inclina a mi lado. Demasiado lejos para que yo apoye una mano en ella por una vez o ligeramente. La mía está lejos y la suya secreta como nuestros ojos. Hay secretos, silenciosos y pétreos, sentados en los oscuros palacios de nuestros dos corazones: secretos fatigados de su tiranía: tiranos deseosos de ser destronados.

La operación estaba hecha.

—Es muy sencillo —dijo Stephen, levantándose.

—Sí, señor. Gracias —contestó Sargent.

Secó la página con una hoja de delgado secante y se volvió a llevar el cuaderno a su pupitre.

—Más vale que busque su palo y salga con los demás —dijo Stephen, seguido hasta la puerta por la figura sin gracia del muchacho.

—Sí, señor.

En el pasillo se oyó su nombre, gritado desde el campo de juego.

—¡Sargent!

—Corra —dijo Stephen—. El señor Deasy le llama.

Se quedó en la galería y observó al rezagado apresurarse hacia el pelado terreno donde reñían estridentes voces. Les separaban en equipos y el señor Deasy avanzaba moviendo los pies con botines sobre matas sueltas de hierba. Volvía su enojado bigote blanco.

—¿Qué pasa ahora? —gritaba sin escuchar.

—Cochrane y Halliday están en el mismo equipo, señor Deasy —gritó Stephen.

—¿Quiere esperarme un momento en mi despacho —dijo el señor Deasy— mientras restablezco el orden aquí?

Y avanzando otra vez atareadamente a través del campo, su voz de viejo gritaba severamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué hay ahora?

Las voces agudas le gritaban por todas partes: las muchas figuras se apretaban a su alrededor, mientras el sol chillón blanqueaba la miel de su cabeza mal teñida.

Rancio aire de humo se cernía en el despacho, con el olor del descolorido y desgastado cuero de las sillas. Como en el primer día que regateó conmigo aquí. Como era en el principio, así es ahora. En el aparador, la bandeja de monedas Estuardo, vil tesoro de una turbera: y será siempre. Y bien acomodados en su caja de cucharas de terciopelo violeta, los doce apóstoles después de predicar a todos los gentiles: mundo sin fin.

Un paso apresurado en la galería de piedra y en el pasillo. Soplando hacia fuera su ralo bigote, el señor Deasy se detuvo junto a la mesa.

—Primero, nuestro pequeño arreglo financiero —dijo. Sacó de la chaqueta una cartera sujeta con una correa de cuero. Se abrió de golpe, y él sacó dos billetes, uno de mitades pegadas, y los puso cuidadosamente en la mesa.

—Dos —dijo poniendo la correa y volviendo a guardar la cartera.

Y ahora a su caja fuerte para el oro. La mano cohibida de Stephen se movió sobre las conchas amontonadas en el frío mortero de piedra: buccinos y conchas monedas, cauris y conchas leopardo: y aquélla, en remolino como el turbante de un emir, y ésa, la venera de Santiago. Una reserva de viejo peregrino, tesoro muerto, conchas vacías.

Cayó un soberano, brillante y nuevo, en el blando pelo del tapete.

—Tres —dijo el señor Deasy, dando vueltas en la mano a su cajita de ahorros—. Estas cosas son prácticas de tener. Vea. Esto es para los soberanos. Esto para los chelines, las monedas de seis peniques, las medias coronas. Y aquí las coronas. Vea.

Hizo saltar de la caja dos coronas y dos chelines.

—Tres con doce —dijo—. Me parece que lo encontrará exacto.

—Gracias, señor Deasy —dijo Stephen, reuniendo el dinero con tímida prisa y metiéndoselo todo en un bolsillo del pantalón.

—No hay de qué —dijo el señor Deasy—. Se lo ha ganado.

La mano de Stephen, otra vez libre, volvió a las conchas vacías. Símbolos también de belleza y de poder. Un bulto en mi bolsillo. Símbolos manchados por la codicia y la desgracia.

—No lo lleve de esa manera —dijo el señor Deasy—. Lo sacará en algún sitio de un tirón y lo perderá. Cómprase simplemente uno de estos trastos. Lo encontrará muy práctico.

Contestar algo.

El mío estaría vacío con frecuencia —dijo Stephen.

El mismo sitio y hora, la misma sabiduría: y yo el mismo. Tres veces ya. Tres lazos alrededor de mi cuello aquí. Bueno. Los puedo romper en este momento si quiero.

—Porque no ahorra —dijo el señor Deasy, señalándole con el dedo—. Todavía no sabe lo que es el dinero El dinero es poder, cuando haya vivido tanto como yo. Ya sé, ya sé. Si la juventud supiera. Pero ¿qué dice Shakespeare? *“Basta que metas dinero en tu bolsa”*.

—Iago —murmuró Stephen.

Levantó los ojos de las conchas abandonadas, hasta la mirada fija del viejo.

—Él sabía lo que era el dinero —dijo el señor Deasy—. Poeta, pero también inglés. ¿Sabe usted qué es el orgullo del inglés? ¿Sabe cuáles son las palabras más orgullosas que oirá usted salir de la boca de un inglés?

El dueño de los mares. Sus ojos fríos como el mar miraban la bahía vacía: la culpa la tiene la historia: sobre mí y sobre mis palabras, sin odiar.

—Que sobre su imperio —dijo Stephen— nunca se pone el sol.

—¡Bah! —gritó el señor Deasy—. Eso no es inglés. Un celta francés dijo eso. Tamborileó con su cajita contra la uña del pulgar.

—Se lo diré yo —dijo solemnemente—, de qué presume con más orgullo: *“He pagado siempre”*.

Buen hombre, buen hombre.

—*“He pagado. Nunca he pedido prestado un chelín en mi vida”*... ¿Lo puede sentir usted? *“No debo nada”*. ¿Puede usted?

A Mulligan, nueve libras, tres pares de calcetines, un par de botas, corbatas. A Curran, diez guineas. A McCann, una guinea. A Fred Ryan, dos chelines. A Temple, dos almuerzos. A Russell, una guinea, a Cousins, diez chelines, a Bob Reynolds, media guinea, a Kohler, tres guineas, a la señora McKernan, cinco semanas de pensión. El bulto que tengo es inútil.

—Por el momento, no —contestó Stephen.

El señor Deasy se rió con rico placer, guardando su caja.

—Ya sabía que no podía —dijo, con regocijo—. Pero algún día tiene que sentirlo. Somos un pueblo generoso, pero también debemos ser justos.

—Me dan miedo esas grandes palabras —dijo Stephen— que nos hacen tan infelices.

El señor Deasy se quedó mirando fijamente unos momentos, sobre la repisa de la chimenea, la bien formada corpulencia de un hombre con falda escocesa: Alberto Eduardo, Príncipe de Gales.

—Usted me cree un viejo chocho y un viejo conservador —dijo su voz pensativa—. He visto tres generaciones desde los tiempos de O’Connell. Me acuerdo de la gran hambre. ¿Sabe usted que las logias Orange se agitaban por la revocación de la unión veinte años antes que O’Connell, y antes que los

prelados de la religión de usted le denunciaran como demagogo? Ustedes los fenianos olvidan algunas cosas.

Gloriosa, piadosa e inmortal memoria. La logia de Diamond en Armagh la espléndida, empavesada de cadáveres papistas. Roncos, enmascarados y armados, la alianza de los terratenientes. El norte negro y la Biblia azul de los presbiterianos. Campesinos rebeldes, echaos por tierra.

Stephen esbozó un breve gesto.

—Yo también tengo sangre rebelde en mí —dijo el señor Deasy—. Por la parte de la rueca. Pero desciendo de Sir John Blackwood, que votó por la unión. Somos todos irlandeses, todos hijos de reyes.

—Ay —dijo Stephen.

—*Per vias rectas* —dijo con firmeza el señor Deasy— era su lema. Votó a favor, y para ello se puso las botas altas y cabalgó hasta Dublín, desde las Ards of Down.

*La ra la ra la
el pedregoso camino a Dublín.*

Un rudo hidalgo a caballo con relucientes botas altas. Hermoso día, Sir John. Hermoso día, Señoría... Día... Día... Dos botas altas patean colgando hasta Dublín. La ra la ra la, tralaralá.

—Eso me recuerda algo —dijo el señor Deasy—. Usted puede hacerme un favor, señor Dedalus, con algunos de sus amigos literarios. Tengo aquí una carta para la prensa. Siéntese un momento. No me falta copiar más que el final.

Se acercó al escritorio junto a la ventana, dio dos tirones a la silla para acercarla y releyó unas palabras de la hoja en el rodillo de la máquina de escribir.

—Siéntese. Perdóneme —dijo, por encima del hombro—, “los dictados del sentido común”. Sólo un momento.

Escudriñó, bajo sus híspidas cejas, el manuscrito que tenía al lado, y, mascullando, empezó a pinchar lentamente los rígidos botones del teclado, a veces soplando mientras daba vuelta al rodillo para borrar un error.

Stephen se sentó en silencio ante la presencia principesca. Alrededor, enmarcadas en las paredes, se erguían en homenaje imágenes de desaparecidos caballos, con sus mansas cabezas en vilo en el aire: Repulse, de Lord Hastings; Shotover, del Duque de Westminster; Ceylon, del Duque de Beaufort, *prix de Paris*, 1866. Fantasmales jockeys los cabalgaban, atentos a una señal. Vio su rapidez, defendiendo los colores reales, y gritó con los gritos de desvanecidas multitudes.

—Punto y aparte— ordenó el señor Deasy a sus teclas—. Pero el ventilar rápidamente esta importante cuestión...

Donde me llevó Cranly para enriquecerme deprisa, cazando sus ganadores entre los cochecillos embarrados, entre los aullidos de los corredores de

apuestas en sus bancos, y el vaho de la cantina, sobre el abigarrado fango. A la par Fair Rebel: diez a uno los demás. Jugadores de dados y fulleros junto a los que pasamos deprisa, siguiendo los cascos de los caballos, las gorras y chaquetillas rivales, dejando atrás a aquella mujer de cara de carne, la mujer de un carnicero, que hozaba sedienta en su trozo de naranja.

Gritos estridentes resonaron desde el campo de los chicos, y un silbido vibrante.

Otra vez: un tanto. Estoy entre ellos, entre sus cuerpos trabados en lucha, el torneo de la vida. ¿Te refieres a ese patizambo mimado de su mamá, con cara de dolor de estómago? Torneos. El tiempo sacudido rebota, choque a choque. Torneos, fango y estrépito de batallas, el helado vómito de muerte de los que caen, un clamor de hierros de lanzas cebadas con tripas ensangrentadas de hombres.

—Ya está —dijo el señor Deasy, levantándose.

Se acercó a la mesa, sujetando las hojas con un alfiler. Stephen se levantó.

—He expuesto la cuestión en forma sucinta —dijo el señor Deasy—. Es sobre la glosopeda. Échele una ojeada solamente. No puede haber diferencias de opinión sobre ello.

¿Me permite invadir su valioso espacio? Esa doctrina del *laissez faire* que tantas veces en nuestra historia. Nuestro comercio ganadero. A la manera de todas nuestras antiguas industrias. La camarilla de Liverpool que sabotó el proyecto del puerto de Galway. La conflagración europea. Suministro de granos a través de las estrechas aguas del Canal. La pluscuamperfecta imperturbabilidad del Departamento de Agricultura. Excusada una alusión clásica. Casandra. Por una mujer que no era ningún modelo. Para venir al punto en discusión.

—¿No me muerdo la lengua, eh? —preguntó el señor Deasy mientras Stephen seguía leyendo.

Glosopeda. Conocida como preparación de Koch. Suero y virus. Porcentaje de caballos inmunizados. Pestilencia entre el ganado. Los caballos del Emperador en Mürzsteg, Baja Austria. El señor Henry Blackwood Price. Cortés ofrecimiento de una experimentación sin prejuicio. Dictados del sentido común. Cuestión de importancia suprema. Tomar el toro por los cuernos, en todos los sentidos de la palabra. Agradeciendo la hospitalidad de sus columnas.

—Quiero que eso se imprima y se lea —dijo el señor Deasy—. Ya verá que en la próxima epidemia ponen un embargo al ganado irlandés. Y se puede curar. Se cura. Mi primo, Blackwood Price, me escribe que en Austria lo curan los veterinarios de allí con regularidad. Y se ofrecen a venir aquí. Yo estoy tratando de ejercer influencia sobre el Departamento. Ahora voy a probar la publicidad. Estoy rodeado de dificultades, de... intrigas, de... influencias de camarillas, de...

Levantó el índice y azotó el aire con gesto anciano antes de que su voz hablara.

—Fíjese en lo que le digo, señor Dedalus —dijo—. Inglaterra está en manos de los judíos. En todos los lugares más elevados: en sus finanzas, en su prensa. Y son la señal de la decadencia de una nación. Dondequiera que se reúnen, se comen la fuerza vital del país. Les estoy viendo venir desde hace unos años. Tan cierto como que estamos aquí, los mercachifles judíos ya están en su trabajo de destrucción. La vieja Inglaterra se muere.

Se alejó con pasos rápidos, y sus ojos adquirieron una vida azul al pasar por un ancho rayo de sol. Dio media vuelta y volvió otra vez.

—Se muere —dijo— si es que no se ha muerto ya.

*De la ramera el grito, por las calles,
teje el sudario a la vieja Inglaterra.*

Sus ojos, bien abiertos ante la visión, miraban fijamente con severidad el rayo de sol en que se detuvo.

—Un mercachifle —dijo Stephen— es uno que compra barato y vende caro, judío o gentil, ¿no es verdad?

—Han pecado contra la luz —dijo gravemente el señor Deasy—. Y se les ven las tinieblas en los ojos. Y por eso van errando por la tierra hasta el día de hoy.

En las escaleras de la Bolsa de París, los hombres de piel dorada cotizando precios con sus dedos enjoyados. Parloteo de gansos: En enjambre ruidoso, dando vueltas torpemente por el templo, las cabezas en espesas conspiraciones bajo desacertados sombreros de copa. No suyos: esos trajes, ese lenguaje, esos gestos. Sus lentos ojos rebosantes desmentían las palabras, los gestos ansiosos y sin ofensa, pero conocían los rencores acumulados en torno a ellos y sabían que su celo era en vano. Vana paciencia en amontonar y atesorar. El tiempo sin duda lo dispersaría todo. Un tesoro acumulado junto al camino: saqueado, y adelante. Sus ojos conocían los años de errar, y, pacientes, conocían los deshones de su carne.

—¿Quién no lo ha hecho? —dijo Stephen.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el señor Deasy. Se adelantó un paso y se quedó junto a la mesa. Su mandíbula cayó abriéndose hacia un lado, con incertidumbre. ¿Es eso antigua sabiduría? Espera oírlo de mí.

—La historia —dijo Stephen— es una pesadilla de la que trato de despertar.

Desde el campo de juego, los muchachos levantaron un griterío. Un silbato vibrante: gol. ¿Y si esa pesadilla te tirase una coza?

—Los caminos del Creador no son nuestros caminos —dijo el señor Deasy—. Toda la historia se mueve hacia una gran meta, la manifestación de Dios.

Stephen sacudió el pulgar hacia la ventana, diciendo:

—Eso es Dios.

¡Hurra! ¡Ay! ¡Jurrují!

—¿Qué? —preguntó el señor Deasy.

—Un grito en la calle —contestó Stephen, encogiéndose de hombros.

El señor Deasy bajó los ojos y durante un rato mantuvo las aletas de la nariz sujetas entre los dedos. Al levantar la vista otra vez, las soltó.

—Yo soy más feliz que usted —dijo—. Hemos cometido muchos errores y muchos pecados. Una mujer trajo el pecado al mundo. Por una mujer que no era ningún modelo, Helena, la escapada esposa de Menelao, los griegos hicieron la guerra a Troya durante diez años. Una esposa infiel fue la primera que trajo a los extranjeros aquí a nuestra orilla, la mujer de MacMurrough y su concubino O'Rourke, príncipe de Breffni. Una mujer también hizo caer a Parnell. Muchos errores, muchos fallos, pero no el pecado único. Yo soy ahora un luchador hasta el fin de mis días. Pero lucharé por la justicia hasta el final.

*Pues el Ulster luchará
y el Ulster justicia obtendrá.*

Stephen levantó las hojas que tenía en la mano.

—Bueno, señor Deasy —empezó.

—Preveo —dijo el señor Deasy— que usted no se va a quedar aquí mucho tiempo en este trabajo. Usted no ha nacido para enseñar, me parece. Quizá me equivoque.

—Para aprender, más bien —dijo Stephen. Y aquí ¿qué más vas a aprender? El señor Deasy movió la cabeza.

—¿Quién sabe? —dijo—. Para aprender hay que ser humilde. Pero la vida es la gran maestra.

Stephen volvió a hacer ruido con las hojas.

—Por lo que toca a éstas... —dijo.

—Sí —dijo el señor Deasy—. Ahí tiene dos copias. Si puede, hágalas publicar en seguida.

Telegraph. Irish Homestead.

—Lo intentaré —dijo Stephen— y mañana le haré saber algo. Conozco un poco a dos directores.

—Eso bastará —dijo el señor Deasy con viveza—. Anoche escribí al señor Field, el diputado. Hoy hay una reunión de la asociación de tratantes de ganado en el hotel City Arms. Le pedí que diera a conocer mi carta a la reunión. Usted vea si la puede colocar en sus dos periódicos. ¿Cuáles son?

—El *Evening Telegraph*...

—Eso basta —dijo el señor Deasy—. No hay tiempo que perder. Ahora tengo que contestar esa carta de mi primo.

—Buenos días, señor Deasy —dijo Stephen, metiéndose las hojas en el bolsillo—. Gracias.

—No hay de qué —dijo el señor Deasy, rebuscando entre los papeles de su mesa—. Me gusta romper una lanza con usted, viejo como soy.

—Buenos días, señor Deasy —volvió a decir Stephen, inclinándose hacia su espalda encorvada.

Salió por el portón abierto y bajó por el sendero de gravilla al pie de los árboles, oyendo el clamoreo de voces y el chascar de los palas desde el campo de juego. Los leones acurrucados sobre las columnas, al salir por la verja; terrores desdentados. Sin embargo, le ayudaré en esta lucha. Mulligan me encajará un nuevo mote: el bardo bienhechor del buey.

—¡Señor Dedalus!

Corriendo tras de mí. No más cartas, espero.

—Un momento nada más.

—Sí, señor —dijo Stephen, volviéndose hacia la verja.

El señor Deasy se detuvo, respirando fuerte y tragando el aliento.

—Sólo quería decir —dijo—. Irlanda, dicen, tiene el honor de ser el único país que nunca ha perseguido a los judíos. ¿Lo sabe? No. ¿Y sabe por qué?

Frunció severamente el ceño hacia el aire claro.

—¿Por qué, señor Deasy? preguntó Stephen, empezando a sonreír.

—Porque nunca los dejó entrar —dijo el señor Deasy, solemnemente.

Una bola de tos de risa saltó de su garganta, llevando detrás a rastras una traqueteante cadena de flemas. Se volvió deprisa, tosiendo, riendo, agitando en el aire los brazos elevados.

—Nunca los dejó entrar —volvió a gritar a través de su risa, mientras sus pies con botines pateaban la gravilla del sendero—. Por eso.

Sobre sus sabios hombros, a través del ajedrezado de hojas, el sol lanzaba lentejuelas, monedas danzantes.

Ineluctable modalidad de lo visible: por lo menos eso, si no más, pensado a través de mis ojos. Las firmas de todas las cosas estoy aquí para leer; huevas y fucos marinos, la marea que se acerca, esa bota herrumbrosa. Verdemoco, platazul, herrumbre: signos coloreados. Límites de lo diáfano. Pero añade él: en los cuerpos. Entonces, se daba cuenta de ellos, de los cuerpos, antes que de ellos coloreados. ¿Cómo? Golpeando contra ellos la mollera, claro. Despacito. Calvo era y millonario, *maestro di color che sanno*. Límite de lo diáfano en. ¿Por qué en? Diáfano, adiáfano. Si se pueden meter los cinco dedos a través suyo, es una verja; si no, una puerta. Cierra los ojos y ve.

Stephen cerró los ojos para oír sus botas aplastando crujientes fucos y conchas. Caminas a través de ello, sea como sea. Yo, una zancada a cada vez. Un cortísimo espacio de tiempo a través de cortísimos espacios de tiempo. Cinco, seis: el *nacheinander*. Exactamente: y esa es la ineluctable modalidad de lo audible. Abre los ojos. No. ¡Dios mío! Si me cayera por una escollera que avanza sobre su base, caería a través del *nebeneinander* ineluctablemente. Voy saliendo adelante bastante bien en la oscuridad. Mi espada de fresno pende a mi costado. Ve tentando con ella: así lo hacen ellos. Mis dos pies en sus botas están en el extremo de mis piernas, *nebeneinander*. Suena a macizo: hecho por el mazo de Los *Demiurgos*. ¿Estoy marchando hacia la eternidad a lo largo de la playa de Sandymount? Chaf, crac, cric, cric. Silvestre dinero de mar. El dómene Deasy se lo sabe tó.

*¿No vienes a Sandymount,
Madelin la jaca?*

Empieza un ritmo, ya ves. Ya oigo. Un tetrametro cataléctico de yambos en marcha. No, al galope: *delin la jaca*.

Abre ahora los ojos. Ya voy. Un momento. ¿Se ha desvanecido todo mientras tanto? Si los abro y estoy para siempre en lo negro adiáfano. ¡Basta! Voy a ver si veo.

Veo ahora. Ahí, todo el tiempo sin ti: y será para siempre, mundo sin fin.

Bajaban prudentemente los escalones de Leahy's Terrace, *Frauenzimmer*: y por la orilla en declive abajo, blandamente, sus pies aplastados en la arena sedimentada. Como yo, como Algy, bajando hacia nuestra poderosa madre. La

número uno balanceaba pesadamente su bolsa de comadrona, la sombrilla de la otra pinchada en la playa. Desde el barrio de las Liberties, en su día libre. La señora Florence MacCabe, sobreviviente al difunto Patk MacCabe, profundamente lamentado, de la calle Bride. Una de las de su hermandad tiró de mí hacia la vida, chillando. Creación desde la nada. ¿Qué tiene en la bolsa? Un feto malogrado con el cordón umbilical a rastras, sofocado en huata rojiza. Los cordones de todos se eslabonan hacia atrás, cable de trenzados hilos de toda carne. Por eso es por lo que los monjes místicos. ¿Queréis ser como dioses? Contemplaos el ombligo: Aló. Aquí Kinch. Póngame con Villa Edén. Aleph, alfa: cero, cero, uno.

Cónyuge y compañera asistente de Adán Kadmón: Heva, Eva desnuda. No tenía ombligo. Contemplad. Barriga sin mancha, hinchada y grande, broquel de tenso pergamino, no, trigo en blanco montón, auroral e inmortal, irguiéndose por los siglos de los siglos. Vientre de pecado.

Enventrado en pecado, tiniebla fui yo también, creado, no engendrado. Por ellos, el hombre con mi voz y mis ojos y una mujer fantasma con cenizas en el aliento. Se agarraron y se separaron, cumplieron la voluntad del emparejador. Desde antes de los siglos Él me quiso y ahora no puede querer que no sea, ni nunca. Una *lex eterna* permanece en torno a Él. ¿Es eso entonces la divina substancia en que Padre e Hijo son consustanciales? ¿Dónde está el pobre del bueno de Arrio para poner a prueba las conclusiones? Guerreando toda la vida contra la contrasmagnificandijudibangtancialidad. Heresiarca de mala estrella. Exhaló su último aliento en un retrete griego: euthanasia. Con mitra llena de lentejuelas y con báculo, atascado en su trono, viudo de una sede viuda, con el omophorion erecto, con el trasero coagulado.

Las brisas caracoleaban a su alrededor, brisas mordientes y ansiosas. Ahí vienen, las olas. Los caballos marinos de blancas crines, tascando el freno, embridados en claros vientos, los corceles de Mananaan.

No tengo que olvidarme de su carta para la prensa. ¿Y después? El Ship, a las doce y media. Por cierto, vamos despacio con ese dinero, como buen joven idiota. Sí, tengo que.

Aflojó el paso. Aquí. ¿Voy a casa de tía Sara o no? La voz de mi padre consustancial. ¿Has visto últimamente a tu hermano Stephen el artista? ¿No? ¿Seguro que no está en Strasburg Terrace con tía Sally? ¿No podría picar un poquito más alto que eso, eh? Y y y y dinos, Stephen ¿cómo está tío Si? Oh sufridísimo Dios, con qué me he casado. Loh chiquilloh en lo alto del henil. El pequeño chupatintas borracho y su —hermano, el trompetista. Altamente respetables gondoleros. Y Walter el de los ojos bizcos tratando de señor a su padre, nada menos. Señor. Sí, señor. No, señor. Jesús lloró, y no es extraño, por Cristo.

Tiro de la asmática campanilla de su casita con las persianas cerradas: y espero. Me toman por un acreedor, atisban desde un rincón escondido.

—Es Stephen, señor.

—Hazle pasar. Haz pasar a Stephen.

Un cerrojo corrido y Walter me da la bienvenida.

—Creíamos que eras alguien diferente.

En su ancha cama el tío Richie, entre almohadas y mantas, extiende sobre la colina de sus rodillas un sólido antebrazo. Limpio de pecho. Se ha lavado la mitad de arriba.

—Buenas, sobrino.

Echa a un lado la bandeja en que hace sus notas de gastos a la atención de Maese Hoff y Maese Shapland Tandy, protocolizando poderes, atestados y un mandato de comparecencia. Un marco de encina negra sobre su cabeza calva: el *Requiescat* de Wilde. El bordoneo de su engañoso silbido hace volver a Walter.

—¿Qué, señor?

Whisky para Richie y Stephen, díselo a madre. ¿Dónde está?

—Bañando a Crissie, señor.

Compañerita de cama de papá. Terroncito de amor.

—No, tío Richie...

—Llámame Richie. Al diablo esta agua de lithines. Te echa abajo. ¡Whisky!

—Tío Richie, de verdad...

—Siéntate, o si no, qué demonios, te echo abajo de un golpe, Harry.

Walter bizquea en vano buscando una silla.

—No tiene en qué sentarse, señor.

—No tiene dónde ponerlo, idiota. Trae la butaca Chippendale. ¿Quieres un bocado de algo? Nada de esos malditos melindres aquí: ¿una buena tajada de tocino frito con un arenque? ¿De veras que no? Tanto mejor. No tenemos en casa más que píldoras contra el dolor de riñones.

All'erta!

Bordonea compases del *aria di sortita* de Ferrando. El número más grandioso, Stephen, de la ópera entera. Escucha.

El afinado silbido vuelve a sonar, sutilmente matizado, con chorros bruscos de aire, mientras sus puños aporrean un bombo en sus rodillas almohadilladas.

El viento es más dulce.

Casas de ruina, la mía, la suya y todas. Decías a la gente bien de Clongowes que tenías un tío juez y un tío general del ejército. Sal fuera de ellos, Stephen. La belleza no está ahí. Tampoco en la empantanada bahía de la biblioteca de Marsh donde leíste las desteñidas profecías del abad Joaquín. ¿Para quién? La chusma de cien cabezas del recinto de la catedral. Odiador de su especie, salió corriendo del bosque de la locura, con la melena espumeando bajo la luna, los globos de los ojos hechos estrellas. *Houyhnhnm*, narices de caballo. Las ovals caras caballunas. Temple, Mulligan, Foxy Campbell. Abba Padre, furioso deán, ¿qué agravio incendió sus cerebros? ¡Paf! *Descende, calve, ut ne nimium decalveris*. Una guirnalda de pelo gris en su amenazada cabeza, mirádmele bajar gateando hasta el escalón inferior (*descende*), agarrando una custodia, con ojos de basilisco. ¡Baja, cholla calva! Un coro devuelve amenaza y eco, ayudando en

torno a los cuernos del altar, con el latín nasal de los curapios removiéndose rollizos en sus albas, tonsurados y ungidos y castrados, gordos de la grasa de los riñones del trigo.

Y en el mismo instante quizá un sacerdote a la vuelta de la esquina elevándolo. ¡Tilintilin! Y dos calles más allá otro encerrándolo en una píxide. ¡Tilintilin! Y en una capilla de la Virgen otro engulléndose toda la comunión él solo. ¡Tilintilin! Abajo, arriba, adelante, atrás. Dan Occam ya lo pensó, doctor invencible. Una neblinosa mañana inglesa, el duende de la hipóstasis le cosquilleó los sesos. Al bajar la hostia y arrodillarse oyó entrelazarse con su segundo campanillazo el primer campanillazo del transepto (ése está elevando la suya), y, al levantarse, oyó (ahora yo estoy elevando) sus dos campanillazos (ése se está arrodillando) tintineando en diptongo.

Primo Stephen, nunca serás santo. Isla de santos. Eras terriblemente piadoso, ¿no es verdad? Rezabas a la Santísima Virgen para no tener la nariz roja. Rezabas al diablo en Serpentine Avenue para que la viuda regordeta de delante de ti se levantara un poco más las faldas, en la calle mojada. *O si, certo!* Vende tu alma por eso, ea, trapos teñidos sujetos con alfileres alrededor de una mujer pielroja. ¡Más, dime, más aún! En la imperial del tranvía de Howth, solo, gritando a la lluvia: *¡mujeres desnudas!* ¿Y de eso qué, eh?

¿Y de eso qué? ¿Para qué otra cosa se han inventado?

Leyendo dos páginas a cada vez de siete libros cada noche, ¿eh? Yo era joven. Te hacías reverencias a ti mismo en el espejo, adelantándote al aplauso seriamente, con cara impresionante. ¡Hurra por el condenado idiota! ¡...Rra! Nadie lo ha visto: no se lo — digas a nadie. Libros que ibas a escribir con letras por títulos. ¿Ha leído usted su F? Ah, sí, pero prefiero Q. Sí, pero W es estupendo. Ah, sí, W. ¿Recuerdas tus epifanías en hojas verdes ovaladas, profundamente profundas, copias para enviar, si morías, a todas las bibliotecas del mundo, incluida Alejandría? Alguien las había de leer al cabo de unos pocos miles de años, un mahamanvantara. Como Pico della Mirandola. Sí, muy parecido a una ballena. Cuando uno lee esas extrañas páginas de uno que desapareció hace mucho uno se siente uno con uno que una vez...

La arena granujienta había desaparecido de sus pies. Sus botas volvían a pisar húmedo magma crujiente, conchas de navajas, guijarros chirriantes, todo lo que choca en los innumerables guijarros, madera cribada por la carcoma marina, perdida Armada Invencible. Mefíticos bancos de arena esperaban chupar sus suelas hollantes, exhalando hacia arriba aliento de alcantarilla. Los costeó, andando cautamente. Una botella de cerveza se erguía, encajada hasta la cintura, en la masa pastelosa de la arena. Un centinela: isla de la sed temible. Rotos aros de tonel en la orilla: en tierra, un laberinto de oscuras redes astutas: más allá, lejos, puertas falsas garrapateadas de tiza, y en lo más alto de la playa, una cuerda de secar ropa con dos camisas crucificadas. Ringsend: wigwams de atezados pilotos y patrones de barcos. Conchas humanas. Se detuvo. He dejado

atrás el camino a casa de tía Sara. ¿No voy a ir allí? Parece que no. Nadie por aquí. Se volvió al nordeste y cruzó la arena más firme hacia la Pichonera.

—*Qui vous a mis dans cette fichue position?*

—*C'est le pigeon, Joseph.*

Patrice, en casa con permiso, lamía leche caliente conmigo en el bar MacMahon. Hijo del pato salvaje, Kevin Egan de París. Mi padre es un pájaro, lamía la dulce *lait chaud* con joven lengua rosa, gorda cara de conejito. Lamer, lap, lap, *lapin*. Sobre la naturaleza de las mujeres, había leído en Michelet. Pero tiene que mandarme *La Vie de Jésus* de Léo Taxil. Se la prestó a su amigo.

—*C'est tordant, vous savez. Moi je suis socialiste. Je ne crois pas en l'existence de Dieu. Faut pas le dire à mon père.*

—*Il croit?*

—*Mon père, oui. Schluss.* Lame.

Mi sombrero de Barrio Latino. Dios mío, sencillamente hay que caracterizarse según el papel. Necesito guantes color pulga. ¿Eras estudiante, no es verdad? ¿De qué, en nombre del otro demonio? Peceene. P.C.N., ya sabes: *physiques, chimiques et naturelles*. Ajá. Te comías tus pocos cuartos de *mou en civet*, ollas de carne de Egipto, entre codazos de cocheros eructantes. Basta que digas en el tono más natural: Cuando yo estaba en París, *boul'Mich*, solía. Sí, solía llevar encima tickets perforados para probar la coartada si me detenían por asesinato en algún sitio. Justicia. En la noche del diecisiete de febrero de 1904 el encartado fue visto por dos testigos. Otro tipo lo hizo: otro yo. Sombrero, gabán, nariz. *Lui, c'est moi*. Parece que lo pasaste muy bien.

Caminando orgullosamente. ¿Cómo quién intentabas caminar? Lo he olvidado: un desheredado. Con el giro postal de madre, ocho chelines, la retumbante puerta del correo estampada en tus narices por el portero. Dolor de muelas de hambre. *Encore deux minutes*. Mire el reloj. Tengo que entrar. *Fermé*. ¡Perro a sueldo! A tiros, hacerle pedacitos sangrientos con, bum, una escopeta de perdigones, pedacitos hombre espachurrado paredes todo botones dorados. Pedacitos todos jrrrrclac a su sitio vuelven chascando. ¿No se ha hecho daño? Oh, todo está perfectamente. ¿Ve lo que quiero decir? Choque esos cinco. Bueno, está muy bien todo.

Ibas a hacer milagros, ¿eh? Misionero en Europa siguiendo al fogoso Columbano. Fiacre y Escoto en sus taburetes de castigo en el cielo hacen desbordar sus potes de cerveza, riendoruidosolatin: *Euge! Euge!* Fingiendo hablar mal el inglés cuando arrastrabas la maleta, tres peniques un maletero, a través del limoso muelle, en Newhaven. *Comment?* Con rico botín te volviste: *Le Tutu*, cinco números desgarrados de *Pantalon Blanc et Culotte Rouge*, un telegrama francés, azul, curiosidad para enseñar: —Madre muriéndose vuelve casa padre.

La tía cree que mataste a tu madre. Por eso no quiere.

Por la tía de Mulligan un brindis,

*la razón en seguida se verá:
ella fue la que siempre hizo a los Hannigan
con decencia tener la familia.*

Sus pies marchaban con súbito ritmo orgulloso sobre los surcos de la arena, a lo largo de los pedruscos de la muralla sur. Los miraba fijamente con orgullo, apilados cráneos de mamut de piedra. Luz dorada en el mar, en la arena, en los pedruscos. El sol está ahí, los esbeltos árboles, las casas limón.

París despertando en crudo, cruda luz de sol en sus calles limón. Miga húmeda de panecillos humeantes, al ajeno verderrana, su incienso matinal, cortejan el aire. Belluomo se levanta de la cama de la mujer del amante de su mujer, el ama de casa empañuelada se afana, una bandeja de ácido acético en las manos. En Rodot, Yvonne y Madeleine renuevan sus bellezas tumbadas, destrozando con dientes de oro *chaus-sons* de pastelería, las bocas amarilleadas por el *pus* de *flan breton*. Pasan caras de hombres de París, sus complacidos complacedores, rizados conquistadores.

El mediodía dormita. Kevin Egan enrolla cigarrillos de pólvora entre dedos pringados de tinta de imprenta, sorbiendo su hada verde, como Patrice la suya blanca. Alrededor de nosotros, engullidores se echan tenedoradas de judías picantes tragadero abajo. *Un demi setier!* Un chorro de vapor de café desde la bruñida caldera. Ella me sirve, a la señal de él. *Il est irlandais. Hollandais? Non fromage. Deux irlandais, nous, Irlande, vous savez? Ah oui!* Creyó que querías un queso *hollandais*. Tu postprandial, ¿conoces esa palabra? Un tipo que conocí una vez en Barcelona, un tipo raro, solía llamarlo su postprandial. Bueno: *slainte!* En torno a los bloques marmóreos de las mesas, el enredo de alientos vinosos y gatzates gorgoteantes. El aliento de él pende sobre platos manchados de salsa, el colmillo verde de hada despuntando entre sus labios. De Irlanda, los Dalcasianos, de esperanzas, conspiraciones, de Arthur Griffith ahora. Enyugarme como compañero suyo de yugo, nuestros delitos nuestra causa común. Tú eres el hijo de tu padre. Conozco la voz. Su camisa de fustán, floreada color sangre, hace temblar sus borlas españolas por sus secretos. M. Drumont, famoso periodista, Drumont, ¿sabes cómo llamó a la reina Victoria? Vieja bruja de dientes amarillos. *Vieille ogresse* con los *dents jaunes*. Maud Gonne, hermosa mujer, La Patrie, M. Millevoye, Félix Faure, ¿sabes cómo murió? Hombres licenciosos. La froeken, *bonne à tout faire*, que restriega desnudez masculina en el baño en Upsala. *Moi faire*, dijo. *Tous les messieurs*. No este *Monsieur*, dije. Costumbre muy licenciosa. El baño es una cosa muy íntima. No le dejaría a mi hermano, ni siquiera a mi propio hermano, cosa muy lasciva. Ojos verdes, os veo. Colmillo, lo noto. Gente lasciva.

La yesca azul arde muriendo entre las manos y arde clara. Sueltas hebras de tabaco se inflaman: una llama y un humo acre iluminan nuestro rincón. Crudos huesos de la cara bajo su sombrero de conspirador. Cómo escapó el cabecilla, versión auténtica. Disfrazado de novia, hombre, velo flores de azahar, salió

disparado por el camino a Malahide. Así lo hizo, de veras. De jefes perdidos, los traicionados, fugas locas. Disfraces, agarrados, desaparecidos, no aquí.

Enamorado despreciado. Yo era entonces un muchachote espléndido, te lo aseguro, te enseñaré algún día mi retrato. Sí que lo era, de veras. Enamorado, por amor de ella rondó con el coronel Richard Burke, jefe hereditario de su clan, bajo los muros de Clerkenwell, y, acurrucados, vieron una llama de venganza lanzarles a lo alto en la niebla. Cristal roto y mampostería desmoronándose. En el alegre París se esconde, Egan de París, no buscado por nadie sino por mí. Haciendo sus estaciones diarias, la mísera caja de tipografía, sus tres tabernas, la cueva de Montmartre donde duerme su corta noche, rue de la Goutte-d'Or, tapizada con rostros de los desaparecidos, cagados de moscas. Sin amor, sin tierra, sin esposa. Ella está tan fenomenalmente a gusto sin su proscrito, madame, en rue Git-le-Coeur, canario y dos huéspedes de postín. Mejillas de albaricoque, una falda cebrada, vivaz como la de una muchachita. Despreciado y sin desesperar. Di a Pat que me viste, ¿quieres? Una vez quise encontrarle un trabajo al pobre Pat. *Mon fils*, soldado de Francia. Le enseñé a cantar. *Los muchachos de Kilkenny son unos tíos valientes y ruidosos*. ¿Conoces esa vieja canción? Le enseñé a Patrice ésa. Viejo Kilkenny: San Canice, castillo de Strongbow sobre el Nore. Es así, ah, oh. Me toma de la mano, Napper Tandy:

*Oh, oh, los muchachos de
Kilkenny...*

Débil mano consumida en la mía. Han olvidado a Kevin Egan, él no a ellos. Recordándote ¡oh Sión!

Se había acercado al borde del mar y húmeda arena abofeteaba sus botas. El nuevo aire le saludaba, con arpegios en sus nervios locos, viento de loco aire de semillas de luminosidad. Eh, ¿no estaré andando afuera, hacia el barco faro de Kish, no? Se detuvo de repente, con los pies empezando a hundirse lentamente en el suelo tembloroso. Volver atrás.

Volviéndose, escrutó la orilla sur, los pies hundiéndose otra vez lentamente en nuevos agujeros. Aguarda el frío espacio abovedado de la torre. A través de las troneras, las lanzadas de luz se mueven siempre, lentamente siempre, tal como se hunden mis pies, deslizándose hacia la oscuridad sobre la esfera de reloj del suelo. Oscuridad azul, caída de la noche, profunda noche azul. En la oscuridad de la bóveda esperan, las sillas echadas atrás, mi maleta en obelisco, en torno a una mesa de vajilla abandonada. ¿Quién va a recogerla? Él tiene la llave. No voy a dormir allí cuando llegue la noche. Una puerta cerrada de una torre silenciosa sepultando sus cuerpos ciegos, el sahib de la pantera y su perro perdiguero. Llamar: sin respuesta. Levantó los pies de la absorción y volvió atrás siguiendo el muelle de pedruscos. Tomar todo, conservar todo. Mi alma camina conmigo, forma de las formas. Así en mitad de las velas de la luna mido

con mis pasos el sendero sobre las rocas, plateadas en color sable, oyendo la tentadora creciente de Elsinore.

La creciente me sigue. Puedo observarla pasar desde aquí. Vuelve atrás entonces por el camino de Poolbeg hasta la playa, ahí abajo. Trepó sobre los juncos y los viscosos bejucos y se sentó en una banqueta de roca, apoyando el bastón de fresno en un saliente de la roca.

La carcasa hinchada de un perro yacía repantigada en los sargazos. Delante, la regala de un bote, hundida en la arena. *Un coche ensablé*, llamó Louis Veuillot a la prosa de Gautier. Esas pesadas arenas son lenguaje que la marea y el viento han sedimentado aquí. Y ahí, los túmulos de constructores muertos, un laberinto de madrigueras de ratas comadreas. Esconder oro ahí. Pruébalo. Lo tienes. Arenas y piedras. Pesadas del pasado. Juguetes de Sir Lout. Fíjate que no recibas una, pam, en la oreja. Yo soy el muy jodido gigante que echa a rodar todos esos jodidos pedruscos, huesos para mis piedras pasaderas. ¡Fiifoofum! Juelo la jangre de un jirlandej.

Un punto, un perro vivo, creció ante la vista corriendo a través de la extensión de arena. Señor, ¿me irá a atacar a mí? Respeta sus fueros. No serás señor de otros ni esclavo suyo. Tengo mi bastón. Quédate bien sentado. Desde más lejos, caminando hacia la orilla a través de las crestas de la marea, figuras, dos. Las dos Marías. Lo han metido en sitio seguro entre los juncos. Veo, veo. ¿Qué ves? No, el perro. Vuelve corriendo a ellas. ¿Quién?

Las galeras de los Lochlanns corrían aquí a la playa, en busca de presa, con sus proas de picos sangrientos cabalgando una baja rompiente de peltre fundido. Vikingos daneses, con collares de tomahawks reluciendo sobre el pecho cuando Malachi llevaba el collar de oro. Una bandada de balenópteros varados en el caluroso mediodía, lanzando chorros, revolcándose en los bajíos. Luego, desde la hambrienta ciudad de jaulas, una horda de enanos con jubones de cuero, mi gente, con cuchillos de desollar, corriendo, encaramándose, dando tajos en la verde carne de ballena, revestida de grasa. Hambruna, peste y matanzas. Su sangre está en mí, sus lujurias son mis olas. Me moví entre ellos por el Liffey helado, aquel yo, cambiado en la cuna, entre las crepitantes hogueras resinosas. A nadie hablé: nadie a mí.

El ladrido del perro corría hacia él, se detuvo, retrocedió corriendo. Perro de mi enemigo. Sencillamente me quedé pálido, silencioso, acorralado. *Terribilia meditans*. Un justillo color prímula, la sota de la fortuna, sonreía de mi miedo. ¿Por eso te angustias, el ladrido de su aplauso? Pretendientes: vivir sus vidas. El hermano de Bruce, Thomas Fitzgerald, caballero sedoso, Perkin Warbeck, falso retoño de York, en calzones de seda de marfil rosablanca, prodigio de un día, y Lambert Simnel, con una escolta de maritornes y buhoneros de guerra, barrendero coronado. Todos los hijos del rey. Paraíso de pretendientes entonces y ahora. Él salvó a algunos de ahogarse y tú tiemblas ante el ladrido de un chucho. Pero los cortesanos que se burlaron de Guido en Or San Michele estaban en su casa propia. Casa de... No queremos que nos vengas con tus

abstrusidades medievales. ¿Harías lo que hizo él? Habría cerca una barca, un salvavidas. *Natürlich*, puesto allí para ti. ¿Lo harías o no? El hombre que se ahogó hace nueve días al largo de Maiden's Rock. Le esperan ahora. La verdad, desembúchala. Yo querría. Intentaría. No soy un nadador muy bueno. Agua fría blanda. Cuando metía la cara en ella en la palangana en Clongowes. ¡No veo! ¿Quién está detrás de mí? ¡Fuera deprisa, deprisa! ¿Ves la marea fluyendo deprisa por todos los lados, ensabanando deprisa los bajos de las arenas, color cáscara de cacao? Si tuviera tierra bajo los pies. Quiero que su vida siga siendo suya, y la mía siga siendo mía. Un hambre que se ahoga. Sus ojos humanos me gritan desde el horror de su muerte. Yo... Con él hundiéndome del todo... A ella no pude salvarla. Aguas: amarga muerte: perdida.

Una mujer y un hombre. Le veo las enaguas. Sujetas en alto con alfileres, apuesto.

El perro de ellos corría contoneándose en torno a un banco de arena invadido por el agua, al trote, olfateando por todas partes. Buscando algo perdido en una vida pasada. De repente salió disparado como una liebre que salta, las orejas echadas atrás, en persecución de la sombra de una gaviota en vuelo raso. El silbido chillón del hombre le hirió las flojas orejas. Se dio vuelta, volvió de un salto, se acercó, trotó sobre ancas chispeantes. En campo de gules, un ciervo pasante, de color natural, sin astas. En el borde de encaje de la marea se detuvo, con las patas delanteras rígidas, las orejas aguzadas hacia el mar. Su hocico levantado ladró al ruido de olas, manadas de morsas. Serpenteaban hacia sus patas, rizándose, desplegando muchas crestas, una de cada nueve rompiéndose, salpicando, desde lejos, desde aún más afuera, olas y olas.

Buscadores de berberechos. Vadearon un trecho en el agua, y, agachándose, sumergieron sus bolsas, y, volviéndolas a levantar, salieron vadeando. El perro ladró corriendo hacia ellos, se irguió y les manoteó, cayó a cuatro patas, y otra vez se irguió hacia ellos con muda adulación de oso. Sin que le hicieran caso, se mantuvo junto a ellos mientras se acercaban hacia la arena más seca, con un andrajo de lengua de lobo jadeando roja desde sus quijadas. Su cuerpo a manchas se contoneaba por delante de ellos, y luego echó a correr en un trote de becerro. El cadáver estaba en su camino. Se detuvo, olfateó, dio vueltas majestuosamente, hermano, acercó la nariz, giró en torno, olfateando deprisa perrunamente por completo todo el pelaje arrastrado del perro muerto. Cráneo de perro, olfatear de perro, ojos en el suelo, avanza hacia una sola gran meta. Ah, pobre cuerpo de perro. Aquí yace el cuerpo del pobre cuerpo de perro.

—¡Andrajo! Fuera de ahí, chucho.

El grito le hizo volver furtivamente a su amo y un sordo puntapié sin bota le lanzó sano y salvo a través de una lengua de arena, encogido en el vuelo. Volvió disimulándose en curva. No me ve. A lo largo del borde del muelle, arrastró las patas, vagabundeó, olió una roca, y, por debajo de una pata trasera, orinó brevemente hacia una roca que no olió. Los sencillos placeres del pobre. Sus zarpas traseras entonces desparramaron arena: luego las zarpas delanteras

hurgaron y ahondaron. Algo enterró allí, a su abuela. Hozó en la arena, hurgando, ahondando, y se detuvo a escuchar el aire, volvió a rascar la arena con una furia en sus garras que cesó pronto, leopardo, pantera, engendrado quebrantamiento conyugal, buitreado a los muertos.

Después que él me despertó anoche el mismo sueño, ¿o no? Espera. Portal abierto. Calle de prostitutas. Recuerda. Harún al-Raschid. Lo estoy casi casi. Aquel hombre me guiaba, hablaba. Yo no tenía miedo. El melón que tenía, me lo acercó a la cara. Sonreía: olor de fruta cremosa. Esa era la regla, decía. Adentro. Venga. Alfombra roja extendida. Ya verá quién.

Con las bolsas al hombro, avanzaban fatigosamente, los rojos egipcios. Los pies lívidos de él, saliendo de unos pantalones remangados, azotaban la arena pegajosa; una bufanda ladrillo oscuro estrangulando su cuello sin afeitar. Ella, con femeniles pasos, le seguía: el gachó y su gachí. El botín colgado a la espalda de ella. Arena suelta y trozos de conchas formaban costra en sus pies descalzos. El pelo le flotaba al aire, tras la cara, áspera del viento. Detrás de su señor, compañera ayudante, tira allá, a la gran urbe. Cuando la noche esconde los defectos de su cuerpo, llama bajo su chal pardo, desde un soportal ensuciado por los perros. Su hombre está invitando a dos del Royal Dublin en O'Loughlin de Blackpitts. Besuquéala, cómetela, en la jerga pringosa del pícaro, por, Oh, mi chupadora tía cachonda. Una blancura de diabla bajo sus andrajos rancios. El callejón de Fumbally aquella noche: los olores de la tenería.

*Blancas tus patas, roja tu jeta,
y tus magras son bien duras.
Ven al catre ahora conmigo.
Agárrate y besa a oscuras.*

Delectación morosa llama a eso Panzo Tomás de Aquino, *frate porcospino*. Adán antes de la caída montaba y no se ponía cachondo. Déjale que brome: *tus magras son bien duras*. Lenguaje ni pizca peor que el suyo. Palabras de monje, cuentas de rosario charlotteando sobre sus cinturones: palabras de pícaro, duras pepitas se entrechocan en sus bolsillos. Pasan ahora.

Una mirada de reojo a mi sombrero de Hamlet. ¿Y si de repente estuviera desnudo, aquí mismo donde estoy sentado? No lo estoy. A través de las arenas de todo el mundo, seguida por la espada flamígera del sol, hacia occidente, marchando hacia tierras de poniente. Camina penosamente, schleppea, arrastra, remolca, trascina su carga. Una marea occidentalizante, tirada por la luna, sigue su estela. Mareas, de miríadas de islas, dentro de ella, sangre no mía, *oinopa ponton*, un mar vinoso oscuro. He aquí la esclava de la luna. En sueño, el signo húmedo marca su hora, la manda levantarse. Cama de esposa, cama de parto, cama de muerte, con velas espectrales. *Omnis caro ad te veniet*. Viene él, pálido vampiro, a través de la tempestad sus ojos, sus alas de murciélago ensanguinolando el mar, boca al beso de la boca de ella.

Ea. Clávale un alfiler, ¿quieres? Mis tabletas. Boca para el beso de ella. No. Debe haber dos. Pégalos para el beso de la boca de ella.

Sus labios labiaron y boquearon labios de aire sin carne: boca para el vientre de ella. Entre, omniinventador antro. Su boca molde moldeó aliento que salía, inverbalizado: uuüjáh: rugido de planetas cataráticos, globados, incandescentes, rugiendo allávaallávaallávaallávaallávaallá. Papel. Los billetes, malditos sean. La carta del viejo Deasy. Aquí. Agradeciendo su hospitalidad arrancar el final en blanco. Volviendo la espalda al sol se inclinó sobre una mesa de roca y garrapateó palabras. Es la segunda vez que me he olvidado de llevarme papelitos de notas del mostrador de la biblioteca.

Su sombra se extendía sobre las rocas mientras él seguía inclinado, terminando. ¿Por qué no sin fin hasta la más remota estrella? Oscuramente están ahí detrás de esta luz, oscuridad brillando en la claridad, Delta de Casiopea, mundos. Yo, aquí sentado, con la vara augural de fresno, con sandalias prestadas, de día junto a un mar lívido, inobservado, en la noche violeta caminando bajo un reino de insólitas estrellas. Arrojo de mí esta sombra finita, inelectable forma de hombre, la llamo para que vuelva a mí. Sin fin, ¿sería mía, forma de mi forma? ¿Quién me observa aquí? ¿Quién, jamás, en algún sitio, leerá estas palabras escritas? Signos en campo blanco. En algún sitio a alguien, con tu más aflautada voz. El buen obispo de Cloyne sacó el velo del templo de dentro de su sombrero de teja: velo de espacio con emblemas coloreados tachonando su campo. Aguanta bien. Coloreados en un plano: sí, está bien. Plano lo veo, luego pienso la distancia, cerca, lejos, plano lo veo, oriente, atrás. Ah, ya lo veo. Se echa atrás de repente, congelado en el estereoscopio. Chac, y ya está el truco. Encuentras oscuras mis palabras. Oscuridad en nuestras almas, ¿no crees? Más aflautada. Nuestras almas, heridas de vergüenza por nuestros pecados, se nos aferran aún más, una mujer aferrándose a su amante, más cuanto más.

Ella se fía de mí, su mano suave, los ojos de largas pestañas. Ahora ¿a dónde demonios la estoy llevando más allá del velo? A la ineluctable modalidad de la ineluctable visualidad. Ella, ella, ella. ¿Cuál ella? La virgen en el escaparate de Hodges Figgis el lunes buscando uno de los libros alfabéticos que ibas a escribir. Ojeada penetrante le lanzaste. La muñeca a través del lazo bordado de su sombrilla. Vive en Leeson Park, con un dolor y cachivaches, dama literaria. Habla de eso con alguna otra, Stevie: una mujer fácil. Apuesto a que lleva esos malditos corsé ligas y medias amarillas, zurcidas con lana desigual. Háblale de tartas de manzanas, *piuttosto*. ¿Dónde tienes la cabeza?

Tócame. Ojos suaves. Mano suave suave suave. Estoy muy solo aquí. Ah, tócame pronto, ahora. ¿Cuál es esa palabra que saben todos los hombres? Estoy quieto aquí solo. Triste también. Toca, tócame.

Se echó atrás, tendido del todo sobre las rocas puntiagudas, metiéndose de mala manera en un bolsillo el apunte garrapateado y el lápiz, con el sombrero inclinado sobre los ojos. Es el movimiento de Kevin Egan el que he hecho,

dando cabezadas al echar la siesta, sueño sabático. *Et vidit Deus. Et erant valde bona.* ¡Aló! *Bonjour*, bienvenido como las flores en mayo. Bajo el ala del sombrero observó el sol sureante a través de pestañas trémulas a lo pavo real. Estoy cogido en esta ardiente escena. La hora de Pan, el mediodía faunesco. Entre plantas serpientes cargadas de goma, frutos rezumando leche, donde las hojas se abren anchamente sobre las aguas flavas. El dolor está lejos.

No te arrincones más a cavilar.

Su mirada caviló sobre sus botas de ancha puntera, desechos de un becerro, *nebeneinander*. Contó los pliegues de cuero arrugado donde el pie de otro había tenido tibio nido. *El pie que golpeó el suelo en orgía, ese pie yo desamo.* Pero te encantó cuando te pudiste poner el zapato de Esther Osvalt: chica que conocí en París. *Tiens, quel petit pied!* Amigo de veras, alma hermana: el amor de Wilde, que no se atreve a decir su nombre. Él me dejará ahora. ¿Y la culpa? Yo soy así. Todo o nada.

Desde el lago Cock, el agua fluía de lleno, en largas lazadas, cubriendo verdidoradas lagunas de arena, subiendo, fluyendo. Mi bastón de fresno se lo llevará la corriente. Tengo que esperar. No, pasarán allá, pasarán rozando las rocas bajas, remolineando, pasando. Mejor acabar pronto este asunto. Escucha: un habla de olas en cuatro palabras: siisuu, jrss, rssiess, uuus. Aliento vehemente de aguas entre serpientes de mar, caballos encabritados, rocas. En copas de rocas se empoza: plof, chop, chlap: embridado en barriles. Y, agotado, cesa su habla. Fluye cayendo pesadamente, fluyendo anchamente, flotante remolino de espuma, desplegada flor.

Bajo la marea hinchada vio las algas retorcidas elevarse lánguidamente y balancear brazos reluctantes, subiéndose las enaguas, en agua susurrante meciendo y volviendo a lo alto esquivas frondas de plata. Día tras día: noche tras noche: elevadas, sumergidas y dejadas caer. Señor, están fatigadas: y, en respuesta al susurro, suspiran. San Ambrosio lo oyó, suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la plenitud de sus tiempos, *diebus ac noctibus iniurias patiens ingemiscit*. Reunidas para ningún fin: vanamente soltadas luego, fluyendo allá, volviéndose atrás: telar de la luna. Fatigadas también a la vista de amantes, hombres lascivos, una mujer desnuda resplandeciendo en su reino, ella atrae hacia sí una redada de aguas.

Cinco brazas allá. *A cinco brazas de fondo yace tu padre.* A la una dijo. Hallado ahogado. Marea alta en la barra de Dublín. Empujando por delante un suelto aluvión de broza, bancos de peces en abanico, conchas tontas. Un cadáver subiendo blanco de sal, meciéndose hacia tierra, paso a paso una marsopa. Ahí está. Échale el anzuelo pronto. *Aunque hundido en el suelo de las olas.* Ya le tenemos. Despacio ahora.

Bolsa de gas cadavérico macerándose en sucia salmuera. Un temblor de pececillos, gordos de esponjosa golosina, sale como un relámpago por los intersticios de su bragueta abotonada. Dios se hace hombre se hace pez se hace lapa ganso se hace montaña de edredón. Alientos muertos respiro yo viviente,

piso polvo muerto, devoro un urinoso excremento de todos los muertos. Izado rígido sobre la borda alienta hacia arriba el hedor de su tumba verde, con el leproso agujero de la nariz roncando hacia el sol.

Un cambio marino éste, ojos pardos azulsalado. Muertemarina, la más suave de todas las muertes conocidas del hombre. Viejo Padre Océano. *Prix de Paris*: cuidado con las imitaciones. Simplemente póngalo a prueba. Nos hemos divertido enormemente.

Ven. Tengo sed. Se está nublando. No hay nubes negras en ninguna parte, ¿verdad? Tormenta. Cae todo él luz, orgulloso rayo del intelecto. *Lucifer, dico, qui nescit occasum*. No. Mi sombrero con venera y mi bordón y sus mis sandalias. ¿A dónde? A tierras de poniente. El poniente se encontrará a sí mismo.

Tomó el puño de su fresno, esbozando suavemente unas fintas, demorándose todavía. Sí, el poniente se encontrará a sí mismo en mí, sin mí. Todos los días llegan a su fin. Por cierto, ¿cuándo es? El martes será el día más largo. De todo el alegre año nuevo, madre, tralará lará. *Lawn* Tennyson, caballero poeta. *Già*. Para la vieja bruja de dientes amarillos. Y Monsieur Drumont, caballero periodista. *Già*. Mis dientes están muy mal. ¿Por qué, digo yo? Toca. Ése se pierde también. Conchas. ¿Debería ir a un dentista, quizá, con este dinero? Este. El desdentado Kinch, el superhombre. ¿Por qué es eso, me pregunto, o quizá significa algo?

Mi pañuelo. Él lo tiró. Me acuerdo. ¿No lo recogí?

Su mano hurgó vanamente en los bolsillos. No, no lo recogí. Mejor comprar uno.

Dejó el moco seco sacado de la nariz en el filo de una roca, cuidadosamente. Por lo demás, que mire quien quiera.

Detrás. Quizá hay alguien.

Volvió la cara por sobre un hombro, retroregardante. Moviéndose a través del aire, altas vergas de un barco de tres palos, las velas recogidas en las crucetas, en arribada, a contracorriente, moviéndose silenciosamente, barco silencioso.

El señor Leopold Bloom comía con deleite los órganos interiores de bestias y aves. Le gustaba la sopa espesa de menudillos, las mollejas, de sabor a nuez, el corazón relleno asado, las tajadas de hígado rebozadas con migas de corteza, las huevas de bacalao fritas. Sobre todo, le gustaban los riñones de cordero a la parrilla, que daban a su paladar un sutil sabor de orina levemente olorosa.

En riñones pensaba mientras andaba por la cocina suavemente, preparándole a ella las cosas del desayuno en la bandeja abollada. La luz y el aire en la cocina eran gélidos, pero fuera, por todas partes, hacía una suave mañana de verano. Un poco de vacío en el estómago le daba.

Los carbones se enrojecían.

Otra rebanada de pan con mantequilla: tres, cuatro: está bien. A ella no le gustaba llenarse el plato. Está bien. Dejó a un lado la bandeja, levantó el cacharro del agua de la parte de atrás del fogón y lo puso de medio lado al fuego. Allí se quedó asentado, opaco y rechoncho, con el pico saliendo para arriba. Taza de té pronto. Muy bien. Boca seca. La gata andaba rígidamente dando la vuelta a una pata de la mesa, cola en alto.

—¡Mkñau!

—Ah, estás ahí —dijo el señor Bloom, apartándose del fuego.

La gata maulló de la mesa, maullando. Igual que como anda por mi mesa de escribir. Prr. Ráscame la cabeza. Prr.

El señor Bloom observó con benévola curiosidad la flexible forma negra. Limpia de ver: el brillo de su lustrosa piel, el lunar blanco bajo la punta de la cola, la ojos verdes destellantes. Se inclinó hacia ella, con las manos en las rodillas.

—Leche para la michina —dijo.

—¡Mrkñau! —gritó la gata.

Les llaman estúpidos. Ellos entienden lo que decimos mejor de lo que nosotros les entendemos a ellos. Ésta entiende todo lo que quiere. Vengativa, también. No sé qué le pareceré a ella. ¿Altura de una torre? No, puede saltar por encima de mí.

—Miedo de las gallinas, es lo que tiene —dijo, burlón—. Miedo de las pitas-pitas. Nunca he visto una michina tan estúpida como esta michina.

Cruel. Su naturaleza. Curioso que los ratones nunca chillen. Parece que les gusta.

—¡Mrkrñau! —dijo la gata, fuerte.

Miró a lo alto, cerrando de vergüenza en un guiño sus ojos ávidos, maullando largo y quejumbroso, enseñándole los dientes blancoleche. Él observó las oscuras estrías de las pupilas estrechándose de avidez hasta que los ojos fueron unas piedras verdes. Entonces se acercó al aparador, tomó el jarro que el lechero de Hanlon acababa de llenarle, y echó leche de tibias burbujas en un platillo, que dejó despacio en el suelo.

—¡Gurrjr! —gritó la gata, corriendo a lamer.

Él observó cómo le brillaban los bigotes como cables en la débil luz, al inclinarse tres veces a lamer con ligereza. No sé si será verdad que si se los cortan ya no pueden cazar ratones. ¿Por qué? Brillan en la oscuridad, quizá, las puntas. O una especie de tentáculos en la oscuridad, quizá.

La escuchó lam-lamer. Huevos con jamón, no. No hay huevos buenos con esta sequía. Necesitan agua dulce pura. Jueves: tampoco buen día para un riñón de cordero en Buckley. Frito en mantequilla, un poquito de pimienta. Mejor un riñón de cerdo en Dlugacz. Mientras hierve el agua. La gata lamía más despacio, dejando luego limpio el platillo con la lengua. ¿Por qué tienen la lengua tan áspera? Para lamer mejor, toda agujeros porosos. ¿Nada que pueda comer ésta? Echó una ojeada alrededor. No. Con suave crujir de las botas subió la escalera hasta la entrada, y se detuvo junto a la puerta de la alcoba. A ella le podría gustar algo sabroso. Rebanadas finas con mantequilla, eso le gusta por la mañana. Sin embargo, quizá, por una vez.

Dijo a media voz en el recibidor destartado:

—Doy una vuelta hasta la esquina. Vuelvo en un momento.

Y cuando hubo oído a su voz decirlo, añadió:

—¿No quieres nada para el desayuno?

Un blando gruñido soñoliento contestó:

—Mn.

No. No quería nada. Oyó entonces un caliente suspiro profundo, más blando, al darse vuelta ella, con un tintineo de las arandelas de latón sueltas, en el jergón. Tengo que mandarlas arreglar, realmente. Lástima. Desde Gibraltar, nada menos. Ha olvidado el poco español que sabía. No sé cuánto pagaría su padre por esto. Estilo antiguo. Ah sí, claro. Lo compró en la subasta del gobernador. Adjudicado en seguida. Duro como una piedra para regatear, el viejo Tweedy. Sí, señor. Fue en Plevna. He ascendido desde soldado raso, señor, y a mucha honra. Sin embargo, tuvo bastante cabeza como para hacer aquel negocio de los sellos. Bueno, eso sí que fue previsión.

Su mano descolgó del gancho el sombrero, encima del abrigo grueso con las iniciales, y el impermeable de segunda mano, de oficina de objetos perdidos. Sellos: estampas de revés pegajoso. Estoy seguro de que hay un montón de oficiales metidos en negocios. Claro que sí. La sudada inscripción en la coronilla del sombrero le dijo mudamente: Plasto's Sombrero Alta Cal. Atisbó rápidamente dentro de la badana. Tira blanca de papel. Bien segura.

En el umbral, se tocó el bolsillo de atrás buscando el llavín. Ahí no. En los pantalones que dejé. Tengo que buscarla. La patata sí que la tengo. El armario cruje. No vale la pena molestarla. Mucho sueño al darse vuelta, ahora mismo. Tiró muy silenciosamente de la puerta del recibidor detrás de sí, más, hasta que la cubierta de la rendija de abajo cayó suavemente sobre el umbral, flácida tapa. Parecía cerrada. Está muy bien hasta que vuelva, de todos modos.

Cruzó al lado del sol, evitando la trampilla suelta del sótano en el número setenta y cinco. El sol se acercaba al campanario de la iglesia de San Jorge. Va a ser un día caluroso, me imagino. Especialmente, con este traje negro lo noto más. El negro conduce, refleja (¿o refracta?) el calor. Pero no podía ir con ese traje claro. Ni que fuera un picnic. Los párpados se le bajaron suavemente muchas veces mientras andaba en feliz tibieza. La camioneta del pan de Boland entregando en bandejas el nuestro de cada día, pero ella prefiere las hogazas de ayer, tostadas por los dos lados crujientes cortezas calientes. Te hace sentirte joven. En algún sitio, por el este: ponerse en marcha al amanecer, viajar dando la vuelta por delante del sol, robarle un día de marcha. Seguir así para siempre, sin envejecer nunca un día, técnicamente. Caminar a lo largo de una plaza, en país extraño, llegar a las puertas de una ciudad, un centinela allí, también un veterano, los grandes bigotes del viejo Tweedy apoyándose en una especie de larga jabalina. Caminar por calles con celosías. Caras enturbantadas pasando. Oscuras cuevas de tiendas de alfombras, un hombretón, Turko el Terrible, sentado con las piernas cruzadas fumando una pipa retorcida. Pregones de vendedores por las calles. Beber agua perfumada con hinojo, sorbete. Andar errando todo el día. Podría encontrar algún que otro ladrón. Bueno, pues a encontrarlo. Se acerca la puesta del sol. Las sombras de las mezquitas a lo largo de las columnas: sacerdote con un pergamino en lo alto, enrollado. Un estremecimiento de los árboles, señal, el viento del anochecer. Sigo adelante. Cielo de oro que se desvanece. Una madre observa desde la puerta. Llama a casa a sus niños en su oscuro idioma. Alto muro: detrás, cuerdas pulsadas. Noche cielo luna, violeta, color de las ligas nuevas de Molly. Cuerdas. Escuchar. Una muchacha tocando uno de esos instrumentos, cómo se llaman: dulcémeles. Paso.

Probablemente no es ni pizca así en la realidad. Tipo de cosa que se lee: tras las huellas del sol. Estallido de sol en la portada. Sonrió, complaciéndose a sí mismo. Lo que dijo Arthur Griffith de la cabecera sobre el artículo de fondo en el *Freeman*: un sol de autonomía elevándose en el noroeste desde el callejón de detrás del Banco de Irlanda. Prolongó su sonrisa complacida. Toque judaico ése: sol de autonomía elevándose en el noroeste.

Se acercaba a donde Larry O'Rourke. De la reja del sótano subía flotando el flojo gorgoteo de la cerveza. A través de la puerta abierta el bar lanzaba efluvios de gengibre, polvo de té, masticaduras de galleta. Buena casa, sin embargo: al final mismo del tráfico de la ciudad. Por ejemplo, M'Auley ahí abajo: nada bien como situación. Claro que si hicieran pasar una línea de tranvía a lo largo de la

Circunvalación Norte desde el mercado de ganado a los muelles, el valor subiría como un cohete.

Cabeza calva sobre la persiana. Listo viejo loco. Inútil trabajárselo para un anuncio. Sin embargo, él conoce mejor su negocio. Ahí está, por supuesto, mi valiente Larry, apoyado en mangas de camisa contra el cajón del azúcar, observando al dependiente con mandil que friega con escobón y cubo. Simon Dedalus le imita clavado bizqueando los ojos para arriba. ¿Sabe lo que le voy a decir? ¿Qué, señor O'Rourke? ¿Sabe qué? Los rusos, no serían más que un aperitivo para los japoneses.

Párate y di una palabra: sobre el funeral quizá. Triste cosa lo del pobre Dignam, señor O'Rourke.

Al doblar a la calle Dorset, dijo con viveza, saludando a través de la puerta:

—Buenos días, señor O'Rourke.

—Buenos días tenga usted.

—Un tiempo delicioso.

—Ya lo creo.

¿De dónde sacan el dinero? Llegan acá, mozos pelirrojos del condado de Leitrim, enjuagando los cascos vacíos y echando los fondos en la bodega. Y luego, míralos ahí, florecen como si fueran unos Adam Findlaters o unos Dan Tallons. Además piensa en la competencia. Sed universal. Buen rompecabezas sería cruzar Dublín sin pasar por delante de una taberna. Ahorrarlo, no pueden. Se lo sacan a los borrachos, quizá. Ponen tres y sacan cinco. ¿Qué es eso? Un chelín acá y allá, rebañando. Quizá en los pedidos al por mayor. Haciendo el doble juego con los corredores en plaza. Cuádralo con el jefe y nos partimos el trabajo, ¿entiendes? ¿Cuánto sería eso sobre la cerveza en un mes? Digamos diez barriles de mercancía. Digamos que sacara el diez por ciento. O más. Diez. Quince. Pasó por delante de San José, Escuela Nacional. Clamor de chiquillos. Ventanas abiertas. El aire libre ayuda a la memoria. O un sonsonete. Abeecee deefege kaelemene opecú erreseteuuve uvedoble. ¿Son chicas? Sí. Inishturk. Inishboffin. En su jografía. La mía. Monte Bloom.

Se detuvo delante del escaparate de Dlugacz, mirando absorto las madejas de salchichas, morcillas, negras y blancas. Cincuenta multiplicado por. Las cifras se blanqueaban en su mente sin resolver: disgustado, las dejó extinguirse. Las relucientes tripas atestadas de carne picada le alimentaban la mirada y respiraba en tranquilidad el aliento tibio de la sangre de cerdo cocida con especias.

Un riñón rezumaba gotas de sangre en el plato con adornos en hoja de sauce: el último. Se detuvo ante el mostrador junto a la criada de al lado. ¿Lo compraría también ella, pidiendo las cosas con una tira de papel en la mano? Agrietada: la sosa de lavar. Y una libra y media de salchichas de Denny. Los ojos de Bloom descansaron en sus vigorosas caderas. Woods se llama él. No sé qué hace. La mujer es de cierta edad. Sacudiendo una alfombra en la cuerda de

la ropa. Sí que la sacude, caramba. El modo como se le agita a cada sacudida su falda torcida.

El salchichero de ojos de hurón dobló las salchichas que había descolgado con dedos manchados, rosasalchicha. Carne sana ahí como de ternera de establo.

De un montón de hojas cortadas, tomó una. La granja modelo de Kinnereth, a orillas del Tiberíades. Puede convertirse en un ideal sanatorio de invierno. Moisés Montefiore. Creí que era él. La casa de la granja, con la tapia alrededor, el borroso ganado pastando. Alejó la hoja: interesante: leyó más de cerca, el borroso ganado pastando, la hoja crujendo. Una joven ternera blanca. Aquellas mañanas en el mercado de ganado las reses mugiendo en sus corrales, ovejas marcadas, chaf, caída de estiércol, los ganaderos con botas claveteadas abriéndose paso entre la suciedad, palmeando con la mano un cuarto trasero de carne madurada, aquí hay una de primera, varas sin pelar en la mano. Pacientemente sostenía la hoja al sesgo, inclinando los sentidos y la voluntad, y con su blanda mirada subyugada en reposo. La falda torcida balanceándose golpe a golpe a golpe.

El salchichero arrebató dos hojas del montón, le envolvió sus salchichas de primera y le hizo una mueca roja.

—Aquí tiene, señorita mía —dijo.

Ella le alargó una moneda, sonriendo descarada, con su gruesa muñeca extendida.

—Gracias, señorita mía. Y un chelín y tres peniques de vuelta.

¿Y para usted, si tiene la bondad?

El señor Bloom señaló rápidamente. Alcanzarla y andar detrás de ella si iba despacio, detrás de sus jamones en movimiento. Agradable de ver primera cosa por la mañana. Date prisa, maldita sea. Aprovechar la ocasión mientras dura. Ella se quedó quieta a la puerta de la tienda al salir al sol y luego derivó perezosamente a la derecha. Él lanzó un suspiro por la nariz: ellas nunca comprenden. Manos cortadas de la sosa. Uñas de los pies con costras, también. Escapularios pardos en jirones, defendiéndola por delante y por detrás. El aguijón de la indiferencia se encendió en su pecho hasta ser débil placer. Para otro: un guardia franco de servicio la abrazaba en Eccles Lane. A ellos les gustan de buen tamaño. Salchicha de primera. Oh, por favor, señor policía, me he perdido en el bosque.

—Tres peniques, por favor.

Su mano aceptó la tierna glándula húmeda y la deslizó en un bolsillo de la chaqueta. Luego hizo subir tres monedas del bolsillo del pantalón y las dejó sobre el erizo de goma. Allí quedaron, fueron leídas rápidamente y rápidamente deslizadas, disco tras disco, al cajón.

—Gracias, señor. Hasta otra vez.

Una chispa de afanoso fuego de ojos zorrunos le dio las gracias. Retiró la mirada al cabo de un momento. No: mejor no: otra vez.

—Buenas días —dijo, marchándose.

—Buenas días, caballero.

Ni señal. Desaparecida. ¿Qué importa?

Volvió por la calle Dorset, leyendo con seriedad. Agendath Netaim: sociedad de plantadores. Para adquirir al gobierno turco vastas extensiones arenosas y plantarlas de eucaliptos. Excelentes para sombra, combustible y construcción. Naranjales e inmensos melonares al norte de Jaffa. Usted paga ocho marcos y ellas plantan un dunam de terreno para usted con olivos, naranjos, almendras o limoneros. Los olivos, más baratas: los naranjos necesitan riego artificial. Cada año le mandan un envío de la cosecha. Su nombre queda registrado para toda la vida como propietario en los libros de la asociación. Puede pagar diez al contado y el resto en plazos anuales. Bleibtreustrasse 34, Berlín, W. 15.

Nada que hacer. Sin embargo, hay una idea ahí.

Miró el ganado, borroso en calor plateado. Plateados olivos empolvados. Largos días tranquilos: podar madurar. Las aceitunas se meten en tarros, ¿no? Me quedan unas pocas de Andrews. Molly las escupía. Ahora conoce el sabor. Naranjas en papel de seda embaladas en cajas. Cidras también. No sé si el pobre Cidron seguirá vivo, en la avenida Saint Kevin. Y Mastiansky con la vieja cítara. Veladas agradables que teníamos entonces. Molly en el sillón de mimbre de Cidron. Buena de agarrar, fresca fruta cérea, elevarla a las narices y oler el perfume. Así, pesado, dulce, perfume silvestre. Siempre el mismo, año tras año. Sacaban precios altos también me dijo Moisel. Arbutus Place: Pleasant Street: placeres de los tiempos antiguos. No tienen que tener defectos, dijo. Viniendo desde tan lejos: España, Gibraltar, el Mediterráneo, Levante. Cajas amontonadas en el muelle de Jaffa, tipo registrándolas en un libro, estibadores en monos sucios cargándolas. Ahí va como se llame que sale de. ¿Qué tal? No me ve. Tipo que uno conoce lo justo como para saludarle un poco latoso. Tiene la espalda como aquel capitán noruego. A lo mejor me lo encuentro hoy. Carro de riego. Para provocar la lluvia. Así en la tierra como en el cielo.

Una nube empezó a cubrir el sol del todo despacio despacio. Gris. Lejos.

No, así no. Una tierra baldía, pelado yermo. Lago volcánico, el mar muerto: nada de peces, sin algas, hundido en lo profundo de la tierra. Sin viento que levante esas olas, metal gris, venenosas aguas neblinosas. Azufre llamaban a lo que llovía: las ciudades de la llanura: Sodoma, Gomorra, Edom. Nombres muertos todos. Un mar muerto en una tierra muerta, gris y vieja. Vieja ahora. Parió a la más vieja raza, la primera. Una bruja encorvada cruzó desde Cassidy agarrando por el cuello una botella de una pinta. La gente más vieja. Se fue errante muy lejos por toda la tierra, de cautiverio en cautiverio, multiplicándose, muriendo, naciendo en todas partes. Ahora yacía ahí. Ahora ya no podía parir más. Muerto: el hundido coño gris del mundo.

Desolación.

Un gris horror le quemó la carne. Doblando la hoja en el bolsillo dobló hacia la calle Eccles, apresurándose a casa. Fríos aceites se deslizaban por sus venas, congelándole la sangre: la vejez con la costra de una capa de sal. Bueno, ya estoy aquí. Boca sucia de por la mañana malas imaginaciones. Me he levantado de la cama por el lado malo. Tengo que volver a empezar esos ejercicios de Sandow. Manos en el suelo. Manchadas casas de ladrillo pardo. El número ochenta todavía sin alquilar. ¿Por qué será eso? La valoración es sólo veintiocho. Towers, Battersby, North, MacArthur: ventanas de la salita emparchadas de letreros. Parches en un ojo enfermo. Oler el suave humo del té, vapores de la sartén, mantequilla crepitante. Estar cerca de su amplia carne tibiamente encamada. Sí, sí.

Rápida luz tibia del sol llegaba corriendo desde Berkeley Road, velozmente, en ágiles sandalias, siguiendo el sendero que se iluminaba. Corre, ella corre a mi encuentro, una muchacha con pelo dorado al viento.

Dos cartas y una postal estaban por el suelo en el recibidor. Se paró a recogerlas. Sra. Marion Bloom. Su rápido corazón se refrenó al momento. Caligrafía impetuosa. Señora Marion.

—¡Poldy!

Al entrar en la alcoba mediocerró los ojos y avanzó a través de una tibia media luz amarilla hacia su cabeza encrespada.

—¿Para quién son las cartas?

El las miró. Mullingar. Milly.

—Una carta de Milly para mí —dijo con cuidado— y una postal para ti. Y una carta para ti.

Le dejó la postal y la carta en la colcha cruzada, cerca de la curva de las rodillas.

—¿Quieres que levante la persiana?

Al subir la persiana hasta medio camino con suaves tirones, la vio con el rabillo del ojo lanzar una ojeada a la carta y meterla debajo de la almohada.

—¿Está bien así? —preguntó él, volviéndose. Ella leía la postal, apoyada en el codo.

—Milly recibió las cosas —dijo ella.

Él esperó hasta que ella dejó a un lado la postal y se recostó otra vez lentamente con un suspiro de comodidad.

—Date prisa con ese té —dijo—. Estoy reseca.

—El agua está hirviendo —dijo él.

Pero se retardó despejando la silla: su enagua a rayas, ropa sucia tirada: y levantó todo en una brazada al pie de la cama.

Cuando bajaba por las escaleras de la cocina, ella le llamó:

—¡Poldy!

—¿Qué?

—Calienta antes la tetera.

Hirviendo, ya lo creo: un penacho de vapor por el pico. Echó agua hirviendo en la tetera y la enjuagó y puso cuatro cucharadas colmadas de té, inclinando luego el cacharro del agua hasta que fue cayendo dentro. Habiendo dejado el té a hacerse, puso a un lado el cacharro del agua y aplastó con la sartén las ascuas, observando cómo resbalaba y se fundía el trozo de mantequilla. Mientras desenvolvía el riñón la gata maullaba hacia él con hambre. Darle demasiada carne no cazará ratones. Dicen que no quieren comer cerdo. Kosher. Aquí está. Dejó caer hacia ella el papel untado de sangre y echó el riñón entre la crepitante mantequilla fundida. Pimienta. La esparció por entre los dedos, en círculo, sacándola de la huevera agrietada.

Luego hendió y abrió la carta, echando una ojeada por la hoja abajo y por el revés. Gracias: nueva gorra: el señor Coghlan; excursión al lago Owel: joven estudiante: las bañistas de Blazes Boylan.

El té estaba hecho. Llenó su taza con bigotera, imitación Crown Derby, sonriendo. Regalo de cumpleaños de su Millyfilili. Sólo cinco años tenía entonces. No espera; cuatro. Le di el collar de símil ámbar que rompió. Echando pedazos de papel de estraza doblados en el buzón para ella. Sonrió, sirviéndose el té.

*Oh Milly Bloom, tú eres mi dulce amor,
mi espejo en el poniente y el albor.
Ya te prefiero a ti sin un florín
que a Katey Keogh, con burro y con jardín.*

Pobre viejo, el profesor Goodwin. Un caso terrible, hacía mucho. Sin embargo, era un viejo muy bien educado. Modales a la antigua solía hacer reverencias a Milly desde el escenario. Y el espejito en su sombrero de copa. La noche que Milly lo trajo al salón. ¡Eh, mirad lo que he encontrado en el sombrero del profesor Goodwin! Todos se rieron. Ya entonces, el sexo que despuntaba. Sinvergüencilla que era.

Clavó un tenedor en el riñón y lo hizo chascar dándole vuelta: luego encajó la tetera en la bandeja. La panza chocó al levantarla. ¿Está todo? Pan y mantequilla, cuatro, azúcar, cucharilla, su leche. Sí. La subió por las escaleras, con el pulgar enganchado en el asa de la tetera.

Abriendo la puerta con la rodilla, hizo entrar la bandeja y la puso en la silla junto a la cabecera.

—Cuánto has tardado —dijo ella.

Hizo tintinear las arandelas al incorporarse con viveza, un codo en la almohada. Él bajó los ojos tranquilamente hacia su volumen, y entre sus grandes tetas blandas en pendiente dentro del camión como las ubres de una cabra. La tibieza de su cuerpo acostado se elevó por el aire, mezclándose con la fragancia del té que se servía.

Un jirón de sobre roto se escapaba de debajo de la almohada con hoyos. Él, cuando ya se marchaba, se detuvo a alisar la colcha.

—¿De quién era la carta? —preguntó.

Caligrafía atrevida. Marion.

—Ah, de Boylan —dijo—. Va a traer el programa.

—¿Qué vas a cantar?

—*Là ci darem*, con J. C. Doyle —dijo ella— y *Dulce y vieja canción de amor*.

Sus labios carnosos, bebiendo, sonrieron. Olor más bien rancio que deja el incienso al día siguiente. Como el agua enturbiada de un florero.

—¿Quieres que abra un poco la ventana?

Ella dobló una rebanada de pan en la boca, preguntando:

—¿A qué hora es el entierro?

—A las once, creo —dijo él—. No he visto el periódico.

Siguiendo su dedo que señalaba, él levantó de la cama una pernera de sus bragas sucias. ¿No? Entonces una liga gris retorcida, anudada en torno a una media: planta deformada y reluciente.

—No: ese libro.

Otra media. Su enagua.

—Se debe haber caído —dijo ella.

Él tocó acá y allá. *Voglio e non vorrei*. No sé si ella lo pronuncia bien eso: *voglio*. En la cama no. Se debe haber resbalado abajo. Se agachó y levantó la colcha. El libro, caído, desparramado contra la panza del orinal con greca anaranjada.

—Enséñame aquí —dijo—. Le he puesto una señal. Hay una palabra que quería preguntarte.

Tragó un sorbo de té sosteniendo la taza por el lado sin asa, y, después de secarse los dedos deprisa en la manta, empezó a buscar en el texto con la horquilla hasta encontrar la palabra.

—¿Mete en qué? —preguntó él.

—Aquí está —dijo ella—. ¿Qué quiere decir eso?

Él se inclinó y leyó junto a la pulida uña del pulgar.

—¿Metempsicosis?

—Sí. ¿Con qué se come eso?

—Metempsicosis —dijo él, frunciendo el ceño—. Es griego; del griego. Eso quiere decir la transmigración de las almas.

—¡A, diablos! Dilo en palabras sencillas.

Él sonrió, mirando de soslayo los ojos burlones de ella. Los mismos ojos jóvenes. La primera noche después de las charadas. El Granero del Delfín. Pasó las hojas mugrientas. *Ruby: el orgullo de la pista*. Hola. Ilustración. Un italiano feroz con látigo de cochero. Debe ser Ruby orgullo de la en el suelo desnuda. Sábana prestada bondadosamente. *El monstruo Maffei desistió y lanzó a su víctima de sí con un juramento*. Crueldad detrás de todo. Animales drogados. Trapecio en Hengler. Tuve que mirar a otra parte. La gente con la boca abierta. Pártete el

cuello y nos partiremos el pecho de risa. Familias enteras de ellos. Los desarticulan de pequeños para que se metempsicoseen. Que vivimos después de la muerte. Nuestras almas. Que el alma de un hombre después que muere. El alma de Dignam...

—¿Lo has terminada? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. No tiene nada indecente. ¿Sigue ella enamorada todo el tiempo del primer tipo?

—No lo he leído nunca. ¿Quieres otro?

—Sí. Busca otro de Paul de Kock. Un nombre bonito que tiene.

Ella se echó más té en la taza, observándolo fluir de reajo.

Tengo que renovar ese libro de la biblioteca de la calle Capel o escribirán a Kearney, mi fiador. Reencarnación: esa es la palabra.

—Alguna gente cree —dijo— que seguimos viviendo en otro cuerpo después de la muerte, y que hemos vivido antes. Eso lo llaman reencarnación. Que todos hemos vivido antes en la tierra, hace miles de años, o en algún otro planeta. Dicen que lo hemos olvidado. Algunos dicen que se acuerdan de sus vidas pasadas.

La perezosa leche devanaba espirales cuajadas por su té. Mejor recordarle la palabra: metempsicosis. Un ejemplo sería mejor. Por ejemplo.

El *Baño de la ninfa* sobre la cama. Lo regalaban con el número de Pascua de *Photo Bits*: Espléndida obra maestra en reproducción en color. Té antes de echar leche. No muy distinta de ella con el pelo suelto: más delgada. Tres con seis di por el marco. Ella dijo que haría bonito sobre la cama. Ninfas desnudas: Grecia: y por ejemplo toda la gente que vivía entonces.

Hojeó el libro hacia atrás.

—Metempsicosis —dijo— es como lo llamaban los antiguos griegos. Creían que uno se podía cambiar en un animal o en un árbol, por ejemplo. Lo que llamaban ninfas, por ejemplo.

La cuchara de ella dejó de remover el azúcar. Se quedó mirando fijamente al aire, inhalando con las aletas de la nariz ensanchadas.

—Huele a quemado —dijo—. ¿Dejaste algo al fuego?

—¡El riñón! —gritó él de repente.

Se encajó el libro de mala manera en un bolsillo interior y, golpeándose los dedos de los pies contra la cómoda rota, salió de prisa hacia el olor, por las escaleras abajo, con piernas de cigüeña asustada. Un humo picante subía en iracundo chorro de un lado de la sartén. Empujando una punta del tenedor bajo el riñón lo despegó y lo volcó del revés como una tortuga. Sólo un poco quemado. Lo sacó de la sartén y lo echó en un plato, haciendo gotear encima el escaso jugo pardo.

Taza de té ahora. Se sentó, cortó y untó de mantequilla una rebanada de la hogaza. Raspó la carne quemada y se la echó a la gata. Luego se metió en la boca una tenedorada, mascando con discernimiento la sabrosa carne blanda. En su punto. Un buche de té. Luego cortó dados de pan, mojó uno en la salsa y se

lo metió en la boca. ¿Qué era eso de un estudiante joven y una merienda? Alisó la carta junto al plato, leyéndola despacio mientras masticaba, mojando otro pedazo de pan en la salsa y llevándoselo a la boca.

Queridísimo Papi:

Muchísimas gracias muchísimas por el maravilloso regalo de cumpleaños. Me está muy bien. Todo el mundo dice que estoy hecha una belleza con mi gorra nueva. Recibí la maravillosa caja de chocolatinas de mamá y le escribo. Son maravillosas. Me está yendo muy bien ahora en el asunto de las fotos. El Sr. Coghlan me sacó ayer una mía y la Sra. la mandará cuando la revelen. Ayer tuvimos mucho trabajo. Un día muy bueno y estaban todas las elegancias de patas gordas. Vamos el lunes al lago Owel con unos cuantos amigos a hacer una merienda de cualquier cosa. Mi cariño para mamá y para ti un beso muy grande y gracias. Les oigo tocar el piano abajo. Va a haber un concierto en el Greville Arms el sábado. Hay un estudiante joven que viene por aquí algunas tardes se llama Bannon y sus primas o no sé quién son peces gordos y canta la canción de Boylan (casi iba a poner Blazes Boylan) sobre esas bañistas. Dile que Milly filili le manda sus mejores saludos. Ahora tengo que terminar con todo mi cariño.

Tu hija que te quiere,

MILLY

P.D. Perdona la mala letra, tengo mucha prisa. Adiós.

Quince años ayer. Curioso, el quince del mes también. Su cumpleaños fuera de casa. Separación. Me acuerdo de la mañana de verano cuando nació, corriendo a sacar de la cama a la señora Thornton en la calle Denzille. Vieja divertida. Cantidades de niñitos ha tenido que ayudar a venir al mundo. Desde el principio supo que el pobre Rudy no iba a vivir, Bueno, Dios es bueno, señor. Lo supo en seguida. Tendría ahora once años si hubiera vivido.

Su rostro vacío se quedó mirando fijamente, con compasión, la postdata. Perdona la mala letra. Prisa. El piano abajo. Va saliendo del cascarón. Pelea con ella en el café XL por lo de la pulsera. No quiso comerse los pasteles ni hablar ni mirar. Descarada. Mojó otros pedazos de pan en la salsa y comió trozo tras trozo de riñón. Doce con seis por semana. No es mucho. Sin embargo, podría irle peor. Teatro de varieté. Joven estudiante. Tomó un trago de té más fresco para bajar la comida. Luego volvió a leer la carta de nuevo: dos veces.

Ah bueno: sabe cuidarse ella misma. Pero ¿y si no? No, no ha pasado nada. Claro que podría. Esperar en todo caso hasta que pase. Una chiquilla de mucho cuidado. Sus finas piernas subiendo a la carrera las escaleras. Destino. Madurando ahora. Presumida: mucho.

Sonrió con turbado afecto hacia la ventana de la cocina. El día que la sorprendí en la calle pellizcándose las mejillas para enrojecérselas. Un poco anémica. Le dieron leche demasiado tiempo. En *El Rey de Erín* aquel día

alrededor del Kish. Aquella condenada vieja cáscara de nuez se sacudía bien. Ni pizca de canguelo. Su bufanda azul claro suelta al viento con su pelo.

*Todas rizos y hoyitos, su belleza
va a hacer que un día os hierva la cabeza.*

Bañistas. Sobre roto. Las manos metidas en los bolsillos del pantalón, cochero en su día libre, cantando. Amigo de la familia. Subirse a la cabeza, dice. Muelle con faroles, atardecer de verano, banda.

*Esas bañistas, esas bañistas,
esas bañistas tan guapas y tan listas.*

Milly también. Besos jóvenes: los primeros. Lejos ahora pasados. Sra. Marion. Leyendo repantigada ahora, separándose las mechas del pelo, sonriendo, trenzándolas.

Un suave espasmo de pena le bajó corriendo por el espinazo, aumentando. Ocurrirá, sí. Evitarlo. Inútil: no me puedo mover. Dulces labios leves de muchacha. Ocurrirá también. Sintió la corriente de espasmo extenderse por él. Inútil moverse ahora. Labios besados, besando besados. Carnosos pegajosos labios de mujer.

Mejor donde está allá abajo: lejos. Ocuparla. Quería un perro para pasar el tiempo. Podría hacer un viajecito allá. En el puente de mitad de agosto, sólo dos con seis ida y vuelta. Seis semanas faltan, sin embargo. Podría agenciarme un carnet de prensa. O a través de M'Coy.

La gata, habiéndose limpiado toda la piel, volvió al papel manchado de carne, lo olisqueó y caminó despacio hacia la puerta. Se volvió a mirarle, maullando. Quiere salir. Espera delante de una puerta alguna vez se abrirá. Dejarla esperar. Está agitada. Eléctrica. Truenos en el aire. Estaba lavándose la oreja dando la espalda al fuego, también.

Se sintió pesado, lleno: luego un suave aflojamiento de las tripas. Se puso de pie, desabrochándose el cinturón de los pantalones. La gata le maulló.

—¡Miau! —dijo él, en respuesta—. Espera a que esté listo.

Pesadez: viene un día de calor. Demasiada molestia arrastrarse escaleras arriba hasta el descansillo.

Un periódico. Le gustaba leer en el retrete. Espero que ningún cretino venga a llamar a la puerta justo cuando estoy. En el cajón de la mesa encontró un número viejo del Titbits. Se lo dobló bajo el sobaco, fue hasta la puerta y la abrió. La gata subió en suaves brincos. Ah, quería subir al piso de arriba, acurrucarse hecha una bola en la cama.

Escuchando, la oyó decir:

—Ven, ven, michina. Ven.

Salió al jardín por la puerta de atrás: se detuvo para escuchar hacia el jardín de al lado. Ningún ruido. Quizá colgando ropa a secar. La criada estaba en el jardín. Muy buena mañana.

Se inclinó a observar una esmirriada hilera de menta que crecía junto a la pared. Hacer aquí un invernadero. Trepadoras rojas. Enredaderas de Virginia. Hace falta abonar todo el terreno, es una tierra sarnosa. Una capa de hígado de azufre. Todos los terrenos son así sin estiércol. Aguas de fregar. Greda, ¿eso qué es? Las gallinas en el jardín de al lado: la gallinaza es muy buen abono para encima. Pero lo mejor de todo es el ganado, especialmente cuando se alimentan con esas tortas de semillas aceitosas. Capa de estiércol. Lo mejor para limpiar guantes de cabritilla de señora. Lo sucio limpia. Cenizas también. Regenerar todo el terreno. Criar guisantes en ese rincón. Lechuga. Entonces tener siempre verdura fresca. Sin embargo, los huertos tienen sus inconvenientes. Esa abeja o moscardón aquí el lunes de Pentecostés.

Siguió andando. ¿Dónde tengo el sombrero, por cierto? Debo haberlo vuelto a colgar en el perchero. O estará tirado por el suelo. Curioso, no me acuerdo de esto. El perchero está demasiado lleno. Cuatro paraguas, su impermeable. Recogiendo las cartas. La campanilla de la tienda de Drago sonando. Qué raro estaba pensándolo en ese momento. Pelo castaño brillantinado sobre el cuello de la camisa. Nada más que un lavado y un cepillado. No sé si tendré tiempo para un baño esta mañana. Calle Tara. El tipo de la caja de allí dicen que ayudó a fugarse a James Stephens. O'Brien.

Voz profunda que tiene ese tipo Dlugacz. Agenda ¿qué va a ser? Ea, señorita mía. Entusiasta.

Abrió de una patada la puerta desquiciada del retrete. Más vale tener cuidado no mancharme estos pantalones para el funeral. Entró, inclinando la cabeza en el bajo dintel. Dejando la puerta entreabierta, entre el hedor de enjalbegado mohoso y telas de araña rancias, se desabrochó los tirantes. Antes de sentarse atisbó por una rendija hacia la ventana de la casa de al lado. El rey contaba sus tesoros. Nadie.

Encucillado sobre la tabla redonda desplegó el periódico pasando las hojas sobre las rodillas desnudas. Algo nuevo y fácil. No hay mucha prisa. Retenerlo un poco. Nuestra colaboración premiada. *El golpe maestro de Matcham*. Escrito por el señor Philip Beaufoy, Club de los Espectadores, Londres. Al autor se le ha pagado a razón de una guinea por columna. Tres y media. Tres libras con tres. Tres libras trece con seis.

Tranquilamente leyó, conteniéndose, la primera columna, y, cediendo pero resistiendo, empezó la segunda. A medio camino, rindiendo su última resistencia, permitió a sus tripas liberarse tranquilamente mientras leía; aún leyendo pacientemente, ese ligero estreñimiento de ayer ha desaparecido del todo. Espero que no sea demasiado grande no vuelvan las almorranas. No, exactamente lo conveniente. Así. ¡Ah! Estreñido, una tableta de cáscara sagrada. La vida podría ser así. No le conmovía ni afectaba pero era algo vivo y bien

arreglado. Imprimen cualquier cosa ahora. Temporada estúpida. Siguió leyendo sentado en calma sobre su propio olor que subía. Bien arreglado, eso sí. *Matcham piensa a menudo en el golpe maestro con que conquistó a la risueña brujita que ahora.* Empieza y termina con moralidad. *Juntos de la mano.* Listo. Volvió a echar una ojeada a lo que había leído, y, a la vez que sentía sus aguas fluir silenciosamente, envidió benévola al señor Beaufoy que había escrito eso y recibido pago de tres libras trece con seis.

Podría arreglármelas para un esbozo. Por el señor y la señora L. M. Bloom. Inventar una historia sobre algún refrán ¿cuál? En otros tiempos solía anotar en el puño de la camisa lo que decía ella vistiéndose. No me gusta lo de vestarnos juntos. Me corté afeitándome. Ella se mordía el labio, al engancharse el cierre de la falda. Contándole el tiempo. 9.15. ¿No te ha pagado Roberts todavía? 9.20. ¿Cómo iba vestida Gretta Conroy? 9.23. ¿Cómo se me habrá ocurrido comprar este peine? 9.24. Me siento hinchada con esa col. Una mota de polvo en el charol de su bota.

Frotándose vivamente por turno la punta de cada zapato contra la media en la pantorrilla. La mañana después del baile de beneficencia donde la banda de May tocó la *Danza de las horas* de Ponchielli. Explicar eso horas de la mañana, mediodía, luego el anochecer viniendo, luego horas de la noche. Lavándose los dientes. Eso fue la primera noche. Su cabeza al bailar. Las varillas de su abanico chascando. ¿Ese Boylan anda bien de medios? Tiene dinero. ¿Por qué? Noté que le olía bien el aliento al bailar. Inútil canturrear entonces. Aludir a eso. Extraña clase de música esa última noche. El espejo estaba en sombra. Frotaba vivamente su espejo de mano en el chaleco de lana contra su teta llena y ondulante. Atisbándolo. Arrugas en sus ojos. No era posible estar seguro, no sé por qué.

Horas del anochecer, muchachas en tul gris. Horas de la noche luego con puñales y antifaces. Idea poética rosa luego dorado luego gris luego negro. Sin embargo, también fiel a la realidad. Día, luego la noche.

Arrancó bruscamente la mitad del cuento premiado y se limpió con él. Luego se ciñó los pantalones, se puso los tirantes y se abotonó. Tiró de la puerta del retrete, agitada en sacudidas, y salió de lo sombrío al aire.

En la luz clara, iluminado y refrescado de miembros, observó cuidadosamente sus pantalones negros, los bajos, las rodillas, las bolsas de las rodillas. ¿A qué hora es el entierro? Mejor mirarlo en el periódico.

Un rechinar y un sombrío zumbido en el aire, allá arriba. Las campanas de la iglesia de San Jorge. Daban la hora: sonoro hierro oscuro.

Ay-oh, ay-ah.

Ay-oh, ay-oh.

Ay-oh, ay-oh.

Menos cuarto. Otra vez ahí: los armónicos siguiendo por el aire. Una tercera.

¡Pobre Dignam!

El señor Bloom avanzaba con seriedad, junto a grandes carros de carga, pasando ante Windmill Lane, el molino de linaza de Leask, la central de correos y telégrafos. También podía haber dado esa dirección. Y ante el hogar de los marineros. Se apartó de los ruidos mañaneros del muelle y entró por la calle Lime. Junto a las casas baratas de Brady, vagueaba un chico de la tenería, con su cubo de desperdicios al brazo, fumando una colilla masticada. Una niña más pequeña con un eczema en la frente le lanzó una mirada, sujetando distraída un aro de tonel. Dile que si fuma no va a crecer. ¡Ah, déjale! Su vida no es ningún lecho de rosas. Esperando a la puerta de las tabernas para llevar a padre a casa. Vuelve a casa con madre, padre. Hora muerta: no habrá muchos aquí. Cruzó la calle Townsend, pasó junto a la cara ceñuda de la capilla Bethel. El, sí: casa de: Aleph, Beth. Y dejó atrás la funeraria de Nichol. A las once es. Suficiente tiempo. Estoy seguro de que Corny Kelleher le ha pescado ese trabajo a O'Neill. Cantando con los ojos cerrados. Cornudo. La encontré una vez en los jardines. En lo oscuro. Qué pillines. Un espía: policía. Ella dijo su nombre y dirección con el tororón tororón pon pon. Ah sí, seguro que se lo ha pescado. Enterrarle barato en un comosellame. Con el tororón tororón tororón tororón.

En Westland Row se detuvo ante el escaparate de la Belfast and Oriental Tea Company y leyó las etiquetas de los paquetes en papel de estaña: mezcla selecta, la mejor calidad, té de familia. Bastante caliente. Té. Tengo que pedirle un poco a Tom Kernan. Pero no podría pedírselo en un entierro. Mientras sus ojos seguían leyendo vagamente se quitó el sombrero inhalando su brillantina y elevó la mano derecha con lenta gracia por la frente y el pelo. Una mañana muy calurosa. Bajo los párpados caídos sus ojos encontraron el diminuto lazo de la badana de dentro de su Sombrero Alta Cal. Ahí precisamente. Su mano derecha descendió al hueco del sombrero. Los dedos encontraron en seguida una tarjeta detrás de la badana y la trasladaron al bolsillo del chaleco.

Qué calor. Hizo pasar la mano derecha una vez más, más despacio: mezcla selecta, preparada con las mejores marcas de Ceilán. El Extremo Oriente. Debe ser un sitio delicioso: el jardín del mundo, grandes hojas perezosas en que flotar a la deriva, prados floridos, lianas serpentinadas las llaman. No sé si será así. Esos cingaleses vagabundeando por ahí al sol, en *dolce far niente*. No dando golpe en todo el día. Duermen seis meses de cada doce. Demasiado calor para pelearse. Influencia del clima. Letargia. Flores del ocio. El aire les alimenta sobre todo.

Ázoes. Invernadero en el Jardín Botánico. Plantas sensitivas. Nenúfares. Pétalos demasiado cansados para. La enfermedad del sueño en el aire. Andar sobre pétalos de rosa. Imagínate tratando de comer callos y uña de vaca. ¿Dónde estaba aquel tipo que vi en esa foto no sé dónde? Ah, en el Mar Muerto, flotando tumbado, leyendo un libro con una sombrilla abierta. No se podría hundir aunque lo intentara: tan denso de sal. Porque el peso del agua, no, el peso del cuerpo en el agua es igual al peso de. ¿O es el volumen lo que es igual al peso? Es una ley más o menos así. Vance en la Escuela Media, haciendo crujir las coyunturas de los dedos, enseñando. El currículum de estudios. Currículum crujiente. ¿Qué es el peso realmente cuando se dice el peso? Treinta y dos pies por segundo, por segundo. Ley de la caída de los cuerpos: por segundo, por segundo. Todos caen al suelo. La tierra. Es la fuerza de la gravedad de la tierra lo que es el peso.

Se dio vuelta y cruzó la calle lentamente. ¿Cómo andaba esa de las salchichas? Así más o menos. Andando, sacó del bolsillo de la chaqueta el *Freeman* doblado, lo desdobló, lo enrolló a lo largo como una batuta y golpeó con él la pernera del pantalón a cada lento paso. Aire descuidado: sólo dejarme caer por ahí dentro a ver. Por segundo, por segundo. Por segundo por cada segundo, quiere decir. Desde el bordillo disparó un agudo vistazo a través de la puerta de la estafeta. Buzón de alcance. Depositar aquí. Nadie. Adentro.

Adelantó la tarjeta a través de la reja de latón. —¿Hay cartas para mí? —preguntó.

Mientras la empleada buscaba en un casillero, él miró al cartel de reclutamiento con soldados de todas las armas en desfile, y se aplicó el extremo de la batuta contra los agujeros de la nariz, oliendo papel de trapos recién impreso. No hay respuesta probablemente. Me excedí demasiado la última vez. La empleada le devolvió la tarjeta a través de la reja con una carta. Él dio las gracias y echó una rápida ojeada al sobre a máquina.

Sr. D. Henry Flower

Lista de Correos, Westland Row.

Ciudad.

Contestó, de todas maneras. Deslizó en el bolsillo de la chaqueta tarjeta y carta, volviendo a pasar revista a los soldados en desfile. ¿Dónde está el regimiento del viejo Tweedy? Soldado licenciado. Ahí: gorro de piel de oso y penacho. No, ése es un granadero. Puños en punta. Ahí está: fusileros reales de Dublín. Casacas rojas. Demasiado vistosas. Por eso debe ser por lo que les persiguen las mujeres. El uniforme. Más fáciles de alistar y de instruir. La carta de Maud Gonne para que se los lleven de la calle O'Connell por la noche: deshonra para nuestra capital irlandesa. El periódico de Griffith machacando ahora el mismo clavo: un ejército podrido de enfermedades venéreas: imperio ultramarino ultramarrano. Parecen a medio cocer: hipnotizados o algo así. Vista

al frente. Marcar el paso. Izquierdo: cerdo. Derecho: pecho. Regimiento del Rey. Nunca verle vestido de bombero o de guardia. Masón, sí.

Salió con indolencia de la estafeta y dobló a la derecha. Hablar: como si eso arreglara las cosas. Metió la mano en el bolsillo y el índice se abrió paso bajo el cierre del sobre, abriéndolo en desgarrones a sacudidas. Las mujeres hacen mucho caso de eso, no creo. Los dedos sacaron la carta y apelotonaron el sobre en el bolsillo. Algo sujeto con un alfiler; foto quizá. ¿Pelo? No.

M'Coy. Quítatele de encima de prisa. Me desvía de mi camino. Me fastidia estar acompañado cuando uno.

—Hola, Bloom. ¿A dónde vas?

—Hola, M'Coy. A ningún sitio especial.

—¿Qué tal va ese cuerpo?

—Muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Se va viviendo —dijo M'Coy.

Con los ojos en la corbata y el traje negro preguntó respetuoso en voz baja:

—¿Ocurre algo... ninguna desgracia, espero? Veo que vas...

—Ah, no —dijo el señor Bloom—. El pobre Dignam, ya sabes. Hoy es el entierro.

—Claro, pobre chico. Así que es eso. ¿A qué hora?

Una foto no es. Quizá una insignia.

—A... a las once —contestó el señor Bloom.

—Tengo que intentar llegarme por allí —dijo M'Coy—. ¿A las once, no? No me enteré hasta anoche mismo. ¿Quién me lo dijo? Holohan. ¿Conoces al cojito Hoppy?

—Sí, le conozco.

El señor Bloom miraba al otro lado de la calle el coche de punto estacionado a la puerta del Grosvenor. El portero izaba la maleta hasta el hueco tras el pescante. Ella estaba quieta, esperando, mientras el hombre, marido, hermano, parecido a ella, buscaba suelto en el bolsillo. Muy elegante ese abrigo de cuello redondeado, caliente para un día como éste, parece tela de manta. Descuidada postura de ella con las manos en esos bolsillos de parche. Como aquella altiva criatura en el partido de polo. Las mujeres, todas espíritu de casta hasta que tocas el sitio. Bien está lo que bien parece. Reservada a punto de rendirse. La honorable Señora y Bruto es un hombre honorable. Poseerla una vez le quita el almidonado.

—Estaba yo con Bob Doran, anda en una de sus temporadas de líos, y ese como se llame Bantam Lyons. Ahí mismo en Conway estábamos.

Doran, Lyons en Conway. Ella se llevó al pelo una mano enguantada. Entró Hoppy. A echar un trago. Inclinando atrás la cabeza y mirando a lo lejos desde sus párpados velados vio la luminosa piel de cierva brillar en el fulgor del sol, las trenzas en moños. Hoy veo con claridad. La humedad por ahí quizá da larga vista. Hablando de unas cosas y otras. La mano de la dama. ¿Por qué lado subirá?

—Y dice él: *¡Qué cosa más triste lo de nuestro pobre amigo Paddy! ¿Qué Paddy?* digo yo. *El pobrecillo Paddy Dignam*, dice él.

Al campo: probablemente a Broadstone. Botas altas castañas con cordones colgando. Pie bien torneado. ¿Qué anda enredando ése con el suelto? Ella me ve que estoy mirando. Siempre con el ojo listo por si algún otro tipo. Buen repuesto. Dos cuerdas para su arco.

—*¿Por qué?* digo yo. *¿Qué le pasa de malo?* digo.

Orgullosa: rica: medias de seda.

—Sí —dijo el señor Bloom.

Se echó un poco a un lado de la cabeza parlante de M'Coy. Sube en un momento.

—*¿Qué le pasa de malo?* dice él. *Que se ha muerto*, dice. Y, palabra, se llenó el vaso. *¿Es Paddy Dignam?* digo yo. No lo podía creer cuando lo oí. Estuve con él el viernes mismo, o fue el jueves, en el Arch. *Sí, dice. Se ha muerto. Se murió el lunes, pobre chico.*

¡Mira! ¡Mira! Destello de seda ricas medias blancas. ¡Mira!

Se interpuso un pesado tranvía tocando la campanilla.

Me lo perdí. Maldita sea tu jeta charlatana. Se siente uno como si hubieran cerrado dejándole fuera. El Paraíso y la Peri. Siempre pasa así. En el mismo instante. La chica en el portal de la calle Eustace. El lunes era, arreglándose la liga. Su amiga cubría la exhibición de. *Esprit de corps*. Bueno, ¿qué hace ahí con la boca abierta?

—Sí, sí —dijo el señor Bloom tras un sordo suspiro—. Otro que se va.

—Uno de los mejores —dijo M'Coy.

Pasó el tranvía. Ellos iban hacia el puente de la Circunvalación, la rica mano enguantada de ella en el agarradero de acero. Brilla, brilla: el fulgor de encaje de su sombrero al sol: brilla, bri.

—¿La mujer bien, supongo? —dijo la voz cambiada de M'Coy.

—Ah sí —dijo el señor Bloom—. De primera, gracias. Desenrolló la batuta de periódico distraídamente y distraídamente leyó:

*¿Qué es un hogar que no tiene
carne en conserva Ciruelo?
Incompleto. ¿Y cuando viene?
Una antesala del cielo.*

—A mi costilla le acaban de ofrecer una actuación. Mejor dicho, todavía no está formalizado eso.

Otra vez la historia de la maleta. De todos modos, no ocurre nada malo. No estoy para eso, gracias.

El señor Bloom volvió sus ojos de grandes párpados con amabilidad sin prisa.

—A mi mujer también —dijo—. Va a cantar en una cosa muy elegante en el Ulster Hall de Belfast, el veinticinco.

—¿Ah sí? —dijo M'Coy—. Me alegro de saberlo, viejo. ¿Quién lo organiza?

Sra. Marion Bloom. Todavía no levantada. La reina estaba en su alcoba comiendo pan con. Sin libro. Ennegrecidos naipes extendidos a lo largo del muslo de siete en siete. Dama morena y hombre rubio. La gata pelosa bola negra. Tira desgarrada de sobre.

*La dulce y
vieja
canción
de amor
viene dea—mor, la dulce...*

—Es una especie de gira*, ¿sabes? —dijo Bloom, pensativo—. Dulce canción. Se ha formado un comité. Participan en los gastos y en los beneficios.

M'Coy asintió, pellizcándose el rastrojo del bigote.

—Bueno —dijo—. Es una buena noticia.

Se puso en movimiento para marcharse.

—Bueno, me alegro de verte tan bien —dijo—. Ya te veré por ahí.

—Sí —dijo el señor Bloom.

—¿Sabes una cosa? —dijo M'Coy—. Podrías hacer poner mi nombre en el entierro, ¿quieres? Me gustaría ir pero a lo mejor no puedo, ya comprendes. Hay un caso de un ahogado en Sandycove que podría aparecer y entonces el forense y yo tendríamos que bajar si se encuentra el cadáver. Simplemente metes mi nombre si no estoy, ¿eh?

—Lo haré —dijo el señor Bloom, poniéndose en marcha—. Quedará bien.

—Eso —dijo M'Coy radiante—. Gracias, viejo. Yo iría si me fuera posible. Bueno, hasta otra. Con poner C. P. M'Coy basta.

—Se hará —contestó el señor Bloom con firmeza.

No me ha pillado dormido ese truco. El toque rápido. Punto débil. Ya me habría gustado. Maleta por la que tengo un especial antojo. Cuero. Esquinas reforzadas, bordes con remaches, cierre doble de seguridad. Bob Cowley le prestó la suya para el concierto de la regata de Wicklow el año pasado y no ha vuelto a tener noticias de ella desde aquel buen día hasta hoy.

El señor Bloom, paseando hacia la calle Brunswick, sonreía. A mi costilla le acaban de ofrecer una. Chillona soprano pecosa. Nariz para cortar queso. No está mal a su manera: para una baladita. No tiene nervio. Tú y yo, ¿no sabes? En el mismo bote. Dando jabón. Ponerte frito, eso es lo que pasa. ¿No oyes la

* Con "j", en la traducción de esta edición. Se corrige, por considerar que se trata de una errata dado el significado de "gira" (paseo, excursión, viaje...), y el de "jira" (merienda, banquete, diversión, juerga...), contrastando con la versión original cuyo texto es: "—It's a kind of a **tour**, don't you see, Mr Bloom said thoughtfully. *Sweeeeet song*".

diferencia? Me parece que él tira un poco a ese lado. No sé por qué, me cae mal. Pensé que lo de Belfast le impresionaría. Espero que la viruela de allí no vaya a peor. Suponte que no se quiere revacunar. Tu mujer y mi mujer.

¿No será que me anda celestineando?

El señor Bloom se paró en la esquina, con los ojos errando por los carteles multicolores. Ginger Ale aromática Cantrell y Cochrane. Liquidación de verano en Clery. No, tira derecho. Hola. Esta noche *Leah*: la señora Bandman Palmer. Me gusta verla en eso otra vez. El *Hamlet*, hizo anoche. En traje de hombre. Quizá era una mujer. ¿Por qué se suicidó Ofelia? ¡Pobre papá! ¡Cómo hablaba de Kate Bateman en ese papel! A la puerta del Adelphi en Londres hizo cola toda la tarde para entrar. El año antes de que naciera yo fue eso: el sesenta y cinco. Y la Ristori en Viena. ¿Cuál es el nombre, exactamente? Por Mosenthal es. Rachel, ¿no? La escena de que siempre hablaba él, donde el viejo Abraham, ciego, reconoce la voz y le pone los dedos en la cara.

—¡La voz de Natán! ¡La voz de su hijo! Oigo la voz de Natán que dejó morir a su padre de dolor y pena en mis brazos, que dejó la casa de su padre y dejó al Dios de su padre.

Cada palabra es tan profunda, Leopold.

¡Pobre papá! ¡Pobre hombre! Me alegro de no haber entrado en su cuarto a verle la cara. ¡Aquel día! ¡Vaya por Dios! ¡Fuu! Bueno, quizá fue lo mejor para él.

El señor Bloom dobló la esquina y pasó ante los lánguidos rocines de la parada de coches. Es inútil seguir pensando en eso. Hora del saco de pienso. Siento haberme encontrado a ese tipo M'Coy.

Se acercó más y oyó un crujir de avena dorada, las plácidas dentelladas. Los grandes ojos de ciervo le contemplaron pasar, entre el dulce hedor avenoso del orín de caballo. Su Eldorado. ¡Pobres bestias! Maldito lo que saben ni les importa con las largas narices encajadas en los sacos de pienso. Demasiado llenos para hablar. Sin embargo tienen de comer todo lo que necesitan y para tumbarse. Castrados además: un muñón de gutapercha negra oscilando flojo entre las ancas. Podrían ser felices así, de todos modos. Unos buenos pobres brutos parecen. Sin embargo, su relincho puede ser muy irritante.

Sacó la carta del bolsillo y la metió dentro del periódico que llevaba. Podría tropezarme con ella aquí mismo. El callejón es más seguro.

Pasó por delante del Refugio del Cochero. Curiosa esa vida de a la deriva de los cocheros, haga el tiempo que haga, en todas partes, por horas o por carrera, sin voluntad propia. *Voglio e non*. Me gustaría darles algún cigarrillo que otro. Sociables. Gritan unas pocas sílabas al vuelo cuando pasan. Canturreó:

*Là ci darem la mano
la la lala la la.*

Dobló a la calle Cumberland y, dando unos cuantos pasos, se detuvo al socaire de la pared de la estación. Nadie. La serrería de Meade. Vigas amontonadas. Ruinas y viviendas. Pisando con cuidado pasó por encima de un juego de rayuela con el tejo olvidado. Ni un alma. Cerca de la serrería un chico en cuclillas jugaba al guá, solo, disparando la bola con hábil pulgar. Un sabio gato atigrado, esfinge parpadeante, le observaba desde su tibio alféizar. Lástima molestarles. Mahoma cortó un trozo de su manto para no despertarla. Ábrela. Y en otros tiempos yo jugaba a las canicas cuando iba a la escuela de aquella vieja. Le gustaba el resedá. Sra. Ellis. ¿Y el Sr.? Abrió la carta dentro del periódico.

Una flor. Creo que es una. Una flor amarilla con pétalos aplanados. ¿No se ha enfadado entonces? ¿Qué dice?

Querido Henry:

Recibí tu última carta y te la agradezco mucho. Siento mucho que no te gustara mi última carta. ¿Por qué metiste los sellos? Estoy terriblemente irritada contigo. De veras que me gustaría poderte castigar por esto. Te llamé niño malo de ese, modo porque no me gusta el otro mundo. Por favor dime qué quiere decir de verdad del otro modo. ¿No eres feliz en tu casa pobrecito niño malo? De veras que me gustaría poder hacer algo por ti. Por favor dime qué piensas de mí pobrecilla de mí. Muchas veces pienso en ese nombre tan bonito que tienes. Querido Henry ¿cuándo nos vamos a encontrar? Pienso en ti tantas veces como no tienes ni idea. Nunca me he sentido tan atraída por un hombre como contigo. Estoy tan trastornada con esto. Por favor escíbeme una carta larga y cuéntame más. Acuérdate de que si no te voy a castigar. Así que ya sabes lo que voy a hacer contigo, niño malo, si no me escribes. Oh qué deseos siento de conocerte. Henry querido mío, no te niegues a mi súplica antes que se me agote la paciencia. Entonces te lo contaré todo. Adiós ahora, querido niño malo. Hoy me duele mucho la cabeza y escribe a vuelta de correo a tu anhelosa

Martha

P.D. Dime qué clase de perfume usa tu mujer. Quiero saberlo.

Arrancó gravemente la flor de su alfiler, olió su casi noolor y se la metió en un bolsillo sobre el corazón. El lenguaje de las flores. A ellas les gusta porque nadie puede oírlo. O un ramillete envenenado hacerle caer desplomado. Luego, avanzando despacio, volvió a leer la carta, murmurando de vez en cuando una palabra. Irritada tulipanes contigo querido amor-de-hombre castigar tu cactus si no por favor pobre nomeolvides qué deseos siento violetas a querido rosas cuándo nosotros pronto anémona nos encontraremos todos malo belladona tu mujer de Martha perfume. Una vez leída entera la sacó del periódico y se la volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta.

Una débil alegría le abrió los labios. Cambiada desde la primera carta. No sé si la ha escrito ella misma. Haciéndose la indignada: una chica de buena familia como yo, una persona respetable. Podríamos encontrarnos un domingo

después del rosario. Gracias: paso. Acostumbradas escaramuzas del amor. Luego a perseguirse tras las esquinas. Malo como una pelea con Molly. El cigarro tiene un efecto calmante. Narcótico. La próxima vez ir más lejos. Niño malo: castigar: miedo a las palabras, claro. Brutal ¿por qué no? Probarlo de todos modos. Cada vez un poco más.

Palpando todavía la carta en el bolsillo le sacó el alfiler. Alfiler corriente, ¿eh? Lo tiró a la calzada. Sacado de su ropa de no sé dónde: sujeta con alfileres. Extraño la cantidad de alfileres que tienen siempre. No hay rosas sin espinas.

Chatas voces dublinesas le retumbaban en la cabeza. Aquellas dos bribonas esa noche en el Coombe, enlazadas bajo la lluvia.

*Ah, Mary perdió el alfiler de las bragas.
No sabía qué hacer
para sostenerlo en alto
para sostenerlo en alto.*

¿Sostenerlo? Sostenerlas. Duele mucho la cabeza. Estará con sus asuntos probablemente. O todo el día sentada escribiendo a máquina. Enfocar los ojos es malo para los nervios del estómago. ¿Qué perfume usa tu mujer? Bueno, ¿podrías explicar semejante cosa?

Para sostenerla en alto.

Martha, Mary, Marta, María. Vi aquel cuadro no sé dónde se me ha olvidado ahora un antiguo maestro o falsificado por dinero. Él está sentado en casa de ellas, hablando. Misterioso. También las dos bribonas en el Coombe escucharían.

Para sostenerla en alto.

Agradable especie de sensación de atardecer. No más errar por ahí. Simplemente quedarse ahí quieto: penumbra tranquila: que siga corriendo todo. Contar sobre sitios donde uno ha estado, costumbres extrañas. La otra, el cántaro en la cabeza, preparaba la cena: fruta, aceitunas, deliciosa agua fresca sacada del pozo frío de piedra como el agujero de la pared en Ashtown. Tengo que llevar un vasito de papel la próxima vez que vaya a las carreras al trote. Ella escucha con grandes ojos oscuros suaves. Contarle: más y más: todo. Luego un suspiro: silencio. Largo largo largo descanso.

Pasando bajo el puente del ferrocarril sacó el sobre, lo rompió rápidamente en jirones y los esparció hacia la calzada. Los jirones se echaron a revolotear, se desplomaron en el aire húmedo: un revoloteo blando luego se desplomaron todos. Henry Flower. De la misma manera uno podría romper un cheque de cien libras. Simple trozo de papel. Lord Iveagh una vez cobró un cheque de siete cifras por un millón en el Banco de Irlanda. Lo que demuestra el dinero que se puede sacar de la cerveza. Sin embargo el otro hermano Lord Ardilaun se tiene que cambiar de camisa cuatro veces al día, dicen. La piel le cría piojos o bichos. Un millón de libras, espera un momento. Dos peniques la pinta, cuatro

peniques el cuarto, ocho peniques un galón de cerveza, no, uno con cuatro peniques el cuarto, ocho peniques un galón de cerveza, no, uno con cuatro peniques el galón de cerveza. Uno con cuatro a cuánto cabe en veinte: alrededor de quince Sí, exactamente. Quince millones de barriles de cerveza.

¿Qué digo barriles? Galones. De todos modos, alrededor de un millón de barriles.

Un tren que llegaba le traqueteó pesadamente sobre la cabeza, vagón tras vagón. Barriles se le entrechocaban en la cabeza: opaca cerveza chapoteaba y se le arremolinaba dentro. Las bocas de los barriles se abrieron reventando y una enorme inundación opaca se desbordó, fluyendo toda junta, en meandros, a través de bancos de barro sobre toda la tierra lisa, un perezoso remolino encharcado de bebida llevándose adelante las flores de anchas hojas de su espuma.

Había alcanzado la puerta trasera de Todos los Santos, abierta. Entrando en el porche se quitó el sombrero, sacó la tarjeta del bolsillo y la volvió a meter detrás de la badana. Maldita sea. Podía haber intentado trabajarme a M'Coy para un pase a Mullingar.

El mismo aviso en la puerta. Sermón por el Reverendísimo John Conmee S.J. sobre San Pedro Claver y las misiones en África. Salvad a los millones de China. No sé cómo se lo explican a los chinitos paganos. Prefieren una onza de opio. Celestiales. Herejía podrida para ellos. Oraciones por la conversión de Gladstone hicieron también cuando él estaba casi inconsciente. Los protestantes lo mismo. Convertir al Dr. William J. Walsh D. D. a la verdadera religión. Buda el dios de ellos tumbado de lado en el museo. Tomándolo con tranquilidad la mano en la mejilla. Palitos de perfume ardiendo. No como Ecce Homo. Corona de espinas y cruz. Idea ingeniosa San Patricio y el trébol. ¿Palillos para comer? Conmee: Martin Cunningham le conoce: aspecto distinguido. Lástima que no me le trabajé para que metiera a Molly en el coro en vez de ese Padre Farley que parecía tonto pero no lo era. Les enseñan a eso. ¿No va a ir por ahí con gafas azules y el sudor chorreándole a bautizar negros, verdad? Las gafas les impresionarían la fantasía, centelleando. Me gustaría verlos sentados alrededor en corro con sus labios gordos, en trance, escuchando. Naturaleza muerta. Se lo meten dentro con los labios como leche, supongo.

El frío olor de la piedra sagrada le llamó. Pisó los gastados escalones, empujó la puerta con resorte y entró suavemente por detrás.

Algo en marcha: alguna ceremonia. Lástima tan vacío. Bonito sitio discreto para tener alguna chica próxima. ¿Quién es mi prójima? Atestado a las horas de música solemne. Aquella mujer en la misa de medianoche. Séptimo cielo. Mujeres arrodilladas en los bancos con escapularios carmesí al cuello, las cabezas inclinadas. Un grupo de ellas arrodilladas ante la balaustrada del altar. El sacerdote pasaba por delante de ellas, murmurando, sosteniendo la cosa en las manos. Se detenía ante cada una, sacaba una comunión, le sacudía alguna que otra gota (¿están en agua?) y se la ponía limpiamente en la boca. El

sombrero y la cabeza se inclinaban. Luego la siguiente: una vieja diminuta. El sacerdote se inclinó para ponérselo en la boca, todo el tiempo murmurando. Latín. La siguiente. Abre la boca y cierra los ojos. ¿Qué? Corpus. Cuerpo. Cadáver. Buena idea el latín. Los deja atontados primero. Asilo para agonizantes. No parece que lo mastiquen: se lo tragan solamente. Idea rara: comer pedacitos de cadáver, por eso lo entienden los caníbales.

Se quedó a un lado observando pasar sus máscaras ciegas por el pasillo abajo, una por una, y buscar sus sitios. Se acercó a un banco y se sentó poniendo en el regazo el sombrero y el periódico. Estos pucheros que tenemos que llevar puestos. Deberíamos hacernos modelar los sombreros en la cabeza. Estaban alrededor de él acá y allá, con las cabezas aún inclinadas en sus escapularios carmesí, esperando a que se les fundiera en el estómago. Algo como esos mazzoth: es esa clase de pan: panes de la presentación sin levadura. Míralas. Ahora apuesto a que las hace sentirse felices. Chupachup. Sí que las hace. Sí, lo llaman el pan de los ángeles. Hay detrás de eso una idea muy grande, una especie de sensación de que el reino de Dios está dentro de uno. Primeras comuniones. Abracadabra a penique el trozo. Luego se sienten todos como una reunión de familia, lo mismo que en el teatro, todos en el mismo embarque. Sí que se sienten. Estoy seguro de que sí. No tan solos. En nuestra confraternidad. Luego salen como emborrachados. Sueltan presión. La cosa es si uno realmente cree en ello. La curación en Lourdes, aguas de olvido, y la aparición de Knock, estatuas sangrando. Un viejo dormido junto a ese confesionario. De ahí esos ronquidos. Fe ciega. A salvo en brazos del reino futuro. Adormece todo dolor. Despiértente a esta hora el año que viene.

Vio al sacerdote dejar guardada la copa de la comunión, bien metida, y arrodillarse un momento delante de ella, enseñando una gran suela gris de bota por debajo del asunto de encajes que llevaba puesto. Suponte que perdiera el alfiler de las. No sabría qué hacer. Calva por detrás. Letras en la espalda. ¿I.N.R.I? No: I.H.S. Molly me lo dijo una vez que se lo pregunté: Ingratos Hemos Sido. O no: Inocente Ha Sufrido. ¿Y lo otro? Inocente Nos Restituyó Inmortalidad.

Encontrarnos un domingo después del rosario. No te niegues a mi súplica. Aparecer con un velo y un bolso negro. El anochecer y la luz detrás de ella. Podría estar aquí con una cinta al cuello y hacer lo otro sin embargo a escondidas. Sus reputaciones. Aquel tipo que traicionó a los Invencibles solía recibir la, Carey se llamaba, la comunión todas las mañanas. En esta misma iglesia. Peter Carey. No, pensaba en Pedro Claver. Denis Carey. Imagínatelo un poco. La mujer y seis chicos en casa. Y todo el tiempo preparando aquel crimen. Esos meapilas, ese sí que es un buen modo de llamarles, siempre tienen un aire escurridizo. No son tampoco hombres de negocios por las buenas. Ah no, ella no está aquí: la flor: no, no. Por cierto ¿rompí ese sobre? Sí: debajo del puente.

El sacerdote enjuagaba el cáliz: luego se echó adentro los restos limpiamente. Vino. Hace más aristocrático que por ejemplo si bebiera lo que

ellos están acostumbrados, cerveza Guinness o alguna bebida no alcohólica el bitter Wheatley de Dublín o el ginger ale (aromático) de Cantrell y Cochrane. No les da nada de él: vino de presentación: sólo lo otro. Triste consuelo. Piadoso engaño pero con mucha razón: si no no harían más que venir viejos borrachos a cuál peor, a echar un trago. Es extraño toda esta atmósfera del. Muy bien. Perfectamente bien, eso es.

El señor Bloom volvió los ojos hacia el coro. No va a haber música. Lástima. ¿Quién tocará aquí el órgano? El viejo Glynn sabía hacer hablar al instrumento, el *vibrato*: cincuenta libras al año dicen que ganaba en la calle Gardiner. Molly estaba muy bien de voz aquel día, en el *Stabat Mater* de Rossini. Primero el sermón del Padre Bernard Vaughan. ¿Cristo o Pilatos? Cristo, pero no nos tenga toda la noche con eso. Música es lo que querían. Dejaron de patear. Se oía volar una mosca. Le dije que dirigiera la voz hacia aquel rincón. Sentía la vibración en el aire, el lleno, la gente mirando a lo alto:

Quis est homo!

Alguna de esa música sacra antigua es espléndida. Mercadante: las Siete Palabras. La duodécima misa de Mozart: aquel *Gloria* que tiene. Aquellos viejos papas tenían afición a la música, al arte y estatuas y cuadros de todas clases. Palestrina, por ejemplo, también. Lo pasaron estupendamente mientras les duró. Sano también el salmodiar, las horas bien reguladas, luego destilar licores. Benedictine. Chartreuse verde. Sin embargo, lo de tener eunucos en su coro resultaba un poco excesivo. ¿Qué clase de voz es? Debía ser curioso oírla después de sus propios bajos fuertes. Entendidos. Supongo que después no sentirían nada. Especie de plácido. Sin inquietudes. Echan carnes, ¿no? Glotones, altos, piernas largas. ¿Quién sabe? Eunuco. Un modo de salir del asunto.

Vio al sacerdote inclinarse y besar el altar y luego darse vuelta y bendecir a toda la gente. Todos se santiguaron y se pusieron de pie. El señor Bloom lanzó una ojeada alrededor y luego se puso de pie, mirando por encima de los sombreros ascendidos. Ponerse de pie al Evangelio por supuesto. Luego todos se volvieron a arrodillar y él se sentó otra vez tranquilamente en el banco. El sacerdote bajó del altar, sosteniendo la cosa apartada de él, y él y el monaguillo se contestaron uno a otro en latín. Luego el sacerdote se arrodilló y empezó a leer un tarjetón:

—Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza...

El señor Bloom adelantó la cara para captar las palabras. En inglés. Echarles el hueso. Recuerdo vagamente. ¿Cuánto hace de tu última misa? Gloria y la Inmaculada Virgen. San José su castísimo esposo. San Pedro y San Pablo. Más interesante si uno entendiera de qué trata todo. Admirable organización, sin duda, funciona como un reloj. Confesión. Todo el mundo quiere. Entonces se lo contaré todo. Penitencia. Castígueme, por favor. Gran arma en manos de ellos.

Más que médico ni abogado. Mujer muriéndose por. Y yo chschschschschschs. ¿Y ha chachachachacha? ¿Y por qué lo hizo? Ella baja la mirada a su anillo para encontrar una excusa. Galería de los susurros las paredes tienen oídos. El marido se entera para su sorpresa. La bromita de Dios. Luego sale ella. Arrepentimiento a flor de piel. Deliciosa vergüenza. Rezar ante un altar. Ave María y Santa María. Flores, incienso, velas derritiéndose. Ocultar sus rubores. El Ejército de Salvación barata imitación. Prostituta arrepentida dirigirá la palabra a la reunión. Cómo encontré al Señor. Tipos de cabeza equilibrada deben ser los de Roma: organizan toda la función. ¿Y no arramblan con el dinero también? Legados además: al P. P. a su absoluta discreción de modo vitalicio. Misas por el descanso de mi alma que se han de decir públicamente a puerta abierta. Monasterios y conventos. El sacerdote en el pleito del testamento Fermanagh declarando como testigo. No había modo de bajarle la cresta. Tenía respuesta lista para todo. Libertad y exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia. Los doctores de la Iglesia: levantaron los mapas de toda la teología de eso.

El sacerdote rezó:

—Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla y sé nuestro refugio contra las iras y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, príncipe de la celestial milicia, por el poder divino lanza al infierno a Satanás y los otros espíritus malignos que discurren por el mundo para la perdición de las almas.

El sacerdote y el monaguillo se pusieron de pie y se marcharon. Se acabó todo. Las mujeres se quedaron atrás: dando gracias.

Mejor será ahuecar. Hermano Zumbido. Se da una vuelta con la bandeja quizá. Pagad vuestro precepto pascual.

Se puso de pie. Hola. ¿Estaban abiertos todo el tiempo estos dos botones de mi chaleco? A las mujeres les encanta. Se enfadan si uno no. Por qué no me lo dijiste antes. No te lo dicen nunca. Pero nosotros. Perdone, señorita, tiene una (fffu) nada más que una (fffu) pelusa. O la falda por detrás, la abertura desenganchada. Atisbos de la luna. Sin embargo me gustas más desarreglada. Buena suerte que no era más al sur. Pasó, abotonándose discretamente, por el pasillo y salió por la puerta principal a la luz. Se quedó un momento sin ver junto a la fría pila de mármol negro mientras delante y detrás de él dos devotas mojaban manos furtivas en la bajamar de agua bendita. Tranvías: un carro de la tintorería Prescott: una viuda en sus crespones. Me doy cuenta porque yo también voy de luto. Se cubrió. ¿Qué hora va siendo? Y cuarto. Todavía hay bastante tiempo. Mejor que me hagan esa loción. ¿Dónde está eso? Ah sí, la última vez. Sweny, en Lincoln Place. Los farmacéuticos rara vez se mudan. Aquellos tarros verde y oro son demasiado pesados de mover. Hamilton Long, fundada en el año del diluvio. El cementerio hugonote aquí cerca. Visitarlo algún día.

Se encaminó al sur por Westland Row. Pero la receta está en los otros pantalones. Ah, y también se me olvidó ese llavín. Qué fastidio este asunto del

entierro. Bueno, pobre chico, no es culpa suya. ¿Cuándo fue la última vez que lo mandé hacer? Espera. Cambié un soberano, recuerdo. El primero de mes debió ser o el segundo. Ah, él puede mirarlo en el libro de las recetas.

El farmacéutico pasó hoja tras hoja. Un olor arenoso y marchito parece que tiene. Cráneo encogido. Y viejo. Búsqueda de la piedra filosofal. Los alquimistas. Las drogas te envejecen después de la excitación mental. Letargia entonces. ¿Por qué? Reacción. Una vida entera en una noche. Poco a poco te cambia el carácter. Viviendo todo el día entre hierbas, pomadas, desinfectantes. Todos sus morteros de alabastro. Almirez y mano de almirez. Aq. Dist. Fol. Laur. Te Virid. El olor casi le cura a uno como la campanilla de la puerta del dentista. Doctor Probatúra. Debería medicarse un poco a sí mismo. Lectorio o emulsión. El primer tipo que cogió una hierba para curarse tuvo bastante valor. Ingredientes. Hace falta tener cuidado. Aquí hay bastante como para cloroformizarle a uno. Prueba: vuelve rojo el papel de tornasol azul. Cloroformo. Dosis excesiva de láudano. Pociones para dormir. Filtros de amor. El jarabe paragórico de amapola malo para la tos. Atasca los poros o las flemas. Los venenos son las únicas curas. Remedio donde menos se espera. Lista la naturaleza.

— ¿Hace unos quince días, señor?

— Sí — dijo el señor Bloom.

Esperó ante el mostrador, inhalando el agudo olor de drogas, el polvoriento olor seco de esponjas y *loofahs*. La mar de tiempo ocupado en contar los dolores y molestias de uno.

— Aceite de almendras dulces y tintura de benjuí — dijo el señor Bloom — y también agua de azahar...

La verdad es que a ella le ponía la piel tan delicadamente blanca como cera.

— Y cera blanca también — dijo.

Hace resaltar lo oscuro de sus ojos. Mirándome a mí, con la sábana hasta los ojos, española, oliéndose a sí misma, mientras yo me arreglaba los gemelos de los puños. Esas recetas caseras son muchas veces las mejores: fresas para los dientes: ortigas y agua de lluvia: avena dicen empapada en leche sin descremar. Alimento para la piel. Uno de los hijos de la vieja reina, ¿era el duque de Albany? tenía sólo una piel. Leopold, sí. Tres tenemos nosotros. Arrugas, juanetes y granos para empeorar la cosa. Pero también tú quieres un perfume. ¿Qué perfume usas tú? *Peau d'Espagne*. Esa flor de azahar. Jabón de pura crema de leche. El agua está tan fresca. Buen olor tienen estos jabones. Es hora de tomar un baño a la vuelta de la esquina. Hammam. Turco. Masaje. La suciedad se le reúne a uno en el ombligo. Más bonito si lo hiciera una chica bonita. También me parece que yo. Sí yo. Hacerlo en el baño. Curioso estas ganas yo. Agua al agua. Combinar la utilidad con el placer. Lástima que no hay tiempo para un masaje. Entonces sentirse fresco todo el día. El entierro será más bien deprimente.

—Sí, señor —dijo el farmacéutico—. Fueron dos con nueve. ¿Ha traído una botella?

—No —dijo el señor Bloom—. Hágalo, por favor. Yo volveré hoy más tarde y me llevaré uno de estos jabones. ¿Cuánto son?

—Cuatro peniques, señor.

El señor Bloom se llevó una pastilla a la nariz. Dulce cera limonosa.

—Me llevo éste —dijo—. Así serán tres con un penique.

—Sí, señor —dijo el farmacéutico—. Puede pagarlo todo junto cuando vuelva.

—Muy bien —dijo el señor Bloom.

Salió de la tienda paseando, la batuta de periódico bajo el sobaco, el jabón en fresco envoltorio en la mano izquierda. En su sobaco, la voz y la mano de Bantam Lyons dijeron:

—Hola, Bloom, ¿qué hay de bueno? ¿Es el de hoy? Déjate ver un momento.

Se ha vuelto a afeitar el bigote, ¡por Dios! Largo frío labio superior. Para parecer más joven. Parece fragante. Más joven que yo.

Los amarillos dedos con uñas negras de Bantam Lyons desenrollaron la batuta. También necesita un lavado. Quitarse lo peor de la suciedad. Buenos días, ¿ha usado usted el jabón Pears? Caspa en los hombros. El cuero cabelludo requiere engrasarse.

—Quiero ver lo de ese caballo francés que corre hoy —dijo Bantam Lyons—. ¿Dónde está ese maricón?

Restregó las hojas llenas de pliegues, sacudiendo la barbilla sobre su alto cuello duro. Prurito de barbería. El cuello apretado, perderá el pelo. Mejor dejarle el periódico y quitármelo de encima.

—Puedes quedártelo —dijo el señor Bloom.

—Ascot. Copa de Oro. Espera —masculló Bantam Lyons—. Un momentito. Máximo un segundo.

—Precisamente iba a tirarlo por ahí —dijo el señor Bloom. Bantam Lyons levantó los ojos de repente, con un débil guiño.

—¿Qué es eso? —dijo su voz aguda.

—Digo que te lo puedes quedar. En este momento iba a tirarlo por ahí.

Bantam Lyons dudó un momento, mirando de medio lado: luego volvió a echar las hojas extendidas en los brazos del señor Bloom.

—Me voy a arriesgar a eso —dijo—. Toma, gracias.

Salió a toda prisa hacia la esquina de Conway. Vete con Dios.

El señor Bloom volvió a doblar las hojas en un cuadrado exacto y metió dentro el jabón, sonriendo. Estúpidos labios los de ese tipo. Apostando. Una verdadera epidemia, últimamente. Chicos de recados que roban para apostar seis peniques. Rifa de un gran pavo tierno. Su fiesta navideña por tres peniques. Jack Fleming desfalcando para jugar, luego escapado de contrabando a América. Ahora lleva un hotel. Nunca vuelven. Las ollas de Egipto.

Caminó alegremente hacia la mezquita de los baños. Le recuerda a uno una mezquita, ladrillos rojos, los minaretes. Mira, hoy deportes en el College. Lanzó una ojeada al cartel en herradura sobre la verja del parque del College: un ciclista encorvado como una pescadilla. Anuncio horriblemente malo. En cambio si lo hubieran hecho redondo como una rueda. Luego los radios: deportes, deportes, deportes: y el cubo del eje, en grande: College. Algo para atraer la mirada.

Ahí está el matasiete parado delante de la caseta del portero. Cultivarle: podría darme una vuelta por ahí dentro de fiado. ¿Qué tal está, señor Matasiete? ¿Qué tal, señor?

Tiempo celestial realmente. Si la vida fuera siempre así. Tiempo para jugar al cricket. Sentarse por ahí bajo grandes sombrillas. Partido tras partido. Fuera. No pueden jugar a eso aquí. Cero a seis tantos. Sin embargo el capitán Buller rompió una ventana en el club de la calle Kildare con un golpe que iba a *square leg*. La feria de Donnybrook está más en su línea. Y los cráneos que partíamos cuando salió al campo M'Carthy. Ola de calor. No durará. Siempre pasando, la corriente de la vida, aquello que perseguimos en la corriente de la vida nos es más caro que todo lo demás.

Disfruta ahora de un baño: limpia tina de agua, fresco esmalte, la suave corriente tibia. Esto es mi cuerpo.

Preveía su pálido cuerpo reclinado en él del todo, desnudo, en un útero de tibieza, aceitado por aromático jabón derretido, suavemente lamido por el agua. Veía su tronco y sus miembros cubiertos de oliolitas y sosteniéndose, subiendo levemente a flote, amarillo limón: el ombligo, capullo de carne: y veía los oscuros rizos enredados de su mata flotando, flotante pelo de la corriente en torno al flojo padre de millares, lánguida flor flotante.

Martin Cunningham fue el primero en meter la cabeza enchisterada en el crujiente coche y, entrando ágilmente, se sentó. El señor Power le siguió, curvando su altura con cuidado.

—Vamos, Simon.

—Usted primero —dijo el señor Bloom.

El señor Dedalus se cubrió rápidamente y entró diciendo:

—Sí, sí.

—¿Estamos todos ya? —preguntó Martin Cunningham—. Venga acá, Bloom.

El señor Bloom entró y se sentó en el sitio vacío. Tiró de la portezuela tras de sí y dando con ella un portazo la cerró bien apretada. Pasó un brazo por la correa de apoyo y se puso a mirar con seriedad por la ventanilla abierta del coche hacia las persianas bajadas de la avenida. Alguien se echó a un lado: una vieja atisbando. Nariz blanca de aplastarse contra el cristal. Dando gracias a su destino porque la habían pasado por alto. Extraordinario el interés que se toman por un cadáver. Contentas de vernos marchar les damos tanta molestia llegando. La tarea parece irles bien. Cuchicheos por los rincones. Chancletean por ahí en pantuflas de felpa por miedo a que despierte. Luego dejándolo listo. Adecentándolo. Molly y la señora Fleming haciendo la cama. Tire más de su lado. Nuestra mortaja. Nunca sabes quién te va a tocar muerto. Lavado y champú. Creo que cortan las uñas y el pelo. Guardan un poco en un sobre. De todas maneras crece después. Trabajo nada limpio.

Todos esperaban. No se decía nada. Cargando las coronas probablemente. Estoy sentado en algo duro. Ah, ese jabón en el bolsillo de atrás. Mejor sacarlo y cambiarlo de ahí. Espera una oportunidad.

Todos esperaban. Luego se oyeron ruedas allá delante, girando: luego más cerca: luego cascos de caballos. Una sacudida. Su coche empezó a moverse, crujiendo y meciéndose. Otros cascos y ruedas crujientes arrancaron detrás. Fueron pasando las persianas de la avenida y el número nueve con el llamador encresponado, la puerta medio cerrada. Al paso.

Siguieron esperando, con las rodillas oscilantes, hasta que doblaron y fueron siguiendo las vías del tranvía. Tritonville Road. Más deprisa. Las ruedas traqueteaban rodando por la calzada de guijarros y los cristales desquiciados se agitaban traqueteando en las portezuelas.

—¿Por dónde nos lleva? —preguntó el señor Power a través de ambas ventanillas.

—Irishtown —dijo Martin Cunningham—. Ringsend. Calle Brunswick.

El señor Dedalus asintió, asomándose.

—Es una buena costumbre antigua —dijo—. Me alegro de ver que no se ha extinguido.

Todos observaron durante un rato por las ventanillas las gorras y sombreros levantados por los transeúntes. Respeto. El coche se desvió de las vías del tranvía a un camino más liso, después de Watery Lane. El señor Bloom en observación vio un joven delgado, vestido de luto, sombrero ancho.

—Ahí ha pasado un amigo suyo, Dedalus —dijo—. ¿Quién es?

—Su hijo y heredero.

—¿Dónde está? —dijo el señor Dedalus, estirándose al otro lado.

El coche, pasando zanjas abiertas y montones de pavimento excavado delante de las casas baratas, dio un vaivén al doblar una esquina y, volviendo a desviarse hacia las vías del tranvía, siguió rodando ruidosamente con ruedas charlatanas. El señor Dedalus se echó atrás en el asiento, diciendo:

—¿Estaba con él ese bribón de Mulligan, su *fidus Achates*?

—No —dijo el señor Bloom—. Estaba solo.

—En casa de su tía Sally, supongo —dijo el señor Dedalus—, el bando de los Goulding, ese borrachón de contable y Crissie, la boñiguita de su papá, la niña sabia que conoce a su padre.

El señor Bloom sonrió sin alegría hacia Ringsend Road. Wallace Hnos. fábrica de botellas. Puente Dodder.

Richie Goulding y su cartera jurídica. Goulding, Collis and Ward llama a la agencia. Sus chistes se están quedando un poco mojados. Era un buen punto. Valsando en la calle Stamer con Ignatius Gallaher un domingo por la mañana, los dos sombreros de la patrona sujetos con alfileres en la cabeza. De juerga por ahí toda la noche. Se le empieza a notar ahora: ese dolor de espalda suyo, me temo. La mujer planchándole la espalda. Cree que se lo va a curar con pastillas. Son todas miga de pan. Alrededor del seiscientos por ciento de ganancia.

—Anda con una pandilla muy baja —gruñó el señor Dedalus—. Ese Mulligan es un jodido infecto rufián de siete suelas, por donde quiera que se le mire. Su nombre hiede por Dublín entero. Pero con ayuda de Dios y de su Santísima Madre yo me ocuparé de escribirle una carta un día de estos a su madre o a su tía o a quien sea para abrirle los ojos de par en par. Le voy a organizar la catástrofe, créame. Gritaba por encima del estrépito de las ruedas.

—No quiero que el hijoputa de su sobrino me eche a perder a mi hijo. El hijo de un hortera. Vendía sebo en la tienda de mi primo, Peter Paul M'Swiney. Ni hablar.

Se calló. El señor Bloom lanzó una ojeada desde su iracundo bigote a la bondadosa cara del señor Power y los ojos y la barba de Martin Cunningham, en grave oscilación. Estrepitoso hombre terco. Lleno de su hijo. Tiene razón.

Algo que transmitir. Si el pobrecito Rudy hubiera vivido. Verle crecer. Oír su voz por la casa. Andando al lado de Molly en traje Eton. Mi hijo. Yo en sus ojos. Extraña sensación sería. De mí. Sólo una casualidad. Debe haber sido aquella mañana en Raymond Terrace que ella estaba en la ventana viéndoselo hacer a dos perros junto a la pared de la cárcel. Y el sargento mirando para arriba y sonriendo. Ella tenía aquella bata crema con el desgarrón que nunca se cosía. Dame un toquecito, Poldy. Dios mío, me muero de ganas. Cómo empieza la vida.

Quedó embarazada entonces. Tuvo que renunciar al concierto de Greystones. Mi hijo dentro de ella. Yo podía haberle ayudado a salir adelante en la vida. Podía. Hacerle independiente. Aprender alemán también.

—¿Vamos con retraso? —preguntó el señor Power.

—Dos minutos —dijo Martin Cunningham, mirando el reloj.

Molly. Milly. Lo mismo, aguado. Sus juramentos de muchachote. ¡Escúpiter Júpiter! ¡Oh dioses y pececillos! Sin embargo, es un encanto de chica. Pronto será una mujer. Mullingar. Queridísimo papi. Estudiante joven. Sí, sí: una mujer también. La vida. La vida.

El coche daba bandazos, con sus cuatro cuerpos oscilando.

—Corny nos podía haber dado una carreta más cómoda —dijo el señor Power.

—Podía —dijo el señor Dedalus —si no fuera por ese bizqueo que tanto le estorba. ¿Me entienden?

Cerró el ojo izquierdo. Martin Cunningham empezó a sacudirse migas de debajo de los muslos.

—¿Qué es esto —dijo—, por lo más sagrado? ¿Migas?

—Alguien ha debido estar organizando una merienda aquí dentro hace poco —dijo el señor Power.

Todos levantaron los muslos, examinando con disgusto el enmohecido cuero sin botones de los asientos. El señor Dedalus, retorciendo la nariz, inclinó el ceño y dijo:

—Si no estoy muy equivocado. ¿Qué te parece a ti, Martin?

—También me lo ha parecido —dijo Martin Cunningham.

El señor Bloom bajó el muslo. Me alegro de haberme bañado. Me noto los pies bien limpios. Pero me gustaría que la señora Fleming hubiera zurcido mejor esos calcetines.

El señor Dedalus suspiró resignado.

—Después de todo —dijo— es lo más natural del mundo.

—¿Apareció Tom Kernan? —preguntó Martin Cunningham, retorciéndose suavemente la punta de la barba.

—Sí —contestó el señor Bloom—. Está atrás con Ned Lambert y Hynes.

—¿Y el mismo Corny Kelleher? —preguntó el señor Power.

—En el cementerio —dijo Martin Cunningham.

—Encontré esta mañana a M'Coy —dijo el señor Bloom—. Dijo que trataría de venir.

El coche se detuvo de pronto.

—¿Qué pasa?

—Nos hemos parado.

—¿Dónde estamos?

El señor Bloom sacó la cabeza por la ventanilla.

—El gran canal —dijo.

Los gasómetros. La tos ferina dicen que cura. Buena suerte que Milly nunca la tuvo. ¡Pobres niños! Los dobla, negros y azules, en convulsiones. Una vergüenza realmente. Ha escapado bastante bien de enfermedades, en comparación. Sólo sarampión. Té de semillas de lino. Escarlatina, epidemia de gripe. Buscando encargos para la muerte. No pierda esta oportunidad. Ahí el asilo de perros. ¡Pobre viejo Athos! Sé bueno con Athos, Leopold, es mi último deseo. Hágase tu voluntad. Les obedecemos en la tumba. Un garrapato en la agonía. Le llegó al alma, se murió de pena. Animal tranquilo. Los perros de los viejos suelen serlo.

Una gota de lluvia le escupió el sombrero. Se echó atrás y vio un instante de chaparrón esparcir puntos en las losas grises. Separados. Curioso. Como a través de un colador. Me parecía que iba a ser así. Las botas me crujían lo recuerdo ahora.

—Está cambiando el tiempo —dijo suavemente.

—Lástima que no haya seguido bueno —dijo Martin Cunningham.

—Hacía falta para el campo —dijo el señor Power—. Ya sale el sol otra vez.

El señor Dedalus, escudriñando el sol velado a través de las gafas, lanzó una muda maldición al cielo.

—Inquieto como culo de niño —dijo.

—Otra vez arrancamos.

El coche hizo girar otra vez sus rígidas ruedas y los cuerpos se balancearon suavemente. Martin Cunningham se retorció más deprisa la punta de la barba.

—Tom Kernan estuvo inmenso anoche —dijo—. Y Paddy Leonard imitándole en sus mismas narices.

—A ver, hazle un poco, Martin —dijo ávidamente el señor Power—. Espera a oírle, Simon, sobre Ben Dollard cantando *El mozo rebelde*.

—Inmenso —dijo Martin Cunningham pomposamente. *Su versión de esa sencilla balada, Martin, es la más incisiva interpretación que jamás he oído en todo el transcurso de mi experiencia.*

—Incisiva —dijo el señor Power, riendo—. Está chiflado por esa palabra. Y la reorganización retrospectiva.

—¿Han leído el discurso de Dan Dawson? —preguntó Martin Cunningham.

—Yo no —dijo el señor Dedalus—. ¿Dónde está?

—En el periódico de esta mañana.

El señor Bloom sacó el periódico del bolsillo interior. Ese libro que le tengo que cambiar a ella.

—No, no —dijo el señor Dedalus rápidamente—. Más tarde, por favor.

La mirada del señor Bloom fue bajando por el borde del periódico, examinando los fallecimientos. Callan, Coleman, Dignam, Fawcett, Lowry, Naumann, Peake, ¿qué Peake es ése? ¿es el tipo que estaba en Crosbie y Alleyne? no; Sexton, Urbright. Caracteres de tinta borrándose deprisa en el papel arrugado que se rompe. Gracias a la Florecilla. Dolorosa pérdida. Con el inexpresable dolor de su. A la edad de 88 años tras larga y penosa enfermedad. Misa del mes. Quinlan. El dulce Jesús tenga misericordia de su alma.

*Hace ya un mes que nuestro Henry amado
voló arriba, a la patria celestial.
Su familia le llora en la esperanza
de unirse a él allá en vida inmortal.*

¿Rompí el sobre? Sí. ¿Dónde metí la carta después que la leí en el baño? Se palpó el bolsillo del chaleco. Ahí muy bien. Henry amado voló. Antes que se me agote la paciencia.

Escuela Nacional. Serrería Meade. La parada de coches. Sólo dos ahora ahí. Asintiendo con la cabeza. Hinchado como una garrapata. Demasiado hueso en sus cráneos. El otro trotando por ahí con un cliente. Hace una hora yo pasaba por ahí. Los cocheros se quitaron el sombrero.

La espalda de un guardaagujas se enderezó de repente contra un poste del tranvía junto a la ventanilla del señor Bloom. ¿No podrían inventar algo automático para que la rueda misma mucho más fácil? Bueno pero ¿ese tipo perdería entonces su empleo? Bueno pero entonces ¿otro tío tendría un empleo haciendo el nuevo invento?

Salón de conciertos Antient. No dan nada ahí. Un hombre en traje claro con un brazalete de luto. No mucho dolor ahí. Un cuarto de luto. Pariente político, quizá.

Dejaron atrás el desolado púlpito de San Marcos, bajo el puente del ferrocarril, pasado Queen's Theatre: en silencio. Carteles. Eugene Stratton. La señora Bandman Palmer. No sé si podría ir a ver *Leah* esta noche. Decía que yo. ¿O *El lirio de Killarney*? La compañía de ópera de Elster Grimes. Un cambio formidable. Carteles húmedos brillantes para la semana que viene. *Alegría en el Bristol*. Martin Cunningham podría conseguirse un pase para el Gaiety. Tener que pagarle unos tragos. Lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Él vendrá esta tarde. Las canciones de ella.

Plasto's. El busto en la fuente a la memoria de Sir Philip Crampton. ¿Quién era ése?

—¿Qué tal? —dijo Martin Cunningham, llevándose la palma de la mano a la frente en saludo militar.

—No nos ve —dijo el señor Power—. Sí que nos ve. ¿Qué tal?

—¿Quién? —preguntó el señor Dedalus.

—Blazes Boylan —dijo el señor Power—. Ahí va a ventilarse la melena.

Precisamente en el momento en que yo estaba pensando. El señor Dedalus se inclinó al otro lado a saludar. Desde la puerta del Red Bank, el disco blanco de un sombrero de paja destelló una respuesta: pasado.

El señor Bloom pasó revista a las uñas de su mano izquierda y luego a las de la derecha. Las uñas, sí. ¿Hay algo más en él que ellas ella ven? Fascinación. El peor hombre de Dublín. Eso le mantiene vivo. A veces ellas notan lo que es una persona. Instinto. Pero un tipo así. Mis uñas. Las estoy mirando precisamente: bien cortadas. Y después: sola pensando. El cuerpo se está aflojando un poco. Me doy cuenta de eso porque recuerdo. Qué lo causa supongo que la piel no se puede contraer lo bastante deprisa cuando la carne decae. Pero la forma sigue ahí. La forma sigue estando ahí. Hombros. Caderas. Bien de carnes. La noche del baile vistiéndose. La camisa metida entre los mofletes de atrás.

Se apretó las manos entre las rodillas y, satisfecho, envió su mirada vacía por las caras de ellos.

El señor Power preguntó:

—¿Cómo va la gira de conciertos, Bloom?

—Ah muy bien —dijo el señor Bloom—. Tengo noticias muy buenas. Es una buena idea, ya ve...

—¿Va usted mismo?

—Bueno, no —dijo el señor Bloom—. En realidad, tengo que ir al condado de Clare para un asunto particular. Ya comprende, la idea es hacer una gira por las principales ciudades. Lo que se pierda en una se puede compensar en otra.

—Eso es —dijo Martin Cunningham—. Mary Anderson está ahora allí.

—¿Tienen buenos artistas?

—Louis Werner le organiza la tournée —dijo el señor Bloom—. Ah sí, tenemos de lo mejor. J. C. Doyle y John MacCormack, espero y. Lo mejor, en fin.

—Y *Madame* —dijo el señor Power—. La última pero no la menor.

El señor Bloom desapretó las manos en un gesto de blanda cortesía y las volvió a apretar. Smith O'Brien. Alguien ha dejado ahí un ramo de flores. Mujer. Debe ser su aniversario. Que cumpla muchos. El coche, dando la vuelta a la estatua de Farrell, le unió en silencio sus rodillas sin resistencia.

Coor: un viejo de ropa desteñida ofrecía su mercancía desde el bordillo, con la boca abierta: coor.

—Cordones de botas, cuatro por un penique.

No sé por qué le echaron del Colegio de Abogados. Tenía el despacho en la calle Hume. La misma casa del homónimo de Molly. Tweedy, procurador de la Corona en Waterford. Desde entonces conserva siempre esa chistera. Reliquias de antigua dignidad. Luto también. Terrible bajón, pobre desgraciado.

Pasádoselo de uno en otros como tabaquera en un velorio. O'Callaghan en las últimas.

Y *Madame*. Once y veinte. Levantada. Está la señora Fleming para la limpieza. Arreglándose el pelo, canturreando: *voglio e non vorrei*. No: *vorrei e non*. Mirándose las puntas del pelo a ver si están partidas. Mi *trema un poco il*. Hermosa su voz en ese *tre*: acento de llorar. Una punción. Un pinzón. Hay una palabra pinzón que lo expresaba.

Sus ojos pasaron levemente sobre la agradable cara del señor Power. Encaneciendo sobre las orejas. *Madame*: sonriendo. Devolví la sonrisa. Una sonrisa se abre mucho camino. Quizá cortesía sólo. Tipo simpático. ¿Quién sabe si es verdad lo de esa mujer que mantiene? No es agradable para su mujer. Sin embargo dicen, quién fue el que me lo dijo, que no hay cosa carnal. Uno se imaginaria que esa broma se acabaría en seguida. Sí, fue Crofton el que le encontró una noche que le llevaba a ella una libra de filetes. ¿Qué es lo que había sido ella? Camarera en el Jury. ¿O en el Moira?

Pasaron bajo la figura del Libertador con su enorme capote.

Martin Cunningham dio un codazo al señor Power.

—De la tribu de Rubén —dijo.

Una alta figura, con barba negra, apoyada en un bastón, doblaba a tropezones la esquina de los Almacenes del Elefante, de Elvery, mostrándoles una mano encorvada extendida sobre el espinazo.

—En toda su prístina belleza —dijo el señor Power.

El señor Dedalus siguió con la mirada la figura a tropezones y dijo benévolaemente:

—¡Que el diablo te rompa el sujetador del espinazo!

El señor Power, derrumbándose de risa, escondió la cara a un lado de la ventanilla mientras el coche pasaba ante la estatua de Gray.

—Todos hemos estado en eso —dijo Martin Cunningham rotundamente.

Sus ojos encontraron los del señor Bloom. Se acarició la barba y añadió:

—Bueno, casi todos nosotros.

El señor Bloom empezó a hablar con repentino afán mirando a las caras de sus compañeros.

—Anda por ahí una historia muy buena a propósito de Reuben J. y el hijo.

—¿La del barquero? —preguntó el señor Power.

—Sí. ¿No es estupenda?

—¿Cómo es? —preguntó el señor Dedalus—. Yo no la he oído.

—Había una chica en el asunto —empezó el señor Bloom—, y él decidió mandarle a la isla de Man para ponerle a salvo pero cuando estaban los dos...

—¿Cómo? —preguntó el señor Dedalus—. Aquel famoso jodido mocososo...

—Sí —dijo el señor Bloom—. Los dos iban al barco y él intentó ahogar...

—¡Ahogarse Barrabás! —gritó el señor Dedalus—. Ojalá lo quisiera Dios.

El señor Power lanzó una larga risotada por las narices, cubriéndoselas con la mano.

—No —dijo el señor Bloom—, el hijo mismo...

Martin Cunningham le sofocó groseramente la voz.

—Reuben J. y el hijo bajaban por el muelle junto al río hacia el barco de la isla de Man y el bromista del muchacho de repente se soltó y allá se fue por encima del parapeto al Liffey.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el señor Dedalus asustado—. ¿Y murió?

—¡Morir! —gritó Martin Cunningham—. Lo que es él, no. Un barquero agarró un palo y le pescó por el fondillo del pantalón y le echaron a tierra delante del padre en el muelle. Más muerto que vivo. Media ciudad estaba allí.

—Sí —dijo el señor Bloom—. Pero lo divertido es que...

—Y Reuben J. —dijo Martin Cunningham— le dio al barquero un florín por salvarle la vida a su hijo.

Un suspiro sofocado salió de debajo de la mano del señor Power.

—Sí, de veras —afirmó Martin Cunningham—. Como un héroe. Un florín de plata.

—¿No es verdad que es estupendo? —dijo el señor Bloom con empeño.

—Un chelín y ocho peniques de más —dijo secamente el señor Dedalus.

La risa ahogada del señor Power estalló suavemente en el coche.

La columna de Nelson.

—¡Ocho ciruelas por un penique! ¡Ocho por un penique!

—Deberíamos poner una cara un poco más seria —dijo Martin Cunningham.

El señor Dedalus asintió.

—Por otra parte, desde luego —dijo—, el pobrecillo Paddy no nos escatimaría unas risas. Muchos cuentos buenos contaba él también.

—¡Dios me perdone! —dijo el señor Power, secándose los ojos mojados con los dedos—. ¡Pobre Paddy! Poco me lo imaginaba hace una semana, la última vez que le vi, y es— . taba tan bueno como de costumbre, que iría detrás de él de esta manera. Se nos ha ido.

—Un hombre tan decente como cualquiera que gaste sombrero —dijo el señor Dedalus—. Se fue muy de repente.

—Un síncope —dijo Martin Cunningham—. El corazón.

Se golpeó el pecho tristemente.

Cara inflamada: al rojo vivo. Demasiado empinar el codo. Cura para una nariz roja. Beber como un demonio hasta que se ponga azul. Un montón de dinero gastó en teñirla.

El señor Power miró las casas que pasaban, con arrepentida preocupación.

—Tuvo una muerte repentina, pobre hombre —dijo.

—La mejor muerte —dijo el señor Bloom.

Le miraron con ojos muy abiertos.

—Sin sufrir —dijo—. Un momento y todo pasó. Como morir durmiendo.

Nadie habló.

Parte muerta de la calle, ésta. Poco negocio de día, agentes inmobiliarios, hotel para abstemios, la guía de ferrocarriles Falconer, escuela de funcionarios, Gill, el club católico, instituto de trabajo de los ciegos. ¿Por qué? Alguna razón. Sol o viento. De noche también. Militares y criadas. Bajo el patrocinio del difunto Padre Mathew. Primera piedra por Parnell. Síncope. Corazón.

Caballos blancos con penachos blancos en la frente doblaron la esquina de la Rotunda, al galope. Un pequeño ataúd pasó como un destello. Con prisa por enterrar. Un coche fúnebre. Soltero. Negro para los casados. Fío para los solteros. Toronja para la monja.

—Qué triste —dijo Martin Cunningham—. Un niño.

Una cara de enano malva y arrugada como la del pobrecito Rudy. Cuerpo de enano, débil como masilla, en una caja de abeto forrada de blanco. Paga la Sociedad Mutua de Entierros. Un penique por semana por un terrón de turba. Nuestro. Pequeño. Pobre. Niñito. No significaba nada. Error de la naturaleza. Si está sano sale a la madre. Si no al hombre. Mejor suerte la próxima vez.

—Pobrecillo —dijo el señor Dedalus—: Ya está del otro lado.

El coche trepó más lentamente por la cuesta de Rutland Square. Sacudir sus huesos. Sobre las piedras. Sólo un pobre. Carga para todos.

—En mitad de la vida —dijo Martin Cunningham.

—Pero lo peor de todo —dijo el señor Power— es el hombre que se quita la vida.

Martin Cunningham sacó el reloj con vivacidad, tosió y lo volvió a guardar.

—La mayor deshonra que cabe en la familia —añadió el señor Power.

—Locura momentánea, por supuesto —dijo Martin Cunningham—. Hay que mirarlo desde un punto de vista caritativo.

—Dicen que quien hace eso es un cobarde —dijo el señor Dedalus.

—No nos toca a nosotros juzgar —dijo Martin Cunningham.

El señor Bloom, a punto de hablar, volvió a cerrar los labios. Los grandes ojos de Martin Cunningham. Ahora desviando la mirada. Hombre humanitario y comprensivo que es. Inteligente. Como la cara de Shakespeare. Siempre una buena palabra que decir. No tienen misericordia con eso aquí ni con el infanticidio. Niegan sepultura cristiana. Solían clavarle una estaca a través del corazón en la tumba. Como si no lo tuviera ya partido. Sin embargo a veces se arrepienten demasiado tarde. Encontrado en la orilla del río agarrando juncos. Me miraba. Y esa horrible borracha de su mujer. Poniéndole la casa a ella una vez y otra y luego ella empeñándole los muebles casi todos los sábados. Dándole una vida de infierno. Le consumiría el corazón a una piedra, eso. El lunes por la mañana empezar de nuevo. El hombro a la rueda. Señor, qué espectáculo debió ser ella aquella noche, Dedalus me dijo que él estuvo allí. Borracha por toda la casa bailoteando con el paraguas de Martin:

*Y me llaman la joya de Asia,
de Asia,*

la geisha.

Ha desviado la mirada de mí. Lo sabe. Sacudir sus huesos.

La tarde del atestado. La botella de etiqueta roja en la mesa. El cuarto del hotel con cuadros de caza. Aire sofocante. Luz del sol por entre las tiras de las persianas. Las orejas del forense, grandes y peludas. El limpiabotas prestando declaración. Creyó al principio que dormía. Luego vio como franjas amarillas en la cara. Se había resbalado a los pies de la cama. Veredicto: dosis excesiva. Muerte accidental. La carta. Para mi hijo Leopold.

No más dolor. No despertar más. Carga para todos.

El coche traqueteó rápidamente por la calle Blessington. Sobre las piedras.

—Vamos a toda marcha, me parece —dijo Martin Cunningham.

—Quiera Dios que no nos vuelque por el camino —dijo el señor Power.

—Espero que no —dijo Martin Cunningham—. Va a ser una gran carrera la de mañana en Alemania. La Gordon Bennett.

—Sí, caramba —dijo el señor Dedalus—. Será digna de ver, seguro.

Al entrar en la calle Berkeley un organillo junto al Estanque les mandó por encima y tras de ellos una canción chillona y picarona de café concierto. ¿Ha visto alguien a Kelly por aquí? Ka e ele ele y griega. Marcha fúnebre de *Saúl*. Más malo que el viejo Antonio. Que me ha mandado al demonio. ¡Pirueta! El *Mater Misericordiae*. Calle Eccles. Mi casa allí abajo. Sitio grande. Pabellón para incurables allí. Muy animador. El Hospital de Agonizantes de Nuestra Señora. La casa de los muertos a mano, allí abajo. Donde murió la vieja Sra. Riordan. Las mujeres son terribles de ver. La taza de alimentarla y le restregaban la boca con la cuchara. Luego la mampara alrededor de la cama para que muriera. Simpático el joven estudiante que me curó la picadura de aquella abeja. Me han dicho que ha pasado al hospital de maternidad. De un extremo al otro.

El coche dobló una esquina al galope: se detuvo.

—¿Qué pasa ahora?

Una manada dispersa de ganado herrado pasaba ante las ventanillas, mugiendo, avanzando perezosamente sobre almohadilladas pezuñas, azotándose lentamente con la cola las huesudas grupas embarradas. Alrededor y por en medio de ellos corrían ovejas enalmagradas balando su miedo.

—Emigrantes —dijo el señor Power.

—¡Uuuuh! —gritó el que los llevaba, chascándoles el látigo en los costados—. ¡Uuuuh! ¡Fuera de ahí!

Jueves, por supuesto. Mañana es día de matadero. Novillos. Cuffe los vendía a alrededor de veintisiete libras cada. Para Liverpool probablemente. Rosbif para la vieja Inglaterra. Compran todos los jugosos. Y entonces se pierde la quinta parte: todo lo que no se puede comer, piel, pelo, cuernos. Al cabo del año sale por mucho. Comercio de carne muerta. Subproductos de los mataderos para tenerías, jabón, margarina. No sé si sigue funcionando aquel truco de descargar del tren en Clonsilla la carne averiada.

El coche siguió avanzando a través del ganado.

—No comprendo por qué el ayuntamiento no pone una línea de tranvías desde la puerta del parque a los muelles —dijo el señor Bloom—. Se podría llevar a todos esos animales en furgones hasta los barcos.

—En vez de tapar el paso —dijo Martin Cunningham—. Es cierto. Deberían.

—Sí —dijo el señor Bloom—, y otra cosa que he pensado muchas veces es poner tranvías fúnebres municipales como tienen en Milán, ya sabe. Extender la línea hasta las puertas del cementerio y tener tranvías especiales, coche fúnebre, coche para el duelo y todo eso. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sería un asunto fenomenal —dijo el señor Dedalus—. Coche butacas y vagón restaurante.

—Una perspectiva pobre para Corny —añadió el señor Power.

—¿Por qué? —preguntó el señor Bloom, volviéndose hacia el señor Dedalus—. ¿No sería más decente que galopar de dos en fondo?

—Bueno, a lo mejor no estaría mal —concedió el señor Dedalus.

—Y —dijo Martin Cunningham— no tendríamos escenas como aquella cuando se volcó el coche fúnebre al dar la vuelta en Dunphy y tiró el ataúd por la calle.

—Aquello fue terrible —dijo la cara trastornada del señor Power— y el cadáver se cayó por ahí por la calle. ¡Terrible!

—En cabeza al dar la vuelta en Dunphy —dijo el señor Dedalus, asintiendo—. Copa Gordon Bennett.

—¡Dios nos libre! —dijo Martin Cunningham piadosamente.

¡Bum! Volcado. Un ataúd rebotado por la calle. Estallado abriéndose. Paddy Dignam sale disparado y dando vueltas tieso en el polvo con un hábito pardo demasiado grande para él. Cara roja: ahora gris. Boca abierta al caer. Preguntando qué pasa ahora. Hacen muy bien en cerrarla. Resulta horrible abierta. Luego las entrañas se descomponen deprisa. Mucho mejor cerrar todos los orificios. Sí, también. Con cera. El esfínter suelto. Sellarlo todo.

—Dunphy —anunció el señor Power mientras el coche doblaba a la derecha.

La esquina de Dunphy. Coches de duelo en fila ahogando su dolor. Una pausa junto al camino. Estupenda situación para un bar. Espero que nos pararemos aquí a la vuelta para beber a su salud. Una ronda de consuelo. Elixir de vida.

Pero supongamos ahora que ocurriera. ¿Sangraría si un clavo digamos le pinchara al sacudirlo por ahí? Sí y no, supongo. Depende de dónde. La circulación se detiene. Sin embargo algo podría rezumar de una arteria. Sería mejor enterrarles de rojo: un rojo oscuro.

En silencio, siguieron por el camino de Phibsborough. Un coche fúnebre vacío les pasó trotando al lado, volviendo del cementerio: parece aliviado.

El puente Crossguns: el canal real.

El agua se precipitaba con ruido a través de las compuertas. Un hombre de pie, en su barcaza arrastrada por la corriente, entre bloques de turba. En el camino de sirga, junto a la esclusa, un caballo con flojos atalajes. A bordo del *Coco*.

Ellos le observaron. Por el lento canal herboso había bajado a la deriva en su balsa hacia la costa cruzando Irlanda tirado por un cable de sirga, entre riberas de juncos, sobre fango, botellas ahogadas de barro, carroñas de perro. Athlone, Mullingar, Moyvalley, podría hacer una excursión a pie siguiendo el canal para ver a Milly. O bajar en bicicleta. Alquilar un cacharro viejo, para la seguridad. Wren tenía el otro día uno en la subasta pero de señora. Desarrollando los canales. La diversión de James M'Cann de transbordarme remando. Transporte más barato. En etapas cómodas. Casas flotantes. Acampando al aire libre. También fúnebres. Al cielo por agua. Quizá vaya sin escribir. Llegar como sorpresa, Leixlip, Clonsilla. Bajar hasta Dublín, esclusa tras esclusa. Con turba de pantanos del centro. Saludo. Levantó el sombrero de paja pardo, saludando a Paddy Dignam.

Siguieron adelante, junto a la casa de Brian Boroimhe. Cerca ya de ello.

—No sé cómo le irá a nuestro amigo Fogarty —dijo el señor Power.

—Más vale preguntarle a Tom Kernan —dijo el señor Dedalus.

—¿Cómo es eso? —dijo Martin Cunningham—. Le dejó llorando, supongo.

—Aunque perdido de vista —dijo el señor Dedalus— caro a la memoria.

El coche dobló a la izquierda hacia el camino de Finglas.

El terreno del cantero a la derecha. Última etapa. Agolpadas en la franja de tierra aparecieron figuras silenciosas, blancas, apenadas, extendiendo manos tranquilas, arrodilladas en dolor, señalando. Fragmentos de figuras, esbozadas. En blanco silencio: suplicantes. Lo mejor a disposición. Thomas H. Dennany, constructor de monumentos y escultor.

Pasado.

En el bordillo ante la casa de Jimmy Geary el enterrador, estaba sentado un viejo vagabundo, gruñendo, vaciando la tierra y las piedras de su gran bota bostezante, color polvo. Después del viaje de la vida.

Sombríos jardines pasaron entonces, uno tras otro: casas sombrías.

El señor Power señaló.

—Allí es donde asesinaron a Childs —dijo—. La última casa.

—Eso es —dijo el señor Dedalus—. Un caso horrible. Seymour Bushe le liquidó. Asesinó a su hermano. O eso decían.

—El fiscal no tenía pruebas —dijo el señor Power.

—Sólo indicios —dijo Martin Cunningham—. Ése es el principio del derecho. Mejor que escapen noventa y nueve culpables antes que condenar por error a una persona inocente.

Miraron. La finca del asesino. Quedó atrás, oscura. Persianas cerradas, sin inquilinos, jardín lleno de hierbajos. El sitio entero se ha ido al demonio. Condenar por error. Asesinato. La imagen del asesino en el ojo del asesinado.

Les encanta leer sobre eso. Cabeza de hombre encontrada en un jardín. Ella iba vestida con. Cómo recibió la muerte. Violación reciente. El arma usada. El asesino todavía oculto. Pistas. Un cordón de zapato. El cadáver va a ser exhumado. El asesinato será esclarecido.

Apretados en este coche. A ella no le gustaría que llegara de esa manera sin hacérselo saber. Hay que tener cuidado con las mujeres. Las pillas una vez en un descuido. Nunca te lo perdonan después. Quince años.

Las altas verjas de Prospects pasaron ondulando ante sus miradas. Chopos oscuros, raras formas blancas. Formas cada vez más frecuentes, blancos bultos apiñados entre los árboles, blancas formas y fragmentos pasando en silencio uno tras otro, manteniendo vanos gestos en el aire.

La llanta de hierro raspó, áspera, el bordillo: se detuvieron. Martin Cunningham sacó el brazo y, tirando atrás del pestillo, abrió la puerta de un empujón con la rodilla. Salió. El señor Power y el señor Dedalus le siguieron.

Cambiar ese jabón ahora. La mano del señor Bloom desabotonó rápidamente el bolsillo de atrás y trasladó el jabón pegado al papel al bolsillo interior de la chaqueta. Salió del coche, volviendo a poner en su sitio el periódico que sostenía todavía con la otra mano.

Mezquino entierro: coche fúnebre y tres coches de duelo. Da lo mismo. Cordones de féretro, riendas doradas, misa de réquiem, salvas de cañonazos. Pompa de la muerte. Detrás del último coche, había un vendedor ambulante junto a su carrito de bollos y fruta. ¿Quién los comía? Los del duelo al salir.

Siguió a sus compañeros. El señor Kernan y Ned Lambert les siguieron, con Hynes detrás. Corny Kelleher se detuvo junto al coche fúnebre abierto y sacó las dos coronas. Entregó una al muchacho.

¿A dónde ha desaparecido el entierro de ese niño?

Una pareja de caballos que venía de Finglas pasó con paso fatigoso y penoso, arrastrando a través del fúnebre silencio un carro crujiente con un bloque de granito. El carrero, que andaba por delante de ellos, saludó.

El ataúd ahora. Llegó aquí antes de nosotros, muerto y todo. El caballo volviéndose a mirarlo con su penacho de plumas de medio lado. Ojo opaco: la collera apretada en el cuello, oprimiéndole un vaso sanguíneo o algo así. ¿Saben lo que acarrearán aquí todos los días? Deben ser unos veinte o treinta entierros cada día. Además Mount Jerome para los protestantes. Entierros por todo el mundo en todas partes cada minuto. Les echan abajo a paletadas por carretadas a gran velocidad. Millares por hora. Demasiados en el mundo.

Unas enlutadas salieron por la verja: mujer y una niña. Arpía de quijadas flacas, mujer dura para regatear, con el sombrero torcido. Cara de la niña manchada de suciedad y lágrimas, del brazo de la mujer levantando los ojos hacia ella en busca de una señal para llorar. Cara de pez, lívida y sin sangre.

Los ayudantes tomaron a hombros el ataúd y lo llevaron adentro por la verja. Sólo peso muerto. Me sentía más pesado yo mismo al salir de ese baño. Primero el fiambre: después los amigos del fiambre. Corny Kelleher y el

muchacho seguían con las coronas. ¿Quién es el que va a su lado? Ah, el cuñado.

Todos les siguieron.

Martin Cunningham susurró:

—Estaba mortalmente angustiado cuando usted habló de suicidio delante de Bloom.

—¿Qué? —susurró el señor Power—. ¿Por qué?

—Su padre se envenenó —susurró Martin Cunningham—. Tenía el hotel Queen's en Ennis. Ya le oyeron decir que iba a Clare. Aniversario.

—¡Dios mío! —susurró el señor Power—. La primera vez que lo oigo. ¡Se envenenó!

Lanzó una ojeada hacia atrás, a donde una cara con sombríos ojos pensativos les seguía hacia el mausoleo del cardenal. Hablando.

—¿Estaba asegurado? —preguntaba el señor Bloom.

—Creo que sí —contestó el señor Kernan—, pero la póliza estaba muy hipotecada. Martin está intentando meter al muchacho en Artane.

—¿Cuántos chicos dejó?

—Cinco. Ned Lambert dice que tratará de meter a una de las chicas en Todd.

—Un triste caso —dijo el señor Bloom suavemente—. Cinco chicos pequeños.

—Un gran golpe para la pobre mujer —añadió el señor Kernan.

—Sí por cierto —asintió el señor Bloom.

Ahora le toca a ella reírse de él.

Se miró las botas que había ennegrecido y abrigado. Ella le había sobrevivido a él, perdido su marido. Más muerto para ella que para mí. Uno tiene que sobrevivir al otro. Dicen los sabios. Hay más mujeres que hombres en el mundo. Condolerse con ella. Su terrible pérdida. Espero que usted le seguirá pronto. Para las viudas hindúes sólo. Ella se casaría con otro. ¿Con él? No. Sin embargo ¿quién sabe después? La viudez no está de moda desde que murió la vieja reina. Transportada en una cureña. Victoria y Alberto. Funerales conmemorativos en Frogmore. Pero al fin se puso unas pocas violetas en el sombrero. Vanidosa en lo más íntimo de su corazón. Todo por una sombra. Consorte ni siquiera rey. Su hijo era la sustancia. Algo nuevo en que tener esperanza no como el pasado que ella quería recobrar, esperando. Nunca llega. Uno tiene que partir primero: solo bajo el suelo: y no volver a yacer en el tibio lecho de ella.

—¿Cómo estás, Simon? —dijo suavemente Ned Lambert, estrechándole la mano—. Hace siglos que no te veo.

—Nunca he estado mejor. ¿Cómo están todos en la mismísima Cork?

—Estuve allá para las carreras en el parque, el lunes de Pascua —dijo Ned Lambert—. Los mismos seis chelines y ocho peniques de siempre. Me quedé con Dick Tivy.

—¿Y cómo está Dick, el hombre de una pieza?

—No hay nada entre él y el cielo —contestó Ned Lambert.

—¡Por San Pablo! —dijo el señor Dedalus, refrenando su asombro—. ¿Calvo Dick Tivy?

—Martin va a hacer una colecta para los chicos —dijo Ned Lambert, señalando hacia delante—. Unos pocos chelines por barba. Sólo para que vayan tirando hasta que se arregle el seguro.

—Sí, sí —dijo el señor Dedalus dudoso—. ¿Es el chico mayor ese de delante?

—Sí —dijo Ned Lambert— con el hermano de la mujer. John Henry Menton está detrás. Se ha apuntado con una guinea.

—Estaba seguro —dijo el señor Dedalus—. Muchas veces le dije al pobre Paddy que debería cuidar ese trabajo. John Henry no es lo peor de este mundo.

—¿Cómo lo perdió? —preguntó Ned Lambert—. ¿La bebida, eh?

—El defecto de muchos hombres buenos —dijo el señor Dedalus con un suspiro.

Se detuvieron delante de la puerta de la capilla mortuoria. El señor Bloom se quedó de pie detrás del muchacho con la corona, mirándole el pelo peinado liso y el flaco pescuezo con hoyos dentro del cuello flamante. ¡Pobre chico! ¿Estaba allí cuando el padre? Los dos inconscientes. Reanimarse en el último momento y reconocer por última vez. Todo lo que habría podido hacer. Le debo tres chelines a O'Grady. ¿Comprendería? Los ayudantes trasladaron el ataúd a la capilla. Qué lado es la cabeza.

Al cabo de un momento siguió a los demás adentro, parpadeando en la luz velada. El ataúd estaba en su catafalco a la entrada del coro, cuatro altos cirios amarillos en las esquinas. Siempre delante de nosotros. Corny Kelleher, poniendo una corona en cada esquina de delante, hizo señal al chico de arrodillarse. Los del duelo se arrodillaron acá y allá en reclinatorios. El señor Bloom se quedó de pie atrás junto a la pila y, cuando todos se habían arrodillado, dejó caer cuidadosamente su periódico sin desplegar desde el bolsillo y dobló la rodilla derecha sobre él. Acomodó suavemente el sombrero negro en la rodilla izquierda y, sujetándolo por el ala, se inclinó piadosamente.

Un monaguillo, llevando un cubo de latón con algo dentro, salió por una puerta. El sacerdote, con un blusón blanco, salió tras él arreglándose la estola con una mano y llevando en equilibrio con la otra un librito contra su panza de sapo. ¿Quién lee el legajo? Yo, contestó el grajo.

Se detuvieron junto al catafalco y el sacerdote empezó a leer en el libro con un graznar fluido.

Padre Malamud. Sabía que se llamaba como ataúd. *Domine-namine*. Tiene cara de chulo con esa jeta. Domina la función. Cristiano musculoso. Ay de aquel que le mire de mala manera: sacerdote. Tú eres Pedro. Estallando por los costados como una oveja en el trébol, así dice Dedalus que acabará. Con una

panza encima como un cachorro envenenado. Qué expresiones más divertidas encuentra ese hombre. Hum: estallando por los costados.

—*Non intres in iudicium cum servo tuo, Domine.*

Les hace sentirse más importantes que les recen encima en latín. Misa de réquiem. Penas de crespón. Papel de cartas con orla negra. Su nombre en la lista del altar. Sitio helado es éste. Necesitan comer bien, sentados aquí toda la mañana en lo oscuro golpeando con los pies esperando el siguiente por favor. Ojos de sapo también. ¿Qué es lo que le hincha así? Molly se hincha cuando come coles. El aire de este sitio quizá. Parece lleno de gas malo. Debe haber una cantidad infernal de gas malo por este sitio. Los matarifes por ejemplo: se ponen como filetes crudos. ¿Quién me lo decía? Mervyn Brown. Abajo en la cripta de San Werburgh un estupendo órgano viejo y cientocincuenta tienen que perforar un agujero en los ataúdes a veces para que se escape el gas malo y quemarlo. Sale a chorro: azul. Como lo aspiras un momento, estás liquidado.

Me duele la rótula. Ay. Así está mejor.

El sacerdote sacó del cubo del muchacho un palo con una bola en la punta y lo agitó sobre el ataúd. Luego marchó al otro extremo y lo volvió a sacudir. Luego volvió y lo dejó otra vez en el cubo. Como eras antes que reposaras. Está todo escrito: tiene que hacerlo.

—*Et ne nos inducas in tentationem.*

El monaguillo flauteaba las respuestas en falsete. Muchas veces he pensado que sería mejor tener muchachos como criados. Hasta los quince años más o menos. Después de eso, claro...

Agua bendita era, espero. Sacudiendo sueño de eso. El debe estar harto de ese trabajo, sacudiendo esa cosa por encima de todos los cadáveres que le traen al trote. Qué tendría de malo si pudiera ver sobre qué lo sacude. Cada día toda la vida una nueva hornada: hombres de media edad, viejas, niños, mujeres muertas de parto, hombres con barba, hombres de negocios con la cabeza calva, muchachas tuberculosas con pechitos de gorrión. Durante el año entero él rezaba la misma cosa sobre ellos y les sacudía agua encima: dormir. Ahora sobre Dignam.

—*In paradisum.*

Dijo que iba al paraíso o que está en el paraíso. Lo dice encima de todo el mundo. Un trabajo bien fatigoso. Pero algo tiene que decir.

El sacerdote cerró el libro y se marchó, seguido por el monaguillo. Corny Kelleher abrió las puertas laterales y entraron los sepultureros, volvieron a izar el ataúd y lo echaron en su carretón. Corny Kelleher dio una corona al chico y otra al cuñado. Todos les siguieron por las puertas laterales saliendo al suave aire gris. El señor Bloom fue el último en salir, volviendo a doblar el periódico en el bolsillo. Miró gravemente al suelo hasta que el carretón del ataúd se fue rodando por la izquierda. Las ruedas de metal aplastaron la grava con un agudo chillido raspante y el grupo de botas romas siguió a la carreta por una avenida de sepulcros.

Tiri tara tiri tara taró. Dios mío, aquí no debo canturrear.

—La glorieta O'Connell —dijo el señor Dedalus a los de alrededor.

Los blandos ojos del señor Power subieron a la punta del elevado obelisco.

—Reposa —dijo— en medio de su pueblo, el viejo Dan O'. Pero su corazón está enterrado en Roma. ¡Cuántos corazones rotos hay enterrados aquí, Simon!

—La tumba de ella está por ahí, Jack —dijo el señor Dedalus—. Pronto estaré tendido a su lado. Que el Señor me lleve en cuanto le plazca.

Abatido, empezó a llorar para sí mismo silenciosamente, tropezando un poco al andar. El señor Power le dio el brazo.

—Ella está mejor donde está —dijo bondadosamente.

—Eso supongo —dijo el señor Dedalus con un débil jadeo—. Supongo que está en el cielo si hay cielo.

Corny Kelleher se echó fuera de su fila y dejó que los del duelo le pasaran al lado lentamente.

—Momentos tristes —empezó cortésmente el señor Kernan.

El señor Bloom cerró los ojos e inclinó tristemente la cabeza dos veces.

—Los demás se están poniendo el sombrero —dijo el señor Kernan—. Supongo que también nosotros podemos. Somos los últimos. Este cementerio es un sitio traidor.

Se cubrieron la cabeza.

—El reverendo caballero leyó el servicio demasiado deprisa, ¿no le parece? —dijo el señor Kernan con reproche. El señor Bloom asintió valientemente, mirando los ojos vivos, inyectados de sangre. Ojos secretos, ojos buscando secretos. Masón, creo: no estoy seguro. A su lado otra vez. Los últimos. En el mismo bote. Espero que diga algo más. El señor Kernan añadió:

—El servicio de la Iglesia Irlandesa, usado en Mount Jerome, es más sencillo, más impresionante, debo decir.

El señor Bloom asintió prudentemente. La lengua naturalmente era otra cosa.

El señor Kernan dijo son solemnidad:

—*Yo soy la resurrección y la vida*. Eso le toca a uno el fondo del corazón.

—Eso es —dijo el señor Bloom.

Tu corazón quizá pero ¿qué le importa al tipo en el seis pies por dos con los dedos de los pies en las margaritas? Eso no lo toca. Sede de los afectos. Corazón partido. Una bomba después de todo, bombeando miles de galones de sangre por día. Un buen día se atasca y ya estamos. Montones de ellos yaciendo por aquí: pulmones, corazones, hígados. Viejas bombas oxidadas: al cuerno lo demás. La resurrección y la vida. Una vez estás muerto estás muerto. La idea del último día. Levantándoles a todos de un golpe de sus tumbas. ¡Sal fuera, Lázaro! Y salió el quinto y perdió el trabajo. ¡Levantaos! ¡El día final! Entonces cada quisque hurgando por ahí en busca de su hígado y sus tripas y el resto de sus asuntos. Encontrar todas sus malditas cosas por sí mismo esa mañana. Un

pennyweight de polvo en una calavera. Doce gramos son un pennyweight. Medida Troy.

Corny Kelleher se le puso a su paso al lado.

—Todo ha salido de primerísima —dijo—. ¿No?

Les miraba con sus ojos soñolientos. Hombros de policía. Con el tororón tororón.

—Como debía ser —dijo el señor Kernan.

—¿Cómo? ¿Eh? —dijo Corny Kelleher.

El señor Kernan le tranquilizó.

—¿Quién es ese tipo detrás de Tom Kernan? —preguntó John Henry Menton—. Conozco esa cara.

Ned Lambert echó atrás una ojeada.

—Bloom —dijo—. *Madam* Marion Tweedy que era, mejor dicho, que es la soprano, es su mujer.

—Ah, claro —dijo John Henry Menton—. Hace tiempo que no la veo. Era una mujer muy guapa. Bailé con ella, espere, hace sus buenos quince o diecisiete años, en Mat Dillon, en Roundtown. Y bien que le llenaba a uno los brazos.

Echó una mirada atrás a través de los demás.

—¿Qué es él? —preguntó—. ¿Qué hace? ¿No andaba en cosas de papelería? Una noche tuve un disgusto con él, me acuerdo, en los bolos.

Ned Lambert sonrió.

—Sí que andaba —dijo—, en Wisdom Hely. Viajante de papel secante.

—Pero, por los clavos de Cristo —dijo John Henry Menton—, ¿para qué se casó ella con un desgraciado como ése? Entonces tenía mucho juego que dar.

—Todavía lo tiene —dijo Ned Lambert—. Él es agente de anuncios.

Los grandes ojos de John Henry Menton miraron fijamente al vacío.

El carretón dobló a una avenida lateral. Un hombre corpulento, emboscado entre las hierbas, se levantó el sombrero en homenaje. Los sepultureros se tocaron las gorras.

—John O'Connell —dijo el señor Power, complacido—. Nunca olvida a un amigo.

El señor O'Connell dio la mano a todos en silencio. El señor Dedalus dijo:

—He venido a hacerte otra visita.

—Querido Simon —dijo el administrador—. No quiero en absoluto que seas mi cliente.

Saludando a Ned Lambert y a John Henry Menton, avanzó al lado de Martin Cunningham, jugueteando con dos llaves a la espalda.

—¿Han oído —les preguntó— lo de Mulcahy el del Coombe?

—Yo no —dijo Martin Cunningham.

Inclinaron las chisteras en armonía y Hynes acercó el oído. El administrador colgó los pulgares en las curvas de la cadena del reloj de oro y habló en tono discreto hacia sus sonrisas vacías.

—Cuentan la historia —dijo— de que dos borrachos vinieron aquí un atardecer con niebla buscando la tumba de un amigo de ellos. Preguntaron por Mulcahy el del Coombe y les dijeron dónde estaba enterrado. Después de andar tropezando por ahí en la niebla encontraron la tumba, claro que sí. Uno de los borrachos fue leyendo el nombre: Terence Mulcahy. El otro borracho estaba mirando una estatua del Salvador que había hecho poner la viuda.

El administrador echó una mirada a uno de los sepulcros que dejaban atrás. Continuó:

—Y después de mucho mirar a la figura sagrada, dice, *No se parece a él ni pizca jodida. Ese no es Mulcahy, dice, lo haya hecho quien lo haya hecho.*

Recompensado por sonrisas se quedó atrás hablando con Corny Kelleher, recibiendo de éste unas fichas, repasándolas y examinándolas mientras andaba.

—Todo eso lo hace con una intención —explicó Martin Cunningham a Hynes.

—Ya sé —dijo Hynes— ya lo sé.

—Para animarle a uno —dijo Martin Cunningham—. Es pura bondad de corazón: al cuerno lo demás.

El señor Bloom admiró el próspero volumen del administrador. Todos quieren estar en buenas relaciones con él. Un tipo decente, John O'Connell, de los buenos de verdad. Llaves, como el anuncio de Llavees: no hay miedo de que nadie se escape: no hay control de salida. *Habeat corpus*. Tengo que ver lo de ese anuncio después del entierro. ¿Escribí Ballsbridge en el sobre que cogí para tapar cuando ella me interrumpió mientras escribía a Martha? Espero que no la hayan echado a la oficina de cartas extraviadas. Estaría mejor si se afeitara. Barba gris y dura. Esa es la primera señal cuando el pelo sale gris y el carácter se empieza a agriar. Hebras de plata entre el gris. Imagínate ser su mujer. No sé cómo tendría cara para declararse a ninguna chica. Vente conmigo a vivir en el cementerio. Exhibírselo por delante. Al principio la podría emocionar. Cortejando a la muerte... Sombras de la noche cerniéndose aquí con todos los muertos tendidos por ahí. Las sombras de las tumbas cuando los cementerios bostezan y Daniel O'Connell debe ser un descendiente supongo quién es el que solía decir que era mariquita garañón gran católico sin embargo como un enorme gigante en la oscuridad. Fuego fatuo. Gas de las tumbas. Hace falta que ella no piense en eso para poder quedar embarazada. Las mujeres especialmente son tan delicadas. Contarle una historia de fantasmas en la cama para hacerla dormir. ¿Has visto alguna vez un fantasma? Bueno, pues sí. Era una noche negra como la pez. El reloj iba a dar la medianoche. Sin embargo capaces de besar como es debido si se las pone a punto. Las putas en los cementerios turcos. Aprenden cualquier cosa si se las pilla jóvenes. Podría uno encontrar una viudita joven aquí. Los hombres son así. Amor entre las lápidas. Romeo. Condimento del placer. En medio de la muerte estamos en vida. Los extremos se tocan. Dándoles envidia a los pobres muertos. Olor de filetes a la parrilla para muertos de hambre royéndoles las entrañas. Deseo de encandilar a

la gente. Molly queriendo hacerlo en la ventana. De todos modos éste tiene ocho hijos.

Ha visto caer una buena porción en sus años, tendidos a su alrededor, campo tras campo. Camposantos. Más sitio si los enterraran de pie. Sentados o de rodillas no se podría. ¿De pie? Podría salirle un día la cabeza fuera en un deslizamiento de tierras con la mano señalando. El terreno debe estar como un panal: celdas alargadas. Y bien arreglado que lo tiene además, recorta la hierba y los bordes. Su jardín, así llama el Comandante Gamble a Mount Jerome. Bueno, pues sí lo es. Deberían ser adormideras. Los cementerios chinos con amapolas gigantes creciendo producen el mejor opio me dijo Mastiansky. El Jardín Botánico está ahí mismo. Es la sangre hundiéndose en tierra lo que da nueva vida. La misma idea que esos judíos que dicen que mataron al niño cristiano. A cada cual su precio. Cadáver de caballero bien conservado gordo, epicúreo, valiosísimo para huerta. Una ganga. Por la carcasa de William Wilkinson, inspector y contable, tres libras con tres chelines y seis. Con agradecimiento.

Estoy seguro de que el terreno se pondría muy sustancioso con abono de cadáver, huesos, carne, uñas, fosas comunes. Terrible. Volviéndose verdes y rosados, descomponiéndose. Se pudren deprisa en tierra húmeda. Los viejos flacos más duros. Luego una especie de sebosa especie de queso. Luego empiezan a ponerse negros, rezumando una melaza. Luego secos del todo. Mariposas de los muertos. Desde luego las células o lo que sea siguen viviendo. Cambiándose. Viven para siempre prácticamente. Nada de qué comer comen de sí mismas.

Pero deben criar una cantidad endemoniada de gusanos. El terreno debe estar sencillamente hirviendo de ellos. Que un día os hierva la cabeza. Todas rizos y hoyitos, su belleza. Con todo eso él parece bastante alegre. Le da una sensación de poder viendo a todos los demás bajar primero. No sé cómo mirará la vida. Haciendo sus chistes también: le calienta las válvulas del corazón. El del boletín. Spurgeon salió para el cielo a las 4 esta madrugada. 11 de la noche (hora de cerrar). No llegó todavía. Pedro. A los muertos en todo caso a los hombres les gustaría oír de vez en cuando un chiste o a las mujeres saber qué está de moda. Una pera jugosa o un ponche para señoras, caliente, fuerte y dulce. Evitar la humedad. Hay que reírse a veces así que más vale hacerlo así. Enterradores en *Hamlet*. Muestra el profundo conocimiento del corazón humano. No se atreven a hacer chistes con los muertos por lo menos en dos años. *De mortuis nil nisi prius*. Primero quitarse el luto. Difícil imaginar su entierro. Parece una especie de chiste. Leer tu propio aviso de fallecimiento dicen que vives más. Te da cuerda otra vez. Nuevo arriendo de vida.

—¿Cuántos tiene para mañana? —preguntó el administrador.

—Dos —dijo Corny Kelleher—. Diez y media y once.

El administrador se metió los papeles en el bolsillo. El carretón había dejado de rodar. Los del duelo se dividieron poniéndose a los lados del hoyo,

pisando con cuidado alrededor de las tumbas. Los enterradores trasladaron el ataúd y lo pusieron con la cabecera en el borde, enlazando las cuerdas alrededor.

Sepultarle. Venimos a sepultar a César. Sus idus de marzo o junio. No sabe quién hay aquí ni le importa.

Pero ¿quién es ese tío larguirucho de ahí con el macintosh? Pero ¿quién es? me gustaría saberlo. Daría algo por saberlo. Siempre aparece alguien que uno no se imaginaba nunca. Uno podría vivir solo toda la vida. Sí que podría. Pero tendría que tener alguien para enterrarle cuando muriera aunque podría cavar su propia tumba. Todos lo hacemos. Sólo el hombre entierra. No las hormigas tampoco. Lo primero que le impresiona a cualquiera. Enterrar a los muertos. Dicen que Robinsón es como de verdad. Bueno pues entonces le enterró Viernes. Todo viernes entierra a un jueves, si bien se mira.

*Oh mi pobre Robinsón
cómo fue tu solución.*

¡Pobre Dignam! La última vez que se tumba en la tierra en su caja. Cuando se piensa en todos ellos parece un desperdicio de madera. Todo carcomido. Podrían inventar un bonito ataúd con una especie de panel corredizo descargarlo así. Ya, pero podrían objetar a ser enterrados, desde el de otro. Son tan picajosos. Sepultadme en mi tierra natal. Trozo de barro de Tierra Santa. Sólo una madre y un niño nacido muerto se han enterrado alguna vez en el mismo ataúd. Ya veo lo que significa. Ya veo. Para protegerle todo el tiempo posible incluso en la tierra. La casa del irlandés es su ataúd. Embalsamando en catacumbas, momias, la misma idea.

El señor Bloom se quedó atrás, lejos, sombrero en mano, contando las cabezas descubiertas. Doce. Yo soy el trece. No. El tipo del macintosh es trece. Número de la muerte. ¿De dónde demonios ha salido? No estaba en la capilla, lo juraría. Estúpida superstición la del trece.

Bonito paño suave tiene Ned Lambert en ese traje. Un toque de violeta. Yo tenía uno así cuando vivíamos en la calle Lombard West. Un tipo elegante era él en otros tiempos. Se cambiaba tres veces al día de traje. Tengo que hacer que Mesias me vuelva ese traje gris. Anda. Es teñido. Su mujer se me olvidaba que no está casado o su patrona le debía haber quitado esos hilos.

El ataúd se zambulló perdiéndose de vista, dejado resbalar por los hombres, con las piernas abiertas en las tablas de alrededor de la tumba. Se incorporaron con fatiga y se retiraron, y todos se descubrieron. Veinte.

Pausa.

Si de repente todos fuéramos alguien diferente.

Muy lejos rebuznó un burro. Lluvia. No hay tal burro. Nunca se ve uno muerto, dicen. Vergüenza de la muerte. Se esconden. También el pobre papá se marchó.

Suave aire dulce sopló con un susurro en torno a las cabezas descubiertas. Susurro. El muchacho junto a la cabecera de la tumba sostenía la corona con las dos manos mirando tranquilamente el negro espacio abierto. El señor Bloom se situó detrás del corpulento administrador. Una levita bien cortada. Quizá les sopesa para ver a quién le toca el siguiente. Bueno, es un largo descanso. No sentir más. Es el momento lo que se siente. Debe ser condenadamente desagradable. No se puede creer al principio. Un error debe ser: algún otro. Pruebe en la casa de enfrente. Espere, quería. Todavía no he. Luego cuarto fúnebre oscurecido. Luz quieren. Susurrando alrededor de uno. ¿Querías ver un sacerdote? Luego divagando y delirando. Delirio: todo lo que escondiste toda la vida. La lucha con la muerte. Su sueño no es natural. Apretarle el párpado inferior. Observando si tiene la nariz afilada si se le cae la mandíbula si las plantas de los pies se le ponen amarillas. Echar a un lado la almohada y dejar terminar la cosa en el suelo puesto que está condenado. El diablo en esa estampa de la muerte del pecador enseñándole una mujer. Muriéndose de ganas de abrazarla en camisa. Último acto de *Lucia*. *¿No te volveré a contemplar jamás?* ¡Pam! expira. Se fue por fin. La gente habla de uno un poco: se olvidan. No os olvidéis de rezar por él. Recordadle en vuestras oraciones. Incluso Parnell. El Día de la Hiedra se está extinguiendo. Luego siguen ellos: cayendo en un agujero uno tras otro.

Rezamos ahora por el descanso de su alma: Con esperanzas de que estés muy bien, no en el infierno sino en el Edén. Buen cambio de aires. De la sartén de la vida al fuego del purgatorio.

¿Piensa alguna vez en el agujero que le espera? Dicen que eso pasa cuando uno tiritita al sol. Alguien cruza por encima de él. El aviso del traspunte. Cerca de ti. La mía por ahí hacia Finglas, el terreno que he comprado. Mamá pobre mamá y el pobrecillo Rudy.

Los sepultureros cogieron las azadas y lanzaron pesados terrones de barro sobre el ataúd. El señor Bloom volvió la cara. ¿Y si siguiera vivo todo el tiempo? ¡Brrr! Demonios, eso sería terrible. No, no: está muerto, por supuesto. Por supuesto está muerto. Murió el lunes. Debería haber una ley de perforar el corazón para estar seguros o un reloj eléctrico o un teléfono en el ataúd y una especie de respiradero de lona. Bandera de peligro. Tres días. Bastante largo para guardarlos en verano. Más vale quitárselos de encima tan pronto como se está seguro de que no hay.

El barro caía más blandamente. Empezar a ser olvidado. Ojos que no ven corazón que no siente.

El administrador se apartó unos pocos pasos y se puso el sombrero. Ya tenía bastante con eso. Los del duelo fueron tomando ánimos, uno por uno, y se cubrieron sin que se notara mucho. El señor Bloom se puso el sombrero y vio la corpulenta figura atravesando hábilmente el laberinto de tumbas. Tranquilamente, seguro de su terreno, atravesaba los funestos campos.

Hynes anotando algo en su agenda. Ah, los nombres. Pero los sabe todos. No: viene hacia mí.

—Estoy apuntando los nombres nada más —dijo Hynes en voz baja—. ¿Cómo es su nombre de pila? No estoy muy seguro.

—L —dijo el señor Bloom—, Leopold. Y podría también poner el nombre de M'Coy. Me lo pidió.

—Charley —dijo Hynes escribiendo—. Ya sé. Estuvo en otros tiempos en el *Freeman*.

Así que estuvo antes de encontrar el empleo en el depósito de cadáveres a las órdenes de Louis Byrne. Buena idea la autopsia para los médicos. Encuentran lo que imaginan que saben. Ha muerto un martes. Echado. Se escapó con el dinero de unos pocos anuncios. Charley, tú eres mi cariño. Por eso me pidió. Ah bueno, no es nada malo. Ya me ocupé de eso, M'Coy. Gracias, viejo: muy agradecido. Hacerle quedar agradecido: no cuesta nada.

—Y díganos —dijo Hynes— conoce a ese tipo del, el tipo que estaba ahí con un...

Miró alrededor.

—Macintosh. Sí, le vi —dijo el señor Bloom—. ¿Dónde está ahora?

—MacIntosh —dijo Hynes, garrapateando—. No sé quién es. ¿Es así como se llama?

Se apartó, mirando a su alrededor.

—No —empezó el señor Bloom, volviéndose y deteniéndose—. ¡Oiga, Hynes!

No oyó. ¿Qué? ¿A dónde ha desaparecido? Ni señal. Bueno por todos los. ¿Ha visto alguien aquí? Ka e ele ele. Se ha vuelto invisible. Dios mío, ¿qué ha sido de él?

Un séptimo sepulturero llegó al lado del señor Bloom a buscar una azada que no usaban.

—Ah, perdone.

Se echó a un lado ágilmente.

Un barro, pardo, húmedo, empezaba a verse en el hoyo. Subía. Casi terminado. Un montículo de terrones húmedos subió más, subió, y los sepultureros dejaron las azadas. Todos se volvieron a descubrir unos momentos. El muchacho apoyó la corona contra una esquina: el cuñado la suya en un montón. Los sepultureros se pusieron las gorras y se llevaron las azadas embarradas al carretón. Luego golpearon ligeramente los filos en la hierba: limpios. Uno se inclinó a quitar del mango un largo mechón de hierba. Otro, dejando a sus compañeros, echó a andar lentamente con el arma al hombro, la hoja en reflejos azules. Silenciosamente, a la cabecera de la tumba, otro enrollaba las cuerdas del ataúd. Su cordón umbilical. El cuñado, apartándose, le puso algo en la mano libre. Gracias en silencio. Lo siento, señor: molestia. Sacudida de cabeza. Ya lo sé. Para ustedes nada más.

Los del duelo se fueron retirando lentamente, sin objetivo, por caminos en rodeos, parándose un rato a leer un nombre en una tumba.

—Vamos a dar una vuelta por la tumba del jefe —dijo Hynes—. Tenemos tiempo.

—Vamos —dijo el señor Power.

Se volvieron a la derecha, siguiendo sus lentos pensamientos. Con reverencia, habló la voz vacía del señor Power.

—Algunos dicen que no está en absoluto en esa tumba. Que llenaron el ataúd de piedras. Que volverá algún día.

Hynes movió la cabeza.

—Parnell no volverá nunca —dijo—. Está ahí, todo lo que era mortal en él. Paz a sus cenizas.

El señor Bloom avanzó junto a un seto sin ser observado, entre ángeles entristecidos, cruces, columnas rotas, panteones familiares, esperanzas de piedra que rezaban con los ojos elevados, viejos corazones y manos de Irlanda. Más sensato gastar el dinero en alguna caridad para los vivos. Rogad por el reposo del alma de. ¿Reza alguien realmente? Le plantan y han acabado con él. Como por una rampa de carbón abajo. Luego los amontonan juntos para ahorrar tiempo. Día de difuntos. El veintisiete estaré en su tumba. Diez chelines para el jardinero. Lo tiene libre de hierbajos. El mismo viejo. Encorvado con la podadera chascando. Cerca de la puerta de la muerte. Que falleció. Que partió de esta vida. Como si lo hicieran por su propia iniciativa. Les dieron la patada, a todos ellos. Que estiró la pata. Más interesante si le dijeran a uno lo que eran. Fulano, carretero. Yo era viajante de linóleo. Yo pagaba cinco chelines por libra. O una mujer con su cacerola. Yo guisaba un buen estofado irlandés. Elogio en un cementerio de campo es como debería llamarse ese poema de quién es de Wordsworth o de Thomas Campbell. Entró en el descanso así dicen los protestantes. La del viejo doctor Murren. El Gran Médico le llamó a casa. Bueno, es camposanto para ellos. Bonita residencia de campo. Recién revocada y pintada. Lugar ideal para echar un cigarro en paz y leer el *Church Times*. Los anuncios matrimoniales, ellos nunca tratan de embellecerlos. Coronas mohosas, colgadas en remates, guirnalda de hoja de bronce. Mejor valor eso por el precio. Sin embargo, las flores son más poéticas. Lo otro se hace fatigoso, sin marchitar nunca. No expresa nada. Siempre vivas.

Un pájaro estaba posado mansamente en una rama de chopo. Como disecado. Como el regalo de boda que nos hizo el concejal Hooper. ¡Uh! No se le saca un movimiento. Sabe que no hay tiradores con que dispararle. El animal muerto es aún más triste. Millyfilili enterrando el pajarito muerto en la caja de cerillas de cocina, una coronita de margaritas y trozos de collares rotos en la tumba.

El Sagrado Corazón es ése: enseñándolo. Con el corazón en la mano. Debería estar de lado y rojo: tendría que estar pintado como un corazón de verdad. Irlanda le está dedicada o como se diga. Parece cualquier cosa menos

satisfecho. ¿Por qué infligirme esto? Entonces vendrían los pájaros a picar como el chico con el cesto de fruta pero él dijo que no porque tendrían que haberse asustado del muchacho. Apolo fue.

¡Cuántos! Todos estos de aquí estuvieron en otro tiempo dando vueltas por Dublín. Fieles ausentados. Como sois ahora así fuimos nosotros en otro tiempo.

Además ¿cómo podría uno recordar a todo el mundo? Ojos, andares, voz. Bueno, la voz, sí: un gramófono. Tener un gramófono en cada tumba o guardarlo en casa. Después de la comida, el domingo. Pon al pobrecillo bisabuelo. ¡Craahaare! Holaholahola mealegromuchísimo craarc mealegromuchísimodeverosotravez holahola gromuchisi copzsz. Recordar la voz como la fotografía recuerda la cara. Si no uno no podría recordar la cara al cabo de quince años, digamos. Por ejemplo, ¿quién? Por ejemplo alguien que murió cuando yo estaba en Wisdom Hely.

¡Rtststr! Un crujido de gravilla. Esperar. Detenerse. Bajó los ojos atentamente a una cripta de piedra. Algún animal. Esperar. Ahí va.

Una obesa rata gris trotó por un lado de la tumba, moviendo las piedras. Tiene muchas tablas: bisabuela: conoce el paño. El vivo gris se aplastó bajo el plinto, retorciéndose hasta meterse debajo. Buen escondite para un tesoro.

¿Quién vive ahí? Yacen los restos de Robert Emery. A Robert Emmet le enterraron aquí alumbrándose con linternas, ¿no es verdad? Haciendo la ronda.

La cola ha desaparecido ya.

Una de estas acabaría pronto con cualquiera. Dejan los huesos limpios sin importar quién era. Carne corriente para ellas. Un cadáver es carne echada a perder. Bueno ¿y qué es el queso? Cadáver de leche. Leí en esos *Viajes a la China* que los chinos dicen que los blancos huelen a cadáver. Mejor la cremación. Los curas están emperrados en contra. Guisando a la diablo para la otra empresa. Quemadores al por mayor y negociantes en hornos holandeses. En el tiempo de la epidemia. Fosas de cal viva. Cámara letal. Cenizas a las cenizas. O sepultar en el mar. ¿Dónde está esa torre del silencio parsi? Comidos por los pájaros. Tierra, fuego, agua. Ahogarse dicen que es lo más agradable. Ver tu vida entera en un relámpago. Pero al ser devueltos a la vida no. No se puede sepultar en el aire sin embargo. Desde una máquina voladora. No sé si se corre la noticia cuando dejan caer uno nuevo. Comunicación subterránea. Aprendimos eso de ellos. No me sorprendería. Alimentación normal completa para ellos. Las moscas llegan antes que esté bien muerto. Les llegó el pálpito de Dignam. No les importa el olor de eso. Papilla blancosal de cadáver desmigándose: olor, sabor como nabos blancos crudos.

Las verjas relucían delante: aún abiertas. De vuelta al mundo otra vez. Basta de este sitio. A cada vez te acerca un poco más. La última vez que estuve aquí fue en el entierro de la señora Sinico. El pobre papá también. Amor que mata. E incluso escarbando la tierra de noche con una linterna como en aquel caso que leí para conseguir hembras recién sepultadas o incluso podridas con llagas abiertas por la tumba. Verás mi fantasma después de la muerte. Mi

fantasma te perseguirá después de la muerte. Hay otro mundo después de la muerte llamado infierno. No me gusta el otro mundo escribió ella. Ni a mí. Mucho que ver y oír y tocar todavía. Sentir seres vivos calientes cerca de uno. Dejadles dormir en sus lechos gusanientos. No me van a pescar de esta hecha. Camas calientes: vida caliente llena de sangre.

Martin Cunningham salió de un sendero lateral.

Abogado, me parece. Conozco esa cara. Menton. John Henry, abogado, procurador para declaraciones juradas y atestados. Dignam solía estar en su despacho. Con Mat Dillon hace mucho. Las noches de convite del alegre Mat. Aves fiambres, cigarros, los vasos Tántalo. Corazón de oro realmente. Sí, Menton. Se puso furioso aquella noche en la bolera porque le metí mi bola por en medio. Pura chiripa mía: el desnivel. Por qué le entró una antipatía tan arraigada contra mí. Odio a primera vista. Molly y Floey Dillon del brazo bajo el árbol de lilas, riendo. Ese tipo siempre así, mortificado si hay mujeres delante.

Se le ha abollado el sombrero por un lado. El coche probablemente.

—Perdone, señor —dijo el señor Bloom junto a ellos. Se detuvieron.

—Tiene el sombrero un poco aplastado —dijo el señor Bloom, señalando.

John Henry Menton se le quedó mirando fijamente un momento sin moverse.

—Ahí —ayudó Martin Cunningham, señalando también.

John Henry Menton se quitó el sombrero, empujó fuera la abolladura y alisó el pelo cuidadosamente con la manga. Se volvió a encajar el sombrero en la cabeza.

—Ahora está muy bien —dijo Martin Cunningham.

John Henry Menton inclinó la cabeza de una sacudida en reconocimiento.

—Gracias —dijo secamente.

Siguieron andando hacia las verjas. El señor Bloom, alicaído, se echó atrás unos pasos para no oír lo que hablaban. Martin dictando la ley. Martin sabía enredar a un imbécil como ése sin que él se diera cuenta.

Ojos de ostra. Qué más da. Lo sentirá después quizá cuando caiga en la cuenta. Tener entonces ventaja sobre él de ese modo.

Gracias. ¡Qué grandes estamos esta mañana!

En el corazón de la metrópoli hiberniana

Ante la columna de Nelson los tranvías iban más despacio, entraban en agujas, cambiaban el trole, arrancaban hacia Blackrock, Kingstown y Dalkey, Clonskea, Rathgar y Terenure, Palmerston Park y Upper Rathmines, Sandymount Green, Rathmines, Ringsend y Sandymount Tower, Harold's Cross. El ronco controlador de la Compañía Unida de Tranvías de Dublín les daba la salida aullando:

—¡Rathgar y Terenure!

—¡Tira allá, Sandymount Green!

A derecha e izquierda paralelos campaneantes tintineantes un tranvía de dos pisos y otro de uno se pusieron en marcha desde su comienzo de línea, se desviaron hacia la línea descendente y se deslizaron paralelamente.

—¡Salida, Palmerston Park!

El mensajero de la corona

Bajo el pórtico de la oficina central de correos unos limpiabotas voceaban y abrillantaban. Aparcados en la calle North Prince los coches postales de Su Majestad, ostentando en sus costados las iniciales reales, E. R., recibían, lanzadas ruidosamente, sacas de cartas, postales, avisos, paquetes, certificados de respuesta pagada, con destino local, provincial, británico y de ultramar.

Esos señores de la prensa

Carreteros de torpes botas sacaban rodando barriles de sordo retumbo del almacén Prince y los subían entrechocándolos al carro de la cervecería. En el carro de la cervecería se entrechocaban barriles de sordo retumbo sacados rodando del almacén de Prince por carreteros de torpes botas.

—Aquí está —dijo Red Murray—. Alexander Llavees.

—Recórtelo por favor, ¿no? —dijo el señor Bloom—, y yo me daré una vuelta por las oficinas del *Telegraph* para llevarlo.

La puerta del despacho de Rutledge volvió a crujir. Davy Stephens, diminuto en un gran gabán con esclavina, con un pequeño sombrero de fieltro

coronándole los rizos, pasó de largo con un rollo de papeles bajo el gabán, correo del rey.

Las largas tijeras de Red Murray desprendieron el anuncio del periódico en cuatro golpes limpios. Tijeras y pegamento.

—Pasaré por la imprenta —dijo el señor Bloom, llevándose el cuadrado cortado.

—Claro que si quiere un entrefilet —dijo seriamente Red Murray, con una pluma en la oreja—, se lo podemos hacer.

—Muy bien —dijo el señor Bloom, con una cabezada—. Me lo trabajaré. Nosotros.

El caballero William Brayden, de Oaklands, Sandymount

Red Murray le tocó al señor Bloom el brazo con las tijeras y susurró:

—Brayden.

El señor Bloom se volvió y vio al portero con librea quitándose la gorra mientras una solemne figura entraba entre los tablones de noticias de la edición semanal del *Freeman and National Press* y el *Freeman's Journal and National Press*. Barriles de sordo retumbo de Guinness. Pasó, importante, escaleras arriba pilotado por un paraguas, rostro solemne enmarcado en barba. La espalda de paño peinado subía a cada escalón: espalda. Lleva los sesos todos en la nuca, dice Simon Dedalus. Refuerzos de carne por detrás en él. Gordo pliegue de cuello, gordo, cuello, gordo, cuello.

—¿No cree que esa cara es como la de Nuestro Salvador? —susurró Red Murray.

La puerta del despacho de Ruttledge susurró: ù: crüi. Siempre construyen una puerta enfrente de otra para que el viento. Entrada. Salida.

Nuestro Salvador: rostro ovalado enmarcado en barba: hablando en el oscurecer María, Marta. Pilotado por un paraguas espada hacia las candilejas: Mario el tenor.

—O como la de Mario —dijo el señor Bloom.

—Sí —asintió Red Murray—. Pero decían que Mario era la imagen de Nuestro Salvador.

Jesús Mario con mejillas de colorete, jubón y piernas de huso. En *Martha*.

*Ve—en tú, perdida,
ve—en tú, querida.*

El báculo y la pluma

—Su Eminencia telefoneó dos veces esta mañana —dijo gravemente Red Murray.

Observaron desaparecer las rodillas, piernas, botas. Cuello.

Un repartidor de telegramas entró rápido, lanzó un sobre en el mostrador y se marchó a la carrera con una palabra.

—¡*Freeman!*

El señor Bloom dijo lentamente:

—Bueno, éste es también uno de nuestros salvadores. Una mansa sonrisa le acompañó al levantar la tabla del mostrador, al entrar dentro por la puerta lateral, por las calientes escaleras oscuras y el pasillo, y por las tablas que ahora resonaban. Pero ¿salvará la tirada? Retumbando, retumbando. Empujó la puerta oscilante de cristal y entró, pasando sobre papel de jembalaje esparcido. A través de un callejón de rotativas traqueteantes se dirigió al cuartito de lectura de Nannetti.

Con el más sincero dolor anunciamos la desaparición de un respetadísimo ciudadano dublinés

Hynes aquí también: información del entierro probablemente. Retumbando tumb. Esta mañana los restos del difunto señor Patrick Dignam. Máquinas. Deshacen a un hombre en átomos si le pillan. Rigen el mundo hoy. Sus maquinarias también están descuajándose. Como éstas, se fue de la mano: fermentando. Trabajando hasta deshacerse. Y aquella vieja rata gris deshaciendo para entrar.

Cómo se produce un gran órgano diario

El señor Bloom se detuvo detrás del flaco cuerpo del regente, admirando una reluciente coronilla.

Extraño que nunca vio su verdadero país. Irlanda mi país. Diputado por College Green. Hinchó todo lo que pudo aquella campaña del trabajador a jornal. Son los anuncios y las informaciones secundarias lo que hacen venderse un semanario no las noticias rancias de la gaceta oficial. Ha muerto la reina Ana. Publicado con autorización en el año mil y. Finca situada en el término de Rosenallis, baronía de Tinnachinch. A quien pueda interesar estadística con arreglo a las disposiciones legales dando cuenta del número de mulas y jacas exportadas desde Ballina. Cuaderno de la naturaleza. Chistes. El cuento semanal de Pat y Bull por Phil Blake. La página del Tío Toby para los pequeñuelos. Consultorio del rústico ingenuo. Querido Director, ¿qué buen remedio hay para la flatulencia? Me gustaría esa parte. Aprender la mar enseñando a los demás. Los ecos de sociedad. T. F. Especialmente Todo Fotografías. Bien formadas bañistas en dorada playa. El mayor aerostato del mundo. Celebrada doble boda de unas hermanas. Los dos novios riéndose cordialmente uno de otro. Cuprani, también, impresor. Más irlandés que los irlandeses.

Las máquinas chascaban en compás de tres por cuatro. Dale, dale, dale. Y si se quedara paralizado allí y nadie supiera pararlas seguirían chascando y chascando todo el tiempo lo mismo, imprimiéndolo una vez y otra y arriba y abajo. Una estupidez todo. Hace falta una cabeza serena.

—Bueno, mévalo en la edición de la noche, concejal —dijo Hynes.

Pronto le llamará alcalde. Dicen que le apoya Long John.

El regente, sin contestar, garrapateó tírese en una esquina de la hoja e hizo una señal a un tipógrafo. Le entregó la hoja en silencio por encima de la sucia mampara de cristal.

—Eso es: gracias —dijo Hynes, poniéndose en marcha. El señor Bloom le cerró el paso.

—Si quiere cobrar el cajero se va a ir a almorzar —dijo, señalando atrás con el pulgar.

—¿Y usted cobró?

—Hm —dijo el señor Bloom—. Dese prisa y le pescará.

—Gracias, viejo —dijo Hynes—. También yo le pincharé. Se apresuró ansiosamente hacia el *Freeman's Journal*. Tres chelines le presté en Meagher. Tres semanas. Tercera alusión.

Vemos al corredor de publicidad en su trabajo

El señor Bloom puso el recorte en la mesa del señor Nannetti.

—Perdone, concejal —dijo—. Este anuncio, ¿comprende? Llavees, ya recuerda.

El señor Nannetti consideró el recorte un rato y asintió.

—Lo quiere para julio —dijo el señor Bloom.

No lo oye. Nan—nan. Nervios de hierro.

El regente acercó el lápiz al recorte.

—Pero espere —dijo el señor Bloom—. Lo quiere cambiar. Llaves, ya comprende. Quiere dos llaves encima.

Demonio de estrépito que hacen. Quizá no entiende lo que yo.

El regente se volvió para escuchar pacientemente y, levantando el codo, empezó a rascarse lentamente el sobaco de su chaqueta de alpaca.

—Así —dijo el señor Bloom, cruzando los índices encima.

Que se entere primero de esto.

El señor Bloom, lanzando una ojeada de lado, desde la cruz que había hecho, vio la cara amarillenta del regente, me parece que tiene un poco de ictericia, y más allá las obedientes bobinas dando en alimento vastas telas de papel. Chasca. Chasca. Millas de eso desembobinado. ¿Qué se hace de eso después? Ah, envolver carne, paquetes: usos diversos, mil y una cosas.

Deslizando sus palabras hábilmente en las pausas del chascar dibujó rápidamente sobre el tablero lleno de cicatrices.

La casa de las llaves

—Así, mire. Dos llaves cruzadas aquí. Un círculo. Luego aquí el nombre Alexander Llavees, comercio de té, vino y bebidas. Etcétera.

Mejor no enseñarle su propio oficio.

—Ya sabe usted mismo, concejal, lo que él quiere exactamente. Luego en una orla arriba en tipos grandes: La Casa de las Llaves. ¿Comprende? ¿No le parece una buena idea?

El regente trasladó hacia las costillas inferiores la mano que rascaba y siguió rascando allí en silencio.

—La idea —dijo el señor Bloom— es la casa de las llaves. Ya sabe, concejal: el parlamento de la isla de Man. Insinuación sobre la autonomía. Ya sabe usted, los turistas de la isla de Man. Llama la atención, ya comprende. ¿Puede hacerlo?

Quizá podría preguntarle cómo se pronuncia ese *voglio*. Pero entonces si no lo supiera sólo le dejaría mal. Mejor que no.

—Podemos hacerlo —dijo el regente—. ¿Tiene el dibujo?

—Puedo buscarlo —dijo el señor Bloom—. Estaba en un periódico de Kilkenny. Tiene también una casa ahí. Haré una escapada a pedírselo. Bueno, puede hacer eso y un pequeño entrefilet para llamar la atención. Ya sabe, lo de costumbre. Establecimiento registrado para bebidas de alta calidad. Necesidad sentida hace mucho tiempo. Etcétera.

El regente lo pensó un momento.

—Lo podemos hacer —dijo—. Pero que nos renueve por tres meses.

Un tipógrafo le trajo una floja galerada. Él empezó a corregirla silenciosamente. El señor Bloom esperó, oyendo los ruidosos latidos de las maquinarias y observando a los silenciosos tipógrafos ante sus cajas.

Ortografía

Quiei e estar seguro de su ortografía. Fiebre de las pruebas. Martin Cunningham se olvidó de darnos su adivinanza de ortografía esta mañana. Es divertido observar el horrible hache o erre doble aburrimiento be u erre doble de un vagabundo absorto en la visión de un bello ejemplo de simetría bajo una valla de cementerio. Estúpido, ¿no es verdad? Cementerio claro está puesto a causa de simetría.

Yo habría podido decir cuando se encajó la chistera. Gracias. Debería haber dicho algo sobre un sombrero viejo o algo así. No, podría haber dicho. Parece como nuevo ahora. Ver qué cara ponía entonces.

Sllt. El cilindro inferior de la primera máquina empujó adelante su tablero móvil con sllt con la primera hornada de hojas dobladas en resma. Sllt. Casi humano el modo de llamar la atención. Haciendo todo lo que puede por hablar. Esa puerta sllt crujiendo, pidiendo que la cierren. Todo habla a su manera. Sllt.

El regente devolvió de repente la galerada diciendo:

—Espere, ¿Dónde está la carta del arzobispo? Hay que repetirla en el *Telegraph*. ¿Dónde está como se llame?

Miró a su alrededor por sus ruidosas máquinas sin respuesta.

—¿Monks, dice usted? —preguntó una voz desde la caja de tipos.

—Eso. ¿Dónde está Monks?

—¡Monks!

El señor Bloom recogió su recorte. Hora de marcharse.

—Entonces me buscaré el dibujo, señor Nannetti —dijo—, y usted lo pondrá en buen sitio, ya lo sé.

—¡Monks!

—Sí, señor.

Renovación por tres meses. Voy a tener que gastar mucha saliva primero. Probarlo de todos modos. Insistir en agosto: buena idea: el mes de la feria de caballos. Ballsbridge. Vienen forasteros a la feria.

Un cronista en jefe

Atravesó por la sala de cajas, pasando junto a un viejo, inclinado, con gafas, con mandil. El viejo Monks, el cronista en jefe. Curiosa cantidad de material que ha debido pasar por sus manos en su vida: avisos de fallecimiento, anuncios de tabernas, discursos, pleitos de divorcio, encontrados ahogados. Ahora acercándose al extremo de sus fuerzas. Hombre decente y serio con su poco en la caja de ahorros diría yo. Su mujer buena cocinera y lavandera. La hija cosiendo a máquina en la salita. Una fea Andrea, sin fantasías idiotas.

Y era la fiesta de la pascua hebrea

Se paró por el camino a observar a un tipógrafo distribuyendo limpiamente los tipos. Lo lee primero hacia atrás. Lo hace muy deprisa. Debe requerir cierta práctica. mangiD. kcirtaP. El pobre papá con su libro de la Hagadah, leyéndome con el dedo marcha atrás. Pessach. El año que viene en Jerusalén. ¡Ay, Dios mío, ay! Todo ese largo asunto que nos trajo de la tierra de Egipto y a la casa de servidumbre *alleluia*. *Shema Israel Adonai Elohenu*. No, eso es lo otro. Luego los doce hermanos, hijos de Jacob. Y luego el cordero y el gato y el perro y el palo y el agua y el carnicero y luego el ángel de la muerte mata al carnicero y éste mata al buey y el perro mata al gato. Suena un poco estúpido hasta que se llega a ver bien lo que es. Justicia es lo que significa pero es que todos se comen a otros. Eso es la vida después de todo. Qué deprisa hace este trabajo. La práctica le hace a uno perfecto. Parece que ve con los dedos.

El señor Bloom pasó adelante, saliendo desde los chasquidos estrepitosos por la galería hasta el descansillo. ¿Voy ahora a hacer todo ese camino en

tranvía para luego quizá encontrarle fuera? Mejor telefonarle primero. ¿Número? El mismo de la casa Citron. Veintiocho. Veintiocho cuatro cuatro.

Sólo una vez más ese jabón

Bajó por las escaleras de la casa. ¿Quién demonios ha garrapateado por todas las paredes con cerillas? Parece como si lo hubieran hecha por una apuesta. Pesado olor a grasa hay siempre en estas imprentas. Cola tibia de la puerta de al lado en casa de Thom cuando estuve allí.

Sacó el pañuelo para aplicárselo a la nariz. ¿Citrón–limón? Ah, el jabón que me metí ahí. Lo pierdes en ese bolsillo. Al meter otra vez el pañuelo sacó el jabón y lo puso a buen recaudo, abotonándose el bolsillo de atrás del pantalón.

¿Qué perfume usa tu mujer? Podría ir a casa todavía: en tranvía: algo que olvidé. Sólo para ver antes de vestirse. No. Aquí. No.

Una carcajada repentina salió de la oficina del *Evening Telegraph*. Sé quién es. ¿Qué pasa? Me meteré un momento a telefonar. Es Ned Lambert.

Entró suavemente.

Erín, verde gema del mar de plata

—El espectro avanza —murmuró el profesor MacHugh, suavemente, rebosando galleta, hacia el polvoriento cristal de la ventana.

El señor Dedalus, mirando con fijeza desde la vacía chimenea a la cara intrigante de Ned Lambert, preguntó agriamente a esa cara:

—Por los clavos de Cristo, ¿no es como para darle a uno ardores de estómago en el culo?

Ned Lambert, sentado a la mesa, siguió leyendo:

—*O bien, poned atención en los meandros de algún rumoroso arroyuelo que avanza charlotteando, abanicado por los más gentiles céfiros si bien querellándose con los pedregosos obstáculos, hacia las tumultuosas aguas de los azules dominios de Neptuno, por entre musgosas riberas, bajo el juego de la luz del sol o bajo las sombras proyectadas sobre su pensativo seno por el embovedado follaje de los gigantes de la floresta. ¿Qué me dices de eso, Simon?* —preguntó por encima del margen del periódico—. ¿Qué tal eso como elevación?

—Cambiando de trago —dijo el señor Dedalus.

Ned Lambert, riendo, golpeó el periódico en las rodillas, repitiendo:

—*El pensativo seno y el abobado follaje. ¡Ah qué gente, qué gente!*

—Y Jenofonte miró a Maratón —dijo el señor Dedalus, volviendo a mirar a la chimenea y a la ventana—, y Maratón miró al mar.

—Basta con eso —gritó el profesor MacHugh desde la ventana—. No quiero oír más tales cosas.

Terminó de comerse la media luna de galleta que había estado mordisqueando y, con el apetito abierto, se dispuso a mordisquear la galleta que tenía en la otra mano.

Alta retórica. Globos hinchados. Ya veo que Ned Lambert se está tomando un día de descanso. Un entierro le trastorna a uno bastante el día, no es verdad. Éste tiene influencia, dicen. El viejo Chatterton, el vicescanciller, es tío abuelo suyo o tío bisabuelo. Cerca de los noventa dicen. El artículo de fondo por su muerte quizá escrito hace mucho tiempo. Viviendo para fastidiarles. Podría morirse él mismo primero. Johnny, hazle sitio a tu tío. El muy honorable Hedges Eyre Chatterton. Estoy seguro de que de vez en cuando le extiende temblorosamente algún cheque que otro en momentos de apuro. Qué golpe de suerte cuando estire la pata. Alleluia.

—Otro espasmo nada más —dijo Ned Lambert.

—¿Eso qué es? —preguntó el señor Bloom.

—Un fragmento de Cicerón descubierto recientemente —contestó el profesor MacHugh en tono pomposo—. *Nuestra hermosa patria*.

Breve pero apropiado

—¿La patria de quién? —preguntó con sencillez el señor Bloom.

—Una pregunta muy pertinente —dijo el profesor mientras masticaba—. Con acento en el de quién.

—La patria de Dan Dawson —dijo el señor Dedalus.

—¿Es su discurso de anoche? —preguntó el señor Bloom.

Ned Lambert asintió.

—Pero escuchen esto —dijo.

El pestillo de la puerta golpeó al señor Bloom en los riñones al abrirse de un empujón.

—Perdón —dijo J. J. O'Molloy, entrando.

El señor Bloom se echó a un lado, ágilmente.

—Perdone usted —dijo.

—Buenos días, Jack.

—Adelante. Adelante.

—Buenos días.

—¿Cómo está usted, Dedalus?

—Bien. ¿Y usted?

J. J. O'Molloy movió la cabeza.

Triste

Era el más listo de los abogados jóvenes. En decadencia pobre tipo. Esos accesos febriles significan el final de un hombre. Está de mírame y no me toques. Qué se masca en el aire, me pregunto. Preocupaciones de dinero.

—O bien basta que trepemos a los dentados picos de las montañas.

—Tiene usted muy buena cara.

—¿Se puede ver al director? —preguntó J. J. O'Molloy, mirando a la puerta interior.

—Ya lo creo que sí —dijo el profesor MacHugh—. Se le puede ver y se le puede oír. Está en su sancta sanctorum con Lenehan.

J. J. O'Molloy se acercó lentamente al inclinado pupitre y empezó a pasar las hojas rosas de la carpeta.

La clientela disminuye. Uno que podría haber sido. Perdiendo ánimos. Jugando. Deudas de honor. Cosechando tempestades. Solía recibir buenas comisiones de D, y T. Fitzgerald. Sus pelucas para exhibir su materia gris. Los sesos de manifiesto como el corazón de la estatua de Glasnevin. Creo que tiene algún trabajo literario para el *Express* con Gabriel Conroy. Un tipo muy leído. Myles Crawford empezó en el *Independent*. Es curioso de qué modo estos periodistas dan un viraje en cuanto se huelen una nueva oportunidad. Veletas. Caliente y frío en el mismo soplo. No sabría uno qué creer. Una historia es buena hasta que oyes la siguiente. Se arrancan los pelos unos a otros en los periódicos y luego aquí no ha pasado nada. Hola chico me alegro de verte un momento después.

—Ah, escuchen esto, por lo que más quieran —suplicó Ned Lambert—. *O bien basta que trepemos a los dentados picos de las montañas...*

—¡Hinchazón! —interrumpió iracundo el profesor—. ¡Basta ya de ese saco de viento inflado!

—Montañas —continuó Ned Lambert—, remontándose cada vez más altas, para que nuestras almas se bañen, por decirlo así,...

—Sus labios se bañen —dijo el señor Dedalus—. ¡Bendito y eterno Dios! ¿Y qué? ¿Saca algo con eso?

—*Por decirlo así, en el panorama impar del álbum de Irlanda, inigualado, a pesar de sus alabadísimos prototipos en otras privilegiadas regiones, afamadas por su misma belleza, de espesura boscosa y planicie ondulante y lujuriantes pastos de primavera verdor, empapados en el transcendente fulgor transluciente de nuestra suave y misterioso crepúsculo irlandés...*

Su habla natal

—La luna —dijo el profesor MacHugh—. Se le olvidó Hamlet.

—*Que reviste la perspectiva en lontananza y en toda la amplitud en espera de que la refulgente esfera de la luna resplandezca irradiando su efulgencia plateada.*

—¡Ah! —gritó el señor Dedalus, desahogando un gemido desesperado—, ¡mierda con cebollas! Ya está bien, Ned. La vida es demasiado corta.

Se quitó la chistera y, levantando con resoplidos de impaciencia su espeso bigote, se peinó el pelo a lo galés con los dedos en rastrillo.

Ned Lambert tiró a un lado el periódico, risoteando con deleite. Un momento después un ronco ladrido de risa estalló por la cara, sin afeitar y con gafas negras, del profesor MacHugh.

—¡Zoquetito! —gritó.

Lo que dijo Wetherup

Muy bonito reírse de eso ahora que está en letras de molde, pero se lo engullen como pan caliente. ¿Trabajaba en cosas de panadería, no es verdad? Por eso le llaman Zoquetito. De todos modos, se ha puesto bien las botas. La hija es novia de aquel tipo de la oficina de impuestos, que tiene coche. Le ha echado bien el anzuelo. Reuniones a casa abierta. A hincharse. Wetherup siempre lo dijo. Agárralos por el estómago.

La puerta interior se abrió violentamente y una cara escarlata y con pico, crestada por un mechón de pelo plumoso, se metió adentro. Los atrevidos ojos azules miraron con pasmo alrededor y la áspera voz preguntó:

—¿Qué es eso?

—Y aquí llega el falso hidalgo en persona —dijo en tono grandioso el profesor MacHugh.

—¡Quita de ahí, viejo pedagogo jodido! —dijo el director a modo de reconocimiento.

—Vamos, Ned— dijo el señor Dedalus, poniéndose el sombrero—. Tengo que echar un trago después de eso.

—¡Un trago! —gritó el director—. No se sirven bebidas antes de la misa.

—Mucha verdad también —dijo el señor Dedalus, saliendo—. Vamos allá, Ned.

Ned Lambert se deslizó de lado desde la mesa. Los ojos azules del director vagaron hacia la cara del señor Bloom, velados por una sonrisa.

—¿Viene con nosotros, Myles? —preguntó Ned Lambert.

En que se evocan memorables batallas

—¡La milicia de North Cork! —gritó el director, dando zancadas hacia la chimenea—. ¡No hubo una vez que no ganáramos! ¡North Cork y oficiales españoles!

—¿Dónde fue eso, Myles? —preguntó Ned Lambert con una ojeada reflexiva hacia sus punteras.

—¡En Ohio! —gritó el director.

—Es verdad, pardiez —asintió Ned Lambert.

Al marcharse, susurró a J. J. O'Molloy:

—Principios de delirium tremens. Un triste caso.

—¡Ohio! —graznó el director en agudo falsete levantando su cara escarlata—. ¡Mi Ohio!

—¡Un crético perfecto! —dijo el profesor—. Larga, corta y larga.

Oh arpa eólica

Sacó del bolsillo del chaleco un carrete de sedal dental, y, arrancando un trozo, lo hizo vibrar hábilmente entre dos y dos de sus resonantes dientes sin lavar.

—Bingbang, bingbang.

El señor Bloom, viendo la costa despejada, se dirigió a la puerta interior.

—Un momento sólo, señor Crawford —dijo—. Quiero telefonear por un anuncio.

Entró.

—¿Qué hay del artículo de fondo de esta noche? —pregunto el profesor MacHugh, acercándose al director y poniéndole la mano con firmeza en el hombro.

—Se arreglará muy bien —dijo Myles Crawford más tranquilo—. No se inquiete. Hola, Jack. Está muy bien.

—Buenos días, Myles —dijo J. J. O'Molloy, dejando resbalar flojamente otra vez a la carpeta las hojas que tenía en la mano—. ¿Va hoy ese caso de estafa del Canadá?

El teléfono zumbó dentro.

—Veintiocho... No, veinte... Cuatro cuatro... Sí.

Señalar al ganador

Lenehan salió de la oficina interior con las pruebas confeccionadas del extraordinario deportivo.

—¿Quién quiere la fetén para la Copa de Oro? —preguntó—. Cetro, montado por O. Madden.

Echó las pruebas en la mesa.

Se acercaron de golpe en el vestíbulo unos chillidos de vendedores descalzos y la puerta se abrió de par en par.

—Silencio —dijo Lenehan—. Oigo pateos.

El profesor MacHugh cruzó el cuarto a zancadas y agarró por el cuello a un golfillo que se encogió mientras los demás salían disparados del vestíbulo, escaleras abajo. Las pruebas se agitaron en la corriente, hicieron flotar suavemente en el aire sus garabatos azules y llegaron a tierra debajo de la mesa.

—No fui yo, señor. Fue ese grande que me empujó.

—Échele fuera y cierre la puerta. Sopla un huracán.

Lenehan empezó a recoger del suelo las pruebas, gruñendo al inclinarse por segunda vez.

—Estamos esperando el extraordinario de las carreras —dijo el chico—. Fue Pat Farrell el que me empujó, señor.

Señaló dos caras que atisbaban a los lados de la puerta.

—Ese, señor.

—Fuera de aquí contigo —dijo furioso el profesor MacHugh.

Empujó fuera al muchacho y cerró de un portazo.

J. J. O'Molloy hojeaba las carpetas haciéndolas crujir, buscando y murmurando:

—Continuación en página seis, columna cuatro.

—Sí... Aquí el *Evening Telegraph* —telefoneaba el señor Bloom, desde la oficina de dentro—. ¿Está el jefe...? Sí, el *Telegraph*... ¿A dónde? ¡Ah, ya! ¿Qué subastas?... ¡Ah, ya! Entiendo... Muy bien. Le pescaré.

Tiene lugar un choque

El timbre volvió a repicar cuando colgó. Entró rápidamente y se tropezó con Lenehan que se incorporaba fatigosamente con la segunda prueba.

—*Pardon, Monsieur* —dijo Lenehan agarrándole un momento y haciendo una mueca.

—Culpa mía —dijo el señor Bloom, consintiendo su agarrón—. ¿Se hizo daño? Tengo mucha prisa.

—La rodilla —dijo Lenehan.

Puso una cara cómica y gimió, frotándose la rodilla.

—La acumulación de los *anno Domini*.

—Lo siento —dijo el señor Bloom.

Fue a la puerta y, sosteniéndola entreabierta, se detuvo. J. J. O'Molloy pasaba las hojas con pesado golpear. Los ruidos de dos voces agudas y una armónica resonaron en la destartada entrada, lanzados por los vendedores, en cuclillas en los escalones:

*Somos los muchachos de Wexford
que lucharon con brazo y corazón.*

Mutis de Bloom

—Me acercaré de una carrera a Bachelor's Walk —dijo el señor Bloom—, para lo de ese anuncio de Llavees. Quiero arreglarlo. Me han dicho que está por allí, en Dillon.

Les miró a la cara indeciso unos momentos. El director que, contra la repisa de la chimenea, había apoyado la cabeza en la mano, de repente extendió un brazo con gesto amplio.

—¡Vaya! —dijo—. Tiene el mundo por delante.

—Vuelvo en seguida —dijo el señor Bloom, saliendo a toda prisa.

J. J. O'Molloy le tomó de la mano las pruebas a Lenehan y las leyó, soplando suavemente para separarlas, sin comentarios.

—Conseguirá ese anuncio —dijo el profesor, mirando fijamente a través de sus gafas de montura negra por encima de la persiana—. Mire esos granujillas que le siguen.

—¡A ver! ¿Dónde...? —gritó Lenehan, corriendo a la ventana.

Un desfile por la vía pública

Los dos sonrieron por encima de la persiana a la fila de vendedores que iban haciendo piruetas detrás del señor Bloom, el último de ellos llevando en la brisa una cometa de broma, en zigzagues blancos, con una cola de nudos en mariposa.

—Mire ese golfillo detrás de él burlándose y gritando —dijo Lenehan—, y se partirá de risa. ¡Ay, mis costillas! Le imita los pies planos y los andares. Zapatitos ajustados. Para cazar pajaritos.

—Empezó a bailar una mazurca en rápida caricatura a través del cuarto, resbalando los pies, más allá de la chimenea, hasta J. J. O'Molloy, que le puso las pruebas en las manos tendidas para recibirlas.

—¿Esto qué es? —dijo Myles Crawford con sobresalto—. ¿Dónde se han ido los otros dos?

—¿Quién? —dijo el profesor, volviéndose—. Se han ido a dar una vuelta hasta el Oval, a tomar un trago. Paddy Hooper está allí con Jack Hall. Vinieron por acá anoche.

—Vamos allá entonces —dijo Myles Crawford—. ¿Dónde tengo el sombrero?

A sacudidas, entró en la oficina interior, separando los faldones de la chaqueta y haciendo tintinear las llaves en el bolsillo de atrás. Luego tintinearón en el aire y contra la madera al cerrar el cajón de su mesa.

—Ya está bastante colocado —dijo el profesor MacHugh en voz baja.

—Eso parece —dijo J. J. O'Molloy, sacando una petaca de cigarrillos en meditación murmurante—, pero no siempre es lo que parece. ¿Quién tiene más cerillas?

La pipa de la paz

Ofreció un cigarrillo al profesor y cogió él otro. Lenehan, prontamente, les encendió una cerilla dándoles fuego a los cigarrillos uno tras otro. J. J. O'Molloy volvió a abrir la petaca y se la ofreció.

—*Gracié á vous* —dijo Lenehan, sirviéndose.

El director salió de la oficina de dentro, con un sombrero de paja ladeado sobre la frente. Declamó cantando y señalando severamente al profesor MacHugh:

Honor y fama fue lo que os tentó,

os sedujo el imperio el corazón.

El profesor sonrió, apretando sus largos labios.

—¿Eh? ¿Tú, jodido antiguo imperio romano? —dijo Myles Crawford.

Sacó un cigarrillo de la petaca abierta. Lenehan, encendiéndoselo con rápida gracia, dijo:

—¡Silencia para mi flamante adivinanza!

—*Imperium romanum* —dijo J. J. O'Molloy suavemente—. Suena más noble que británico o Brixton. La palabra no sé por qué le recuerda a uno la grasa al fuego.

Myles sopló violentamente la primera bocanada hacia el techo.

—Eso es —dijo—. Nosotros somos la grasa. Tú y yo somos la grasa en el fuego. No tenemos ni las esperanzas de una bola de nieve en el infierno.

Aquella grandeza que fue Roma

—Esperen un momento —dijo el profesor MacHugh, levantando las tranquilas zarpas—: No nos debemos dejar engañar por las palabras, por los sonidos de las palabras. Pensamos en Roma, imperial, imperiosa, imperativa.

Extendió unos brazos en elocución saliendo de puños sucios y deshilachados, con una pausa:

—¿Qué fue su civilización? Vasta, lo admito: pero vil. *Cloacae*: alcantarillas. Los judíos en el desierto y en la cumbre del monte dijeron: *Es bueno que nos quedemos aquí. Construyamos un altar a Jehová*. El romano, como el inglés que le sigue las huellas, llevó a toda nueva orilla en que puso pie (en nuestra orilla no lo puso jamás) sólo su obsesión cloacal. Miró a su alrededor, en su toga, y dijo: *Es bueno que nos quedemos aquí. Construyamos un retrete*.

—Y así lo hicieron —dijo Lenehan—. Nuestros viejos antepasados de antaño, según leemos en el primer capítulo del libro de Guinness, tenían debilidad por el agua corriente.

—Eran caballeros de la naturaleza —murmuró J. J. O'Molloy—. Pero tenemos también el derecho romano.

—Y Poncio Pilato es su profeta —respondió el profesor MacHugh.

—¿Saben la historia del presidente del Tribunal de Cuentas, Palles? —preguntó J. J. O'Molloy—. Era en el banquete real de la Universidad. Todo marchaba estupidamente...

—Primero mi adivinanza —dijo Lenehan—. ¿Están preparados?

El señor O'Madden Burke, alto en abundante paño gris de Donegal, entró desde el vestíbulo. Stephen Dedalus, detrás de él, se descubrió al entrar.

—*Entrez, mes enfants!* —gritó Lenehan.

—Escolto a un suplicante —dijo melodiosamente el señor O'Madden Burke—. La Juventud guiada por la Experiencia visita a la Celebridad.

—¿Cómo estás? —dijo el director, tendiendo la mano—. Entra. Tu progenitor se acaba de ir.

? ? ?

Lenehan les dijo a todos:

—¡Silencio! ¿Cuál es la ópera que se parece a una línea férrea? Reflexionen, ponderen, excogiten, respondan.

Stephen entregó las hojas a máquina, señalando al título y la firma.

—¿Quién? —preguntó el director.

Trozo arrancado.

—El señor Garrett Deasy —dijo Stephen.

—Aquel viejo chocho —dijo el director—. ¿Quién lo ha roto? ¿Tuvo ganas de repente...?

*Flameando en rauda vela
del sur, en tormenta loca,
viene, pálido vampiro,
a unir su boca a mi boca.*

—Hola, Stephen —dijo el profesor, acercándose a atisbar por encima de los hombros de los dos—. ¿Glosopeda? ¿Te has vuelto...?

El bardo bienhechor del buey.

—Buenos días, profesor —contestó Stephen, ruborizándose—. Esta carta no es mía. El señor Garrett Deasy me pidió que...

Escándalo en un afamado restaurante

—Ah, ya le conozco —dijo Myles Crawford—, y conocí también a su mujer. La más jodida vieja avinagrada que ha hecho nunca Dios. Qué demonios, ésa sí que tenía la glosopeda, sin discusión. La noche que le tiró la sopa a la cara a un camarero del Star and Garter. ¡Jo jo!

Una mujer trajo el pecado al mundo. Por Helena, la fugitiva esposa de Menelao, diez años los griegos. O'Rourke, príncipe de Breffni.

—¿Está viudo? —preguntó Stephen.

—Sí, por ahora —dijo Myles Crawford, recorriendo con los ojos el texto a máquina—. Caballos del Emperador. Habsburgo. Un irlandés le salvó la vida en las murallas de Viena. ¡No lo olvidéis! Maximilian Karl O'Donnell, conde de Tirconnel en Irlanda. Mandó a su heredero a que hiciera del rey ahora un mariscal de campo austríaco. Va a haber problemas aquí algún día. Patos salvajes. Ah sí, a cada vez. ¡No olviden eso!

—La cuestión crucial es si lo ha olvidado él —dijo tranquilamente J. J. O'Molloy, dando vueltas a un pisapapeles en herradura—. Salvar príncipes es un trabajo por el que se reciben sólo las gracias.

El profesor MacHugh se volvió hacia él. —¿Y si no? —dijo.

—Les diré cómo fue —empezó Myles Crawford—. Fue un húngaro, que un día...

CAUSAS PERDIDAS

Se menciona a un noble marqués

—Siempre fuimos leales a las causas perdidas —dijo el profesor—. El éxito para nosotros es la muerte del intelecto y de la imaginación. Nunca fuimos leales a los que tuvieron éxito. Les servimos. Yo enseño la resonante lengua latina. Hablo la lengua de una raza cuya mentalidad tiene su cima en la máxima: el tiempo es dinero. Dominación material. *Dominus!* ¡Señor! ¿Dónde está la espiritualidad? ¡Señor Jesús! *Lord Jesús!* ¡Lord Salisbury! Un sofá en un club del West End. ¡Pero los griegos!

Kyrie eleison!

Una sonrisa luminosa aclaró sus ojos bordeados de oscuro y alargó sus largos labios.

—¡Los griegos! —dijo otra vez—. *Kyrios!* ¡Palabra refulgente! Las vocales que no conocen los semitas y los sajones. *Kyrie!* La radiosidad del intelecto. Yo debería dedicarme al griego, la lengua de la mente. *Kyrie eleison!* El constructor del water-closet y el constructor de la cloaca nunca serán señores de nuestro espíritu. Somos leales súbditos de la caballería católica de Europa que se fue a pique en Trafalgar, y del imperio del espíritu, no un *imperium*, que se hundió con la flota ateniense en Egospótamos. Sí, sí. Se hundieron. Pirro, descaminado por un oráculo, hizo un último intento por salvar la suerte de Grecia. Leal a una causa perdida.

Se apartó de ellos hacia la ventana.

—Marcharon a la batalla —dijo en tono gris el señor O'Madden Burke—, pero siempre cayeron.

—¡Uuuuh! —lloró Lenehan con poco ruido—. Debido a un ladrillo en la cabeza en la segunda mitad de la *matinée*. ¡Pobre, pobre Pirro!

Luego susurró al oído de Stephen:

El epigrama de Lenehan

*Un tal MacHugh, de grave redondez,
lleva unos lentes negros como pez.
Y no sé para qué
pues casi siempre ve*

doble. ¿Entiendes el chiste o la idiotez?

De luto por Salustio, dice Mulligan. Que se le acaba de morir su madre como una bestia.

Myles Crawford se metió las hojas en un bolsillo de la chaqueta.

—Ya está bien —dijo—. Leeré lo demás después. Está bien.

Lenehan extendió las manos protestando.

—Pero ¿y mi adivinanza? —dijo—. ¿Cuál es la ópera que se parece a una línea férrea?

—¿Ópera? —la cara de esfinge del señor O'Madden Burke readivinó.

Lenehan anunció alegremente:

—*The Rose of Castille*. ¿Comprenden la cosa? *Rows of cast steel*, hileras de acero fundido. ¡Je!

Le dio una suave metida al señor O'Madden Burke en el brazo. El señor O'Madden Burke se dejó caer hacia atrás con gracia sobre el paraguas, fingiendo un estertor.

—¡Socorro! —suspiró—. Siento una fuerte debilidad.

Lenehan, poniéndose de puntillas, le abanicó la cara rápidamente con las crujientes pruebas.

El profesor, regresando por al lado de las carpetas, rozó con la mano las corbatas desanudadas de Stephen y el señor O'Madden Burke.

—París, pasado y presente —dijo—. Parecéis de la *Commune*.

—Como tíos que hubieran hecho volar la Bastilla —dijo J. J. O'Molloy con tranquilo sarcasmo—. ¿O fuisteis vosotros los que matasteis a tiros entre los dos al lugarteniente general de Finlandia? Parece como si hubierais sido los autores del hecho. El general Bobrikoff.

De todo un poco

—Lo estábamos pensando, nada más —dijo Stephen.

—Todos los talentos —dijo Myles Crawford—. El derecho, los clásicos...

—Las carreras de caballos —añadió Lenehan.

—La literatura, la prensa.

—Si estuviera aquí Bloom —dijo el profesor—. El amable arte de la publicidad.

—Y Madame Bloom —añadió el señor O'Madden Burke—. La musa vocal. La gran favorita de Dublín.

Lenehan tosió con ruido.

—¡Ejem! —dijo muy suavemente—. ¡Ah, una bocanada de aire libre! He pillado un resfriado en el parque. La verja estaba abierta.

¡Tú puedes hacerlo!

El director le puso la mano en el hombro a Stephen, nerviosamente.

—Quiero que escribas algo para mí —dijo—. Algo con garra. Puedes hacerlo. Te lo veo en la cara. *En el léxico de la juventud...*

Verlo en tu cara. Verlo en tus ojos. Perezoso intrigantuelo ocioso.

—¡Glosopeda! —gritó el director en desdeñosa invectiva—. ¡Gran reunión nacionalista en Borris-in-Ossory! ¡Qué mierda! ¡Avasallando al público! Darles algo con garra. Méтанos dentro a todos, maldita sea. Padre Hijo y Espíritu Santo y Water-Closet MacCarthy.

—Podemos todos proporcionar pábulo mental —dijo el señor O'Madden Burke.

Stephen levantó los ojos a su atrevida mirada desatenta.

—Te quiere para su pandilla de la prensa —dijo J. J. O'Molloy.

El gran Gallaher

—Puedes hacerlo —repitió Myles Crawford, apretando el puño al enfatizar—. Espera un momento. Paralizaremos a Europa, como solía decir Ignatius Gallaher cuando andaba hecho un desastre, marcando tantos de billar en el Clarence. Gallaher, ése sí que era un periodista. Eso sí que era una pluma. ¿Sabes cómo dio el golpe? Te lo diré. Fue el número más listo de periodismo que se ha visto nunca. Fue el ochenta y uno, el seis de mayo, en la época de los Invencibles, un crimen en el Phoenix Park, antes de que nacieras tú, supongo. Te lo enseñaré.

Les dejó atrás a empujones para llegar a las carpetas.

—Mira aquí —dijo, volviéndose—. El *New York World* mandó un cable pidiendo un servicio especial. ¿Se acuerdan de aquellos tiempos?

El profesor MacHugh asintió.

—El *New York World* —dijo el director, echando atrás con emoción el sombrero de paja—. En el lugar del suceso. Tim Kelly, o mejor dicho Kavanagh, Joe Brady y los demás. Donde Desuellacabras llevó el coche. Todo el camino, ¿comprenden?

—Desuellacabras —dijo el señor O'Madden Burke—. Fitzharris. Tiene ese Refugio del Cochero, dicen, ahí abajo en el puente Butt. Me lo dijo Holohan. ¿Conocen a Holohan?

—¿Salta y lleva una, no? —dijo Myles Crawford.

—Y el pobre Gumley también está ahí abajo, según me dijo, cuidando piedras para el ayuntamiento. Vigilante nocturno.

Stephen se volvió sorprendido.

—¿Gumley? —dijo. ¡No me diga! Un amigo de mi padre, ¿verdad?

—Déjate de Gumley —gritó iracundo Myles Crawford—. Deja a Gumley que cuide las piedras, no se le vayan a escapar. Mire aquí. ¿Qué hizo Ignatius Gallaher? Te lo diré. Inspiración del genio. Telegrafió en seguida. ¿Tienen el *Freeman* semanal del 17 de marzo? Eso es. ¿Lo tienen?

Fue pasando atrás hojas de las carpetas y plantó el dedo en un lugar.

—Tomen página cuatro, digamos, el anuncio del Café Bransome. ¿Lo tienen ya? Muy bien.

El teléfono repiqueteó.

Una voz lejana

—Yo contestaré —dijo el profesor marchándose.

—B es la vera del parque. Muy bien.

Su dedo saltaba y se plantaba punto tras punto, vibrando.

—T es la residencia del virrey. C donde tuvo lugar el crimen. K es la entrada a Knockmaroon.

Se le agitaba la suelta carne del cuello como barba de gallo. La pechera mal almidonada se le salió: él se la volvió a meter en el chaleco con un gesto violento.

—¿Aló? Aquí el *Evening Telegraph*... ¿Aló?... ¿Quién es?... Sí... Sí... Sí...

—F a P es el camino por donde llevó el coche Desuellacabras para tener una coartada. Inchicore, Roundtown, Windy Arbour, Palmerston Park, Ranelagh. F, A, B, P. ¿Lo ven? X es la taberna de Davy en la calle Upper Leeson,

El profesor se asomó a la puerta interior.

—Bloom está al teléfono —dijo.

—Dígale que se vaya al demonio —dijo el director rápidamente—. X es la taberna de Burke, ¿ven?

Listo, mucho

—Listo —dijo Lenehan—. Mucho.

—Se lo sirvió en caliente —dijo Myles Crawford—, toda la jodida historia. Pesadilla de que jamás despertarás.

—Yo lo vi —dijo el director con orgullo—. Yo estaba presente. Dick Adams, el jodido de Cork de mejor corazón que Dios haya creado nunca, y yo mismo.

Lenehan hizo una reverencia a una figura de aire, anunciando.

—*Madam, I'm Adam*. Dábale arroz a la zorra el abad.

—¡Historia! —gritó Myles Crawford—. La vieja de la calle Prince llegó antes. Hubo llanto y rechinar de dientes por eso. Y todo por un anuncio. Gregor Grey hizo el croquis. Y eso le dio un punto de apoyo. Luego Paddy Hooper se trabajó a Tay Pay que le tomó en el *Star*. Ahora está con Blumenfeld. Así es la prensa. Así es el talento. ¡Pyatt! Ése fue el papaíto de todos ellos.

—El padre del periodismo sensacionalista —confirmó Lenehan—, y el cuñado de Chris Callinan.

—¿Aló?... ¿Está usted ahí?... Sí, aquí sigue. Venga para acá usted mismo.

—¿Dónde se encuentra ahora un periodista como ése? —gritó el director.

Dejó caer las hojas.

—Condenadagente intelimente —dijo Lenehan al señor O'Madden Burke.

—Muy listo —dijo el señor O'Madden Burke.

El profesor MacHugh salió del despacho interior.

—Hablando de los Invencibles —dijo—, han visto que unos vendedores ambulantes han ido a parar al juzgado...

—Ah sí, sí —dijo J. J. O'Molloy ávidamente—. Lady Dudley volvía andando a casa por el parque para ver todos esos árboles que derribó el huracán el año pasado y se le ocurrió comprar una vista de Dublín. Y resultó ser una postal conmemorativa de Joe Brady o del Número Uno o de Desuellacabras. Delante mismo de la residencia del virrey, ¡imagínese!

—No son más que una porquería —dijo Myles Crawford—. ¡Bah! ¡La prensa y el foro! ¿Dónde hay ahora un abogado como aquellos tíos, como Whiteside, como Isaac Butt, como O'Hagan, el de la lengua de plata? ¡Ah, qué jodida estupidez! ¡Gente de nada!

Siguió retorciendo la boca sin hablar en nerviosas curvas de desprecio.

¿Querría alguna esa boca para su beso? ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo has escrito entonces?

Rimas y razones

Boca, roca. ¿Es la boca una roca de alguna manera? ¿O la roca una boca? Roca, loca, oca, toca, choca. Rimas: dos hombres vestidos igual, con igual cara, de dos en dos.

la tua pace

che parlar ti place

mentrechè il vento, come fa, si tace.

Las vio de tres en tres, muchachas aproximándose, de verde, de rosa, de bermejo, entrelazándose, *per l'aer perso* de malva, de violeta, *quella pacifica orifiamma*, de oro de oriflama, *di rimirar fe piu ardenti*. Pero yo viejos, penitentes, de pies de plomo, de oscuro bajo de la noche: boca, roca: entre vientre.

—Hable por usted mismo —dijo el señor O'Madden Burke.

A cada día le basta...

J. J. O'Molloy, sonriendo pálidamente, recogió el desafío.

—Mi querido Myles —dijo, echando a un lado la petaca—, usted ha interpretado falsamente mis palabras. Yo no ostento la representación, como se echará de ver de inmediato, de la tercera profesión en cuanto tal profesión sino que son sus piernas de Cork, de corcho, las que le hacen correr demasiado. ¿Por qué no traer a colación a Henry Grattan y a Flood y a Demóstenes y a Edmund Burke? A Ignatius Gallaher le conocemos todos y a su jefe de Chapelizod, a

Harmsworth el de la prensa de perra chica, y su primo americano el del papelucho de alcantarilla de la Bowery, para no mencionar el *Paddy Kelly's Budget*, el *Pue's Occurrences* y nuestro vigilante amigo *The Skibereen Eagle*. ¿Por qué traer a cuento a un maestro de la elocuencia forense como Whiteside? A cada día le basta su periódico.

Vínculos con los pretéritos días de antaño

—Grattan y Flood escribieron para este mismo periódico —les gritó a la cara el director—. Voluntarios irlandeses. ¿Dónde estáis ahora? Fundado en 1763. Dr. Lucas. ¿A quién tienen ustedes ahora como John Philpot Curran? ¡Bah!

—Bueno —dijo J. J. O'Molloy—, a Bushe, procurador real, por ejemplo.

—¿Bushe? —dijo el director—. Bueno, sí. Lo lleva en la sangre. Kendal Bushe, mejor dicho, Seymour Bushe.

—Ya sería juez hace mucho tiempo —dijo el profesor— si no fuera por... Pero no importa.

J. J. O'Molloy se volvió a Stephen y dijo con calma y lentitud:

—Uno de los párrafos más torneados que creo haber escuchado en mi vida cayó de los labios de Seymour Bushe. Era en aquel caso de fratricidio, el crimen de Childs. Le defendió Bushe.

Y en los pórticos de mi oído vertió.

Por cierto, ¿cómo lo averiguó? Murió mientras dormía. ¿O la otra historia, el animal de las dos espaldas?

—¿Qué fue eso? —preguntó el profesor.

Italia, magistra artium

—Habló de la legislación sobre pruebas indiciales —dijo J. J. O'Molloy— en el derecho romano, en comparación con el anterior código de Moisés, la *lex talionis*. Y mencionó el Moisés de Miguel Ángel en el Vaticano.

—Ah.

—Unas pocas palabras bien seleccionadas —prologó Lenehan—. ¡Silencio!

Pausa. J. J. O'Molloy sacó la petaca.

Falsa calma. Algo absolutamente corriente.

El mensajero sacó la caja de cerillas pensativamente y encendió el cigarro.

He pensado más de una vez, volviendo la vista a aquella extraña época, que fue aquel pequeño acto, trivial en sí, de encender esa cerilla, lo que determinó el posterior transcurso de nuestras dos vidas.

Un párrafo torneado

J. J. O'Molloy continuó, modelando sus palabras:

—Dijo sobre eso: *Esa pétrea efigie en música congelada, terrible y con cuernos, de la divina forma humana, ese símbolo eterno de sabiduría y profecía, que si hay algo, transfigurada por el alma y transfigurador del alma, que la imaginación o la mano del escultor haya plasmado en mármol hasta hacerlo merecedor de vida, podemos decir que sí que merece vivir.*

Su delgada mano, con una ondulación, agració el eco y la caída.

—¡Bello! —dijo en seguida Myles Crawford.

—El divino hálito —dijo el señor O'Madden Burke.

—¿Le gusta? —preguntó J. J. O'Molloy a Stephen. Stephen, cortejada su sangre por la gracia del lenguaje y el gesto, se ruborizó. Sacó un cigarrillo de la petaca. J. J. O'Molloy ofreció su petaca a Myles Crawford. Lenahan les encendió los cigarrillos como antes y tomó su trofeo diciendo: —*Muchibus gracibus.*

Un hombre de elevada moral

—El profesor Magennis me hablaba de usted —dijo J. J. O'Molloy a Stephen—. ¿Qué piensa usted de verdad sobre esa caterva de herméticos, los poetas de los silencios opalescentes: A. E. el maestro de místicos? Fue aquella Blavatsky la que lo empezó. Era una estupenda enredadora. A. E. ha contado a no sé qué entrevistador yanqui que usted fue a verle a altas horas de la madrugada a preguntarle sobre planos de conciencia. Magennis cree que usted le estaría tomando el pelo a A. E. Es un hombre de moral muy elevada, Magennis.

Hablando de mí. ¿Qué dijo? ¿Qué dijo? ¿Qué dijo de mí? No preguntes.

—No, gracias —dijo el profesor MacHugh, desviando a un lado la petaca—. Espere un momento. Permítame decirle una cosa. La más bella exhibición de oratoria que he oído nunca fue un discurso pronunciado por John F. Taylor en la Sociedad Histórica de la Universidad. El juez Fitzgibbon, el actual magistrado de apelación, había hablado ya y el estudio sometido a debate era un ensayo (nuevo para aquellos días) abogando por la reviviscencia de la lengua irlandesa.

Se volvió a Myles Crawford y dijo:

—Usted conoce a Gerald Fitzgibbon. Entonces puede imaginarse el estilo de su discurso.

—Se rumorea —dijo J. J. O'Molloy— que ocupa un puesto junto a Tim Healy en la comisión administrativa de Trinity College.

—Ocupa un puesto junto a una personita deliciosa con traje de niña —dijo Myles Crawford—. Adelante. ¿Y qué?

—Fue el discurso, fíjese —dijo el profesor—, de un orador consumado, lleno de cortés altivez y vertiendo en exquisita dicción, no diré las ánforas de su ira, pero sí vertiendo la contumelia de un hombre orgulloso sobre el nuevo movimiento. Entonces era un nuevo movimiento. Éramos débiles, y por consiguiente sin valor.

Cerró los largos labios finos un momento, pero, ávido de seguir, levantó la mano abierta a las gafas, y, con el pulgar y el anular tocando temblorosamente los aros negros, los consolidó en un nuevo enfoque.

Improvisación

En tono ferial se dirigió a J. J. O'Molloy:

—Taylor había llegado, usted debe saberlo, levantándose de la cama donde estaba enfermo. Que hubiera preparado su discurso, no lo creo, pues ni siquiera había un taquígrafo en la sala. Una barba de varios días rodeaba su oscuro rostro macilento. Llevaba una corbata floja y en conjunto parecía (aunque no lo era) un hombre en la agonía.

Su mirada se volvió de pronto pero lentamente desde J. J. O'Molloy hacia la cara de Stephen y luego se inclinó en seguida al suelo, buscando. Su cuello blanco sin almidonar apareció tras su cabeza inclinada, manchado por su marchito pelo. Aún buscando, dijo:

—Cuando acabó el discurso de Fitzgibbon, se levantó John F. Taylor para contestar. Brevemente, en cuanto puedo traerlas a la memoria, sus palabras fueron éstas.

Elevó la cabeza firmemente. Sus ojos volvieron a ponerse pensativos. Bobos moluscos nadaban en las gruesas lentes de un lado para otro, buscando escape.

Empezó:

—*Señor Presidente, señoras y señores: Grande fue mi admiración al escuchar las observaciones dirigidas a la juventud de Irlanda hace un momento por mi docto amigo. Me pareció haber sido transportado a un país muy lejano de este país, a una edad remota de esta edad: que me encontraba en el antiguo Egipto y escuchaba el discurso de algún alto sacerdote de esa tierra dirigiéndose al joven Moisés.*

Sus oyentes sostenían sus cigarrillos en vilo para oír, con el humo ascendiendo en frágiles tallos que florecían con su discurso. Y que nuestras tortuosos humos. Nobles palabras viniendo.

¿Podrías probar tú también?

—*Y me pareció que oía la voz de ese alto sacerdote egipcio elevarse en un tono de análoga altivez y análogo orgullo. Oía sus palabras y su significado me fue revelado.*

De los padres

Me fue revelado que son buenas aquellas cosas que sin embargo están corrompidas, las cuales no podrían corromperse si fueran supremamente buenas o si no fueran buenas. ¡Ah, maldito seas! Eso es san Agustín.

—*¿Por qué los judíos no aceptáis nuestra cultura, nuestra religión y nuestra lengua? Vosotros sois una tribu de pastores nómadas: nosotros somos un pueblo poderoso. No tenéis ni ciudades ni riqueza: nuestras ciudades son colmenas de humanidad, y nuestras galeras, trirremes y cuatrirremes, cargadas con toda clase de*

mercancías, surcan las aguas de todo el globo conocido. No habéis más que emergido de condiciones primitivas: nosotros tenemos una literatura, un sacerdocio, una historia secular y una organización política.

Nilo.

Niño, hombre, efigie.

Junto a la orilla del Nilo se arrodillan las nodrizas, cuna de juncos: un hombre ágil en combate: cuernos de piedra, barba de piedra, corazón de piedra.

—Rezáis a un oscuro ídolo local: nuestros templos, majestuosos y misteriosos, son las moradas de Isis y Osiris, de Horus y Ammon Ra. Vuestra es la esclavitud, el temor y la humildad: nuestro el trueno y los mares. Israel es débil y pocos son sus hijos. Egipto es una hueste y terribles son sus armas. Vagabundos y mercenarios se os llama: el mundo tiembla ante nuestro nombre.

Un sordo eructo de hambre partió su discurso. Elevó la voz por encima de él, valientemente:

—Pero, señoras y caballeros, si el joven Moisés hubiera prestado oídos y aceptado ese modo de ver la vida, si hubiera inclinado la cabeza e inclinado su espíritu ante esa arrogante admonición, nunca habría sacado al pueblo elegido de su casa de servidumbre ni seguido durante el día a la columna de nube. Nunca habría hablado con el Eterno entre relámpagos en la cumbre del Sinaí ni tampoco habría bajado con la luz de la inspiración refulgiendo en su rostro y llevando en sus brazos las tablas de la ley, grabadas en la lengua de los proscritos.

Terminó y les miró, disfrutando el silencio.

De mal agüero ¡para él!

J. J. O'Molloy dijo, no sin pesar:

—Y sin embargo, murió sin haber entrado en la tierra prometida.

—Un repentino—en—el—momento—aunque—por—prolongada—enfermedad—a—menudo—anteriormente—expectorado—fallecimiento —dijo Lenahan—. Y con un gran porvenir por detrás de él.

Se oyó el tropel de pies descalzos precipitarse por el vestíbulo y subir pateando la escalera.

—Eso es oratoria —dijo el profesor, sin hallar contradicción.

Lo que el viento se llevó. Las huestes de Mullaghmast y la Tara de los reyes. Millas de oídos en los pórticos. Las palabras del tribuno aulladas y esparcidas a los cuatro vientos. Un pueblo cobijado dentro de su voz. Ruido muerto. Vestigios acásicos de todo lo que fue jamás en algún sitio en cualquier sitio. Amadle y alabadle: ya no más a mí.

Tengo dinero.

—Señores —dijo Stephen—. Como propuesta inmediata en el orden del día, ¿puedo sugerir que se levante la sesión?

—Me dejas sin aliento. ¿No es por ventura un cumplido a la francesa? —preguntó el señor O'Madden Burke—. Esta es la hora, se me antoja, cuando la

jarra de vino, metafóricamente hablando, resulta más placentera en la antigua posada.

—Se resuelve resueltamente que sea así por la presente. Todos los que estén a favor digan que sí —anunció Lenehan—. Los contrarios, que no. Declaro aprobada la propuesta. ¿A qué determinado local de tragos?... Mi voto decisivo es: ¡A Mooney!

Abrió paso, amonestando:

—Rehusaremos estrictamente ingerir bebidas fuertes, ¿no es verdad? Sí, no lo haremos. De ningún modo de maneras. El señor O'Madden Burke, siguiendo de cerca, dijo, con un golpe de complicidad de su paraguas:

—¡En guardia, Macduff!

—¡De tal palo, tal astilla! —gritó el director, dando una palmada a Stephen en el hombro—. Vamos. ¿Dónde están esas malditas llaves?

Hurgó en el bolsillo, sacando las aplastadas hojas a máquina.

—Glosopeda. Ya sé. Irá bien. Lo meteremos. ¿Dónde están? Está bien.

Volvió a guardar las hojas y entró a la oficina de dentro.

Tengamos esperanzas

J. J. O'Molloy, a punto de seguirle adentro, dijo en voz baja a Stephen:

—Espero que vivirá bastante como para verlo publicado. Myles, un momento.

Entró a la oficina de dentro, cerrando la puerta tras él.

—Vamos allá, Stephen —dijo el profesor—. Es estupendo, ¿no? Eso tiene la visión profética. *Fuit Ilium!* El saqueo de la tempestuosa Troya. Reinos de este mundo. Los dueños del Mediterráneo son hoy fellahin.

El primer vendedor de periódicos bajó pisándoles los talones por la escalera y salió precipitado a la calle, aullando:

—¡Extraordinario de las carreras!

Dublín. Tengo mucho, mucho que aprender. Doblaron a la izquierda por la calle Abbey.

—Yo también tengo una visión —dijo Stephen.

—Sí —dijo el profesor, dando un salto para ponerse al paso—. Crawford nos seguirá.

Otro vendedor de periódicos les adelantó disparado, gritando mientras corría:

—¡Extraordinario de las carreras!

Querida sucia Dublín

Dublinese.

—Dos vestales de Dublín —dijo Stephen—, maduras y piadosas, llevan viviendo cincuenta y cincuenta y tres años en el callejón de Fumbally.

—¿Dónde está eso? —dijo el profesor.

—Pasado Blackpitts.

Húmeda noche con hedor a masa que da hambre. Contra la pared. Cara refulgiendo sebo bajo el chal de lana. Corazones frenéticos. Vestigios acásicos. ¡Más pronto, guapo!

Adelante ahora. Atreverse. Hágase la vida.

—Quieren ver la vista de Dublín desde lo alto de la columna de Nelson. Ahorran tres chelines y diez peniques en una hucha un buzón rojo de lata. Sacudiéndolo, sacan fuera las tres piezas de chelín y consiguen extraer los peniques con la hoja de un cuchillo. Dos con tres en plata y uno con siete en cobres. Se ponen los sombreros y sus mejores vestidos, y llevan los paraguas por temor a que empiece a llover.

—Vírgenes sabias —dijo el profesor MacHugh.

Vida en crudo

—Compran un chelín y cuatro peniques de carne en conserva y cuatro rebanadas de pan en el restaurante North City, calle Marlborough, propietaria señorita Kate Collins... Adquieren veinticuatro ciruelas maduras a una chica al pie de la columna de Nelson para quitarse la sed de la carne en conserva. Dan dos monedas de tres peniques al caballero del torniquete y empiezan a subir balanceándose por la escalera de caracol, gruñendo y animándose la una a la otra, con miedo a la oscuridad, jadeando, la una preguntando a la otra tienes tú la carne, alabando a Dios y a la Virgen bendita, amenazando bajar, atisbando por los respiraderos. Gloria a Dios. No tenían idea de que fuera tan alto.

Se llaman Anne Kearns y Florence MacCabe. Anne Kearns tiene un lumbago para el cual se frota con agua de Lourdes que le dio una señora que recibió una botella de un padre pasionista. Florence MacCabe se toma de cena todos los sábados un pie de cerdo y una botella de cerveza doble.

—Antítesis —dijo el profesor, asintiendo dos veces—. Vírgenes vestales. Me parece verlas. ¿Qué es lo que retiene a nuestro amigo?

Se dio vuelta.

Un enjambre de vendedores de periódicos se precipitó escaleras abajo, dispersándose en todas direcciones, aullando, con los blancos periódicos al viento. Inmediatamente después de ellos apareció Myles Crawford en las escaleras, con el sombrero aureolándole la cara escarlata, hablando con J. J. O'Molloy.

—Vamos allá —gritó el profesor, agitando el brazo.

Echó a andar otra vez al lado de Stephen.

Retorno de Bloom

—Sí —dijo—. Me parece verlas.

El señor Bloom, sin aliento, aprisionado en un remolino de salvajes vendedores de periódicos cerca de las oficinas del *Irish Catholic* y el *Dublin Penny Journal*, gritó:

—¡Señor Crawford! ¡Un momento!

—¡El *Telegraph*! ¡Extraordinario de las carreras!

—¿Qué es eso? —dijo Myles Crawford, retrasándose un paso.

Un vendedor le gritó a la cara al señor Bloom:

—¡Terrible tragedia en Rathmines! ¡Un chico mordido por un fuelle!

Entrevista con el director

—Es sólo este anuncio —dijo el señor Bloom, abriéndose paso a empujones, soplando y sacando el recorte del bolsillo—. Hablé ahora mismo con el señor Llavees. Hará una renovación por dos meses, dice. Después ya verá. Pero quiere un entrefilet para llamar la atención también en el *Telegraph*, en la hoja rosa del sábado. Y lo quiere, si no es muy tarde, se lo dije al concejal Nannetti, como en el *Kilkenny People*. Puedo mirarlo en la Biblioteca Nacional. Casa de las llaves, ¿comprende? Él se llama Llavees. Es un juego con el nombre. Pero ha prometido prácticamente que haría la renovación. Sólo que quiere un poco de bombo. ¿Qué le digo, señor Crawford?

B. E. C.

—¿Quiere decirle que me bese el culo? —dijo Myles Crawford, extendiendo el brazo para dar énfasis—. Dígale eso derecho de parte mía.

Un poco nervioso. Cuidado con la tormenta. Todos van a beber. Del brazo. La gorra de marino de Lenehan allá atrás a ver quién paga. El jaleo de costumbre. No sé si es el joven Dedalus el espíritu animador. Llevaba hoy puestas unas buenas botas. La última vez que le vi enseñaba los talones al aire. Había andado por el barro no sé dónde. Tipo descuidado. ¿Qué hacía en Irishtown?

—Bueno —dijo el señor Bloom, volviendo a mirarle—, si puedo conseguir el dibujo supongo que vale la pena un entrefilet. Tomaría el anuncio, me parece. Se lo diré...

B. M. R. C. I.

—Me puede besar mi real culo irlandés —Myles Crawford gritó ruidosamente por encima del hombro—. En cualquier momento, dígaselo.

Mientras el señor Bloom se quedaba ponderando la cuestión y a punto de sonreír, él siguió adelante a zancadas nerviosas.

A levantar pasta

—*Nulla bona*, Jack —dijo, llevándose la mano a la barbilla—. Estoy hasta aquí. Yo también he pasado mi apuro. Buscaba un tipo que me aceptase una letra la semana pasada sin ir más lejos. Tiene que contentarse con la buena voluntad. Lo siento, Jack. De todo corazón si pudiera levantar la pasta de algún modo.

J. J. O'Molloy puso una cara larga y siguió andando en silencio.

Alcanzaron a los demás y avanzaron al lado de ellos.

—Después de comerse la carne en conserva y el pan y de limpiarse los veinte dedos en el papel en que estaba envuelto el pan, se acercan a la baranda.

—Algo para usted —explicó el profesor a Myles Crawford—. Dos viejas de Dublín en lo alto de la columna de Nelson.

**¡Vaya columna!
Es lo que dijo la primera fulana**

—Eso es nuevo —dijo Myles Crawford—. Eso es publicable. Saliendo a celebrar San Crispín. ¿Dos viejas locas, ¿no?

—Pero tienen miedo de que se caiga la columna —siguió Stephen—. Ven los tejados y discuten dónde están las diferentes iglesias: la cúpula azul de Rathmine, Adán y Eva, San Lorenzo de O'Toole. Pero les da vértigo mirar, así que se suben las faldas...

Esas féminas ligeramente estrepitosas

—Despacito todos —dijo Myles Crawford—, sin licencias poéticas. Aquí estamos en la archidiócesis.

—Y se sientan en sus enaguas rayadas, mirando a lo alto, a la estatua del adúltero manco.

—¡El adúltero manco! —exclamó el profesor—. Me gusta eso. Ya veo la idea. Ya entiendo lo que quiere decir.

**Damas donan a ciudadanos dublineses
píldoras de velocidad creídas veloces aerolitos**

—Les da tortícolis —dijo Stephen— y están demasiado cansadas para mirar arriba o abajo o para hablar. Ponen en medio la bolsa de ciruelas y se van comiendo las ciruelas una tras otra, limpiándose con el pañuelo el zumo que les rebosa de la boca y escupiendo los huesos lentamente por entre la baranda.

Como remate lanzó una ruidosa carcajada juvenil. Lenehan y el señor O'Madden Burke, al oírlo, se volvieron, hicieron una seña y cruzaron por delante de ellos hacia Mooney.

—¿Se acabó? —dijo Myles Crawford—. Mientras no hagan cosa peor...

**Sofista golpea a altiva Helena
en misma trompa**

—Me recuerda a Antístenes —dijo el profesor—, un discípulo de Gorgias, el sofista. Se dijo de él que nadie podía decir si estaba más amargado con los demás que consigo mismo. Era hijo de un noble y de una esclava. Y escribió un libro en que le quitaba la palma de la belleza a la argiva Helena para entregársela a la pobre Penélope.

Pobre Penélope. Penélope Rich.

Se dispusieron a cruzar la calle O'Connell.

¡Oiga, oiga, Central!

En diversos puntos, a lo largo de las ocho líneas, había tranvías con troles inmóviles, quietos en las vías, con destino a o procedentes de Rathmines, Rathfarnham, Blackrock, Kingstown y Dalkey, Sandymount Green, Ringsend y Sandymount Tower, Donnybrook, Palmerston Park y Upper Rathmines, todos quietos, en la calma de un cortocircuito. Coches de punto, cabriolets, carros de reparto, furgones postales, coches privados, carros de agua mineral gaseosa con traqueteantes cajas de botellas, traqueteaban, rodaban, tirados por caballos, rápidamente.

¿Qué? — Y asimismo ¿dónde?

—Pero ¿cómo lo titula? —preguntó Myles Crawford—: ¿Dónde compraron las ciruelas?

**Virgiliano, dice el pedagogo.
Novato vota por el viejo Moisés**

—Llámelo, espere —dijo el profesor, abriendo a todo lo ancho sus largos labios para reflexionar—. Llámelo, vamos a ver. Llámelo: *deus nobis haec otia fecit*.

—No —dijo Stephen—, lo llamo *Vista de Palestina desde el Pisgah* o *La Parábola de las Ciruelas*.

—Ya entiendo —dijo el profesor.

Se rió con rica sonoridad.

—Ya entiendo —dijo otra vez con nuevo placer—. Moisés y la tierra prometida. Esa idea se la dimos nosotros —añadió, para J. J. O'Molloy.

**Horacio es punto de mira
este hermoso día de junio**

J. J. O'Molloy lanzó una cansada mirada de medio lado hacia la estatua y no dijo nada.

—Ya entiendo —dijo el profesor.

Se detuvo en la isla de tráfico de Sir John Gray y atisbó al aire hacia Nelson a través de las redes de su amarga sonrisa.

**Disminuidos dedos resultan demasiado
cosquilleantes para machuchas locuelas.**

**Anne vacila, Flo se balancea — pero
¿quién puede acusarlas?**

—El adúltero manco —dijo sombríamente—. Eso me cosquillea, debo decir.

—También cosquilleó a las viejas —dijo Myles Crawford— si se supiera toda la santa verdad.

Roca de piña, limón escarchado, caramelos blandos. Una niña pegajosa de azúcar paleando cucharonadas de helado para un Hermano de las Escuelas Cristianas. Algún convite escolar. Malo para sus barriguitas. Proveedores de confites y caramelos para Su Majestad el Rey. Dios. Salve. A. Nuestro. Sentado en su trono, chupando chupachups rojos hasta dejarlos blancos.

Un sombrío joven de la Y.M.C.A., vigilante entre los dulces humos tibios de Graham Lemon, le puso un prospecto en la mano al señor Bloom.

Conversaciones de corazón a corazón.

Bloo... ¿Yo? No.

Blood of the Lamb, sangre del Cordero.

Sus lentos pies le transportaron hacia el río, leyendo. ¿Estás salvado? Todos están lavados en la sangre del Cordero. Dios quiere víctimas en sangre. Nacimiento, himeneo, martirio, guerra, fundación de un edificio, sacrificio, ofrecimiento de riñón quemado, altares de los druidas. Elías viene. El Dr. John Alexander Dowie, restaurador de la Iglesia en Sión, viene.

¡Viene! ¡¡Viene!! ¡¡¡Viene!!!

Todas cordialmente bienvenidas.

Un juego que da dinero. Torry y Alexander el año pasado. Poligamia. Su mujer acabará con ese asunto. ¿Dónde estaba aquel anuncio de una empresa de Birmingham, el crucifijo luminoso? Nuestro Salvador. Despertarse en plena noche y verle en la pared, colgado. La idea del fantasma de Pepper. Inocente Nos Restituyó Inmortalidad.

Con fósforo debe hacerse eso. Si se deja un poco de bacalao por ejemplo. Vi el plateado azulado por encima. La noche que bajé a la despensa de la cocina. No me gustan todos esos olores dentro esperando a salir disparados. ¿Qué es lo que quería ella? Pasas de Málaga. Pensando en España. Antes que naciera Rudy. La fosforescencia, ese verdoso azulado. Muy bueno para el cerebro.

Desde la esquina de la casa monumento de Butler, lanzó una ojeada por Bachelor's Walk. La hija de Dedalus todavía ahí, delante de la sala de subastas de Dillon. Debe estar rematando algunos muebles viejos. Le conocí los ojos en seguida por su padre. Dando vueltas por ahí esperándole. La casa siempre se deshace cuando desaparece la madre. Quince hijos tuvo él. Un nacimiento casi

cada año. Eso está en su teología o el cura no le dará a la pobre mujer la confesión, la absolución. Creced y multiplicaos. ¿Se ha oído nunca semejante cosa? Te comen vivo hasta dejarte sin casa ni hogar. Ellos mismos no tienen familias que alimentar. Viviendo de la sustancia de la tierra. Sus despensas y bodegas. Me gustaría verles hacer el ayuno negro del Yom Kippur. Panecillos con la cruz. Una comida y una colación por temor a que se desmayara en el altar. Una ama de llaves de uno de esos tipos, si se le pudiese hacer desembuchar. Nunca se les saca nada. Como sacarle cuartos a él. Se conserva bien. Nada de invitados. Todo para el número uno. Observando su orina. Traiga su propio pan con mantequilla. Chitón.

Dios mío, el traje de esa pobre niña en jirones. También parece mal alimentada. Patatas y margarina, margarina y patatas. Después es cuando lo notan. A la larga se verá. Socava el organismo.

Al poner el pie en el puente O'Connell una bola de humo subió como un penacho desde el parapeto. Una gabarra de la cervecería con cerveza de exportación. Inglaterra. El aire del mar la echa a perder, he oído decir. Sería interesante algún día conseguir un pase a través de Hancock para ver la fábrica. Un mundo completo por sí misma. Toneles de cerveza, estupendo. También se meten los ratones. Beben hasta hincharse, flotando, grandes como un perro de pastor. Muertos de borrachera de cerveza. Beben hasta vomitar como cristianos. ¡Imagínate beber eso! Ratones: toneles. Bueno, claro que si lo supiéramos todo.

Mirando abajo, vio gaviotas aleteando con fuerza, girando entre las sombrías paredes del muelle. Mal tiempo afuera. ¿Y si me tirara abajo? El hijo de Reuben J. tuvo que tragar una buena panzada de esa agua de alcantarilla. Un chelín y ocho peniques de más. Hummmm. Es la gracia con que sale con esas cosas. Sabe contar una historia también.

Daban vueltas más bajo. Buscando qué zampar. Espera.

Tiró en medio de ellas una bola de papel aplastado. Elías viene a treinta y dos pies por segundo. Ni pizca. La bola subió y bajó inobservada siguiendo los remolinos y derivó bajo el puente entre los pilones. No son tan malditas idiotas. También el día que tiré el pastel pasado del *Erin's King* lo recogieron en la corriente cincuenta yardas más abajo. Viven de su ingenio. Dieron vueltas, aleteando.

*La famélica gaviota
sobre el agua turbia flota.*

Así es como escriben los poetas, con los sonidos semejantes. Pero en cambio Shakespeare no tiene rimas: verso blanco. El fluir de la lengua, eso es. Los pensamientos. Solemnes.

*Hamlet, soy el espectro de tu padre
condenado a vagar por este mundo.*

—¡Dos manzanas un penique! ¡Dos por un penique!

Su mirada pasó por las lustrosas manzanas alineadas en el puesto. Deben ser australianas en esta época del año. Cáscaras relucientes: les saca brillo con un trapo o con un pañuelo. Espera. Esos pobres pájaros.

Se volvió a detener y le compró a la vieja de las manzanas dos pasteles de Banbury por un penique y rompió la pasta quebradiza y tiró los pedazos al Liffey. ¿Lo ves? Las gaviotas se dejaron caer en silencio, dos, después todas, desde sus alturas, precipitándose sobre la presa. Desapareció. El último bocado.

Consciente de su codicia y su astucia, se sacudió las migas polvorientas de las manos. Nunca se lo esperaban. Mamá. Viven de carne de pez, no tienen más remedio, todas las aves marinas, gaviotas, somormujos. Los cisnes de Anna Liffey bajan nadando hasta aquí a veces para alisarse las plumas. Sobre gustos no hay nada escrito. No sé de qué clase será la carne de cisne. Robinsón Crusoe tuvo que vivir de ellos.

Dieron vueltas, aleteando débilmente. No voy a tirar más. Un penique ya es de sobra. Las muchas gracias que me dan. Ni un graznido. También contagian la glosopeda. Si se ceba a un pavo, digamos, con pasta de castañas sabe así. Come cerdo y te vuelves cerdo. Pero entonces ¿por qué los peces de agua salada no son salados? ¿Cómo es eso?

Sus ojos buscaron respuesta en el río y vieron una barca de remos anclada balanceando perezosamente en la melaza de las ondulaciones un tablón enlucido.

Kino.

11 chelines.

Pantalones.

Buena idea esa. No sé si pagará alquiler al ayuntamiento. Realmente, ¿cómo puede uno ser propietario de agua? Siempre está fluyendo en corriente, nunca la misma que en la corriente de la vida perseguimos. Porque la vida es una corriente. Todos los sitios son buenos para anuncios. Aquel curandero de las purgaciones solía estar pegado en todos los urinarios. Nunca se le ve ahora. Estrictamente confidencial. Dr. Hy Franks. No le costaba una perra como la autopublicidad de Maginni el maestro de baile. Tenía unos tíos que los pegaran o los pegaría él mismo, a lo mejor, con disimulo al entrar a la carrera para hacer aguas. Braguetazo con nocturnidad. El sitio apropiado también. CARTELES NO. CÓRTESELO. Algún tío abrasado de purgaciones.

Si él...

¡Oh!

¿Eh?

No... No.

No, no. No creo. Seguro que no lo haría, ¿verdad?

No, no.

El señor Bloom avanzaba levantando sus ojos inquietos. No pienses en eso. Más de la una. Está baja la bola de la hora en la capitanía del puerto. Hora de Dunsink. Un librito fascinante es el de Sir Robert Ball. Paralaje. Nunca lo entendí exactamente. Ahí hay un cura. Podría preguntarle. Par es griego: paralelo, paralaje. Métense cosas lo llamó ella hasta que le expliqué lo de la transmigración. ¡Qué estupidez!

El señor Bloom sonrió qué estupidez a dos ventanas de la capitanía del puerto. Tiene razón ella después de todo. Sólo palabras grandiosas para cosas corrientes por el gusto del sonido. No es que ella sea ingeniosa precisamente. También puede ser grosera. Echar fuera lo que yo estaba pensando. Sin embargo no sé. Solía decir ella que Ben Dollard tiene una voz de barrítono. Tiene las piernas como barriles y uno diría que cantaba dentro de un barril. Bueno, ¿no es eso ingenio? Solían llamarle Big Ben. Ni la mitad de ingenioso que llamarle barrítono. Un apetito como un albatros. Se engulle un cuarto de buey. Tenía gran energía para meterse entre pecho y espalda cerveza Bass Número Uno. Barril de Bass. ¿Ves? Resulta muy bien.

Una procesión de hombres con blusones blancos avanzó lentamente hacia él siguiendo el bordillo, con fajines escarlata a través de sus tablones. Gangas. Están como aquel cura el de esta mañana: ingratos hemos sido: inocentes hemos sufrido. Leyó las letras escarlatas en sus cinco chisteras blancas: H, E, L, Y, S. Wisdom Hely's. Y, rezagándose atrás, sacó un zoquete de pan de debajo del tablón de delante, se lo encajó en la boca y mascó sin dejar de andar. Nuestro alimento básico. Tres chelines al día, andando por los bordillos, calle tras calle. Sólo para conservar juntos huesos y carne, pan y sopa. No son de Boyle: no: son gente de MacGlade. Tampoco atrae negocio. Le sugerí un carro transparente de exhibición con dos chicas elegantes sentadas dentro escribiendo cartas, cuadernos, sobres, papel secante. Apuesto a que eso habría dado en el blanco. Unas chicas elegantes escribiendo algo llaman la atención en seguida. Todo el mundo muriéndose de ganas de saber qué escribe ésa. Si uno mira fijamente a nada se le reúnen veinte alrededor. Meter cuchara en el asunto. Las mujeres también. Curiosidad. Estatua de sal. Claro que no lo quiso aceptar porque no se le había ocurrido a él antes. O el tintero que sugerí con una mucha falsa de celuloide negro. Sus ideas de anuncios son como la carne Ciruelo en conserva debajo de los fallecimientos, departamento de fiambres. Chúpate ésa. ¿Qué? La goma de nuestros sobres. ¡Hola, Jones! ¿a dónde vas? No puedo pararme, Robinson, voy a toda prisa a adquirir el único borrratintas de confianza, *Kansell*, en venta en Hely's Limited, calle Dame 85. Ya estoy bien libre de esa porquería. Era un trabajo endemoniado el cobrarles las cuentas a aquellos conventos. El convento Tranquilla. Había allí una monja muy simpática, una cara de veras dulce. La toca le sentaba muy bien en la cabecita. ¿Hermana? ¿Hermana? Estoy seguro de que había tenido disgustos de amor, por sus ojos. Muy difícil regatear con esa clase de mujer. La interrumpí en sus devociones esa mañana. Pero

contenta de comunicar con el mundo exterior. Nuestro gran día, dijo. Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Dulce nombre también: caramelo. Lo sabía, creo que lo sabía por la manera como. Si se hubiera casado habría cambiado. Supongo que realmente andaban escasas de dinero. Sin embargo lo freían todo en la mejor mantequilla. Nada de grasa para ellas. El corazón se me abrasa comiendo y goteando grasa. Les gusta quedar untuosas por dentro y por fuera. Molly probándolo, con el velo levantado. ¿Hermana? Pat Claffey, la hija del de los empeños. Dicen que fue una monja la que inventó el alambre de espino.

Cruzó la calle Westmoreland cuando apóstrofo S acabó de pasar arrastrando los pies. La tienda de bicicletas de Rover. Esas carreras son hoy. ¿Cuánto tiempo hace de eso? El año que murió Phil Gilligan. Estábamos en la calle Lombard West. Espera, yo estaba en Thom. Encontré el empleo en Wisdom Hely's el año que nos casamos. Seis años. Hace diez años: murió el noventa y cuatro, sí eso es, el gran incendio en Arnott. Val Dillon era alcalde. El banquete de Glencree. El concejal Robert O'Reilly se echó el oporto en la sopa antes que arriaran bandera. Bobbob lamiendo bien para sus tripas de concejal. No podía oír lo que tocaba la banda. Por lo que acabamos de recibir que el Señor nos haga. Milly era una chiquilla entonces. Molly tenía aquel vestido gris elefante con pasamanería trenzada. Traje sastre con botones forrados de tela. No le gustaba porque me torcí el tobillo el día que lo estrenó en el picnic del coro en el Pan de Azúcar. Como si eso. La chistera del viejo Goodwin arreglada con algo pegajoso. Un picnic para las moscas también. Nunca se echó encima un traje como ése. Le sentaba como un guante, hombros y caderas. Empezaba a estar bien metida en carnes entonces. Hubo aquel día pastel de conejo. La gente la seguía con la mirada.

Feliz. Más feliz entonces. Un cuartito agradable era aquel del papel de pared rojo, Dockrell, un chelín y nueve peniques la docena. La noche de baño de Milly. Compraba jabón americano: flor de saúco. Lindo olor el de su agua de baño. Estaba graciosa toda enjabonada. También de buen tipito. Ahora, la fotografía. El estudio de daguerreotipo de que me hablaba el pobre papá. Gustos hereditarios.

Avanzó siguiendo el bordillo.

Corriente de la vida. ¿Cómo se llamaba aquel tío de cara de cura que siempre echaba dentro una ojeada bizca cuando pasaba? Ojos débiles, de mujer. Se alojaba en Citron, Saint Kevin's Parade. Pen no sé cuántos. ¿Pendennis? Mi memoria empieza a. ¿Pen...? Claro, hace años. El ruido de los tranvías probablemente. Bueno, si ése no era capaz de recordar el nombre del cronista en jefe al que está viendo todos los días.

Bartell d'Arcy era el tenor, entonces empezando a destacar. La acompañaba a casa después del ensayo. Un tipo presumido con el bigote engomado. Le dio aquella canción *Los vientos que soplan del sur*.

Qué noche de viento era aquella cuando fui a buscarla había esa reunión de la logia por esos billetes de lotería después del concierto de Goodwin en la sala

de banquetes o en la sala de recepciones del ayuntamiento. El y yo detrás. Una hoja de su música se me voló de la mano contra la barandilla de la escuela media. Suerte que no. Una cosa así le echa a perder el efecto de una noche a ella. El profesor Goodwin delante enganchándose a ella. Tembloroso en las zancas, pobre viejo chocho. Sus conciertos de despedida. Absolutamente última aparición en ninguna escena. Puede ser cuestión de meses o puede ser nunca. La recuerdo riendo al viento, con el cuello de las neviscas levantado. Esquina a Harcourt Road ¿recuerdas aquella ráfaga? ¡Brrfu! Le levantó todas las faldas y su boa casi le asfixió al viejo Goodwin. Sí que se puso colorada con el viento. Recuerdo cuando llegamos a casa reanimando el fuego y friendo aquellos pedazos de falda de cordero para que cenara, con la salsa Chutney que le gustaba a ella. Y el ron caliente. La vi en la alcoba desde la chimenea desatándose el corpiño del corsé. Blanca.

El zumbido en el aire y el blando desplome del corsé en la cama. Siempre caliente de ella. Siempre le gustaba soltarse. Sentada ahí después hasta casi las dos, quitándose las horquillas. Milly arropadita en la cuna. Esa fue la noche...

—Ah, señor Bloom, ¿qué tal está?

—Ah, ¿cómo está usted, señora Breen?

—No me puedo quejar. ¿Cómo le va a Molly últimamente? Hace siglos que no la veo.

—Fenomenal —dijo alegremente el señor Bloom—. Milly tiene un empleo ahí en Mullingar, sabe.

—¡No me diga! ¡Qué suerte tiene!

—Sí, hay un fotógrafo allí. Tirando adelante a toda marcha. ¿Cómo están todos sus pequeños?

—Dando que hacer al panadero —dijo la señora Breen.

¿Cuántos tiene? No hay otro a la vista.

—Veo que va de negro. No tendrá...

—No —dijo el señor Bloom—. Acabo de venir de un entierro.

Va a salir a relucir todo el día, ya lo preveo. ¿Quién se ha muerto, cuándo y de qué se murió? Vuelve como una moneda falsa.

—Ah, vaya —dijo la señora Breen—. Espero que no fuera algún pariente cercano.

No estaría mal que me acompañara en el sentimiento.

—Dignam —dijo el señor Bloom—. Un viejo amigo mío. Se murió de repente, pobre chico. Cosa de corazón, creo. El entierro ha sido esta mañana.

*Tu entierro será mañana
cuando pases por el centeno.
Tralarala tururum tralarala...*

—Triste perder viejos amigos —dijeron melancolirialmente los mujeriles ojos de la señora Breen.

Bueno, ya hay más que de sobra con esto. Suavemente: al marido.

—¿Y su dueño y señor?

La señora Breen levantó sus grandes ojos. No los ha perdido, de todos modos.

—Ah, no me hable —dijo—. Es un tipo de cuidado. Está ahora ahí dentro con sus códigos buscando las leyes sobre difamación. Me tiene quemada la sangre. Espere y se lo enseñaré.

Caliente vapor de sopa de cabeza de ternera y vaho de bollos con mermelada recién sacados del horno brotaban de Harrison. El pesado efluvio de mediodía le cosquilleó al señor Bloom la parte alta de la garganta. Para hacer buena repostería hace falta mantequilla, la mejor harina, azúcar de caña, o si no, lo notan con el té caliente. ¿O viene de ella? Un golfillo descalzo estaba sobre la reja inhalando los vapores. Así mata el roer del hambre. ¿Es placer o dolor? Comida de a penique. Cuchillo y tenedor encadenados a la mesa.

Ella abre el bolso, cuero agrietado, alfiler de sombrero: esas cosas deberían llevar un guardapuntas. Se le mete a uno en el ojo en el tranvía. Enredando. Abierto. Dinero. Por favor tome uno. Como demonios si pierden seis peniques. Arman un escándalo. El marido metiendo la nariz. ¿Dónde están los diez chelines que te di el lunes? ¿Estás alimentando a la familia de tu hermanito? Pañuelo sucio: frasquito de medicina. Una pastilla lo que cayó. ¿Qué es lo que?...

—Debe ser la luna nueva —dijo—. Siempre anda mal entonces. ¿Sabe lo que hizo anoche?

Su mano dejó de enredar: Sus ojos se le clavarón, abiertos de alarma, pero sonriendo.

—¿Qué? —preguntó el señor Bloom.

Que hable. Mirarla derecho a los ojos. Te creo. Ten confianza en mí.

—Me despertó en plena noche —dijo—. Había tenido un sueño, una pesadilla.

Indigestión.

—Dijo que el as de piques estaba subiendo por las escaleras.

—¡El as de piques! —dijo el señor Bloom.

Ella sacó del bolso una postal doblada.

—Lea eso —dijo—. Lo recibió esta mañana.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Bloom, cogiendo la postal—. ¿V. E.?

—V. E.: ve —dijo ella—. Alguien le está tomando el pelo. Es una vergüenza quienquiera que sea.

—Sí que lo es —dijo el señor Bloom.

Ella recogió la postal, suspirando.

—Y ahora se ha dado una vuelta por el despacho del señor Menton. Va a poner un pleito por diez mil libras, dice.

Dobló la postal en su desarreglado bolso y chascó el cierre.

El mismo traje de lana azul que llevaba hace dos años, con el pelo destiñéndose. Ya han pasado sus mejores días. El pelo en mechones sobre las orejas. Y ese sombrerito cursi, con tres uvas viejas para que parezca menos mal. Miseria decorosa. Solía vestirse con gusto. Arrugas alrededor de la boca. Sólo un año o dos más que Molly.

Fíjate la mirada que le ha lanzado esa mujer, al pasar. Cruel. El sexo nada gentil.

Siguió mirándola, escondiendo su descontento detrás de la mirada. Picante cabeza de ternera rabo de buey sopa al curry. Yo también tenga hambre. Migas de repostería en la pechera de su vestido: un toque de azúcar harinosa pegado en su mejilla. Pastel de ruibarbo con abundante relleno, rico interior de fruta. Josie Powell era. En Luke Doyle hace mucho, Dolphin's Barn, las charadas. V. E.: ve.

Cambiar el tema.

—¿Ve alguna vez a la señora Beaufoy? —preguntó el señor Bloom.

—¿Mina Purefoy? —dijo ella.

Estaba pensando en Philip Beaufoy. El Club de los Espectadores. Matcham piensa a menudo en el golpe maestro. ¿Tiré de la cadena? Sí. El último acto.

—Sí.

—Precisamente entré un momento de camino para ver si ya lo había pasado. Está en el hospital de maternidad de la calle Holles. La hizo entrar el doctor Home. Lleva ya tres días mal.

—Ah —dijo el señor Bloom—. Lo siento mucho.

—Sí —dijo la señora Breen—. Y aquel montón de chicos en casa. Viene un parto muy duro, me dijo la enfermera.

—Ah —dijo el señor Bloom.

Su pesada mirada compasiva absorbía sus noticias. Chascó la lengua con compasión. ¡Nt! ¡Nt!

—Lo siento mucho —dijo—. ¡Pobrecilla! ¡Tres días! Es terrible para ella.

La señora Breen asintió.

—Le empezaron los dolores el martes...

El señor Bloom le tocó suavemente la punta del codo, avisándola.

—¡Cuidado! Deje pasar a este hombre.

Una figura huesuda avanzaba a lo largo del bordillo, desde el río, mirando fijamente a la luz del sol con ojos arrebatados a través de una pesada lente sujeta con un cordón. Pegado como un solideo, un sombrerito se le agarraba a la cabeza. Un guardapolvo doblado, un bastón y un paraguas le colgaban del brazo balanceándose a su paso.

—Fíjese en él —dijo el señor Bloom—. Siempre anda por la parte de fuera de las farolas. ¡Fíjese!

—¿Quién es, si se puede preguntar? —preguntó la señora Breen—. ¿Está chocho?

—Se llama Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell —dijo el señor Bloom, sonriendo—. ¡Fíjese!

—No tiene pocos nombres —dijo ella—. Denis se va a quedar así cualquier día de estos.

Se interrumpió de repente.

—Ahí está —dijo—. Tengo que buscarle. Adiós. Recuerdos a Molly, ¿eh?

—De su parte —dijo el señor Bloom.

La observó abrirse paso a través de los transeúntes hacia los escaparates. Denis Breen, con su pobre levitón y sus zapatos de lona azul, salía resoplando de Harrison, con dos pesados tomos abrazados contra las costillas. Caído de la luna. Como en tiempos antiguos. La dejó sin sorpresa que le alcanzase y estiró hacia ella su opaca barba gris, con la mandíbula caída temblándole al hablar.

Meshuggah. Mal de la chimenea.

El señor Bloom siguió andando tranquilamente, mirando allá delante a la luz del sol el apretado casquete, el bastón, paraguas y guardapolvos colgando. Su manía. ¡Fíjate en él! Ahí va otra vez. Un modo de salir adelante en el mundo. Y aquel otro viejo chiflado y canoso con sus andrajos. Qué mal lo ha debido pasar ella con él.

V. E.: ve. Juraría que es Alf Bergan o Richie Goulding. Lo escribió por broma en la taberna, apostaría cualquier cosa. Darse una vuelta por el despacho de Menton. Sus ojos de ostra pasmados ante la postal. Un espectáculo para los dioses.

Pasó por delante del *Irish Times*. Podría haber otras respuestas esperando ahí. Me gustaría contestarlas todas. Buen sistema para los criminales. Código. Están ahora almorzando. El empleado ese de las gafas no me conoce. Ah, dejémoslas ahí que se cuezan. Bastante molestia abrirme paso a través de cuarenta y cuatro de ellas. Necesítase hábil mecanógrafa para ayudar caballero en trabajo literario. Te llamé niño malo de ese modo porque no me gusta el otro mundo. Por favor dime qué quiere decir de verdad del otro modo. Por favor dime qué clase de perfume usa tu mujer. Dime quién hizo el mundo. De qué manera le echan a uno encima esas preguntas. Y la otra, Lizzie Twigg. Mis esfuerzos literarios han tenido la buena suerte de recibir la aprobación del eminente poeta A. E. (Sr. Geo Russell). Sin tiempo para arreglarse el pelo bebiendo té aguanoso con un libro de poesías.

El mejor periódico con gran ventaja para un anuncio por palabras. Ahora tiene las provincias. Cocinera y para todo, exc. cocina, hay doncella. Búscase hombre activo para barra. Resp. señorita (católica) desea hallar empleo en frutería o salchichería. James Carlisle lo lanzó. Seis y medio por ciento de dividendo: Hizo un gran negocio con las acciones de Coates. Listo. Astutos viejos avaros de escoceses. Todas las noticias halagadoras. Nuestra graciosa y popular virreina. Comprado ahora el *Irish Field*. Lady Mountcashel se ha restablecido completamente después de dar a luz y ayer participó a caballo en la cacería de ciervos con sabuesos de Ward Union al levantarse la veda en

Rathoath. Zorro incomedible. También cazadores para la olla. El miedo inyecta unos jugos la hace suficientemente tierna para ellos. Cabalgando a horcajadas. Monta a caballo como un hombre. Cazadora sin handicap. Nada de silla de señora ni de gruperá para ella, ni para su abuela. Primera en la reunión de cazadores y presente en el golpe de gracia. Fuertes como yeguas algunas de esas Amazonas. Se exhiben alrededor de las cuadras. Se engullen un vaso de brandy limpiamente en un decir amén. La de esta mañana en el Grosvenor. Arriba con ella al coche: ¡aúpa! Hace saltar su montura sobre un muro de piedra o un obstáculo de cinco barras. Creo que ese cochero chato lo hizo por fastidiar. ¿A quién se parecía ella? ¡Ah sí! A la señora Miriam Dandrade que me vendió sus trapos viejos y su ropa interior negra en el Hotel Shelbourne. Una divorciada hispanoamericana. No pestañeó porque yo lo manoseara. Como si yo fuera su perchero. La vi en la fiesta del virrey cuando Stubbs el guarda del parque me dejó entrar con Whelan el del *Express*. Espigando lo que dejó la gente bien. Té bien acompañado. Me eché mayonesa en las ciruelas creyendo que eran natillas. Le debieron zumbar los oídos durante unas semanas. Le hace falta un toro. Cortesana de nacimiento. Nada de trabajos de niñera, gracias.

¡Pobre señora Purefoy! El marido metodista. Método en su locura. Almuerzo con bollo de azafrán y leche y seltz en la lechería modelo. Comiendo con un cronómetro, treinta y dos masticaciones por minuto. Sin embargo le han crecido las patillas en chuleta. Se dice que tienen parientes influyentes. El primo de Theodore en el Castillo de Dublín. Un pariente decorativo en cada familia. La obsequia con uno de ellos como regalo anual. Le vi delante de los Tres Alegres Bebedores que iba sin sombrero y su chico mayor llevando uno en una red de la compra. Los llorones. ¡Pobrecilla! Y luego teniendo que dar el pecho año tras año a todas horas de la noche. Egoístas que son esos abstemios. El perro del hortelano. Sólo un terrón de azúcar en el té, por favor.

Se detuvo en el cruce de la calle Fleet. ¿Un rato para almorzar por seis peniques en Rowe? Tengo que mirar ese anuncio en la Biblioteca Nacional. Uno a ocho peniques en Burton. Mejor. De camino.

Siguió andando por delante de la casa Westmoreland de Balton. Té. Té. Té. Se me olvidó darle una metida a Tom Kernan.

Sss. ¡Nt! ¡Nt! ¡Nt! Tres días imagino gimiendo en una cama con un pañuelo mojado en vinagre alrededor de la frente, la barriga hinchada. ¡Uf! ¡Terrible, sencillamente! La cabeza del niño es demasiado grande: fórceps. Doblado dentro de ella tratando de abrirse paso a empujones ciegamente, buscando a tientas la salida. Eso me mataría. Suerte que Molly pasó los suyos fácilmente. Deberían inventar algo para parar eso. La vida con trabajos forzados. Esa idea del sueño crepuscular: a la reina Victoria le dieron eso. Nueve tuvo. Buena ponedora. La vieja que vivía en una bota y tenía tantos hijos. Suponte que él estuviera tuberculoso. Ya es hora de que alguien pensara algo sobre eso en vez de andar fastidiando con cómo era eso el pensativo seno de la argentina efulgencia. Majaderías para alimentar estúpidos. Podrían poner fácilmente

grandes establecimientos. Todo el asunto sin dolor de todos esos impuestos dar a cada niño que nazca cinco libras a interés compuesto hasta los veintiún años, cinco por ciento son cien chelines y las cinco libras de marras, multiplicar por veinte sistema decimal, animar a la gente a que deje a un lado dinero ahorre ciento diez y pico veintiún años hace falta que lo calcule bien en un papel sale una bonita suma, más de lo que uno se imagina.

No a los que nazcan muertos claro. Esos ni siquiera se registran. Molestia para nada.

Divertido verlas las dos juntas con las panzas fuera. Molly y la señora Moisel. Reunión de Madres. La tuberculosis se retira durante ese tiempo, luego vuelve. ¡Qué lisas parecen después de repente! Ojos pacíficos. Se les ha quitado un peso del ánimo. La vieja señora Thornton era una vieja divertida. Todos mis niñitos, decía. La cuchara de papilla en su boca antes de darles de comer. Ah, esto está ñam-ñam. Le aplastó la mano el hijo del viejo Tom Wall. Su primer saludo al público. La cabeza como una calabaza de primer premio. El doctor Murren y su rapé. La gente despertándoles a todas horas. Por Dios doctor. Mi mujer con los dolores. Luego haciéndoles esperar meses para los honorarios. Por servicios profesionales a su esposa. No tiene gratitud la gente. Los médicos son humanitarios, la mayor parte.

Ante el gran pórtico del Parlamento irlandés echó a volar una bandada de palomas. Su pequeña diversión después de las comidas. ¿A quién se lo hacemos encima? Yo elijo al de negro. Ahí va. Ahí la buena suerte. Debe ser emocionante desde el aire. Apjohn, yo mismo y Owen Goldberg subidos a los árboles cerca de Goose Green jugando a los monos. Me llamaban escombros.

Un pelotón de guardias salió de la calle College, marchando en fila india. Paso de la oca. Caras calentadas de comer, cascos sudorosos, dando golpecitos a las porras. Después de zampar con una buena carga de sopa sustanciosa bajo los cinturones. A menudo el destino del policía es feliz. Se dividieron en grupos y se dispersaron, saludando, hacia sus recorridos. Suelos a pacer. El mejor momento de atacar a uno a la hora del postre. Un puñetazo en su comida. Otro pelotón, marchando irregularmente, dio la vuelta a las verjas de Trinity, dirigiéndose a la comisaría. Camino del pesebre. Preparados a recibir a la caballería. Preparados a recibir la sopa.

Cruzó bajo el dedo pícaro de Tommy Moore. Hicieron muy bien en ponerle sobre un urinario: confluencia de aguas. Debería haber sitios para mujeres. Entrando a la carrera en las confiterías. A enderezarme el sombrero. No *hay en este ancho mundo un valle*. Gran canción de Julia Morkan. Sostuvo la voz hasta el mismo final. Alumna de Michael Balfe, ¿no es verdad?

Siguió con la vista el último ancho uniforme. Gente difícil de tratar. Jack Power podría contar muchas cosas: su padre era de la secreta. Si un tío les da problemas cuando le agarran se lo hacen pagar bien en chirona. Después de todo no se les puede tomar a mal con el trabajo que tienen especialmente con los gamberros. Aquel policía a caballo el día en que le dieron el título a Joe

Chamberlain en Trinity las pasó negras. ¡Palabra! Los cascos de su caballo retumbando detrás de nosotros por la calle Abbey abajo. Suerte que tuve la presencia de ánimo de zambullirme en Manning, o si no estaba listo. Se dio un buen trastazo, caray. Debió partirse la cabeza en el empedrado. No debía haberme dejado arrastrar por aquellos de medicina. Y los chicos de Trinity con sus gorros cuadrados. Buscándose líos. Sin embargo conocí a aquel joven Dixon que me curó la picadura en el Mater y ahora está en la calle Holles donde la señora Purefoy. El engranaje. El silbato de la policía todavía en los oídos. Todos por piernas. Por qué la tomó conmigo. Meterme en chirona. Aquí mismo empezó la cosa.

—¡Vivan los Bóers!

—¡Tres hurras por De Wet!

—¡Joe Chamberlain a la horca!

Niños idiotas: una pandilla de cachorros echando las tripas fuera a fuerza de chillar. Vinegar Hill. La Banda de los Lecheros. Al cabo de pocos años la mitad de ellos son magistrados y funcionarios. Viene la guerra: al ejército a ver quién llega antes: los mismos que decían que ni aunque fuera en lo alto del patíbulo.

Nunca sabe uno con quién habla. Corny Kelleher tiene ojos de hipócrita. Como ese Peter o Denis o James Carey que dio el soplo contra los Invencibles. También miembro del ayuntamiento. Pinchando a los jóvenes inexpertos para enterarse de todo. Mientras tanto recibiendo paga del servicio secreto del Castillo. Lo dejaron caer como si les quemara. Por qué esos de la secreta siempre cortejando a las marmotas. Es fácil calar a un hombre acostumbrado al uniforme. Empujarla contra una puerta trasera. Maltratarla un poco. Luego el plato siguiente del menú. ¿Y quién es ese señor que viene de visita aquí? ¿Decía algo el señorito? Espiando por el ojo de la cerradura. Señuelo. Estudiantillo de sangre caliente que le anda tonteando alrededor de sus gruesos brazos cuando plancha. —¿Son tuyas, Mary?

—Yo no llevo esas cosas... Cállese o le acuso a la señora. Fuera hasta media noche.

—Vienen grandes tiempos, Mary. Espera y verás.

—Ah, quite de ahí con sus grandes tiempos que vienen.

También a las camareras. Dependientas de tabaquería.

La idea de James Stephens era la mejor. Los conocía. Círculos de diez de modo que ninguno pudiera cantar sobre más que su propio círculo. Sinn Fein. Si te echas atrás te meten el cuchillo. Mano oculta. Si te quedas, el pelotón de ejecución. La hija del carcelero le sacó de Richmond, se embarcó en Lusk. Se alojó en el hotel Buckingham Palace en sus mismas narices. Garibaldi.

Hay que tener cierta fascinación: Parnell. Arthur Griffith es un tío de cabeza equilibrada pero no lleva dentro eso para las masas. Hace falta cacarear lo de nuestra amable patria. Majaderías. El salón de té de la Compañía Panificadora de Dublín. Sociedad de debates. El republicanismo es la mejor forma de

gobierno. Que la cuestión de la lengua deba tener precedencia sobre la cuestión económica. Arreglad a vuestras hijas para que los atraigan a casa. Hinchadles de comer y beber. El pato por San Miguel. Aquí tiene un buen pedazo de relleno al tomillo debajo de la pechuga. Tome otro poco de jugo del pato antes que se enfríe. Entusiastas a medio alimentar. Un panecillo de a penique y a andar detrás de la banda. No hay piedad para el trinchador. La idea de que el otro paga es la mejor salsa del mundo. Se sienten completamente en su casa. Échenos acá esos albaricoques, queriendo decir melocotones. El día no muy lejano. El sol de la autonomía levantándose en el noroeste.

La sonrisa se le desvaneció mientras seguía andando: una pesada nube cubría el sol lentamente, sombreando la ceñuda fachada de Trinity. Pasaban tranvías uno tras otro, al centro, a las afueras, campanilleando. Palabras inútiles. Las cosas siguen lo mismo, día tras día: pelotones de policías saliendo, volviendo: tranvías yendo, viviendo. Aquellos dos chiflados vagando por ahí. Dignam, quitada de en medio a toda marcha. Mina Purefoy con la barriga hinchada en una cama gimiendo para que le saquen a tirones un niño. Nace uno por segundo en algún sitio. Otro muere cada segundo. Desde que eché de comer a los pájaros cinco minutos. Trescientos estiraron la pata. Otros trescientos nacidos, lavándoles la sangre, todos están lavados en la sangre del cordero, balando meee.

Una ciudad entera pasa allá, otra ciudad entera viene, pasando allá también: otra viniendo, pasando. Casas, filas de casas, calles, millas de pavimentación, ladrillos en pilas, piedras. Cambiando de manos. Este propietario, ése. El dueño de la casa no se muere nunca, dicen. Otro se mete en su ropa cuando le llega el aviso de dejarlo. Compran todo el sitio a fuerza de oro y sin embargo siguen teniendo todo el oro. Hay una estafa ahí, no sé dónde. Amontonados en ciudades, erosionados siglo tras siglo. Pirámides en la arena. Construidas sobre pan y cebolla. Esclavos. Muralla de la China. Babilonia. Grandes piedras que han quedado. Torres redondas. El resto escombros, suburbios extendiéndose, chabolas, las casas de Kerwan saliendo como hongos, construidas de viento. Refugio para la noche.

Nadie es nada.

Esta es realmente la peor hora del día. La vitalidad. Apagada, sombría: odio esta hora. Me siento como si me hubieran comido y vomitado.

La casa del preboste. El reverendo Dr. Salmon: salmón en lata. Bien en lata ahí. No viviría ahí aunque me pagaran. Espero que hoy tengan hígado con tocino. La naturaleza odia el vacío.

El sol se liberó lentamente y alumbró vetas de luz entre la platería del escaparate de Walter Sexton delante de la cual pasaba John Howard Parnell sin ver.

Aquí está: el hermano. Imagen de él. Cara que obsesiona. Bueno, vaya coincidencia. Claro que cientos de veces uno piensa en una persona y no se la encuentra. Como uno que anda dormido. Nadie le conoce. Debe haber hoy una

reunión del ayuntamiento. Dicen que no se ha puesto nunca el uniforme de jefe de la policía municipal desde que le dieron el cargo. Charley Boulger solía salir en su gran caballo, con el tricornio, engalanado, empolvado y afeitado. Mira qué andares de entierro. Ha comido un huevo podrido. Ojos escalfados a lo fantasma. Tengo un dolor. El hermano del gran hombre: el hermano de su hermano. Haría muy bonito en el caballo municipal. Se deja caer por el D. B. C., seguramente a tomar café, juega al ajedrez allí. Su hermano usaba a los hombres como peones. Que se vayan todos a pique. Con miedo de comentar nada sobre él. Los deja a todos helados con esa mirada suya. Eso es fascinación: el hombre. Todos un poco tocados. La loca Fanny y su otra hermana la señora Dickinson por ahí a caballo con arneses rojos. Derecho y tieso como el cirujano MacArdle. Sin embargo David Sheehy la ganó la elección por South Meath. Abandonar su puesto en los Comunes y retirarse a la función pública. El banquete del patriota. Comiendo mondas de naranja en el parque. Simon Dedalus dijo cuando le hicieron entrar en el Parlamento que Parnell volvería de la tumba y le sacaría de la Cámara de los Comunes llevándole del brazo.

—Del pulpo de dos cabezas, una de cuyas cabezas es la cabeza en que los polos del mundo han olvidado encontrarse mientras la otra habla con acento escocés. Los tentáculos...

Adelantaron desde atrás al señor Bloom por el bordillo. Barba y bicicleta. Mujer joven.

Y ahí está ése también. Ahora sí que es realmente una coincidencia: segunda vez. Los acontecimientos venideros proyectan sus sombras delante. Con la aprobación del eminente poeta señor Geo Russell. Esa podría ser Lizzie Twigg con él. A. E.: ¿qué significa eso? Iniciales quizá. Albert Edward, Arthur Edmund, Alphonsus Eb Ed El Esquire. ¿Qué iba diciendo ése? Los polos del mundo con un acento escocés. Tentáculos: pulpo. Algo oculto: simbolismo. Venga de hablar. Ella lo absorbe todo. Sin decir una palabra. Para ayudar a caballero en trabajo literario.

Sus ojos siguieron la elevada figura vestida de *homespun*, barba y bicicleta, con una mujer escuchando a su lado. Viniendo de los vegetarianos. Sólo verduramen y fruta. No te comas un filete. Si no, los ojos de esa vaca te perseguirán por toda la eternidad. Dicen que es más sano. Flatulento y aguanoso, sin embargo. Lo probé. Le tiene a uno en marcha todo el día. Malo como un arenque ahumado. Sueños toda la noche. ¿Por qué le llaman filete de nuez a eso que me dieron? Nuecetarianos. Frutarianos. Para darle a uno la idea de que come solomillo. Absurdo. Salado además. Cuecen con soda. Le tienen a uno sentado toda la noche junto al grifo.

Lleva las medias flojas por los tobillos. Me molesta eso: tan sin gusto. Esa etérea gente literaria son todos. Soñadores, nubosos, simbolistas. Estetas es lo que son. No me sorprendería que fuera esa clase de comida de ahí lo que produce como ondas del cerebro lo poético. Por ejemplo uno de esos policías

sudando por la camisa estofado irlandés no se le podría exprimir ni un verso. No saben ni qué es poesía. Hay que estar en cierto estado de ánimo.

*La famélica gaviota
sobre el agua turbia flota.*

Cruzó por la esquina de la calle Nassau y se quedó delante del escaparate de Yeates e Hijo, viendo los precios de los gemelos. ¿Y si me dejo caer por el viejo Harris a charlar con el joven Sinclair? Tipo bien educado. Probablemente estará almorzando. Tengo que arreglar esos gemelos viejos. Lentes Goerz, seis guineas. Los alemanes se están abriendo paso por todas partes. Venden con buenas condiciones para capturar el comercio. Con rebaja. Podría encontrar por casualidad unos en la oficina de objetos perdidos de los trenes. Es asombroso las cosas que se deja la gente en los trenes y los guardarropas. ¿En qué están pensando? Las mujeres también. Increíble. El año pasado yendo de viaje a Ennis tuve que recoger el bolso de aquella hija de un campesino y entregarlo en el empalme de Limerick. Dinero sin reclamar también. Hay un relojito allá arriba en el tejado del banco para probar esos gemelos.

Sus párpados descendieron hasta los bordes inferiores de sus iris. No lo veo. Si uno se imagina que está ahí casi lo puede ver. No lo veo.

Se dio vuelta y, parado bajo los toldos, levantó la mano derecha hacia el sol con todo el brazo extendido. Muchas veces tenía ganas de probarlo. Sí, completamente. La punta de su meñique tapaba el disco del sol. Debe ser el foco donde se cruzan los rayos. Si tuviera gafas negras. Interesante. Hubo mucho que hablar con esas manchas del sol cuando estábamos en la calle Lombard West. Son explosiones terribles. Habrá un eclipse total este año: en otoño no sé cuándo.

Ahora que lo pienso, esa bola cae a la hora de Greenwich. Es que el reloj funciona por un cable eléctrico desde Dunsink. Tengo que ir allí algún primer sábado del mes. Si pudiera conseguir una presentación para el profesor Joly o enterarme de algo sobre su familia. Eso bastaría: un hombre siempre se siente cumplimentado. Halago donde menos se espera. Noble orgulloso de descender de la amante de un rey. Su antepasada. Un buen revoque. Con buena educación se llega muy lejos. No entrar y echar fuera lo que uno sabe que no debe: ¿qué es paralaje? Acompañe a la puerta a este caballero.

Ah.

Su mano volvió a caer junto al cuerpo. Nunca sabremos nada de eso. Pérdida de tiempo. Bolas de gas que giran por ahí, cruzándose unas con otras, adelantándose. Siempre la misma música. Gas, luego sólido, luego mundo, luego frío, luego cáscara muerta dando vueltas a la deriva, roca helada como esa roca de piña. La luna. Debe ser la luna nueva, dijo ella. Creo que sí.

Pasó por delante de La Maison Claire.

Espera. La luna llena fue la noche cuando estábamos el domingo hace dos semanas exactamente hay una luna nueva. Bajando por el Tolka. No está mal para una luna en Fairview. Ella canturreaba: Está brillando, amor, la primera luna de mayo. Él al otro lado de ella. Codo, brazo. Él. La lu-uz de la luciérnaga está brillando, amor. Tocar. Dedos. Pregunta. Respuesta. Sí.

Basta. Basta. Si ha sido ha sido. Debes.

El señor Bloom, respirando deprisa, andando más despacio, pasó por delante de Adam Court.

Con un alivio de estate tranquilo sus ojos tomaron nota: esta es la calle aquí a mediodía los hombros de botella de Bob Doran. En su ronda anual, dijo M'Coy. Beben para decir o hacer algo o *cherchez la femme*. Arriba en el Coombe con compadres o corretonas y luego el resto del año sobrios como un juez.

Sí. Me lo parecía. Encaminándose al Empire. Se fue. Agua de seltz sola le sentaría bien. Donde Pat Kinsella tuvo su Teatro del Arpa antes que Whitbred dirigiera el Queen. Un pedazo de pan. Cosas a lo Dion Boucicault con su cara de luna llena en sombrerito de chica. Tres Lindas Muchachitas de la Escuela. ¿Cómo vuela el tiempo ¿eh? Enseñando largos calzones rojos por debajo de las faldas. Bebedores, bebiendo, se reían salpicando, la bebida atragantada. Más fuerte, Pat. Rojo áspero: diversión para borrachos: risotada y humo. Quítate ese sombrero blanco. Sus ojos de pescado hervido. ¿Dónde está ahora? Mendigando por algún sitio. El arpa que en otros tiempos nos hizo morir de hambre.

Yo era entonces más feliz. ¿O era yo eso? ¿O soy yo ahora yo? Veintiocho años tenía. Ella tenía veintitrés cuando dejamos la calle Lombard West algo cambiado. No le pudo gustar otra vez después de Rudy. No se puede volver atrás el tiempo. Como sujetar agua en la mano. ¿Volverías atrás entonces? Sólo empezando entonces. ¿Volverías? ¿No eres feliz en tu casa pobrecito niño malo? Quiere coserme los botones. Tengo que contestar. Escribiré en la biblioteca.

La calle Grafton alegre con sus toldos desplegados le excitó los sentidos. Muselinas estampadas, seda, señoras y viudas, tintineo de atalajes, golpes de cascos de caballos con sordo retumbo en el pavimento recocado. Qué pies tan gruesos tiene esa mujer de las medias blancas. Ojalá que la lluvia se las enfangue encima. Una cometocino de campo. Estaban todas las elegancias de patas gordas. Siempre le da pies torpes a una mujer. Molly parece fuera de la vertical.

Pasó, flaneando, ante los escaparates de Brown Thomas, tejidas de seda. Cascadas de cintas. Vaporosas sedas chinas. Un ánfora inclinada vertía por la boca una inundación de popelín color sangre: sangre lustrosa. Los hugonotes lo introdujeron aquí. *La causa è santa!* Trala ralá. Gran coro es ese. Trala. Debe estar lavada con agua de lluvia. Meyerbeer. Trala: pom pom pom.

Acericos. Hace mucho tiempo que amenazo con comprar uno. Las pincha por toda la casa. Agujas en las cortinas de las ventanas.

Se descubrió ligeramente el antebrazo izquierdo. Arañazo: casi desaparecido. Hoy no, en todo caso. Tengo que volver por esa loción. Para su cumpleaños quizá. Juniojulioagostoseptiembre ocho. Casi faltan tres meses. Además a lo mejor no le gusta. Las mujeres no recogen los alfileres. Dicen que trae mala suerte.

Sedas brillantes, enaguas en finas varillas de latón, fulgores de medias de seda en hileras.

Inútil volver atrás. Tenía que ser. Dímelo todo.

Voces altas. Seda tibia de sol. Atalajes tintineantes. Todo por una mujer, hogar y casas, tejidos de seda, plata, ricas frutas, aromáticas de Jaffa. Agendath Netaim. Riqueza del mundo.

Una tibia carnosidad humana se le asentó en el cerebro. Su cerebro se rindió. Perfume de abrazos le asaltó entero. Con carne hambreada oscuramente, mudante ansiaba adorar.

Calle Duke. Ya estamos. Tengo que comer. El Burton. Me sentiré mejor después.

Dobló la esquina de Combridge, aún acosado. Tintineantes golpes de cascos de caballo. Cuerpos perfumados, tibios, llenos. Todos, besados, se rendían: en profundos campos de verano, enredada hierba aplastada, en goteantes galerías de casas pobres, a lo largo de sofás, camas crujiendo.

—¡Jack, cariño!

—¡Querido mío!

—¡Bésame, Reggy!

—¡Guapo mío!

—¡Amor!

Con el corazón agitado empujó la puerta del restaurante Burton. El hedor le agarró el tembloroso aliento: punzante jugo de carne, aguanosidad de verduras. La comida de las fieras.

Hombres, hombres, hombres.

Encaramados en altos taburetes ante la barra, los sombreros echados atrás, en las mesas pidiendo más pan a discreción, echando tragos, engullendo masas de comida caldosa, con los ojos hinchados, limpiándose bigotes mojados. Un pálido joven de cara de sebo limpiaba su vaso, cuchillo, tenedor y cuchara con la servilleta. Nuevo repuesto de microbios. Un hombre con servilleta de niño manchada de salsa remetida alrededor paleaba sopa gorgoteante por el gaznate. Un hombre volviendo a escupir en el plato: cartílagos semimasticados: sin dientes con que mastic-tic-ticarlo. Masca chuleta a la parrilla. Atiborrándose para acabar con ello. Tristes ojos de bebedor. Mordió más de lo que puede masticar. ¿Soy yo así? Vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Hombre hambriento es hombre violento. Trabajando con diente y quijada. ¡No! ¡Ah! ¡Un hueso! Aquel último rey pagano de Irlanda, Cormac, de la poesía de la escuela se ahogó en Sletty al sur del Boyne. No sé qué estaría comiendo. Algo

guluptuoso. San Patricio le convirtió al Cristianismo. Sin embargo, no se lo pudo tragar todo.

—Rosbif con col.

—Un estofado.

Olores de hombres. Se le sublevó el tragadero. Serrín escupido, humo de cigarrillo dulzón y templaducho, hedor de tabaco de mascar, cerveza derramada, orina cervezosa de hombres, el rancio del fermento.

No podría comer ni un bocado aquí. Un tipo afilando cuchillo y tenedor para comerse todo lo que tiene por delante, un viejo hurgándose los dientes. Ligero espasmo, lleno, rumiando lo tragado. Antes y después. Acción de gracias después de las comidas. Mira esta estampa y después esa otra. Rebañando la salsa del estofado con tropezones absorbentes de pan. ¡Lámelo del plato, hombre! Fuera de aquí.

Echó una ojeada alrededor a los que comían en taburetes y en mesas, apretando las aletas de la nariz.

—Dos cervezas negras aquí.

—Una de carne salada con col.

Ese tipo empujando para abajo la carga de col del cuchillo lleno como si le fuera en ello la vida. Buen golpe. Me da grima mirarlo. Más seguro comer con las tres manos. Desgarrarlo miembro a miembro. Una segunda naturaleza para él. Ha nacido con un cuchillo de plata en la boca. Eso es chistoso, me parece. O no. Plata significa nacido rico. Nacido con un cuchillo. Pero entonces se pierde la alusión.

Un camarero mal ceñido recogía pegajosos platos chasqueantes. Rock, el alguacil, de pie ante la barra soplabla el colmo espumoso de su jarro. Bien rasado: salpicó amarillo junto a la bota. Uno de los que comían, cuchillo y cuchara enhiestos, los codos en la mesa, preparado para repetir un plato miraba fijamente al montacargas de las comidas por encima de su manchado rectángulo de periódico. Otro tipo diciéndole algo con la boca llena. Oyente comprensivo. Charlas de mesa. Lem ñim el luñmeñm eñ elñ Ñamco Uñsterñ. ¿Ah, sí? ¿De veras?

El señor Bloom, dudoso, se llevó dos dedos a los labios. Sus ojos dijeron:

—Aquí no. No le veo.

Fuera. Me fastidian los que comen sucio.

Retrocedió hacia la puerta. Tomaré algo ligero en Davy Byrne. Un tentempié. Sostenerme en marcha. Desayuné bien.

—Asado con puré de patata aquí.

—Una pinta de cerveza negra.

Cada cual para sí, diente y uña. Glub. Ñam. Glub. Engullir.

Salió a un aire más claro y se volvió atrás hacia la calle Grafton. Comer o ser comido. ¡Mata! ¡Mata!

Supongamos esa cocina común quizá dentro de años. Todos llegando al trote con escudillas y cazuelas que llenar. Devorando el contenido por la calle.

John Howard Parnell por ejemplo el preboste de Trinity cada quisque no hablemos de prebostes ni del preboste de Trinity mujeres y niños, cocheros, curas, párrocos, mariscales de campo, arzobispos. Desde Ailesbury Road, Clyde Road, los barrios obreros, del asilo de Dublín Norte, el Lord Alcalde en su carroza de pan de gengibre, la vieja reina en una silla con ruedas. Tengo el plato vacío. Usted primero con nuestro vaso corporativo. Como la fuente de Sir Philip Crampton. Quitar los microbios restregando con el pañuelo. El siguiente vuelve a meter otra hornada restregando con el suyo. El padre O'Flynn les haría correr como liebres a todos. Habría peleas de todos modos. Cada cual por su menda. Los niños peleando por las rebañaduras del puchero. Haría falta una olla de sopa tan grande como Phoenix Park. Sacando con arpones filetes y cuartos traseros. Me molesta la gente rodeando por todas partes. En el Hotel City Arms la *table d'hôte* como la llamaba ella. Sopa, asado, dulce. Nunca se sabe de quién son los pensamientos que mascas. Pero ¿quién fregaría todos los platos y tenedores? Para entonces a lo mejor todos se alimentan de pastillas. Las dentaduras poniéndose cada vez peor.

Después de todo hay mucho de bueno en ese fino sabor vegetariano de las cosas de la tierra ajo, por supuesto, apesta los organilleros italianos crujendo de cebollas, setas, trufas. Dolor para el animal también. Desplumar y vaciar pollos. Las desgraciadas bestias ahí en el mercado de ganado esperando a que el hacha les parta el cráneo. Muu. Pobres terneras temblorosas. Meeh. Lechal vacilante, *staggering bob*. Burbujeando y rechinando. Los cubos de los matarifes con despojos oscilantes. Deme ese trozo de pecho colgado del gancho. Pluf. Cabeza pelada y huesos sangrientos. Desolladas ovejas de ojos vidriosos colgando de las piernas, hocicos de ovejas empapelados en sangre moqueando jalea de nariz en serrín. Fuera desechos y riñonadas. No destroces esos cortes, muchacho.

Sangre fresca caliente recetan para la tuberculosis. Siempre hace falta sangre. Insidiosa. Lamerla, humeando caliente espesa azucarosa. Fantasmas hambrientos.

Ah, tengo hambre.

Entro en Davy Byrne. Taberna decente. Él no charla. De vez en cuando convida a un trago. Pero en bisiesto una vez de cada cuatro. Una vez me aceptó un cheque.

¿Qué voy a tomar ahora? Sacó el reloj. Vamos a ver ahora. ¿Cerveza de gengibre?

—¡Hola, Bloom! —dijo Nosey Flynn desde su rincón.

—Hola, Flynn.

—¿Cómo van las cosas?

—Fenomenal... Vamos a ver. Voy a tomar un vaso de borgoña y... vamos a ver.

Sardinas en los estantes. Casi se nota el sabor mirándolas. ¿Un bocadillo? El patriarca Cerdo y sus descendientes alineados y enmostazados ahí. Carnes en conserva. ¿Qué es el hogar que no tiene carne en conserva Ciruelo? Incompleto.

¡Vaya anuncio estúpido! Los metieron debajo de las necrologías. Todos subidos al ciruelo. La carne en conserva de Dignam. A los caníbales les gustaría con limón y arroz. El misionero blanco demasiado salado. Como cerdo en vinagreta. Supongo que el jefe consume las partes de honor. Debería estar duro por el ejercicio. Sus mujeres en fila observando el efecto. *Había un viejo y majestuoso negro. Que se comió o no sé qué los no sé qué del reverendo Allegro.* Cuando viene una antesala del cielo. Dios sabe qué guisote. Membranas tripas mohosas tráqueas retorcidas y picadas. Un jeroglífico encontrar la carne. Kosher. La carne y la leche que no vayan juntas. Higiene lo llaman ahora. El ayuno de Yom Kippur limpieza de primavera de lo de dentro. La paz y la guerra dependen de la digestión de algún tío. Las religiones. Pavos y gansos de Navidad. Matanza de inocentes. Comed, bebed y estad alegres. Entonces las casas de socorro llenas después. Cabezas vendadas. El queso lo digiere todo menos él mismo. Poderoso queso.

— ¿Tiene un bocadillo de queso?

— Sí, señor.

Me gustaría unas pocas aceitunas si las tuvieran. Italianas las prefiero. Un buen vaso de borgoña: quita allá eso. Lubrifica. Una buena ensalada, fresca como un pepino. Tom Kernan sabe aliñar. Le da el toque. Puro aceite de oliva. Milly me sirvió aquella chuleta con un ramita de perejil. Tomar una cebolla española. Dios hizo la comida, y el diablo, los cocineros. Cangrejo a la diablo.

— ¿La mujer bien?

— Muy bien, gracias... Un bocadillo de queso, entonces. ¿Tiene gorgonzola?

— Sí, señor.

Nosey Flynn sorbía su grog.

— ¿Sigue cantando ahora?

Mira qué boca. Podría silbarse en su propio oído. Orejas como aletas para hacer juego. Música. Entiende tanto de eso como mi cochero. Sin embargo mejor decirle. No hace daño. Anuncio gratis.

— Se ha comprometido para una gran jira a fin de este mes. Quizá lo haya oído decir.

— No. Vaya, así es como se debe. ¿Quién lo organiza?

El mozo de la barra sirvió.

— ¿Cuánto es?

— Siete peniques, señor... Gracias, señor.

El señor Bloom cortó el emparedado en tiras más finas. *El reverendo Allegro.* Más fácil que esa materia crema de sueños. *Y sus quinientas mujeres. Tuvieron grandes placeres.*

— ¿Mostaza, señor?

— Gracias.

Encajó grumos amarillos debajo de cada tira levantada. *Grandes placeres.* Ya lo tengo. *Y se hizo más y más grande.*

—¿Quién lo organiza? —dijo—. Bueno, es como la idea de una compañía, mire. Participación en los gastos y en los beneficios.

—Ah sí, ya me acuerdo —dijo Nosey Flynn, metiéndose la mano en el bolsillo para rascarse la ingle—. ¿Quién fue el que me lo dijo? ¿No anda Blazes Boylan metido en eso?

Un caliente golpe de aire calor de mostaza mordió el corazón del señor Bloom. Levantó los ojos y encontró la mirada fija de un reloj bilioso. Las dos. Reloj de taberna cinco minutos adelantado. El tiempo que pasa. Las manecillas se mueven. Las dos. Todavía no.

Su diafragma anheló entonces hacia arriba, se hundió dentro de él, anheló más largamente, ansiosamente.

Vino.

Oliosorbió el generoso jugo y, ordenando enérgicamente a su garganta acelerarlo, dejó delicadamente el vaso de vino.

—Sí —dijo—. Él es el organizador, en realidad.

No hay miedo. No tiene cabeza.

Nosey Flynn sorbió con la nariz y se rascó. Una pulga tomándose una buena comida.

—Tuvo un buen golpe de suerte, me contaba Jack Mooney, con aquel combate de boxeo que volvió a ganar Myler Keogh contra ese soldado del cuartel de Portobello. Qué caramba, se llevó a aquel muchachito al condado Carlow, me decía...

Esperemos que esa gota de rocío no le caiga en el vaso. No, se la ha sorbido para arriba.

—Casi un mes, oiga, antes de la cosa. Sorbiendo huevos de pato, qué carajo, hasta nueva orden. Para tenerlo alejado del trago, ¿comprende? Qué carajo, Blazes es un tío de pelo en pecho.

Davy Byrne salió de detrás del mostrador en mangas de camisa con alforzas, limpiándose los labios con dos pasadas de su servilleta. Rubor de arenque. Cuya sonrisa juguetea sobre cada rasgo con tal y tal repleto. Demasiada grasa en los rábanos.

—Y aquí está éste en persona y con su pimienta encima —dijo Nosey Flynn—. ¿Puede darnos algún buen consejo para la Copa de Oro?

—Yo ya no estoy en eso, señor Flynn —contestó Davy Byrne—. Nunca apuesto nada a un caballo.

—Hace muy bien —dijo Nosey Flynn.

El señor Bloom se comió sus tiras de emparedado, limpio pan reciente, con gusto de disgusto, picante mostaza, y el sabor de pies del queso verde. Sorbos del vino le suavizaron el paladar.

Nada de palo campeche, esto. Tiene un sabor más en este tiempo ahora que se ha quitado el frío.

Simpático bar tranquilo. Simpático trozo de madera en este mostrador. Planeado de modo simpático. Me gusta el modo cómo se curva ahí.

—Yo no haría nada en absoluto por ese camino —dijo Davy Byrne—. Han arruinado a muchos hombres esos mismos caballos.

Quinielas de tabernero. Registrado para despachar cerveza, vino y licores a consumir en el local. Cara gano yo cruz pierdes tú.

—Tienes razón —dijo Nosey Flynn—. A no ser que esté uno en el ajo. Hoy día no hay ningún deporte que vaya de un modo honrado. Lenehan tiene alguna buena fija. Hoy da Cetro. Zinfandel es el favorito, cuadra de Lord Howard de Walden, ganó en Epsom. Lo monta Morny Cannon. Yo podría haber sacado siete a una contra Saint Amant hace quince días.

—¿Ah sí? —dijo Davy Byrne.

Se acercó a la ventana y, tomando el libro de caja, fue pasando las páginas.

—Podría, de veras —dijo Nosey Flynn sorbiendo—. Era una hermosa yegua. Hija de Saint Frusquin. Ganó en una tormenta, la potranca de Rothschild, con algodones en las orejas. Chaquetilla azul y gorra amarilla. Mala suerte para Ben Dollard y su John O'Gaunt. Él me lo desaconsejó. Eso.

Bebió resignadamente de su vaso, bajando los dedos por los acanalados.

—Eso —dijo, suspirando.

El señor Bloom, mascando de pie, observó su suspiro. Tontarras de Nosey. ¿Le digo de ese caballo que Lenehan? Ya lo sabe. Mejor que se olvide. Va y pierde más. El tonto y su dinero. La gota de rocío vuelve a bajar. Qué nariz fría tendría besando a una mujer. Sin embargo a ellas a lo mejor les gustaría. Les gustan las barbas pinchosas. Las narices frías del perro. La vieja señora Riordan con el terrier Skye de tripas ruidosas en el Hotel City Arms. Molly acariciándole en el regazo. ¡Ah el perrazo guauguau!

El vino empapó y ablandó miga apelonada de pan mostaza un momento queso nauseabundo. Simpático vino éste. Lo saboreo mejor porque no tengo sed. Por causa del baño desde luego. Sólo un bocado o dos. Luego hacia las seis puedo. Las seis, las seis. El momento habrá pasado entonces. Ella... Suave fuego de vino le encendió las venas. Me hacía mucha falta. Me sentía tan decaído. Sus ojos sin hambre vieron estantes de latas, sardinas, coloridas pinzas de langostas. Todas las cosas raras que elige la gente para comer. Sacadas de conchas, litorinas con un alfiler, arrancadas de árboles, caracoles comen los franceses sacándolos del suelo, sacándolos del mar con cebo en un anzuelo. Los idiotas de los peces no aprenden nada en mil años. Si no lo conoces es peligroso meterse cualquier cosa en la boca. Bayas venenosas. Serbal de los pájaros. Una redondez que uno cree buena. El color chillón te avisa que no. Uno se lo dijo a otro y así sucesivamente. Pruébalo con el primer perro. Guiados por el olfato o el aspecto. Fruta tentadora. Helados en cono. Crema. Instinto. Los naranjales por ejemplo. Necesitan riego artificial. Bleibtreustrasse. Sí pero ¿y las ostras, qué? Feas de ver como un grumo de flemas. Conchas sucias. El demonio abrirlas también. ¿Quién las descubrió? La basura, el agua de alcantarilla de que se alimentan. Champán y ostras de la Costa Roja. El efecto en lo sexual. Afrodisíaco. Él estuvo en la Costa Roja esta mañana. ¿Fue él ostra pez viejo en la mesa? Quizá él es

carne joven en la cama. No. Junio no tiene erre nada de ostras. Pero hay gente que le gusta la caza bien pasada. Liebre a la cazadora. Primero caza tu liebre. Los chinos comen huevos de hace cincuenta años, azules y verdes otra vez. Comida de treinta platos. Cada plato inofensivo podrían mezclarse dentro. Idea para una novela de misterio con veneno. ¿Fue el archiduque Leopoldo? No. Sí, ¿o fue Otto uno de esos Habsburgos? ¿O quién era el que se comía la caspa de la cabeza? El almuerzo más barato de la ciudad. Claro, aristócratas. Luego los demás copian para estar a la moda. Milly también aceite mineral y harina. La repostería cruda me gusta a mí también. La mitad de las ostras las vuelven a echar al mar para sostener el precio. Baratas. Nadie las compraría. Caviar. A hacer el grande. Vino del Rhin en vasos verdes. Panzada fenomenal. Lady Tal. Pecho empolvado de perlas. La *élite*. *Crème de la crème*. Quieren platos especiales para hacer como que son. Un ermitaño con un plato de legumbres secas para reprimir el aguijón de la carne. Conóceme ven a comer conmigo. Esturión real. El primer magistrado municipal, Coffey, el matarife, tiene derecho a la caza en el bosque de su ex. Debería mandarle la mitad de una vaca. El banquetazo que vi en las cocinas del Presidente de la Audiencia. El *chef* con gorro blanco como un rabino. Pato combustible. Col rizada á la *duchesse de Parme*. Más vale apuntarlo en la lista del menú para poder saber qué ha comido uno, demasiadas especias estropean el caldo. Lo sé muy bien. Le echan un poco de sopa desecada Edwards. Patos cebados para ellos hasta idiotizarlos. Langostas cocidas vivas. Ptome un ptoco de ptarmigan. No me importaría ser camarero en un hotel de postín. Propinas, traje de etiqueta, señoras medio desnudas. ¿Me permite tentarla a que tome un poco más de filetes de lenguado con limón, señorita Dubedot? Sí, cómonot. Y aceptót cómonot. Hugonote ese apellido, supongo. Una señorita Dubedot vivía en Killiney, me acuerdo. *Du, de la*, francés. Sin embargo es el mismo pescado, quizá el viejo Micky Hanlon de la calle Moore venga a sacar tripas, venga a ganar dinero, venga a meter mano, el dedo en las agallas de los peces, no sabe firmar un cheque, se creía que estaba pintando el paisaje con la boca torcida. Miiichel A Hache Ha. Ignorante como un leño, y no le ahorcan por cincuenta mil libras.

Pegadas al cristal dos moscas zumbaban, pegadas.

El fulgurante vino se le demoraba en el paladar, tragado. Pisando en los lagares uvas de Borgoña. El calor del sol, eso es. Parece como un toque secreto que me dice un recuerdo. Tocados sus sentidos se humedecieron recordaron. Escondidos bajo los helechos salvajes en Howth. Debajo de nosotros, bahía, cielo dormido. Ni un ruido. El cielo. La bahía violeta hacia la punta Lion. Verde junto a Drumleck. Verdiamarilla hacia Sutton. Campos submarinos, las líneas de un leve pardo en hierba, ciudades sepultadas. Haciendo almohada de mi chaqueta ella tenía el pelo, tijeretas en las matas de brezo mi mano bajo su nuca me vas a desarreglar toda. ¡Oh prodigio! Blandafresca de lociones su mano me tocó, me acarició: sus ojos en mí sin apartarlos. Arrebatado yací sobre ella, sus carnosos labios abiertos, besé su boca. Ñam. Suavemente me dio en la boca la

galleta de anís caliente y masticado. Pulpa nauseabunda que su boca había mascado dulce y agria con saliva. Alegría: lo comí: alegría. Vida joven, sus labios que me dio en hociquito. Labios blandos, calientes, pegajosos, gelatinogomosos. Flores eran sus ojos, tómame, ojos aceptadores. Unos guijarros cayeron. Ella siguió tumbada. Una cabra. Nadie. Arriba entre los rododendros de Ben Howth andaba una cabra con paso seguro, dejando caer sus pasas. Emboscada tras helechos ella se rió en caliente abrazo. Locamente yací sobre ella, la besé: los ojos los labios, el cuello estirado, latiendo, pechos de mujer llenando su blusa de velo de monja, gruesos pezones erguidos. Caliente la lamí. Me besó. Fui besado. Cediendo toda me alborotó el pelo. Besada, me besó.

A mí. Y yo ahora.

Pegadas, las moscas zumbaban.

Bajando los ojos siguió las silenciosas venas del mostrador de roble. Belleza: se curva, las curvas son belleza. Diosas bien formadas, Venus, Juno: curvas que admira el mundo. Se las ve en el museo de la biblioteca erguidas en el vestíbulo redondo, diosas desnudas. Ayuda a la digestión. No les importa qué hombre es el que mira. Todos a ver. Nunca hablando, quiero decir con gente como Flynn. Suponiendo que ella hiciera Pigmalión y Galatea, ¿qué es lo primero que habría dicho ella? ¡Mortal! Le pondría a uno en su sitio. Engullendo néctar en las comidas con dioses, platos de oro, todo ambrosiano. No como estos almuerzos nuestros a precio fijo, cordero hervido, zanahorias y nabos, botella de Allsop. Néctar, imagínate beber electricidad: alimento de dioses. Deliciosas formas de mujer esculpidas junónicas. Inmortales deliciosas. Y nosotros cargándonos comida por un agujero y afuera por detrás: comida, quilo, sangre, excremento, tierra, comida: hay que alimentarlo como quien carga una locomotora. Ellas no tienen. Nunca lo he mirado. Lo miraré hoy. El vigilante no me verá. Me agacharé dejaré caer algo a ver si ella.

Gota a gota llegó un silencioso mensaje de su vejiga de ir a hacer no hacer allí hacer. Como hombre y bien dispuesto apuró el vaso hasta las heces y se puso en marcha, a hombres también se entregaban ellas mismas, virilmente conscientes, yacían con hombres amantes, un joven la gozó, hacia el patio. Cuando cesó el ruido de sus botas, Davy Byrne dijo desde su libro:

—¿Qué es ése? ¿No trabaja en algo de seguros?

—Hace mucho que no está en eso —dijo Nosey Flynn—. Busca anuncios para el *Freeman*.

—Le conozco mucho de vista —dijo Davy Byrne—. ¿Ha tenido alguna desgracia?

—¿Desgracia? —dijo Nosey Flynn—. No que yo sepa. ¿Por qué?

Me he fijado que iba de luto.

—¿Ah sí? —dijo Nosey Flynn—. Pues sí que es verdad. Le pregunté qué tal estaban todos en casa. Tienes razón. Sí que iba de luto.

—Yo nunca toco el tema —dijo Davy Byrne, humanitario—, si veo que un caballero tiene esa clase de desgracia. No hace más que volvérselo a traer de nuevo al ánimo.

No es su mujer, en todo caso —dijo Nosey Flynn—. Le encontré anteayer y salía de esa lechería irlandesa que tiene la mujer de John Wyse Nolan en la calle Henry, con un jarrito de nata en la mano llevándosela a casa a su media naranja. Está bien alimentada, lo puedo asegurar. Canapés de codorniz.

—¿Y él trabaja con el *Freeman*? —dijo Davy Byrne.

Nosey Flynn frunció los labios.

—No compra la nata con los anuncios que saca por ahí. Puedes estar seguro.

—¿Y eso? —dijo Davy Byrne, dejando su libro.

Nosey Flynn hizo en el aire rápidos pases con dedos ilusionistas. Guiñó el ojo.

—Está en la hermandad —dijo.

—¿De veras? —dijo Davy Byrne.

—Ya lo creo —dijo Nosey Flynn—. Una orden antigua, libre y prestigiosa. Luz, vida y amor, qué caray. Le echan una mano. Me lo dijo un, bueno, no voy a decir quién.

—¿Es cierto eso?

—Ah, es una orden muy buena —dijo Nosey Flynn—. No se apartan de uno cuando uno anda mal. Sé de un tío que estaba intentando entrar en ella, pero son más cerrados que maldita sea. Pero qué caray han hecho muy bien en dejar a las mujeres fuera de eso.

Davy Byrne sonriobostezoasintió todo en uno:

—¡liiiiichaaaach!

—Hubo una mujer —dijo Nosey Flynn— que se escondió en un reloj para averiguar lo que andan haciendo. Pero joder la olfatearon y la sacaron fuera y le tomaron juramento allí mismo como maestro de masones. Era una Saint Legers de Doneraile.

Davy Byrne, saciado de bostezar, dijo con ojos bañados de lágrimas:

—¿Y eso es verdad? Es un hombre decente y tranquilo. Muchas veces le he visto por aquí y ni una sola vez le he visto excederse, ya comprendes.

—Ni Dios Todopoderoso le podría emborrachar —dijo Nosey Flynn firmemente—. Se escapa en cuanto la juerga se acalora demasiado. ¿No le viste mirar el reloj? Ah, no estabas ahí. Si le pides que eche un trago lo primero que hace es sacar el reloj para ver qué debería tomar. Como que nos ve Dios que es verdad.

—Hay algunos así —dijo Davy Byrne—. Es un hombre seguro, diría yo.

—No está demasiado mal —dijo Nosey Flynn, sorbiéndoselo para arriba—. Se ha sabido de él que ha echado una mano para ayudar a alguien. Hay que darle lo suyo hasta al diablo. Vaya, Bloom tiene sus lados buenos. Pero hay algo que no hará nunca.

Su mano garrapateó una firma en seco al lado del grog.

—Ya lo sé —dijo Davy Byrne.

—Nada por escrito —dijo Nosey Flynn.

Entraron Paddy Leonard y Bantam Lyons. Les siguió Tom Rochford, alisándose con una mano el chaleco color clarete.

—Buenas, señor Byrne.

—Buenas, caballeros.

Se detuvieron ante el mostrador.

—¿Quién convida? —preguntó Paddy Leonard.

—Con vida estoy yo, en todo caso —contestó Nosey Flynn.

—Bueno, ¿qué va a ser? —preguntó Paddy Leonard.

—Yo tomaré una gaseosa de gengibre —dijo Bantam Lyons.

—¿Cuánto? —gritó Paddy Leonard—. ¿Desde cuándo, por lo más sagrado? ¿Tú qué tomas, Tom?

—¿Qué tal está la tubería principal? —preguntó Nosey Flynn, sorbiendo.

Como respuesta Tom Rochford se apretó con la mano el esternón e hipó.

—¿Puedo pedirle la molestia de un vaso de agua fresca, señor Byrne? —dijo.

—Claro que sí, señor.

Paddy Leonard echó una ojeada a sus compañeros de cerveza.

—Válgame Dios —dijo—, ¡miren a quién convidado a beber! Agua fría y gaseosa. Dos tíos que chuparían whisky de una pierna herida. Este tiene en la manga algún jodido caballo de la Copa de Oro. Impepinable.

—¿Es Zinfandel? —preguntó Nosey Flynn.

Tom Rochford echó polvos de un papel retorcido en el agua que le pusieron delante.

—Esta maldita dispepsia —dijo antes de beber.

—El bicarbonato es muy bueno —dijo Davy Byrne. Tom Rochford asintió y bebió.

—¿Es Zinfandel?

—No digas nada —guiñó Bantam Lyons—. Voy a echar cinco chelines por mi cuenta.

—Dínoslo si eres hombre y vete al cuerno —dijo Paddy Leonard—. ¿Quién te lo ha dicho?

El señor Bloom, saliendo, levantó tres dedos como saludo.

—Hasta otra —dijo Nosey Flynn.

Los demás se volvieron.

—Ese de ahí es el que me lo ha dicho —susurró Bantam Lyons.

—¡Puaf! —dijo Paddy Leonard con desprecio—. Señor Byrne, oiga, vamos a tomar dos de esos Jamesons pequeños después y un...

—Una gaseosa de gengibre —añadió Byrne cortésmente.

—Eso —dijo Paddy Leonard—. Un biberón para el niño.

El señor Bloom salió hacia la calle Dawson, restregándose los dientes con la lengua. Algo verde tendría que ser: espinacas por ejemplo. Luego con un reflector de esos rayos X uno podría.

En Duke Lane un terrier voraz vomitó con esfuerzo una asquerosa mascada de huesos en las piedras del pavimento y la lamió con nuevo celo. Sobrante. Devuelto con agradecimiento una vez digerido plenamente el contenido. Primero el dulce después lo salado. El señor Bloom se desvió cautamente. Rumiantes. Su segundo plato. Mueven la mandíbula de arriba. No sé si Tom Rochford conseguirá algo con ese invento suyo. Pérdida de tiempo el explicárselo a ese bocazas de Flynn. La gente flaca tiene boca larga. Debería haber una sala o un sitio donde los inventores pudieran entrar a inventar gratis. Claro que entonces todos los chiflados irían a molestar.

Canturreó, prolongando en solemne eco las últimas notas de los compases:

Don Giovanni, a cenar teco

M'invitasti.

Me siento mejor. El borgoña. Buen tentempié. ¿Quién fue el primero que destiló? Alguno que andaba triste. El valor de la desesperación. Ese *Kilkenny People* en la Biblioteca Nacional ahora tengo que.

Tazas de retrete descubiertas, limpias, en el escaparate de William Miller, fontanería, hicieron retroceder sus pensamientos. Podrían: y observarlo bajar todo el camino, al tragar un alfiler a veces sale por las costillas años después, una gira alrededor del cuerpo, cambiando al conducto biliar, el bazo como cañerías. Pero el pobre desgraciado tendría que estar de pie todo el tiempo con las entrañas de manifiesto. La ciencia.

—*A cenar teco.*

¿Qué quiere decir *teco*? Esta noche, quizá.

Don Giovanni, tú me has invitado

a venir a cenar esta noche,

tralará laralá.

No marcha como es debido.

Llavees: dos meses si convenio a Nannetti. Eso será dos libras con diez, cerca de dos libras con ocho. Tres me debe Hynes. Dos con once. El anuncio de Presscott. Dos con quince. Cerca de cinco guineas. Viento en popa.

Podría comprarle a Molly una de esas enaguas de seda, del color de sus ligas nuevas.

Hoy. Hoy. No pensarlo.

Luego una excursión al sur. ¿Y qué tal las playas inglesas? Brighton, Margate. Los muelles a la luz de la luna. Su voz flotando por el aire. Esas bañistas tan guapas. Contra la tienda de John Long un vagabundo soñoliento

estaba ocioso en profundos pensamientos, royéndose un costroso nudillo. Hombre habilidoso busca trabajo. Jornal modesto. Come de todo.

El señor Bloom se volvió hacia el escaparate de Gray el pastelero, lleno de tartas sin comprar, y pasó por delante de la librería del reverendo Thomas Connellan. *¿Por qué dejé la Iglesia de Roma? El nido del ave.* Las mujeres le manejan. Dicen que daban sopa a los niños pobres en tiempos de la escasez de patatas. Más allá la sociedad para la conversión de judíos pobres donde iba papá. El mismo cebo. *¿Por qué dejamos la Iglesia de Roma?*

Un muchacho ciego estaba parado golpeando el bordillo con su delgado bastón. No hay ni un tranvía a la vista. Quiere cruzar.

—¿Quiere usted cruzar? —preguntó el señor Bloom.

El muchacho ciego no contestó. Su cara de pared se puso débilmente ceñuda. Movi6 la cabeza con incertidumbre.

—Está usted en la calle Dawson. Tiene enfrente la calle Molesworth. ¿Quiere cruzar? No hay nada por en medio.

El bast6n se movió temblando hacia la izquierda. Los ojos del señor Bloom siguieron su línea y volvieron a ver el carro de la tintorería detenido delante de Drago. Allí es donde vi su cabeza con brillantina precisamente cuando iba yo. El caballo con la cabeza colgando. El cochero en John Long. Apagando la sed.

—Hay un carro ahí —dijo el señor Bloom—, pero no se mueve. Ya le cruzaré yo. ¿Quiere ir a la calle Molesworth?

—Sí —contestó el muchacho—. A la calle Frederick South.

—Venga —dijo el señor Bloom.

Le tocó suavemente el flaco codo: luego le tomó la floja mano vidente para guiarla adelante.

Decirle algo. Mejor no ser condescendiente. Desconfían de lo que les dice uno. Hacer una observación corriente.

—La lluvia sigue sin llegar.

Manchas en la chaqueta. Se salpica cuando come, supongo. Todo le sabrá diferente a él. Primero le tuvieron que alimentar con cuchara. Su mano es como una mano de niño. Como era la de Milly. Sensitiva. Tomándome las medidas, estoy seguro, por mi mano. No sé si se llamará de algún modo. El carro. Tener su bast6n separado de las patas del caballo cansada bestia echando un sueñecito. Ya está bien. Libres. Con un toro, detrás, con un caballo, delante.

—Gracias, señor.

Sabe que soy un hombre. La voz.

—¿Está bien ahora? La primera esquina a la izquierda. El muchacho ciego golpeó el bordillo y siguió adelante, llevando atrás el bast6n y volviendo a tocar.

El señor Bloom caminó detrás de los pies sin ojos, un traje demasiado ancho de paño en espiguilla. ¡Pobre muchacho! ¿Cómo diablos sabía que estaba ahí ese carro? Debió sentirlo. Ven cosas en la frente quizá. Una especie de sentido del volumen. Peso. ¿Lo notarí si quitaran algo de en medio? Notar un hueco.

Extraña idea de Dublín debe tener, andando por ahí a golpecitos por el empedrado. ¿Podría andar en línea recta si no tuviera ese bastón? Cara exangüe piadosa como la de uno que fuera a ser cura.

¡Penrose! Así se llamaba aquél.

Mira cuántas cosas pueden aprender a hacer. Leer con los dedos, afinar pianos. O es que nos extraña que tengan sesos. Bueno pensamos que una persona deforme o un jorobado son listos si dicen algo que podemos decir. Claro que los demás sentidos son más. Bordar. Trenzar cestos. La gente debería ayudar. Una cesta de labores le podría comprar a Molly para su cumpleaños. Le fastidia coser. Podría tomarlo a mal. Les llaman hombres en la oscuridad.

El sentido del olfato debe ser más fuerte también. Olores por todas partes en gavilla. Cada calle un olor diferente. Cada persona también. Luego la primavera, el verano: olores. Sabores. Dicen que no se pueden saborear los vinos con los ojos cerrados o con un resfriado. También fumar en la oscuridad dicen que no da gusto.

Y con una mujer, por ejemplo. Más desvergonzados no viendo. Aquella chica que pasaba delante del Asilo Stewart, con la cabeza a lo alto. Mírame a mí. Los tengo a todos encima. Debe ser extraño no verla. Una especie de forma en los ojos de su mente. La temperatura de la voz cuando él la toca, con los dedos deben casi ver las líneas, las curvas. Las manos de él en su pelo, por ejemplo. Digamos que sea negro por ejemplo. Bueno. Lo llamamos negro. Luego pasando por su piel blanca. Diferente tacto quizá. Sensación de blanco.

La Oficina de Correos. Tengo que contestar. Qué lata hoy. Mandarle un giro postal de dos chelines media corona. Acepta mi pequeño obsequio. Una papelería aquí mismo también. Espera. Lo pensaré.

Con un dedo suave se tocó muy despacio el pelo peinado hacia atrás sobre las orejas. Otra vez. Fibras de paja fina fina. Luego suavemente su dedo tocó la piel de su mejilla derecha.

También ahí hay pelusa. No está bastante liso. La barriga es lo más suave. No hay nadie por aquí. Ahí va ése a la calle Frederick. Quizá al piano de la academia de baile Levenston. Podría estar arreglándome los tirantes.

Pasando por delante de la taberna de Doran deslizó la mano entre el chaleco y los pantalones y, echando suavemente a un lado la camisa, tocó un flojo pliegue de su barriga. Pero ya sé que es blancoamarillo. Quiero probar en la oscuridad a ver.

Retiró la mano y se estiró el traje.

¡Pobre hombre! Un verdadero muchacho. Terrible. Realmente terrible. ¿Qué sueños tendrá, no viendo? La vida es sueño para él. ¿Dónde está la justicia de que haya nacido así? Todas esas mujeres y niños en excursión de fiesta quemados y ahogados en Nueva York. Holocausto. Karma se llama esa transmigración por los pecados que uno hizo en una vida pasada la reencarnación métense cosas. Vaya, vaya, vaya. Lástima, claro: pero no sé por qué uno no está a gusto con ellos.

Sir Frederick Falkiner entrando en la logia masónica. Solemne como Troya. Después de su buen almuerzo en Earlsfort Terrace. Viejos compadres leguleyos abriendo una botella grande de champán. Cuentos del juzgado y anales de la escuela de huérfanos. Le sentencié a diez años. Supongo que torcería la nariz ante eso que he bebido yo. Para ellos vino de marca, con el año de la vendimia señalado en una botella polvorienta. Tiene sus ideas propias sobre la justicia cuando está en el tribunal. Viejo bien intencionado. Atestados de la policía rebosantes de casos con su tanto por ciento en la manufactura del delito. Los manda al cuerno. Una furia con los prestamistas. A Reuben J. le echó una buena peluca. Pero ése es realmente lo que llaman un sucio judío. El poder que tienen esos jueces. Viejos cascarrabias beodos con pelucas. Un oso herido en la garra. Y que el Señor tenga misericordia de tu alma.

Hola, un cartel. Tómbola de beneficencia. Su excelencia el Lord lugarteniente. Hoy es dieciséis. Para recoger fondos para el hospital Mercer. *El Mesías* se dio por primera vez para esto. Sí Haendel. Y qué tal ir allá. Ballsbridge. Dejarme caer por Llavees. No sirve para nada pegársele como una sanguijuela. Me echo a perder la bienvenida. Seguro que conozco a alguien en la entrada.

El señor Bloom llegó a la calle Kildare. Primero tengo que. Biblioteca.

Sombrero de paja a la luz del sol. Zapatos claros. Pantalones con vuelta. Es. Es.

Su corazón se aceleró suavemente. A la derecha. El museo. Diosas. Se desvió a la derecha.

¿Es? Casi seguro. No voy a mirar. El vino en mi cara. ¿Por qué lo tomé? Demasiado fuerte. Sí, sí que es. Los andares. No ver. No ver. Tirar adelante.

Dirigiéndose a la puerta del museo con largas zancadas airoas levantó los ojos. Bonito edificio. Lo proyectó Sir Thomas Deane. ¿No me sigue?

Quizá no me vio. Le daba la luz en los ojos.

El sofoco de su aliento salía en cortos suspiros. Deprisa. Estatuas frías: tranquilo aquí. A salvo en un momento.

No, no me vio. Más de las dos. En la puerta mismo. ¡Mi corazón!

Sus ojos latiendo miraban fijamente curvas cremosas de piedra. De Sir Thomas Deane fue la arquitectura griega. Buscando algo que yo.

Su mano apresurada entró deprisa en un bolsillo, sacó, leyó desplegado Agendath Netaim. ¿Dónde he?

Atareado buscando.

Volvió a meter deprisa Agendath. Por la tarde dijo ella.

Lo estoy buscando. Sí, eso. Probar en todos los bolsillos. Pañue. *Freeman*. ¿Dónde lo he? Ah, sí. Pantalones. Portamonedas. Patata. ¿Dónde lo he?

Deprisa. Andar tranquilamente. Un momento más.

Mi corazón.

Su mano buscando el dónde lo he puesta encontró en el bolsillo de atrás jabón loción tengo que recoger tibio papel pegado. ¡Ah, el jabón ahí! Sí. La verja.

¡A salvo!

Bien educado, para hacerles sentirse a gusto, el bibliotecario cuáquero ronroneó:

—¿Y no tenemos, verdad, aquellas inestimables páginas del *Wilhelm Meister*? Un gran poeta sobre un gran poeta hermano. Un alma vacilante tomando armas contra un mar de dificultades, desgarrado por dudas contradictorias, tal como uno lo ve en la vida real.

Avanzó un paso en paso de danza sobre crujiente cuero de vaca y retrocedió un paso en paso de danza sobre el solemne enmaderado.

Un auxiliar sin ruido, abriendo la puerta muy ligeramente, le hizo una señal sin ruido.

—En seguida —dijo, crujendo en su marcha, aunque demorándose—. El bello soñador ineficaz que llega a estrellarse contra la dura realidad. Uno siempre tiene la impresión de que los juicios de Goethe son tan verdaderos. Verdaderos en un análisis muy amplio.

Dos veces crujendo análisis, desapareció a paso de *courante*. Calvo, muy celoso, junto a la puerta prestó sus grandes oídos a las palabras del auxiliar: las oyó: y se marchó.

Dos quedaron.

—Monsieur de la Palisse —se burló Stephen— estaba vivo quince minutos antes de su muerte.

—¿Ha encontrado a esos seis valientes estudiantes de medicina —preguntó John Eglinton con bilis de anciano— para dictarles el *Paraíso perdido*? *Las penas de Satán* lo llama él. Sonríe. Sonríe la sonrisa de Cranly.

*Primero le hizo cosquillas,
luego le dio golpecitos,
luego le metió la sonda femenina
porque estudiaba medicina
un pícaro estu...*

—Tengo la impresión de que usted necesitaría uno más para el *Hamlet*. El siete es caro a la mente mística. Los fúlgidos siete, los llama W. B.

Con ojos destellantes, el cráneo rojizo cerca de su lámpara de mesa con casquete verde, barbado entre sombra más verdeoscura, un sagrado bardo, ojos sagrados. Se reía por lo bajo: una risa de becario de Trinity: no respondida.

*El orquestal Satán lloró un buen trecho
lágrimas tales como llora un ángel.
Ed egli avea del cul fatto trombetta.*

Tiene mis locuras en rehenes.

Los once de Cranly, fieles hombres de Wicklow para liberar su tierra padre. La mellada Kathleen, sus cuatro hermosos campos verdes, el forastero en su casa. Y una más para saludarle: *Ave, rabbi*. Los doce de Tinahely. En la sombra del barranco él les llama con grito de paloma. La juventud de mi alma le di a él, noche tras noche. Vete con Dios. Buena caza. Mulligan ha recibido mi telegrama.

Locura. Persistir.

—Nuestros jóvenes bardos irlandeses —censuró John Eglinton— todavía no han creado una figura que el mundo ponga junto al Hamlet del sajón Shakespeare, aunque yo le admire, como el viejo Ben, sin llegar a la idolatría.

—Todas esas cuestiones son puramente académicas —oraculeó Russell desde su sombra—. Quiero decir, si Hamlet es Shakespeare o Jacobo I o Essex. Discusiones de clérigos sobre la historicidad de Jesús. El arte tiene que revelarnos ideas, esencias espirituales sin forma. La cuestión suprema sobre una obra de arte es desde qué profundidad de vida emerge. La pintura de Gustave Moreau es la pintura de ideas. La más profunda poesía de Shelley, las palabras de Hamlet ponen a nuestra mente en contacto con la sabiduría eterna, el mundo de las ideas de Platón. Todo lo demás es la especulación de escolares para escolares.

A. E. le ha contado a algún entrevistador yanqui. ¡Vaya, que el diablo me lleve!

—Los escolásticos fueron primero escolares —dijo Stephen supercortésmente—. Aristóteles fue un tiempo escolar de Platón.

—Y no ha dejado de serlo, cabría esperar —dijo reposadamente John Eglinton—. Se le ve, un escolar modelo con el diploma bajo el brazo.

Se volvió a reír hacia la cara barbuda ahora sonriente. Espirituales sin forma. Padre, Hijo y Aliento Santo. Padre universal, el hombre celestial. Hiesos Kristos, mago de lo bello, el Logos que sufre en nosotros en cada momento. Esto en verdad es aquello. Yo soy el fuego sobre el altar. Yo soy la manteca sacrificial.

Dunlop, Juez, el más noble romano de todos ellos, A. E., Arval, el Nombre Inefable, en lo alto del cielo, K. H., el maestro de ellos, cuya identidad no es ningún secreto para los adeptos. Hermanos de la gran logia blanca siempre observando a ver si pueden ayudar. El Cristo con la hermanaesposa, esperma de luz, nacido de una virgen enalmada, *sophia* arrepentida, partida hacia el plano de los *buddhi*. La vida esotérica no es para la persona común. O. P. debe primero trabajar para quitarse de encima el mal *karma*. La señora Cooper

Oakley una vez vio un atisbo de lo elemental de nuestra ilustrísima hermana H. P. B.

¡Ah, qué vergüenza! ¡Fuera con eso! *Pfuiteufel!* No está bien mirar, señora mía, no está bien, cuando una dama enseña su elemental.

Entró el señor Best, alto, joven, suave, ligero. Llevaba en la mano con gracia un cuaderno, nuevo, grande, limpio, claro.

—Ese escolar modelo —dijo Stephen— encontraría las cavilaciones de Hamlet sobre la vida futura de su alma principesca, ese inverosímil, insignificante y nada dramático monólogo, tan superficiales como las de Platón.

John Eglinton, frunciendo el ceño, dijo con enojo:

—Palabra de honor que me hierve la sangre cuando oigo a alguien comparar a Aristóteles con Platón.

—¿Cuál de los dos —preguntó Stephen— me habría desterrado de su república?

Desenvaina tus definiciones—puñales. La caballidad es la quiddidad del caballo universal. Corrientes de tendencia y eones es lo que ellos adoran. Dios: ruido en la calle: muy peripatético. Espacio: todo eso maldito sea que hay que ver. A través de espacios más pequeños que glóbulos rojos de sangre humana se deslizarrastran tras las nalgas de Blake penetrando en la eternidad de que este vegetal mundo no es sino una sombra. Agárrate al ahora, al aquí, a través de lo cual todo futuro se zambulle en el pasado.

El señor Best se adelantó, amigable, hacia su colega.

—Haines se ha ido —dijo.

—¿Ah sí?

—Le estaba enseñando el libro de Jubainville. Está entusiasmado, sabe, con los *Cantos de amor de Connacht*, de Hyde. No le pude hacer entrar aquí a oír la discusión. Se ha ido a Gill a comprarlo.

Obrilla mía, deja ya mi mano:

ve a saludar al público inhumano.

Te escribí, aunque en verdad bien que me pesa,
en la triste y acerba lengua inglesa.

—El humo de turba se le está subiendo a la cabeza —opinó John Eglinton.

Tenemos la impresión en Inglaterra. Ladrón arrepentido. Se fue. Fumé su mataquintos. Piedra verde centelleante. Una esmeralda engastada en el anillo del mar.

—La gente no sabe qué peligrosas pueden ser las canciones de amor —avisó ocultamente el huevo áureo de Russell—. Los movimientos que producen revoluciones en el mundo nacen de los sueños y visiones en el corazón de un campesino en la ladera. Para ellos la tierra no es un terreno explotable sino la madre viva. El aire enrarecido de la academia y del terreno de competición producen la novela de seis chelines, la canción de café cantante, Francia

produce la más bella flor de corrupción en Mallarmé pero la vida deseable se les revela sólo a los pobres de corazón, la vida de los feacios de Homero.

A partir de estas palabras, el señor Best volvió a Stephen una cara sin ofensa.

—Mallarmé, sabe —dijo—, ha escrito esos maravillosos poemas en prosa que me solía leer Stephen MacKenna en París. Aquel sobre Hamlet. Dice: *il se promène, lisant au livre de lui-même*, sabe, leyendo el libro de sí mismo. Describe el *Hamlet* dado en una ciudad francesa, sabe, una ciudad de provincia. Lo anunciaron.

Su mano libre escribió con gracia diminutos signos en el aire.

HAMLET
ou
LE DISTRAIT
Pièce de Shakespeare

Repitió hacia el ceño nuevamente fruncido de John Eglinton:

—*Pièce de Shakespeare*, sabe. Es tan francés, el punto de vista francés. *Hamlet* ou...

—El mendigo distraído —terminó Stephen.

John Eglinton se rió.

—Sí, supongo que eso sería —dijo—. Gente excelente, sin duda, pero lamentablemente miopes en algunas cuestiones.

Suntuosa y detenida exageración del asesinato.

—Un verdugo del alma, le llamó Robert Greene —dijo Stephen—. No por nada era hijo de un matarife que manejaba el hacha de sacrificar escupiéndose en la palma de la mano. Nueve vidas se quitan por la de su padre, Padre Nuestro que estás en el purgatorio. Los Hamlets de caqui no vacilan en disparar. El matadero desbordante de sangre en el quinto acto es un presagio del campo de concentración por el señor Swinburne.

Cranly, y yo su mudo ordenanza, siguiendo batallas desde lejos.

*Madres y cachorros de sanguinarios enemigos
a quienes sólo nosotros habríamos dejado a salvo...*

Entre la sonrisa sajona y el ladrido americano. La espada y la pared.

—Se empeña en que *Hamlet* es un cuento de fantasmas —dijo John Eglinton para beneficio del señor Best. Como el muchacho gordo en *Pickwick*, quiere ponernos carne de gallina.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Escucha!

Mi carne le oye: erizándose, oye.

Si alguna vez...

—¿Qué es un fantasma? —dijo Stephen con vibrante energía—. Uno que se ha desvanecido en impalpabilidad a través de la muerte, a través de la ausencia, a través de un cambio de modos. El Londres elisabetiano estaba tan lejos de Stratford como el corrompido París lo está de la virginal Dublín. ¿Quién es el fantasma que viene del *limbo patrum*, regresando al mundo que le ha olvidado? ¿Quién es el rey Hamlet?

John Eglinton desplazó su delgado cuerpo, echándose atrás para juzgar.

Elevado.

—Es a esta hora del día en mitad de junio —dijo Stephen, rogando con una rápida ojeada que le oyeran—. La bandera está izada en el teatro junto a la orilla del río. El oso Sackerson ruge en la arena de al lado, el teatro Paris. Lobos de mar que navegaron con Drake mascan sus salchichas entre los espectadores del patio.

Color local. Mete ahí todo lo que sabes. Hazles cómplices.

—Shakespeare ha salido de la casa del hugonote en la calle Silver y va andando por la orilla del río, junto a los recintos de los cisnes. Pero no se detiene a echar de comer a la hembra que antecoge a sus patitos hacia los juncos. El cisne de Avon tiene otras cosas en qué pensar.

Composición de lugar. ¡Ignacio de Loyola, corre en mi ayuda!

—Empieza la representación. Avanza un actor en la sombra, vestido con la cota que dejó un elegante de la corte, un hombre bien plantado con voz de bajo. Es el fantasma, el rey, rey y no rey, y el actor es Shakespeare que ha estudiado *Hamlet* todos los años de su vida que no fueron vanidad, para representar el papel del fantasma. Dice sus palabras a Burbage, el joven actor que está delante de él, más allá de la tela encerada, llamándole por su nombre:

Hamlet, soy el fantasma de tu padre,

mandándole prestar atención. A un hijo habla, el hijo de su alma, el príncipe, el joven Hamlet y al hijo de su cuerpo, Hamnet Shakespeare, que ha muerto en Stratford para que su homónimo viva para siempre.

—¿Es posible que ese actor Shakespeare, fantasma por ausencia, y con las ropas del sepultado rey de Dinamarca, fantasma por muerte, diciendo sus propias palabras al nombre de su propio hijo (si hubiera vivido Hamnet Shakespeare habría sido mellizo del príncipe Hamlet), es posible, quiero saber, o probable, que no sacara ni previera la conclusión lógica de esas premisas: tú eres el hijo desposeído: yo soy el padre asesinado: tu madre es la reina culpable, Ann Shakespeare, de soltera Hathaway?

—Pero ese hurgar en la vida familiar de un gran hombre —empezó Russell con impaciencia.

¿Estás ahí, buena pieza?

—Es interesante sólo para el funcionario del registro. Quiero decir, tenemos las obras. Quiero decir, cuando leemos la poesía de *Rey Lear* ¿qué nos importa cómo vivió el poeta? En cuanto a vivir, nuestros criados pueden hacerlo por nosotros, dijo Villiers de l'Isle. Curioseando y hurgando en los comadreos entre bastidores de aquel tiempo, que si bebía el poeta, que si tenía deudas. Tenemos el *Rey Lear*: y es inmortal.

La cara del señor Best, apelada, asintió.

*Fluye sobre ellos con tus olas y tus aguas,
Mananaan, Mananaan MacLir...*

Pardiez, mozo, ¿y esa libra que os prestó cuando teníais hambre? A fe mía, la había menester.

Tomad vos este doblón.

¡Andad allá! Gastasteis la mayor parte de ella en el lecho de Georgina Johnson, hija de un clérigo. *Agenbite of inwit*, remordimiento de conciencia.

¿Os proponéis devolverla?

Oh, sí.

¿Cuándo? ¿Ahora?

Pues... no.

¿Cuándo, entonces?

He pagado siempre. He pagado siempre.

Pasito. Él es de la otra orilla del Boyne. El rincón del nordeste. Lo tienes a deber.

Espera. Cinco meses. Todas las moléculas cambian. Soy otro ahora. Otro recibió la libra.

Zumba. Zumba.

Pero yo, entelequia, forma de formas, soy yo por la memoria porque bajo formas siempre cambiantes.

Yo que pequé y recé y ayuné.

Un niño que salvó Connemee de los correazos.

Yo, yo y yo. Yo.

A. E. I. O. U. *I owe you*, le debo.

—¿Pretende enfrentarse con la tradición de tres siglos? —preguntó la voz capciosa de John Eglinton—. Por lo menos el fantasma de ella reposa en paz para siempre. Ella murió, al menos para la literatura, antes de haber nacido.

—Murió —replicó Stephen— sesenta y siete años después de nacer. Ella le vio entrar y salir del mundo. Ella recibió sus primeros abrazos. Ella concibió sus hijos y le puso a él peniques en los ojos para sujetarle cerrados los párpados cuando yacía en su lecho de muerte.

Lecho de muerte de madre. Vela. El espejo cubierto. Quien me trajo a este mundo yace ahí, bajo tapa de bronce, bajo unas pocas flores baratas. *Liliata rutilantium*.

Lloré solo.

John Eglinton miró el retorcido gusano de luz de su lámpara.

—El mundo cree que Shakespeare cometió un error —dijo— y salió de él lo antes y lo mejor que pudo.

—¡Bah! —dijo Stephen groseramente—. Un hombre de genio no comete errores. Sus errores son voluntarios y son los pórticos del descubrimiento.

Pórticos del descubrimiento se abrieron para dejar paso al bibliotecario cuáquero, pies suavemente crujientes, calvo, orejudo y asiduo.

—Una furia —dijo astutamente John Eglinton— no es un pórtico de descubrimiento muy útil, uno imaginaria. ¿Qué descubrimiento útil aprendió Sócrates de Xantipa?

—La dialéctica —contestó Stephen—, y de su madre, cómo traer al mundo pensamientos. Lo que aprendió de su otra esposa Myrto (*absit nomen!*), el Epipsychidion de Socratidion, ni hombre ni mujer lo sabrán jamás. Pero ni el saber tradicional de la comadrona ni lo que ella le hizo tragar le salvaron de los arcontes del Sinn Fein y de su cáliz de cicuta.

—Pero ¿y Ann Hathaway? —dijo con olvido la tranquila voz del señor Best—. Sí, parece que la olvidamos, como la olvidó el propio Shakespeare.

Su mirada pasó de la barba del cavilador al cráneo del capcioso, para recordar, para regañarles no sin benevolencia, luego a la calvarrosa mollera del Lollardo, inocente aunque calumniado.

—Tenía su buen maravedí de ingenio —dijo Stephen—, y una memoria nada infiel. Llevaba un recuerdo en la bolsa cuando marchó a la capital silbando *La moza que dejé atrás*. Aunque el terremoto no lo situara en el tiempo, sabríamos dónde poner al pobre Wat, gazapo acurrucado en su madriguera, con el aullar de las jaurías, las bridas con tachuelas y las ventanas azules de ella. Esa memoria, *Venus y Adonis*, estaba en la alcoba de todas las frescas de Londres. ¿Es poco agraciada Catalina la furia? Hortensia la llama joven y bella. ¿Creen que el autor de *Antonio y Cleopatra*, apasionado peregrino, tenía los ojos en la nuca para elegir a la putilla más fea de todo Warwickshire y acostarse con ella? Bueno: la dejó y ganó el mundo de los hombres. Pero sus mujeres—muchachos son las mujeres de un muchacho. Sus vidas, pensamientos y habla se los prestan los varones. ¿Elegió mal? Fue elegido, me parece. Si otros se salen con la suya, Ann *hath a way*, se las arregla. Qué demonios, ella tuvo la culpa. Ella le metió la sonda, dulce y de veintiséis años. La diosa de ojos grises que se inclina sobre el mozo Adonis, humillándose para conquistar, como prólogo a la hinchazón del acto, es una descarada moza de Stratford que revuelca en un trigal a un amante más joven que ella.

¿Y mi turno? ¿Cuándo?

¡Vamos!

—Campo de centeno —dijo el señor Best, claro, alegre, levantando su cuaderno nuevo, con clara alegría.

Murmuró luego con rubio placer para todos:

Por entre aquellos campos de centeno
los campesinos prueban qué es lo bueno.

Paris: el complacido complacidor.

Una alta figura vestida de peludo *homespun* se elevó de la sombra y desveló su cooperativo reloj.

—Me temo que es hora de que vaya al *Homestead*.

¿A dónde se marcha? Terreno explotable.

—¿Se va? —preguntaron las activas cejas de John Eglinton—. ¿Le veremos esta noche en Moore? Viene Piper.

—¡Piper! pió el señor Best—. ¿Ha vuelto Piper?

Peter Piper picó una pizca de pico de pizca de picante picadillo.

—No sé si podré. El jueves. Tenemos nuestra reunión. Si me puedo escapar a tiempo.

Caja de coco yogui en las habitaciones de Dawson. *Isis desvelada*. Su libro Pali que intentamos empeñar. Cruzado de piernas bajo un árbol—quitasol está entronizado, un Logos azteca, funcionando en niveles astrales, la superalma de ellos, mahamahatma. Los fieles hermetistas aguardan la luz, maduros para el noviciado búdico, en anillo alrededor de él. Louis H. Victory. T. Caulfield Irwin. Damas del loto se ofrecen a sus ojos, con las glándulas pineales encendidas. Lleno de su dios está entronizado, Buda bajo el llantén. Engullidor de almas, engolfador. Ánimos, ánimas, manadas de almas. Engullidas con aullantes chillidos llorones, en torbellino, torbellineando, se quejan.

En quintaesencial trivialidad

durante años un alma hembra residió en esta envoltura de carne.

Dicen que vamos a tener una sorpresa literaria —dijo el bibliotecario cuáquero, amigable y serio—. El señor Russell, según se rumorea, está reuniendo un manojo de versos de nuestros poetas jóvenes. Todos aguardamos ansiosamente.

Ansiosamente lanzó una ojeada al cono de luz de lámpara donde brillaban tres caras, iluminadas.

Mira esto. Recuerda.

Stephen bajó los ojos hacia un ancho chambergo acéfalo, colgado del puño de su bastón sobre la rodilla. Mi casco y mi espada. Toca ligeramente con dos dedos índices. El experimento de Aristóteles. ¿Uno o dos? Necesidad es lo que en virtud de lo cual es imposible que una cosa pueda ser de otra manera. Ergo, un sombrero es un sombrero.

Escucha.

El joven Colum y Starkey. George Roberts se ocupa de la parte comercial. Longworth le dará bombo en el *Express*. ¿Ah, de veras? Me gustó el *Drover* de Colum. Sí, creo que tiene esa cosa rara, genio. ¿Crees realmente que tiene genio? Yeats admiraba ese verso suyo: *Como en tierra salvaje un vaso griego*. ¿Lo admiraba? Espero que pueda venir esta noche. Malachi Mulligan viene también. Moore le pidió que trajera a Haines. ¿Habéis oído el chiste de la señorita Mitchell sobre Moore y Martyn? ¿Que Moore es la locura juvenil de Martyn? Muy ingenioso, ¿verdad? Le recuerdan a uno a Don Quijote y Sancho Panza. Nuestra epopeya nacional está todavía por escribir, dice el doctor Sigerson. Moore es el hombre para eso. Un caballero de la triste figura aquí en Dublín. ¿Con una falda escocesa azafrán? O'Neill Russell? Ah sí, debe hablar la grandiosa lengua antigua. ¿Y su Dulcinea? James Stephens está haciendo algunos esbozos muy agudos. Nos volvemos importantes, parece.

Cordelia. *Cordoglio*. La más solitaria hija de Lir.

Acorralado. Ahora vuestro mejor barniz francés.

—Muchas gracias, señor Russell —dijo Stephen, levantándose—. Si tiene la bondad de darle la carta al señor Norman...

—Ah, sí. Si la considera importante, se publicará. Tenemos tanta correspondencia.

—Ya comprendo —dijo Stephen—. Gracias.

Dios se lo pague. El periódico de los cerdos. Benefactor del buey.

—Synge me ha prometido un artículo para el *Dana*, también. ¿Vamos a ser leídos? Tengo la impresión de que sí. La Liga Gaélica quiere algo en irlandés. Espero que se dé una vuelta por allí esta noche. Traiga a Starkey.

Stephen se sentó.

El bibliotecario cuáquero se acercó desde los que se despedían. Ruborizando su máscara dijo en voz baja:

—Señor Dedalus, sus opiniones son muy iluminadoras.

Crujió de acá para allá, de puntillas, más cercano al cielo en la altura de un chapín, y, cubierto por el ruido de los que salían, dijo en voz baja:

—¿Su opinión es, entonces, que ella no le fue fiel al poeta?

Una cara alarmada me pregunta. ¿Por qué ha venido? ¿Cortesía o luz interior?

—Donde hay una reconciliación —dijo Stephen— debe haber primero una separación.

—Sí.

Zorro—cristo John Fox con calzón de cuero, escondido, fugitivo entre ramajes de árboles asolados, huyendo del griterío de persecución. Sin conocer zorras, caminando solitario en la persecución. Mujeres que ganó para él, gente tierna, una puta de Babilonia, esposas de jueces, mujeres de taberneros chulos. Zorro y gansos. Y en New Place un flojo cuerpo deshonorado que en otro tiempo

fue hermoso, en otro tiempo tan dulce, tan fresco como canela, ahora todas sus hojas cayendo, despojado, asustado de la estrecha tumba y sin perdonar.

—Sí. Así que usted cree...

La puerta se cerró detrás del que salía.

La calma repentinamente tomó posesión de la discreta celda abovedada, calma de aire tibio y meditativo.

Una lámpara de vestal.

Aquí pondera él cosas que no fueron: lo que César habría vivido para hacer si hubiera creído al adivino: lo que podría haber sido: posibilidades de lo posible en cuanto posible: cosas no conocidas: qué nombre tomó Aquiles cuando vivía entre mujeres. Pensamientos en ataúd alrededor de mí, en cajas de momia, embalsamados en especias de palabras. Toth, dios de las bibliotecas, un dios-pájaro, coronado de luna. Y oí la voz de ese sumo sacerdote egipcio. *En pintadas cámaras cargadas de libros de ladrillería.*

Están quietos. En otro tiempo vivos en cerebros de hombres. Quietos: pero hay en ellos una picazón de muerte, por contarme al oído una historia llorona, por apremiarme a cumplir su voluntad.

—Ciertamente —meditó John Eglinton—, de todos los grandes hombres, él es el más enigmático. No sabemos nada más sino que vivió y sufrió. Ni aun eso. Otros admiten nuestra pregunta. Una sombra se cierne sobre todo lo demás.

—Pero *Hamlet* es tan personal, ¿verdad? —arguyó el señor Best—. Quiero decir, una especie de documento privado, sabe, de su vida privada. Quiero decir, me importa un pito, sabe, a quién le matan o quién es culpable...

Apoyó un inocente libro en el borde de la mesa, sonriendo su desafío. Sus documentos privados en el original. *Ta an bad ar an tir. Taim imo shagart.* Métele un poco de inglés, mi pequeño John Bull.

E dixo John Bull Eglinton:

—Estaba preparado para cualquier paradoja por lo que nos dijo Malachi Mulligan pero me permito advertirle también que si quiere destruir mi creencia de que Shakespeare es Hamlet, tiene por delante una tarea difícil.

Tengan paciencia conmigo.

Stephen resistió el veneno de los ojos incrédulos, refulgiendo severos bajo cejas fruncidas. Un basilisco. *E quando vede l'uomo l'attosca.* Messer Brunetto, os doy gracias por esta palabra.

—Tal como nosotros, o la madre Dana, tejemos y destejemos nuestros cuerpos —dijo Stephen—, con sus moléculas de acá para allá en lanzadera, así el artista teje y desteje su imagen. Y tal como la verruga en mi tetilla izquierda está donde estaba cuando nací, aunque todo mi cuerpo se ha tejido de nuevo material una vez y otra, así a través del padre inquieto resplandece la imagen del hijo que no vive. En el intenso instante de la imaginación, cuando la mente, dice Shelley, es un ascua que se extingue, eso que era yo es lo que soy y lo que en posibilidad puedo llegar a ser. Así en el futuro, el hermano del pasado, me

puedo ver a mí mismo tal como estoy sentado aquí pero por reflejo desde eso que seré entonces.

Drummond de Hawthornden te ha ayudado a pasar esa valla.

—Sí —dijo juvenilmente el señor Best—, noto que Hamlet es muy joven. La amargura podría venirle del padre pero los pasajes con Ofelia son sin duda del hijo.

De medio a medio. Está en mi padre. Yo estoy en su hijo.

—Esa verruga es lo último en irse —dijo Stephen, riéndose.

John Eglinton hizo una mueca nada agradable.

—Si eso fuera la señal de nacimiento del genio —dijo—, el genio se vendería en el mercado. Las obras de los últimos años de Shakespeare, que tanto admiraba Renan, alientan otro espíritu.

—El espíritu de reconciliación —alentó el bibliotecario cuáquero.

—No puede haber reconciliación —dijo Stephen— si no ha habido separación.

Ya está dicho eso.

—Si quiere saber cuáles son los acontecimientos que proyectan su sombra sobre el infierno del tiempo del *Rey Lear*, *Otelo*, *Hamlet*, *Troilo y Crésida*, mire a ver cuándo y cómo se levanta la sombra. ¿Qué ablanda el corazón de un hombre, Naufragado en crueles tormentas, Puesto a prueba, como otro Ulises, Pericles, príncipe de Tiro?

Cabeza, cubierta de cono rojo, zarandeada, cegada de agua salada.

—Una criatura, una niña puesta en sus brazos, Marina.

—La inclinación de los sofistas hacia los vericuetos de los apócrifos es una cantidad constante —descubrió John Eglinton—. Los caminos principales son aburridos pero llevan a la ciudad.

Buen Bacon: enmohecido. Shakespeare, la locura juvenil de Bacon. Juglares de enigmas yendo por los caminos principales. Buscadores en la gran búsqueda. ¿Qué ciudad, buenos señores? Enmascarados en nombres: A. E., eon: Magee, John Eglinton. Al este del sol, al oeste de la luna: *Tir na n-og*. Con botas ambos y bordón.

¿Cuántas millas hasta Dublín?

Cinco docenas y diez, señor.

¿Llegaremos al oscurecer?

—El señor Brandes lo acepta —dijo Stephen— como la primera obra del período final.

—¿Ah sí? ¿Y qué dice de eso el señor Sidney Lee, o el señor Simon Lazarus, como algunos aseveran que se llama?

—Marina —dijo Stephen—, una hija de la tormenta, Miranda, un admirable prodigio, Perdita, la que estaba perdida. Lo que se había perdido le es devuelto:

la niña de su hija. *Mi queridísima esposa*, dice Pericles, *era como esta doncella*. ¿Habrá algún hombre que ame a la hija si no ha amado a la madre?

—El arte de ser abuelo —el señor Best empezó a murmurar—. *L'art d'être grand...*

—Para un hombre con esa cosa rara, el genio, su propia imagen es la norma de toda experiencia, material y moral. Semejante apelación le afectará. Las imágenes de otros varones de su sangre le repelerán. Verá en ellas grotescos intentos de la naturaleza por predecirle o repetirle a él mismo.

La benigna frente del bibliotecario cuáquero se encendió rosadamente de esperanza.

—Espero que el señor Dedalus elaborará esa teoría para ilustración del público. Y deberíamos mencionar a otro comentador irlandés, el señor George Bernard Shaw. Y tampoco deberíamos olvidar al señor Frank Harris. Sus artículos sobre Shakespeare en la *Saturday Review* fueron brillantes, sin duda. Curiosamente, él también traza para nosotros una relación infeliz con la dama morena de los sonetos. El rival favorecido es William Herbert, conde de Pembroke. Confieso que si debe ser rechazado el poeta, tal rechazo parecería más en armonía con, ¿cómo lo diré?, nuestras nociones de lo que no debería haber sido.

Feliz, cesó de hablar manteniendo erguida entre ellos su mansa cabeza, huevo de alca, premio de su contienda.

La trata a ella con el solemne “tú” cuáquero, con graves palabras maritales. ¿Amas, Miriam? ¿Amas a tu esposo?

—También puede ser verdad eso —dijo Stephen—. Hay un dicho de Goethe que al señor Magee le gusta citar. Ten cuidado con lo que deseas en tu juventud porque lo obtendrás en tu media edad. ¿Por qué a una qué es una *buonaroba*, una jaca que todos los hombres cabalgan, una doncella de honor con una doncellez escandalosa, le manda a un señorón para que la corteje por él? Él mismo era señor del lenguaje y se había hecho paje caballero y había escrito *Romeo y Julieta*. ¿Por qué? La creencia en sí mismo ha sido muerta prematuramente. Fue derrotado primero en un trigal (un campo de centeno, debería decir) y nunca en lo sucesivo será un vencedor ante sus propios ojos ni jugará victoriosamente el juego de reír y tumbarse. El asumir el donjuanismo no le salvará. No habrá posterior deshacimiento que deshaga el primer deshacimiento. El colmillo del jabalí le ha herido allí donde amor yace sangrando. A la furia, aunque sea vencida, sin embargo, le queda el arma invisible de la mujer. Hay, lo noto en las palabras, algún aguijón de la carne que le empuja a una nueva pasión, una sombra más oscura de la primera, oscureciendo incluso su propio entendimiento de sí mismo. Un hado semejante le aguarda y las dos furias se mezclan en un torbellino.

Escuchan. Y en los pórticos de sus oídos vierto.

—El alma ha sido herida mortalmente antes, un veneno vertido en el pórtico de un oído dormido. Pero los que reciben la muerte durante el sueño no

pueden conocer el modo de su extinción a no ser que su Creador dote a sus almas con ese conocimiento en la vida futura. El envenenamiento y el animal de las dos espaldas que lo apremió no los habría podido conocer el fantasma del rey Hamlet si no estuviera dotado de conocimiento por su creador. Por eso el discurso (su triste y acerba lengua inglesa) siempre se dirige hacia otro punto, hacia atrás. Violador y violado, lo cual él lo quería pero no lo quería, va con él desde las ebúrneas esferas cercadas de azul de Lucrecia hasta el pecho de Imogene, descubierto, con su verruga de cinco manchas. Él regresa, fatigado de la creación que ha amontonado para que le esconda de sí mismo, viejo perro lamiendo una vieja llaga. Pero, puesto que el perder es su ganancia, avanza allá hacia la eternidad, en personalidad no disminuida, sin ser aleccionado por la sabiduría que él ha escrito ni por las leyes que ha revelado. Su celada está levantada. Es un fantasma, una sombra ahora, el viento junto a las rocas de Elsinore o lo que os parezca bien, la voz del mar, una voz oída sólo en el corazón de aquel que es la substancia de su sombra, el hijo consubstancial con el padre.

—¡Amén! —se respondió desde el umbral. ¿Me has descubierto, oh mi enemigo?

Entr'acte.

Con cara pícara, sombría como la de un decano, Buck Mulligan avanzó entonces, bufón abigarrado, hacia el saludo de sus sonrisas. Mi telegrama.

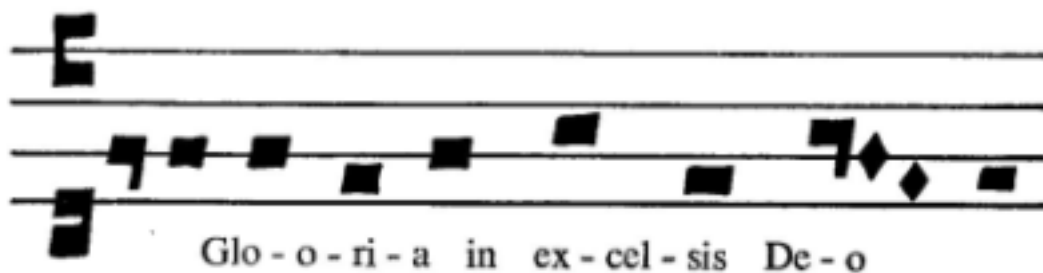
—¿Hablabas del vertebrado gaseoso, si no me equivoco? —preguntó a Stephen.

Chaleco color prímula, saludó alegremente con el jipijapa que se había quitado como con un sonajero.

Le dan la bienvenida. *Was Du verlachst wirst Du noch dienen.*

Camada de burlones: Focio, Pseudomalaquíás, Johann Máximo.

El que se engendró a Sí mismo, Rescatador, entre Sí mismo y los demás, Quien, insultado por sus demonios, desnudado y azotado, fue clavado como un murciélago en la puerta de un granero, dejado morir de hambre en el árbol de la cruz, Quien se dejó sepultar, resucitó, violó el infierno, se trasladó al cielo y allí estos mil novecientos años está sentado a la derecha de Su Propio Yo pero aún ha de venir el último día a juzgar a los vivos y a los muertos cuando todos los vivos ya estén muertos.



Eleva las manos. Caen los velos. ¡Oh, flores! Campanas campanas y campanas en coro.

—Sí, efectivamente —dijo el bibliotecario cuáquero—. Una discusión muy instructiva. El señor Mulligan, lo juraría, tiene también su teoría sobre el drama y sobre Shakespeare. Todos los lados de la vida deberían estar representados.

Sonrió a todos los lados por igual.

Buck Mulligan pensó, perplejo:

—¿Shakespeare? —dijo—. Me parece que conozco ese nombre.

Una volandera sonrisa soleada irradió en sus tranquilas facciones.

—Ah, claro —dijo, recordando luminosamente—. Ese tío que escribe como Synge.

El señor Best se volvió hacia él.

—Haines le echaba de menos —dijo—. ¿Le ha encontrado? Le espera luego en el D.B.C. Ha ido a Gill a comprar las *Canciones de amor de Connacht*, de Hyde.

—He venido por el museo —dijo Buck Mulligan—. ¿Estaba allí?

—Los conterráneos del bardo —contestó John Eglinton quizás están más bien cansados de nuestras brillanteces de teorización. He oído decir que una actriz ha representado Hamlet anoche en Dublín por la cuatrocientas octava vez. Vining sostenía que el príncipe era una mujer. ¿Nadie le ha hecho ser un irlandés? El juez Barton, creo, está buscando algunas pistas. Jura (Su Alteza, no Su Señoría) por San Patricio.

—La más brillante de todas es ese relato de Wilde —dijo el señor Best, elevando su brillante cuaderno—. Ese *Retrato de W. H.* en que demuestra que los sonetos fueron escritos por un tal Willie Hughes, hombre de muchos colores.

—¿Para Willie Hughes, no? —preguntó el bibliotecario cuáquero.

O Hughie Wills. William *Himself*, el mismo William. *W. H.: who?* ¿quién? ¿quién soy yo?

—Quiero decir, para Willie Hughes —dijo el señor Best, enmendando su glosa tranquilamente—. Claro que es todo paradoja, ya comprenden, Hughes y *hews*, carta y *hues*, colores, pero es típico el modo como lo elabora. Es la mismísima esencia de Wilde, de veras. El toque ligero.

Su mirada les tocó levemente las caras mientras sonreía, rubio efebo. Domesticada esencia de Wilde.

Estás condenadamente ingenioso. Tres vasos de whisky que te bebiste con los ducados de Dan Deasy.

¿Cuánto he gastado? Ah, unos pocos chelines.

Para una porción de periodistas. Humor húmedo y seco. Sentido del humor. Darías tus cinco sentidos por la orgullosa librea de juventud en que se pavonea. Facciones de deseo saciado.

Quedan otros mu. Tómala por mí. En el momento de aparearse, Júpiter, envíales una fresca época de celo. Sí, arrúllala. Eva. Desnudo pecado vientre de trigo. Una serpiente la envuelve, colmillo en su beso.

—¿Creen que es sólo una paradoja? —preguntaba el bibliotecario cuáquero—. Al burlador no le toman nunca en serio cuando se pone más serio.

Hablaron seriamente de la seriedad del burlador.

Buck Mulligan, de nuevo con rostro pesado, observó a Stephen un rato. Luego, balanceando la cabeza, se acercó y sacó del bolsillo un telegrama doblado. Sus móviles labios leían, sonriendo con nuevo placer.

—¡Telegrama! —dijo— ¡Prodigiosa inspiración! ¡Telegrama! ¡Una bula papal!

Se sentó en una esquina de la mesa no alumbrada, leyendo gozosamente en voz alta.

—*El sentimentalista es el que querría disfrutar sin incurrir en la inmensa deuda de la cosa hecha.* Firmado: Dedalus. ¿Desde dónde lo has lanzado? ¿Desde el burdel? No. Desde College Green. ¿Te has bebido las cuatro libras? La tía va a hablar con tu padre insubstantial. ¡Telegrama! Malachi Mulligan, Ship, calle Lower Abbey. ¡Ah, farsante sin par! ¡Ah, bufón curificado!

Gozosamente, se echó mensaje y sobre en un bolsillo pero lloriqueó en quejoso bable:

—Es lo que te estoy diciendo, señor miel, estábamos raros y mareados, Haines y yo, en el momento en que él mismo lo trajo. Rogábamos en murmullo por un brebaje como para levantar a un fraile, digo yo, y él flojo de sus lujurias. Y nosotros una hora y dos horas y tres horas sentados en Connery como es debido esperando una pinta por cabeza.

¡Gimió!

—Y nosotros venga a estar ahí, guapito, y tú como quien no quiere la cosa mandándonos tus conglomeraciones y nosotros con una yarda de lengua fuera como clérigos en sequía, que nos desmayábamos por un sorbito.

Stephen se rió.

Rápidamente, en aviso, Buck Mulligan se inclinó:

—El vagabundo de Synge te está buscando, dice, para asesinarte. Ha oído decir que te measte en su puerta en Glasthule. Anda por ahí en pantuflas para asesinarte.

—¡A mí! —exclamó Stephen—. Esto ha sido tu contribución a la literatura.

Back Mulligan, jubiloso, se echó atrás, riendo hacia el oscuro oído indiscreto del techo.

—¡Asesinarte! —se rió.

Áspera cara de gárgola que guerreó contra mí sobre nuestro plato de picadillo de despojos en rue Saint-André-des-Arts. En palabras de palabras por palabras, *palabras*. Oisin con Patricio. El hombre fauno que se encontró en los bosques de Clamart, blandiendo una botella de vino. *C'est vendredi saint!* Irlandeses asesinos. Su imagen, errando, encontró. Yo la mía. Encontré un loco en el bosque.

—Señor Lyster —dijo un auxiliar desde la puerta entreabierta.

—...en que cada cual puede encontrar lo suyo. Así el señor Juez Madden en su *Diario del Maestro William Silence* ha encontrado los términos de caza... ¿Eh? ¿Qué hay?

—Hay ahí un caballero —dijo el auxiliar, adelantándose y ofreciendo una tarjeta—. Del *Freeman*. Quiere ver la colección del *Kilkenny People* del año pasado.

—Claro, claro, claro. ¿Ese señor...?

Tomó la ansiosa tarjeta, le echó una ojeada, no vio, la dejó, retiró la ojeada, miró, preguntó, crujió, preguntó:

—¿Es. .? ¡Ah, ahí está!

Vivaz, en una *gaillarde*, arrancó y salió. En el pasillo con luz del día, habló con volubles esfuerzos de celo, sometido al deber, el más equitativo, el más benévolo, el más honrado sombrero cuáquero.

—¿Este caballero? ¿El *Freeman's Journal*? ¿El *Kilkenny People*? Por supuesto. Buenos días, señor. El *Kilkenny*... Claro que lo tenemos.

Una silueta paciente aguardaba, escuchando.

—Los más importantes de las provincias... El *Northern Whig*, el *Cork Examiner*, el *Enniscorthy Guardian*, 1903... ¿Tiene la bondad?... Evans, lleve a este señor... Puede seguir al au... O por favor permítame... Por aquí... Por favor...

Voluble, concienzudo en su deber, abrió camino hacia todos los periódicos de las provincias, con una oscura figura inclinada siguiendo sus apresurados talones.

Se cerró la puerta.

—¡El hebreo! —gritó Buck Mulligan.

Se puso en pie de un salto y arrebató la tarjeta.

—¿Cómo se llama? ¿Isaac Moisés? Bloom.

Siguió disparado.

—Jehová, el recaudador de prepucios; ya no existe. Le encontré a ése ahí en el museo cuando fui a saludar a Afrodita, nacida de la espuma. La boca griega que nunca se ha contorsionado en oración. Todos los días debemos rendirle homenaje. *Vida de la vida, tus labios inflaman*.

De repente se volvió a Stephen:

—Ése te conoce. Conoce a tu viejo. Ah, me temo que sea más griego que los griegos. Sus pálidos ojos galileos estaban en el surco mesial de ella. Venus Calipigia. ¡Ah, el trueno de esos lomos! *El dios persiguiendo a la doncella escondida*.

—Queremos saber más —decidió John Eglinton con la aprobación del señor Best—. Empezamos a estar interesados en la señora S. Hasta ahora la habíamos imaginado, si es que la habíamos imaginado, como una paciente Griselda, una Penélope de estarse en casa.

—Antístenes, discípulo de Gorgias —dijo Stephen— le quitó la palma de la belleza a la ponedora de Kyrios Menelaos, la argiva Helena, la yegua de madera de Troya en que durmieron una veintena de héroes, y se la dio a la pobre

Penélope. Veinte años vivió él en Londres, y, durante parte de ese tiempo, recibió un salario igual al del Lord Canciller de Irlanda. Su vida fue rica. Su arte, más que el arte del feudalismo, como lo llamó Walt Whitman, es el arte del hartazgo. Pasteles calientes de arenque, jarros verdes de jerez, salsas de miel, azúcar de rosas, mazapán, pichones rellenos de grosellas, confites de gengibre. Sir Walter Raleigh, cuando le detuvieron, llevaba encima medio millón de francos, incluidos un par de corsés de fantasía. La usurera Eliza Tudor tenía bastante ropa interior como para competir con la reina de Saba. Veinte años mariposeó él entre el amor conyugal con sus castos deleites y el amor putaño con sus turbios placeres. Ya saben lo que cuenta Manningham de la mujer del burgués que invitó a Dick Burbage a su cama cuando le vio en *Ricardo III* y cómo Shakespeare, que lo oyó, sin más ruido por nada, tomó la vaca por los cuernos, y cuando Burbage llamó a la puerta, contestó desde las mantas del capón: *Guillermo el Conquistador llegó antes que Ricardo III*. Y la alegre damita, la señora Fitton, salta y grita ¡Oh!, y su delicado pajarito, Lady Penélope Rich, una limpia mujer de calidad es apropiada para un actor, y las furcias de junto al río, a penique por cada vez.

Cours-la-Reine. *Encore vingt sous. Nous ferons de petites cochonneries. Minette? Tu veux?*

—La crema de la buena sociedad. Y Sir William Davenant, con una madre de Oxford, con su vaso de vino canario para el primer pájaro que la toque.

Buck Mulligan, sus piadosos ojos vueltos a lo alto, rezó:

—¡Bienaventurada Margarita María Latoque!

—Y la hija de Enrique el de las seis mujeres y otras damas amigas de residencias cercanas, como canta Lawn Tennyson, caballero poeta. Pero en todos esos veinte años ¿qué suponen que hacía la pobre Penélope en Stratford detrás de los cristales en rombo?

Hacer y hacer. Cosa hecha. En una rosalada del herborista Gerard, en Fetter Lane, él pasea, castañoagrisado. Una campanilla azulada como las venas de ella. Párpados de los ojos de Juno, violetas. Él pasea. Una vida lo es todo. Un cuerpo. Haz. Pero hazlo. A lo lejos, en un hedor de lujuria y suciedad, se ponen manos en la blancura.

Buck Mulligan golpeó la mesa de John Eglinton.

—¿De quién sospecha? —desafió.

—Digamos que él es el amante despreciado de los sonetos. Una vez despreciado, dos veces despreciado. Pero la coqueta de la corte le despreció por un Lord, el queridísimo amor de él. Amor que no se atreve a decir su nombre.

—Como buen inglés, quieres decir —intercaló John Brutal Eglinton—, él amó a un Lord.

Viejo muro donde relampaguean repentinos lagartos. En Charenton los observé.

—Eso parece —dijo Stephen—, puesto que quiere hacer a favor de él, y por todos y cada uno en particular de los demás vientres sin surcar, el santo oficio

que el mozo de cuadra hace por el garañón. Quizá, como Sócrates, tuvo una comadrona por madre, igual que tuvo una furia por mujer. Pero ella, la risueña coqueta, no quebrantó el voto del tálamo. Hay dos acciones hediondas en el ánimo del fantasma: un voto quebrantado y el animal duro de mollera a quien ella ha concedido sus favores, hermano del difunto marido... La dulce Ana, estoy seguro, era de sangre caliente. Una vez amante, dos veces amante.

Stephen se volvió en la silla con vivacidad.

—La obligación de probar es suya, no mía —dijo, frunciendo el ceño—. Si usted niega que en la quinta escena de *Hamlet* él la marca a fuego con infamia, dígame por qué no hay mención de ella durante los treinta y cuatro años entre el día que se casó con él y el día en que le enterró. Todas aquellas mujeres vieron enterrados a sus maridos: Mary, a su buen John; Ann, a su pobre querido William, cuando fue y se le murió encima, furioso de ser el primero en marcharse; Joan, a sus cuatro hermanos; Judith, a su marido y a todos sus hijos; Susan, a su marido también, mientras que la hija de Susan, Elizabeth, para usar las palabras del abuelito, se casó con su segundo habiendo matado a su primero.

—Ah sí, sí que hay mención. En los años en que él vivía con riqueza en el real Londres, para pagar una deuda tuvo que pedir prestados cuarenta chelines al pastor de su padre. Explíquenme entonces. Explíquenme el canto de cisne en que la ha encomendado a ella a la posteridad.

Se enfrentó con el silencio de ellos.

Aquel a quien así Eglinton:

—Se refiere usted a la última voluntad.

Eso lo han explicado, creo, los juristas.

*Ella tenía derecho a su parte de viuda
según la ley. El sabía mucho de derecho
dicen nuestros jueces.*

De él se ríe Satán,

burlón:

Y por consiguiente omitió el nombre de ella

del primer borrador pero no se dejó fuera

los regalos para su nieta, para sus hijas,

para su hermana, para sus viejos compadres de Stratford

y de Londres. Y por consiguiente cuando le apremiaron,

según creo, a mencionarla

le dejó su

secondbest bed

segunda cama.

Punkt

Ledejosu

Segundaca

Camagunda
Gundacama
dejocama. ¡So!

—Los buenos de los campesinos tenían entonces poco mobiliario —observó John Eglinton— y siguen teniéndolo, si es que nuestros dramas rurales son fieles a la realidad.

—Él era un rico caballero de campo —dijo Stephen— con un escudo de armas y fincas en Stratford y una casa en Ireland Yard, un accionista capitalista, un promotor de proyectos de ley, un arrendatario de diezmos. ¿Por qué no le dejó a ella su mejor cama para que pasara el resto de sus días roncando en paz?

—Está claro que había dos camas, la mejor y la no tan buena, *best and second best* —dijo agudamente el señor Secondbest Best.

—*Separatio a mensa et a thalamo* —mejoró Buck Mulligan y fue sonreído.

—La antigüedad menciona camas famosas —dijo No-Tan-Bueno Eglinton, con boca en puchero, camasonriendo—. Déjenme pensar.

—La antigüedad menciona a aquel escolar golfo, el Estalgirita, calvo sabio pagano —dijo Stephen—, quien al morir en exilio libera y dota a sus esclavos, rinde tributo a sus viejos, dispone ser sepultado en tierra junto a los huesos de su querida mujer, y ruega a sus amigos que sean bondadosos con una vieja amante (no se olviden de Nell Gwynn Herpyllis) y la dejen vivir en su casa de campo.

—¿De veras murió así? —preguntó el señor Best con leve preocupación—. Quiero decir...

—Murió muerto de borrachera —culminó Buck Mulligan—. Un cuarto de cerveza es un plato de rey. ¡Ah, tengo que decirles lo que dijo Dowden!

—¿Qué? —preguntó Mejor-Eglinton.

William Shakespeare y Compañía, Sociedad Anónima.

William del Pueblo. Para condiciones dirigirse a E. Dowden, Highfield House...

—¡Delicioso! —suspiró amorosamente Buck Mulligan—. Le pregunté qué pensaba de la acusación de pederastia dirigida contra el bardo. Él levantó las manos y dijo: *Lo único que podemos decir es que en aquellos tiempos se vivía intensamente*. ¡Delicioso!

Ganimedes.

—El sentido de la belleza nos extravía —dijo Best, hermoso en tristeza, al afeado Eglinton.

El firme John replicó severo:

—El médico puede decirnos qué significan esas palabras. No puede uno comerse el pastel y conservarlo.

¿Así lo decís vos? ¿Nos arrancarán, me arrancarán la palma de la belleza?

—Y el sentido de la propiedad —dijo Stephen—. Se sacó a Shylock de sus propios largos bolsillos. Hijo de un negociante de cebada y usurero, él mismo

fue negociante de cebada y usurero con diez medidas de grano acaparadas en los motines del hambre. Sus deudores son sin duda esos de diversas creencias que menciona Chettle Falstaff, el cual informa sobre su rectitud en los tratos. Puso pleito a un colega actor por el precio de unos pocos sacos de cebada y extrajo su libra de carne en intereses por cada dinero que prestó. ¿Cómo, si no, pudo enriquecerse deprisa el mozo de establo y traspunte de Aubrey? Todos los acontecimientos llevaban el agua a su molino. En Shylock resuenan las persecuciones contra los judíos que sucedieron al ahorcamiento y descuartizamiento del sanguijuela de la reina, López, siéndole arrancado su corazón de judío mientras el hebreo estaba todavía vivo: en *Hamlet* y *Macbeth*, la subida al trono de un filosofastro escocés con aficiones a asar brujas. La Armada perdida es de lo que se burla en *Trabajos de amor perdidos*. Sus espectáculos, las historias, navegan a toda vela sobre una marea de entusiasmo a lo Mafeking. Se juzga a las jesuitas de Warwickshire y ya tenemos la teoría de un portero sobre la reserva mental. Vuelve de las Bermudas la *Sea Venture*, y se escribe la obra que admiró Renan, con Patsy Calibán, nuestro primo americano. Los sonetos azucarados siguen a los de Sidney. En cuanto al hada Elizabeth, alias Bess Zanahoria, la grosera virgen que inspiró *Las alegres casadas de Windsor*, dejemos que algún *meinherr* de Teutonia escarbe toda su vida en busca de significados hondamente escondidos en lo hondo del cesto de la colada.

Creo que vas marchando adelante estupendamente. Simplemente, mezcla una mixtura de lo teolológico-filológico. *Mingo, minxi, mictum, mingere*.

—Pruebe que era judío —desafió John Eglinton, expectante—. Su decano de estudios sostiene que era un santo católico romano.

Sufflaminandus sum.

—Fue producto de Alemania —contestó Stephen—, como el campeón francés de abrillantamiento de escándalos italianos.

—Un hombre de espíritu en miríadas —recordó el señor Best—. Coleridge le llamó de espíritu en miríadas.

Amplius. In societate humana hoc est maxime necessarium ut sit amicitia inter multos.

—Santo Tomás... —empezó Stephen.

—*Ora pro nobis* —gimió Fray Mulligan, desplomándose en una butaca.

Allí entonó una runa quejumbrosa.

—*Pogue mahone! Acushla machree!* ¡Destruídos es lo que estamos a partir de hoy! ¡Destruídos sin duda!

Todos sonrieron sus sonrisas.

—Santo Tomás —dijo Stephen, sonriendo—, cuyas panzudas obras disfruto leyendo en el original, al escribir sobre el incesto desde un punto de vista diferente del de la nueva escuela vienesa de que hablaba el señor Magee, lo compara, en su sabia y curiosa manera, a una avaricia de las emociones. Quiere decir que el amor dado así a alguien cercano en la sangre es codiciosamente sustraído a alguien desconocido que, quizá, tiene hambre de él. Los judíos, a

quienes los cristianos acusan de avaricia, son los más dados de todas las razas al matrimonio consanguíneo. Las acusaciones se hacen por ira. Las leyes cristianas que edificaron los tesoros de los judíos (para quienes, como para los Lollardos, la tempestad fue refugio) también ataron sus afectos con cercos de acero. Si son pecados o virtudes, el viejo Papá–Nadie nos lo dirá en la audiencia del día del juicio. Pero un hombre que se agarra tan fuerte a lo que él llama sus derechos sobre lo que él llama sus deudas se agarrará también fuerte a lo que él llama sus derechos sobre la que él llama su mujer. Ningún vecino Don Sonrisas codiciará su buey o su mujer o su criado o su criada o su burro.

—O su burra —antifonó Buck Mulligan.

—Están tratando ásperamente al gentil Will —dijo gentilmente el señor Best.

—¿Qué Will? —intercaló dulcemente Buck Mulligan—. Nos estamos haciendo un lío.

—*Will to live*, la voluntad de vivir —filosofó John Eglinton—, pues la pobre Ana, la viuda de Will, es la voluntad de morir, *will to die*.

—*Requiescat!* —rezó Stephen.

La voluntad de hacer, ¿en qué acabó?

Hace mucho que se desvaneció...

—Yace compuesta en recia rigidez en esa segunda cama, la reina bien tapada, aunque usted demuestre que una cama en aquellos días era tan rara como lo es hoy un automóvil y que sus tallas eran la maravilla de las siete parroquias. En su vejez se dio a los predicadores (uno se quedó en New Place y se bebió un cuarto de jerez que pagó el ayuntamiento, pero en qué cama durmió no es cosa de preguntarlo) y se enteró de que tenía alma. Leyó o se hizo leer los libritos de cordel de él, prefiriéndolos a las *Alegres casadas* y, haciendo aguas de noche en el orinal, meditó sobre *Ojales y corchetes para calzones de creyentes* y *La más espiritual tabaquera para hacer estornudar a las más devotas almas*. Venus le había contorsionado los labios en oración. *Agonbite of inwit*: remordimiento de conciencia. Es una época de agotada putañería buscando a tientas su dios.

—La historia muestra que eso es cierto —*inquit Eglintonus Chronolologos*—. Las edades se suceden unas a otras. Pero sabemos por elevada autoridad que los peores enemigos de un hombre serán los de su propia casa y familia. Me parece que Russell tiene razón. ¿Qué nos importan su mujer y su padre? Yo diría que sólo los poetas de familia tienen vidas de familia. Falstaff no era padre de familia. Entiendo que el gordo caballero es su suprema creación.

Flaco, se arrellanó. Tímido, niega tu parentela, los autojustificados. Tímido, cenando con el sin–dios, hurta la copa. Un padre en Antrim del Ulton se lo ordenó. Le visita allí los días de cumplirse el trimestre. Señor Magee, aquí hay un caballero que le quiere ver. ¿A mí? Dice que es su padre, señor. Denme mi Wordsworth. Entra en escena Magge Mor Matthew, un rudo y áspero paleta de

cabeza dura, en calzones con bragueta de botones, los bajos de las medias sucios de barro de diez bosques, una varita de nogal en la mano.

¿El tuyo? Conoce a tu viejo. El viudo.

Apresurándome al miserable rincón donde ella moría, desde el alegre París junto al muelle, toqué la mano de él. La voz, con nuevo calor, hablando. El doctor Bob Kenny la está atendiendo. Los ojos que me desean bien. Pero no me conoce.

—Un padre —dijo Stephen, batallando contra la desesperación— es un mal necesario. Él escribió el drama en los meses que siguieron a la muerte de su padre. Si usted afirma que él, hombre de pelo gris con dos hijas casaderas, con treinta y cinco años de vida, *nel mezzo del cammin di nostra vita*, con cincuenta de experiencia, es el imberbe estudiantillo de Wittenberg, entonces debe sostener que su madre, con sus setenta años, es la reina lujuriosa. No. El cadáver de John Shakespeare no anda por ahí de noche. De hora en hora se pudre y se pudre. Descansa, desarmado de paternidad, habiendo transmitido ese estado místico a su hijo. El Calandrino de Boccaccio fue el primer y último hombre que se sintió preñado. La paternidad, en sentido de engendrar conscientemente, le es desconocida al hombre. Es un estado místico, una sucesión apostólica, del único engendrador al único engendrado. Sobre ese misterio, y no sobre la Madonna que el astuto intelecto italiano echó a las masas de Europa, está fundada la Iglesia, y fundada irremoviblemente por estar fundada, como el mundo, macrocosmos y microcosmos, sobre el vacío. Sobre la incertidumbre, sobre la improbabilidad. *Amor matris*, genitivo subjetivo y objetivo, quizá sea la única cosa verdadera de la vida. La paternidad quizá sea una ficción legal. ¿Quién es el padre de cualquier hijo para que cualquier hijo tenga que amarle, ni él a cualquier hijo?

¿A dónde diablos quieres ir a parar?

Ya lo sé. Cierra el pico. ¡Vete al cuerno! Tengo mis razones.

Amplius. Adhuc. Iterum. Postea.

¿Estás condenado a hacer esto?

—Están separados por una vergüenza corporal tan sólida que los registros criminales del mundo, manchados con todos los demás incestos y bestialidades, apenas anotan su quebrantamiento. Hijos con madres, progenitores con hijas, hermanas lesbianas, amores que no se atreven a decir su nombre, sobrinos con abuelas, presidiarios con ojos de cerraduras, reinas con toros premiados. El hijo no nacido estropea la belleza: nacido, trae dolor, divide el cariño, aumenta la preocupación. Es un macho: su crecimiento es la decadencia de su padre, su juventud la envidia de su padre, su amigo el enemigo de su padre.

Lo pensé en rue Monsieur-le-Prince.

—¿Qué les vincula en la naturaleza? Un instante de ciego celo. ¿Soy ya padre? ¿Y si lo fuera?

Encogida mano insegura.

—Sabelio, el Africano, el más sutil heresiarca de todas las bestias del campo, sostenía que el Padre era Él Mismo Su Propio Hijo. El mastín de Aquino, para quien ninguna palabra ha de ser imposible, le refuta. Bueno: si el padre que no tiene un hijo no es un padre ¿puede ser hijo el hijo que no tiene padre? Cuando Rutlandbaconsouthamptonshakespeare u otro poeta del mismo nombre en la comedia de los errores escribió *Hamlet*, no era meramente el padre de su propio hijo sino que, no siendo ya hijo, era y se sentía ser el padre de toda su raza, el padre de su propio abuelo, el padre de su nieto por nacer, quien, según el mismo criterio, nunca nació, pues la naturaleza, según la entiende el señor Magee, aborrece la perfección.

Ojosdeglinton, animados de placer, levantaron la mirada claratímidamente. En ojeada alegre, jubiloso puritano, a través de la retorcida eglantina.

Adular. Rara vez. Pero adular.

—Él mismo su propio padre —se dijo Mulliganhijo—. Espera. Estoy preñado. Tengo en mi cerebro un hijo por nacer. ¡Palas Atenea! ¡Un drama! ¡El drama es la realidad! ¡Permitidme parir!

Se apretó el frentevientre con ambas manos comadronas.

—En cuanto a su familia —dijo Stephen— el apellido de su madre vive en el bosque de Arden. Ella, al morir, le inspiró la escena con Volumnia en *Coriolano*. La muerte de su muchachito es la escena de muerte del joven Arthur en *El rey Juan*. Hamlet, el príncipe negro, es Hamnet Shakespeare. Sabemos quiénes son las niñas de *La tempestad*, de *Pericles*, del *Cuento de invierno*. Podemos suponer quiénes son Cleopatra, la olla de carne de Egipto, y Crésida y Venus. Pero hay otro miembro de la familia que está registrado.

—El enredo se espesa —dijo John Eglinton.

El bibliotecario cuáquero, temblando, entró de puntillas, temblor, su máscara, temblor, con prisa, temblor, tem.

Puerta cerrada. Celda. Día.

Escuchan. Tres. Ellos. Yo tú él ellos.

Vamos, señ.

STEPHEN: Él tenía tres hermanos, Gilbert, Edmund, Richard. Gilbert en su vejez dijo a unos caballeros que el Maestre Cobrador le había dado un pase gratis ¡por la misa! y vio a su hermano Maestre Wull el autor de comedias allá en Lonnes en una comedia de luchar con un tío a la espalda. Los mosqueteros del teatro le llenaron el alma a Gilbert. No está en ninguna parte: pero un Edmund y un Richard están anotados en las obras del dulce William.

MAGEEGLINJOHN: ¡Nombres! ¿Qué hay en un nombre?

BEST: Ese es mi nombre, Richard, ¿no sabes? Espero que dirás algo bueno para Richard, sabes, en atención a mí.

(Risas)

BUCK MULLIGAN: (*Piano, disminuyendo*)

Entonces Dick, estudiante de medicina,

sermoneó a su compañero Davy...

STEPHEN: En su trinidad de negros Wills, los malvados sacudepanzas, Iago, Richard Crookback, Edmund de *El Rey Lear*, dos llevan los nombres de los malignos tíos. Más aún, ese último drama se escribió o lo estaba escribiendo mientras su hermano Edmund agonizaba en Southwark.

BEST: Espero que Edmund se quede con él. No quiero que Richard, mi nombre...

(Risas)

LYSTERCUÁQUERO: *(A tempo)* Pero el que me hurta mi buen nombre...

STEPHEN: *(Stringendo)* Ha escondido su propio nombre, un hermoso nombre, William, en los dramas, aquí un comparsa, allí un bufón, como un pintor de la antigua Italia escondiendo su cara en un rincón oscuro de su lienzo. Lo ha revelado en los sonetos donde hay Will de sobra. Como John O'Gaunt, su nombre le es caro, tan caro como el escudo que obtuvo a fuerza de adular, sobre banda de sable una lanza con punta argentada, honorificabilitudinitatibus, más caro que su gloria del mayor sacude-escenas del país. ¿Qué hay en un nombre? Eso es lo que nos preguntamos en la niñez cuando escribimos el nombre que nos dicen que es el nuestro. Una estrella, una estrella diurna, un meteoro surgió en su nacimiento. Brillaba de día en los cielos, solo, más claro que Venus de noche, y de noche brillaba sobre la Delta de Casiopea, la constelación recumbente que es la firma de su inicial entre las estrellas. Sus ojos lo observaron, bajo sobre el horizonte, al este de la Osa, al caminar por los soñolientos campos de verano a medianoche, volviendo de Shottery y de los brazos de ella.

Los dos satisfechos. Yo también.

No les digas que tenía nueve años cuando se extinguió.

Y de los brazos de ella.

Espera a ser cortejado y conquistado. Eso es, bobo. ¿Quién te va a cortejar?

Lee los cielos. *Autontimerúmenos. Bous Stephanoúmenos.* ¿Dónde está tu configuración? Stephen, *Stiven*, de los que viven. S. D.: *sua donna. Già: di lui. Gelindo risolve di non amar S. D.*

—¿Qué es eso, señor Dedalus? —preguntó el bibliotecario cuáquero—. ¿Era un fenómeno celeste?

—Una estrella de noche —dijo Stephen—, una columna de nube de día.

¿Qué más hay que decir?

Stephen miró su sombrero, su bastón, sus botas.

Stephanos, mi corona. Mi espada. Sus botas me están echando a perder la forma de los pies. Comprate un par. Agujeros en mis calcetines. Un pañuelo también.

—Hace usted buen uso del nombre —admitió John Eglinton—. Su propio nombre es bastante extraño. Supongo que explica su humor fantasioso.

A mí, Magee y Mulligan.

Fabuloso artífice, el hombre semejante al halcón. Volaste. ¿A dónde? Newhaven–Dieppe, pasajero de tercera. París y vuelta. Avefría. Ícaro. *Pater, ait*. Empapado de mar, caído, a la deriva. Avefría eres. Avefría él.

El señor Best levantó el libro silenciosoafanoso para decir: —Eso es muy interesante porque ese motivo del hermano, saben, lo encontramos también en los antiguos mitos irlandeses. Exactamente lo que dice usted. Los tres hermanos Shakespeare. En Grimm también, saben, los cuentos de hadas. El tercer hermano que se casa con la belleza durmiente y gana el mejor premio.

Mejor, *best* de los hermanos Best. Bueno, mejor, *best*.

El bibliotecario cuáquero se detuvo saltando cerca.

—Me gustaría saber —dijo— cuál hermano usted... Entiendo que usted sugiere que hubo una desviación de conducta con uno de los hermanos... ¿Pero quizá me estoy adelantando? Se sorprendió a sí mismo infraganti: miró a todos: se contuvo.

Un auxiliar llamó desde la entrada:

—¡Señor Lyster! El Padre Dineen quiere...

—¡Ah! ¡El Padre Dineen! Inmediatamente.

Rápidamente rectamente crujiente rectamente rectamente se marchó rectamente.

John Eglinton cruzó el florete.

—Vamos —dijo—. Oigamos qué tiene que decirnos usted de Richard y Edmund. Los ha dejado para el final, ¿no es verdad?

—Al pedirles que recordaran a esos dos nobles parientes, el tito Richard y el tito Edmund —respondió Stephen—, me doy cuenta de que les pido demasiado. Un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas.

Avefría.

¿Dónde está tu hermano? Gremio de los boticarios. Mi piedra de afilar. Él, luego Cranly, Mulligan: ahora éstos. Lenguaje, lenguaje. Pero actúa. Actúa lenguaje. Se burlan para ponerte a prueba. Actúa. Padece.

Avefría.

Estoy cansado de mi voz, la voz de Esaú. Mi reino por un trago.

Adelante.

—Dirán ustedes que esos nombres ya estaban en las crónicas de donde tomó el material de sus dramas. ¿Por qué tomó esas en vez de otras? Richard, un jorobado hijodeputa, malnacido, le hace el amor a una recién viuda Ann (¿qué hay en un nombre?), la corteja y la conquista, una viuda alegre hijadeputa. Richard el conquistador, tercer hermano, llegó después de William el conquistado. Los otros cuatro actos de ese drama cuelgan flojamente de ese primero. De todos sus reyes, Richard es el único rey no protegido por la reverencia de Shakespeare, ángel del mundo. ¿Por qué la acción secundaria del *Rey Lear*, donde aparece Edmund, está tomada de la *Arcadia* de Sidney e incrustada en una leyenda céltica más vieja que la historia?

—Así era la costumbre de Will —defendió John Eglinton—. Ahora no combinaríamos una saga noruega con el resumen de una novela de George Meredith. *Que voulez-vous?* diría Moore. Él pone a Bohemia en la orilla del mar y hace que Ulises cite a Aristóteles.

—¿Por qué? —se contestó a sí mismo Stephen—. Porque el tema del hermano falso, o usurpador, o adúltero, o las tres cosas en uno, siempre lo tendrá consigo Shakespeare, lo que no le pasa con los pobres. La nota del destierro, destierro del corazón, resuena ininterrumpidamente desde *Los dos caballeros de Verona* en adelante, hasta que Próspero rompe su vara, la sepulta a varias brazas en la tierra y sumerge su libro. Se redobla en la mitad de su vida, se refleja en otra, se repite, prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe. Se repite otra vez cuando está cerca de la tumba, cuando su hija casada Susan, de tal palo tal astilla, es acusada de adulterio. Pero fue el pecado original lo que oscureció su entendimiento, debilitó su voluntad y dejó en él una fuerte inclinación al mal. Las palabras son las de sus señorías los obispos de Maynooth: un pecado original y, como pecado original, cometido por otro en cuyo pecado ha pecado él también. Está entre las líneas de sus últimas palabras escritas, está petrificado en su lápida, bajo la cual no han de yacer los cuatro huesos de ella. El tiempo no lo ha marchitado. La belleza y la paz no lo han borrado. Está, en variedad infinita, en todas las partes del mundo que ha creado, en *Mucho ruido para nada*, dos veces en *Como gustéis*, en *La tempestad*, en *Medida por medida*, y en las demás obras que no he leído.

Se rió para liberar su mente de la servidumbre de su mente.

El juez Eglinton resumió.

—La verdad está a medio camino —afirmó—. Él es el fantasma y el príncipe. Es todo en todo.

—Lo es —dijo Stephen—. El muchacho del primer acto es el hombre maduro del quinto acto. Todo en todo. En *Cimbelino*, en *Othello*, es chulo y cornudo. Actúa y sufre. Enamorado de un ideal o de una perversión, mata, como José a la verdadera Carmen. Su intelecto inexorable es el Iago, loco de cuernos, deseando incesantemente que sufra el moro que hay en él.

—¡Cu-cú! ¡Cocu! —cloqueó Cuck Mulligan con chulería—. ¡Oh palabra temible!

La oscura cúpula recibió, reverberó.

—¡Y qué personaje es Iago! —exclamó, impertérrito, John Eglinton—. Al fin y al cabo, tiene razón Dumas *filis* (¿o es Dumas *père*?). Después de Dios, Shakespeare es quien más ha creado.

—El hombre no le complace, ni tampoco la mujer —dijo Stephen—. Vuelve tras una vida de ausencia a ese punto de la tierra donde nació, donde estuvo siempre, hombre y niño, testigo silencioso, y allí, acabado el viaje de su vida, planta en la tierra su morera. Luego muere. Se acabó el movimiento. Unos enterradores sepultan a Hamlet *père* y Hamlet *filis*. Rey y príncipe por fin en la muerte, con música de fondo. Y, aunque asesinado y traicionado, es llorado por

todos los tiernos corazones frágiles, porque, danés o dublinés, la pena por los muertos es el único marido de quien se niegan a divorciarse. Si les gusta el epílogo, mírenlo despacio: próspero Próspero, el hombre bueno recompensado, Lizzie, terroncito de amor del abuelito, y el tito Richie, el hombre malo arrebatado por la justicia poética al sitio a donde van los negros malos. Telón rápido. Encontró en el mundo exterior como real lo que estaba como posible en su mundo interior. Maeterlinck dice: Si Sócrates se marcha hoy de casa encontrará al sabio sentado en su umbral. Si Judas sale esta noche, es hacia Judas hacia donde le llevarán sus pasos. Toda vida consiste en muchos días, día tras día. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando ladrones, fantasmas, gigantes, viejos, jóvenes, esposas, viudas, cuñados adulterinos. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos. El dramaturgo que escribió la edición folio de este mundo, y la escribió mal (nos dio primero la luz y ,el sol dos días después), el señor de las cosas como son, a quien los más romanos de los católicos llaman *dio boia*, dios verdugo, es indudablemente todo en todo en todos nosotros, mozo de establo y matarife, y sería chulo y cornudo también si no fuera porque en la economía del cielo, predicha por Hamlet, ya no hay más matrimonios, dado que el hombre glorificado, ángel andrógino, es esposa de sí misma.

—*Eureka!* —gritó Buck Mulligan—. *Eureka!* Repentinamente hecho feliz, se levantó de un salto y alcanzó de una zancada la mesa de John Eglinton.

—¿Me permite? —dijo—. El Señor ha hablado a Malaquías.

Empezó a garrapatear en un papelito. Llevarme unos papelitos del mostrador al salir.

—Los que están casados —dijo el señor Best, dulce heraldo—, todos, salvo uno, vivirán. Los demás se quedarán como están.

Rio, *bachelor* en soltería, por Eglinton Johannes, *bachelor* en letras.

Sin casar, sin ser favorecidos, cuidándose de trampas, por la noche ellos van hojeando con los dedos cada cual su edición variorum de *La doma de la furia*.

—Usted es un engaño —dijo rotundamente John Eglinton a Stephen—. Nos ha hecho recorrer todo este camino para enseñarnos un *ménage-à-trois*. ¿Cree usted en su propia teoría?

—No —dijo Stephen, prontamente.

—¿La va a escribir? —preguntó el señor Best—. Debería hacer un diálogo, sabe, como los diálogos platónicos que escribió Wilde.

John Eclecticon sonrió doblemente.

—Bueno, en ese caso —dijo— no veo por qué espera que le paguen por ello, puesto que usted mismo no lo cree. Dowden cree que hay algún misterio en *Hamlet* pero no quiere decir más. Herr Bleibtreu, ese que conoció Piper en Berlín, que está preparando la teoría de Rutland, cree que el secreto está escondido en la tumba de Stratford. Va a ir a ver al actual duque, dice Piper, y a demostrarle que su antepasado escribió esas obras. Será una sorpresa para Su Gracia. Pero él cree en su teoría.

Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Esto es, ¿ayúdame a creer o ayúdame a descreer? ¿Quién ayuda a creer? *Egomen*. ¿Quién a descreer? El otro tío.

—Usted es el único colaborador de *Dana* que pide piezas de plata. Además no sé nada del próximo número. Fred Ryan quiere espacio para un artículo sobre economía.

Tururú. Dos piezas de plata me prestó. Para sacarte adelante. Economía.

—Por una guinea —dijo Stephen— puede publicar esta entrevista.

Buck Mulligan se incorporó de su reír garrapatear reír: y entonces dijo gravemente, melificando malicia:

—Visité al bardo Kinch en su residencia estival de la calle Upper Mecklenburgh y le encontré sumergido en el estudio de la *Summa contra gentiles* en compañía de dos damas gonorreicas, Nelly la Fresca y Rosalie, la puta del muelle del carbón.

Se dispuso a marcharse.

—Ven, Kinch. Ven, errante Ængus de las aves.

Ven, Kinch, ya te has comido todo lo que dejamos. Sí, te serviré tus sobras y residuos.

Stephen se levantó.

La vida es muchos días. Este se va a acabar.

—Nos vemos esta noche —dijo John Eglinton—. *Notre ami* Moore dice que Malachi Mulligan debe ir.

Buck Mulligan blandió su papelito y su jipijapa.

—Monsieur Moore —dijo—, conferenciante sobre letras francesas para la juventud de Irlanda. Allí estaré. Ven Kinch, los bardos deben beber. ¿Puedes andar derecho?

Riendo, él...

Empinar el codo hasta las once. Diversión de las Mil y Una Noches irlandesas.

Imbécil...

Stephen siguió a un imbécil...

Un día en la Biblioteca Nacional tuvimos una discusión. Shakes. Detrás de su espalda de imbé venía yo. Le piso los talones.

Stephen, saludando, luego todo mortecino, siguió a un bufón imbécil, una cabeza bien peinada, recién afeitada, saliendo de la celda en bóveda, a una abrumadora luz diurna sin pensamientos.

¿Qué he aprendido? ¿De ellos? ¿De mí? Andar como Haines ahora.

La sala de los lectores constantes. En el registro de lectores Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell parrafea sus polisílabos. Item: ¿estaba loco Hamlet? La cholla del cuáquero con un curapio en charla de libros.

—Sí, por favor... Tendré muchísimo gusto...

Divertido Buck Mulligan revirtió a sí mismo un murmullo gustoso, asintiéndose:

—Un trasero con gusto.

El torniquete.

¿Es ése?... Sombrero con cinta azul... Escribiendo perezosamente... ¿Qué? ¿Miró?

La balaustrada curva; Mincio deslizándose suave.

Puck Mulligan, con casco de jipi, bajó escalón tras escalón, canturreando yámbicamente:

*John Eglinton, mi Jo, John,
cásate por compasión.*

Esputó al aire:

—¡Ah el chino sin mentón! Chin Chong Eg Lin Ton. Fuimos por ese teatrillo que tienen, Haines y yo, en el local de los fontaneros. Nuestros actores están creando un nuevo arte para Europa, como los griegos o *Monsieur* Maeterlinck. ¡Teatro Abbey! Huelo el sudor público de los monjes.

Escupió de fogueo.

Olvidado: no más de lo que él olvidó los latigazos que le dio la piojosa Lucy. Y dejó a la *femme de trente ans*. ¿Y por qué no nacieron más hijos? ¿Y el primer hijo una hija? *Esprit de l'escalier*. Vuelve atrás.

El agrio recluso sigue ahí (tiene su porción) y el dulce mozalbete, mancebito de placer, claro pelo acariable de Fedón.

Ah... nada más... quería... se me olvidó... este... —Longworth y Mac Curdy Atkinson estaban ahí... Puck Mulligan zapateó cuidadosamente, trinando:

*Si escucho que me llaman por ahí
o que al pasar un quinto habla de mí,
mis pensamientos van en procesión
hacia el gran F. Mac Curdy Atkinson,
famoso por su pata artificial,
y hacia el filibustero en delantal
cuya sed nunca halló satisfacción,
Magee, el hombre de cara sin mentón:
porque tenían de casarse horror,
se masturbaban a más y mejor.*

Sigue con las burlas. Conócete a ti mismo.

Detenido debajo de mí, me mira, inquisitivo. Me detengo.

—Fúnebre farsante —gimió Buck Mulligan—. Synge ha dejado de vestirse de luto para estar como la naturaleza. Sólo los cuervos, los curas y el carbón inglés son negros.

Una risa le danzó por los labios.

—Longworth tiene ganas de vomitar —dijo— después de lo que escribiste sobre esa vieja bruja Gregory. ¡Ah tú, borracho judijesuita inquisicional! Ella te consigue un empleo en el periódico y entonces allá que vas y le echas abajo sus beaterías. ¿No lo podrías hacer con un toque a lo Yeats?

Siguió adelante, bajando, haciendo muecas, salmodiando con graciosa agitación de brazos:

—El libro más hermoso que ha salido de nuestro país en mi tiempo. Uno piensa en Homero.

Se detuvo al pie de la escalera.

—He concebido una comedia para los farsantes —dijo solemnemente.

El vestíbulo con columnas moriscas, sombras entrelazadas.

Se acabó la danza morisca de las nueve con gorros de exponentes.

Con voces dulcemente variables Buck Mulligan leyó su tablilla:

Cada Cual Su Propia Mujer
o
Una Luna de Miel en la Mano
(una inmoralidad nacional en tres orgasmos)
Por
Pelotías Mulligan

Volvió a Stephen un hocico feliz de bufón, diciendo: —El disfraz, me temo, es transparente. Pero escucha.

Leyó, *marcato*:

—Personajes:

TOBY ALLAVÁ (un polaco muy corrido)

LADILLO (un guardabosques)

DICK, ESTUDIANTE DE MEDICINA y

DAVY, ESTUDIANTE DE MEDICINA (dos pájaros de un tiro)

ABUELA GROGAN (una aguadora)

NELLY LA FRESCA y

ROSALIE (la puta del muelle del carbón)

Se rió, balanceando una cabeza balanceante, siguiendo adelante, seguido por Stephen: y jubilosamente dijo a las sombras, almas de hombres:

—¡Oh, aquella noche en Camden Hall cuando las hijas de Erín tuvieron que levantarse las faldas para pasar por encima de ti, que estabas tumbado en tu vómito color morera, multicolor, multitudinario!

—El más inocente hijo de Erín —dijo Stephen— por quien jamás se las levantaron.

A punto de salir por la puerta, notando alguien detrás, se echó a un lado.

Separarse. Ahora es el momento. ¿Dónde luego? Si Sócrates se marcha hoy de casa, si Judas sale esta noche. ¿Por qué? Eso está en el espacio a que debo llegar con el tiempo, ineluctablemente.

Mi voluntad: su voluntad que se me pone delante. Mares entre medio.

Un hombre salió entre ellos, inclinándose, saludando.

—Buenos días otra vez —dijo Buck Mulligan.

El pórtico.

Aquí observé las aves en busca de augurios. Ængus de las aves. Van y vienen. Anoche volé. Volé fácilmente. Los hombres se extrañaban. Calle de las putas después. Un melón cremoso me alargó. Dentro. Ya verá.

—El judío errante —susurró Buck Mulligan con respeto de payaso—. ¿Viste sus ojos? Te miró con lujuria por ti. Por vos temo, oh viejo marinero. Ah, Kinch, vos estáis en peligro. Buscaos un refuerzo para los calzones.

Modales de Oxenford.

Día. Sol carretilla sobre arco de puente.

Una espalda oscura andaba delante de ellos. Paso de leopardo, bajando, saliendo por la verja, bajo dardos de las rejas.

Ellos siguieron.

Oféndeme todavía. Sigue hablando.

Un aire benévolo definía los ángulos de las casas en la calle Kildare. Nada de pájaros. Frágiles, desde lo alto de las casas, dos penachos de humo subían, despenachándose, y eran barridos suavemente en un soplo de suavidad.

Cesa de esforzarte. Paz de los sacerdotes druídicos de Cimbelineo, hierofánticos: desde la ancha tierra un altar.

Loemos a los dioses

y que nuestros humos en volutas suban hasta sus narices

desde nuestros sagrados altares.

El superior, el Muy Reverendo John Conmee, S. J., volvió a meterse el liso reloj en el bolsillo interior mientras bajaba los escalones del presbiterio. Las tres menos cinco. Justo el tiempo para ir andando a Artane. Por cierto, ¿cómo se llamaba ese muchacho? Dignam, sí. *Vere dignum et justum est*. El Hermano Swan era la persona que ver. La carta del señor Cunningham. Sí. Hacerle quedar contento, si es posible. Buen católico practicante: útil en la época de las misiones.

Un marinero con una pierna de menos, balanceándose hacia adelante en perezosas sacudidas de sus muletas, gruñía unas notas. Se paró en una sacudida ante el convento de las Hermanas de la Caridad y extendió una gorra de visera puntiaguda pidiendo limosna al Muy Reverendo John Conmee, S. J. El Padre Conmee le bendijo dejándole plantado al sol, pues su bolsa contenía, bien lo sabía él, una sola corona de plata.

El Padre Conmee cruzó a Mountjoy Square. Pensó, pero no por mucho tiempo, en soldados y marineros, cuyas piernas habían sido cortadas por balas de cañón, yendo a acabar sus días en algún asilo de mendigos, y en las palabras del Cardenal Wolsey: *Si hubiera servido yo a mi Dios como he servido a mi rey no me habría abandonado en los días de mi vejez*. Caminaba a la sombra arborescente de hojas que guiñaban sol: hacia él se acercó la esposa del señor David Sheehy, Miembro del Parlamento.

—Muy bien, de veras, Padre. ¿Y usted, Padre?

El Padre Conmee estaba maravillosamente bien, de veras. Iría probablemente a Buxton a tomar las aguas. Y los chicos, ¿les iba bien en Belvedere? ¿Ah, sí? El Padre Conmee se alegraba muchísimo de saberlo. ¿Y el propio señor Sheehy? Todavía en Londres. El Parlamento seguía todavía en sesión, claro que sí. Un tiempo estupendo que hacía, realmente delicioso. Sí, era muy probable que viniera otra vez a predicar el Padre Bernard Vaughan. Ah sí, un éxito enorme. Un hombre extraordinario, realmente.

El Padre Conmee estaba muy contento de ver que la esposa del señor David Sheehy, Miembro del Parlamento, tenía tan buen aspecto y rogaba que le enviara recuerdos al señor David Sheehy, Miembro del Parlamento. Sí, claro que haría una visita.

—Adiós, señora Sheehy.

El Padre Conmee, al despedirse, inclinó su sombrero de seda hacia las cuentas de azabache de la mantilla de ella brillando en tinta al sol. Y volvió a sonreír al marcharse. Se había limpiado los dientes, lo sabía, con pasta de nuez de palma.

El Padre Conmee siguió andando y, mientras andaba, sonreía, pues pensaba en el Padre Bernard Vaughan con sus ojos cómicos y su acento *cockney*.

—¡Pilatos! ¿Por qué no echa atrás a esa turba aullante?

Hombre con mucho celo, sin embargo. De veras que sí. Y realmente hacía mucho bien a su manera. Sin duda ninguna. Amaba a Irlanda, decía, y amaba a los irlandeses. De buena familia también, ¿quién lo diría? Eran de Gales, ¿no?

Ah, no se fuera a olvidar. Esa carta al Padre Provincial.

El Padre Conmee detuvo a tres pequeños colegiales en la esquina de Mountjoy Square. Sí: eran de Belvedere. La casita: ah. ¿Y eran buenos chicos en la escuela? Oh. Eso estaba muy bien. ¿Y él cómo se llamaba? Jack Sohan. ¿Y el otro? Ger. Gallaher. ¿Y el otro hombrecito? Se llamaba Brunny Lynam. Ah, un nombre muy bonito.

El Padre Conmee se sacó una carta del pecho y se la dio al señorito Brunny Lynam, señalando el buzón rojo en la esquina de la calle Fitzgibbon.

—Pero ten cuidado no te vayas a echar dentro del buzón, gran hombre — dijo.

Los chicos seisojearon al Padre Conmee y se rieron.

—Ah, Padre.

—Bueno, vamos a ver si sabes echar una carta —dijo el Padre Conmee.

El señorito Brunny Lynam cruzó corriendo la calle y echó la carta del Padre Conmee al Padre Provincial en la boca del buzón rojo, el Padre Conmee sonrió y asintió y sonrió y siguió andando por el lado este de Mountjoy Square.

El señor Denis J. Maginni, profesor de danza, etc., con chistera, levita color pizarra con vueltas de seda, plastrón blanco, pantalones ajustados color lavanda, guantes canario y botas puntiagudas de charol, caminando con grave porte, se desvió muy respetuosamente hacia el bordillo cediendo el paso a Lady Maxwell en la esquina de Dignam's Court.

¿No era aquella la señora MacGuinness?

La señora MacGuinness, solemne, de pelo plateado, se inclinó hacia el Padre Conmee desde la acera de enfrente por donde navegaba. Y el Padre Conmee sonrió y saludó. ¿Cómo estaba?

Un hermoso porte tenía. Como María, reina de Escocia, algo así. Y pensar que era una prestamista. ¡Vaya, vaya! Con ese... ¿cómo lo diría él?... con ese aire de reina.

El Padre Conmee bajó por la calle Great Charles y lanzó una ojeada a la iglesia protestante, toda cerrada, a su izquierda. Hablará (D. V.) el Reverendo T. R. Green, B. A. El incumbente, le llamaban. Entendía que le incumbía decir unas pocas palabras. Pero había que tener caridad. Ignorancia invencible. Actuaban conforme a sus luces.

El Padre Conmee dobló la esquina y caminó por la Circunvalación Norte. Era sorprendente que no hubiera una línea de tranvía en una arteria tan importante. Claro que tendría que haberla.

Una bandada de escolares con carteras cruzó desde la calle Richmond. Todos se levantaron las gorras arrugadas. El Padre Conmee les saludó repetidamente con benignidad. Chicos de los Hermanos Cristianos.

El Padre Conmee olió incienso a mano derecha mientras andaba. La iglesia de San José, Portland Row. Para ancianas virtuosas. El Padre Conmee se levantó el sombrero hacia el Santísimo Sacramento. Virtuosas: pero algunas veces también eran de mal carácter.

Cerca del palacio Aldborough, el Padre Conmee pensó en aquel noble derrochón. Y ahora era una oficina o algo así. El Padre Conmee empezó a andar por North Strand Road y fue saludado por el señor William Gallagher, que estaba en la entrada de su tienda. El Padre Conmee saludó al señor William Gallagher y percibió los olores que lanzaban hojas de tocino y amplias bolas de manteca. Pasó por delante del estanco de Grogan, en que se apoyaban tablones de noticias diciendo de una terrible catástrofe en Nueva York. En América siempre estaban pasando esas cosas. Gente con mala suerte, morir así, sin preparación. Sin embargo, un acto de contrición perfecta.

El Padre Conmee pasó delante de la taberna de Daniel Bergin, ante cuyos cristales vagueaban dos desocupados. Le saludaron y fueron saludados.

El Padre Conmee pasó delante de la funeraria de H. J. O'Neill donde Corny Kelleher alineaba cifras en el libro diario mientras mascaba una brizna de heno. Un guardia en su ronda saludó al Padre Conmee y el Padre Conmee saludó al guardia. En Youkstetter, la salchichería, el Padre Conmee observó los embutidos, blancos y negros y rojos, extendidos limpiamente curvados en tubos.

Amarrada bajo los árboles de Charleville Mall, el Padre Conmee vio una barcaza de turba, a su lado un caballo de sirga con la cabeza colgando, y un barquero con un sombrero de paja sucio sentado a bordo, fumando y mirando fijamente una rama de chopo encima de él. Era algo idílico: y el Padre Conmee reflexionó sobre la providencia del Creador que había hecho que la turba estuviera en los pantanos donde los hombres pudieran sacarla y llevarla a ciudades y aldeas para encender fuego en las casas de los pobres.

En el puente de Newcomen el Muy Reverendo John Conmee, S. J., de la iglesia de San Francisco Javier, calle Upper Gardiner, subió a un tranvía en dirección a las afueras.

De un tranvía en dirección al centro se apeó el Reverendo Nicholas Dudley, C. C., de la iglesia de Santa Ágata, calle North William, hacia el puente Newcomen.

En el puente Newcomen el Padre Conmee subió a un tranvía en dirección a las afueras, pues no le gustaba atravesar a pie la triste calle a lo largo de Mud Island.

El Padre Conmee se sentó en un rincón del tranvía, el billete azul encajado con cuidado en el ojal de un regordete guante de cabritilla, mientras cuatro chelines, una moneda de seis peniques y otros cinco peniques caían a su portamonedas desde su otra palma regordeta de guante. Al pasar por delante de la iglesia cubierta de hiedra, reflexionó que el inspector de los billetes solía hacer la visita cuando uno había tirado descuidadamente el billete. La solemnidad de los ocupantes del coche le pareció excesiva al Padre Conmee para un trayecto tan corto y barato. Al Padre Conmee le gustaba un decoro alegre.

Era un día tranquilo. El caballero con gafas enfrente del Padre Conmee había acabado una explicación y tenía los ojos bajos. Su mujer, suponía el Padre Conmee. Un diminuto bostezo abrió la boca a la mujer del caballero de gafas. Levantó su pequeño puño enguantado, bostezó con la mayor suavidad, dándose golpecitos en la boca abierta con su pequeño puño enguantado y sonrió diminutamente, dulcemente.

El Padre Conmee percibió su perfume en el tranvía. Percibió también que el hombre torpe de al otro lado de ella estaba sentado en el borde del asiento.

El Padre Conmee en la balaustrada del altar tenía dificultades para ponerle la hostia en la boca al viejo torpe que tenía la cabeza temblorosa.

En el puente Annesley se detuvo el tranvía y, cuando estaba a punto de arrancar, una anciana se levantó de repente de su asiento para apearse. El cobrador tiró de la correa del timbre para hacerle detener el tranvía. Ella se marchó con su cesta y una red de compras: y el Padre Conmee vio que el cobrador la ayudaba a bajar a ella y la cesta y la red: y el Padre Conmee pensó que, como ella casi se había pasado del final del trayecto de a penique, era una de esas buenas almas a las que siempre hay que decirles dos veces *vaya en paz, hija mía*, que ya han recibido la absolución, *rece por mí*. Pero tenían tantos disgustos en la vida, tantas preocupaciones, pobres criaturas.

Desde los carteles, el señor Eugene Stratton sonreía al Padre Conmee con gordos labios de negro.

El Padre Conmee pensó en las almas de negros y pardos y amarillos y en su sermón de San Pedro Claver S. J. y las misiones en África y la propagación de la fe y los millones de almas negras y pardas y amarillas que no habían recibido el bautismo de agua cuando les llegaba su última hora como un ladrón en la noche. Aquel libro del jesuita belga, *Le nombre des élus*, le parecía al Padre Conmee una tesis razonable. Eran millones de almas humanas creadas por Dios a Su imagen y semejanza, a las que no se les había llevado la fe (D. V.). Pero eran almas de Dios creadas por Dios. Le parecía al Padre Conmee una lástima que se perdieran todas, un desperdicio, si pudiera decirse.

En la parada de Howth Road se apeó el Padre Conmee, fue saludado por el cobrador y saludó a su vez.

El camino de Malahide estaba tranquilo. Le gustaba al Padre Conmee, el camino y el nombre. Campanas de Alegría repicaban en el alegre Malahide.

Lord Talbot de Malahide, Lord Almirante de Malahide y los mares circundantes como heredero inmediato. Luego vino la llamada a las armas, y ella fue doncella, esposa y viuda en un día. Aquellos eran días del mundo antiguo, tiempos de lealtad en alegres villas, viejos tiempos en la baronía.

El Padre Conmee, caminando, pensaba en su librito *Viejos tiempos en la Baronía*, y en el libro que podría escribirse sobre las casas de jesuitas y sobre Mary Rochfort, hija de Lord Molesworth, primera condesa de Belvedere.

Una dama desganada, ya no joven, paseaba sola por la orilla del Lough Ennel, Mary, primera condesa de Belvedere, desganadamente caminando en el atardecer, sin sobresaltarse cuando se zambullía una nutria. ¿Quién podría saber la verdad? ¿Ni el celoso Lord Belvedere ni su confesor, si ella no había cometido plenamente adulterio, *eiaculatio seminis inter vis naturale mulieris*, con el hermano de su marido? Se confesaría a medias si no había pecado del todo, como hacían las mujeres. Sólo lo sabía Dios y ella y él, el hermano de su marido.

El Padre Conmee pensó en esa tiránica incontinencia, necesaria sin embargo para la raza de los hombres en la tierra, y en que los caminos del Señor no eran nuestros caminos.

Micer John Conmee caminando se movía en tiempos de antaño. Era humanitario y recibía allí honores. Llevaba en su mente secretos confesados y sonreía a nobles rostros sonrientes en un salón con cera de abejas, de techos enguirnaldados de frutas maduras. Y las manos de una esposa y un esposo, noble con noble, eran unidas, palma con palma, por Micer John Conmee.

Hacía un día encantador.

La cancilla de un campo enseñaba al Padre Conmee extensiones de coles, que le hacían reverencias con amplias hojas inferiores. El cielo le mostraba un rebaño de nubecillas blancas avanzando lentamente viento abajo. *Moutonner*, decían los franceses. Una palabra casera y justa.

El Padre Conmee, leyendo su oficio, observaba un rebaño de nubes-*moutons* sobre Rathcoffey. Sus tobillos de finos calcetines eran cosquilleados por el rastrojo del campo de Clongowes. Andaba por allí, leyendo en el atardecer, y oía los gritos de los grupos de chicos jugando, gritos jóvenes en el atardecer tranquilo. Él era su rector: su reinado era benigno.

El Padre Conmee se quitó los guantes y sacó su breviario de cantos rojos. Una señal de marfil le decía la página.

Nona. Debería haber leído eso antes del almuerzo. Pero había venido Lady Maxwell.

El Padre Conmee leyó en tono secreto *Pater* y *Ave* y se santiguó sobre el pecho. *Deus in adiutorium*.

Caminó tranquilamente leyendo en silencio nona, caminando y leyendo hasta que llegó a *Res* en *Beati immaculati: Principium verborum tuorum veritas: in eternum omnia iudicia iustitiae tuae*.

Un joven sofocado salió de una grieta en un cercado y tras de él salió una joven llevando en la mano margaritas silvestres que asentían. El joven se

levantó la gorra bruscamente: la joven se inclinó bruscamente y con lento cuidado se quitó una ramita agarrada a su falda clara.

El Padre Conmee les bendijo a los dos gravemente y pasó una fina página de su breviario. *Sin: Principes persecuti sunt me gratis: et a verbis tuis formidavit cor meum.*

* * * * *

Corny Kelleher cerró su largo libro diario y echó una mirada con sus ojos caídos a una tapa de ataúd de pino puesta de centinela en un rincón. Se estiró incorporándose, se acercó a ella y, haciéndola girar sobre el eje, observó su forma y sus adornos de latón. Mordiendo su brizna de heno, puso a un lado la tapa de ataúd y salió a la puerta. Allí inclinó el ala del sombrero para dar sombra a los ojos y se apoyó contra el quicio, mirando afuera ociosamente.

El Padre John Conmee subió al tranvía de Dollymount en el puente de Newcomen.

Corny Kelleher cruzó sus grandes botas y miró largamente, el sombrero echado adelante, mascando su brizna de heno. El guardia 57C, en su ronda, se detuvo a perder un rato.

—Hace muy buen día, señor Kelleher.

—Ya lo creo —dijo Corny Kelleher.

—Mucho bochorno —dijo el guardia.

Corny Kelleher disparó un silencioso chorro de jugo de heno desde la boca mientras un generoso brazo blanco lanzaba una moneda desde una ventana de la calle Eccles.

—¿Qué hay de bueno? —preguntó.

—Anoche vi a esa determinada persona —dijo el guardia en voz baja.

* * * * *

Un marinero con una pierna de menos dobló la esquina de MacConnell sobre sus muletas, contorneando el carro de helados de Rabaiotti, y entró a sacudidas por la calle Eccles. De mal humor gruñó hacia Larry O'Rourke, en mangas de camisa a su puerta:

—*Por Inglaterra...*

Con una sacudida violenta adelantó a Katey y Boody Dedalus, se detuvo y gruñó:

—*...el hogar y la belleza.*

A la cara de J. J. O'Molloy, blanca y consumida de preocupaciones, le dijeron que estaba el señor Lambert en el almacén con un visitante.

Una gruesa señora se detuvo, sacó del bolso una moneda de cobre y la dejó caer en la gorra extendida hacia ella. El marinero gruñó gracias y lanzó una

ojeada agria a las ventanas desatentas; abatió la cabeza y avanzó a sacudidas cuatro zancadas.

Se detuvo y gruñó iracundo:

—*Por Inglaterra...*

Dos golfillos descalzos, chupando largos bastones de regaliz, se detuvieron cerca de él, mirándole el muñón con las bocas abiertas babeando amarillo.

Él se balanceó hacia delante en vigorosas sacudidas, se detuvo, levantó la cabeza hacia una ventana y ladró con voz profunda:

—*...el hogar y la belleza.*

El alegre y dulce trino que silbaba desde dentro avanzó un compás o dos y cesó. Se corrió a un lado la cortina de la ventana. Un letrero *habitaciones sin amueblar* se deslizó de la ventana de guillotina y cayó. Un grueso brazo generosamente desnudo resplandeció y se hizo visible, saliendo del canesú de una enagua con tensas hombreras. Una mano de mujer lanzó una moneda por encima de la verja de delante. Cayó en la acera.

Uno de los golfillos corrió hacia ella, la recogió y la echó en la gorra del ministril, diciendo:

—Aquí tiene, señor.

* * * * *

Katey y Boody Dedalus entraron empujando la puerta de la cocina llena de vapor.

—¿Colocaste los libros? —preguntó Boody.

Maggy, ante el fogón, empujó hacia abajo dos veces con la paleta una masa gris bajo espuma burbujeante y se limpió la frente.

—No quisieron dar nada por ellos —dijo.

El Padre Conmee caminaba por el campo de Clongowes, sus tobillos de finos calcetines cosquilleados por el rastrojo.

—¿Dónde probaste? —preguntó Boody.

—En MacGuinness.

Boody dio un pisotón y tiró la cartera sobre la mesa.

—¡Así reventase la caragorda! —gritó.

Katey se acercó al fogón y atisbó con los ojos bizcos.

—¿Qué hay en la olla? —preguntó.

—Camisas —dijo Maggy. Boody gritó con ira:

—¡Qué asco! ¿No tenemos nada que comer?

Katey, levantando la tapa de la cazuela con un pico de su falda manchada, preguntó:

—¿Y qué hay aquí?

Una pesada humareda se exhaló en respuesta.

—Sopa de guisantes —dijo Maggy.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Katey.

—La Hermana Mary Patrick —dijo Maggy.

El portero tocó su campanilla.

—¡Talán!

Boody se sentó a la mesa y dijo hambrienta:

—Échanos aquí!

Maggy echó espesa sopa amarilla de la cazuela a un cuenco. Katey, sentada enfrente de Boody, dijo suavemente, mientras se llevaba a la boca con la punta del dedo unas migas sueltas:

—Menos mal que tenemos esto. ¿Dónde está Dolly?

—Ha ido a buscar a padre —dijo Maggy.

Boody, partiendo grandes pedazos de pan en la sopa amarilla, añadió:

—Padre nuestro que no estás en los cielos.

Maggy, echando sopa amarilla en el cuenco de Katey, exclamó:

—¡Boody! ¡Qué vergüenza!

Un barquichuelo, un prospecto arrugado, Elías viene, bogaba ligeramente Liffey abajo, bajo el puente de Circunvalación, disparándose por los rápidos donde el agua se arremolinaba en torno de barcos y cadenas de anclas, entre el embarcadero viejo de la Aduana y el muelle de George.

* * * * *

La chica rubia en la tienda de Thornton cubrió el fondo del cesto de mimbre con fibras crujientes. Blazes Boylan le alargó la botella envuelta en papel de seda rosa y un tarrito.

—Ponga esto primero, ¿quiere? —dijo.

—Sí, señor —dijo la chica rubia—, y la fruta encima.

—Así va bien, queda estupendo —dijo Blazes Boylan. Ella puso en orden gruesas peras, bien arregladas, cabeza contra rabo, y por en medio maduros albaricoques ruborosos.

Blazes Boylan paseaba de un lado para otro, con zapatos claros nuevos, por la tienda olorosa a fruta, levantando frutas, jóvenes tomates rojos jugosos arrugados y gordos, olfateando olores.

H.E.L.Y.'S. desfilaron por delante de él, enchisterados de blanco, cruzando la bocacalle de Tangier, avanzando pesadamente hacia su meta.

Se volvió de pronto, desde un cestito de fresas, sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco y lo extendió a todo lo largo de la cadena.

—¿Puede mandarlo por tranvía? ¿Ahora?

Una figura de espalda oscura bajo el arco de Merchant examinaba los libros en el carro de un vendedor ambulante.

—Claro que sí, señor. ¿Es en la ciudad?

—Ah, sí —dijo Blazes Boylan—. A diez minutos.

La chica rubia le tendió un bloc y lápiz.

—¿Hace el favor de escribir la dirección, señor?

Blazes Boylan escribió en el mostrador y empujó el bloc hacia ella.

—Mándelo en seguida, por favor —dijo—. Es para una persona inválida.

—Sí, señor. Sin falta, señor.

Blazes Boylan tintineó alegre dinero en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto son mis pérdidas? —preguntó.

Los finos dedos de la chica rubia calcularon las frutas.

Blazes Boylan miró dentro del escote de la blusa. Una pollita. Tomó un clavel rojo del alto tallo de cristal.

—¿Este para mí? —preguntó con galantería.

La chica rubia le lanzó una ojeada de medio lado, ruborosa: un tipo arreglado a la última, con la corbata un poco torcida.

—Sí, señor —dijo.

Inclinándose con malicia volvió a calcular gruesas peras y ruborosos albaricoques.

Blazes Boylan miró dentro de su blusa con más complacencia, el tallo de la flor roja entre sus dientes sonrientes.

—¿Puedo decir unas palabritas por su teléfono, señorita mía? —preguntó con picardía.

* * * * *

—*Ma!* —dijo Almidano Artifoni.

Por encima del hombro de Stephen observaba la cholla juanetuda de Goldsmith.

Dos coches llenos de turistas pasaron lentamente, con sus mujeres sentadas delante, agarrándose sin disimulo a los brazos. Caras pálidas. Brazos de hombres sin disimulo alrededor de sus formas encogidas. Pasaron las miradas desde Trinity al ciego pórtico columnado del Banco de Irlanda donde arrullaban las palomas.

—*Anch'io ho avuto ni queste idee* —dijo Almidano Artifoni—, *quand'ero giovine come Lei. Eppoi mi sono convinto che il mondo è una bestia. È peccato. Perchè la sua voce... sarebbe un cespite di rendita, via. Invece, Lei si sacrifica.*

—*Sacrificio incruento* —dijo Stephen sonriendo, meciendo su bastón en lento vaivén desde su centro, ligeramente.

—*Speriamo* —dijo la redonda cara bigotuda agradablemente— *Ma, dia retta a me. Ci rifletta.*

Junto a la severa mano de piedra de Grattan, que ordenaba alto, un tranvía de Inchicore descargó dispersos soldados *highlanders* de una banda.

—*Ci rifletterò* —dijo Stephen, bajando su mirada por la sólida pernera del pantalón.

—*Ma sul serio, eh?* —dijo Almidano Artifoni.

Su pesada mano tomó firmemente la de Stephen. Ojos humanos. Miraron con curiosidad un instante y se volvieron rápidamente hacia un tranvía de Dalkey.

—*Eccolo* —dijo Almidano Artifoni con amigable prisa—. *Venga a trovarmi e ci pensi. Addio, caro.*

—*Arrivederla, maestro* —dijo Stephen, levantando el sombrero cuando tuvo la mano libre—. *E grazie.*

—*Di che?* —dijo Almidano Artifoni—. *Scusi, eh? Tante belle cose!*

Almidano Artifoni, levantando como señal una batuta de música enrollada, trotó con sus robustos pantalones tras el tranvía de Dalkey. En vano trotó, haciendo señales en vano entre la turba de escoceses de rodillas al aire que metían de matute instrumentos musicales a través de las verjas de Trinity.

* * * * *

La señorita Dunne escondió en lo hondo del cajón el ejemplar de *La mujer de blanco* de la biblioteca de la calle Capel y enrolló una hoja de llamativo papel de cartas en su máquina de escribir.

Tiene demasiados asuntos de misterio. ¿Está enamorado él de esa, de Marion? Cambiarlo y sacar otro de Mary Cecil Haye.

El disco bajó disparado por el surco, se tambaleó un momento, se detuvo y se les quedó mirando elocuentemente: seis.

La señora Dunne repiqueteó en el teclado:

—16 de junio de 1904.

Cinco hombres sandwich con altas chisteras blancas se deslizaron como una anguila entre la esquina de Monypeny y el pedestal donde no estaba la estatua de Wolfe Tone, haciendo girar H.E.L.Y.'S., y se volvieron pesadamente atrás tal como habían venido.

Entonces ella se quedó mirando el gran cartel de Marie Kendall, encantadora vedette, y, recostándose distraída, garrapateó en el bloc varios dieciséis y eses mayúsculas. Pelo color mostaza y mejillas empolvadas. No es guapa, ¿verdad? El modo cómo se levanta un poquito de falda. No sé si ése estará oyendo la banda esta noche. Si pudiera conseguir que esa modista me hiciera una falda acordeón como la de Susy Nagle. Resultan fenomenales. Shannon y todos los presumidos del club de remo no le quitaban los ojos a la de ella. Espero por lo más santo que no me tenga aquí plantada hasta las siete.

El teléfono le retumbó groseramente junto al oído.

—Aló. Sí, señor. No, señor. Les llamaré después de las cinco. Sólo esos dos, para Belfast y Liverpool. Muy bien. Entonces me puedo ir después de las seis si no ha vuelto usted. Seis y cuarto. Sí, señor. Veintisiete con seis. Se lo diré. Sí: uno, siete, seis.

Garrapateó tres cifras en un sobre.

—¡Señor Boylan! ¡Oiga! Ese señor del Sport estuvo buscándole. El señor Lenehan, eso es. Dijo que estará en el Ormond a las cuatro. No, señor. Sí, señor. Les llamaré después de las cinco.

* * * * *

Dos caras rosadas se volvieron al resplandor de la diminuta antorcha.

—¿Quién es? —preguntó Ned Lambert—. ¿Es Crotty?

—Ringabella y Crosshaven —contestó una voz, buscando a tientas dónde apoyar el pie.

—Hola, Jack, ¿eres tú mismo? —dijo Ned Lambert, levantando como saludo su listón flexible entre los arcos chispeantes— Vamos allá. Fijaos dónde pisáis.

La bengala, en la mano levantada del clérigo, se consumió en una larga llama suave y fue dejada caer. Su chispa roja murió a los pies de ellos: un aire mohoso se cerró a su alrededor.

—¡Qué interesante! —dijo en la tiniebla un refinado acento.

—Sí, señor —dijo animadamente Ned Lambert—. Nos encontramos en la histórica sala de consejos de la abadía de Santa María, donde Thomas “el Sedoso” se proclamó rebelde en 1534. Este es el punto más histórico de todo Dublín. O’Madden Burke va a escribir algo sobre eso uno de estos días. El antiguo Banco de Irlanda estaba ahí enfrente hasta los tiempos de la unión y también el primer templo de los judíos estuvo aquí, antes de que construyeran la sinagoga ahí en Adelaide Road. Tú nunca habías estado aquí, ¿verdad, Jack?

—No, Ned.

—Bajó a caballo por Dame Walk —dijo el acento refinado—, si la memoria no me falla. La mansión de los Kildares estaba en Thomas Court.

—Eso es —dijo Ned Lambert—. Exactamente, señor.

—Entonces si tiene la bondad —dijo el clérigo— de permitirme la próxima vez quizá...

—Claro que sí —dijo Ned Lambert—. Traiga la cámara siempre que quiera. Yo haré quitar esos sacos de las ventanas. Puede tomarlo desde aquí o desde ahí.

En la luz aún débil, dio vueltas por alrededor, golpeando con el listón los sacos de semillas amontonados y los mejores puntos de vista en el suelo.

Una barba y una mirada fija colgaban de una cara larga sobre un tablero de ajedrez.

—Le estoy profundamente agradecido, señor Lambert —dijo el clérigo—. No quiero seguirle quitando su precioso tiempo.

—No faltaba más, señor —dijo Ned Lambert—. Venga por aquí siempre que le parezca. La semana que viene, digamos. ¿Ve usted?

—Sí, sí. Buenas tardes, señor Lambert. Mucho gusto de haberle conocido.

—El gusto es el mío, señor —contestó Ned Lambert.

Siguió a su visitante hasta la salida y luego hizo chascar el listón pasándolo por las columnas. Con J. J. O'Molloy, entró lentamente a la abadía de Santa María donde unos carreteros cargaban largos carros con sacos de harina de algarroba y de nuez de palma, O'Connor, Wexford.

Se detuvo para leer la tarjeta que tenía en la mano.

—Reverendo Hugh C. Love, Rathcoffey. Dirección actual: San Miguel, Sallins. Es un joven simpático. Está escribiendo un libro sobre los Fitzgerald, me dijo. Está muy enterado de historia, de veras.

La joven con lento cuidado se quitó una ramita agarrada a su falda clara.

—Creí que andaban en una nueva conspiración de la pólvora —dijo J. J. O'Molloy.

Ned Lambert chascó los dedos en el aire.

—Vaya por Dios —gritó—. Me olvidé de decirle aquello del conde de Kildare después que pegó fuego a la catedral de Cashel. ¿Lo sabe? *Siento una burrada haberlo hecho, dice, pero juro por Dios que creí que estaba dentro el arzobispo.* A lo mejor no le habría gustado, sin embargo. ¿Qué? Vaya por Dios, de todos modos se lo voy a contar. Ese fue el gran conde, el Fitzgerald Mor. Sangre caliente tenían todos ellos, los Geraldines.

Los caballos ante los que pasaba se estremecieron nerviosamente bajo sus flojos arneses. Dio una palmada a un anca pía que tembloteaba cerca de él y gritó:

—¡Anda, hijito!

Se volvió a J. J. O'Molloy y preguntó:

—Bueno, Jack. ¿Qué es eso? Alguna molestia. Espera un poco. Aguanta sin moverte.

Con la boca abierta y la cabeza echada muy atrás, él se quedó quieto y, al cabo de un momento, estornudó ruidosamente.

—¡Achú! —dijo—. ¡Vete al demonio!

—El polvo de esos sacos —dijo J. J. O'Molloy con cortesía.

—No —jadeó Ned Lambert—, anoche he... pillado un resfriado... vete al demonio... anteanoche... y había mucha corriente ...

Levantó el pañuelo preparado para el inminente... —Estuve... esta mañana... el pobrecillo... como se llame... ¡Achú!... ¡Válgame Dios!

* * * * *

Tom Rochford tomó el disco de encima de la pila que apretaba contra su chaleco rosado.

—¿Ven? —dijo—. Digamos que sale el seis. Aquí dentro, vean. Número En Curso.

Para que lo vieran, lo deslizó en la ranura izquierda. Bajó disparado por el surco, se tambaleó un momento, se detuvo y se les quedó mirando elocuentemente: seis.

Abogados a la antigua, altaneros, perorantes, observaron pasar a Richie Goulding desde la oficina general de impuestos al tribunal Nisi Prius llevando la bolsa de Goulding, Collis y Ward, y oyeron a una anciana señora avanzando en frufús desde la Sección del Almirantazgo de la Procuraduría de la Corona hasta el Tribunal de Apelación, con dientes falsos que sonreían incrédulos y una falda de seda negra de gran amplitud.

—¿Ven? —dijo—. Ya ven cómo el último que he metido ha ido a parar ahí. Números Aparecidos. El impacto. Una palanca, ¿ven?

Les enseñó la columna de discos que iba subiendo a la derecha.

—Una buena idea —dijo Nosey Flynn, sorbiendo—. Así que uno que llegue tarde puede ver qué número está en curso y qué números han salido ya.

—¿Ven? —dijo Tom Rochford.

Deslizó un disco por su cuenta y lo observó dispararse, tambalearse, quedarse mirando elocuentemente: cuatro. Número En Curso.

—Le veré ahora en el Ormond —dijo Lenehan—, y le sondearé. Una buena jugada se merece otra.

—Eso es —dijo Tom Rochford—. Dile que estoy boylando de impaciencia.

—Adiós muy buenas —dijo bruscamente M'Coy—, cuando empezáis los dos...

Nosey Flynn se inclinó hacia la palanca, sorbiendo ante ella.

—Pero ¿cómo funciona aquí, Tommy? —preguntó.

—Abur —dijo Lenehan—, hasta pronto.

Siguió a M'Coy cruzando la diminuta plaza de Crampton Court.

—Ése es un héroe —dijo con sencillez.

—Ya lo sé —dijo M'Coy—. Te refieres a la alcantarilla.

—¿Alcantarilla? —dijo Lenehan—. Era un pozo de registro.

Pasaron delante del music-hall de Dan Lowry, donde Marie Kendall, encantadora vedette, les sonrió desde un cartel una sonrisa empolvada.

Bajando por la acera de la calle Sycamore, junto al musichall del Empire, Lenehan enseñó a M'Coy cómo era todo el asunto. Uno de esos jodidos pozos de registro, como una tubería del gas, y allí se quedó el pobre diablo atascado abajo, medio asfixiado de los gases de las alcantarillas. Sin embargo, Tom Rochford bajó, con su chaleco de *bookie* y todo, con la cuerda alrededor. Y qué demonios, pero le echó la cuerda alrededor al pobre diablo y les izaron para arriba a los dos.

—Un acto heroico —dijo.

En el Dolphin se detuvieron para dejar que el coche ambulancia pasara al galope por delante de ellos hacia la calle Jervis.

—Por aquí —dijo, tirando a la derecha—. Quiero asomarme un momento a Lynam a ver la cotización de salida de Cetro. ¿Qué hora es en tu reloj y cadena de oro?

M'Coy atisbó en el sombrío despacho de Marcus Tertius Moses, y luego hacia el reloj de O'Neill.

—Las tres pasadas —dijo—. ¿Quién la monta?

—O. Madden —dijo Lenehan—. Una buena jaquita que es.

Mientras esperaba en Temple Bar, M'Coy apartó una cáscara de plátano con suaves empujones del pie desde la acera a un sumidero. Sería muy fácil que alguno se diera una mala caída al pasar por aquí bebido y de noche.

Las verjas de la avenida se abrieron de par en par para dar salida al cortejo del virrey.

—A la par —dijo Lenehan al volver—. Me tropecé con Bantam Lyons que iba ahí a apostar por un jodido caballo que alguien le ha aconsejado y no vale cuatro perras. Por aquí.

Subieron los escalones, pasando bajo el arco de Merchant. Una figura de espalda oscura examinaba los libros en el carro de un vendedor ambulante.

—Ahí está —dijo Lenehan.

—No sé qué estará comprando —dijo M'Coy, echando una ojeada atrás.

—*Leopoldo o La blusa de blondas* —dijo Lenehan.

—Está chiflado por los saldos —dijo M'Coy—. Estuve con él un día y le compró un libro a un viejo de la calle Liffey por dos chelines. Tenía unos grabados estupendos que valían el doble de dinero, con estrellas y la luna y cometas de cola larga. Era de astronomía.

Lenehan se río.

—Te voy a contar uno muy bueno sobre colas de cometas —dijo—. Pasemos al lado del sol.

Cruzaron el puente de hierro y siguieron por el muelle de Wellington junto al parapeto del río.

El señorito Patrick Aloysius Dignam salía de Mangan, sucesor de Fehrenbach, llevando una libra y media de chuletas de cerdo.

—Hubo un gran festín en el reformatorio de Glencree —dijo Lenehan con empeño—. El banquete anual, ya sabes. Cosa de pechera almidonada. Estaba allí el Lord Alcalde, que era Val Dillon, y Sir Charles Cameron y Dan Dawson habló y hubo música. Cantaron Bartell D'Arcy y Benjamin Dollard...

—Ya sé —intervino M'Coy—. Mi mujer cantó allí una vez.

—¿De veras? —dijo Lenehan.

Un letrero *Habitaciones sin amueblar* volvió a aparecer en la ventana de guillotina del número 7 de la calle Eccles. Detuvo su historia un momento, pero estalló en una risotada asmática.

—Pero espera que te cuente —dijo—. El banquete lo había preparado Delahunt, el de la calle Camden, y un servidor era el encargado en jefe del bebercio. Bloom y la mujer estaban allí. Nos pusimos morados: oporto y jerez y curaço, a los que se hizo justicia ampliamente. A todo meter les entramos. Después de los líquidos vinieron los sólidos. Carne fiambre a tutiplén y empanadillas...

—Ya lo sé —dijo M'Coy—. El año que estuvo mi mujer... Lenehan le apretó el brazo cálidamente.

—Pero espera que te cuente —dijo—. A medianoche también hicimos otra cenita después de toda la juerga y cuando arrancamos de allí eran las mil y gallos de la mañana de la resaca. De vuelta a casa hacía una espléndida noche de invierno como para las Montañas del Colchón. Bloom y Chris Callinan estaban en un lado del coche y yo con su mujer en el otro. Empezamos a cantar serenatas y dúos: *Ved, el primer fulgor del alba*. Ella iba más que colocada con su buena carga del oporto de Delahunt entre pecho y espalda. A cada sacudida que daba el coche ya la tenía viniéndoseme encima. ¡Placeres del demonio! Tiene ese buen par que Dios le dio. Así de grandes.

Extendió las manos cóncavas a un codo de distancia de él, frunciendo el ceño:

—Yo le arreglaba la manta por debajo y le colocaba bien el boa todo el tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Sus manos modelaban amplias curvas de aire. Apretó fuerte los ojos con deleite, encogiendo el cuerpo, y sopló un dulce trino entre los labios.

—De todos modos, el chico andaba atento —dijo, con un suspiro—. Ella es una jaquita con mucho juego, no cabe duda. Bloom iba señalándoles a Chris Callinan y al cochero las estrellas y los cometas del cielo: la Osa Mayor y Hércules y el Dragón y toda la tira. Pero válgame Dios, yo me había perdido, como quien dice, en la Vía Láctea. Él las conoce todas, de veras. Por fin ella se fijó en un puntito de nada a no sé cuántas millas. *¿Y qué estrella es esa, Poldy?* dice. Válgame Dios, dejó a Bloom acorralado. *¿Esa, no?* dice Chris Callinan, *seguro que no es nada más que lo que se podría llamar un pinchazo*. Vaya que no daba muy lejos del blanco.

Lenehan se detuvo y se apoyó en el parapeto del río, jadeando de suave risa.

El blanco rostro de M'Coy sonrió y por momentos se fue poniendo serio. Lenehan echó a andar otra vez. Levantó su gorra de yate y se rascó deprisa la nuca. De medio lado, echó una ojeada a M'Coy a pleno sol.

—Es un hombre completo, de mucha cultura, ese Bloom —dijo seriamente—. No es uno de esos corrientes, un cualquiera... ya comprendes... Tiene algo de artista, ese viejo Bloom.

* * * * *

El señor Bloom pasaba perezosamente páginas de *Las terribles revelaciones de María Monk*, y luego de la *Obra maestra* de Aristóteles. Impresión torcida y echada a perder. Ilustraciones: niñitos encogidos en bola dentro de úteros rojos de sangre como hígados de vacas del matadero. Montones de ellos así en ese momento por todo el mundo. Todos golpeando con los cráneos para salir de ahí. Un niño nacido cada minuto en algún sitio. La señora Purefoy.

Dejó a un lado los dos libros y echó una ojeada al tercero: *Relatos del ghetto*, por Leopold von Sacher Masoch.

—Ese lo he leído —dijo, empujándolo a un lado.

El vendedor dejó caer dos volúmenes en el mostrador.

—Estos dos sí que son buenos —dijo.

A través del mostrador llegaron cebollas de su aliento saliendo de su boca echada a perder. Se inclinó para hacer un paquete con los otros libros, los abrazó bajo el chaleco abotonado y se los llevó detrás de la sucia cortina.

En el puente O'Connell muchas personas observaban el grave porte y la gaya vestimenta del señor Denis J. Maginni, profesor de danza, etc.

El señor Bloom, solo, miró los títulos. *Bellas tiranas*, por James Lovebitch. Ya sé de qué clase es. ¿Lo he leído? Sí.

Lo abrió. Ya me parecía.

Una voz de mujer tras la sucia cortina. Escucha: el hombre.

No: a ella no le gustaría mucho ése. Se lo llevé una vez.

Leyó el otro título: *Las dulzuras del pecado*. Más en su línea. Vamos a ver.

Leyó donde abrió con el dedo.

—*Todos los dólares que le daba su marido eran gastados en los grandes almacenes en suntuosos tocados y en las más caras ropas interiores. ¡Para él! ¡Para Raoul!*

Sí. Esto. Aquí. Probar.

—*Ella pegó su boca a la de él en un lascivo beso voluptuoso mientras él le buscaba con las manos sus opulentas curvas dentro del déshabillé.*

Sí. Me llevaré éste. El final.

—*Llegas tarde —dijo él roncamente, observándola con miradas de sospecha. La bella mujer se quitó de encima la capa forrada de martas, exhibiendo sus regios hombros y su palpitante opulencia. Una imperceptible sonrisa jugueteaba en torno a sus perfectos labios al dirigirse a él con calma.*

El señor Bloom volvió a leer: *La bella mujer*.

Una tibieza se le vertió suavemente encima, acobardándole la carne. La carne cedía entre ropas en desorden. El blanco de los ojos elevándose en desmayo. Las aletas de la nariz se le ensanchaban buscando presa. Derretidas lociones del escote (*¡para él! ¡para Raoul!*). Sudor cebollosa de los sobacos. Lodo cola de pescado (*¡su palpitante opulencia!*). ¡Tocar! ¡Apretar! ¡Aplastada! ¡Estiércol sulfúreo de leones!

¡Joven! ¡Joven!

Ya no joven, una anciana señora salió del edificio de los Tribunales de la Cancillería, Procuraduría de la Corona, Hacienda y Primera Instancia, después de haber asistido en el Tribunal del Lord Canciller a la causa de Potterton, alienación mental, en el Departamento del Almirantazgo al comparecimiento, a petición de parte, de los propietarios del *Lady Cairns* contra los propietarios de la gabarra *Mona*, y en el Tribunal de Apelación al aplazamiento de juicio en la causa de Harvey contra la Ocean Accident and Guarantee Corporation.

Toses flemosas sacudieron el aire de la librería, hinchando las sucias cortinas. Asomó la despeinada cabeza gris del vendedor con su enrojecida cara sin afeitar, tosiendo. Se rascó duramente la garganta, y escupió flema en el

suelo. Puso la bota sobre lo que había escupido, restregando la suela a lo largo de ello, y se inclinó, enseñando una coronilla de piel en vivo, con escasos pelos.

El señor Bloom lo observó. Dominando su agitado aliento, dijo:

—Me llevaré éste.

El vendedor levantó unos ojos legañosos viejo catarro.

—*Las dulzuras del pecado* —dijo, dándole unos golpecitos—. Éste es bueno.

* * * * *

El portero a la entrada de la sala de subastas Dillon agitó de nuevo dos veces la campanilla y se miró en el espejo del armarito marcado con tiza.

Dilly Dedalus, en escucha junto al bordillo, oyó los golpes de la campanilla y los gritos del subastador dentro. Cuatro con nueve. Estas estupendas cortinas. Cinco chelines. Cortinas hogareñas. Vendíendose nuevas por dos guineas. ¿Quién da más de cinco chelines? Adjudicadas por cinco chelines.

El portero levantó la campanilla y la agitó:

—¡Talán!

El tan de la campana de la última vuelta espoleó al sprint a los ciclistas de la media milla. J. A. Jackson, W. E. Wylie, A. Munro y H. T. Gahan, con los cuellos estirados agitándose, negociaron la curva ante la biblioteca del College.

El señor Dedalus, tirándose de los largos bigotes, dobló la esquina de William's Row. Se detuvo junto a su hija.

—Ya era hora —dijo ella.

—Ponte derecha, por amor de Dios —dijo el señor Dedalus—. ¿Tratas de imitar a tu tío John el trompetista, con la cabeza metida entre los hombros? ¡Dios misericordioso!

Dilly se encogió de hombros. El señor Dedalus le puso las manos en ellos y se los echó atrás.

—Ponte derecha, chica —dijo—. Vas a acabar con curvatura de la columna vertebral. ¿Sabes lo que pareces?

Hundió la cabeza de repente hacia abajo y adelante, jorobando los hombros y dejando caer la mandíbula.

—Basta, padre —dijo Dilly—. Te está mirando toda la gente.

El señor Dedalus se puso derecho y volvió a tirarse del bigote.

—¿Has sacado dinero? —preguntó Dilly.

—¿De dónde iba a sacar dinero? —dijo el señor Dedalus—. No hay en Dublín quien me preste cuatro peniques.

—Tienes algo —dijo Dilly, mirándole a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el señor Dedalus, con la lengua en la mejilla.

El señor Kernan, satisfecho con el pedido que le habían hecho, avanzaba ufánamente por la calle James.

—Te conozco —dijo Dilly—. ¿Estabas ahora en la Scotch House?

—Pues no estaba —dijo el señor Dedalus, sonriendo. ¿Han sido las monjitas quienes te han enseñado a ser tan desvergonzada? Toma.

Le alargó un chelín.

—Mira a ver si puedes hacer algo con eso —dijo.

—Apuesto a que te han dado cinco —dijo Dilly—. Dame algo más que esto.

—Espera un momento —dijo el señor Dedalus, amenazador—. Tú eres como los demás, ¿verdad? Una pandilla insolente de perritas desde que se murió vuestra pobre madre. Pero espera un poco. Os voy a dar a todas una buena lección. ¡Qué criminales! Me voy a librar de vosotras. No os importaría que estirara la pata. Se ha muerto. Se ha muerto el de arriba.

La dejó y echó andar. Dilly le siguió con rapidez y le tiró de la chaqueta.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo él, deteniéndose.

El portero tocó la campanilla a sus espaldas.

—¡Talán!

—Maldita sea tu jodida alma estrepitosa —gritó el señor Dedalus, volviéndose hacia él.

El portero, dándose cuenta del comentario, agitó el oscilante badajo de la campanilla, pero débilmente:

—¡Tan!

El señor Dedalus se le quedó mirando.

—Mírale —dijo—. Es algo instructivo. No sé si nos permitirá hablar.

—Tienes más que eso, padre —dijo Dilly.

—Os voy a enseñar un truco nuevo —dijo el señor Dedalus—. Os voy a dejar a todos donde Jesús dejó a los judíos. Mira, eso es todo lo que tengo. Jack Power me dio dos chelines y me gasté dos peniques en afeitarme para el entierro.

Sacó nerviosamente un puñado de monedas de cobre.

—¿No podrías buscar dinero por alguna parte? —dijo Dilly.

El señor Dedalus lo pensó y asintió.

—Sí —dijo gravemente—. He mirado por todo el arroyo de la calle Connell. Voy a probar ahora con éste.

—Eres muy gracioso —dijo Dilly, con una mueca.

—Toma —dijo el señor Dedalus, alargándole dos peniques—. Tómate un vaso de leche con algo que mojar. Yo estaré en casa dentro de poco.

Se metió las otras monedas en el bolsillo y echó a andar.

El cortejo del virrey salió por las verjas del parque, saludado por obsequiosos guardias.

—Estoy segura de que tienes otro chelín —dijo Dilly.

El portero hizo sonar la campanilla estrepitosamente.

El señor Dedalus se alejó entre el estruendo, murmurando para sí mismo con la boca fruncida delicadamente:

—¡Las monjitas! ¡Qué bonitas! ¡Ah, claro que ellas no harían nada! ¡Claro que no lo harían, por supuesto! ¡Es la hermanita Monica!

* * * * *

Desde el reloj de sol hacia James Gate, el señor Kernan avanzaba ufánamente, satisfecho del pedido que había conseguido para Pulbrook Robertson, a lo largo de la calle James, por delante de las oficinas de Shackelton. Me le he trabajado muy bien. ¿Cómo está usted, señor Crimmins? De primera, señor. Temía que estuviera usted en el otro establecimiento en Pimlico. ¿Cómo van las cosas? Tirando nada más. Estamos teniendo un tiempo estupendo. Sí, es verdad. Bueno para el campo. Esos campesinos siempre están gruñendo. Tomaría nada más que un dedito de su mejor ginebra, señor Crimmins. Una ginebrita. Sí, señor. Un terrible asunto esa explosión del *General Slocum*. ¡Terrible, terrible! Mil víctimas. Y escenas desgarradoras. Hombres pisoteando a mujeres y niños. La cosa más brutal. ¿Cuál dicen que fue la causa? Combustión espontánea: la revelación más escandalosa. No flotaba ni un solo bote de salvamento y la manga de incendios toda reventada. Lo que no puedo comprender es que los inspectores permitieran jamás a un barco así... Ahora sí que habla usted con franqueza, señor Crimmins. ¿Sabe por qué? Untados. ¿Es verdad eso? Sin ninguna duda. Pues vaya, hay que ver. Y dicen que América es la tierra de los hombres libres. Creí que estábamos mal aquí.

Le sonreí. *América*, dije, en voz baja, así precisamente. ¿*Qué es? Las barreduras de todos los países incluido el nuestro. ¿No es verdad?* Es un hecho.

La corrupción, señor mío. Bueno, claro que donde hay dinero siempre hay alguien que se lo queda.

Le vi mirarme el chaqué. Todo está en vestirse. No hay cosa como ir elegante. Les deja por el suelo.

—Hola, Simon —dijo Padre Cowley—. ¿Qué tal van las cosas?

—Hola, Bob, viejo —contestó el señor Dedalus, deteniéndose.

El señor Kernan se detuvo a adecentarse ante el espejo inclinado de Peter Kennedy, peluquero. Una chaqueta a la moda, sin duda. Scott, calle Dawson. Vale la pena el medio soberano que le di a Neary por ella. No la habrán hecho por menos de tres guineas. Me está que ni pintada. Probablemente ha sido de algún elegante del club de la calle Kildare. John Mulligan, el director del Banco Hiberniano, se me quedó mirando ayer en el puente de Carlisle como si me recordara.

¡Ejem! Hay que vestirse de acuerdo con el papel para esa gente. Caballero de industria. Un señor. Y ahora, señor Crimmins, esperamos que nos honre siendo otra vez nuestro cliente. La copa que alegra pero no embriaga, como en el antiguo dicho.

Por el muro del Norte y el muelle de Sir John Rogerson, con cascos de barcos y cadenas de ancla, rumbo hacia el oeste, pasaba bogando un barquichuelo, un prospecto arrugado, sacudido por la estela del transbordador. Elías viene.

El señor Kernan lanzó una ojeada de despedida a su imagen. Color encendido, claro. Bigote entrecano. Oficial retirado de la India. Valientemente hacía avanzar su cuerpo amuñonado sobre pies embotinados, ensanchando los hombros. ¿Es aquel el hermano de Lambert, ahí enfrente, Sam? ¿Qué? Sí. Se le parece que ni clavado. No. El parabrisas de ese auto al sol, allí. Sólo un destello así. Clavado como él.

¡Ejem! Caliente espíritu de jugo de junípero le entibiaba las entrañas y el aliento. Una buena gotita de ginebra había sido eso. Los faldones del chaqué hacían guiños al claro sol con su gordo contoneo.

Allá abajo colgaron a Emmer, le partieron y le descuartizaron. Cuerda negra engrasada. Los perros lamían la sangre de la calle cuando la esposa del Lord Lugarteniente pasó por allí en su cochecillo.

Vamos a ver. ¿Está enterrado en San Michan? O no, hubo un entierro a media noche en Glasnevin. Metieron el cadáver por una puerta secreta en la tapia. Allí está ahora Dignam. Se fue en un soplo. Bueno, bueno. Mejor doblar por aquí. Dar un rodeo.

El señor Kernan dobló y bajó por la pendiente de la calle Watling, por la esquina de la sala de espera de visitantes en Guinness. Delante de los almacenes de la Compañía de Destiladores de Dublín estaba parado un simón descubierta sin pasajero ni cochero, las riendas anudadas a la rueda. Cosa peligrosísima. Algún desgraciado de Tipperary que pone en peligro las vidas de los ciudadanos. Caballo desbocado.

Denis Breen con sus tomos, cansado de haber esperado una hora en la oficina de John Henry Menton, acompañaba a su mujer por el puente O'Connell, dirigiéndose al despacho de los señores Collis y Ward.

El señor Kernan se acercaba a la calle Island.

En tiempos de los disturbios. Tengo que pedirle a Ned Lambert que me preste esos recuerdos de Sir Jonah Barrington. Cuando ahora se vuelven los ojos hacia todo aquello en una especie de reordenación retrospectiva. La timba de Daly. Entonces no cabían trampas. A uno de esos tipos le clavaron la mano a la mesa con un puñal. En alguna parte, por aquí, Lord Edward Fitzgerald se escapó del comandante Sirr. Las cuadras detrás de Moira House.

Qué ginebra más fenomenal era ésa.

Un guapo joven noble con mucho garbo. Buena raza, claro. Ese rufián, ese falso hidalgo, con sus guantes violeta, le traicionó. Claro que estaban de la parte del mal. Se sublevaron en días oscuros y malos. Hermosa poesía aquella: Ingram. Aquéllos sí que eran caballeros. Ben Dollard sí que canta la balada de un modo emocionante. Interpretación magistral.

En el sitio de Ross cayó mi padre.

Una cabalgata al trote ligero pasó por el muelle de Pembroke, los batidores dando saltos, saltos en sus, en sus sillas. Chaqués. Sombrillas crema.

El señor Kernan se apresuró, soplando a dos carrillos.

¡Su Excelencia! ¡Lástima! Me lo he perdido por un pelo. ¡Maldita sea! ¡Qué pena!

* * * * *

A través de una ventana con telarañas, Stephen Dedalus observó los dedos del joyero probando una cadena empañada por el tiempo. El polvo entelarañaba los escaparates y las bandejas expuestas. El polvo oscurecía los dedos afanosos, con sus uñas de buitre. El polvo dormía en rollos mates de bronce y plata, losanges de cinabrio, rubíes, piedras leprosas y de color vino oscuro.

Nacidos todos en la oscura tierra gusanienta, frías chispas de fuego, luces malas brillando en la oscuridad. Donde arcángeles caídos se sacudieron de la frente las estrellas. Fangosos hocicos de cerdo, cavan y cavan, agarran y se los llevan luchando.

Ella baila en una turbia penumbra donde arden resina y ajo. Un marinero, de barba herrumbrosa, bebe ron en un jarrillo y le echa el ojo. Celo silencioso, largamente alimentado por el mar. Ella baila, hace cabriolas, contoneando las ancas y las caderas de cerda, con un huevo de rubí agitándose en su vientre grosero.

El viejo Russell, con un trapo de gamuza untado, volvía a abrillantar su piedra preciosa, le daba vueltas y la sostenía junto a la punta de su barba de Moisés. Mono abuelo regocijándose con un tesoro robado.

¡Y vosotros que arrancáis viejas imágenes de la tierra sepulcral! Las palabras dementes de los sofistas: Antístenes. Un saber de drogas. Trigo surgente e inmortal por los siglos de los siglos.

Dos viejas recién vueltas de tomar una bocanada de aire marino avanzaban penosamente por Irishtown a lo largo de la calle de London Bridge, la una con un paraguas lleno de arena, la otra con una bolsa de comadrona en que rodaban once conchas de berberecho.

El crepitar aleteante de correas de cuero y el zumbido de dinamos de la fábrica de electricidad apremiaron a Stephen a seguir adelante siendo. Seres sin ser. ¡Alto! Latido siempre fuera de ti y el latido siempre dentro. Tu corazón de que cantas. Yo en medio de ellos. ¿Dónde? Entre los dos mundos rugientes donde se arremolinan, yo. Aplastarlos, uno y los dos. Pero aturdirme a mí mismo también en el golpe. Aplastadme vosotros que podéis. Fulana y matarife, eran las palabras. ¡Eh, oíd! Todavía no, durante un tiempo. Una mirada alrededor.

Sí, muy cierto. Muy grande y estupendo y marca la hora de maravilla. Tiene usted razón, señor. Un lunes por la mañana fue, es verdad.

Stephen bajó por Bedford Row, el puño del bastón golpeando contra la paletilla. En el escaparate de Clohissey, atrajo su mirada un destañido grabado de 1860, de Heenan boxeando con Sayers. Los segundos, mirando pasmados, con chisteras, rodeaban el cuadrilátero de cuerdas. Los pesos pesados con

ligeros taparrabos se ofrecían amablemente el uno al otro los puños bulbosos. Y latén: corazones de héroes.

Se volvió y se detuvo junto al inclinado carro de libros.

—Dos peniques cada uno —dijo el vendedor—. Cuatro por seis peniques.

Páginas desgarradas. *El apicultor irlandés. Vida y milagros del Santo Cura de Ars. Guía de bolsillo de Killarney.*

Podría encontrar aquí alguno de los premios de la escuela que empeñé. *Stephano Dedalo, alumno optimo, palmam ferenti.*

El Padre Conmee, leídas las primeras horas canónicas, avanzaba por la aldea de Donnycarney, murmurando vísperas.

La encuadernación era demasiado buena probablemente, ¿esto qué es? Libro octavo y noveno de Moisés. Secreto de todos los secretos. Sello del Rey David. Páginas sobadas: leer y leer. ¿Quién ha pasado por aquí antes que yo? Cómo suavizar las manos agrietadas. Receta para vinagre blanco de vino. Cómo conquistar el amor de una mujer. Para mí éste. Decir la siguiente fórmula tres veces con las manos juntas:

—*Se el yilo nebrakada femininum! Amor me solo! Sanktus! Amen.*

¿Quién lo escribió? Conjuros e invocaciones del beatísimo abad Pedro Salanka, divulgados para todos los verdaderos creyentes. Tan buenos como los conjuros de cualquier otro abad, como el mascullante Joaquín. Abajo, calvirocho, o te esquilamos la lana.

—¿Qué haces aquí, Stephen?

Los altos hombros y el desastrado vestido de Dilly. Cierra deprisa el libro. No dejes ver.

—¿Qué haces tú? —dijo Stephen.

Una cara Estuardo de Carlos el sin par, lánguidos rizos cayendo por los lados. Se encendía cuando ella se agachaba a alimentar el fuego, con sus botas rotas. Le conté de París. Remolona para levantarse bajo un cobertor de gabanes viejos, jugueteando con una pulsera de oropel, recuerdo de Dan Kelly. *Nebrakada femininum.*

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Stephen.

—Lo compré en el otro carro por un penique —dijo Dilly, riendo nerviosamente—. ¿Vale para algo?

Mis ojos, dicen que tiene ella. ¿Me ven así los demás? Vivos, atrevidos y mirando lejos. Sombra de mi mente.

Tomó de la mano de ella el libro sin tapas. Chardenal, *Prontuario de francés.*

—¿Para qué lo has comprado? —preguntó él—. ¿Para aprender francés?

Ella asintió, enrojeciendo y apretando los labios.

—Toma —dijo Stephen—. Está muy bien. Mira que no te lo empeñe Maggy. Supongo que han desaparecido todos mis libros.

—Algunos —dijo Dilly—. No tuvimos más remedio.

Se está ahogando. Remordimiento. Salvarla. Remordimiento. Todos contra nosotros. Me ahogará con ella, ojos y pelo. Lánguidos rizos de pelo de algas en torno a mí, mi corazón, mi alma. Verde muerte salada.

Nosotros.

Remordimiento de conciencia. Mordisco en la conciencia.

¡Desdicha! ¡Desdicha!

* * * * *

Hola, Simon —dijo Padre Cowley—. ¿Cómo van las cosas?

—Hola, Bob, viejo —contestó el señor Dedalus, deteniéndose.

Chocaron ruidosamente las manos delante de Reddy e Hija. Padre Cowley se cepillaba a menudo el mostacho hacia abajo con la mano en cuchara.

—¿Qué hay de bueno? —dijo el señor Dedalus.

—Pues no mucho —dijo Padre Cowley—. Estoy parapetado en casa, Simon, con dos hombres que rondan alrededor intentando abrirse una entrada.

—Sí que es bueno —dijo el señor Dedalus—. ¿Quién los manda?

—Ah —dijo Padre Cowley—. Cierta usurero que conocemos.

—¿Con la espalda rota, no? —preguntó el señor Dedalus.

—El mismo, Simon —contestó Padre Cowley—. Reuben de la tribu de lo mismo. Estoy esperando a Ben Dollard. Le va a decir unas palabras a Long John para convencerle de que quite a esos dos de por ahí. Lo único que necesito es un poco de tiempo.

Miró con vaga esperanza a un lado y a otro del muelle, con una gran nuez abultándole en el cuello.

—Ya lo sé —dijo el señor Dedalus, asintiendo—. ¡Pobre viejo encervezado de Ben! Siempre está haciendo algo bueno para alguien. ¡No se mueva!

Se puso las gafas y miró por un momento hacia el puente de hierro.

—Ahí va ese, por Dios —dijo—, el mismo que viste y calza.

El ancho chaqué azul de Ben Dollard y su chistera, sobre grandes calzones, cruzaron el muelle con toda solemnidad. Avanzó hacia ellos contoneándose y rascándose activamente por detrás de los faldones.

Cuando se acercaba, el señor Dedalus saludó:

—Agárrenme a ese tipo de los pantalones echados a perder.

—Agárrenle ya —dijo Ben Dollard.

El señor Dedalus observó con frío desprecio errante diversos puntos de la figura de Ben Dollard. Luego, volviéndose a Padre Cowley con un ademán de la cabeza, masculló con sorna:

—Es una vestimenta muy bonita para un día de verano, ¿no?

—Vaya, que Dios maldiga eternamente su alma —gruñó Ben Dollard con furia—. He tirado en mis tiempos más ropa que la que usted ha visto nunca.

Se quedó quieto a su lado sonriendo primero fulgurantemente hacia ellos y luego a sus espaciosas ropas, de algunos puntos de las cuales el señor Dedalus sacudió pelusas, diciendo:

—Lo hicieron para uno que tenía salud, Ben, de todos modos.

—Mala suerte para el judío que lo hizo —dijo Ben Dollard—. Gracias a Dios todavía no ha cobrado.

—¿Y cómo va ese *basso profundo*, Benjamin? —preguntó Padre Cowley.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, murmurando, con ojos vidriosos, pasaba a zancadas por delante del club de la calle Kildare.

Ben Dollard frunció el ceño y, poniendo de repente boca de cantor, emitió una nota profunda.

—¡Ooo! —dijo.

—Ese es el estilo —dijo el señor Dedalus, asintiendo hacia su ronconear.

—¿Y esto qué? —dijo Ben Dollard—. ¿No está nada mal, eh?

Se volvió hacia ellos.

—Vale —dijo Padre Cowley, también asintiendo.

El reverendo Hugh C. Love caminaba, desde la vieja sala capitular de la abadía de Santa María, dejando atrás James y Charles Kennedy, refinería, acompañado por Geraldines altos y bien parecidos, hacia el Tholsel más allá del vado de Hurdles.

Ben Dollard, con una fuerte escora hacia los escaparates, les llevó hacia delante, con los alegres dedos al aire.

—Vengan conmigo al despacho del sub-sheriff —dijo—. Quiero enseñarles la nueva belleza que tiene Rock por ordenanza. Es un cruce entre Lobengula y Lynchehaun. Vale la pena verlo, de veras. Vengan allá. He visto por casualidad a John Henry Menton en la Bodega ahora mismo y me va a dar un ataque si no... esperen un poco... Estamos sobre la pista, Bob, créeme.

—Por unos pocos días, dígame —dijo ansiosamente Padre Cowley.

Ben Dollard se detuvo y se quedó mirando, con su orificio ruidoso abierto, un botón colgante del chaqué balanceándose con brillos por detrás, mientras, para oír bien, se despejaba las pesadas costras que le atascaban los ojos.

—¿Cómo unos pocos días? —ululó—. ¿El casero no ha hecho un embargo por el alquiler?

—Sí lo ha hecho —dijo Padre Cowley.

—Entonces el documento de nuestro amigo no vale ni el papel donde está impreso —dijo Ben Dollard—. El casero tiene preferencia. Le di todos los detalles. 29 Windsor Avenue. ¿Se llama Love?

—Eso es —dijo Padre Cowley—. El reverendo señor Love. Es ministro en el campo, no sé dónde. ¿Pero está usted seguro de eso?

—Puede decirle a Barrabás de mi parte —dijo Ben Dollard— que se puede meter ese documento donde la mona se metió las nueces.

Llevó adelante impetuosamente a Padre Cowley, enganchado a su mole.

—Avellanas me parece que eran —dijo el señor Dedalus, dejando caer los lentes delante de la chaqueta y siguiéndoles.

* * * * *

—El muchacho estará muy bien —dijo Martin Cunningham, cuando salían de la verja de Castleyard.

El guardia se llevó la mano a la frente.

—Dios le bendiga —dijo Martin Cunningham, animado. Hizo una señal al cochero en espera, que sacudió las riendas y se puso en marcha hacia la calle Lord Edward.

Bronce junto a oro, la cabeza de la señorita Kennedy junto a la cabeza de la señorita Douce, aparecieron sobre las cortinillas del Hotel Ormond.

—Sí —dijo Martin Cunningham, hurgándose la barba—. Escribí al Padre Conmee y le planteé toda la cuestión.

—Podría probar con nuestro amigo —sugirió el señor Power hacia atrás.

—¿Boyd? —dijo con brevedad Martin Cunningham—. No me fastidie.

John Wyse Nolan, rezagado leyendo la lista, les siguió rápidamente bajando la cuesta de Cork.

En las escaleras del Ayuntamiento, el concejal Nannetti, que bajaba, saludó al asesor Cowley y al concejal Abraham Lyon, que subían. La carroza del Castillo, vacía, daba vuelta hacia la calle Upper Exchange.

—Mira aquí, Martin —dijo John Wyse Nolan, alcanzándoles junto a las oficinas del *Mail*—. Veo que Bloom se ha apuntado con cinco chelines.

—Es verdad —dijo Martin Cunningham, tomando la lista—. Y ha dado los cinco chelines, además.

—Sin añadir ni una palabra siquiera —dijo el señor Power.

—Extraño pero cierto —añadió Martin Cunningham.

John Wyse Nolan abrió mucho los ojos.

—Digo que hay mucha bondad en el judío —citó elegantemente.

Bajaban por la calle Parliament.

—Ahí va Jimmy Henry —dijo el señor Power—, camino de Kavanagh.

—Sí señor —dijo Martin Cunningham—. Ahí va.

Delante de *La Maison Claire* Blazes Boylan salió al encuentro del cuñado de Jack Mooney, jorobado, bebido, de camino al barrio de las Liberties.

John Wyse Nolan se rezagó con el señor Power, mientras Martin Cunningham agarraba del codo a un hombrecito atildado, de traje granizado, que caminaba inseguro con pasos apresurados por delante de la relojería de Micky Anderson.

—Al auxiliar del secretario del ayuntamiento le molestan los juanetes —dijo John Wyse Nolan al señor Power. Siguieron adelante, doblando la esquina hacia la taberna de James Kavanagh. La carroza vacía del Castillo estaba parada delante de ellos en la puerta de Essex. Martin Cunningham, hablando mientras

tanto, enseñaba muchas veces la lista sin que Jimmy Henry le echara una ojeada.

—Y John Fanning el Largo también está ahí —dijo John Wyse Nolan—, de tamaño natural.

La alta figura de John Fanning el Largo llenaba la puerta donde estaba parado.

—Buenos días, señor sub-sheriff —dijo Martin Cunningham, mientras todos se paraban a saludar.

John Fanning el Largo no se desvió para dejarles paso. Se quitó de la boca con gesto decidido el Henry Clay y sus grandes ojos feroces fueron pasando revista inteligentemente a sus caras.

—¿Prosiguen sus pacíficas deliberaciones los padres conscriptos? —dijo, hacia el auxiliar del secretario del ayuntamiento, con jugosa entonación agria.

Estaban armando una del demonio, dijo Jimmy Henry, irritado, con eso de la maldita lengua irlandesa. Quería saber él dónde estaba el jefe de la guardia municipal, para mantener el orden en la sala de consejos. Y el viejo Barlow, el macero, había caído con asma, no había maza en la mesa, nada en orden, ni siquiera quórum, y Hutchinson, el Lord Alcalde, en Llandudno, y el pequeño Lorcan Sherlock haciendo *locum tenens* por él. Maldita lengua irlandesa, de nuestros antepasados.

John Fanning el Largo lanzó un penacho de humo por los labios.

Martin Cunningham hablaba, alternativamente, retorciéndose la punta de la barba, hacia el auxiliar del secretario del ayuntamiento y hacia el sub-sheriff, mientras John Wyse Nolan guardaba silencio.

—¿Qué Dignam ha sido? —preguntó John Fanning el Largo.

Jimmy Henry hizo una mueca y levantó el pie izquierdo.

—¡Ah, mis juanetes! —dijo, quejumbroso—. Vamos arriba, por Dios, que me siente en algún sitio. ¡Uf! ¡Uuuh! ¡Cuidado!

De mal humor, se hizo sitio al lado de John Fanning el Largo y entró escaleras arriba.

—Vamos arriba —dijo Martin Cunningham al sub-sheriff—. Me parece que usted no le conocía, aunque a lo mejor sí, sin embargo.

Con John Wyse Nolan, el señor Power les siguió adentro.

—Era un buen chico, muy decente —dijo el señor Power hacia la enérgica espalda de John Fanning el Largo en el espejo.

—Más bien pequeño de tamaño, Dignam, de la oficina de Menton, ése era —dijo Martin Cunningham.

John Fanning el Largo no podía recordarle.

Un estrépito de cascos de caballo llegó sonando por el aire.

—¿Eso qué es? —dijo Martin Cunningham.

Todos se volvieron, donde estaban: John Wyse Nolan bajó otra vez. Desde la fresca sombra del umbral, vio pasar los caballos por la calle Parliament, arneses y cuartos traseros resplandeciendo al sol. Alegrementemente pasaron por

delante de sus fríos ojos hostiles, no deprisa. En las sillas de los delanteros, brincantes delanteros, brincaban los gastadores.

—¿Qué era eso? —preguntó Martin Cunningham, mientras subían por la escalera.

—El Lord Lugarteniente General y Gobernador General de Irlanda —contestó John Wyse Nolan desde el arranque de la escalera.

* * * * *

Cuando cruzaban, pisando la espesa alfombra, Buck Mulligan susurró a Haines detrás de su jipi:

—El hermano de Parnell. Ahí en el rincón.

Eligieron una mesita junto a la ventana, frente a un hombre de cara larga, cuya barba y mirada estaban atentamente pendientes de un tablero de ajedrez.

—¿Es ése? —preguntó Haines, retorciéndose en su asiento.

—Sí —dijo Mulligan—. Ese es John Howard, el hermano, nuestro jefe de la guardia municipal.

John Howard Parnell trasladó un alfil blanco silenciosamente y volvió a elevar la garra gris a la frente, donde se apoyó.

Un momento después, bajo esa pantalla, sus ojos miraron rápidamente, con brillo espectral, a su adversario, y volvieron a caer otra vez sobre un sector de las maniobras.

—Voy a tomar un café vienés —dijo Haines a la camarera.

—Dos cafés vieneses —dijo Buck Mulligan—. Y tráiganos unos *scones* con mantequilla, y algunas pastas también.

Cuando ella se marchó, dijo, riendo:

—Lo llamamos D. B. C. porque Dan Bodrios Calientes. Ah, pero te perdiste a Dedalus hablando de *Hamlet*.

Haines abrió su cuaderno recién comprado.

—Lo siento —dijo—. Shakespeare es el feliz coto de caza de todas las mentes que han perdido el equilibrio.

El marinero con una pierna de menos gruñó ante la verja del 14 de la calle Nelson:

—*Inglaterra espera...*

El chaleco primula de Buck Mulligan se agitó alegremente con su risa.

—Tendrías que verle —dijo— cuando su cuerpo pierde el equilibrio. El *Ængus* errante, le llamo yo.

—Estoy seguro de que tiene una *idée fixe* —dijo Haines, pellizcándose la barbilla pensativamente con el pulgar y el índice—. Ahora estoy especulando cuál podría ser. Las personas así la tienen siempre.

Buck Mulligan se inclinó sobre la mesa gravemente.

—Le hicieron perder el juicio —dijo— con visiones del infierno. Nunca capturará la nota ática. La nota de Swinburne, de todos los poetas, la blanca

muerte y el bermejo parto. Esa es su tragedia. Nunca podrá ser un poeta. El gozo de la creación...

—Castigo eterno —dijo Haines, asintiendo secamente—. Ya entiendo. Esta mañana le he explorado sobre la fe. Tenía algo en el ánimo, me di cuenta. Es bastante interesante, porque el Profesor Pokorny de Viena lo trata de un modo interesante. Los ojos vigilantes de Buck Mulligan vieron llegar a la camarera. La ayudó a descargar la bandeja.

—No puede encontrar huellas del infierno en la antigua mitología irlandesa —dijo Haines, entre las alegres tazas—. Parece que falta la idea moral, el sentido del destino, de la retribución. Bastante raro que tenga precisamente esa idea fija. ¿Escribe algo para vuestro movimiento?

Hundió diestramente los terrones de azúcar que bajaron a través de la nata batida. Buck Mulligan partió en dos un *scone* echando vapor y untó mantequilla en la miga humeante. Con hambre, mordió un blando pedazo.

—Diez años —dijo, masticando y riendo—. Escribiré algo dentro de diez años.

—Parece un plazo largo —dijo Haines, levantando la cucharilla, pensativo—. Sin embargo, no me extrañaría que acabara por hacerlo.

Probó una cucharada del cono de nata de su taza.

—Esta es nata irlandesa auténtica, supongo —dijo con condescendencia—. No quiero que me enreden.

Elías, barquichuelo, ligero prospecto arrugado, navegaba al este junto a los flancos de buques y barcas de pesca, entre un archipiélago de corchos, ahora más allá de la calle Wapping, junto al transbordador de Benson y junto al *schooner* de tres palos *Rosevean*, llegado de Bridgwater con ladrillos.

* * * * *

Almidano Artifoni avanzó más allá de la calle Holles y de los talleres de Sewell. Detrás de él, Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell, con bastonparaguasguardapolvos colgando, esquivó el farol de delante de la casa del señor Law Smith y, cruzando, siguió por Merrion Square. Lejos, detrás de él, un mozalbete ciego avanzaba dando golpecitos junto al muro de College Park.

Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell siguió andando hasta los alegres escaparates del señor Lewis Werner, luego se volvió y retrocedió a zancadas por Merrion Square, con su bastonparaguasguardapolvos colgando.

En la esquina de Wilde se detuvo, frunció el ceño ante el nombre de Elías anunciado en el Metropolitan Hall, frunció el ceño a los lejanos parterres del jardín de Duke. Su ojo de cristal centelleó ceñudo al sol. Descubriendo dientes de rata murmuró:

—*Coactus volui*.

Volvió a andar hacia la calle Clare, rechinando sus fieras palabras.

Al pasar dando zancadas delante de las vidrieras del dentista señor Bloom, el balanceo de su guardapolvos rozó y desvió violentamente de su ángulo un fino bastón golpeante, y siguió adelante con ímpetu, tras de haber chocado con un cuerpo flojo. El mozalbete ciego volvió su cara enfermiza hacia la figura que andaba a zancadas.

—¡Dios te maldiga —dijo agriamente—, seas quien seas! ¡Estás más ciego que yo, hijo de puta!

* * * * *

Enfrente de Ruggy O'Donohoe, el señorito Patrick Aloysius Dignam, aferrando de Mangan, sucesor de Fehrenbach, la libra y media, las chuletas de cerdo que le habían mandado a buscar, continuó por la caliente calle Wicklow, holgazaneando. Era horriblemente aburrido estar sentado en la salita con la señora Stoer y la señora Quigley y la señora MacDowell, la cortinilla echada, y todas sorbiendo los mocos y tomando sorbos del jerez oloroso superior que trajo de Tunney el tío Barney. Y ellas comiendo migas de la tarta casera de fruta, dándole a la lengua todo el tiempo maldito y suspirando.

Después de Wicklow Lane, le detuvo el escaparate de Madam Doyle, modista de la Corte. Se quedó mirando a los dos boxeadores desnudos hasta la cintura y levantando los puños. Desde los espejos laterales, dos señoritos Dignam de luto miraban en silencio con la boca abierta. Myler Keogh, el favorito de Dublín, se enfrentará con el sargento mayor Bennett, el pegador de Portobello, por una bolsa de cincuenta esterlinas, Dios mío, ése sería un buen combate de boxeo que ver. Myler Keogh, ése es el tío que le dispara el puño, el de la faja verde. Dos chelines la entrada, los militares mitad de precio. Podría hacérselos soltar fácilmente a mamá. El señorito Dignam de la izquierda se volvió cuando él se volvió. Ese soy yo de luto. ¿Cuándo es? El veintidós de mayo. Vaya, ese maldito asunto ya ha pasado. Se volvió a la derecha, y a la derecha se volvió el señorito Dignam, la gorra torcida, el cuello subido. Echándose abajo para abotonarlo, la barbilla levantada, vio la imagen de Marie Kendall, encantadora vedette, junto a los dos boxeadores. Una de esas tías de las que hay en los paquetes de cigarrillos que fuma Stoer que su viejo le armó una del demonio por una vez que le descubrió.

El señorito Dignam se bajó el cuello y siguió adelante perezosamente. El mejor boxeador, en fuerza, era Fitzsimons. Un puñetazo de ese tío en el estómago te dejaría a oscuras para unos cuantos días, caray. Pero el mejor boxeador, en ciencia, era Jem Corbet antes que Fitzsimons le sacara los hígados, con su juego de piernas y todo.

En la calle Grafton, el señorito Dignam vio una flor roja en la boca de un presumido, con un estupendo par de calcetines, y él escuchando lo que le decía el borracho y sonriendo todo el tiempo.

Ningún tranvía de Sandymount.

El señorito Dignam avanzó por la calle Nassau y se pasó a la otra mano las chuletas de cerdo. Se le volvía a subir el cuello y tiró de él para abajo. El maldito botón era demasiado pequeño para el ojal de la camisa, maldita sea. Encontró colegiales con carteras. Tampoco voy a ir mañana, me quedaré hasta el lunes. Encontró otros colegiales. ¿Se dan cuenta de que estoy de luto? El tío Barney dijo que lo sacaría en el periódico esta noche. Entonces lo verán todos en el periódico y leerán mi nombre impreso y el nombre de papá.

La cara se le puso toda gris en vez de roja como estaba, y había una mosca que le subía andando hasta el ojo. Cómo rechinaba aquello cuando atornillaban los tornillos en la caja: y las sacudidas cuando lo bajaban por las escaleras.

Papá estaba dentro y mamá llorando en la salita y el tío Barney diciéndoles a los hombres cómo darle vuelta por la escalera. Era una gran caja, y alta, y parecía pesada. ¿Cómo fue eso? La última noche cuando se emborrachó papá y estaba ahí en el descansillo gritando que le dieran las botas para ir a Tunney a beber más y parecía pequeño y gordo en camisa. Nunca le veré más. La muerte, es así. Papá está muerto. Mi padre está muerto. Me dijo que fuera un buen hijo con mamá. No oí lo demás que me dijo pero vi la lengua y los dientes que trataban de decirlo mejor. Pobre papá. Era el señor Dignam, mi padre. Espero que esté en el purgatorio porque se confesó con el Padre Conroy el sábado por la noche.

* * * * *

William Humble, conde de Dudley, y Lady Dudley, acompañados por el coronel Hesseltine, salieron en carroza de la residencia virreinal, después de la comida. En la carroza siguiente iban la Honorable señora Paget, la señorita De Courcy y el Honorable Gerald Ward, Ayudante de Campo de servicio.

La comitiva salió por la verja de abajo de Phoenix Park, saludada por obsequiosos guardias, y avanzó más allá de Kingsbridge siguiendo los muelles del norte. El virrey era saludado muy cordialmente al pasar por la metrópoli. En el puente Bloody, el señor Thomas Kernan, al otro lado del río, le saludó en vano desde lejos. Entre los puentes Queen y Whitworth las carrozas vicerreales de Lord Dudley pasaron sin ser saludadas por el señor Dudley White, B. L., M. A., que estaba en el muelle Arran, delante de la tienda de empeños de la señora M. E. White, en la esquina de la calle Arran, restregándose la nariz con el índice, indeciso sobre si llegaría más deprisa a Phibsborough con un triple cambio de tranvías o llamando un coche o a pie atravesando Smithfield, Constitution Hill y el terminal de Broadstone. En el pórtico del Palacio de Justicia, Richie Goulding, con la bolsa de Goulding, Collis y Ward, lo vio con sorpresa. Más allá del puente Richmond, a la entrada de las oficinas de Reuben J. Dodd, abogado, representante de la Compañía Patriótica de Seguros, una señora de cierta edad a punto de entrar cambió de idea y volviendo sobre sus pasos junto a los escaparates de King sonrió crédulamente al representante de Su Majestad.

Desde su compuerta en el muro del muelle de Wood, al pie de las oficinas de Tom Devan, el río Poddle dejó caer en homenaje feudal una lengua de basura líquida. Por encima de las cortinillas del Hotel Ormond, oro junto a bronce, la cabeza de la señorita Kennedy junto con la cabeza de la señorita Douce observaron y admiraron. En el muelle Ormond, el señor Simon Dedalus, en rumbo desde el urinario al despacho del sub-sheriff, se quedó parado en mitad de la calle y se quitó el sombrero hasta abajo. Su Excelencia devolvió graciosamente el saludo al señor Dedalus. Desde la esquina de Cahill el reverendo Hugh C. Love, M. A., hizo una reverencia no observada, recordando a los representantes de la nobleza cuyas benignas manos en tiempos de antaño habían discernido pingües prebendas. En el puente Grattan, Lenehan y M'Coy, despidiéndose, observaron pasar las carrozas. Por delante de los despachos de Roger Greene y la gran imprenta roja de Dollard, Gerty MacDowell, que llevaba las cartas de la Catesby Linoleum para su padre que estaba en cama, comprendió por el estilo que eran el Lord Lugarteniente y la Lady pero no pudo ver cómo iba vestida Su Excelencia porque el tranvía y el gran carro amarillo de mudanzas de Spring se tuvieron que parar delante de ella porque se trataba del Lord Lugarteniente. Más allá de Lundy Foot, desde la puerta entoldada de la taberna de Kavanagh, John Wyse Nolan sonrió con frialdad inobservada hacia el Lord Lugarteniente General y Gobernador General de Irlanda. El Muy Honorable William Humble, conde de Dudley, G. C. V. O., pasó por delante de los relojes de Micky Anderson tictaqueando todas las horas y los maniqués de cera de Henry y James, de elegantes trajes y frescas mejillas, el caballero Henry, *dernier cri* James. Dando la espalda a Dame Gate, Tom Rochford y Nosey Flynn observaron a la comitiva acercándose. Tom Rochford, viendo los ojos de Lady Dudley puestos en él, se sacó rápidamente los pulgares de los bolsillos del chaleco rosado e inclinó el sombrero hacia ella. Una encantadora *vedette*, la gran Marie Kendall, con las mejillas empolvadas y la falda subida, sonreía empolvadamente desde su cartel hacia William Humble, conde de Dudley, y hacia el teniente coronel H. G. Hesseltine y también hacia el Honorable Gerald Ward, A. D. C. Desde el escaparate de la D. B. C., Buck Mulligan alegremente y Haines gravemente, dejaron caer su mirada hacia el séquito virreinal, por encima de los hombros de clientes curiosos, cuya masa de cuerpos oscureció el tablero de ajedrez que miraba atentamente John Howard Parnell. En la calle Fownes, Dilly Dedalus, esforzando la vista al levantarla del primer *Prontuario de francés* de Chardenal, vio sombrillas abiertas y radios de ruedas dando vueltas en el resplandor. John Henry Menton, llenando la entrada de los Edificios Comerciales, miró fijamente con ojos de ostra, hinchados de vino, sosteniendo un grueso reloj de oro de cazador sin mirarlo, en su gruesa mano izquierda, sin notarlo. Donde la pata delantera del caballo de King Billy bajaba por el aire, la señora Breen agarró a su apresurado marido echándole atrás de debajo de los cascos de los caballos delanteros. Le gritó al oído las noticias. Él, comprendiendo, desplazó los tomos al lado izquierdo del pecho y saludó a la

segunda carroza. El Honorable Gerald Ward, A. D. C., agradablemente sorprendido, se apresuró a responder. En la esquina de Ponsonby, se detuvo un exhausto frasco blanco H., y cuatro frascos blancos enchisterados se detuvieron detrás de él, E. L. Y.'S., mientras los gastadores caracoleaban y pasaban las carrozas. Enfrente de la tienda de música de Pigott, el señor Denis J. Maginni, profesor de danza etc., con gaya vestimenta, caminaba gravemente, adelantado por un virrey y sin ser observado. Junto al muro del Provost, llegó animadamente Blazes Boylan, caminando con zapatos claros y calcetines de fantasía azul celeste al son de *Mi chiquilla es de Yorkshire*.

Blazes Boylan presentó a las pecheras azul celeste y al animado brincar de los caballos delanteros, una corbata azul celeste, un sombrero de paja de ala ancha picarescamente ladeado y un traje de sarga añil. Las manos en los bolsillos de la chaqueta se olvidaron de saludar pero ofreció a las tres señoras la atrevida admiración de sus ojos y la flor roja entre sus labios. Mientras las carrozas seguían por la calle Nassau, Su Excelencia llamó la atención de su inclinada cónyuge sobre el programa de música que se ejecutaba en College Park. Fieros muchachotes invisibles de los Highlands estrepitaban y aporreaban tras el cortejo:

*Aunque sea una chica de taller
y no tenga vestidos elegantes.
Porrompón.
Siento un gran querer
como se quiere en Yorkshire
por mi rosa de Yorkshire.
Porrompón.*

Más allá del muro, los corredores del cuarto de milla liso, M. C. Green, T. M. Patey, C. Scaife, J. B. Jeffs, G. N. Morphy, F. Stevenson, C. Adderly y W. C. Huggard arrancaban uno tras otro. Pasando ante el Hotel Finn a grandes zancadas, Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell miraba fijamente a través de una feroz lente, más allá de las carrozas, a la cabeza del señor E. M. Solomons en la ventana del viceconsulado austrohúngaro. En lo hondo de la calle Leinster, junto a la poterna de Trinity, un leal súbdito del rey, Hornblower, se llevó la mano a su gorra de batidor. Mientras los relucientes caballos piafaban por Merrion Square, el señorito Patrick Aloysius Dignam, esperando, vio que se enviaban saludos al caballero de la chistera, y él también se levantó la gorra negra nueva con dedos engrasados por el papel de las chuletas de cerdo. También el cuello se le saltó para arriba. El virrey, dirigiéndose a inaugurar la tómbola de Mirus a beneficio del Hospital Mercer, avanzaba con su séquito hacia la calle Lower Mount. Adelantó a un muchacho ciego frente a Broadbent. En Lower Mount, un peatón con *macintosh* pardo, comiendo pan seco, cruzó la calle rápidamente e incólume por delante del virrey. En el puente del Royal

Canal, desde su cartel, el señor Eugene Stratton, con sus abultados labios en sonrisa, daba la bienvenida a todos los que llegaban al barrio de Pembroke. En la esquina de Haddington Road dos mujeres sucias de arena se detuvieron, con un paraguas y una bolsa en que rodaban once conchas de berberecho, para observar maravilladas al Lord Alcalde con su Lady Alcaldesa y sin su cadena de oro. En las calles Northumberland y Landsdowne, Su Excelencia devolvió puntualmente saludos a los raros transeúntes masculinos, al saludo de dos colegiales pequeños en la verja del jardín de la casa que se decía que fue admirada por la difunta reina cuando visitó la capital irlandesa con su marido, el príncipe consorte, en 1849, y al saludo de los robustos pantalones de Almidano Artifoni engullidos por una puerta que se cerró.

Bronce junto a Oro, oyeron los herrados cascos, resonando aceradamente.
 Impertintín tntntn.
 Astillas, sacando astillas de pétrea uña de pulgar, astillas.
 ¡Horror! Y Oro se ruborizó más.
 Una ronca nota de pífano sopló.
 Sopló. *Bloom*, flor azul hay en el.
 Pelo de oro en pináculo.
 Una rosa brincante en sedoso seno de raso, rosa de Castilla.
 Trinando, trinando: Aydolores.
 ¡Cu-cú! ¿Quién está en el... cucudeoro?
 Tinc clamó a Bronce compasiva.
 Y una llamada, pura, larga y palpitante. Llamada lentaenmorir.
 Señuelo. Palabra blanda. ¡Pero mira! Las claras estrellas se desvanecen. ¡Oh
 rosa! Notas gorjeando respuesta. Castilla. Ya quiebra el albor.
 Tintín tintín en calesín tintineante.
 Resonó la moneda. Campaneo el reloj.
 Confesión. *Sonnez*. No podría. Rebote de liga. Dejarte.
 Chasquido. *La cloche*. Chascar muslo. Confesión. Caliente. ¡Amor mío,
 adiós!
 Tintín. Bloo.
 Retumbaron bombardeantes acordes. Cuando el amor absorbe. ¡Guerra!
 ¡Guerra! El tímpano.
 ¡Una vela! Un velo ondulante sobre las ondas.
 Perdido. Un tordo flauteó. Todo está perdido ya.
 Cuerno. Cocuerno.
 La primera vez que vi. ¡Ay!
 A tope. A todo latir.
 Gorjeando. ¡Ah, atracción! Atrayendo.
 ¡Marta! Ven.
 Pla-Plá. Pliplá. Pla-pi-plá.
 Buendios elnun caoyó decir.
 El sordo calvo Pat trajo carpeta cuchillo quitó.
 Llamada nocturna bajo la luna: lejos: lejos.
 Me siento tan triste. P. D. A solas floreciendo Bloom *blooming*.

¡Escucha!

El frío cuerno marino pinchoso y retorcido. ¿Tiene la? Cada cual y para el otro, chasquido y silencioso estruendo.

Perlas: cuando ella. Las rapsodias de Liszt. Ssss.

¿Usted no?

Yo no: no, no: creo: Lidilid. Con un toc con un carrac.

Negro.

Resonando hondo. Eso, Ben, eso.

Sirve a un servidor. Ji ji. Sirve a un ji.

¡Pero sirve!

Abajo en el oscuro centro de la tierra. Incrustado en la ganga.

Naminedamine. Todos se fueron. Todos cayeron.

Diminutos, sus trémulos rizos de helecho de pelo de doncellez.

¡Amén! Rechinó con furia.

Para acá. Para allá, para acá. Una fresca batuta asomando.

Bronce–Lydia junto a Mina–Oro.

Junto a Bronce, junto a Oro, en océano de verdor de sombra. Bloom. El viejo Bloom.

Uno dio un toque, uno tocó con un carrac, con un coc.

¡Rezad por él! ¡Rezad, buena gente!

Sus dedos gotosos chascando. Big Benaben. Big Benben.

Última rosa Castilla del verano dejado *bloom* floración me siento tan triste solo.

¡Puii! Vientecito flauteó uii.

Hombres leales. Lid Ker Cow De y Doll. Eso, eso. Como vosotros los hombres. Levantarán ustedes su clinclin lleno de clanc.

¡Pff! ¡Uu!

¿Dónde Bronce desde cerca? ¿Dónde Oro desde lejos? ¿Dónde cascos?

Rrrpr Craa. Craandl.

Entonces, no hasta entonces. Mi epprrripfftaf. Sea escpfrrit.

Terminado.

¡Empiecen!

Bronce junto a Oro, la cabeza de la señorita Douce junto a Oro, la cabeza de la señorita Douce junto a la cabeza de la señorita Kennedy, sobre la cortinilla del bar del Ormond oyeron los cascos de caballos virreinales pasando, resonante acero.

—¿Es ella? —preguntó la señorita Kennedy.

La señorita Douce dijo que sí, sentada junto a Su Ex., gris perla y *eau de Nil*.

—Exquisito contraste —dijo la señorita Kennedy.

Cuando toda excitada, la señorita Douce dijo afanosamente:

—Mire ese tipo de la chistera.

—¿Quién? ¿Dónde? —preguntó Oro más afanosamente.

—En la segunda carroza —dijeron los labios húmedos de la señorita Douce, riendo al sol—. Está mirando. Atienda hasta que mire yo.

Salió como una flecha, Bronze, hasta el rincón opuesto, aplastando la cara contra el cristal en un halo de aliento apresurado.

Sus labios húmedos risotearon:

—Se mata a mirar atrás.

Se rió:

—¡Válgame Dios! Los hombres son unos idiotas de miedo.

Con tristeza.

La señorita Kennedy se apartó de la luz clara con un triste trotecillo torciendo un pelo suelto detrás de la oreja. Con un triste trotecillo, ya no Oro, retorció torcido un pelo. Tristemente retorció trotando pelo de Oro tras una oreja curva.

—Esos son los que lo pasan bien —tristemente dijo luego.

Un hombre.

Blooquién pasaba delante de las pipas de Moulang, llevando en su pecho las dulzuras del pecado, delante de las antigüedades de Wine, llevando en la memoria dulces palabras pecaminosas, delante de la opaca plata abollada de Carroll, para Raoul.

El limpiabotas, hacia ellas, hacia las del bar, hacia las chicas del bar, se acercó. Para ellas, desatentas a él, hizo retumbar en el mostrador su bandeja de china charladora. Y —Aquí están sus té —dijo.

La señorita Kennedy, con buenos modales, trasladó la bandeja del té abajo, a un cajón de agua mineral vuelto del revés, a salvo de miradas, bajo.

—¿Qué es eso? —preguntó el ruidoso limpiabotas sin modales.

—Averígualo —replicó la señorita Douce, abandonando su punto de espionaje.

—¿Su enamorado, eh?

Bronze con altivez respondió:

—Me voy a quejar a la señora De Massey como sigas con tu insolencia impertinente.

—Impertinente tntntn —gruñó hocico de limpiabotas groseramente, mientras se retiraba, mientras ella amenazaba, como había venido.

Bloom.

Frunciendo el ceño a su flor dijo la señorita Douce:

—Es inaguantable ese muchachillo. Como no se porte bien le voy a poner las orejas así de largas.

Señorial en exquisito contraste.

—No haga caso —sugirió la señorita Kennedy.

Echó té en una taza, luego otra vez té en la tetera. Se acurrucaron bajo su escollera de mostrador, atendiendo a banquetas altas, cajones vueltos del revés, atentas a que se hiciera el té. Se alisaban las blusas, las dos de raso negro, dos con nueve la yarda, atentas a que se hiciera el té, y dos con siete.

Sí, Bronce desde cerca, junto a Oro desde lejos, oían acero desde cerca, cascos resonando desde lejos, y oían cascos acerados resonaracascos resonaracero.

—Estoy terriblemente quemada, ¿no?

La señorita Bronce se desblusó el cuello.

—No —dijo la señorita Kennedy—. Luego se pone moreno. ¿Probó el bórax con agua de laurel y cerezo?

La señorita Douce medio se levantó a ver su piel de medio lado en el espejo del bar con letras doradas donde refulgían vasos de vino clarete y del Rhin, y en medio de ellos una concha.

—Pues no le digo las manos —dijo.

—Pruebe con glicerina —aconsejó la señorita Kennedy.

Despidiéndose de su cuello y manos la señorita Douce.

—Esas cosas sólo le dan a una erupciones —contestó, vuelta a sentar—. Le pedí algo para mi cutis a ese viejo chocho de Boyd.

La señorita Kennedy, echando ahora té hecho del todo, hizo una mueca y rogó:

—¡Ah, no me lo recuerde por lo que más quiera!

—Pero espere que le cuente —rogó la señorita Douce.

Habiendo echado dulce té con leche la señorita Kennedy se tapó los dos oídos con los meñiques.

—No, no —gritó.

—No quiero oírlo —gritó.

¿Pero Bloom?

La señorita Douce gruñó en tono de viejo chocho tabacoso:

—¿Para su qué? dice él.

La señorita Kennedy se destaponó los oídos para oír, para hablar: pero dijo, pero volvió a rogar:

—No me haga pensar en él, que me muero. ¡Asqueroso viejo desgraciado! Aquella noche en la sala de conciertos Antient.

Sorbió con desagrado su brebaje, té caliente, un sorbo, sorbió té dulce.

—Ahí estaba —dijo la señorita Douce, echando a un lado en tres cuartos la cabeza de bronce, arrugando las aletas de la nariz— ¡Uf! ¡Uf!

Agudo chillido de risa brotó de la garganta de la señorita Kennedy. La señorita Douce bufaba y resoplaba por las narices que temblaban impertintín igual que un chillido al acecho.

—¡Ah! —chillando, la señorita Kennedy gritó—. ¿Quién puede olvidarse de su ojo salido?

La señorita Douce le hizo eco en profunda risa de bronce, gritando:

—¡Y el otro ojo!

Bloocuyo ojo oscuro leyó el nombre de Aaron Figatner. ¿Por qué siempre me parece Figather? *Gathering figs*, recogiendo higos me parece. Y el nombre hugonote de Prosper Loré. Por las vírgenes benditas de Bassi pasaron los

oscuros ojos de Bloom. Túnica azul, blanco debajo, venid a mí. Dios creen ellos que es: o diosa. Las de hoy. No pude ver. Habló aquel tipo. Un estudiante. Después con el hijo de Dedalus. Podría ser Mulligan. Todas vírgenes hermosas. Eso atrae a esos pervertidos: el blanco.

Sus ojos pasaron allá. Las dulzuras del pecado. Dulces son las dulzuras.

Del pecado.

En un campanilleo de risas se mezclaban jóvenes voces bronceoro, Douce con Kennedy, el otro ojo. Echaban atrás jóvenes cabezas, bronce risoteodero, para dejar volar libremente su risa, chillando, el otro, señas una a la otra, agudas notas penetrantes.

Ah, jadeo, suspirar. Suspirar, ah, agotado su júbilo se extinguió.

La señorita Kennedy llevó de nuevo los labios a la taza, la elevó, tomó un sorbo y risorisoteó. La señorita Douce, volviendo a inclinarse hacia la bandeja del té, volvió a arrugar la nariz y revolvió cómicos ojos gordezuelos. Otra vez Kennerisas, inclinando sus rubios pináculos de pelo, inclinándose, enseñó su peineta de tortuga, espurreó el té de la boca, ahogándose en té y risas, tosiendo con ahogo, gritando:

—¡Ojos grasientos! ¡Imagínese estar casada con un hombre así! —gritó—. ¡Con su poquito de barba!

Douce dio pleno desahogo a un espléndido chillido, chillido entero de mujer entera, placer, gozo, indignación.

—¡Casada con ese nariz grasienta! —chilló.

Estridentes, con honda risa, Oro tras de Bronce, se apremiaron una a otra a carcajada tras carcajada, resonando en cambios, bronceoro orobronce, hondamente estridentes, a risa tras risa. Y luego rieron más. Al nariz grasienta le conozco yo. Agotadas, sin aliento, apoyaron las cabezas, la trenzada y pinaculada junto a la de reluciente peineta, en el borde del mostrador. Todas sofocadas (¡ah!), jadeando, sudando (¡ah!), todas sin aliento.

Casada con Bloom, con el grasiensientobloom.

—¡Por todos los Santos! —dijo la señorita Douce, y suspiró sobre su rosa brincante—. He hecho mal en reírme tanto. Estoy toda empapada.

—¡Vamos, señorita Douce! —protestó la señorita Kennedy—. ¡Es usted un horror!

Y se ruborizó más (¡qué horror!), más doradamente.

Por delante de las oficinas de Cantwell vagaba Grasiensientobloom, delante de las vírgenes de Ceppi, brillantes de sus aceites. El padre de Nannetti vendía por ahí esas cosas, andando de puerta en puerta como yo. La religión da dinero. Tengo que verle para lo del entrefilet de Llavees. Comer antes. Quiero. Todavía no. A las cuatro, dijo ella. El tiempo siempre pasando. Las agujas del reloj siempre dando vueltas. Adelante. ¿Dónde comer? El Clarence, Dolphin. Adelante. Para Raoul. Comer. Si saco cinco guineas con esos anuncios. Las enaguas violetas de seda. Todavía no. Las dulzuras del pecado.

Menos sofocada, cada vez menos, doradamente palideció.

En su bar entró, indolente, el señor Dedalus. Astillas, sacando astillas de una de sus pétreas uñas de pulgar. Astillas. Entró indolente.

—Ah, me alegro de verla de vuelta, señorita Douce.

Retuvo su mano. ¿Lo había pasado bien en sus vacaciones?

—Fenomenal.

Esperaba que hubiera tenido buen tiempo en Rostrevor.

—Estupendo —dijo ella—. Mire qué pinta tengo. Tumbada en la playa todo el día.

Blancura de bronce.

—Se ha portado como una pícara —le dijo el señor Dedalus y le apretó la mano indulgentemente—. Tentando a los pobres hombres ingenuos.

La señorita Douce dulcemente de raso retiró el brazo.

—Ande, ande. ¿Ingenuo usted? No lo creo.

Lo era.

—Bueno, pues sí que lo soy —dijo caviloso—. En la cuna tenía tanta cara de ingenuo que me bautizaron Simón el bobo.

—Debía ser usted una monada —respondió la señorita Douce—. ¿Y qué le ha recetado hoy el médico?

—Bueno, pues —caviló— lo que usted diga. Creo que hoy la voy a molestar pidiendo agua y medio vaso de whisky.

Tintineo.

—Con la mayor diligencia —asintió la señorita Douce.

Con gracia de diligencia se volvió hacia el espejo dorado Gilt y Cantrell. Con gracia sacó del barrilete de cristal una medida de dorado whisky. Del faldón de su chaqueta sacó el señor Dedalus bolsa y pipa. Diligencia ella sirvió. Él sopló por el tubo dos roncadas notas de pífano.

—Por Júpiter —caviló—. Muchas veces he querido ver las montañas del Mourne. Debe ser un gran tónico el aire de allí. Pero un largo anhelo siempre acaba por cumplirse al fin, dicen. Sí, sí.

Sí. Con el dedo él apretaba jirones de pelo, su pelo de doncella, de sirena, en la cazoleta. Astillas. Jirones. Cavilando. Mudo.

Ninguno no decía nada. Sí.

Alegremente la señorita Douce limpiaba un vaso, trinando:

—*¡Oh Aydolores, reina, de los mares de oriente!*

—¿Ha estado hoy por aquí el señor Lidwell?

Entró Lenehan. En torno atisbó Lenehan. El señor Bloom alcanzó el puente de Essex. Sí, el señor Bloom cruzó el puente de Sussex. A Martha tengo que escribir. Comprar papel. Daly's. La chica de allí amable. Bloom. Viejo Bloom. *Bloom*, flor azul hay en el centeno.

—Estuvo a la hora de almorzar —dijo la señorita Douce.

Lenehan se adelantó.

—¿Estuvo a buscarme el señor Boylan?

Preguntó él. Ella respondió.

—Señorita Kennedy, ¿estuvo por aquí el señor Boylan mientras yo estaba arriba?

Preguntó ella. La señorita voz de Kennedy contestó, una segunda taza de té en vilo, la mirada en una página.

—No. No estuvo.

La señorita mirada de Kennedy, oída no vista, siguió leyendo. Lenehan alrededor de la campana de los sándwiches dio la vuelta a su redondo cuerpo en redondo.

—¡Cu-cú! ¿Quién está en el rincón?

Ninguna mirada de Kennedy recompensándole sin embargo hizo avances. Que se fijara en los puntos. Leer sólo las negras: la o redonda y la ese torcida.

Tintineo calesín tintineo.

Chicadeoro leía y no lanzaba ojeada. Sin fijarse. No se fijó mientras él leía de memoria una fábula en solfa para ella, salmodiando sin color:

—Uuuna zorra encontró a uuuna cigüeña. Dijo laa zorra aaa laa cigüeña: ¿Me quieres meter el piico en la booca y sacarme un hueeso?

En vano siguió ronconeando. La señorita Douce se volvió a su té a un lado.

Él suspiró, aparte:

—¡Ay de mí! ¡Oh, ay!

Saludó al señor Dedalus y obtuvo una inclinación de cabeza.

—Saludos del famoso hijo de un famoso padre.

—¿Quién puede ser ése? —preguntó el señor Dedalus.

Lenehan abrió los jovialísimos brazos. ¿Quién?

—¿Quién puede ser ése? —preguntó—. ¿Y lo pregunta? Stephen, el juvenil bardo.

Seco.

El señor Dedalus, famoso padre, dejó a un lado su seca pipa llena.

—Ya veo —dijo—. No le había reconocido de momento. He oído decir que anda siempre con compañías muy selectas. ¿Le ha visto usted últimamente?

Sí le había visto.

—Apuré el cáliz del néctar con él hoy mismo —dijo Lenehan—. En Mooney *en ville* y en Mooney *sur mer*. Había recibido la pasta por los esfuerzos de su musa.

Sonrió a los labios bañados en té de Bronce, a los labios y ojos en escucha.

—La élite de Erín estaba pendiente de sus labios. El ponderoso bonzo Hugh MacHugh, el más brillante escriba y periodista de Dublín, y el joven ministril del salvaje oeste a quien se conoce con el eufónico apelativo de O'Madden Burke.

Al cabo de un rato el señor Dedalus levantó su vaso y

—Debió de ser muy divertido —dijo—. Ya veo.

Ve. Bebió. Con remotos ojos montañosos de luto. Dejó el vaso.

Miró a la puerta del salón.

—Veo que han cambiado de sitio el piano.

—Estuvo hoy el afinador —contestó la señorita Douce—, afinándolo para el concierto público y nunca he oído un pianista tan exquisito.

—¿De veras?

—¿No es verdad, señorita Kennedy? De lo clásico de verdad, ya comprende. Y ciego además, el pobre. Ni veinte años estoy segura que tuviera.

—¿De veras? —dijo el señor Dedalus.

Bebió y se alejó.

—Tan triste mirarle a la cara —se condolió la señorita Douce.

Dios maldiga a ese hijo de puta.

Tinc clamó a su compasión la campanilla de un cliente. A la puerta del comedor llegó el calvo Pat, llegó el afligido Pat, llegó Pat, camarero del Ormond. Cerveza para el comedor. Cerveza sin diligencia ella sirvió.

Con paciencia Lenehan esperaba a Boylan con impaciencia, el tintineante calesín del Blazes Playboylan.

Levantando la tapa él (¿quién?) miró en la caja (¿caja?) las oblicuas cuerdas triples (¡piano!). Apretó (el mismo que apretó indulgentemente su mano), con suave pedal un trío de teclas para ver la espesura del fieltro avanzando, para oír el amortiguado caer de los martillos en acción.

Dos hojas de papel vitela una de reserva dos sobres cuando yo estaba en Wisdom Hely's el prudente Bloom en Daly's Henry Flower compró. ¿No eres feliz en tu casa? Flor para consolarme y un alfiler pincha el am. Significa algo, lenguaje de las flo. ¿Era una margarita? Inocencia es eso. Chica respetable encontrarla después de misa. Muchísimas gracísimas. El prudente Bloom observó en la puerta un cartel, una sirena meciéndose y fumando entre bonitas olas. Fumad sirenas, la bocanada más fresca. Pelo ondulante: perdida de amor. Por algún hombre. Por Raoul. Observó y vio allá lejos en el puente de Essex un alegre sombrero montado en un calesín. Es. Tercera vez. Coincidencia.

Tintineando sobre flexibles gomas es trasladado desde el puente al muelle de Ormond. Seguir. Arriesgarse a ello. Ir deprisa. A las cuatro. Cerca ya. Fuera.

—Dos peniques, señor —se atrevió a decir la dependienta.

—Ajá... Se me olvidaba... Perdona...

—Y cuatro.

A las cuatro ella. Seductoramente sonrió a Blooaquelque. Bloo sonr depr se mar. Tardes. ¿Te crees la única en el mundo? Lo hace con todos. Para hombres.

En silencio amodorrado Oro se inclinaba sobre la página. Del salón llegó una llamada, lenta en morir. Era un diapasón que tenía el afinador que había olvidado que ahora tocaba él. Una llamada otra vez. Que él ahora tenía en vilo que ahora palpitaba. ¿Oyes? Latía, pura, más puramente, suave y más suavemente, sus cuernos zumbando. Llamada más lenta en morir.

Pat pagó la botella de estallante tapón para el cliente del comedor: y por encima de vaso bandeja y botella de estallante tapón antes de marcharse susurró, calvo y afligido, con la señorita Douce.

—*Las claras estrellas se desvanecen...*

Un canto sin voz cantó desde dentro, cantando:

—...*ya quiebra el albor.*

Una docena de notas pajariles gorjearon clara respuesta tiple bajo manos sensitivas. Claramente las teclas, todas chispeantes, enlazadas, todas clavicordiantes, invocaban una voz que cantara la melodía del alba con rocío, de la juventud, de la despedida de amor, de la vida, del alba del amor.

—*El aljófara del rocío...*

Los labios de Lenehan sobre el mostrador cecearon un sordo silbido de señuelo.

—Pero mire para acá —dijo—, rosa de Castilla.

Tintineo de calesín junto al bordillo se paró.

Ella se levantó y cerró su lectura, rosa de Castilla. Agitada, perdida, soñadoramente se levantó.

—¿Se cayó ella o la empujaron? —él le preguntó.

Ella contestó, despreciativa:

—No haga preguntas y no oirá mentiras.

A lo señora, señorial.

Los elegantes zapatos claros de Blazes Boylan crujieron en el suelo del bar al pasar. Sí, Oro desde cerca junto a Bronce desde lejos. Lenehan oyó y conoció y le saludó:

—Ved cómo viene el héroe conquistador.

Entre el coche y la cristalera, caminando cautamente, pasó Bloom, héroe sin conquistar. Podría verme él. El asiento en que se sentó: caliente. Negro, cauto gatazo, avanzó hacia la bolsa jurídica de Richie Goulding, levantada al aire en saludo.

—*Y yo de ti...*

—Había oído decir, que andaba usted por aquí —dijo Blazes Boylan.

Hacia la señorita Kennedy, se tocó el borde de su sombrero de paja ladeado. Ella le sonrió. Pero hermana Bronce la superó en sonrisa, alisando para él su más rico pelo, seno y una rosa.

Boylan encargó brebajes.

—¿Qué va a tomar? ¿Un vaso de bitter? Un vaso de bitter, por favor, y para mí un licor de endrina. ¿No hay cable todavía?

Todavía no. A las cuatro él. Todos decían cuatro.

Los rojos soplillos y la nuez de Cowley en la puerta del despacho del sheriff. Evitar. Goulding, una oportunidad. ¿Qué hace éste en el Ormond? El coche esperando. Espera.

Hola. ¿A dónde se va? ¿Algo de comer? Yo también precisamente. Aquí mismo. ¿Cómo, el Ormond? Lo más arreglado de Dublín. ¿De veras? Salón comedor. Sentarse ahí quieto. Ver, sin ser visto. Creo que le voy a acompañar. Vamos allá. Richie entró el primero. Bloom siguió a la bolsa. Menús dignos de un príncipe.

La señorita Douce extendió arriba el brazo para alcanzar un tarro, extendiendo su brazo de raso, su busto, bien robusto, tan alto.

—¡Ah! ¡Ah! —se agitó Lenehan, jadeando a cada estirón—. ¡Ah!

Pero fácilmente agarró ella su presa y la bajó en triunfo.

—¿Por qué no crece? —preguntó Blazes Boylan.

Ellabronce, sacando del tarro espeso jarabe de licor para los labios de él, lo miró fluir (flor en la chaqueta, ¿quién se la dio?), y jarabeó con la voz:

—Lo bueno si breve dos veces bueno.

O sea que ella. Limpiamente escanció licor lentamente jaraboso.

—A su salud —dijo Blazes.

Echó una gran moneda. Resonó la moneda.

—Espere —dijo Lenehan— a que yo...

—Salud —deseó, levantando su vaso espumoso.

—Cetro va a ganar en un paseo —dijo.

—Se me ha ido un poco la mano —dijo Boylan, guiñando y bebiendo—. No por mi cuenta, sabe. Una ocurrencia de un amigo mío.

Lenehan siguió bebiendo y sonrió a su bebida inclinada y a los labios de la señorita Douce que casi canturreaban, sin cerrarse, el canto oceánico que sus labios habían trinado. Aydolores. Los mares de oriente.

Zumbó el reloj. La señorita Kennedy pasó a la parte de ellos (la flor, quién se la dio), llevándose la bandeja del té. Campaneo el reloj.

La señorita Douce tomó la moneda de Boylan, dio un golpe vivo en la máquina registradora. Tintineó el reloj. La bella de Egipto enredó y distribuyó en el cajón y canturreó y entregó monedas de vuelta. Mirar al oeste. Un chasquido. Para mí.

—¿Qué hora es ésa? —preguntó Blazes Boylan—. ¿Las cuatro?

En punto.

Lenehan, sus ojillos hambrientos en el canturreo, busto canturreante, le tiró del codo por la manga a Blazes Boylan.

—Oigamos la hora —dijo.

La bolsa de Goulding, Collis, Ward guió entre las mesas en flor de centeno a Bloom. Incierto eligió con agitada elección, el calvo Pat sirviendo, una mesa junto a la puerta. Estar cerca. A las cuatro. ¿Se le ha olvidado? Quizás un truco. No ir: aguza el apetito. Yo no podría. Atención, atención. Pat atendía atento.

Bronce miraba en chispeante azur los azules ojos y corbata de Blazur.

—Vamos allá —apremió Lenehan—. No hay nadie. No ha oído.

—...a los labios de Flora se apresuraba.

Alta, una alta nota, retiñó en el agudo, clara.

Doucebronce, en comunión con su rosa airosa subiendo y bajando, buscó la flor y los ojos de Blazes Boylan.

—Por favor, por favor.

Él invocó a través de repetidas frases de confesión.

—No podría dejarte...

—Un poquito después —prometió esquivamente la señorita Douce.

—No, ahora —urgió Lenehan—. *Sonnez!acloche!* ¡Ande! No hay nadie.

Ella miró. Deprisa. La señ Kenn no oía, lejos. Inclínada de repente. Dos caras encendidas la observaron inclinarse.

Temblando los acordes se separaron de la melodía, la volvieron a encontrar, un acorde perdido, y la perdieron y encontraron desmayando.

—¡Vamos allá! ¡Ea! *Sonnez!*

Inclinándose, ella pellizcó un pico de la falda sobre la rodilla. Se retardaba. Seguía haciéndoles rabiarse, inclinándose, suspendiendo, con ojos maliciosos.

—*Sonnez!*

Chasquido. Dejó libre de pronto en rebote su elástica liga pellizcada calientechascante contra su chascable muslo de mujer en caliente media.

—*La cloche!* —gritó jubiloso Lenehan—. Amaestrada por la propietaria. Ahí no hay serrín.

Ella sonrió ufana desdeñosa (¡válgame Dios, qué hombres!), pero, deslizándose hacia la luz, sonrió benévola a Boylan.

—Es usted la esencia de la vulgaridad —dijo, al deslizarse.

Boylan observaba, observaba. Vertió su cáliz en gruesos labios, apuró el diminuto cáliz, chupando las últimas gruesas gotas violetas. Con ojos hipnotizados siguió su cabeza deslizándose por el bar a lo largo de espejos, arco dorado para la gaseosa, fulgurantes vasos de clarete y Rhin, una caracola con pinchos, donde se concertaba, se espejeaba bronce con bronce más soleado.

Sí, Bronce de cerca.

—*¡...Amor mío, adiós!*

—Me marcho —dijo Boylan con impaciencia.

Con gran viveza, alejó el cáliz resbalando, aferró el cambio.

—Espere un momento —rogó Lenehan, bebiendo deprisa—. Quería contarle. Tom Rochford...

—Váyase al cuerno —dijo Blazes Boylan, yéndose.

Lenehan apuró el vaso para irse.

—¿A dónde cuerno va? —dijo—. Espere. Me voy también.

Siguió los apresurados zapatos crujientes pero se echó a un lado ágilmente junto al umbral, figuras saludando, una voluminosa con una delgada.

—¿Cómo está usted, señor Dollard?

—¿Eh? ¿Cómo está? —contestó la vaga voz de bajo de Ben Dollard, apartándose un momento de la aflicción de Padre Cowley—. No te dará ninguna molestia, Bob. Alf Bergan hablará con el tío largo. Esta vez le mojaremos la oreja a ese Judas Iscariote.

Suspirando, el señor Dedalus atravesó el salón, frotándose un párpado con el dedo.

—Oh, oh, lo haremos —yodeleó jubilosamente Ben Dollard—. Vamos allá, Simon, una cancioncita. Hemos oído el piano.

El calvo Pat, fastidiado camarero, guardaba peticiones de bebida, Power para Richie. ¿Y Bloom? Vamos a ver. No le hagamos andar dos veces. Sus juanetes. Las cuatro horas. Qué calor da este negro. Claro los nervios un poco. Refracción (¿es eso?) del calor. Vamos a ver. Sidra. Sí, una botella de sidra.

—¿Qué es eso? —dijo el señor Dedalus—. Estaba sólo improvisando, hombre.

—Vamos, vamos —gritó Ben Dollard—. Alejaos de mí, sombríos cuidados. Vamos, Bob.

Dollard avanzó contoneándose, calzones enormes, ante ellos (sujeta a ese tipo de los: sujétale ahora) en el salón. Se desplomó, Dollard, en la banquetta. Sus dedos gotosos se desplomaron sobre acordes. Se desplomaron, se detuvieron de repente.

El calvo Pat en la entrada encontró a Oro sin té volviendo. Fastidiado quería Power y sidra. Bronce junto a la ventana observaba, bronce desde lejos.

Tintineó un tintineo de calesín.

Bloom oyó un tinc, un leve sonido. Se ha marchado. Leve sollozo de aliento. Bloom suspiró sobre las silenciosas flores de matiz azul. Tintineo. Se fue. Tintineo. Escucha.

—Amor y guerra, Ben —dijo el señor Dedalus—. ¡Vivan los buenos tiempos antiguos!

Los valientes ojos de la señorita Douce, inobservados, se volvieron desde las cortinillas, heridos por la luz del sol. Se fue. Pensativa (¿quién sabe?), herida (la luz hiriente) bajó la cortinilla con un cordón deslizante. Bajó pensativa (¿por qué se fue tan deprisa cuando yo?) por su bronce al otro lado de la barra donde Calvo estaba junto a su hermana Oro, contraste nada exquisito, contraste ni exquisito ni requisito, lenta fresca sombría verdemar deslizante profundidad de sombra, *eau de Nil*.

—El pobre viejo Goodwin era el pianista aquella noche —les recordó Padre Cowley—. Había una ligera diferencia de opinión entre él y el Collard de cola.

La había.

—Dominaba todo el convivio —dijo el señor Dedalus—. Ni el diablo le paraba. Se volvía un viejo insoportable en la fase primaria de la bebida.

—Dios mío, ¿os acordáis? —dijo Ben el gordo Dollard, volviéndose del castigado teclado—. Y, qué caray, yo no tenía el traje de bodas.

Se rieron los tres. No tenía el tra. Todo el trío se rió. Traje de boda.

—Nuestro amigo Bloom resultó muy útil aquella noche —dijo el señor Dedalus—. Por cierto ¿dónde tengo la pipa?

Volvió incierto a la barra a la pipa acorde perdido. El calvo Pat llevaba dos bebidas para el comedor, Richie y Poldy. Y Padre Cowley se volvió a reír.

—Yo salvé la situación, Ben, me parece.

—Es verdad —confirmó Ben Dollard—. Me acuerdo de aquellos pantalones apretados, también. Fue una idea brillante, Bob.

Padre Cowley se ruborizó hasta los brillantes lóbulos purpúreos. Salvó la situa. Pantalones apre. Idea bri.

—Sabía que estaba a la cuarta pregunta —dijo—. La mujer tocaba el piano en el Palacio del Café los sábados por un honorario insignificante y no sé quién me sopló que andaba en el otro negocio. ¿Os acordáis? Tuvimos que buscar por toda la calle Holles para encontrarles hasta que el tío de Keogh nos dio el número. ¿Os acordáis?

Ben se acordaba, con su ancho rostro interrogativo.

—Por Dios que ella tenía allí unos pocos abrigos de teatro y cosas de lujo.

El señor Dedalus volvió, incierto, pipa en mano.

—Estilo Merrion Square. Trajes de baile, ya lo creo, y trajes de ceremonia. Y él no quería recibir dinero, tampoco. ¿Qué? Y qué cantidad de sombreros de tricornio y boleros y calzones anchos. ¿Eh?

—Eso, eso —asintió el señor Dedalus—. La señora Marion Bloom siempre se ha quitado de encima toda clase de trajes.

Tintineo de calesín por los muelles abajo. Boyles arrellanado sobre gomas rebotantes.

Hígado con tocino. Filete y pastel de riñones. Muy bien, señor. Muy bien, Pat.

La señora Marion métense cosas. Olor de quemado de Paul de Kock. Un nombre bonito que tiene.

—¿Cómo se llamaba ella? Una moza bien de carnes. Marion...

—Tweedy.

—Sí. ¿Sigue viva?

—Y coleando...

—Era hija de...

—Hija del regimiento.

—Ah sí, caramba. Me acuerdo del viejo tambor mayor. El señor Dedalus frotó, chisqueó, encendió, exhaló sabroso hálito después.

—¿Irlandesa? No lo sé, palabra. ¿Es irlandesa, Simon? Exhaló duro, un hálito, fuerte, sabroso, crujiente.

—El músculo buccinador está... ¿Cómo?... Un poco enmohecido... Ah, ella es... Ah, mi Molly de Irlanda.

Exhaló una picante exhalación en penacho.

—Del peñón de Gibraltar... nada menos.

Languidecían las dos en la profundidad de la sombra oceánica, Oro junto a la bomba de la cerveza, Bronce junto al marrasquino, pensativas las dos, Mina Kennedy, Lismore Terrace 4, Drumcondra, con Aydolores, una reina, Dolores, silenciosa.

Pat sirvió platos destapados. Leopold cortó tajadas de hígado. Como se dijo antes, comía con deleite los órganos interiores, las mollejas, de sabor a nuez, las huevas de bacalao fritas, mientras Richie Goulding, Collis, Ward comía filete y

riñón, filete y luego riñón, bocado tras bocado de pastel comía Bloom comía ellos comían.

Bloom con Goulding, casados en el silencio, comían. Menús dignos de un príncipe.

Por Bachelor's Walk, el Paseo del Soltero, tintineaba en vaivén de calesín Blazes Boylan, soltero, soleado, encelado, la reluciente anca de la yegua al trote, con sacudida de fusta, sobre gomas rebotantes: arrellanado, sentado en caliente, boylando de impaciencia, osadoasado. Cuerno. ¿A dónde? Cuerno. ¿A dónde? Cocuerno.

Por encima de sus voces Ben Dollard contrabajó al ataque, retumbando sobre bombardeantes acordes.

—*Cuando el amor absorbe mi alma ardiente...*

Un trueno de Benalmabenjamín tronó hasta la temblorosa claraboya vibrante de amor.

—¡Guerra! ¡Guerra! —gritó Padre Cowley—. Tú eres el guerrero.

—Sí que lo soy —se río Ben Guerrero—. Pensaba en tu casero. Ni amor ni dinero.

Se detuvo. Agitó enorme barba, enorme cara sobre su enorme error.

—Seguro que a ella le debes romper el tímpano, hombre —dijo el señor Dedalus entre aroma de humo—, con un órgano como el tuyo.

En barbada risa abundante, Dollard se agitó sobre el teclado. Sí por cierto.

—Para no mencionar otra membrana —añadió Padre Cowley—. Fin de la primera parte, Ben. *Amoroso ma non troppo*. Déjame a mí.

La señorita Kennedy sirvió a dos caballeros unos jarros de cerveza fresca. Hizo una observación. Efectivamente, dijo el caballero primero, tiempo hermoso. Bebieron cerveza fresca. ¿Sabía ella a dónde iba el Lord Lugarteniente? Y oyó cascos acerados cascos resonantes resonar. No, ella no sabía decir. Pero estaría en el periódico. Oh, no hacía falta que se molestara. No era molestia. Ella ondeó el *Independent* extendido, buscando, el Lord Lugarteniente, sus pináculos de pelo moviéndose lentamente, Lord Lugarte. Demasiada molestia, dijo el caballero primero. De ninguna manera. Cómo miraba aquel. Lord Lugarteniente. Oro junto a Bronce oyeron hierro acero.

—... .. *mi alma ardiente*

no me im-po-orta el mañana.

En salsa de hígado Bloom apuró puré de patata Amor y guerra hay uno que. El gran número de Ben Dollard. La noche que nos llegó corriendo a que le prestáramos un traje de etiqueta para aquel concierto. Los pantalones tensos como un tambor encima de él. Jamones musicales. Molly se río cuando él se marchó. Se tiró de espaldas en la cama, chillando, pataleando. Con todas sus pertenencias a la vista. ¡Ah, válgame Dios, estoy empapada! ¡Ah, las mujeres de la primera fila! ¡Ah, nunca me he reído tanto! Bueno, claro, eso es lo que le da el bajo barrítono. Por ejemplo los eunucos. No sé quién estará tocando. Buen

toque. Debe ser Cowley. Sentido musical. Sabe qué nota es la que tocas. Mal aliento tiene, el pobre. Se paró.

La señorita Douce, invitante, Lydia Douce, se inclinó hacia el suave procurador, George Lidwell, un señor, que entraba. Buenas tardes. Ella entregó su húmeda mano, mano de señora, a su firme apretón. Buenas. Sí, había vuelto. Otra vez a la noria.

—Sus amigos están dentro, señor Lidwell.

Suave, procurado, George Lidwell la lídica mano retuvo.

Bloom comía híg como se dijo antes. Limpio aquí por lo menos. Aquel tipo del Burton, pegajoso de cartílagos. Nadie aquí: Goulding y yo. Limpias las mesas, flores, mitras de servilletas. Pat de acá para allá, el calvo Pat. Nada que hacer. Lo más arreglado de Dub.

El piano otra vez. Ahora es Cowley. La manera de sentarse delante, como de una pieza, comprensión mutua. Esos molestos rascatripas restregando violines, con el ojo en el extremo del arco, serrando el chelo, hacen pensar en un dolor de muelas. El roncar de ella, agudo y largo. La noche que estuvimos en el palco. El trombón abajo soplando como una marsopa, en los entre actos, otro tío del metal desatornillando, vaciando gargajos. Las piernas del director también, pantalones con bolsas, tacatán. Hacen bien en esconderlas.

Tacatán tintineante calesín tacatán.

Solamente el arpa. Hermosa luz difusa dorada. Una chica la tocaba. Popa de una hermosa. La salsa es digna de un. Nave dorada. Erín. El arpa que una vez o dos. Manos frías. Ben Howth, los rododendros. Somos sus arpas. Yo. Él. Viejo. Joven.

—Ah, yo no sabría, hombre —dijo el señor Dedalus, huraño, desganado.

Con energía.

—Vamos allá, maldita sea —gruñó Ben Dollard—. Desembúchalo poco a poco.

—*M'appari*, Simon —dijo Padre Cowley.

Hacia las candilejas avanzó unos pasos, grave, alto en su aflicción, con sus largos brazos extendidos. Roncamente su nuez roncó suavemente. Suavemente cantó hacia un polvoriento paisaje marino, enfrente: Un *último adiós*. Un promontorio, un barco, una vela sobre las ondas. Adiós. Una bella muchacha, su velo ondulante sobre el viento sobre el promontorio, el viento en torno.

Cowley cantó:

—*M'appari tutt'amor:*

Il mio sguardo l'incontr...

Ella ondeaba, sin oír a Cowley, su velo hacia uno que partía, amado, al viento, amor, vela fugitiva, regresa.

—Adelante, Simon.

—Ah, me parece que se han acabado mis días de juerga, Ben... Bueno...

El señor Dedalus dejó descansar la pipa junto al diapasón y, sentándose, tocó las obedientes teclas.

—No, Simon —dijo Padre Cowley volviéndose—. Tócalo en la versión original. Un bemol.

Las teclas, obedientes, subieron más, dijeron, vacilaron, confesaron, se confundieron.

Se alejó de las candilejas Padre Cowley.

—Vamos, Simon. Yo te acompañaré. Levántate.

Por delante de la roca de piña de Graham Lemon, por delante del elefante de Elvery, tacatán de calesín. Filete, riñón, hígado, puré de yantar digno de un príncipe, estaban sentados los príncipes Bloom y Goulding. Príncipes en yantar empinaban y bebían Power y sidra.

La más hermosa aria de tenor jamás escrita, dijo Richie: *Sonnambula*. Se la oyó cantar una noche a Joe Maas. ¡Ah, qué MacGuckin! Sí. A su manera. Estilo de monaguillo. El bueno era Maas. Maas y mejor. Un tenor lírico, si usted quiere. Nunca olvidarlo. Nunca.

Tiernamente Bloom sobre el tocino sin hígado vio esforzarse las facciones tensas. Dolor de riñones él. Ojos malos del mal de Bright. El siguiente número del programa. Pagar la música. Píldoras, pan machacado, al precio de una guinea la caja. Aplazarlo un poco. También canta: *Allá abajo entre los muertos*. Apropiado. Pastel de riñones. Dulzuras a la. No se saca mucho de eso. Lo más arreglado en. Típico de él. Power. Exigente en la bebida. Una mota en el vaso, otra agua de Vartry. Arrambla con cerillas en los mostradores para ahorrar. Luego despilfarra una libra en tonterías. Y cuando hace falta, ni una perra. Borracho, se negaba a pagar al cochero.

Tipos curiosos.

Nunca olvidaría Richie esa noche. Mientras viviera, nunca. En el gallinero del viejo Royal con el pequeño Peake. Y cuando la primera nota.

Las palabras se detuvieron en los labios de Richie.

Saliendo ahora con un cuento. Rapsodias sobre cualquier cosa. Se cree sus propias mentiras. De veras. Embustero prodigioso. Pero hace falta buena memoria.

—¿Qué aria es esa? —preguntó Leopold Bloom.

—*Todo está perdido ya*.

Richie empujó los labios en hocico. Una nota baja incipiente dulce hada murmuraba todo. Un tordo. Un tordo cantor. Su aliento, dulce de ave, buenos dientes de que está orgulloso, flautearon con quejumbrosa aflicción. Está perdido. Sonido lleno. Dos notas en una ahí. El mirlo que oí en el valle del espino. Tomando mis melodías las entrelazaba y cambiaba. Todo clamor nuevo todo está perdido en todo. ¿Cómo se hace eso? Todo perdido ya. Fúnebre silbaba. Caída, rendición, caída.

Bloom aguzaba orejas de leopoldo, plegando una franja del centro de mesa bajo el vaso de flores. Orden. Sí, recuerdo. Deliciosa aria. Dormida se acercó a él. Inocencia a la luna. Sin embargo la sujeta. Valientes, no conocen su peligro. Llamar por el nombre. Tocar agua. Tintinear calesín. Demasiado tarde. Ella

quería marcharse. Por eso es por lo que. Mujer. Más fácil sería parar el mar. Sí: todo está perdido.

—Una hermosa aria —dijo Bloom, leoperdido—. La conozco bien.

Nunca en su vida había Richie Goulding.

También él la conoce bien. O la siente. Siempre machacando con su hija. Sabe mucho la hija que conoce a su padre, dijo Dedalus. ¿A mí?

Bloom al soslayo sobre sin hígado vio. Cara del todo está perdido. En otros tiempos, el juerguista Richie. Chistes viejos y pasados ahora. Moviendo las orejas. El servilletero en el ojo. Ahora cartas pedigüeñas con que manda a su hijo. El bizco Walter señor yo he señor. No querría molestarle pero esperaba un dinero. Excusarse.

Otra vez el piano. Suena mejor que la última vez que lo oí. Probablemente afinado. Se detuvo otra vez.

Dollard y Cowley seguían apremiando al reacio cantor, desembuchar.

—Desembucha, Simon.

—Anda, Simon.

—Señoras y caballeros, me siento profundamente agradecido por su bondadosa solicitud.

—Anda, Simon.

—No tengo dinero pero si me prestan un poco de atención intentaré cantarles sobre un corazón quebrantado.

Junto a la campana de los sándwiches en sombra protectora, Lydia con su bronce y rosa, gracia de gran señora, daba y se reservaba: como en fresca y glauca *eau de Nil*, Mina a los dos jarros sus pináculos de oro.

Se cerraron los acordes en arpegio del preludio. Un acorde prolongado, esperando, arrastró una voz.

—*La primera vez que vi esa forma seductora.*

Richie se volvió.

—La voz de Sim Dedalus —dijo.

Los sesos excitados, las mejillas tocadas de llama, escucharon sintiendo esa corriente seductora corriente sobre piel miembros corazón humano alma espino. Bloom hizo una señal a Pat, el calvo Pat es un sirviente duro de oído, de dejar entreabierta la puerta del bar. La puerta del bar. Eso. Así está bien. Pat, atendiendo, atendía atento a oír pues era duro de oído, junto a la puerta.

—*La tristeza pareció alejarse de mí.*

A través del acallamiento del aire una voz cantaba para ellos, baja, no lluvia, no hojas en murmullo, como ninguna voz de cuerdas de lengüetas o comosellamen, dulcémeres, tocando sus quietos oídos con palabras, quietos corazones de sus sendas vidas recordadas. Bueno, bueno de oír: la tristeza pareció alejarse de ambos la primera vez que oyeron. La primera vez que vieron, el perdido Richie, Poldy, misericordia de belleza, oída de una persona que no se habrían esperado en absoluto, su primera palabra misericordiosa suave de amor tantas veces amada.

Amor que canta: vieja y dulce canción de amor. Bloom desenvolvió lentamente la tira elástica del paquete. Dulce y vieja de amor *sonnez la oro*. Bloom enlazó una madeja en torno a cuatro dedos en tenedor, la estiró, la aflojó y la ató en torno a su turbado doble, cuádruple, en octava y los ató fuerte.

—*Lleno de esperanza y todo encantado...*

Los tenores consiguen mujeres a docenas. Les aumenta la emisión. Echarle una flor a sus pies ¿cuándo nos encontraremos? Me hierve la. Tintineo todo encantado. Él no puede cantar delante de las chisteras. Le hierve la cabeza a uno. Perfumada para él. ¿Qué perfume usa tu mujer? Quiero saberlo. Tinc. Se acabó. Llama a la puerta. Última mirada al espejo ella siempre antes de abrir la puerta. El vestíbulo. ¿Hola? ¿Cómo va? Muy bien. ¿Eh? ¿Qué? ¿O si no? Estuche de golosinas, confites de beso, en su bolso. ¿Sí? Él le buscaba con las manos sus opulentas.

¡Ay! La voz subió, suspirando, cambió: sonora, llena, brillante, soberbia.

—*Pero, ay, era un vano soñar...*

Tiene todavía un timbre espléndido. El aire de Cork es más dulce, también su dialecto. ¡Qué estúpido! Podría haber ganado el dinero a mares. Equivoca las palabras al cantar. Consumió a su mujer: ahora canta. Pero es difícil decir. Sólo ellos dos mismos. Si es que él no se deshace. Al galope al cementerio. Canta también con las manos y los pies. La bebida. Los nervios excitados. Se debe ser abstemio para cantar. Sopa Jenny Lind: caldo, salvia, huevos crudos, media pinta de crema. La crema de la elegancia.

Ternura rebotaba: lenta, creciente. A todo latir. Así es la cosa. ¡Ah, dale! ¡Toma! Late, un latir, un pulsar orgulloso erecto.

¿Palabras? ¿Música? No: es lo que hay detrás.

Bloom enlazaba, desenlazaba, anudaba, desanudaba.

Bloom. Inundación de caliente jaleojalea lámelotodo secreto fluía para fluir afuera en música, en deseo, flujo oscuro para lamer, invasor. Tocarla toparla tentarla tirarla. A tope. Poros a dilatar dilatándose. Top. El gozo el tocar el calor el. Top. Derramar sobre compuertas chorros derramados. Inundación, chorro, flujo, chorro de gozo, latido top-top. ¡Ahora! Lenguaje de amor.

—*...rayo de esperanza...*

Radiante. Lydia para Lidwell bisbiseo apenas oído tan señorial la musa avistar un rayo de esperanza.

Es *Martha*. Qué coincidencia. Precisamente iba a escribir. El aria de Lionel. Qué nombre tan bonito tienes. No puedo escribir. Acepta mi pequeño reg. Tocar las cuerdas del corazón cordones de la bolsa también. Es una. Te llamé niño malo. Sin embargo el nombre: Martha. ¡Qué extraño! Hoy.

La voz de Lionel volvió, débil pero incansable. Volvía a cantar para Richie Poldy Lydia Lidwell también cantaba para Pat boca abierta oído atento atendiendo. Cómo la primera vez que vio esa forma seductora, cómo la tristeza pareció alejarse de él, cómo la mirada, figura, palabra le encantaron a él Gould Lidwell, conquistaron el corazón de Pat Bloom.

Me gustaría verle la cara, sin embargo. Se entiende mejor. Por eso el barbero de Drago siempre me miraba a la cara cuando yo hablaba hacia su cara en el espejo. Sin embargo se oye mejor aquí que en el bar aunque más lejos.

—*Cada mirada graciosa...*

La primera noche que la vi en casa de Mat Dillon, en Terenure. Encajes amarillos, negros llevaba. Las sillas musicales. Nosotros dos los últimos. El destino. Detrás de ella. El destino. Vueltas y vueltas despacio. Vueltas deprisa. Nosotros dos. Todos miraron. Alto. Ella se sentó. Todos los que perdieron miraban. Labios rientes. Rodillas amarillas.

—*Encantaba mis ojos...*

Cantando. Ella cantó *Esperando*. Yo le pasaba las hojas. Voz llena con perfume de qué perfume usa tu lilas. El pecho le veía, los dos llenos, la garganta gorjeando. La primera vez que vi. Me dio las gracias. ¿Por qué ella a mí? El destino. Ojos españoles. Bajo un peral a solas un patio a esta hora en el viejo Madrid un lado en sombra Dolores Elladolores. A mí. Atrayendo. Ah, atracción.

—*¡Martha! ¡Ah, Martha!*

Abandonando toda languidez Lionel clamaba en su dolor, en grito de pasión dominante al amor para que regresara con más profundos pero con ascendentes acordes de armonía. En rugido de leonino lionel, para que ella supiera, Martha, lo tenía que sentir. Para ella sólo esperaba. ¿Dónde? Aquí allí probad allí aquí todos buscad dónde. En alguna parte.

—*Ven pe-erdida,*

Ven que-erida.

A solas. Un solo amor. Una sola esperanza. Un solo consuelo para mí. Martha, do de pecho, regresa.

—*¡Ven!*

Se cernía, ave, sostenía su vuelo, un veloz grito puro, cerniéndose esfera de plata, saltaba sereno, acelerando, sostenido, para que viniera, no prolongarlo demasiado largo aliento él alentando larga vida, cerniéndose alto, alto resplandeciente, inflamado, coronado, alto en la efulgencia simbolística, alto, del seno etéreo, alto de la alta vasta irradiación por todas partes todo cerniéndose todo alrededor en torno al todo, el infinitonitonitonito...

—*¡A mí!*

¡Simopold!

Consumido.

Ven. Bien cantado. Todos aplaudieron. Ella debería. Venir. A mí, a él, a ella, tú también, a mí, a nosotros.

—*¡Bravo! Pla-pla. Estupendo, Simon. Plapiplaplá. ¡Bis! Pla-pli-pla. Como una campana. ¡Bravo, Simon! Pla-plo-pla. Bis, plip —dijeron, gritaron, aplaudieron todos. Ben Dollard, Lydia Douce, George Lidwell, Pat, Mina, dos caballeros con jarros de cerveza, Cowley, caballero primero con jarro, y bronce señorita Douce y oro señorita Mina.*

Los elegantes zapatos claros de Blazes Boylan crujieron en el suelo del bar, como ya se dijo. Tintinear pasando ante monumentos de Sir John Gray, Horatio el manco Nelson, el Reverendo Padre Theobald Matthew, en calesín como se dijo hace un momento. Al trote, encelado, sentado abrasado. *Cloche. Sonnez la. Cloche. Sonnez la.* Más despacio, la jaca subió la cuesta ante la Rotunda, Rutland Square. Demasiado lenta para Boylan, playboylan, impacienboylan, trotaba la jaca.

Un resón de los acordes de Cowley se cerró, murió en el aire enriquecido.

Y Richie Goulding se bebió su Power y Leopold Bloom su sidra se bebió, Lidwell su Guinness, el caballero segundo dijo que tomarían otros dos jarros si no le era molestia. La señorita Kennedy sonrió rígida, biserviendo, labios de coral, al primero, al segundo. No le era molestia.

—Siete días en la cárcel —dijo Ben Dollard— a pan y agua. Entonces Simon, cantarías como un tordo.

Lionel Simon, cantante, se rió. Padre Bob Cowley tocó. Mina Kennedy sirvió. El caballero segundo pagó. Tom Kernan entró pavoneándose; Lydia, admirada, admiró. Pero Bloom cantaba mudo.

Admirando.

Richie, admirado, decantaba la espléndida voz de ese hombre. Recordaba una noche hacía mucho. Nunca olvidaría esa noche. Sim cantó *Fue la gloria y la fama*: en casa de Ned Lambert era. Dios mío, en toda su vida oyó una nota como esa él nunca *entonces traidor debemos separarnos* tan clara tan buendios él nunca oyó decir *porque el amor no vive* una voz retumbante pregunte a Lambert y él también le puede contar.

Goulding, un rubor luchando en su pálido, contaba al señor Bloom, cara de la noche, Sim en casa de Ned Lambert, en casa de Dedalus, cantó *Fue la gloria y la fama*.

Él, el señor Bloom, escuchaba mientras él, Richie Goulding, le contaba al señor Bloom de la noche que él, Richie, le oyó a él, Sim Dedalus, cantar *Fue la gloria y la fama* en su casa, de Ned Lambert.

Cuñados: parientes. Nunca nos hablamos cuando nos pasamos al lado. Grieta en la armonía, me parece. Le trata con desprecio. Mira. Le admira aún más por eso. Las noches que cantó Sim. La voz humana, dos diminutas cuerdas sedosas. Prodigioso, más que todos los demás.

Esa voz era un lamento. Más tranquila ahora. Es en el silencio cuando notas que oyes. Vibraciones. Ahora aire silencioso.

Bloom desenlazó sus manos entrecruzadas y con flojos dedos pulsó la delgada cuerda de tripa de gato. Tiró y pulsó. Zumbó, vibró. Mientras Goulding hablaba de la emisión de voz de Barraclough, mientras Tom Kernan, volviendo a machacar sobre una especie de reordenación retrospectiva, hablaba al atento Padre Cowley, que tocaba una improvisación, que asentía mientras tocaba. Mientras el gran Ben, el Big Ben Dollard hablaba con Simon Dedalus que encendía la pipa, que asentía mientras fumaba, que fumaba.

Oh tú perdida. Todos los cantos sobre ese tema. Sin embargo aún más Bloom estiraba la cuerda. Cruel parece eso. Dejar que la gente se tome cariño: atraerles a ello. Luego separarles, arrancarles unos de otros. Muerte. Explos. Golpe en la cabeza. Aldemoniofueradeahí. La vida humana. Dignam. Uf, ¡la cola de esa rata retorciéndose! Cinco chelines dí. *Corpus paradisum*. Cuervo graznante, barriga como un cachorro envenenado. Se marchó. Ellos cantan. Olvidado. Yo también. Y un día ella con. La dejará: se cansará. Sufrir entonces. Lloriqueará. Grandes ojos españolescos mirando saltones al vacío. Su pelo ondulondulondulabundondulante sin pein:’ar.

Sin embargo demasiada felicidad aburre. Estiró más, más. ¿No eres feliz en tu? Chanc. Se disparó.

Calesín tintineó en la calle Dorset.

La señorita Douce retiró su brazo de raso, reprochante, complacida.

—Ni la mitad de esas libertades —dijo— mientras no nos conozcamos más.

George Lidwell le decía que de veras y de verdad: pero ella no se lo creía.

El caballero primero le dijo a Mina que así era. Ella le preguntó si era así. Y el segundo jarro le dijo que sí. Que así era.

La señorita Douce, la señorita Lydia, no lo creía: la señorita Kennedy, Mina, no lo creía: George Lidwell, no: la señorita Dou no; el primero, el cab prim con jar: creer, no, no: no creía, la señ Kenn: Lidlydiawell: el jar.

Mejor escribir aquí. Las plumillas de la oficina de correos, masticadas y retorcidas.

El calvo Pat se acercó a una señal. Pluma y tinta. Se fue. Una carpeta. Se fue. Una carpeta con secante. Oyó, el sordo Pat.

—Sí —dijo el señor Bloom, atormentando la retorcida sutil tripa de gato. Sí que es así. Unas pocas líneas bastarán. Mi regalito. Toda esa música italiana con florituras es. ¿Quién la escribió? Sabiendo el nombre se comprende mejor. Sacar hoja de papel, sobre: sin darle importancia. Es tan característica.

—El número más grandioso de toda la ópera —dijo Goulding.

—Sí que lo es —dijo Bloom.

Números es. Toda la música, si vamos a pensarlo. Dos multiplicado por dos dividido por la mitad es dos veces uno. Vibraciones: los acordes son eso. Uno más dos más seis es siete. Se hace lo que se quiera con cifras en juegos de manos. Siempre se encuentra que eso es igual a eso, simetría bajo una valla de cementerio. Él no ve que estoy de luto. Encallecido: todo para sus tripas. Musimatemáticas. Y te crees que escuchas las etéreas. Pero suponte que dijeras algo así como: Martha, siete por nueve menos x igual a treinta y cinco mil. Sería un fracaso. Es por causa de los sonidos, es lo que pasa.

Por ejemplo ahora está tocando ése. Improvisando. Podría ser lo que quisieras hasta que oyes las palabras. Hay que escuchar atentos. Oír bien. El comienzo muy bien: luego se oyen acordes un poco discordes: se siente uno un poco perdido. Entrando y saliendo de sacos, por encima de barriles, a través de alambradas, carrera de obstáculos. El tiempo hace la melodía. Es cuestión del

estado de ánimo que tengas. Sin embargo siempre es bonito de oír. Excepto las escalas subiendo y bajando, las chicas aprendiendo. Dos juntas, vecinas de al lado. Deberían inventar pianos mudos para eso. El *Blumenlied* que le compré. El nombre. Tocarlo despacio, una chica, la noche que llegué a casa, la chica. La puerta de las cuadras cerca de la calle Cecilia. Milly, nada de gusto. Extraño porque nosotros dos, quiero decir.

El calvo sordo Pat trajo carpeta muy lisa tinta. Pat puso con tinta pluma carpeta muy lisa. Pat quitó plato fuente cuchillo tenedor. Pat se fue.

Era el único lenguaje, el señor Dedalus decía a Ben. Les oyó de niño en Ringabella, Crosshaven, Ringabella, cantando sus barcarolas. El puerto de Queenstown lleno de barcos italianos. Andando, sabes, Ben, a la luz de la luna con esos sombreros de matones. Mezclando las voces. Dios mío, qué música, Ben. La oyó de niño. Cross Ringabella Haven luncarolas.

Quitada la acre pipa extendió una pantalla de mano delante de los labios que arrullaron una llamada nocturna bajo la luna, clara desde cerca, una llamada desde lejos, contestando.

Bajando sobre el margen de su batuta de *Freeman* el otro ojo de Bloom escudriñaba en busca de dónde he visto yo eso. Callan, Coleman, Dignam Patrick. ¡Ay-oh! ¡Ay-oh! Fawcett. ¡Ah! Precisamente estaba mirando...

Espera que no esté mirando, cotilla como un ratón. Extendió desenrollado su *Freeman*. No veo ahora. Acuérdate de escribir con es griegas. Bloom mojó la pluma, Bloo murm: muy señor mío. El querido Henry escribió: querida Mady. Recibí tu car y flo. Demonios ¿dónde la he echado? En algún bol. Pero es abs impos. Subrayar *impos*. Escribir hoy.

Qué fastidio. El fastidiado Bloom tamborileó suavemente con dedos de estoy reflexionando sobre la lisa carpeta que trajo Pat.

Adelante. Ya comprendes lo que quiero decir. No, cambia esa e. Acepta mi pobre reg adju. No le pides que cont. Espera. Cinco por Dignam. Dos por ahí. Un penique las gaviotas. Elías viene. Siete en Davy Byrne. Son cerca de ocho. Digamos media corona. Mi pobre reg: giro de dos con seis. Escribeme una larga. ¿Desprecias? Tintineo, ¿a dónde cuerno va? Tan excitada. ¿Por qué me llamas niño ma? ¿Tú también mala? Ah, Mary perdió el alfiler de sus. Adiós por hoy. Sí, sí, ya te contaré. Quiero. Para sostenerlas en alto. Llámame eso otro. El otro mundo escribió. Mi paciencia se está agot. Para sostenerlas en alto. Debes creer. Creer. El jar. Es. Verdad.

¿Es una tontería que escriba? Los maridos no. Culpa del matrimonio, sus mujeres. Porque estoy alejado de. Supongamos. Pero ¿cómo? Ella debe. Conservarse joven. Si descubriese. La tarjeta en mi sombrero alta cal. No, no decirlo todo. Dolor inútil. Si no lo ven. Mujer. Bueno para una, bueno para todas.

Un coche de punto, número trescientos veinticuatro, cochero Barton James, domiciliado en Harmony Avenue número uno, Donnybrook, en el que iba sentado un pasajero, un caballero joven, vestido a la moda con un traje de sarga

azul añil hecho por George Robert Mesias, sastre y cortador, de Eden Quay número cinco, y tocado con un sombrero de paja muy elegante, comprado en John Plasto, calle Great Brunswick número 1, sombrerero. ¿Eh? Este es el calesín del tintín y el tacatán. Ante la salchichería de Dlugacz con sus brillantes tubos de Agendath trotaba una jaca de galantes ancas.

—¿Contestando a un anuncio? —preguntaron a Bloom los agudos ojos de Richie.

—Sí —dijo el señor Bloom—. Corredor en plaza. Nada que hacer, me parece.

Bloom murm: las mejores referencias. Pero Henry escribió: me emocionará. Ya lo sabes. Deprisa. Henry. E griega. Mejor añadir una postdata. ¿Qué toca ése ahora? Improvisando un intermezzo. P. D. Toron tontón. ¿Cómo me vas a cast? ¿Me castigarás? Falda torcida, a cada sacudida. Dime, quiero. Saber. Oh. Claro que si no no preguntaría. La la la re. Acaba ahí tristemente en menor. ¿Por qué el menor es triste? Firmar H. Les gusta una coda triste al final. P. P. D. La la la re. Me siento tan triste hoy. La re. Tan solo. Sol.

Secó deprisa en la carpeta de Pat. Sobre. Dirección. Basta copiarla del periódico. Murmuró: Callan, Coleman y Cía., Sociedad Anónima. Henry escribió:

Srta. Martha Clifford
Lista de Correos
Dolphin's Barn Lane
Dublín.

Emborronar encima lo otro para que él no pueda leerlo. Muy bien. Una idea para un cuento de premio. Algo que leyó un detective en un papel secante. Pagado a razón de una guinea por columna. Matcham piensa a menudo en la risueña brujita. Pobre señora Purefoy. V. E.: ve.

Demasiado poético eso de lo triste. Culpa de la música. La música tiene encantos dijo Shakespeare. Citas para cada día del año. Ser o no ser. Sabiduría en conserva.

En la rosaleda de Gerard, Fetter Lane, él pasea, castañogris. Una vida lo es todo. Un cuerpo. Hazlo. Pero hazlo. Hecho, de todos modos. Giro postal sello. La oficina de correos un poco más abajo. Andar ahora. Basta. En Barney Kiernan he prometido reunirme con ellos. No me gusta ese trabajo. Casa de luto. Andar. ¡Pat! No oye. Sordo como una tapia.

El coche cerca de allí ahora. Hablar. Hablar. ¡Pat! No. Arreglando esas servilletas. Mucho camino debe hacer a lo largo del día. Pintarle una cara detrás y entonces sería dos. Me gustaría que cantaran más. Me distrae el ánimo.

El calvo Pat que está fastidiado ponía en mitra las servilletas. Pat es un camarero duro de oído. Pat es un sirviente que sirve a un servidor que observa.

Ji ji ji ji. Sirve a un servidor. Ji. Ji. Es un sirviente. Ji ji ji ji. Sirve a un servidor. A un servidor que observa él sirve conserva. Ji ji ji ji. Oh. Servir a un servidor.

Douce ahora. Douce Lydia. Bronce y rosa.

Lo ha pasado estupendamente, de veras que estupendamente. Y mire qué bonita caracola trajo.

Al extremo de la barra para él trajo ella con ligereza el cuerno marino pinchoso y retorcido para que él, George Lidwell, procurador, pudiera oír.

—¡Escuche! —le pidió.

Bajo las palabras de Tom Kernan, calientes de ginebra, el acompañador tejía lenta música. Verdad auténtica. Cómo perdió la voz Walter Bapty. Bueno, señor mío, el marido le agarró por la garganta. *Canalla*, dijo él. *Ya no cantarás más canciones de amor*. Así fue, señor Tom. Bob Cowley tejía. Los tenores consiguen muj. Cowley se echó atrás.

Ah, ahora oía él, ella sosteniéndola a su oído. ¡Oiga! Oía. Asombroso. Ella la sostuvo a su propio oído y a través de la cernida luz oro pálido se deslizó en contraste. Para oír.

Tac.

Bloom a través de la puerta del bar veía una caracola pegada a los oídos de ellos. Oía más débilmente que lo que ellos oían, cada cual para sí solo, luego cada cual para el otro, oyendo el chasquido de las olas, ruidosamente, silencioso estruendo.

Bronce junto a un fatigado oro, de cerca, de lejos, escuchaban.

Su oreja es también una caracola, el lóbulo asomando por allí. Ha estado en la playa. Esas bañistas tan guapas. La piel tostada en carne viva. Debería haberse dado crema primero para broncearla. Tostada con mantequilla. Ah, y esa loción, no tengo que olvidarme. Calentura boba junto a su boca. Te hierve cabeza. El pelo trenzado por encima: caracola con algas. ¿Por qué se esconden las orejas con pelo de algas? ¿Y las turcas la boca, por qué? Los ojos de ella sobre la sábana, un *yashmak*. Encontrar el camino para entrar. Una cueva. Prohibida la entrada excepto para asuntos de servicio.

El mar se creen que oyen. Cantando. Un estruendo. Es la sangre. Flujo en el oído a veces. Bueno, es un mar. Islas Glóbulos.

Asombroso realmente. Tan claro. Otra vez. George Lidwell sostenía su murmullo, oyendo: luego lo dejó a un lado, suavemente.

—¿Qué dicen las olas furiosas? —preguntó sonriendo.

Encantadora, marsonriendo y no contestando sonrió Lydia a Lidwell.

Tac.

Desde la abandonada caracola la señorita Mina se deslizó hasta su jarro en espera. No, no estaba tan sola, malignamente la cabeza de la señorita Douce hizo saber al señor Lidwell. Paseos a la luz de la luna junto al mar. No, no sola. ¿Con quién? Ella contestó noblemente: con un caballero amigo suyo.

Los dedos chispeantes de Bob Cowley volvieron a tocar en los agudos. El casero tiene preferen. John el Largo. El gran Ben, Big Ben. Con ligereza tocó un

ligero claro chispeante ritmo para señoras danzantes, malignas y sonrientes, y para sus galanes, caballeros amigos suyos. Uno: uno, uno, uno: dos, uno, tres, cuatro.

Mar, viento, hojas, trueno, aguas, vacas mugiendo, el mercado de ganado, gallos, las gallinas no cantan, las serpientes sisssean. Hay música en todas partes. La puerta de Rutledge: iii rechina. No, eso es ruido. El minueta de *Don Juan* está tocando ahora. Trajes de gala de todas clases bailando en salones de castillo. Desgracia. Los campesinos fuera. Caras verdes muertas de hambre comiendo hojas de acedera. Qué bonito. Mirad: mirad, mirad, mirad, mirad, mirad: nos miráis a nosotros.

Es alegre, lo noto. Nunca lo he escrito. ¿Por qué? Mi alegría es otra alegría. Pero las dos son alegrías. Sí, debe ser alegría. El mero hecho de la música demuestra que uno está. Muchas veces he creído que ella tenía murrias hasta que empezaba a canturrear. Entonces sabía.

La maleta de M'Coy. Mi mujer y tu mujer. Gata maullante: Como desgarrar seda. Cuando ella habla como el mango de un fuelle. No pueden arreglárselas para las duraciones de los hombres. Un agujero también en sus voces. Lléname. Estoy caliente, oscura, abierta. Molly en el *Quis est homo*: Mercadante. Mi oreja contra la pared para oír. Hace falta una mujer que sepa cumplir.

Trota trot trotó se paró. Elegante zapato claro del elegante Boylan calcetines moteados azul celeste bajaron ligeros a la tierra.

¡Ah, mire estamos tan! Música de cámara. Original, orinal. Se podría hacer un juego de palabras con eso. Es una clase de música en que pienso muchas veces cuando ella. La acústica, es lo que pasa. Tintineo. Los cacharros vacíos son los que hacen más ruido. Porque la acústica, la resonancia cambia según que el peso del agua es igual a la ley de gravitación del agua. Como esas rapsodias de Liszt, húngaras, ojos gitanos. Perlas. Gotas. Lluvia. Plin plin plinplon plan plan plon plon plon. Ssss. Ahora. Quizá ahora. Antes.

Uno dio un toque a una puerta, uno tocó con un toque, toque toc Paul de Kock, con un ruidoso orgulloso con un tocón con un toc carracarracarra coc. Coccoc.

Tac.

—*Qui sdegno*, Ben —dijo Padre Cowley.

—No, Ben —intercaló Tom Kernan—, *El mozo rebelde*, nuestra habla natal.

—Sí, eso, Ben —dijo el señor Dedalus—. Hombres valientes y leales.

—Eso, eso —pidieron todos a una.

Me marchó. Vamos, Pat, vuelve. Ven. Vino, vino, no se quedó. A mí. ¿Cuánto?

—¿Qué tono? ¿Seis sostenidos?

—Fa sostenido mayor —dijo Ben Dollard.

Las garras extendidas de Bob Cowley aferraron los negros acordes de hondo sonido.

Tengo que marcharme, el príncipe Bloom dijo al príncipe Richie. No, dijo Richie. Sí, tengo. Con dinero por algún lado. Allá que va a correrse una juerga con su dolor de riñones. ¿Cuánto? Él oyeve lenguajedelabios. Uno con nueve. El penique para ti. Toma. Darle dos peniques de propina. Sordo, fastidiado. Pero quizá tiene mujer y familia en reserva que observa si sirve. Ji ji ji ji. Sordo sirviente conserva a su caterva.

Pero espera. Pero oye. Acordes oscuros. Lúgugugubres. Bajos. En una caverna del oscuro centro de la tierra. Mineral en ganga. Música en bruto.

La voz de la edad oscura, del desamor, de la fatiga de la tierra se aproximaba gravemente, y, dolorosa, llegaba desde lejos, desde encanecidas montañas, llamaba a los hombres valientes y leales. Al sacerdote buscaba, con él quería hablar unas palabras.

Tac.

La voz de barrítono de Ben Dollard. Haciendo todo lo que puede por decirlo. Graznar de vasto pantano sin hombre sin luna sin hembraluna. Otra bajada. En otros tiempos fue proveedor de marina mercante. Recuerdo: cordajes resinosos, faroles de barco. Quebró por el orden de diez mil libras. Ahora en el asilo Iveagh. Celda número tantos de tantos. La cerveza Bass Número Uno le trajo eso.

El sacerdote está en casa. El criado de un falso sacerdote le dio la bienvenida. Entre. El santo padre. Colas rizadas de acordes. Arruinarles. Destrozar sus vidas. Luego construirles celdas de asilo en que acabar sus días. Ninanana. Nanita nana. Muere, perro. Muere, perrito.

La voz de amonestación, solemne amonestación, les dijo que el joven había entrado en un salón solitario, les dijo qué solemnemente resonaron sus pasos allí, les dijo de la sombría cámara, del sacerdote revestido sentado para confesar.

Un buen chico. Ahora un poco reblandecido. Cree que va a ganar el jeroglífico en verso de *Respuestas*. Le entregaremos un billete nuevo de cinco libras. Pájaro posado incubando en un nido. “El canto del último ministril”, se creía que era. C, dos espacios, T, ¿qué animal doméstico? T guión R el más valiente navegante. Buena voz tiene todavía. No es un eunuco todavía con todas sus pertenencias.

Escucha. Bloom escuchaba. Richie Goulding escuchaba. Y junto a la puerta el sordo Pat, el calvo Pat, el apropiado Pat, escuchaba.

Los acordes hacían más lentos sus arpeggios.

La voz de penitencia y de dolor llegaba lenta, embellecida trémula. La barba contrita de Ben confesaba: *in nomine Domini*, en nombre de Dios. Se arrodilló. Se dio golpes de pecho, confesando: *mea culpa*.

Latín otra vez. Eso los sujeta como liga de pájaros. El sacerdote con el corpus de la comunión para aquellas mujeres. El tipo en la capilla funeraria, Malahide o Malamud, *ataúd, corpusnomine*. No sé dónde andará ahora esa rata. Escarba.

Tac.

Escuchaban: los Jarros y la señorita Kennedy, George Lidwell lidiando adalid, raso de busto lleno, Kernan, Sim.

La suspirante voz de pena cantaba. Sus pecados. Desde Pascua había blasfemado tres veces. Hijo de. Y una vez a la hora de la misa se fue a jugar. Una vez que junto al cementerio pasó y por el alma de su madre no rezó. Un mozo. Mozo rebelde.

Bronce, escuchando junto a la bomba de la cerveza, miraba fijamente a lo lejos. Rebosante de alma. No se da cuenta de que yo. Molly es fenomenal para ver si alguien la mira.

Bronce miraba fijamente a lo lejos. Un espejo ahí. ¿Es ese el lado mejor de su cara? Ellas lo saben siempre. Toque a la puerta. Ultimo toquecito del tocado.

Toc carracarra.

¿En qué piensan cuando oyen música? Manera de cazar serpientes de cascabel. La noche que Michael Gunn nos dio el palco. Afinando, eso es lo que más le gustaba al sha de Persia. Le recuerda hogar dulce hogar. Se sonó la nariz también en una cortina. Costumbre de su país quizá. Eso es música también. No tan mal como suena. Trompeteo. Rebuznan metales animales a través de trompas levantadas. Contrabajos, inermes, tajos en los costados. Vientos madera vacas mugientes. El piano de media cola abierto cocodrilo la música tiene quijadas. Viento madera, *woodwind* como el nombre de Goodwin.

Ella estaba muy guapa. Llevaba el traje azafrán, escotado, pertenencias a la vista. A clavo le olía el aliento siempre cuando se inclinaba a hacer una pregunta. Le dije lo que dice Spinoza en aquel libro del pobre papá. Hipnotizada, escuchando. Unos ojos así. Se inclinaba. Aquel tío en la galería mirando abajo hacia ella con sus gemelos a más y mejor. La belleza de la música hay que oírla dos veces. La naturaleza y las mujeres, media mirada. Dios hizo el campo y el hombre la melodía. Métense cosas. Filosofía. ¡Ah, diablos!

Todos se fueron. Todos cayeron. En el sitio de Ross cayó su padre, en Gorey todos sus hermanos. A Wexford, somos los mozos de Wexford, él quería. Último de su nombre y su raza.

Yo también, último de mi raza. Milly, estudiantillo. Bueno, quizá es culpa mía. Ningún hijo. Rudy. Ya es tarde. ¿Y si no? ¿Si no? ¿Si todavía?

No sentía ningún odio.

Odio. Amor. Esos son nombres. Rudy. Pronto seré viejo.

El Big Ben desplegaba su voz. Gran voz, dijo Richie Goulding, un rubor luchando en su pálido, a Bloom, pronto viejo pero cuando era joven.

Irlanda viene ahora. Mi país por encima del rey. Ella escucha. ¿Quién teme hablar de mil novecientos cuatro? Es hora de marcharse. He mirado bastante.

—*Bendígame, padre* —gritó Dollard el rebelde—, *bendígame y déjeme marchar*.

Tac.

Bloom miró, no bendito para marcharse. Se arregla matadora: a dieciocho chelines por semana. Los tipos sueltan la mosca. Hay que andar siempre a lo

que cae. Tan guapas y tan listas. Junto a las tristes olas del mar. El romance de una corista. Cartas leídas en el proceso por quebrantamiento de promesa. Del chichirrichín de su mampirrita. Risas en la sala de la audiencia. Henry. Yo nunca firmé eso. Qué nombre tan bonito tienes.

Caía la música, baja, melodía y palabras. Luego se apresuró. El falso sacerdote saliendo crujiente soldado de la sotana. Un capitán de la guardia. Se lo saben todo de memoria. El trino que les hace escalofriarse. Capitán de la gua.

Tac. Tac.

Escalofriada, ella escuchaba, inclinándose a oír con comprensión.

Cara vacía. Virgen diría yo: o sólo toqueteada. Escribir algo allí: página. Si no ¿qué se hace de ellas? Decaen, se desesperan. Las conserva jóvenes. Incluso se admiran a sí mismas. Veamos. Toquemos en ella. Labio, embocadura. Cuerpo de mujer blanca, una flauta viva. Soplar suave. Fuerte. Tres agujeros todas las mujeres. La diosa, no vi. Ellas lo quieren: no demasiada cortesía. Por eso las conquista él. Oro en tu bolsillo, metal duro en la cara. Los ojos en los ojos: canciones sin palabras. Molly, aquel organillero. Ella sabía que él quería decir que el mono estaba enfermo. O porque es tan parecido al español. Entienden también los animales de esa manera. Salomón entendía. Don de la naturaleza.

Ventriloquio. Mis labios cerrados. Pienso en el estóm. ¿Qué?

¿Quieres? ¿Tú? Yo. Quiero. Que. Tú.

Con ronca furia ruda el capitán maldecía. Hinchándose en apoplético hijo de perra. Una buena idea, hijo, venir. Una hora te queda de vida, tu última hora.

Tac. Tac.

Escalofrió ahora. Compasión que sienten. Enjugarse una lágrima por los mártires. Por todas las cosas que mueren, que quieren morir, que mueren por morir. Para eso nacen todas las cosas. Pobre señora Purefoy. Espero que haya terminado. Porque sus vientres.

Un ojo líquido de vientre de mujer observaba por debajo de un seto de pestañas, tranquilamente, oyendo. Se ve la verdadera belleza del ojo cuando no habla ella. En el río allá lejos. A cada lenta ondulación del seno en raso palpitante (su palpitante opulen) rosa roja subía lentamente, se hundía rosa roja. Latecorazón su aliento: aliento que es vida. Y todos los diminutos rizos de helecho temblaban de pelo de doncellez.

Pero mira. Las claras estrellas se desvanecen. ¡Oh rosa! Castilla. El albor. Ah Lidwell. Para él entonces, no para. Enfatuado. ¿Yo soy así? La veo desde aquí sin embargo. Tapones destapados, salpicaduras de espuma de cerveza, pilas de botellas vacías.

En el liso mango saliente de la bomba de la cerveza puso Lydia la mano ligeramente, regordetamente, déjelo en mis manos. Toda perdida en compasión por el rebelde. De acá para allá: de acá para allá: sobre el pulido mango (conoce los ojos de él, los míos, los de ella) su pulgar y su índice pasaron con

compasión: pasaron, volvieron a pasar y, tocando levemente, luego se deslizaron tan suavemente, lentamente, hacia abajo, una fresca firme blanca batuta esmaltada a través de su anillo deslizante.

Con un toc con un carra.

Tac. Tac. Tac.

Poseo esta casa. Amén. Rechinó los dientes furioso. Traidores a la horca.

Los acordes asintieron. Cosa muy triste. Pero tenía que ser.

Salir antes del final. Gracias, ha sido divino. Dónde tengo el sombrero. Pasar junto a ella. Puedo dejar este *Freeman*. La carta la tengo. ¿Y si fuera ella la? No. Anda, anda, anda. Como Cashel Boylo Connoro Coylo Tisdall Maurice Misdall Farrell, Aaaanda.

Bueno, tengo que. ¿Se va? Smtngquirsí. Blmslvntó. Sobre flor de centeno azul. Bloom se levantó. Oh. El jabón se nota más bien pegajoso atrás. Debo haber sudado: la música. La loción, acordarme. Bueno, hasta otra. Alta cali. La tarjeta dentro, sí.

Junto al calvo Pat en la entrada, esforzando el oído, pasó Bloom.

En el cuartel de Ginebra ese mozo murió. En Passage su cuerpo se sepultó. ¡Dolor! ¡Oh, éldolores! La voz del doliente cantor invitaba a dolorosa plegaria.

Junto a rosa, junto a seno en raso, junto a la mano acariciante, junto a fondillos de vasos, junto a botellas vacías, junto a tapones destaponados, saludando al irse, dejando atrás ojos y pelo de doncellez, bronce y pálido oro en profunda sombra de mar, pasó Bloom, suave Bloom, me siento tan solo Bloom.

Tac. Tac. Tac.

Rezad por él, rezaba el bajo de Dollard. Los que oís en paz. Exhalad una oración, verted una lágrima, buenos hombres, buena gente. Él fue el mozo rebelde.

Asustando al escuchante limpiabotas rebelde mozo limpiabotas Bloom en la entrada del Ormond oyó mugidos y rugidos de bravos, gruesas palmadas en la espalda, sus botas todas pisando, botas limpias no el limpiabotas. Coro general de echar un trago para hacerlo pasar. Me alegro de que evité.

—Vamos allá, Ben —dijo Simon Dedalus—. Válgame Dios, estás tan bueno como nunca.

—Mejor —dijo Tomgin Kernan—. La más incisiva interpretación de esa balada, por mi honor y mi alma que es así.

—Lablache —dijo Padre Cowley.

Ben Dollard voluminosamente avanzó en cachucha hacia la barra, poderosamente nutrido de alabanza y todo enorme y rosado, sobre pies de pesada pata, sus dedos gotosos chascando castañuelas en el aire.

El Big Benaben Dollard, Big Benben, Big Benben.

Rrr.

Y hondamente conmovidos todos, Simon trompeteando compasión por nariz de sirena marina, todos riendo, se le llevaron allá, a Ben Dollard, en gran júbilo.

—Tiene usted un aspecto rubicundo —dijo George Lidwell.

La señorita Douce se arregló la rosa para servir.

—Ben *machree* —dijo el señor Dedalus, palmeando la gruesa paletilla de Ben—. En forma como nadie, sólo que tiene un montón de tejido adiposo escondido alrededor de su persona.

Rrrrrrsss.

—La grasa de la muerte, Simon —gruñó Ben Dollard. Richie grieta en el laúd estaba sentado solo: Goulding, Collis, Ward. Incierto esperaba. El no pagado Pat también.

Tac. Tac. Tac. Tac.

La señorita Mina Kennedy acercó los labios al oído de Jarro Uno.

—El señor Dollard —murmuraron en voz baja.

—Dollard —murmuró Jarro.

Jarro Uno creyó: a la señ Kenn cuando ella: que él era Doll: ella Doll: el jar.

Murmuró que conocía ese nombre. El nombre le era familiar, mejor dicho. Mejor dicho, había oído ese nombre Dollard, ¿no es verdad? Dollard, sí.

Sí, dijeron los labios de ella con más ruido, el señor Dollard. Él cantó esa canción deliciosamente, murmuró Mina. Y *La última rosa del verano* era una canción deliciosa. A Mina le encantaba esa canción. A Jarro le encantaba la canción que a Mina.

Esta es la última rosa del verano Dollard marchado Bloom sintió viento retorciéndosele dentro.

Cosa de mucho gas esa sidra: astringente también. Espera. La oficina de Correos cerca de Reuben J un chelín y ocho peniques también. Acabar con eso. Dar esquinazo por la calle Greek. Ojalá no hubiera prometido reunirme. Más libre al aire. La música. Le da a uno en los nervios. La bomba de la cerveza. Su mano que mece la cuna gobierna el. Ben Howth. Que gobierna el mundo.

Lejos. Lejos. Lejos. Lejos.

Tac. Tac. Tac. Tac.

Por el muelle arriba iba Lionelleopold, niño malo Henry con carta para Mady, con dulzuras del pecado con ropas interiores para Raoul con métense cosas iba Poldy adelante.

Tac el ciego caminaba tictaqueando al tacto el bordillo tictaqueando, toque a toque.

Cowley se aturde con eso: una especie de borrachera. Mejor ceder sólo a medias al modo de un hombre con una virgen. Por ejemplo los melómanos. Todos oídos. No perderse una semimínima de temblor. Ojos cerrados. La cabeza asintiendo a compás. Chochez. Uno no se atreve a moverse. Pensar estrictamente prohibido. Siempre hablando de su manía. Murgas sobre notas.

Toda clase de intentos de hablar. Desagradable cuando se para porque uno no sabe nunca exac. El órgano en la calle Gardiner. El viejo Glynn cincuenta pavos al año. Extraño allá arriba en la jaula solo con registros y botones y teclas. Sentado todo el día al órgano. Musitando horas y horas, hablando solo o con el

otro que tira del fuelle. Gruñido furioso, luego chillido maldiciendo (quiere ponerse huata o no sé qué en su no no gritó ella), luego con suavidad de repente poquitito poquitito un vientecito de pito.

¡Puii! Un vientecito flauteó uiiii. A Bloom, en su pequeñito.

—¿Era él? —dijo el señor Dedalus, volviendo y trayendo la pipa—. Estuve con él esta mañana en lo del pobrecillo Paddy Dignam...

—Sí, el Señor tenga misericordia de él.

—Por cierto hay ahí un diapason en el...

Tac. Tac. Tac. Tac.

—Su mujer tiene una bonita voz. O tenía. ¿Eh? —preguntó Lidwell:

—Ah, debe ser el afinador —dijo, Lydia a Simonlione la primera vez que vi—, se lo olvidó cuando estuvo aquí.

Era ciego, dijo ella a George Lidwell la segunda vez que vi. Y tocaba tan exquisitamente, una delicia oír. Contraste exquisito: bronce de mina.

—¡Gritad! —gritó Ben Dollard, echando de beber—. ¡Desgañitaos!

—¡'asta! —gritó Padre Cowley. Rrrrrr.

Noto que necesito...

Tac. Tac. Tac. Tac. Tac.

—Mucho —dijo el señor Dedalus, mirando absorto una sardina descabezada.

Bajo la campana de los sándwiches yacía en un ataúd de pan una última, una solitaria, última sardina del verano. *Bloom*, florecer a solas.

—Mucho —miró absorto—. El registro bajo, con preferencia.

Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac. Tac.

Bloom pasaba por delante de Barry. Ojalá pudiera. Espera. Si tuviera a ese milagrero. Veinticuatro abogados en esa sola casa. Pleito. Amaos unos a otros. Montones de pergaminos. Los señores Saca y Perras tienen poderes notariales. Goulding, Collis, Ward.

Pero por ejemplo el tío que le da al bombo. Su vocación: la banda de Micky Rooney. No sé cómo se le ocurriría la primera vez. Sentado en casa después de tomar pies de cerdo con col digiriéndolo en la butaca. Ensayando su parte en la banda. Pom. Pomporrón. Divertido para su mujer. Piel de burro. Se les zurra toda la vida, luego aporrearles después de muertos. Pom. Aporrear. Parece ser como se llame *yashmak* digo *kismet*. Destino.

Tac. Tac. Un muchacho, ciego, con un bastón toqueteante, pasó tictaqueando delante del escaparate de Daly donde una sirena, con el pelo todo al viento (pero él no podía ver), soplabla bocanadas de sirena (el ciego no podía), sirena la bocanada más fresca de todas.

Instrumentos. Una brizna de hierba, concha de las manos de ella, luego soplar. Incluso peine y papel de seda se les puede sacar una melodía. Molly en camisón en la calle Lombard West, el pelo suelto. Supongo que cada clase de oficio ha hecho el suyo, ¿no ves? El cazador con un cuerno. Hoo. ¿A dónde cuerno? *Cloche. Sonnez la!* El pastor su flauta. El policía el silbato. ¡Llaves y

cerraduras! ¡El deshollinador! ¡Las cuatro en punto y sereno! ¡A dormir! Todo está perdido ya. ¿Tambor? Porrompón. Espera, ya lo sé. Pregonero. Ejecutor de la justicia. John el largo. Despertar a los muertos. Pon. Dignam. El pobrecillo *nominedomine*. Pon. Es música, quiero decir claro es todo pon pon pon eso que se llama *da capo*. Sin embargo se puede oír. Al marchar vamos marchando, vamos marchando. Pon.

De veras que debo. Fff. Anda que si lo hiciera en un banquete. Sólo es cuestión de costumbre el sha de Persia. Exhalar una oración, dejar caer una lágrima. De todos modos debía ser un poco estúpido para no ver que era un capitán de la gua. Embozado. No sé quién sería aquel tío junto a la tumba con el *macintosh* par. ¡Ah, la puta del callejón!

Una puta sucia con sombrero ladeado de paja negra de marinero salía a la luz con mirada vidriosa a lo largo del muelle hacia el señor Bloom. La primera vez que vio esa forma seductora. Sí, eso es. Me siento tan solo. Noche húmeda en el callejón. Cuerno. ¿Adónde? ¿Tenía la? Tenía él. Vioella. Fuera de su ronda por aquí. ¿Ella qué es? Espero que ella. ¡Chsst! ¿Me daría ropa a lavar? Conocía a Molly. Me había localizado. La señora gruesa que está contigo con el traje marrón. Le deja a uno desconcertado. Esa cita que hicimos. Sabiendo que nunca nosotros, bueno casi nunca. Demasiado cara demasiado cerca de hogar dulce hogar. ¿Me ve, de veras? Parece un espantajo a la luz del día. Cara de sebo. ¡Maldita sea! Bueno, tiene que vivir como los demás. Miremos aquí dentro.

En el escaparate de las antigüedades de Lionel Mark el altanero Henry Lionel Leopold querido Henry Flower seriamente el señor Leopold Bloom se encaró con candelabro acordeón rezumantes fuelles mohosos. Ganga: seis pavos. Podría aprender a tocar. Barato. Dejarla pasar. Claro que todo es caro si no te hace falta. Ahí es donde están los buenos vendedores. Te hacen comprar lo que ellos quieren vender. El tío que me vendió la navaja sueca con que me afeitó. Ahora está pasando ella. Seis pavos.

Debe ser la sidra o quizá el borgoñ.

Cerca de Bronce de cerca cerca de Oro de lejos clinclineaban todos sus vasos clinclineantes, ojos brillantes y valientes, ante bronce Lydia tentadora última rosa del verano, rosa de Castilla. Primero Lid, De, Cow, Ker, Doll, una quinta: Lidwell, Sim Dedalus, Bob Cowley, Kernan y Big Ben Dollard.

Tac. Un joven entró en el desierto hall del Ormond.

Bloom observaba un valiente héroe retratado en el escaparate de Lionel Mark. Las últimas palabras de Robert Emmet. Las siete palabras. De Meyerbeer es.

—Hombres leales como vosotros hombres.

—Eso, eso, Ben.

—Levantarán su vaso con nosotros. Lo levantaron.

Clincl. Clanc.

Tic. Un muchacho sin ver estaba en la puerta. No veía a Bronce. No veía a Oro. Ni a Ben ni a Bob ni a Tom ni a Sim ni a George ni a Jarros ni a Richie ni a Pat. Ji ji ji ji. No ve quién hay aquí.

Sientobloom, grasientobloom observaba las últimas palabras. Suavemente. *Cuando mi patria ocupe su lugar entre.*

Prrpr.

Debe ser el borg.

Fff. Uu. Rrpr.

Las naciones de la tierra. Nadie detrás. Ella ha pasado. *Entonces y no hasta entonces.* Tranvía. Cran, cran, cran. Buena oport. Viniendo. Crandlcrancran. Estoy seguro de que es el borgoñ. Sí. Una, dos. *Mi epitafio sea.* Carraaa. *Escrito.* He.

Prrpffrrppfff.

Terminado.

Estaba yo echando una parrafada con el viejo Troy, el de la Policía Municipal, ahí en la esquina de Arbour Hill, y en esto, maldita sea, pasó un cabrón de deshollinador y casi me metió la herramienta en un ojo. Me doy la vuelta para echarle una buena encima cuando a quién veo vagueando por Stony Batter sino al mismísimo Joe Hynes.

—Eh, Joe —digo yo—. ¿Cómo anda el asunto? ¿Has visto a ese cabrón de deshollinador que casi me saca el ojo con el cepillo?

—El hollín da suerte —dice Joe—. ¿Quién es ese pesado que hablaba contigo?

—El viejo Troy —digo yo—, estaba en la policía. Casi estoy por denunciar a ese tío por estorbar la circulación con sus escobas y sus escaleras.

—¿Y tú qué andas haciendo por aquí? —dice Joe.

—Poca cosa —digo yo—. Hay un viejo zorro, un jodido ladrón allá junto a la iglesia del cuartel en la esquina de Chicken Lane —el viejo Troy me estaba contando algo de él— que se le ha llevado la mar de té y azúcar a pagar a tres chelines por semana, diciendo que tenía una granja en el condado de Down, a ese retaco que se llama Moses Herzog, ahí cerca en la calle Heytesbury.

—¡Un circuncidado! —dice Joe.

—Eso —digo yo—. Un tío un poco chalado. Un viejo fontanero llamado Geraghty. Llevo quince días encima de él y no le puedo sacar un penique.

—¿En eso andas ahora pringando? —dice Joe.

—Eso —digo yo—. ¡Cómo han caído los poderosos! Cobrador de deudas imposibles y dudosas. Pero el cabrón éste es el más famoso ladrón que se pueda encontrar por el mundo, con esa cara toda marcada de viruelas, que parece un colador. *Dígale, dice, que le desafío, dice, y le vuelvo a desafiar a que le mande a usted otra vez por aquí, y si lo hace, dice, le haré convocar ante el juzgado, sí que lo haré, por actividad comercial sin licencia.* ¡Y eso después de haberse hinchado hasta reventar! Qué demonio, me daba risa de ese judío bajito subiéndose por las paredes. *Él beber mis té. El comer mis azúcares. ¿Por qué él no pagar mis dineros?*

Por mercancías no fungibles adquiridas a Moses Herzog, Parade Saint Kevin 13, distrito Wood Quay, del comercio, en lo sucesivo designado como el Vendedor, y vendidas y entregadas al señor Michael E. Geraghty, domiciliado en Arbour Hill 29, en la ciudad de Dublín, distrito Arran Quay, en lo sucesivo designado como el Comprador, a saber, cinco libras medida legal de té de

primera calidad a tres chelines por libra medida legal y cuarenta y dos libras medida legal de azúcar molida cristalizada, a tres peniques la libra medida legal, el mencionado Comprador es deudor al mencionado Vendedor de una libra cinco chelines y seis peniques por la mercancía recibida cuya suma será pagada por dicho Comprador a dicho Vendedor en plazos semanales cada siete días de calendario a razón de tres chelines cero peniques: y las mencionadas mercancías no serán empeñadas ni pignoradas ni enajenadas de ningún otro modo por el mencionado Comprador sino que serán y permanecerán y se considerarán como sola y exclusiva propiedad del mencionado Vendedor pudiendo éste disponer a su voluntad y placer de ellas hasta que la mencionada suma haya sido debidamente pagada en la forma establecida por la presente en el día de hoy en acuerdo por una parte entre el mencionado Vendedor, sus herederos, sucesores, apoderados y representantes, y por la otra parte el mencionado Comprador, sus herederos, sucesores, apoderados y representantes.

—¿Eres un abstemio riguroso? —dice Joe.

—No tomo nada entre tragos —digo yo.

—¿Y qué tal si presentáramos nuestros respetos al amigo? —dice Joe.

—¿Quién? —digo yo—. Seguro que ése está en San Juan de Dios, chiflado del todo, el pobre.

—¿De beberse lo suyo? —dice Joe.

—Eso —digo yo—. Whisky y agua en los sesos.

—Vamos a dar una vuelta por Barney Kiernan —dice Joe—. Quiero ver al Ciudadano.

—Vamos a ver al bueno de Barney —digo yo—. ¿Algo raro o notable, Joe?

—Ni hablar —dice Joe—. Estuve ahí, en esa reunión en el City Arms.

—¿Qué era eso, Joe? —digo yo.

—Tratantes de ganado —dice Joe—, por lo de la glosopeda. Quiero contarle algo de eso al Ciudadano.

Así que nos fuimos por el cuartel de Linenhall y por detrás del Juzgado charlando de unas cosas y otras. Un buen muchacho, ese Joe, cuando está en buena forma, pero seguro que eso no pasa nunca. Coño, no le podía sacar de lo de ese jodido del astuto Geraghty, ladrón en pleno día. Por comercio sin licencia, decía.

En la bella Inisfail se extienden unas tierras, las tierras del Venerable Michan. Allí se yergue una torre vigilante ante los ojos de cuantos moran en la lejanía. Allí duermen los poderosos difuntos como durmieron en vida, guerreros y príncipes de elevada fama. Una placentera tierra es ésa en verdad, con murmurantes aguas, con corrientes ricas en peces, donde juegan el salmonete, el sollo, la carpa, el hipogloso, la merluza gibosa, el salmón, el róbalo, el mero, el lenguado, los peces comunes en mezcla general y otros ciudadanos del reino acuoso demasiado numerosos para ser enumerados. En las suaves brisas del oeste y del este, los altaneros árboles balancean en

diferentes direcciones su follaje de primera clase, el balsámico sicomoro, el cedro del Líbano, el exaltado plátano, el eugénico eucalipto y otros ornamentos del mundo arbóreo de que está absolutamente bien provista esa región. Amables doncellas están sentadas en cercana proximidad a las raíces de los amables árboles cantando las más amables canciones mientras juegan con toda clase de amables objetos como por ejemplo áureos lingotes, argentinos peces, barriletes de arenques, cajas de anguilas, bacalaos, cestos de estrellas de mar, violáceas gemas de mar y juguetones insectos. Y hay héroes que vienen desde lejos en expedición a cortejarlas, desde Elbana a Slievemargy, los impares príncipes del indomable Munster y de Connacht el justo y del suave y blando Leinster y de la tierra de Cruachan y de Armach la espléndida y del noble distrito de Boyle: príncipes hijos de rey.

Y allí se yergue un refulgente palacio cuyo chispeante techo cristalino es observado por los navegantes que atraviesan el ancho mar en embarcaciones construidas expresamente para ese fin, y allá acuden todas las manadas y las reses cebadas, y las primicias de esa tierra, pues O'Connell Fitzsimon recibe diezmos de ellas, caudillo descendiente de caudillos. Hacia allá llevan las enormes carretas mieses de los campos, cestos de coliflores, carretadas de espinacas, rodajas de piña, judías de Rangún, sartas de tomates, panes de higos, ristras de nabos suecos, esféricas patatas y gran variedad de iridiscentes coles, de York y de Saboya, y bateas de cebollas, perlas de la tierra, y cestillos de setas y calabazas amarillas y gruesas algarrobas y cebada y colza, y manzanas rojas verdes amarillas pardas bermejas dulces gordas amargas maduras y abultadas, y canastillos de fresas, y cestillos de grosellas pulposas y pelosas, y fresas dignas de príncipes y frambuesas en rama.

Le desafío, dice él, y le vuelvo a desafiar. ¡Sal acá fuera, jodido Geraghty, famoso salteador de caminos!

Y por la misma senda acuden los innumerables rebaños de carneros con cencerros y ovejas paridas y corderos recién esquilados y lechales y gansos de otoño y novillos y yeguas relinchantes y terneros descornados y ovejas de lana larga y ovejas de corral y becerros de primera de Cuffe y marranas y cerdas de vientre y cerdos cebados y las variadas y diferentes variedades de ganado porcino altamente distinguido y becerros de Angus y jóvenes toros de immaculado árbol genealógico, juntamente con excelentes vacas de leche y bueyes ganadores de premios: y allí se oye siempre un pisotear, cacarear, rugir, mugir, balar, aullar, roncar, gruñir, rumiar, morder, mascar, de ovejas y cerdos y vacas de pesada pezuña, llegados de los pastos de Lush y Rush y Carrickmines y de los bien regados valles de Thomond, de los vapores de M'Gillicuddy y del inaccesible y señorial Shannon el insondable, y de los suaves declives del lugar de la raza de Kiar, con las ubres distendidas por la sobreabundancia de leche, y barricas de mantequilla y cuajos de queso y requesones y pechos de cordero y celemines de maíz y oblongos huevos, a centenares y centenares, variados en tamaño, el ágata con el ámbar.

Así que fuimos a parar a la taberna de Barney Kiernan y allí por supuesto que estaba el Ciudadano en el rincón, metido en conversación con él mismo y con su jodido chucho sarnoso, Garryowen, y esperando a que le lloviera del cielo algo de beber.

—Ahí está —digo yo—, en su agujero, con su jarro y su cargamento de papeles, trabajando por la causa.

El jodido chucho echó un gruñido como para poner carne de gallina. Sería una obra de misericordia corporal si alguien le quitase la vida a ese podrido perro. Me han asegurado que se le comió una buena parte de los calzones a un guardia de Santry que había venido una vez con un papel azul por una licencia.

—¿Quién vive? —dice él.

—Está bien, Ciudadano —dice Joe—. Amigos.

—Adelante, amigos —dice él.

Entonces se restriega la mano en el ojo, y dice:

—¿Qué piensan de cómo están los tiempos?

Haciéndose el perdonavidas y el rey de la montaña. Pero, caray, Joe estuvo a la altura de las circunstancias.

—Creo que el mercado está en alza —dice, deslizándose la mano entre las piernas.

Así que, coño, el Ciudadano se da una palmada con la zarpa en la rodilla y dice:

—Las guerras extranjeras tienen la culpa.

Y dice Joe, metiéndose el pulgar en el bolsillo:

—Son las ganas de tiranizar de los rusos.

—Venga, basta ya de joder con estupideces, Joe —digo yo—, tengo encima una sed que no la vendería por media corona.

—A ver qué va a ser, Ciudadano —dice Joe.

—Vino del país —dice él.

—¿Y tú?

—Ídem MacAnaspey —digo yo.

—Tres pintas, Terry —dice Joe—. ¿Y cómo está ese viejo corazón, ciudadano? —dice.

—Nunca mejor, *a chara* —dice él—. ¿Qué, Garry? ¿Vamos a ganar? ¿Eh?

Y con eso, agarró por la piel del cuello a su jodido viejo chucho y, coño, casi lo estranguló.

La figura sentada en una enorme roca al pie de una redonda torre era la de un héroe de anchos hombros de profundo pecho de recios miembros de ojos francos de pelo rojo de pecas abundantes de barba hirsuta de boca ancha de nariz grande de cabeza larga de voz profunda de rodillas desnudas de manos musculosas de piernas velludas de rostro bermejo de brazos nervudos. De hombro a hombro medía varias varas y sus rodillas montañosas y pétreas estaban cubiertas, como lo estaba igualmente el resto de su cuerpo donde quiera que era visible, por una recia espesura de punzante y fulvo pelo

semejante en color y dureza al tojo de montaña (*Ulex europaeus*). Las narices de anchas aletas, de las cuales emergían briznas del mismo color fulvo, eran de tal capacidad que en su cavernosa oscuridad podría haber alojado fácilmente su nido la alondra campesina. Los ojos, en que una lágrima y una sonrisa luchaban perpetuamente por el predominio, tenían las dimensiones de unas coliflores de buen tamaño. Una poderosa corriente de cálido aliento surgía a intervalos regulares de la profunda cavidad de su boca, mientras, en rítmica resonancia, los sonoros, recios y saludables retumbos de su tremendo corazón tronaban rumorosamente haciendo vibrar y temblar el suelo, la cima de la altiva torre y las aún más altivas paredes de la caverna.

Vestía un largo ropaje sin mangas de piel de buey recién desollado que le llegaba a las rodillas en amplia falda e iba ceñido en torno por un cinturón de paja y juncos trenzados. Debajo de eso llevaba bragas de piel de ciervo, toscamente cosidas con tripa. Sus extremidades inferiores iban enfundadas en altos borceguíes de Balbriggan teñidos con púrpura de liquen, estando sus pies calzados con abarcas de piel de vaca curtida con sal, enlazadas con tráqueas del mismo animal. De su cinturón pendía una fila de guijarros de mar que se balanceaban a cada movimiento de su prodigiosa figura, y en ellos estaban grabadas, con arte tosco pero impresionante, las imágenes tribales de numerosos héroes y heroínas de la antigüedad, Cuchulin, Conn el de las cien batallas, Niall el de los nueve rehenes, Brian de Kincora, el Ardri Malachi, Art MacMurragh, Shane O'Neill, el Padre John Murphy, Owen Roe, Patrick Sarsfield, Red Hugh O'Donnell, Red Jim MacDermott, Soggarth Eoghan O'Growney, Michael Dwyer, Francy Higgins, Henry Joy M'Cracken, Goliat, Horace Wheatley, Thomas Conneff, Peg Woffington, el Herrero de la Aldea, el Capitán Clarodeluna, el Capitán Boycott, Dante Alighieri, Cristóbal Colón, San Fursa, San Brandán, Marshall McMahon, Carlomagno, Theobald Wolfe Tone, la Madre de los Macabeos, el Último Mohicano, la Rosa de Castilla, el Representante de Galway, el Hombre que Hizo Saltar la Banca en Montecarlo, el Hombre en la Brecha, la Mujer que Dijo No, Benjamin Franklin, Napoleón Bonaparte, John L. Sullivan, Cleopatra, Savourneen Deelish, Julio César, Paracelso, Sir Thomas Lipton, Guillermo Tell, Miguel Ángel, Hayes, Mahoma, la Novia de Lammermoor, Pedro el Ermitaño, Pedro el Enredador, Rosaleen la Morena, Patrick W. Shakespeare, Brian Confucio, Murtagh Gutenberg, Patricio Velázquez, el Capitán Nemo, Tristán e Isolda, el primer Príncipe de Gales, Thomas Cook e Hijo, el Soldadito Valiente, Arrah na Pogue, Dick Turpin, Ludwig Beethoven, la Bella Irlandesita, Waddler Healy, Angus el Culdee, Dolly Mount, Sidney Parade, Ben Howth, Valentine Greatrakes, Adán y Eva, Arthur Wellesley, Boss Croker, Heródoto, Jack el Matagigantes, Gautama Buda, Lady Godiva, el Lirio de Killarney, Balor el del Mal de Ojo, la Reina de Saba, Acky Nagle, Joe Nagle, Alessandro Volta, Jeremiah O'Donovan Rossa, Don Philip O'Sullivan Beare. Una jabalina de granito aguzado descansaba tendida junto a él mientras a sus pies reposaba un salvaje animal de la tribu canina, cuyos

jadeos estertorantes anunciaban que estaba sumido en inquieta somnolencia, suposición confirmada por roncos gruñidos y movimientos espasmódicos que su amo reprimía de vez en cuando mediante tranquilizadores golpes de un poderoso garrote toscamente formado con piedra paleolítica.

El caso es que Terry trajo las tres pintas a que invitaba Joe y coño casi me quedé ciego cuando le vi alargar una libra. Vaya, como que te lo estoy contando. Un soberano de la mejor pinta.

—Y queda más en el sitio de donde he sacado éste —dice.

—¿Has robado el cepillo de los pobres, Joe? —digo yo.

—El sudor de mi frente —dice Joe—. Fue el prudente caballero quien me dio el consejo.

—Le vi antes de encontrarme contigo —digo yo—, dando vueltas por Pill Lane y la calle Greek, con sus ojos de besugo, pasando revista al detalle.

¿Quién viene a través de la tierra de Michan, revestido de armadura sable? O'Bloom, el hijo de Rory: él es. Inaccesible al miedo es el hijo de Rory, el del alma prudente.

—Por la vieja de la calle Prince —dice el Ciudadano—, el órgano subvencionado. El partido juramentado en la Cámara de Diputados. Y miren el maldito papelucho —dice—. Mírenlo —dice—. El *Irish Independent*, nada menos, fundado por Parnell para ser el amigo de los trabajadores. Escuchen los nacimientos y muertes en el *Irlandés, todo por Irlanda independiente*, y muchas gracias, y también las bodas.

Y empieza a leer en voz alta:

—Gordon, Barnfield Crescent, Exeter: Redmayne de Iffley, Saint Anne on Sea, esposa de William T. Redmayne, un niño. ¿Qué tal eso, eh? Wright y Flint, Vincent y Gillett, con Rotha Marion hija de Rosa y del difunto George Alfred Gillett, 179 Clapham Road, Stockwell, Playwood y Risdale en Saint Jude, Kensington, ante el muy reverendo Dr. Forrest, Deán de Worcester, ¿eh? Fallecimientos. Bristow, en Whitehall Lane, Londres: Carr, Stoke, Newington, de gastritis y fallo cardíaco: Cockburn, en Moat House, Chepstow...

—Conozco a ése —dije Joe—, por amarga experiencia.

—Cockburn. Dimsey, esposa de David Dimsey, que fue del Almirantazgo: Miller, Tottenham, a la edad de ochenta y cinco años: Welsh, 12 de junio, 35 Canning Street, Liverpool, Isabella Helen. No está nada mal eso como prensa nacional, ¿eh, hijito mío? ¿Qué le parece eso a Martin Murphy, el negociante de Bantry?

—Ah, bueno —dice Joe, pasando a la redonda los tragos—. Gracias a Dios que nos han dejado atrás. Bébetelo, Ciudadano.

—Muy bien —dice él—, honorable amigo.

—A la salud, Joe —digo yo—. Y liquidado.

¡Ah! ¡Oh! ¡No me hablen! Yo estaba que me moría de necesidad de ese trago. Como que me ve Dios que lo oí dar en el fondo de mi estómago con un chasquido.

Y he aquí que mientras ellos apuraban su cáliz de alegría, entró un mensajero divinal, radiante como el ojo del cielo, un joven apuesto, y tras de él pasó un anciano de nobles andares, llevando los sagrados rollos de la ley, y con él su noble esposa, dama de linaje impar, la más hermosa de su raza.

El pequeño Alf Bergan se metió de un salto por la puerta y se escondió en la trastienda de Barney, doblado en dos de la risa, y quién diréis que estaba allí sentado en el rincón, que no lo había visto yo, roncando borracho, ciego al mundo, nada menos que Bob Doran. Yo no sabía qué pasaba y Alf seguía haciendo señales de mirar afuera. Y coño resulta que era el jodido viejo payaso de Denis Breen en sus pantuflas de baño con dos librotes metidos bajo el sobaco y la mujer al trote detrás de él, desgraciada mujer de pena, trotando como un perrito. Creí que Alf se partía.

—Mírale —dice—. Breen. Está dando vueltas por todo Dublín con una postal que le ha mandado alguien con V. E.: ve, y él va a armar un plei...

Y se doblaba.

—¿A armar qué?

—Un pleito por injuria —dice—, por diez mil libras.

—¿Qué mierda! —digo yo.

El jodido chucho empezó a gruñir que daba pánico viendo que pasaba algo pero el Ciudadano le dio una patada en las costillas.

—*Bi i dho husht* —dice.

—¿Quién? —dice Joe.

—Breen —dice Alf—. Estuvo con John Henry Menton y luego se fue a Collis y Ward y luego se le encontró Tom Rochford y le mandó a ver al ayudante del sheriff para gastarle una broma. Válgame Dios, me duele de reír. V. E.: ve. El tío largo le miró de arriba a abajo y ahora el viejo chiflado se ha ido a la calle Green a buscar un policía.

—¿Cuándo va a ahorcar John el largo a aquel tío en Mountjoy? —dice Joe.

—Bergan —dice Bob Doran, despertando— ¿Es Alf Bergan?

—Sí —dice Alf—. ¿A ahorcarle? Espera que te lo enseñe. Ea, Terry, échanos otro trago. ¡Ese viejo chocho! Diez mil libras. Tendríais que haber visto la cara con que le miró John el largo. V. E. ...

Y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —dice Bob Doran—. ¿Es Bergan?

—Date prisa, Terry querido —dice Alf.

Terence O’Ryan le oyó y al punto le trajo un cristalino cáliz rebosante de la espumosa cerveza de color ébano que los nobles mellizos Bungiveagh y Bungardilaun destilan eternamente en sus divinas barricas, astutos cual los hijos de la imperecedera Leda. Pues ellos reúnen las succulentas bayas del lúpulo y las amontonan y las aplastan y las hacen hervir y con ellas mezclan ácidos jugos y llevan el mosto al sagrado fuego y ni de día ni de noche cesan en su menester, esos astutos hermanos, señores del tonel.

Y entonces tú, oh caballeroso Terence, escanciaste, cual nacido para ello, el nectarado brebaje, y tú ofreciste el cristalino cáliz a aquel que sufría sed, alma de la caballería, semejante en belleza a los inmortales.

Pero él, el joven jefe de los O'Bergan, no sufrió ser vencido en generosas hazañas sino que al punto ofreció con gracioso gesto un tostón del más precioso bronce. En él, en relieve por excelente obra de forjador, se veía la imagen de una reina de majestuoso porte, retoño de la casa de Brunswick, Victoria por nombre, Su Excelentísima Majestad por la gracia de Dios del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y de los dominios británicos allende el mar, Reina, Defensora de la Fe, Emperatriz de la India, ella, la misma que blandía el cetro, victoriosa sobre muchos pueblos, la bienamada, pues la conocían y la amaban desde el orto del sol hasta su ocaso, los pálidos, los oscuros, los rubicundos y los etíopes.

—¿Qué anda haciendo ese jodido masón —dice el Ciudadano—, de un lado para otro por la acera?

—¿Qué pasa? —dice Joe.

—Aquí tenéis —dice Alf, sacando la pasta—. Hablando de ahorcar. Os voy a enseñar algo que no habéis visto nunca. Cartas de verdugos. Mirad aquí.

Y sacó del bolsillo un fajo de jirones de cartas y sobres.

—No vengas con bromas —digo yo.

—Palabra —dice Alf—. Leedlas.

Y Joe cogió las cartas.

—¿De quién te ríes? —dice Bob Doran.

Conque vi que se iba a armar un poco de polvareda. Bob es un tío raro cuando se le sube el trago a la cabeza, así que digo yo, sólo para dar conversación:

—¿Qué hace ahora Willy Murray, Alf?

—No sé —dice Alf—. Le acabo de ver en la calle Capel con Paddy Dignam. Sólo que yo iba corriendo detrás de ése...

—¿Que tú qué? —dice Joe, tirando las cartas—. ¿Con quién?

—Con Dignam —dice Alf.

—¿Con Paddy? —dice Joe.

—Sí —dice Alf—. ¿Por qué?

—¿No sabes que se ha muerto? —dice Joe.

—¿Paddy Dignam se ha muerto? —dice Alf.

—Sí —dice Joe.

—Seguro que no hace cinco minutos que le he visto —dice Alf—, tan claro como el agua.

—¿Quién se ha muerto? —dice Bob Doran.

—Entonces has visto su espíritu —dice Joe—: Dios nos libre de mal.

—¿Cómo? —dice Alf—. Dios mío, hace cinco... ¿Cómo?... Y Willy Murray con él, los dos ahí cerca de como se llame... ¿Cómo? ¿Dignam se ha muerto?

—¿Qué pasa con Dignam? —dice Bob Doran—. ¿Quién habla de...?

—¡Muerto! —dice Alf—. No se ha muerto más que tú.

—A lo mejor —dice Joe—. En todo caso esta mañana se han tomado la libertad de enterrarle.

—¿A Paddy? —dice Alf.

—Sí —dice Joe—. Ha pagado su deuda a la naturaleza. Dios le haya perdonado.

—¡Válgame Dios! —dice Alf.

Coño se quedó de verdad hecho polvo.

En la tiniebla se sintieron aletear manos de espíritus y cuando se hubo dirigido la oración según los tantras en la dirección conveniente, una leve pero creciente luminosidad de luz de rubí se hizo visible poco a poco, siendo particularmente realista la aparición del doble etéreo mediante la descarga de rayos jívicos desde la coronilla y la cara. Se estableció comunicación mediante la glándula pituitaria y también por medio de rayos de ardiente anaranjado y escarlata que emanaban de la región sacra y el plexo solar. Interrogado por su nombre terrenal en cuanto a su paradero en el mundo de los cielos aseveró que andaba ahora en la senda del prālāyā o retorno pero que todavía estaba sometido a juicio en manos de ciertas entidades sanguinarias en los niveles astrales inferiores. En respuesta a una pregunta sobre sus primeras sensaciones en la gran divisoria del más allá, aseveró que previamente había visto como en un espejo, oscuramente, pero que los que habían pasado más allá tenían cimeras posibilidades de desarrollo átmico abiertas ante ellos. Interrogado en cuanto a si la vida de allá se parecía a nuestra experiencia en la carne, afirmó que había oído decir de seres ahora más favorecidos en el espíritu que sus mansiones estaban equipadas con toda clase de comodidades domésticas tales como tālāfānā, āszānsār, āguācālāntā, wātārclāsāt, y que los más elevados adeptos estaban empapados en olas de voluptuosidad de la más pura naturaleza. Habiendo solicitado una taza de leche agria, se trajo y evidentemente produjo alivio. Preguntado si tenía algún mensaje para los vivos exhortó a todos los que todavía estaban en el lado de acá del Maya a que reconocieran la verdadera senda, pues se había oído decir en los círculos devánicos que Marte y Júpiter se disponían a producir desgracias en el ángulo oriental donde tiene poder el Carnero. Se interrogó entonces si había algunos deseos especiales por parte del difunto y la respuesta fue: *Os saludamos, oh amigos de la tierra que todavía estáis en el cuerpo. Cuidado con C. K. que no se aproveche demasiado.* Se comprobó que la referencia era al señor Cornelius Kelleher, gerente del conocido establecimiento funerario de los Sres. H. J. O'Neill, amigo personal del difunto, que había sido responsable de llevar a cabo la organización del entierro. Antes de partir solicitó que se le dijera a su querido hijo Patsy que la otra bota que había estado buscando se encontraba al presente bajo la cómoda del cuarto del descansillo y que había que mandar el par a Cullen a que le pusiera medias suelas solamente porque los tacones todavía estaban buenos. Afirmó que esto había perturbado grandemente su paz de ánimo en la otra región y solicitaba con empeño que se diera a conocer su deseo.

Se dieron seguridades de que se prestaría atención al asunto y se obtuvo indicación de que esto había producido satisfacción.

Ha partido de las moradas de los mortales: O'Dignam, sol de nuestra mañana. Ligero era su pie en el brezal: Patrick el de la frente radiante. Gime, oh Banba, con tu viento: y gime tú, oh océano, con tu torbellino.

—Ya está ahí ése otra vez —dice el Ciudadano, mirando afuera con fijeza.

—¿Quién? —digo yo.

—Bloom —dice él—. Está ahí de guardia, de un lado para otro, desde hace diez minutos.

Y, coño, vi su jeta asomarse a atisbar dentro y luego escabullirse otra vez.

El pequeño Alf se había quedado de piedra. Palabra que sí.

—¡Válgame Dios! —dice—. Habría jurado que era él.

Y dice Bob Doran, con el sombrero echado atrás en la cholla, el peor chulo de Dublín cuando está tomado:

—¿Quién dijo que Cristo es bueno?

—¿Cómo, cómo? —dice Alf.

—¿Es bueno un Cristo —dice Bob Doran— que se lleva al pobrecillo Willy Dignam?

—Ah, bueno —dice Alf, tratando dejar correr—. Ya se han acabado sus penas.

Pero Bob Doran le arma una chillería.

—Es un jodido canalla —digo yo— por llevarse al pobrecillo Willy Dignam.

Terry se acercó y le guiñó el ojo para que se estuviera tranquilo, que no querían esa clase de conversación en un local respetable con todas las licencias. Y Bob Doran empieza a lloriquear por Paddy Dignam, tan verdad como que estás ahí.

—El hombre mejor que ha habido —dice, gimoteando—, el mejor carácter, el más puro.

Las jodidas lágrimas en el bolsillo. Diciendo majaderías. Más le valía irse a su casa con esa putilla callejera con que está casado, Mooney, la hija del ujier. La madre tenía una casa de putas en la calle Hardwicke donde andaba por el descansillo, que me lo contó Bantam Lyons que se había parado allí, a las dos de la mañana, como la parió su madre, enseñando su persona, entrada libre a todos, igualdad de oportunidades y no hay de qué.

—El más noble, el más leal —dice—. Y se ha ido, el pobrecillo Willy, el pobrecillo Paddy Dignam.

Y doliente y con el corazón oprimido lloraba la extinción de ese fulgor del cielo.

El viejo Garryowen empezó a gruñir otra vez a Bloom, que daba vueltas por la puerta.

—Entre, venga, que no le come —dice el Ciudadano. Conque Bloom se escurre adentro con sus ojos de besugo en el perro y le pregunta a Terry si estaba Martin Cunningham.

—Ah, Cristo MacKeown —dice Joe, leyendo una de las cartas—. Oíd ésta, ¿queréis?

Y empieza a leer una en voz alta:

7, Hunter Street, Liverpool

Al Sheriff Jefe de Dublín, Dublín.

Respetable señor deseo ofrecer mis servicios en el lamentable caso susodicho yo aorqué a Joe Gann en la cárcel de Bootle el 12 de febrero de 1900 y yo aorqué...

—Enséñanos, Joe —digo yo.

—...*al soldado Arthur Chace por el asesinato con agravantes de Jessie Tilsit en la cárcel de Pentonville y fui alludante cuando...*

—¡Jesús! —digo yo.

—...*Billington egecuta al terrible asesino Toad Smith...*

El Ciudadano echó mano a la carta.

—Espere un poco —dice Joe—: *tengo una habilidad especial para poner el lazo que cuando se mete ya no se puede escapar esperando ser favorecido quedo, respetable señor, mis onorarios es cinco guineas.*

H. Rumbold

Maestro Barbero

—Y un bárbaro con esas barbaridades es también ese barbero —dice el Ciudadano.

—Y qué garrapateos más sucios hace el desgraciado —dice Joe—. Ea, quitámelos de la vista, al demonio, Alf. Hola, Bloom —dice—, ¿qué va a tomar?

Así que empezaron a discutir la cosa, Bloom diciendo que no quería y no podía y que le excusara sin tomarlo a mal y todo eso y luego dijo bueno que tomaría un cigarro. Coño, es un tío prudente, no cabe duda.

—Danos uno de esos malolientes de primera, Terry —dice Joe.

Y Alf nos estaba contando que había un tío que había mandado una tarjeta de luto con el borde negro alrededor.

—Son todos barberos —dice—, que vienen de esa región tiznada, y ahorcarían a su padre por cinco pavos al contado y gastos de viaje.

Y nos contaba que hay dos tíos esperando abajo para tirarle de los talones cuando le dejan caer y estrangularle como es debido y luego cortan la cuerda en pedazos y venden los pedazos a unos pocos chelines por cabeza.

En la tierra oscura residen, los vengativos caballeros de la navaja de afeitar. Su mortal rollo de cuerda agarran: oh sí, y con él conducen al Erebo a cualquier ser humano que haya cometido acción de sangre pues de ninguna guisa lo he de sufrir así dijo el Señor.

Conque empiezan a hablar de la pena capital y naturalmente que Bloom sale con el porqué y el cómo y toda la cojonología del asunto y el viejo perro venga a olerle todo el tiempo que me han dicho que esos judíos tienen una especie de olor raro que echan para los perros a propósito de no sé qué efecto deterrente, y etcétera etcétera.

—Hay una cosa sobre la que no tiene efecto deterrente —dice Alf.

—¿Qué es? —dice Joe.

—El instrumento del pobre diablo que ahorcan —dice Alf.

—¿De veras? —dice Joe.

—Como que nos ve Dios —dice Alf—. Me lo contó el carcelero jefe que estaba en Kilmainham cuando ahorcaron a Joe Brady, el Invencible. Me dijo que cuando cortaron la cuerda después de dejarle caer, el instrumento seguía tieso como un asador delante de sus narices.

—La pasión dominante sigue siendo fuerte en la muerte —dice Joe—, como dijo alguien.

—Eso se puede explicar científicamente —dice Bloom—. Es sólo un fenómeno natural, comprenden, porque a causa de...

Y entonces empieza con sus trabalenguas sobre fenómeno y ciencia y este fenómeno y el otro fenómeno.

El distinguido científico Herr Professor Luitpold Blumenduft ofreció pruebas médicas demostrando que se podía calcular que la fractura instantánea de las vértebras cervicales y la consiguiente escisión de la médula espinal, conforme a las más acreditadas tradiciones de la ciencia médica, producirían inevitablemente en el sujeto humano un violento estímulo ganglionar de los centros nerviosos, dando lugar a que los poros de los *corpora cavernosa* se dilataran rápidamente de tal modo que se facilitaría instantáneamente el aflujo de la sangre a esa parte de la anatomía humana conocida como pene u órgano masculino, resultando en el fenómeno que los facultativos han denominado erección filo-progenitiva morbosa vertical-horizontal *in articulo mortis per diminutionem capitis*.

Así que claro el Ciudadano no esperaba más que esa consigna y empieza a darle al bla-bla a propósito de los Invencibles y la Vieja Guardia y los hombres del 67 y quién tiene miedo de hablar del 98, y Joe venga con él, a propósito de todos los tíos que fueron ahorcados, descuartizados y deportados por la causa en juicio sumarísimo y una nueva Irlanda y un nuevo esto y lo otro y lo de más allá. Hablando de nueva Irlanda, ya podía ir a buscarse un nuevo perro, de veras. Bicho costroso y comilón resoplando y olfateando por todas partes y rascándose la sarna y allá que va a Bob Doran que estaba invitando a Alf a una media pinta, a fastidiarle a ver qué puede sacar. Así que claro Bob Doran empieza a joder con estupideces con él:

—¡Dame la patita! ¡Dame la pata, perrito! El viejo perrito, tan bueno. ¡Dame acá la pata! ¡Dame la patita!

¡Mierda! Al cuerno la pata que le pateaba, y Alf venga a tratar de sostenerle para que no se cayera de su jodido taburete encima del jodido perro viejo y venga de hablar de toda clase de majaderías sobre domesticar con bondad y el perro de raza y el perro inteligente: para vomitar. Luego empieza a rascar unos pocos pedazos de galleta vieja del fondo de una lata de Jacob que le dijo a Terry que trajera. Coño, se los engulló como unas botas viejas y con la lengua colgándole dos palmos. Casi se come la lata y todo, jodido chucho hambriento.

Y el Ciudadano y Bloom venga a discutir sobre el asunto, los hermanos Sheares y Wolfe Tone allá en Arbour Hill y Robert Emmet y morir por la patria, el toque de Tommy Moore a propósito de Sara Curran y ella está lejos del país. Y Bloom, por supuesto, con su cigarro de postín que tiraba de espaldas y su cara grasienta. ¡Fenómeno! El montón de manteca con que se casó él también es un buen fenómeno, de un trasero con una hendidura como un juego de la rana. En los tiempos en que estaban en el hotel *City Arms* Pisser Burke me dijo que había allí una vieja con un sobrino patas largas un poco chiflado y Bloom trataba de metérsela en el bolsillo bailándole el agua y jugando con ella a la brisca a ver si pescaba algo de la herencia y sin comer carne los viernes porque la vieja era una beata y venga de sacar de paseo al atontado. Y una vez le llevó a dar una vuelta por las tabernas de Dublín y, qué coño, no dijo ni pío hasta que él lo trajo a casa más borracho que una cuba y dijo que lo había hecho para enseñarle los perjuicios del alcohol y, qué diablos, por poco no le asan las tres mujeres, la vieja, la mujer de Bloom y la señora O'Dowd que llevaba el hotel. Joder, qué risa cuando Pisser Burke las imitaba cómo se le echaban encima y Bloom con su *¿pero no comprenden? y pero por otra parte*. Y claro, lo más divertido es el que el atontado me dijeron que se iba luego a la tienda de Power el representante de bebidas, en la esquina de la calle Cope, y volvía a casa en coche sin poder ni andar cinco veces por semana después de haber hecho un recorrido por todo el muestrario del jodido establecimiento. ¡Fenómeno!

—A la memoria de los caídos —dice el Ciudadano levantando su vaso de media pinta y mirando a Bloom con ojos llameantes.

—Eso, eso —dice Joe.

—No comprende usted lo que quiero decir —dice Bloom—. Lo que quiero decir es...

—*Sinn Fein!* —dice el Ciudadano—. *Sinn fein amhain!* Los amigos que amamos están a nuestro lado y los enemigos que odiamos están frente a nosotros.

La postrera despedida fue emotiva en extremo. Desde los campanarios, cercanos y lejanos, el fúnebre doblar resonaba incesantemente mientras en torno al triste recinto retumbaba la fatídica amonestación de cien tambores destemplados puntuada por el cavernoso retumbar de los cañones de ordenanza. Los ensordecedores chasquidos del trueno y los deslumbrantes destellos del relámpago iluminando la espectral escena daban testimonio de que la artillería del cielo había prestado su pompa sobrenatural al ya horrendo espectáculo. Una lluvia torrencial se vertía desde las compuertas de los cielos iracundos sobre las cabezas descubiertas de la multitud allí congregada, que comprendía, según los cálculos más bajos, quinientas mil personas. Un destacamento de la policía Metropolitana de Dublín a las órdenes del comisario jefe en persona mantenía el orden en la vasta turba, para la cual la banda de viento y metal de la calle York amenizaba los intervalos ejecutando admirablemente en sus instrumentos con crespones negros la incomparable

melodía que la quejumbrosa musa de Speranza nos ha hecho cara desde la cuna. Rápidos trenes especiales de excursión y carros de bancos almohadillados habían sido proporcionados para comodidad de nuestras parentelas campestres, de que había amplios contingentes. Causaron considerable diversión los cantores callejeros, favoritos de Dublín, L-n-h-n y M-ll-g-n, que cantaron *La noche antes de que Larry estirase la pata* con su acostumbrado estilo regocijante. Nuestros dos inimitables excéntricos hicieron un excelente negocio vendiendo ejemplares de la letra entre aficionados al elemento cómico y nadie que tenga un hueco en su corazón para la auténtica diversión irlandesa sin vulgaridad les verá con malos ojos esos peniques laboriosamente ganados. Los niños del Hospicio de Niños y Niñas Huérfanos agolpados en las ventanas que dominaban la escena fueron deleitados por esa inesperada adición a los entretenimientos del día: a una palabra de elogio son acreedoras las Hermanitas de los Pobres por su excelente idea de proporcionar a los pobres niños sin padre ni madre un recreo verdaderamente instructivo. Los invitados de los virreyes, que incluían muchas damas bien conocidas, fueron guiados por Sus Excelencias a los lugares más favorables de la tribuna de honor mientras la pintoresca delegación extranjera, denominada Amigos de la Isla de Esmeralda, quedó acomodada en un tribuna exactamente enfrente. La delegación, presente en su integridad, consistía en el Commendatore Bacibaci Beninobenone (el semiparalítico decano del grupo, a quien hubo que ayudar a sentarse en su puesto mediante una poderosa grúa de vapor), Monsieur Pierrepaul Petitépant, el Grancuco Vladimiro Sparragof, el Archicuco Leopold Rudolph von Schwanzenbad-Hodenthaler, la Condesa Marha Virága Kisászony Putrápeshti, Hiram Y. Bomboost, Conde Athánatos Karamelópulos, Alí Babá Bakchich Rahat Lokum Effendi, Señor Hidalgo Caballero Don Pecadillo Palabras y Paternoster de la Malahora de la Malaria, Hokopoko Harakiri, Hi Hung Chang, Olaf Kobberkedelsen, Mynheer Trik van Trumps, Pan Poleaxe Paddyriski, Goosepond Prhklstr Kratchinabritchisitch, Herr Hurhausdirektorpräsident Hans Chuechli-Steuerli, Nazionalgymnasiummuseumsanatoriummundsuspensoriumsordinarprivatdozentgeneralhistoriespezialprofessordoktor Kriegfried Ueberallgemein. Todas las delegaciones sin excepción se expresaron en los más enérgicos y heterogéneos términos posibles en referencia a la innombrable barbaridad que se les había llamado a presenciar. Un vivo altercado (en que todos tomaron parte) tuvo lugar entre los Amigos de la Isla de Esmeralda en cuanto a si el ocho o el nueve de marzo era la fecha correcta del nacimiento del santo patrón de Irlanda. En el curso de la discusión se recurrió al uso de las bolas de cañón, paraguas, catapultas, rompecabezas, sacos de arena y lingotes de hierro dulce, intercambiándose golpes en abundancia. La mascota de la policía, McFadden, a quien se convocó desde Booterstown por mensajero especial, restableció rápidamente el orden y con fulgurante prontitud propuso el diecisiete del mes como solución equitativamente honrosa para ambas partes contendientes. La sugerencia del ingenioso gigantón sedujo inmediatamente a

todos y se aceptó por unanimidad. El agente McFadden fue cordialmente felicitado por todos los A. D. L. I. D. E., algunos de los cuales sangraban profusamente. Habiendo sido extraído de debajo de la silla presidencial el Commendatore Beninobenone, su asesor legal Avvocato Pagamimi explicó que los diversos artículos ocultos en sus treinta y dos bolsillos habían sido extraídos por él durante la refriega de los bolsillos de sus colegas más jóvenes con la esperanza de restituirles a su juicio. Los objetos (que incluían varios centenares de relojes de oro y plata de señora y caballero) fueron restituidos prontamente a sus legítimos poseedores y reinó sin discusión una armonía general.

Tranquilamente, sin presunción, Rumbold subió los escalones del patíbulo en impecable traje de luto y llevando en el ojal su flor predilecta, el *Gladiolus cruentus*. Anunció su presencia mediante esa suave tos rumboldiana que tantos han intentado (sin éxito) imitar: breve, meticulosa y, no obstante, tan característica de tal personaje. La llegada de ese verdugo de fama mundial fue saludada por un rugido de aclamación de la vasta concurrencia, agitando los pañuelos las damas del séquito virreinal mientras los aún más excitables delegados extranjeros aclamaban vociferantes en una algarabía de gritos, *hoch, banzai, eljen, zivio, chinchin, polla kronia, hip-hip, vive, Allah*, entre la cual se distinguía fácilmente el resonante *evviva* del delegado del país del canto (con un fa sobreagudo que recordaba las deliciosas notas penetrantes con que el eunuco Catalani embelesó a nuestras tatarabuelas). Eran exactamente las diecisiete en punto. Se dio entonces prontamente por megáfono la señal de la oración y en un momento todas las cabezas quedaron descubiertas, siéndole retirado al commendatore su sombrero patriarcal, en posesión de su familia desde la revolución de Rienzi, por su consejero médico acompañante, Doctor Pippi. El docto prelado que administraba los últimos consuelos de la santa religión al heroico mártir en trance de sufrir la pena de muerte, se arrodilló con el más cristiano espíritu en un charco de agua de lluvia, con la sotana sobre su canosa cabeza, y elevó al trono de la gracia fervientes plegarias de súplica. Al lado mismo del tajo se erguía la sombría figura del ejecutor, quedando oculto su rostro por una olla de diez galones con dos aberturas circulares perforadas a través de las cuales refulgían furiosamente sus ojos. En espera de la fatídica señal, probaba el filo de su horrible arma suavizándolo en su atezado antebrazo o decapitando en rápida sucesión un rebaño de ovejas proporcionado por los admiradores de su cruel pero necesario cargo. En una elegante mesa de caoba, cerca de él, estaban dispuestos en orden el cuchillo de descuartizar, los diversos instrumentos de fino temple para el destripado (proporcionados especialmente por la mundialmente famosa firma de cuchillería John Round e Hijos, Sheffield), una cazuela de barro para la recepción del duodeno, colon, intestino ciego, apéndice, etc., una vez extraídos con éxito, y dos amplias cacharras de leche destinadas a recibir la preciosísima sangre de la preciosísima víctima. El mayordomo general del Hogar Asociado para Gatos y Perros estaba presente para trasladar esas vasijas, una vez llenas, a dicha institución de beneficencia.

Una excelente comida, consistente en huevos con tajadas de tocino, filete frito con cebollas, en su punto exacto, deliciosos panecillos calientes y reconfortante té, había sido proporcionada por la consideración de las autoridades para su consumo por parte de la figura central de la tragedia, quien se hallaba de un ánimo excelente durante los preparativos para la muerte y manifestó el más agudo interés por las operaciones desde el principio hasta el final, pero, con abnegación rara en estos nuestros tiempos, se puso noblemente a la altura de las circunstancias y expresó su deseo final (inmediatamente otorgado) de que la comida se dividiera en partes alícuotas entre los miembros de la Asociación de Enfermos e Indigentes a Domicilio, como muestra de su consideración y estima. El *nec y non plus ultra* de la emoción se alcanzó cuando la ruborosa prometida se abrió paso bruscamente entre las apretadas filas de los circunstantes y se lanzó sobre el musculoso pecho de aquel que por su amor estaba a punto de ser lanzado a la eternidad. El héroe envolvió su figura de sauce en un amoroso abrazo murmurando tiernamente *Sheila, amor mío*. Estimulada por ese uso de su nombre de pila ella besó apasionadamente las diversas zonas apropiadas de la persona de él que las decencias del ropaje de la prisión permitían a su ardor alcanzar. Ella le juró, mientras mezclaban los salados ríos de sus lágrimas, que sin ninguna duda conservaría tiernamente su memoria, y que jamás olvidaría a su joven héroe que iba a la muerte con una canción en los labios como si fuese a un partido de hockey en el parque de Clonturk. Ella le hizo recordar los felices días de venturosa infancia, juntos en las orillas de Anna Liffey, cuando se habían entregado a los inocentes pasatiempos de la primera edad, y, olvidando el terrible presente, ambos rieron de todo corazón, uniéndose todos los espectadores, incluido el venerable pastor, al júbilo general. El inmenso público se convulsionó verdaderamente de deleite. Pero al punto ellos se sintieron abrumados de dolor y entrelazaron las manos por última vez. Un nuevo torrente de lágrimas brotó de sus conductos lacrimales y la vasta concurrencia de gente, tocada en lo más hondo del corazón, prorrumpió en desgarradores sollozos, no siendo el menos afectado el propio anciano prebendado. Hombres grandes y forzudos, agentes de vigilancia y joviales gigantes de la Policía Real de Irlanda, hacían amplio uso de sus pañuelos, y no es arriesgado decir que no había unos ojos secos en aquella multitud sin precedentes. Un incidente muy romántico tuvo lugar cuando un joven y apuesto graduado de Oxford, famoso por su caballerosidad hacia el bello sexo, se adelantó y, presentando su tarjeta de visita, su talonario de cheques y su árbol genealógico, solicitó la mano de la desdichada damita, pidiéndole que fijara la fecha de la boda, y fue aceptado allí mismo. Todas las señoras del público fueron obsequiadas con un bello recuerdo del acto en forma de un broche con calavera y tibias cruzadas, oportuna y generosa iniciativa que provocó un nuevo acceso de emoción: y cuando el galante joven oxfordiano (portador, dicho sea de paso, de uno de los apellidos más aquilatados por el tiempo que haya en la historia de Albión) puso en el dedo de su ruborosa *fiancée* un precioso anillo de prometida con esmeraldas

montadas en forma de trébol de cuatro hojas, la excitación no conoció límites. Sí, incluso el severo jefe de la gendarmería, teniente coronel Tomkin–Maxwell ffrenchmullan Tomlinson, que presidía la triste solemnidad, aunque había hecho volar a un considerable número de cipayos de la boca del cañón sin sentir vacilaciones, no pudo ahora contener su natural emoción. Con su guantelete de malla de hierro se enjugó una furtiva lágrima y los privilegiados ciudadanos que estaban casualmente en su inmediata cercanía le oyeron decir para sí en vacilante voz baja:

—Qué coño, no te mata esa fresca de putilla asquerosa. Qué coño, casi me dan ganas de llorar, joder que sí, cuando la veo, porque me recuerda a mi vieja vaca allá en Limehouse.

Así que entonces el Ciudadano empieza a hablar de la lengua irlandesa y la reunión del consejo municipal y todo lo demás y los anglófilos que no saben hablar su propia lengua y Joe metiendo baza porque le ha dado a alguien un sablazo de una guinea y Bloom metiendo la jeta con el caruncho de dos peniques que le había sacado a Joe y venga a hablar de la liga gaélica y de la liga contra convidar a beber y la bebida, la maldición de Irlanda. Contra los que convidan a beber, ése es el asunto. Coño, él te dejaría que le echaras toda clase de bebida por el gaznate adentro hasta que el Señor se lo llevara al otro barrio, pero ni por esas te enseñaría la espuma de una cerveza. Y una noche fui yo con un amigo a una de esas veladas musicales que tienen, canto y baile, con lo de Allá podía tumbarse en el heno Mi querida Maureen al sereno, y había un tipo con una insignia con la cinta azul de los abstemios, que andaba chamullando irlandés, y un montón de guapas vestidas de irlandesas que iban por ahí con bebidas no alcohólicas y vendiendo medallas y naranjas y limonada y unos cuantos vejestorios secos, coño, qué porquería de diversión, mejor no hablar. Y entonces un viejo empieza a soplar la gaita y todos aquellos imbéciles venga a restregar los pies al son con que se murió la vaca vieja. Y uno o dos de esos celestiales echando el ojo por ahí no fuera a haber algo con las hembras, golpes bajos y eso.

Así que conque, como iba diciendo, el viejo perro al ver que la lata estaba vacía empieza a husmear alrededor de Joe y de mí. Ya le domesticaría yo con bondad, ya lo creo, si fuera mi perro. Le daría de vez en cuando una buena patada como para que no se pudiera sentar.

—¿Tiene miedo de que le muerda? —dice el Ciudadano, con una mueca.

—No —digo yo—. Pero podría tomar mi pierna por un farol.

Así que él llama para allá al perro.

—¿Qué te pasa, Garry? —dice.

Entonces empieza a tirar de él y a darle metidas y a hablarle en irlandés y el viejo chucho venga a gruñir, haciendo su papel, como en un dúo en la ópera. Entre los dos armaban unos gruñidos como no se han oído jamás. Alguien que no tuviera cosa mejor que hacer debería escribir una carta a los periódicos *pro bono publico* sobre el reglamento de los bozales para perros como ése. Gruñendo

y rugiendo y los ojos todos inyectados de sangre de la sed que tiene y la hidrofobia chorreándole de las quijadas.

Todos aquellos que estén interesados en la difusión de la cultura humana entre los animales inferiores (y su nombre es legión) deberían considerar un deber no perderse la realmente maravillosa exhibición de cinantropía ofrecida por el famoso setter perro-lobo irlandés rojo anteriormente conocido por el alias Garryowen y recientemente rebautizado Owen Garry por su amplio círculo de amigos y conocidos. La exhibición, que es resultado de años de entrenamiento por la bondad y por un sistema alimenticio cuidadosamente establecido, comprende, entre otros logros, la recitación de poesía. Nuestro mayor experto en fonética hoy viviente (¡por nada del mundo nos dejaríamos arrancar su nombre!) no ha perdonado esfuerzo para dilucidar y comparar las poesías recitadas y ha hallado que ostentan una semejanza *impresionante* (la cursiva es nuestra) con los ranns de los antiguos bardos celtas. No nos extenderemos tanto en esas deliciosas canciones de amor con que el escritor que oculta su identidad bajo el gracioso pseudónimo Dulce Ramita ha familiarizado al mundo de los amigos del libro, cuanto más bien (según subraya un colaborador; D. O. C., en un interesante comunicado publicado por un colega vespertino) en la nota más áspera y personal que cabe hallar en las efusiones satíricas del famoso Raftery y de Donald MacConsidine, para no hablar de un lírico más moderno actualmente muy presente a la atención del público. Ofrecemos una muestra que ha sido traducida al inglés por un eminente erudito cuyo nombre, por el momento, no nos sentimos libres para revelar, aunque creemos que nuestros lectores encontrarán que las alusiones locales son algo más que un indicio. El sistema métrico del original canino, que en sus intrincadas reglas aliterativas e isosilábicas hace pensar en el *englyn* galés, es infinitamente más complicado, pero creemos que nuestros lectores estarán de acuerdo en que el espíritu está bien captado. Quizá debería añadirse que el efecto se acrecienta considerablemente si se pronuncian los versos de Owen de modo algo lento e indistinto, en tono que sugiera un rencor reprimido.

*Maldición de maldiciones
siete veces por semana
y siete jueves en seco
caigan sobre Barney Kiernan,
que no me da un poco de agua
que me refresque el valor
y estas tripas que me rugen
por zamparle el bofe a Lowry.*

Así que le dijo a Terry que le trajera un poco de agua al perro, y, coño, se le oía lamer a una milla. Y Joe le preguntó si tomaba otro.

—Muy bien —dice él—, *a chara*, para que se vea que no hay mal ánimo.

Coño, no es tan tonto como parece con esa cara de col. Arrastrando el culo de una taberna en otra, dejándolo a tu honor, con el perro del viejo Giltrap y zampando a costa de los contribuyentes. Diversión para el hombre y el animal. Y dice Joe:

—¿Se animaría con otra pinta?

—¿Sabría nadar un pato? —digo yo.

—Lo mismo otra vez, Terry —dice Joe—. ¿Seguro que no quiere tomar nada a modo de refrigerio liquido? —dice.

—No, gracias —dice Bloom—. En realidad, sólo quería encontrar a Martin Cunningham, comprenden, por lo del seguro del pobre Dignam. Ya ven, él, Dignam, quiero decir, no mandó dentro del plazo ninguna notificación de la hipoteca sobre la póliza a la compañía, y, según los términos estrictos, el acreedor hipotecario no tiene derechos sobre la póliza.

—Demonios —dice Joe, riendo—, sería bueno que el viejo Shylock se quedase sin nada. ¿Así es la mujer la que sale ganando, no?

—Bueno, ese es un asunto para los admiradores de la mujer.

—¿Los admiradores de quién? —dice Joe.

—Los asesores de la mujer, mejor dicho —dice Bloom.

Entonces, todo enredado, empieza a armar un lío sobre la hipoteca conforme a la ley igual que si fuera el Lord Canciller sentenciando en el tribunal y los beneficios de la viuda y que se establece un fideicomiso pero por otra parte que Dignam le debía el dinero a Bridgeman y si ahora la mujer o la viuda ponía en tela de juicio el derecho del acreedor hipotecario hasta que casi me estallaba la cabeza con su acreedor hipotecario conforme a la ley. Él estaba bien a salvo, que no se había pillado los dedos él mismo conforme a la ley esta vez con antecedentes judiciales sin domicilio conocido sólo que tenía un amigo en el tribunal. Vendiendo billetes para una tómbola o como se llame una lotería con autorización de la Corona de Hungría. Tan verdad como que estamos aquí. ¡Vete a fiar de un israelita! Robo con autorización de la Corona de Hungría.

Así que Doran viene tambaleándose por ahí a pedir a Bloom que le dijera a la señora Dignam que la acompañaba en el sentimiento y que le dijera que lo decía él y todos los que le conocieron decían que nunca hubo nadie tan de verdad y tan bueno como el pobrecillo Willy que se ha muerto, que se lo dijera. Atragantándose de estupideces jodidas. Y dándole la mano a Bloom y haciendo el trágico para que se lo dijera a ella. Venga esa mano, hermano. Tú eres un granuja y yo soy otro que tal.

—Permítame —dijo—, sobre la base de nuestro conocimiento que, por superficial que parezca si se juzga por el patrón del simple tiempo, está fundado, según creo y espero, en un sentimiento de mutua estimación, tomarme la libertad de solicitar de usted este favor. Pero, en el caso de que haya transgredido los límites de la debida reserva, permita que la sinceridad de mis sentimientos sirva de excusa para mi atrevimiento.

—No —replicó el otro—, aprecio plenamente los motivos que orientan su conducta y pondré en ejecución la misión que usted me confía, reconfortado con la reflexión de que, aunque el mensaje sea penoso, esta prueba de su confianza endulza de alguna manera la amargura del cáliz.

—Entonces permítame estrechar su mano —dijo él—. La bondad de su corazón, estoy seguro, le dictará mejor que mis inadecuadas palabras las expresiones que resulten más apropiadas para transmitir una emoción cuya intensidad, si hubiera de dar salida a mis sentimientos, me privaría incluso del habla.

Y allá que se va afuera tratando de andar derecho. Borracho a las cinco. Una noche por poco no le meten en chirona si no es porque Paddy Leonard conocía al guardia, 14 A. Estaba que ni veía en una tasca en la calle Bride después de la hora de cerrar, jodiendo con dos guarras y el chulo de guardia, y bebiendo cerveza en tazas de té. Y él haciéndose el francés con las dos guarras, Joseph Manuó, y hablando contra la religión católica y él que era monaguillo en la iglesia de Adán y Eva cuando era pequeño con los ojos cerrados quién escribió el nuevo testamento y el antiguo testamento y abrazándolas y metiendo mano. Y las dos guarras muertas de risa, vaciándole los bolsillos al jodido imbécil y él vertiendo la cerveza por toda la cama y las dos guarras chillando y riendo entre ellas. *¿Qué tal está tu testamento? ¿Tienes un antiguo testamento?* Si no es que Paddy pasaba por allí, no te digo. Y luego verle el domingo con esa concubina de su mujercita, y ella contoneándose por el pasillo de la iglesia, con botas de charol, nada menos, y sus violetas, hecha una monada, una verdadera señora. La hermana de Jack Mooney. Y la vieja puta de la madre alquilando habitaciones a parejas de la calle. Coño, Jack le metió en un puño. Le dijo que si no arreglaba el asunto, le ponía las tripas al aire.

Así que Terry trajo las tres pintas.

—Aquí tienen —dice Joe, haciendo los honores—. Ea, Ciudadano.

—*Slán leat* —dice él.

—Buena suerte, Joe —digo yo—. A su salud, Ciudadano.

Coño, ya tenía la nariz dentro del vaso. Hace falta un dineral para que no tenga sed.

—¿Quién es el tío largo que se presenta para alcalde, Alf? —dice Joe.

—Un amigo tuyo —dice Alf.

—¿Nannan? —dice Joe—. ¿El concejal?

—No quiero dar nombres —dice Alf.

—Ya me lo suponía —dice Joe—. Le vi hace poco en esa reunión con William Field, el diputado, con los tratantes de ganado.

—El peludo Iopas —dice el Ciudadano—, ese volcán en erupción, el predilecto de todos los países y el ídolo del suyo.

Conque Joe empieza a contar al Ciudadano lo de la glosopeda y los tratantes de ganado y lo de emprender una acción sobre el asunto y el Ciudadano les manda a todos al cuerno y Bloom sale con su baño para la sarna

de las ovejas y un jarabe para la tos de los terneros y un remedio garantizado para la glositis bovina. Todo porque estuvo una temporada con un matarife. Andando por ahí con su cuaderno y lápiz la cabeza por delante y los talones atrás hasta que Joe Cuffe le dio la patada porque se insolentó con un ganadero. El señor Sabelotodo. Enséñale a tu abuela a ordeñar patos. Pisser Burke me contaba que en el hotel su mujer a veces se ponía hecha un mar de lágrimas con la señora O'Dowd que también lloraba a moco y baba con todo su colchón de grasa encima. No podía ella soltarse los malditos cordones del corsé sin que el viejo ojos de besugo le danzara alrededor enseñándole cómo se hacía. ¿Qué programa tienes hoy? Eso. Métodos humanitarios. Porque los pobres animales sufren y los expertos dicen y el mejor remedio conocido que no causa dolor al animal y administrarlo suavemente en la parte afectada. Coño, qué mano suave tendría debajo de una gallina.

Co Co Coroc. Cluc Cluc Cluc. La negra Liz es nuestra gallinita. Pone huevos para nosotros. Cuando pone el huevo está muy contenta. Coroc. Cluc Cluc Cluc. Entonces viene el buen tío Leo. Mete la mano debajo de la negra Liz y saca el huevo reciente. Co co co co Coroc. Cluc Cluc Cluc.

—De todos modos —dice Joe—, Field y Nannetti se marchan esta noche a Londres a hacer una interpelación sobre eso en la sesión de la Cámara de los Comunes.

—¿Está seguro —dice Bloom— de que va el concejal? Quería verle, da la casualidad.

—Bueno, se va en el barco correo —dice Joe—, esta noche.

—Cuánto lo siento —dice Bloom—. Necesitaba especialmente. Quizá sólo vaya el señor Field. No pude hablar por teléfono. No. ¿Está usted seguro?

—Nannan va también —dice Toe—. La Liga le dijo que hiciera una pregunta mañana sobre el comisario de policía que prohíbe los juegos irlandeses en el parque. ¿A usted qué le parece eso, Ciudadano? El *Sluagh na h-Eireann*.

Sr. Vaca Conacre (Multifarnham, Nac.): En relación con la interpelación de mi honorable amigo, el diputado por Shillelagh, ¿puedo preguntar a su honorable señoría si el Gobierno ha dado órdenes de que esos animales sean sacrificados aun no habiéndose presentado ningún informe médico sobre sus condiciones patológicas?

Sr. Cuatropatas (Tamoshant, Conc.): Los honorables diputados ya están en posesión de los informes presentados ante un comité de la totalidad de la cámara. No creo poder añadir nada interesante sobre este respecto. La respuesta a la pregunta del honorable diputado es afirmativa.

Sr. Orelli (Montenotte, Nac.): ¿Se han dado análogas órdenes para el sacrificio de los animales humanos que se atrevan a jugar juegos irlandeses en el parque Phoenix?

Sr. Cuatropatas: La respuesta es negativa.

Sr. Vaca Conacre: ¿El famoso telegrama del honorable diputado desde Mitchelstown ha inspirado la política de los caballeros del banco gubernamental? (¡Oh! ¡Oh!)

Sr. Cuatropatas: No he recibido nota de esa interpelación.

Sr. Bromapesada (Buncombe, Ind.): No vacilen en disparar.

(Aplausos irónicos de la oposición.)

El presidente: ¡Orden! ¡Orden!

(Se levanta la sesión. Aplausos.)

—Aquí está el hombre —dice Joe— que ha producido el resurgimiento de los deportes gaélicos. Aquí está sentado. El hombre que hizo escapar a James Stephens. El campeón de toda Irlanda en el lanzamiento del peso de dieciséis libras. ¿Cuál fue su mejor lanzamiento, Ciudadano?

—*Na bacleis* —dice el Ciudadano, haciéndose el modesto—. Hubo un tiempo en que yo era tan bueno como el mejor, de todos modos.

—Choque esa, Ciudadano —dice Joe—. Sí que lo era y mucho mejor.

—¿De veras? —dice Alf.

—Sí —dice Bloom—. Es bien sabido. ¿No lo sabe usted?

Conque allá que arrancaron con el deporte irlandés y los juegos anglófilos como el tenis, y lo del hockey irlandés y el lanzamiento del peso y el sabor de la tierra y edificar una nación una vez más y todo eso. Y claro que Bloom tuvo que decir lo suyo también sobre que si uno tiene el corazón deformado el ejercicio violento es malo. Por lo más sagrado, que si uno recogiera una paja del jodido suelo y le dijera a Bloom: *Mira, Bloom. ¿Ves esta paja? Esto es una paja, lo aseguro por mi abuela que sería capaz de hablar de eso durante una hora seguida sin acabar el tema.*

Una interesantísima discusión tuvo lugar en el vetusto local de *Brian O'Ciarnain's* en *Sraid na Bretaine Bheag*, bajo los auspicios del *Sluagh na h-Eireann*, sobre el resurgimiento de los antiguos deportes irlandeses y la importancia de la cultura física, tal como se entendía en la antigua Roma y en la antigua Irlanda, para el desarrollo de la raza. El venerable presidente de esa noble orden presidía la sesión y la concurrencia era de notables dimensiones. Después de un instructivo discurso del presidente, magnífica pieza de oratoria pronunciada con elocuencia y energía, tuvo lugar una interesante e instructiva discusión, del acostumbrado alto nivel de excelencia, en cuanto a la deseabilidad de la resurgibilidad de los antiguos juegos y deportes de nuestros antiguos antepasados pancélticos. El conocidísimo y altamente respetado defensor de la causa de nuestra antigua lengua, señor Joseph MacCarthy Hynes, hizo una elocuente apelación en favor de la resurrección de los antiguos deportes y pasatiempos gaélicos, practicados mañana y tarde por Finn MacCool, en cuanto que apropiados para revivir las mejores tradiciones de energía y fuerza viril que nos han transmitido las épocas antiguas. L. Bloom, recibido con una mezcla de aplauso y siseos, adoptó la posición negativa, tras de lo cual el canoro presidente llevó a su término la discusión, en respuesta a

repetidas solicitudes y cordiales aplausos desde todas partes de la rebosante sala, mediante una interpretación notablemente señalada de las nunca marchitadas estrofas del inmortal Thomas Osborne Davis (por fortuna de sobra familiares para necesitar ser recordadas aquí) *De nuevo una nación*, en cuya ejecución el veterano campeón del patriotismo cabe decir sin miedo a contradicción que se superó a sí mismo en excelencia. El Caruso–Garibaldi irlandés estaba en forma superlativa y sus notas estentóreas se oyeron del modo más ventajoso en el ancestral himno, cantado como sólo nuestro ciudadano puede cantarlo. Su soberbia excelencia vocal, que con su supercalidad realzó grandemente su reputación ya internacional, fue ruidosamente aplaudida por el numeroso público, entre el cual se advertían muchos miembros prominentes del clero, así como representantes de la prensa y del foro y de otras doctas profesiones. La sesión terminó entonces.

Entre los miembros del clero allí presentes estaban el Revmo. William Delany, S. J., L. L. D.; el Muy Rvdo. Gerald Molloy, D. D.; el Rev. P. J. Kavanagh, C. S. Sp.; el Rev. T. Waters, C. C.; el Rev. John M. Ivers, P. P.; el Rev. P. J. Cleary, O. S. F.; el Rev. L. J. Hickey, O. P.; el Revmo. Fr. Nicholas, O. S. F. C.; el Revmo. B. Gorman, O. D. C.; el Rev. T. Maher, S. J.; el Revmo. James Murphy, S. J.; el Rev. John Lavery, V. F.; el Revmo. William Doherty, D. D.; el Rev. Peter Fagan, O. M.; el Rev. T. Brangan, O. S. A.; el Rev. J. Flavin, C. C.; el Rev. M. A. Hackett, C. C.; el Rev. W. Hurley, C. C.; el Muy Rev. Mons. MacManus, V. G.; el Rev. B. R. Slattery, O. M. I.; el Revmo. M. D. Scally, P. P.; el Rev. F. T. Purcell, O. P.; el Revmo. Canónigo Timothy Gorman, P. P.; el Rev. J. Flanagan, C. C. Entre los seglares estaban P. Fay, T. Quirke, etc. etc.

—Hablando de ejercicio violento —dice Alf—, ¿estuvieron en ese encuentro Keogh–Bennett?

—No —dice Joe.

—He oído decir que ese, como–se–llame, sacó su buen centenar de guineas con él —dice Alf.

—¿Quién? ¿Blazes? —dice Joe.

Y dice Bloom:

—Lo que quiero decir con el tenis, por ejemplo, es la agilidad y el entrenamiento de la vista.

—Eso, Blazes —dice Alf—. Hizo correr por ahí que Myler estaba dado a la cerveza, para hacer subir las apuestas, y el otro mientras tanto entrenándose.

—Ya le conocemos —dijo el Ciudadano—. El hijo del traidor. Sabemos cómo le entró oro inglés en el bolsillo.

—Muy bien dicho —dice Joe.

Y Bloom vuelve a intervenir con el tenis y la circulación de la sangre, preguntando a Alf:

—¿No le parece verdad, Bergan?

—Myler le hizo morder el polvo —dice Alf—. Heenan y Sayers no hicieron más que tontear, en comparación con eso. Le dio una paliza de no te menees.

Había que ver a ese pequeñajo que no le llegaba al ombligo y el tío grande tirando directos. Vaya, le dio un golpe final en el vacío. Se lo hizo comer, el reglamento de Queensberry y todo.

Fue un encuentro histórico y grandioso, en el que se había anunciado que Myler y Percy se calzarían los guantes por una bolsa de cincuenta libras. Aun estando en desventaja por falta de peso, el corderillo predilecto de Dublín lo compensó con su habilidad superlativa en el arte pugilístico. La traca final fue una dura prueba para ambos campeones. El sargento mayor, peso welter, había dejado correr su poco de tinto en el precedente cuerpo a cuerpo en que Keogh cobró toda clase de rechazos e izquierdazos, mientras el artillero se trabajaba a fondo la nariz del predilecto, y Myler salía con cara de groggy. El soldado se puso a la tarea arrancando con un poderoso disparo con la izquierda a que el gladiador irlandés contraatacó disparando un directo muy bien apuntado a la mandíbula de Bennett. El casaca-roja se agachó pero el dublinés le levantó con un gancho con la izquierda, con enérgico trabajo sobre el cuerpo. Los hombres se agarraron de cerca. Myler rápidamente entró en acción dominando a su enemigo, hasta acabar el round con el más corpulento en las cuerdas, bajo el castigo de Myler. El inglés, con el ojo derecho casi cerrado, se refugió en su rincón, donde fue abundantemente empapado en agua y, cuando sonó el gong, salió animoso y rebosante de empuje, confiado en noquear al púgil eblanita en un periquete. Fue una pelea a fondo para no dejar más que al mejor. Los dos luchaban como tigres mientras subía la fiebre de la emoción. El árbitro amonestó dos veces a Percy el Pegador por agarrar, pero el predilecto era astuto y su juego de pies era cosa de ver. Después de un vivo intercambio de cortesías en que un seco uppercut del militar sacó abundante sangre a la boca de su adversario, el corderito se desencadenó entero sobre su enemigo colocando una tremenda izquierda en el estómago de Bennett el Batallador, dejándolo tumbado. Era un K.O. limpio y claro. Entre tensa expectación, le estaban contando al pegador de Portobello cuando el segundo de Bennett, Ole Pfotts Wettstein, tiró la toalla, y el muchacho de Santry fue declarado vencedor entre los frenéticos clamores del público, que irrumpió entre las cuerdas del ring y casi le linchó de entusiasmo.

—Ése sabe dónde le aprieta el zapato —dice Alf—. He oído decir que está organizando una gira de conciertos ahora, por el norte.

—Eso es —dice Joe—, ¿no es verdad?

—¿Quién? —dice Bloom—. Ah sí. Es verdad. Sí, una especie de gira de verano, ya comprenden. Sólo una vacación.

—La señora B. es la estrella más importante, ¿no? —dice Joe.

—¿Mi mujer? —dice Bloom—. Sí que canta, sí. Creo que será un éxito, además. Él es un organizador excelente. Excelente.

Oh oh, qué diablos, me digo yo, digo. Ahí está la madre del cordero, ahí está el quid. Blazes va a tocar su número de flauta. Gira de conciertos. El hijo del sucio Dan, el intermediario de Island Bridge, el que vendió dos veces los

misimos caballos al gobierno para la guerra de los bóers. El viejo Quequé. Vengo por lo del impuesto de los pobres y del agua, señor Boylan. ¿Que qué? El impuesto del agua, señor Boylan. ¿Que qué? Ése es el jodido que te la va a organizar a ella, puedes estar tranquilo. Entre nosotros nada más, Nicolás.

Orgullo de la rocosa montaña de Calpe, la hija de Tweedy, la de cabellera corvina. Allá se crió ella hasta alcanzar impar belleza, donde almendro y caqui aroman el aire. Los jardines de la Alameda conocieron su paso: los olivares la conocían y se inclinaban. La casta esposa de Leopoldo ella es: Marion la de los generosos senos.

Y he aquí que en esto entró uno del clan de los O'Molloy, un apuesto héroe de rostro blanco si bien un poco encendido, consejero de Su Majestad, versado en leyes, y con él el príncipe y heredero del noble linaje de los Lambert.

—Hola, Ned.

—Hola, Alf.

—Hola, Jack.

—Hola, Joe.

—Dios les guarde —dice el Ciudadano.

—Igualmente a ustedes —dice J. J.—. ¿Qué va a ser, Ned?

—Una media —dice Ned.

Así que J. J. pidió las bebidas.

—¿Se ha dado una vuelta por el juzgado? —dice Joe.

—Sí —dice J. J.—. Ya arreglará eso, Ned, dice él.

—Ojalá —dice Ned.

Bueno ¿en qué andaban esos dos? J. J. le hace quitar de la lista de los jurados y el otro le echa una mano para sacarle de líos. Con su nombre en el Stubbs. Jugando a las cartas, codeándose con señorones de postín, de cristal en el ojo, bebiendo champán, y a todo esto medio ahogado en embargos y notificaciones. Empeñando el reloj de oro en Cummins, en la calle Francis, donde nadie le conoce, en la trastienda, cuando yo estaba allí con Pisser, que desempeñaba las botas. ¿Cómo se llama usted, caballero? Licky, dice él. Sí, y liquidado. Coño, un día de éstos va acabar a la sombra, me parece.

—¿Han visto por aquí a ese maldito loco de Breen? —dice Alf—. V. E., ve.

—Sí —dice J. J.—. Buscando un detective privado.

—Eso —dice Ned— y quería ir, por las buenas o por las malas, a dirigirse al tribunal si no es porque Corny Kelleher le paró los pies diciéndole que primero buscara un perito para examinar la letra.

—Diez mil libras —dice Alf riendo—. Caray, daría cualquier cosa por oírle delante de un juez y un jurado.

—¿Has sido tú, Alf? —dice Joe—. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en nombre de Jimmy Johnson.

—¿Yo? —dice Alf—. No levantes calumnias contra mi nombre.

—Cualquier declaración que hagas —dice Joe— se hará constar en las pruebas contra ti.

—Claro que cabría una acción legal —dice J. J.—. Suponiendo que no sea *compos mentis*. V. E.: ve.

—¡Qué cuerno de *compos*! —dice Alf, riendo—. ¿No sabe que está chiflado? Mírenle la cabeza. ¿No saben que algunas mañanas se tiene que meter el sombrero con calzador?

—Sí —dice J. J.—, pero la verdad de una injuria no es excusa para una acusación por publicarla, a ojos de la ley.

—Ja, ja, Alf —dice Joe.

—Sin embargo —dice Bloom— en atención a esa pobre mujer, quiero decir, a su mujer...

—Hay que compadecerla —dice el Ciudadano—. Y a todas las mujeres que se casan con un medio medio.

—¿Cómo medio medio? —dice Bloom—. ¿Quiere decir que... ?

—Quiero decir medio medio —dice el Ciudadano—. Un tipo que no es ni carne ni pescado.

—Ni mojama —dice Joe.

—Eso es lo que quiero decir —dice el Ciudadano—. Un desgraciado, ya me entienden.

Coño ya vi que se iba a armar lío. Y Bloom explicó que quería decir que era terrible para la mujer tener que ir por ahí detrás de ese viejo loco balbuceante. Una verdadera perrería dejar a aquel pobre miserable Breen a la intemperie con la barba en la boca, a ver si llueve. Y ella con la nariz tiesa después que se casó con él porque un primo de ese viejo le abrió el banco de la iglesia al Papa. Un retrato de él en la pared con sus mostachos levantados, que lo tiraba todo. El Signor Brini de Summerhill, el italianini, zuavo pontificio del Santo Padre, ha dejado el Muelle y se ha mudado a la calle Moss. ¿Y quién era él, díganos? Un don nadie, dos cuartos traseros y entrada, a siete chelines por semana, y se cubría con toda clase de corazas para amenazar al mundo.

—Y además —dice J. J.— una tarjeta postal es publicación. Se consideró suficiente prueba de intención delictiva en el pleito Sandgrove-Hole, que sentó jurisprudencia. En mi opinión, podría admitirse una acción legal.

Seis chelines y ocho peniques, por favor. ¿Quién le ha pedido opinión? Vamos a bebernos nuestros tragos en paz. Coño, ni eso siquiera nos dejan.

—Bueno, a la salud, Jack —dice Ned.

—A la salud, Ned —dice J. J.

—Ya está ése otra vez —dice Joe.

—¿Dónde? —dice Alf.

Y ahí estaba, coño, pasando por delante de la puerta con los libros bajo el sobaco y la mujer al lado y Corny Kelleher con su ojo bizco, echando una ojeada adentro al pasar, venga a hablarle como un padre, a ver si le vendía un ataúd de segunda mano.

—¿Cómo resultó aquel asunto de la estafa del Canadá? —dice Joe.

—Se aplazó —dice J. J.

Uno de los de la hermandad de los narigudos fue, que usaba el nombre James Wought alias Saphiro alias Spark y Spiro, y puso un anuncio en los periódicos diciendo que daría un pasaje a Canadá por veinte chelines. ¿Cómo? ¿Que la cosa olía a podrido? Era una jodida estafa, claro. ¿Cómo? Los engañó a todos, criadas de servicio y paletos del condado de Meath, ya lo creo, y hasta alguno de los suyos también. J. J. nos contaba que había un viejo hebreo, Zaretsky o algo así, que lloraba prestando declaración con el sombrero puesto, jurando por el santo Moisés que le habían enganchado por un par de libras.

—¿Quién estaba en el tribunal? —dice Joe.

—El juez de lo criminal —dice Ned.

—Pobre viejo, Sir Frederick —dice Alf—, se le mete uno en el bolsillo como quiere.

—Tiene un corazón de oro —dice Ned—. Se le cuenta una historia de penas sobre atrasos en el alquiler y la mujer enferma y un montón de chiquillos, y se deshace en lágrimas en el sillón.

—Sí —dice Alf—. Reuben J. tuvo mucha suerte que no le metió a él en chirona el otro día por poner pleito al pobrecillo de Gumley, el guarda de la cantera municipal ahí cerca del puente de Butt.

Y empieza a imitar al viejo juez echándose a llorar:

—¡Es algo escandaloso! ¡A este pobre trabajador! ¿Cuántos chicos? ¿Diez, decía?

—Sí, señoría. ¡Y mi mujer tiene el tifus!

—¡Y una mujer con tifus! ¡Qué escándalo! Puede retirarse de la sala inmediatamente, señor. No, señor, no firmaré ninguna orden de pago. ¡Cómo se atreve usted, señor mío, a presentarse delante de mí a pedirme que dé esa orden! ¡Contra un pobre trabajador diligente! No hay lugar a la demanda.

Y he aquí que en el día decimosexto del mes de la diosa de ojos de vaca y en la tercera semana después de la festividad de la Santísima e Indivisible Trinidad, estando entonces en su primer cuarto la hija de los cielos, la virginal Luna, aconteció que esos doctos jueces acudieron al templo de la ley. Allí Maese Courtenay, asentado en su propia sala, pronunció su discurso, y el Maese Juez Andrews, en sesión sin jurado en el Tribunal de Probación, sopesaron bien y ponderaron los requerimientos del primer actor respecto a las propiedades en la cuestión del testamento en cuestión y la disposición testamentaria final *in re* los bienes reales y personales del difunto y llorado Jacob Halliday, vinatero, fallecido, contra Livingstone, menor de edad, débil mental, y otro. Y al solemne juzgado de la calle Green llegó Sir Frederick el Halconero. Y allí estuvo sentado hacia la hora de las cinco para administrar la ley de los antiguos magistrados en la comisión especial para todas y cada una de aquellas partes en él contenidas y para el condado de la ciudad de Dublín. Y allí se sentó con él el alto sanhedrín de las doce tribus de Iar, un hombre por cada tribu, de la tribu de Patrick y de la tribu de Hugh y de la tribu de Owen y de la tribu de Conn y de la tribu de Oscar y de la tribu de Fergus y de la tribu de Finn y de la tribu de Dermot y de

la tribu de Cormac y de la tribu de Kevin y de la tribu de Caolte y de la tribu de Ossian, habiendo en total doce hombres buenos y leales. Y él les conjuró por Aquel que murió en cruz a que examinaran bien y rectamente y se pronunciaran fielmente en la cuestión ante ellos pendiente entre su señor soberano el rey y el prisionero en el banquillo y dieran fiel veredicto conforme a las pruebas, así les ayude Dios y besen el libro. Y ellos se levantaron de sus asientos, esos doce de Iar, y juraron por el nombre de Aquel que vive por los siglos de los siglos que actuarían conforme a Su justicia. Y al punto los ministros de la Ley sacaron de su mazmorra a uno a quien los sabuesos de la justicia habían aprehendido a consecuencia de información recibida. Y le encadenaron de pies y manos y no quisieron recibir de él ni fianza ni caución sino que pronunciaron acusación contra él pues era un malhechor.

—Buenos tipos son éstos —dice el Ciudadano—, viniendo acá a Irlanda a llenar de chinches el país.

Así que Bloom hace como si no hubiera oído nada y empieza a hablar con Joe diciéndole que no hacía falta que se molestara por aquel asuntillo hasta el primero de mes pero que si le quería decir unas palabras al señor Crawford. Y entonces Joe juró por lo más sagrado que haría cualquier cosa por él.

—Porque, ya comprende —dice Bloom—, para un anuncio hay que tener repetición. Ese es todo el secreto.

—Puede fiarse de mí —dice Joe.

—Estafando a los campesinos —dice el Ciudadano— y a los pobres de Irlanda. No queremos extraños en nuestra casa.

—Ah, estoy seguro de que todo saldrá bien con Hynes —dice Bloom—. Es sólo lo de Llavees, ya comprende.

—Puede darlo por hecho —dice Joe.

—Es usted muy amable —dice Bloom.

—Los extraños —dice el Ciudadano—. Es culpa nuestra. Les dejamos entrar. Les trajimos nosotros. La adúltera y su chulo trajeron aquí a los ladrones sajones.

—Veredicto provisional —dice J. J.

Y Bloom fingiendo estar terriblemente interesado en nada, una telaraña en el rincón detrás del barril, y el Ciudadano poniéndole caras feroces y el viejo perro a sus pies mirándole a ver a quién morder y cuándo.

—Una esposa deshonrada —dice el Ciudadano—: esa es la causa de todas nuestras desgracias.

—Y aquí está ella —dice Alf, que estaba risoteando con Terry por la *Police Gazette* en el mostrador—, con toda su pintura de guerra.

—Déjanos echarle una ojeada —digo yo.

Y no era más que una de esas suciedades de periódicos yanquis que Terry le pide prestados a Corny Kelleher. Secretos para desarrollar las partes íntimas. Extravíos de una belleza del gran mundo. Norman W. Tupper, acaudalado contratista de Chicago, encuentra a su bella esposa infiel en el regazo del oficial

Taylor. La bella en ropa interior extraviándose y su capricho buscándole las cosquillas y Norman W. Tupper entrando de un salto con su mataperros justo para llegar tarde después que ella ha retozado con el oficial Taylor.

—¡Ay guapa mía —dice Joe— qué camisita más corta llevas!

—Buen pelo, Joe —digo yo—. No estaría mal un solomillo de esa ternera, ¿eh?

Así que en esto entra John Wyse Nolan, y Lenehan con él, con una cara más larga que un día sin pan.

—Bueno —dice el Ciudadano—, ¿cuáles son las últimas noticias del teatro de acción? ¿Qué han decidido sobre la lengua irlandesa esos imbéciles del ayuntamiento en su reunión de comité?

O’Nolan, revestido de luciente armadura, inclinándose profundamente prestó homenaje al poderoso y alto y valiente de toda Erín y le dio a conocer cuanto había acaecido, cómo los graves ancianos de la más obediente ciudad, la segunda del reino, se habían reunido en el mesón, y allí, tras de las debidas plegarias a los dioses que moran en el éter superno, habían celebrado solemne consejo a fin de que, si posible fuera, se volviera a dar honor una vez más entre los mortales a la alada lengua de la tierra gaélica dividida por el mar.

—Ya está en marcha —dice el Ciudadano—. Al demonio con esos jodidos sajones brutales y su *patois*.

Conque J. J. mete baza haciendo su papelito sobre que cada cual ve las cosas a su modo y que no hay que cerrar los ojos y la táctica de Nelson de poner el ojo ciego en el catalejo y redactar una acusación contra un país entero y Bloom intentando apoyar la moderación y joderación y sus colonias y su civilización.

—Su sifilización, querrá usted decir —dice el Ciudadano—. ¡Al demonio con ellos! ¡Que la maldición de ese Dios que no sirve para nada les caiga de medio lado a esos jodidos hijos de puta con sus orejas largas! No tienen música ni arte ni literatura que merezca tal nombre. Lo que tengan de civilización nos lo han robado a nosotros, esos hijos tartamudos de fantasmas de bastardos.

—La familia europea —dice J. J.— ...

—Ésos no son europeos —dice el Ciudadano—. Yo he estado en Europa con Kevin Egan, en París. No se encuentra una huella de ellos ni de su lengua en toda Europa excepto en el *cabinet d’aisance*.

Y dice John Wyse:

—Muchas flores nacen para ruborizarse sin ser vistas. Y dice Lenehan, que sabe un poco de la jerga:

—*Conspuez les Anglais! Perfide Albion!*

Dijo así y luego elevó en sus grandes, rudas y forzudas manos atezadas el búcaro de oscura y espumosa cerveza fuerte y, lanzando su grito de guerra tribal, *Lamh Dearg Abu*, bebió por la aniquilación de sus adversarios, raza de poderosos héroes valientes, señores de las olas, que están sentados en tronos de alabastro, silenciosos cual los dioses libres de muerte.

—¿Qué te pasa? —le digo yo a Lenehan—. Pareces uno que hubiera perdido un chelín y encontrado seis peniques.

—La Copa de Oro —dice él.

—¿Quién ganó, señor Lenehan? —dice Terry.

—*Por ahí* —dice él—, a veinte a uno. Un asqueroso *outsider*. Y los demás como si nada.

—¿Y la yegua de Bass? —dice Terry.

—Todavía está corriendo —dice—. Estamos en el mismo bote. Boylan echó dos libras, por consejo mío, por *Cetro*, para él y una señora amiga.

—Yo tenía media corona —dice Terry— por *Zinfandel*, que me lo aconsejó el señor Flynn. El de Lord Howard de Walden.

—Veinte a uno —dice Lenehan—. Qué mierda de vida. *Por ahí*, dice él. Arrambla con todo y no deja ni migajas. Fragilidad, tu nombre es *Cetro*.

Conque se acerca a la lata de galletas que dejó Bob Doran a ver si quedaba algo que zampar con disimulo, y el viejo chucho detrás también a probar suerte con el hocico sarnoso levantado. La tía Clemencia se fue a la despensa.

—Aquí no, hijo mío —dice.

—Ánimo —dice Joe—. Ésa habría ganado el dinero si no fuera por el otro perro.

Y J. J. y el Ciudadano venga a discutir de derecho y de historia con Bloom metiendo de vez en cuando alguna palabra.

—Algunos —dice Bloom— ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio.

—*Raimeis* —dice el Ciudadano—. No hay peor ciego que el que no quiere ver, ya comprenden lo que quiero decir. ¿Dónde están los veinte millones de irlandeses que nos faltan, los que debería haber hoy en vez de cuatro, nuestras tribus perdidas? ¡Y nuestras cerámicas y textiles, lo mejor de todo el mundo! ¡Y nuestra lana que se vendía en Roma en tiempos de Juvenal, y nuestro lino y nuestro damasco de los telares de Antrim y nuestro encaje de Limerick, nuestras tenerías y nuestro cristal blanco ahí en Ballybough y nuestro popelín hugonote, que lo tenemos desde Jacquard de Lyon, y nuestra seda tejida y nuestros paños de Foxford y el punto en relieve de marfil, del convento de Carmelitas de New Ross, que no hay nada semejante en todo el mundo! ¿Dónde están los mercaderes griegos que venían cruzando las columnas de Hércules, ese Gibraltar hoy arrebatado por el enemigo de la humanidad, con oro y púrpura de Tiro para venderlo en Wexford en la feria de Carmen? Lean a Tácito y a Ptolomeo, e incluso a Giraldus Cambrensis. Vinos, peletería, mármol de Connemara, plata de Tipperary, sin rival, nuestros caballos tan famosos hoy mismo, los caballitos irlandeses, con el rey Felipe de España ofreciendo pagar aduanas por el derecho de pesca en nuestras aguas. ¿Cuánto nos deben los amarillentos de Anglia por nuestro comercio arruinado y nuestros hogares arruinados? Y los cauces del Barrow y el Shannon que no quieren ahondar, con millones de acres de pantano y turbera para hacernos morir a todos de tisis.

—Tan sin árboles como Portugal estaremos pronto —dice John Wyse—, o como Heligoland con su único árbol, si no se hace algo para repoblar los bosques del país. Los alerces, los abetos, todos los árboles de la familia conífera están desapareciendo deprisa. Estaba leyendo yo un informe de Lord Castletown...

—Salvadlos —dice el Ciudadano—, el fresno gigante de Galway y el gran olmo de Kildare con cuarenta pies de circunferencia y un acre de follaje. Salvad los árboles de Irlanda para los futuros hombres de Irlanda en las bellas colinas de Eire, ¡oh!

—Europa tiene los ojos en vosotros —dice Lenehan.

El mundo elegante internacional asistió en masa esta tarde a la boda del caballero Jean Wyse de Neaulan, gran maestro jefe de los Guardabosques Nacionales de Irlanda, con la señorita Piña Conífera de Valdepinos. Lady Silvestra Sombradeolmo, la señora Bárbara Abedul, la señora Laura Fresno, la señorita Acebo Ojosdeavellana, la señorita Dafne Laurel, la señorita Dorotea del Rosal, la señora Clyde Doceárboles, la señora Roberta Verde, la señora Elena de la Parra, la señorita Virginia Enredadera, la señorita Gladys Haya, la señorita Oliva del Campo, la señorita Blanca Arce, la señora Maud Ébano, la señorita Myra del Mirto, la señorita Priscilla Saúco, la señorita Abeja Madreselva, la señorita Gracia Chopo, la señorita O'Mimosa San, la señorita Rachel Fuentecedro, las señoritas Lilian y Violeta Lila, la señorita Timidez del Tiemblo, la señorita Cati Musgo de la Fuente, la señorita May Espino, la señorita Gloriana Palma, la señorita Liana del Bosque, la señora Arabella Selvanegra y la señora Norma de la Encina, de Encinar del Rey, agraciaron la ceremonia con su presencia. La novia, acompañada del padrino, su padre el señor Conífero de las Bellotas, estaba encantadora en un modelo realizado en seda mercerizada verde, modelado sobre un viso gris crepúsculo, con una faja de ancha esmeralda y rematado con un falbalá triple de franjas más oscuras, todo el conjunto animado por breteles e inserciones en las caderas de bronce bellota. Las doncellas de honor, señorita Alerce Conífera y señorita Ciparisa Conífera, hermanas de la novia, llevaban elegantes trajes del mismo tono, con un delicado motivo de pluma rosa en los pliegues, caprichosamente repetido en las tocas verde jade en forma de plumas de avutarda de coral rosa pálido. El Senhor Enrique Flor actuó en el órgano con su conocida maestría, y en adición a los números prescritos para la misa nupcial, ejecutó un nuevo e impresionante arreglo de *Leñador, deja ese árbol* a la conclusión de la ceremonia. Al abandonar la iglesia de San Fiacre *in Horto*, tras la bendición pontificia, la feliz pareja fue sometida a un juguetero fuego cruzado de avellanas, nueces de haya, hojas de laurel, amentos de sauce, bayas de hiedra, bayas de acebo, ramitas de muérdago y yemas de fresno. Los nuevos señores de Wyse Conífero Neaulan pasarán una tranquila luna de miel en la Selva Negra.

—Y nuestros ojos están en Europa —dice el Ciudadano—. Teníamos nuestro comercio con España y los franceses y los flamencos antes de que esos

chuchos estuvieran destetados, cerveza española en Galway, las barcasas de vino en el canal oscuro como vino.

—Y volveremos a tenerlo —dice Joe.

—Y con la ayuda de la Santa Madre de Dios volveremos a tenerlo— dice el Ciudadano, palmeándose el muslo—. Nuestros puertos, que están vacíos, volverán a estar llenos, Queenstown, Kinsale, Galway, Blacksod Bay, Ventry en el reino de Kerry, Killybegs, el tercer puerto del mundo en amplitud, con una flota de mástiles de los Lynch de Galway y los O'Reilly de Cavan y los O'Kennedy de Dublín, cuando el conde de Desmond podía hacer un tratado con el mismo Emperador Carlos V. Y así volverá a ser —dice— cuando se vea el primer barco de guerra irlandés abriéndose paso por las olas con nuestra propia bandera enarbolada, nada de esas arpas de Enrique Tudor, no, la más antigua bandera que haya navegado, la bandera de la provincia de Desmond y Thomond, tres coronas en campo azul, los tres hijos de Milesio.

Y se engulló el último sorbo de la pinta, caray. Todo ventosidad y pis, como gato de tenería. Las vacas de Connacht tienen los cuernos largos. Por lo que valga su jodida pelleja, que baje a echarles todos esos elevados discursos a la multitud reunida en Shanagolden, donde no se atreve a enseñar la nariz, con los Molly Maguire que andan buscándole para dejarle hecho un colador por echar mano a la propiedad de un arrendatario desahuciado.

—Muy bien, muy bien por eso —dice John Wyse—. ¿Qué va a tomar?

—Una Guardia Imperial —dice Lenehan—, para celebrar la ocasión.

—Una media, Terry —dice John Wyse—, y un manosarriba. ¡Terry! ¿Estás dormido?

—Sí, señor —dice Terry—. Un whisky pequeño y una botella de Allsop. Muy bien, señor.

Echado encima del jodido periódico con Alf buscando cosas picantes en vez de atender al público en general. El dibujo de un encuentro a cabezazos, tratando de partirse los cráneos, un tío contra otro con la cabeza baja como un toro contra una puerta. Y otra: *Monstruo negro quemado en Omaha., Ga.* Un montón de bandidos del llano con sombrero ancho disparando contra un negrito atado en lo alto de un árbol con la lengua fuera y una hoguera debajo. Coño, deberían ahogarle luego en el mar y electrocutarle y crucificarle para estar bien seguros del asunto.

—Pero ¿qué hay de la marina de guerra —dice Ned— que mantiene a distancia a nuestros adversarios?

—Les diré lo que pasa —dice el Ciudadano—. Es el infierno en la tierra. Lean las revelaciones que salen en los periódicos sobre los latigazos en los barcos—escuela en Portsmouth. Las escribe un tío que firma *Un Asqueado*.

Así que empieza a hablarnos de castigo corporal y de la marinería y los oficiales y contraalmirantes muy elegantes con tricornio y el capellán con su Biblia protestante para presenciar el castigo y un muchacho al que sacan, aullando por su mamá, y le atan a la culata de un cañón.

—Una docena en el trasero —dice el Ciudadano—, así es como lo llamaba el viejo bribón de Sir John Beresford, pero los modernos ingleses de Dios lo llaman corrección en el calzón.

Y dice John Wyse:

—Al calzón por la infracción.

Entonces nos cuenta que el maestro de armas llega con una vara larga y la saca y le azota el jodido trasero al pobre muchacho hasta que chilla que me matan.

—Esa es la gloriosa armada británica —dice el Ciudadano— que tiraniza la tierra. Los tíos que nunca serán esclavos, con la única Cámara hereditaria que ha quedado en todo el santo mundo y su tierra en manos de una docena de cerdos cebados y de barones de la bala de algodón. Ese es el gran imperio de que presumen, un imperio de esclavos y siervos azotados.

—Sobre el cual nunca se levanta el sol —dice Joe.

—Y la tragedia de eso —dice el Ciudadano— es que ellos se lo creen. Esos desgraciados Yahoos se lo creen.

Creen en el bastón, azotador todopoderoso, creador del infierno en la tierra, y en Jack Marino, su ilegítimo hijo, que fue concebido por obra de un espíritu de espanto, y nació de la marina horrible, sufrió en pompa los palos, fue castigado, abierto y desollado, aulló como los demonios del infierno, y al tercer día se levantó de la litera, llegó al puerto y está sentado en sus posaderas hasta nueva orden, que vendrá a pringar ni vivo ni muerto.

—Pero —dice Bloom—, ¿no es la disciplina lo mismo en todas partes? Quiero decir, ¿no sería lo mismo aquí si se opusiera fuerza contra fuerza?

¿No os lo dije? Tan verdad como que estoy bebiendo esta cerveza, aunque estuviese echando el último aliento trataría de convencerlos de que morir era vivir.

—Opondremos fuerza a la fuerza —dice el Ciudadano. Tenemos nuestra Irlanda mayor más allá del mar. Les echaron de su casa y hogar en el negro año 47. Sus cabañas de barro y sus chozas junto al camino fueron derribadas por el ariete y el Times se frotó las manos y les dijo a esos sajones de hígado blanco que pronto habría tan pocos irlandeses en Irlanda como pieles rojas en América. Hasta el Gran Turco nos mandó sus piastras. Pero el sajón trató de matar de hambre a la nación en casa mientras el país estaba lleno de cosechas que las hienas británicas compraban para vender en Río de Janeiro. Sí, echaron a los campesinos en manadas. Veinte mil de ellos murieron en los barcos-ataúd. Pero los que llegaron a la tierra de los libres recuerdan la tierra de esclavitud. Y vendrán otra vez y para venganza, que no son unos cobardes, los hijos de Granuaile, los paladines de Kathleen ni Houlihan.

—Absolutamente cierto —dice Bloom—. Pero lo que yo quería decir era...

—Llevamos mucho tiempo esperando ese día, Ciudadano —dice Ned—. Desde que aquella pobre vieja nos dijo que los franceses se habían hecho a la mar y habían desembarcado en Killala.

—Eso —dice John Wyse—. Luchamos por la dinastía real de los Stuart, que renegaron de nosotros por los de Guillermo III, y nos traicionaron. Recuerden Limerick y la piedra del tratado rota. Dimos nuestra mejor sangre a Francia y a España, nuestros patos salvajes. Fontenoy ¿eh? Y Sarsfield, y O'Donnell, Duque de Tetuán en España, y Ulysses Browne de Camus, que fue mariscal de campo de María Teresa. Pero ¿qué hemos recibido nunca por eso?

—¡Los franceses! —dice el Ciudadano—. ¡Pandilla de maestros de baile! ¿Se dan cuenta de lo que es? Nunca han valido un pedo podrido para Irlanda. ¿No están tratando ahora de hacer una entente cordiale con la pérfida Albión en ese banquete de T. P.? Los incendiarios de Europa, han sido siempre.

—*Conspuez les Français* —dice Lenehan, agarrando su cerveza.

—Y en cuanto a los prusianos y hanoverianos —dice Joe—, ¿no hemos tenido bastante de esos bastardos comedores de salchichas en el trono desde Jorge el Elector hasta el muchacho alemán y esa vieja perra flatulenta que ya se ha muerto?

Caray, me daba risa de ver cómo salía con eso de la vieja guiñando el ojo, borracha en el palacio real una noche tras otra, la vieja Vic, con su vasazo de whisky irlandés y el cochero cargando con todos sus huesos para meterla en la cama y ella tirándole de las patillas y cantándole viejos trozos de canciones como *Ehren en el Rhin y Ven acá donde el trago es más barato*.

—¡Bueno! —dice J. J.—. Ahora tenemos a Eduardo el Pacificador.

—Cuénteselo a un idiota —dice el Ciudadano—. Tiene más cara de pez que de paz ese muchachito. ¡Edward Guelph-Wettin!

—¿Y qué piensan —dice Joe— de esos beatos, los curas y los obispos de Irlanda arreglándole el cuarto en Maynooth con los colores deportivos de Su Majestad Satánica, y pegando estampas de todos los caballos que han montado sus jockeys? El conde de Dublin, nada menos.

—Deberían haber pegado todas las mujeres que ha montado él —dice el pequeño Alf.

Y dice J. J.:

—Consideraciones de espacio influyeron en la decisión de sus reverencias.

—¿Quiere probar con otra, Ciudadano? —dice Joe.

—Sí, señor —dice él—, muy bien.

—¿Y tú? —dice Joe.

—Muy agradecido, Joe —digo yo—. Que te aproveche.

—Repite esa dosis —dice Joe.

Bloom hablaba y hablaba con John Wyse, muy excitado, con su jeta de color de panza de burro y sus viejos ojos de ciruela dándole vueltas.

—Persecución —dice—, toda la historia del mundo está llena de eso. Perpetuando el odio nacional entre las naciones.

—Pero ¿sabe qué quiere decir una nación? —dice John Wyse.

—Sí —dice Bloom.

—¿Qué es? —dice John Wyse.

—¿Una nación? —dice Bloom—. Una nación es la misma gente viviendo en el mismo sitio.

—Vaya por Dios, entonces —dice Ned, riendo—, si eso es una nación yo soy una nación porque llevo cinco años viviendo en el mismo sitio.

Así que claro todos se rieron de Bloom y él dice, tratando de salir del lío:

—O también viviendo en diferentes sitios.

—Eso incluye mi caso —dice Joe.

—¿Cuál es su nación?, si me permite preguntarlo —dice el Ciudadano.

—Irlanda —dice Bloom—. Yo nací aquí. Irlanda.

El Ciudadano no dijo nada sino que sólo se aclaró la garganta y, chas, escupió una ostra Costa-Roja derecha al rincón.

—Allá va eso, Joe —dice, sacando el pañuelo para secarse.

—Aquí estamos, Ciudadano —dice Joe—. Tome eso en la mano derecha y repita conmigo las siguientes palabras.

El antiguo pañizuelo irlandés, tesoro de intrincados bordados, atribuida a Salomón de Droma y Manus Tomaltach og MacDonogh, autores del Libro de Ballymote, fue extraído entonces y produjo prolongada admiración. No hay necesidad de demorarse en la legendaria belleza de las esquinas, la cima del arte, donde cabe distinguir claramente a los cuatro evangelistas presentando a cada uno de los cuatro maestros su símbolo evangélico, un cetro de roble fósil, un puma norteamericano (un rey de los animales mucho más noble que su equivalente inglés, dicho sea de paso), un ternero de Kerry y un águila dorada de Carrantuohill. Las escenas representadas en el campo emuntorio, mostrando nuestras antiguas colinas y raths y cromlechs y grianauins y sedes de sabiduría y piedras de maldición, son tan maravillosamente hermosas y los pigmentos tan delicados como cuando los iluminadores de Sligo dieron rienda suelta a su fantasía artística, hace mucho tiempo, en la época de los Barmecidas: Glendalough, los deliciosos lagos de Killarney, las ruinas de Clonmacnois, Cang Abbey, Glen Inagh y los Doce Alfileres, el Ojo de Irlanda, las Colinas Verdes de Tallaght, Croagh Patrick, la fábrica de cerveza de los señores Arthur Guinness, Hijo y Compañía (S.L.), las orillas de Lough Neagh, el valle de Ovoca, la torre de Isolda, el obelisco de Mapas, el hospital de Sir Patrick Dun, el cabo Clear, el valle de Aherlow, el castillo de Lynch, la casa Scotch, el Asilo Nocturno Comunal de Loughlinstown, la cárcel de Tullamore, los rápidos de Castleconnel, Kilballymacshonakill, la cruz de Monasterboice, el hotel de Jury, el Purgatorio de San Patricio, el Salto del Salmón, el refectorio del colegio de Maynooth, el agujero de Curley, los tres lugares de nacimiento del primer duque de Wellington, la roca de Cashel, la turbera de Allen, el Almacén de la calle Henry, la Gruta de Fingal —todas esas emocionantes escenas siguen ahí para nosotros, aún más hermoeadas por las aguas de la tristeza que han pasado sobre ellas y por las ricas incrustaciones del tiempo.

—Échanos para acá los vasos —digo yo—. ¿De quién es cada?

—Este es mío —dice Joe—, como le dijo el diablo al policía muerto.

—Y yo pertenezco a una raza, también —dice Bloom—, que es odiada y perseguida. También ahora. En este mismo momento. En este mismo instante.

Coño, casi se quemaba los dedos con la colilla del caruncho.

—Una raza robada. Saqueada. Insultada. Perseguida. Quitándonos lo que es nuestro por derecho. En este mismo momento —dice, levantando el puño—, vendidos en subasta en Marruecos como esclavos o ganado.

—¿Habla usted de la nueva Jerusalén? —dice el Ciudadano.

—Hablo de la injusticia —dice Bloom.

—Muy bien —dice John Wyse—. Pues entonces opónganse a ella con la fuerza, como hombres.

Ahí tienes una buena estampa de almanaque. Un blanco para una bala dum-dum. El viejo cara grasienta al pie del cañón. Coño, iría mejor con una escoba, bastaría que se pusiera un delantal de niñera. Y en esto se derrumba de repente, retorciéndolo todo al revés, flojo como un trapo mojado.

—Pero no sirve para nada —dice—. Fuerza, odio, historia, todo eso. Esa no es vida para hombres y mujeres, insultos y odio. Y todo el mundo sabe que eso es exactamente lo contrario de lo que es la verdadera vida.

—¿Qué? —dice Alf.

—El amor —dice Bloom—. Quiero decir lo contrario del odio. Tengo que marcharme ahora —le dice a John Wyse—. Nada más que a dar una vuelta por el juzgado a ver si está Martin. Si viene, basta que le digan que vuelvo dentro de un momento. Un momento nada más.

¿Quién te retiene? Y allá que sale disparado como un rayo engrasado.

—Un nuevo apóstol para los gentiles —dice el Ciudadano—. El amor universal.

—Bueno —dice John Wyse—, ¿no es eso lo que nos dicen? Ama a tu prójimo.

—¿Ese tío? —dice el Ciudadano—. Explota a tu prójimo. ¡Amar, sí, sí! Bonito ejemplo de Romeo y Julieta es ése.

El amor ama amar al amor. La enfermera ama al nuevo farmacéutico. El guardia 14A ama a Mary Kelly. Gerty MacDowell ama al muchacho que tiene la bicicleta. M. B. ama a un bello caballero. Li Chi Han amal dal besitos a Cha Pu Chow. Jumbo, el elefante, ama a Alice, la elefanta. El viejo señor Verschoyle con su trompetilla ama a la vieja señora Verschoyle con su ojo metido para dentro. El hombre del *macintosh* pardo ama a una señora que ha muerto. Su Majestad el Rey ama a Su Majestad la Reina. La señora Norman W. Tupper ama al oficial Taylor. Tú amas a cierta persona. Y esa persona ama a aquella otra persona porque todo el mundo ama a alguien pero Dios ama a todo el mundo.

—Bueno, Joe —digo yo—, a tu salud y mucho éxito. Más ánimos, Ciudadano.

—Hurra, venga allá —dice Joe.

—La bendición de Dios y la Virgen María y San Patricio sobre ustedes —dice el Ciudadano.

Y levanta la pinta para mojarse el gaznate.

—Ya conocemos a estos beatones —dice— que predicán y te vacían el bolsillo. ¿Y qué me dicen del beato de Cromwell y sus Corazas de Hierro que pasaron a cuchillo a las mujeres de Drogheda con la cita de la Biblia *Dios es amor* pegada alrededor de la boca de los cañones? ¡La Biblia! ¿Han leído hoy esa broma en el *United Irishman* sobre el jefe zulú que está visitando Inglaterra?

—¿Qué es eso? —dice Joe.

Así que el Ciudadano saca uno de su montón de papelotes y empieza a leer en voz alta:

—Una delegación de los principales magnates algodoneros de Manchester fue presentada ayer a Su Majestad el Alaki de Abeakuta por el Primer Introdutor de Matadores, Lord Anda Sobre Huevos, para expresar a Su Majestad el cordial agradecimiento de los comerciantes británicos por las facilidades que se les han concedido en sus dominios. La delegación fue obsequiada con un almuerzo a cuyos postres el moreno potentado, al final de un afortunado discurso, traducido libremente por el capellán británico, Reverendo Ananías Alabaadios Enloshuesos, expresó su más profundo agradecimiento a Lord Anda y subrayó las cordiales relaciones existentes entre Abeakuta y el Imperio Británico, afirmando que conservaba consigo como una de sus más preciosas posesiones una Biblia con miniaturas, el libro de la palabra de Dios y el secreto de la grandeza de Inglaterra, con que le había obsequiado graciosamente la gran mujer blanca, la gran *squaw* Victoria, con dedicatoria personal de la augusta mano de la Real Donante. El Alaki hizo luego la libación de la amistad con whisky de primera, brindando *Por el Negro y el Blanco*, en el cráneo de su inmediato predecesor en la dinastía Kakachakachak, por sobrenombre Cuarenta Verrugas, tras de lo cual visitó la principal fábrica de Algodonópolis y firmó con una cruz en el libro de visitantes, ejecutando a continuación una vieja danza de guerra abeakutiense, durante la cual se tragó varios cuchillos y tenedores, entre el regocijado aplauso de las obreras.

—La viuda —dice Ned—, no puede fallar. No sé si él habrá usado esa Biblia como la usaría yo.

—Lo mismo sólo que más —dice Lenehan—. Y desde entonces, en esa fructífera tierra, el mango de anchas hojas prosperó sin límites.

—¿Lo ha escrito Griffith? —dice John Wyse.

—No —dice el Ciudadano—. No está firmado Shanganagh. Tiene sólo una inicial: P.

—Y muy buena inicial, por cierto —dice Joe.

—Así han ido las cosas —dice el Ciudadano—. El comercio sigue a la bandera.

—Bueno —dice J. J.—, si son peores que esos belgas en el Estado Libre del Congo, tienen que ser malos. ¿Han leído la información de ése, como se llame?

—Casement —dice el Ciudadano—. Es irlandés.

—Sí, ése es —dice J. J.—. Violando a las mujeres y las chicas y azotando a los indígenas en la tripa para sacarles todo lo que pueden de ese caucho rojo.

—Ya sé a dónde ha ido —dice Lenehan, chascando los dedos.

—¿Quién? —digo yo.

—Bloom —dice—, lo del juzgado es una trampa. Había apostado unos cuantos chelines a *Por Ahí* y ha ido a cobrar la pasta.

—¿Ese cafre de ojos blancos? —dice el Ciudadano—, ése no ha apostado nunca por un caballo, ni borracho.

—A eso es a lo que ha ido —dice Lenehan—. Me encontré a Bantam Lyons que iba a apostar por ese caballo, sólo que yo se lo quité de la cabeza, y me dijo que Bloom se lo había aconsejado. Apuesto lo que quieran a que saca cien chelines por cinco. Es el único en Dublín que lo tenga. Un caballo desconocido.

—Él también es un caballo desconocido —dice Joe.

—Oye, Joe —digo yo—. Enséñame la entrada para que salga.

—Ahí está —dice Terry.

Adiós Irlanda que me voy a Gort. Así que me doy una vuelta al fondo del patio a hacer aguas y coño (cien chelines por cinco) mientras que estaba yo (*Por Ahí* veinte a) estaba yo descargando coño me digo yo ya me daba cuenta de que ése estaba nervioso (dos pintas a costa de Joe y una en Slattery) nervioso por escaparse a (cien chelines son cinco pavos) y cuando estaban en el (un caballo desconocido) Pisser Burke me estaba contando la partida de cartas y dejando caer que la niña estaba mala (coño, debo haber soltado como un galón) y la mujer de los mofletes colgantes que le decía por teléfono *está mejor* o *está* (¡uf!) todo un plan que iba a sacar adelante con el dinero si ganaba (caray, estaba hasta arriba) comerciar sin licencia (¡uf!) Irlanda es mi nación dice él (¡aj! ¡buah!) nunca sabe uno cómo hay que hacer con esos jodidos (se acabó) judíos (¡ah!).

Conque la cosa es que cuando volví estaban todos dándole vueltas a eso, John Wyse diciendo que fue Bloom quien le dio la idea del Sinn Fein a Griffith, que metiera en el periódico todas esas historias de trampas electorales, jurados comprados y evasiones de impuestos al Gobierno y lo de nombrar cónsules por todo el mundo para que anden por ahí vendiendo productos irlandeses. Desnudando a un santo para vestir a otro. Coño, es lo que nos faltaba, que ese jodido lacrimoso tenga que meterse en nuestro caldo. Que nos dejen en paz con nuestra mierda. Dios salve a Irlanda de gentes como ese jodido entremetido. El señor Bloom con su blablablá. Y su viejo, antes que él, organizando estafas, el viejo Matusalén Bloom, salteador de caminos, que se envenenó con ácido prúsico después de inundar el país con su bisutería y sus diamantes de culo de vaso. Préstamos por correo, cómodas condiciones. Cualquier cantidad de dinero prestada contra simple recibo. La distancia no es obstáculo. Sin garantías. Coño, éste es como la cabra de Lanty MacHale, que hacía un poco de camino con todo el que se encontraba.

—Bueno, así es —dice John Wyse—. Y ahí está ahora el hombre que se lo puede contar todo, Martin Cunningham.

Vaya que sí, llegó el coche oficial con Martin dentro y Jack Power con él y un tío llamado Crofter o Crofton, pensionado de la oficina de Recaudación de Impuestos, un orangista que está a cuenta del registro y que se saca el sueldo — ¿o Crawford?— haciéndose pasear por el país a costa de la Corona.

Nuestros viajeros alcanzaron el rústico hostel y descendieron de sus palafrenes.

—¡Ohé, mozo! —gritó aquel que por su compostura semejaba ser el principal del grupo—. ¡Pícaro rufián! ¡Venid acá!

Así diciendo, golpeó ruidosamente con el pomo de la espada en la abierta celosía.

El buen huésped acudió al requerimiento ciñéndose con su tabardo.

—Buenos días dé Dios a vuestras mercedes —dijo, con una obsequiosa reverencia.

—¡Llegad presto, buen hombre! —gritó el que había llamado—. Atended a nuestros corceles. Y en cuanto a nosotros, dadnos de lo mejor que tengáis, pues a fe que lo habemos menester.

—Ay de mí, buenos señores —dijo el huésped—, mi pobre casa no tiene sino una despensa vacía. No sé qué ofrecer a vuestras mercedes.

—¿Cómo es eso, amigo? —gritó el segundo del grupo, hombre de placentero continente—. ¿Así servís a los mensajeros del rey, Maese Pinchatonel?

Al instante las facciones del amo de la casa cambiaron por completo.

—Os demando excusas, caballeros —dijo humildemente—. Si sois mensajeros del rey (¡Dios guarde a Su Majestad!), no os ha de faltar nada. Los amigos del rey (¡Dios bendiga a Su Majestad!) no han de quedar ayunos en mi casa, así Dios me salve.

—¡A ello, entonces! —gritó el viajero que no había hablado, hombre dado a la buena mesa, por su aspecto—. ¿Tenéis algo que darnos?

El buen huésped volvió a dar respuesta:

—¿Qué diríais, mis buenos señores, de un pastel de pichones cebados, unas tajadas de venado, un lomo de ternera, una cerceta con tocino ahumado, una cabeza de jabalí con pistachos, un cuenco de cándidas natillas, un vaso de aguardiente de nísperos y una botella de vino añejo del Rhin?

—¡Pardiez! —gritó el último en hablar—. Eso me acomoda. ¡Pistachos!

—¡Ajá! —gritó el de placentero continente—. ¡Una pobre casa y una despensa vacía, decíais! Buen pícaro sois vos.

Conque entra Martin preguntando dónde estaba Bloom.

—¿Que dónde está? —dice Lenehan—. Estafando a viudas y huérfanos.

—¿No es verdad —dice John Wyse—, lo que le estaba contando yo al Ciudadano sobre Bloom y el Sinn Fein?

—Así es —dice Martin—. O por lo menos, eso alegan.

—¿Quién hace esos alegatos? —dice Alf.

—Yo —dice Joe—. Yo soy el alagartador.

—Y después de todo —dice John Wyse—, ¿por qué un judío no va a poder amar a su país como cualquier otro?

—¿Por qué no? —dice J. J.—, con tal de que esté bien seguro de cuál es su país.

—¿Es judío o gentil o apostólico romano o metodista o qué demonios es? —dice Ned—. ¿Y quién es? Sin ofender a nadie, Crofton.

—Aquí no le queremos —dice Crofter el organista o presbiteriano.

—¿Quién es Junius? —dice J. J.

—Es un judío renegado —dice Martin—, de no sé dónde en Hungría y fue él quien organizó todos los planes según el sistema húngaro. Lo sabemos muy bien, en el palacio.

—¿No es primo de Bloom el dentista? —dice Jack Power.

—De ningún modo —dice Martin—. Sólo es el mismo apellido. Se llamaba Virag. Ese era el apellido del padre, el que se envenenó. Se lo cambió con autorización judicial, el padre.

—¡Ese es el nuevo Mesías para Irlanda! —dice el Ciudadano—. ¡La isla de los santos y los sabios!

—Bueno, ellos todavía siguen esperando a su redentor —dice Martin—. Y si a eso vamos, igual que nosotros.

—Sí —dice J. J.—, y cada niño varón que nace piensan que puede ser su Mesías. Y creo que no hay judío que no se ponga terriblemente nervioso hasta saber si es padre o madre.

—Esperando que cualquier momento pueda ser el próximo —dice Lenehan.

—Válgame Dios —dice Ned—, tendrían que haber visto a Bloom antes que naciera ese hijo suyo que se murió. Le encontré un día en el Mercado Municipal del Sur comprando una lata de alimento Neave seis semanas antes de que su mujer diera a luz.

—*En ventre sa mère* —dice J. J.

—¿Y a eso llaman ustedes un hombre? —dice el Ciudadano.

—No sé si sabe dónde se lo guarda —dice Joe.

—Bueno, de todos modos, le han nacido dos chicos —dice Jack Power.

—¿Y de quién sospecha él? —dice el Ciudadano.

Coño, hablando en broma se dicen muchas verdades. Ese es uno de esos ni carne ni pescado. Se metía en cama en el hotel, me lo contaba Pisser, una vez al mes con dolor de cabeza como una muchachita con sus asuntos. ¿Sabéis lo que os digo? Sería justicia de Dios agarrar a un tío así y tirarle al mar. Homicidio justificable, eso sería. Luego escurriéndose con sus cinco pavos sin convidar a un trago como un hombre. Dios nos libre. Ni para mojarse los labios.

—Caridad con el prójimo —dice Martin—. Pero ¿dónde está? No podemos esperar.

—Un lobo con piel de oveja —dice el Ciudadano—. Eso es lo que es. ¡Virag, de Hungría! Ahasvero le llamo yo. Maldito de Dios.

—¿Tiene tiempo para una breve libación, Martin? —dice Ned.

—Sólo una —dice Martin—. Tenemos que darnos prisa. J. J. y S.

—¿Tú, Jack? ¿Crofton? Tres medias, Terry.

—Haría falta que desembarcara otra vez San Patricio en Ballykinlar para convertirnos —dice el Ciudadano—, después de permitir que cosas así contaminen nuestras orillas.

—Bueno —dice Martin, golpeando para pedir su vaso—. Dios bendiga a todos los presentes, ésa es mi oración.

—Amén —dice el Ciudadano.

—Estoy seguro de que así será —dice Joe.

Y, al sonido de la campanilla consagrada, llevando a la cabeza una cruz alzada con acólitos, turiferarios, portadores de navículas, lectores, ostiarios, diáconos y subdiáconos, avanzó la venerable comitiva de abades mitrados y priores y guardianes y monjes y frailes: los monjes de San Benito de Spoleto, Cartujos y Camaldulenses, Cistercienses y Olivetanos, Oratorianos y Valombrosianos, y los frailes de San Agustín, Brigitinos, Premonstratenses, Servitas, Trinitarios, y los Hijos de San Pedro Nolasco: y junto con ellos, desde el Monte Carmelo, los hijos del profeta Elías conducidos por el obispo San Alberto y por Santa Teresa de Ávila, Calzados y Descalzos: y frailes pardos y grises, hijos del pobrecillo Francisco, Capuchinos, Cordeleros, Mínimos y Observantes, y las hijas de Santa Clara: y los hijos de Santo Domingo, los Frailes Predicadores, y los hijos de San Vicente, y los monjes de San Wolstan: y de San Ignacio los hijos: y la Cofradía de los Hermanos Cristianos encabezada por el Reverendo Hermano Edmund Ignatius Rice. Y después venían todos los santos y mártires, vírgenes y confesores: San Ciro y San Isidro Labrador y Santiago el Menor y San Focas de Sinope y San Julián el Hospitalario y San Félix de Cantalejo y San Simeón Estilita y San Esteban Protomártir y San Juan de Dios y San Ferreol y San Leugardo y San Teodoto y San Vulmaro y San Ricardo y San Vicente de Paúl y San Martín de Todi y San Martín de Tours y San Alfredo y San José y San Dionisio y San Cornelio y San Leopoldo y San Bernardo y San Terencio y San Eduardo y San Owen Canículo y San Anónimo y San Epónimo y San Pseudónimo y San Homónimo y San Parónimo y San Sinónimo y San Lorenzo O'Toole y Santiago de Dingle y de Compostela y San Columcilo y Santa Columba y San Celestino y San Colmano y San Kevin y San Brendan y San Frigidiano y San Senano y San Fachtna y San Columbano y San Gallo y San Fursey y San Finta y San Fiacre y San Juan Nepomuceno y Santo Tomás de Aquino y San Ivo de Bretaña y San Michan y San Herman-Joseph y los tres patronos de la santa juventud San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans y los Santos Gervasio, Servasio y Bonifacio, y San Bride y San Kieran y San Canice de Kilkenny y San Jarlath de Tuam y San Finbarr y San Pappin de Ballymun y el Hermano Aloysio Pacífico y el Hermano Luis Belicoso y las Santas Rosa de Lima y de Viterbo y Santa Marta de Betania y Santa-María Egipcíaca y Santa Lucía y Santa Brígida y Santa Attracta y Santa Dymrna y

Santa Ita y Santa Marion Calpense y la Beata Sor Teresa del Niño Jesús y Santa Bárbara y Santa Escolástica y Santa Úrsula con las once mil vírgenes. Y todos venían con nimbos y aureolas y glorias, portando palmas y arpas y espadas y coronas de olivo, con vestiduras en que estaban tejidos los sagrados símbolos de sus prerrogativas, tinteros, flechas, hogazas de pan, cántaros, grilletes, hachas, árboles, puentes, niñitos en bañeras, conchas, bolsas de dinero, tijeras de esquilador, llaves, dragones, lirios, postas de caza, barbas, cerdos, lámparas, fuelles, colmenas, cucharones de sopa, estrellas, serpientes, yunques, cajas de vaselina, campanas, muletas, fórceps, cuernos de ciervo, botas impermeables, halcones, piedras de molino, ojos en un plato, velas de cera, hisopos, unicornios. Y mientras doblaban pasando junto a la Columna de Nelson, por la calle Henry, por la calle Mary, por la calle Capel, por la calle Little Britain, entonando el introito *In Epiphania Domini* que comienza *Surge, illuminare* y a continuación, con la mayor dulzura, el gradual *Omnes* que dice *De Saba venient*, hacían milagros diversos tales como arrojar demonios, resucitar muertos, multiplicar peces, curar tullidos y ciegos, descubrir diversos objetos que se habían extraviado, interpretar y cumplir las Escrituras, bendecir y profetizar. Y finalmente, bajo un dosel de tejido de oro, venía el Reverendo O'Flynn acompañado por Malachi y Patrick. Y cuando los buenos padres hubieron alcanzado el lugar establecido, la casa de Bernard Kiernan y Cía., Sociedad Limitada, calle Little Britain 8, 9 y 10, comestibles al por mayor, comerciantes en vinos y aguardientes, autorizados para la venta de cerveza, vino y licores para consumición en el local, el celebrante bendijo la casa e incensó las ventanas en cruz y las aristas y las bóvedas y los resaltes y los capiteles y los basamentos y las cornisas y los arcos ornamentados y los campanarios y las cúpulas y asperjó los dinteles de todo ello con agua bendita y rogó que Dios bendijera la casa como había bendecido la casa de Abraham y de Isaac y de Jacob y que hiciera habitar en ella a los ángeles de Su Luz. Y al entrar bendijo las viandas y las bebidas, y la compañía de todos los Santos respondió a sus plegarias:

—*Adiutorium nostrum in nomine Domini.*

—*Qui fecit cælum et terram.*

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

E impuso las manos sobre los santos y dio gracias y rezó y todos rezaron con él:

—*Deus, cuius verbo sanctificantur amnia, benedictionem tuam effunde super creaturas istas: et præsta ut quisquis eis secundum legem et voluntatem Tuam cum gratiarum actione usus fuerit per invocationem sanctissimi nominis Tui corporis sanitatem et animæ tutelam Te auctore percipiat per Christum Dominum nostrum.*

—Lo mismo decimos todos nosotros —dice Jack.

—Mil veces al año, Lambert —dice Crofton o Crawford.

—Eso es —dice Ned, levantando su whisky “John Jameson”—. Y salud para verlo.

Estaba yo echando una ojeada alrededor a ver a quién se le ocurriría la buena idea cuando, coño, ahí que entra ése otra vez haciendo como si tuviera una prisa del demonio.

—Me había dado una vuelta por el juzgado —dice—, a buscarle. Espero que no...

—No —dice Martin—, estamos listos.

Qué juzgado ni nada, con los bolsillos colgándole de oro y plata. Jodido tacaño miserable. Convida a un trago. ¡Qué demonio de miedo! ¡Buen judío está hecho! Todo para su menda. Listo el tipo como una rata de alcantarilla. Cien a cinco.

—No se lo diga a nadie —dice el Ciudadano.

—¿Cómo dice? —dice él.

—Vamos, muchachos —dice Martin, viendo que se iba a armar lío—. Vamos para allá.

—No se lo diga a nadie —dice el Ciudadano, soltando un aullido—. Es un secreto.

Y el jodido perro se despertó y soltó un gruñido.

—Adiós a todos —dice Martin.

Y los sacó de allí tan deprisa como pudo, a Jack Power y a Crofton o como se llame, y él en medio haciendo como si estuviera en las nubes, y hala con ellos al maldito cochecito.

—Tire adelante —dice Martin al cochero.

El delfín de láctea blancura agitó sus crines, y, subiendo a la áurea popa, el timonel desplegó la panzuda vela al viento y zarpó adelante a todo trapo, amuras a babor. Numerosas ninfas garridas se aproximaron a estribor y a babor, y, aferrándose a los flancos del noble navío, entrelazaron sus fúlgidas formas como hace el hábil constructor de ruedas cuando ajusta al cubo de su rueda los equidistantes radios, cada uno de los cuales es hermano de otro, y los sujeta a todos con un cerco exterior y da así celeridad a los pies de los hombres, bien sea que se apresuren a la lid o bien que rivalicen por la sonrisa de las bellas damas. Así propiamente llegaban y se disponían, esas propicias ninfas, las hermanas inmortales. Y reían, jugueteando en un círculo de su espuma, y el navío hendía las olas.

Pero coño apenas había posado yo el culo del vaso cuando veo al Ciudadano levantarse tambaleándose hacia la puerta, venga a resoplar como si reventara de hidropesía, y echándole encima las maldiciones de Cromwell, campana, libro y vela en irlandés, escupiendo y echando espuma, y Joe y el pequeño Alf a su alrededor como sanguijuelas a ver si le calmaban.

—Dejadme solo —dice él.

Y como llega hasta la puerta y ellos venga a sujetarle y él gritando a más no poder:

—¡Tres vivas por Israel!

Ea, siéntate en el lado parlamentario del trasero, por los clavos de Cristo, y no armes esta exhibición en público. Jesús, siempre hay algún jodido payaso organizando el fin del mundo por cualquier mierda. Coño, como para estropearle a uno la cerveza en las tripas, de veras.

Y todos los rufianes y las puercas del país alrededor de la puerta y Martin diciendo al cochero que tirara adelante y el Ciudadano aullando y Alf y Joe venga a decirle que se callara y él hecho una furia con los judíos, y los vagos pidiendo un discurso, y Jack Power tratando de sentarle en el coche y de cerrarle el pico, y un vago con un parche en el ojo empieza a cantar *Si el hombre de la luna fuera judío, judío, judío*, y una fulana le grita:

—¡Oiga, señor, que lleva la bragueta abierta!

Y dice él:

—Mendelssohn era judío y Karl Marx y Mercadante y Spinoza. Y el Salvador era judío y su padre era judío. Vuestro Dios.

—No tenía padre —dice Martin—. Basta por ahora. Tire adelante.

—¿El Dios de quién? —dice el Ciudadano.

—Bueno, su tío era judío —dice él—. Vuestro Dios era judío. Cristo era judío como yo.

Coño, el Ciudadano se mete otra vez en la taberna.

—Por Cristo —dice—, le voy a abrir la cabeza a ese jodido judío por usar el santo nombre. Por Cristo, le voy a crucificar, ya verán. Dame esa caja de galletas.

—¡Quieto! ¡Quieto! —dice Joe.

Una amplia y admirativa multitud de amigos y conocidos de la metrópoli y alrededor de Dublín se reunió, en el orden de varios millares, para despedir a Nagyaságos *uram* Lipóti Virag, ex-colaborador de Alexander Thom y Cía., Impresores de Su Majestad, con ocasión de su marcha hacia las lejanas regiones de Százharminczbrojűgulyás–Dugulás (Pradera de las Aguas Murmurantes). La ceremonia, que se desarrolló con gran *éclat*, se caracterizó por la más emotiva cordialidad. Un rollo miniado de antiguo pergamino irlandés, obra de artistas irlandeses, le fue ofrecido al distinguido fenomenologista en nombre de una amplia sección de la comunidad, acompañado por el regalo de un estuche de plata, ejecutado con exquisito gusto según el estilo de la antigua ornamentación celta, obra que contribuye al prestigio de sus realizadores, los señores Jacob *agus* Jacob. El ilustre viajero fue objeto de una cordial ovación, conmoviéndose visiblemente muchos de los presentes cuando la selecta orquesta de gaitas irlandesas atacó los conocidos compases de *Vuelve a Erin*, seguidos inmediatamente por la *Marcha de Rakóczy*. Se encendieron barriles de alquitrán y hogueras a lo largo de la orilla de los cuatro mares en las cimas del Monte de Howth, la Montaña de las Tres Rocas, el Pan de Azúcar, Brady Head, los montes de Mourne, los Galtees, los picos de Ox, Donegal y Sperrin, los Nagles y los Bograghs, las colinas de Connemara, los pantanos de Mac Gillicuddy, Slieve Aughty, Slieve Bernagh, y Slieve Bloom. Entre aclamaciones que desgarraban el

éter, y a las que hacía eco una nutrida columna de forzudos en las distantes colinas cámbricas y caledonias, la mastodóntica embarcación de placer se alejó lentamente, saludada por un último tributo floreal de las representantes del bello sexo que estaban presentes en gran número, mientras, al avanzar río abajo, escoltada por una flotilla de embarcaciones, las banderas de la Capitanía del Puerto y la Aduana se desplegaban en su honor, así como las de la central eléctrica de la Pichonera. *Visszontlátásra, kedvös barátom! Visszontlátásra!* Partido pero no olvidado.

Coño, ni el demonio le sujetaba, hasta que agarró de todos modos la jodida caja de galletas y fuera otra vez con el pequeño Alf colgándole del codo y él venga a gritar como un cerdo pillado, igual que una función del Queen's Royal Theatre.

— ¿Dónde está ése, que le mato?

Y Ned y J. J. que no se podían mover de la risa.

— ¿No te mata? — digo yo —, a ver en qué queda esto.

Pero suerte que el cochero ya le había dado vuelta al jamelgo para el otro lado y arre con él.

— Quieto, Ciudadano — dice Joe —. ¡Basta!

Coño, él estiró la mano y tomó impulso y allá que va. Gracias a Dios, tenía el sol de frente, que si no, le deja muerto. Coño, casi lo manda hasta el condado Longford. El jodido jamelgo se espantó y el viejo chucho se echó detrás del coche como un demonio y toda la plebe venga a gritar y a reír y la vieja carraca traqueteando calle abajo.

La catástrofe fue terrible e instantánea en sus efectos. El observatorio de Dunsink registró en total once sacudidas, todas ellas de quinto grado en la escala de Mercalli, sin que se haya registrado semejante disturbio sísmico en nuestra isla desde el terremoto de 1534, en los años de la rebelión de Thomas el Sedoso. El epicentro parece haber estado en la parte de la metrópoli que constituye el distrito del Inn's Quay y la parroquia de San Michan, cubriendo una superficie de cuarenta y un acres, dos varas y un pie cuadrado. Todas las señoriales residencias cercanas al Palacio de Justicia quedaron demolidas y el noble edificio mismo, en que en el momento de la catástrofe estaban en curso importantes discusiones jurídicas, es literalmente un montón de ruinas bajo el cual es de temer que estén sepultados vivos todos los ocupantes. Por informes de testigos presenciales, parece ser que las ondas sísmicas fueron acompañadas por una violenta perturbación atmosférica de carácter ciclónico. Un cubrecabezas, que luego se ha comprobado que perteneciera al respetadísimo Canciller de la Corona, señor George Fottrell, y un paraguas de seda con puño de oro y las iniciales, escudo de armas y dirección del docto y venerable presidente de las audiencias trimestrales, Sir Frederick Falkiner, primer magistrado de Dublín, fueron descubiertos por brigadas de salvamento en partes remotas de la isla, respectivamente, aquél en el tercer estrato basáltico de la Calzada de los Gigantes, y éste incrustado, hasta una profundidad de un pie

y tres pulgadas, en la arenosa playa de la bahía de Holeopen junto al viejo cabo de Kinsale. Otros testigos de vista han declarado que observaron un objeto incandescente de enormes proporciones lanzado a través de la atmósfera con trayectoria en dirección oeste-sudoeste. Se reciben continuamente mensajes de condolencia y sentimiento de todas partes de los diversos continentes, y el Sumo Pontífice se ha dignado graciosamente decretar que se celebre simultáneamente una *misa pro defunctis* especial a cargo de los ordinarios de todas y cada una de las iglesias catedrales de todas las diócesis episcopales sujetas a la autoridad espiritual de la Santa Sede, en sufragio de las almas de los desaparecidos fieles que tan inesperadamente se han visto llamados a partir de entre nosotros. Los trabajos de salvamento, remoción de escombros, restos humanos, etc., se han confiado a las empresas Michael Meade e Hijo, calle Great Brunswick 159, y T. C. Martin, North Wall 77, 78, 79 y 80, con asistencia de los soldados y oficiales de la infantería ligera del Duque de Cornwall, bajo la supervisión general de Su Alteza Real el contraalmirante honorable Sir Hercules Hannibal Habeas Corpus Anderson, Caballero de la Orden de la Jarretera, Caballero de la Orden de San Patricio, Caballero de la Orden Templaria, Consejero Privado de Su Majestad, Comendador de la Orden del Baño, Diputado del Parlamento, Juez de Paz, Doctor en Medicina, Cruz del Mérito Civil, Diplomado en Inversiones, Maestro de Caza del Zorro, Miembro de la Academia Irlandesa, Doctor en Derecho, Doctor en Música, Administrador de la Asistencia a los Pobres, Profesor del Trinity College de Dublín, Miembro de la Real Universidad de Irlanda, Miembro de la Real Facultad de Medicina de Irlanda, y Miembro del Real Colegio de Cirugía de Irlanda.

Ni en todos los días de mi vida he visto cosa semejante. Coño, si le llega a dar en la cholla ese envío, se iba a acordar de la Copa de Oro, ya lo creo, pero, coño, al Ciudadano le habrían metido en chirona por agresión violenta, y también a Joe por complicidad y ayuda. El cochero salvó la vida tirando adelante a toda prisa, tan seguro como que estamos aquí. ¿Cómo? Que se las piró, ya lo creo. Y el otro persiguiéndole con una ristra de tacos.

—¿Le he matado o qué? —dice.

Y venga a gritar al jodido perro:

—¡Hala con él, Garry! ¡Hala con él, muchacho!

Y lo último que vimos fue el jodido coche dando la vuelta a la esquina y el viejo cara de borrego gesticulando y el chucho detrás con las orejas tiesas a ver si le hacía pedazos. ¡Cien a cinco! Caray, se lo ha hecho pagar bien, os lo aseguro.

Cuando he aquí que en torno a ellos se hizo una gran claridad y contemplaron cómo el carruaje en que iba Él ascendía a los cielos. Y le contemplaron en el carruaje, revestido con la gloria de la luz, cubierto de un manto como hecho de sol, hermoso como la luna, y tan aterrador que por temor no osaban mirarle. Y he aquí que salió una voz de los cielos que llamaba: ¡Elías!

¡Elías! Y Él respondió con un gran grito: ¡Abba! ¡Adonai! Y le vieron, a P—1, a Él en persona, Ben Bloom Elías, entre nubes de ángeles, ascender hacia la gloria de la claridad, con un ángulo de cuarenta y cinco grados, por encima de Donohoe, en la calle Little Green, como disparado de una paletada.

El atardecer estival había comenzado a envolver el mundo en su misterioso abrazo. Allá lejos, al oeste, se ponía el sol, y el último fulgor del, ay, demasiado fugaz día se demoraba amorosamente sobre el sol y la playa, sobre el altivo promontorio del querido y viejo Howth, perenne custodio de las aguas de la bahía, sobre las rocas cubiertas de algas, a lo largo de la orilla de Sandymount, y, en último, pero no menos importante lugar, sobre la apacible iglesia de donde brotaba a veces, entre la calma, la voz de la plegaria a aquella que en su puro fulgor es faro sempiterno para el corazón del hombre, sacudido por las tormentas: María, estrella del mar.

Las tres amigas estaban sentadas en las rocas, disfrutando del espectáculo vespertino y del aire, que era fresco pero no demasiado frío. Más de una vez habían solido acudir allá, a ese rincón favorito, para charlar a gusto junto a las chispeantes ondas, comentando asuntillos femeninos, Cissy Caffrey y Edy Boardman con el nene en el cochecito, y con Tommy y Jacky Caffrey, dos chiquillos de cabeza rizada, vestidos de marinero con gorras haciendo juego y el nombre "H. M. S. Belleisle" en las dos. Pues Tommy y Jacky eran gemelos, y tenían apenas cuatro años, unos gemelos a veces muy revoltosos y consentidos, pero, sin embargo, niños riquísimos de caritas alegres, y con una gracia que conquistaba a todos. Estaban enredando en la arena con sus palitas y cubos, construyendo castillos, como les gusta a los niños, o jugando con su gran pelota de colores, todo el santo día felices. Y Edy Boardman mecía al nene regordete en su cochecito, de un lado para otro, mientras el caballerito se reía de gusto. No tenía más que once meses y nueve días, y, aunque todavía andaba a gatas, empezaba ya a cecear sus primeras palabritas infantiles. Cissy Caffrey se inclinaba sobre él haciéndole cosquillas en la barriguita regordeta y en el delicioso hoyito de la barbilla.

—Ea, nene —decía Cissy Caffrey—. Dilo fuerte, fuerte: Quiero beber agua.

Y el nene la imitaba balbuceando:

—Teo bebé aba.

Cissy Caffrey dio un apretón al pequeñuelo, pues le gustaban enormemente los niños, y tenía mucha paciencia con los enfermitos, y a Tommy Caffrey nunca le podían hacer tomar su aceite de ricino si no era Cissy Caffrey quien le apretaba la nariz y le prometía la fina corteza de la hogaza de pan moreno con melaza dorada por encima. ¡Qué poder de persuasión tenía aquella

chica! Pero claro que el niño era un pedazo de pan, una verdadera ricura, con su baberito nuevo de fantasía. Y Cissy Caffrey no era ninguna chica mimada, a lo Flora MacFlimsy. Una chica de corazón sincero como no se ha visto otra, siempre con risa en sus ojos gitanos y unas palabras de broma en sus labios rojos como cerezas maduras, una chica que se hacía querer de cualquiera. Y Edy Boardman se rió también del gracioso lenguaje de su hermanito.

Pero precisamente entonces hubo un ligero altercado entre el señorito Tommy y el señorito Jacky. Ya se sabe cómo son los niños, y nuestros gemelos no eran excepción a esa regla de oro. La manzana de la discordia era cierto castillo de arena que había construido el señorito Jacky y que el señorito Tommy —lo mejor es enemigo de lo bueno— se empeñaba en mejorar arquitectónicamente con un portón como el de la torre Martello. Pero si el señorito Tommy era terco, también el señorito Jacky era obstinado, y, fiel a la máxima de que la casa de todo pequeño irlandés es su castillo, cayó sobre su odiado rival, pero de tal manera que al candidato a agresor le fue muy mal (¡lástima decirlo!) y lo mismo al codiciado castillo. No hay ni que decir que los gritos del derrotado señorito Tommy llamaron la atención de las amigas.

—Ven acá, Tommy —exclamó imperativamente su hermana—, ¡en seguida! Y tú, Jacky, ¡qué vergüenza, tirar al pobre Tommy por la arena sucia! Ya verás como te pille.

El señorito Tommy, con los ojos nublados de lágrimas sin verter, acudió a su llamada, pues la palabra de su hermana mayor era ley para los gemelos. Y en lamentable condición había quedado después de su desventura. Su gorrito de marinero y sus inmencionables estaban llenos de arena, pero Cissy tenía mano maestra en el arte de resolver los pequeños inconvenientes de la vida, y muy pronto no se vio ni una mota de arena en su elegante trajecito. Sin embargo, los azules ojos seguían brillando con cálidas lágrimas a punto de desbordarse, así que ella hizo desaparecer sus penas a fuerza de besos, y amenazó con la mano al culpable señorito Jacky, diciendo que como le tuviera a mano ya vería, mientras sus ojos se agitaban en amonestación.

—¡Jacky, insolente travieso! —gritó.

Rodeó con un brazo al marinerito y le halagó seductoramente:

—¿Me quieres mucho? Como la trucha al trucho.

—Dinos quién es tu novia —dijo Edy Boardman—. ¿Es Cissy tu novia?

—Nooo —dijo Tommy, lacrimoso.

—Ya lo sé yo —dijo Edy Boardman, no demasiado amablemente, y con una mirada maligna de sus ojos miopes—. Ya sé yo quién es la novia de Tommy: Gerty es la novia de Tommy.

—Nooo —dijo Tommy, al borde de las lágrimas.

El vivo instinto maternal de Cissy adivinó lo que ocurría y susurró a Edy Boardman que se le llevara detrás del cochecito donde no lo vieran los señores y que tuviera cuidado que no se mojara los zapatos claros nuevos.

Pero ¿quién era Gerty?

Gerty MacDowell, que estaba sentada junto a sus compañeras, sumergida en sus pensamientos, con la mirada perdida allá en lontananza, era, a decir verdad, un ejemplar del joven encanto irlandés tan bello como cupiera desear. Todos cuantos la conocían la declaraban hermosa, por más que, como solía decir la gente, era más una Giltrap que una MacDowell. Su tipo era esbelto y gracioso, inclinándose incluso a la fragilidad, pero esas pastillas de hierro que venía tomando últimamente le habían sentado muchísimo mejor que las píldoras femeninas de la Viuda Welch y estaba muy mejorada de aquellas pérdidas que solía tener y aquella sensación de fatiga. La palidez cérica de su rostro era casi espiritual en su pureza marfileña, aunque su boca de capullo era un auténtico arco de Cupido, de perfección helénica. Sus manos eran de alabastro finamente veteado, con dedos afilados, y tan blancas como podían dejarlas el jugo de limón y la Reina de las Lociones, aunque no era cierto que se pusiera guantes de cabritilla para dormir ni que tomara pediluvios de leche. Bertha Supple se lo había dicho eso una vez a Edy Boardman, mentira desvergonzada, cuando andaba a matar con Gerty (aquellas amigas íntimas, por supuesto, tenían de vez en cuando sus pequeñas peleas como el resto de los mortales) y ella le dijo que no contara por ahí nada de lo que hiciera, que era ella quien se lo decía o si no que no volvería a hablar nunca con ella. No. A cada cual lo suyo. Gerty tenía un refinamiento innato, una lánguida *hauteur* de reina que se evidenciaba inconfundiblemente en sus delicadas manos y en el elevado arco de su pie. Sólo con que el hado benigno hubiera deseado hacerla nacer como dama de alto rango, en su lugar apropiado, y con que hubiera recibido, las ventajas de una buena educación, Gerty MacDowell podría fácilmente haberse codeado con cualquier dama del país y haberse visto exquisitamente ataviada con joyas en la frente y con nobles pretendientes a sus pies rivalizando en rendirle homenaje. Y quién sabe si era eso, ese amor que podría haber sido, lo que a veces prestaba a su rostro de suaves facciones un aire, con tensión de reprimido significado, que daba una extraña tendencia anhelante a sus hermosos ojos, un hechizo que pocos podían resistir. ¿Por qué tienen las mujeres tales ojos brujos? Los de Gerty eran del azul irlandés más azul, engastados en relucientes pestañas y en expresivas cejas oscuras. Un tiempo hubo en que esas cejas no eran tan sedosamente seductoras. Fue Madame Vera Verity, directora de la página "Mujer Bella" en la revista *Princesa*, la primera que le aconsejó probar la cejaleína, que daba a los ojos esa expresión penetrante, tan apropiada en las que orientaban la moda, y ella nunca lo había lamentado. También estaba el enrojecimiento curado científicamente y cómo ser alta aumente su estatura y usted tiene una cara bonita pero ¿y su nariz? Eso le iría bien a la señora Dignam porque la tenía en porra. Pero la gloria suprema de Gerty era su riqueza de prodigiosa cabellera. Era castaño oscuro con ondas naturales. Se había cortado las puntas esa misma mañana, porque era luna nueva, y le ondeaba en torno a su linda cabecita en profusión de abundantes rizos, y también se había arreglado las uñas, el jueves trae riqueza. Y ahora

precisamente, ante las palabras de Edy, como quiera que un rubor delator, tan delicado como el más sutil pétalo de rosa, se insinuara en sus mejillas, tenía un aspecto tan delicioso en su dulce esquividad de muchacha, que de seguro que toda la bella Irlanda, esa tierra de Dios, no contenía quien se le igualara.

Por un instante quedó callada con los ojos bajos y tristes. Estuvo a punto de replicar, pero algo contuvo las palabras en su lengua. La inclinación le sugería hablar: la dignidad le decía que callara. Sus lindos labios estuvieron un rato fruncidos, pero luego levantó los ojos y prorrumpió en una risita alegre que tenía en sí toda la frescura de una joven mañana de mayo. Sabía muy bien, quién mejor que ella, lo que le hacía decir eso a la bizca de Edy: era porque él estaba un poco frío en sus atenciones, aunque era simplemente una riña de enamorados. Como pasa siempre, alguien ponía mala cara porque aquel chico andaba siempre en bicicleta de un lado para otro delante de su ventana. Sólo que ahora su padre le hacía quedarse por la tarde en casa estudiando de firme para conseguir una beca que había para la escuela media y luego iría a Trinity College a estudiar medicina cuando acabara la escuela media como su hermano W. E. Wylie que corría en las carreras de bicicletas de la universidad en Trinity College. Poco le importaba quizá a él lo que ella sentía, ese sordo vacío doloroso en su corazón, algunas veces, traspasándolo hasta lo más íntimo. Pero él era joven y acaso llegaría a amarla con el tiempo. Eran protestantes, en su familia, y claro que Gerty sabía Quién venía primero y después de Él la Santísima Virgen y luego San José. Pero no se podía negar que era guapo, con esa nariz exquisita, y era la que parecía, un caballero de pies a cabeza, la forma de la cabeza también por detrás sin la gorra, que ella la reconocería en cualquier sitio tan fuera de lo corriente y la manera como giraba en la bicicleta alrededor del farol sin manos en el manillar y también el delicioso perfume de los cigarrillos buenos y además los dos eran de la misma estatura y por eso Edy Boardman se creía que sabía tanto porque él no iba de acá para allá en bicicleta por delante de su trocito de jardín.

Gerty iba vestida con sencillez pero con el buen gusto instintivo de una devota de Nuestra Señora la Moda, pues presentía que no era imposible que él anduviera por ahí. Una linda blusa de azul eléctrico, que había teñido ella misma con Tintes Dolly (porque en *La Ilustración Femenina* se esperaba que se iba a llevar el azul eléctrico), con un elegante escote en V bajando hasta la separación y un bolsillito para el pañuelo (en que ella llevaba siempre un poco de algodón mojado en su perfume favorito, porque el pañuelo estropeaba la línea) y una falda tres cuartos azul marino, no muy ancha, hacían resaltar a la perfección su graciosa figura esbelta. Llevaba una delicia de sombrerito coquetón de ala ancha, de paja marrón, con un contraste de *chenille* azul huevo, y a un lado un lazo de mariposa haciendo juego. Toda la tarde del martes pasado había andado por ahí buscando, para hacer juego con esa *chenille*, pero por fin encontró lo que buscaba en los saldos de verano de Clery, exactamente, un poco manchado de tienda pero nadie se daría cuenta, siete dedos, dos

chelines y un penique. Lo había arreglado todo ella misma y ¡qué alegría tuvo cuando se lo probó luego, sonriendo a la deliciosa imagen que le devolvía el espejo! Y cuando lo encajó en el frasco del agua para conservar la forma, sabía que iba a dejar pálida a más de una que ella conocía. Sus zapatos eran la última novedad en calzado (Edy Boardman presumía de que ella era muy *petite* pero nunca había tenido un pie como el de Gerty MacDowell, un cinco, ni lo tendría, rabia rabiña) con punteras de charol y nada más que una hebilla muy elegante en su elevado arco del pie. Sus torneados tobillos exhibían sus proporciones perfectas bajo la falda y la cantidad exacta y nada más de sus bien formadas piernas envueltas en finas medias con talones y puntas reforzados y con vueltas anchas para las ligas. En cuanto a la ropa interior, era el principal cuidado de Gerty; ¿quién que conozca las agitadas esperanzas y aprensiones de los dulces diecisiete años (aunque Gerty ya los había dejado atrás) tendría corazón para criticarla? Tenía cuatro lindas mudas, con unos bordados de lo más bonito, tres piezas y los camisones además, y cada juego con sus cintas pasadas, de colores diferentes, rosa, azul pálido, malva y verde guisante, y ella misma los ponía a secar y los metía en añil cuando volvían de lavar y los planchaba y tenía un ladrillo para poner la plancha porque no se fiaba de esas lavanderas que ya había visto ella cómo quemaban las cosas. Ahora llevaba el juego azul, esperando contra toda esperanza, su color preferido, y el color de suerte también para casarse que la novia tiene que llevar un poco de azul en alguna parte, porque el verde que llevaba hacía una semana le trajo mala suerte porque su padre le encerró a estudiar para la beca de la escuela media y porque ella pensaba que a lo mejor él andaba por ahí porque cuando se estaba vistiendo esa mañana casi se puso el par viejo al revés y eso era buena suerte y encuentro de enamorados si una se pone esas cosas del revés con tal que no sea viernes.

¡Y sin embargo, sin embargo! ¡Esa expresión tensa en su rostro! Hay en ella un dolor devorador que no cesa. Lleva el alma en los ojos y daría un mundo por estar en la intimidad de su acostumbrado cuartito, donde, dejando paso a las lágrimas, podría desahogarse llorando y dar suelta a sus sentimientos reprimidos. Aunque no demasiado porque ella sabía llorar de una manera muy bonita delante del espejo. Eres deliciosa, Gerty, decía el espejo. La pálida luz del atardecer cae sobre un rostro infinitamente triste y pensativo. Gerty MacDowell anhela en vano. Sí, había sabido desde el principio que ese sueño a ojos abiertos, de su boda que estaba arreglada, y de las campanas nupciales que sonaban por la señora Reggy Wylie T. C. D. (porque la que se case con el hermano mayor será señora Wylie) y en las crónicas de sociedad la recién señora Gertrude Wylie llevaba un suntuoso modelo en gris guarnecido de costosas pieles de zorro azul, no se realizaría. Él era demasiado joven para comprender. Él no creía en el amor, ese derecho de nacimiento de la mujer. La noche de la fiesta hace mucho en Stoers (él todavía iba de pantalones cortos) cuando se quedaron solos y él le pasó un brazo por la cintura, ella se puso blanca hasta los labios. La llamó pequeña con una voz extrañamente ronca y le

arrebató medio beso (¡el primero!) pero fue sólo la punta de la nariz y luego salió deprisa del cuarto diciendo algo sobre los refrescos. ¡Qué impulsivo! La energía de carácter nunca había sido el punto fuerte de Reggy Wylie y el que cortejara y conquistara a Gerty MacDowell tenía que ser un hombre entre los hombres. Pero esperar, siempre esperar a que la pidieran y además era año bisiesto y pronto se pasaría. Su ideal de galán no es un príncipe azul que ponga a sus pies un amor raro y prodigioso, sino más bien un hombre muy hombre con cara enérgica y tranquila que no haya encontrado su ideal, quizá el pelo ligeramente tocado de gris, y que comprenda, que la reciba en el refugio de sus brazos, que la atraiga a él, a toda la energía de su profunda naturaleza apasionada y que la consuele con un beso largo muy largo. Sería como el cielo. Por uno así siente anhelo en ese aromado atardecer estival. Con todo su corazón desea ella ser la única, la prometida, la desposada, para la riqueza o la pobreza, con enfermedad o con salud, hasta que la muerte nos separe, desde el día de hoy en adelante.

Y mientras Edy Boardman estaba con el pequeño Tommy detrás del cochecito ella pensaba precisamente si llegaría el día en que se pudiera llamar su futura mujercita. Entonces ya podrían hablar de ella hasta ponerse moradas, Bertha Supple también, y Edy, la maligna, porque cumplía los veintidós en noviembre. Ella cuidaría de él también en cosas materiales porque Gerty tenía mucho sentido femenino y sabía que no hay hombre al que no le guste la sensación de estar a gusto en casa. Sus tortitas bien tostadas de color dorado oscuro y su flan Reina Ana, deliciosamente cremoso, habían obtenido las mejores opiniones de todos porque tenía una mano afortunada también para encender el fuego, espolvorear la harina fina con su levadura y mover siempre en la misma dirección y luego descremar la leche y azúcar y batir bien la clara de los huevos aunque no le gustaba la parte de comérselo cuando había gente que la intimidaba y muchas veces se preguntaba por qué uno no podría comer algo poético como violetas o rosas y tendría una salita muy bien puesta con cuadros y grabados y la foto de aquel perro tan bonito del abuelo Giltrap, Garryowen, que casi hablaba, de tan humano, y fundas de chintz en las butacas y aquella rejilla de plata para tostar de la liquidación de verano de Clery igual que las de las casas de los ricos. Él sería alto con hombros anchos (siempre había admirado a los hombres altos para marido) con refulgentes dientes blancos bajo un ancha bigote bien cuidado y se irían al continente de viaje de bodas (¡tres semanas deliciosas!) y luego, cuando se establecieran en un encanto de casita, íntima y cómoda, tomarían el desayuno, sencillo pero servido a la perfección, bien solitos los dos y antes de que él se fuera a sus asuntos le daría a su querida mujercita un buen abrazo apretado y por un instante se contemplaría en lo hondo de sus ojos.

Edy Boardman preguntó a Tommy Caffrey si había terminado y él dijo que sí, así que ella le abrochó los bombachitos y le dijo que se fuera corriendo a jugar con Jacky y que fueran buenos ahora y no se pelearan. Pero Tommy dijo

que quería la pelota y Edy le dijo que no que el nene estaba jugando con la pelota y que si se la quitaba iba a haber lío pero Tommy dijo que la pelota era suya y que quería su pelota y empezó a patalear, venga ya. ¡Qué genio! Ah, era ya un hombrecito sí que lo era el pequeño Tommy Caffrey desde que llevaba pantalones. Edy le dijo que no, que no y que se marchara, fuera de ahí, y le dijo a Cissy Caffrey que no cediera.

—Tú no eres mi hermana —dijo el travieso de Tommy—. La pelota es mía.

Pero Cissy Caffrey dijo al nene Boardman que mirara a lo alto, arriba, arriba donde su dedo y le arrebató la pelota rápidamente y la echó por la arena y Tommy detrás a todo correr, habiéndose salido con la suya.

—Cualquier cosa por la tranquilidad —se rió Ciss.

Y le hizo cosquillas al bebé en los dos carrillos para hacerle olvidar y jugó a aquí viene el alcalde, aquí los dos caballos, aquí la carroza de bizcocho y aquí viene él andando, tintipitín, tintipitín, tintipitín tintán. Pero Edy se puso hecha una furia porque el otro se salía con la suya así y todo el mundo le tenía mimado.

—A mí me gustaría darle algo —dijo—, ya lo creo, no digo dónde.

—En el pompis —se rió Cissy, alegremente.

Gerty MacDowell inclinó la cabeza y se ruborizó de pensar que Cissy dijera en voz alta una cosa tan poco elegante que a ella le daría una vergüenza de morir, y se sofocó con un rojo rosado encendido, y Edy Boardman dijo que estaba segura de que aquel señor sentado enfrente había oído lo que dijo ella. Pero a Ciss le importaba un pito.

—¡Que lo oiga! —dijo, sacudiendo pícaramente la cabeza y arrugando la nariz en provocación—. Se lo doy también a él en el mismo sitio sin darle tiempo a rechistar.

Esa loca de Ciss con sus rizos de payaso. Había que reírse de ella a veces. Por ejemplo cuando te preguntaba si querías más té chino y frambelada de mermuesa y cuando se dibujaba esos jarros y esas caras de hombres en las uñas con tinta roja te partías de risa o cuando quería ir a ese sitio decía que quería ir corriendo a hacer una visita a la señorita Blanco. Así eran las cosas de la pequeña Cissy. Ah, y ¿quién puede olvidar la noche que se vistió con el traje de su padre y el sombrero y el bigote de corcho quemado y bajó por Tritonville Road fumando un cigarrillo? No había quien la igualara en graciosa. Pero era la sinceridad en persona, uno de los corazones más leales y valientes que ha hecho nunca el Cielo, nada de una de esas con dos caras, demasiado dulces para no empalagarte.

Y he aquí que entonces se elevaron por el aire el sonido de voces y las vibrantes armonías del órgano. Era el retiro para hombres de la sociedad antialcohólica dirigido por el misionero, el reverendo John Hughes, S. J., rosario, sermón y bendición con el Santísimo Sacramento. Se habían reunido allí, sin distinciones de clase social (y era un espectáculo bien edificante de ver) en aquel sencillo templo junto a las olas, tras las tormentas de este fatigoso

mundo, arrodillados a los pies de la Inmaculada, rezando la letanía de Nuestra Señora de Loreto, rogándola que intercediera por ellos, Santa María, santa Virgen de las vírgenes. ¡Qué triste para los oídos de la pobre Gerty! Si su padre hubiera eludido las garras del demonio de la bebida, haciendo la promesa o con esos polvos del hábito de la bebida curado del semanario *Pearson's*, ella ahora andaría por ahí en coche, sin ceder a ninguna. Una vez y otra se lo había dicho eso mientras meditaba junto a los agonizantes rescoldos en un estudio oscuro sin lámpara porque le molestaba tener dos luces o a menudo mirando por la ventana con ojos soñadores horas y horas a la lluvia que caía en el cubo herrumbroso, pensando. Pero esa vil poción que ha arruinado tantos hogares y familias había proyectado su sombra sobre los días de su infancia. Más aún, en el círculo de su hogar ella había sido testigo de escenas de violencia causadas por la intemperancia y había visto a su propio padre, presa de los vapores de la embriaguez, olvidarse completamente de sí mismo, pues si había una cosa entre todas las cosas que supiera Gerty era que el hombre que levanta la mano a una mujer salvo por vía de bondad merece ser marcado como el más bajo de los bajos.

Y seguían cantando las voces en súplica a la Virgen poderosísima, Virgen misericordiosísima. Y Gerty, envuelta en sus pensamientos, apenas veía u oía a sus compañeras ni a los gemelos en sus pueriles cabriolas ni al señor llegado de Sandymount Green al que Cissy Caffrey le llamaba ese hombre que se parecía tanto a su padre, andando por la playa para dar un paseíto. Sin embargo, nunca se le veía borracho, pero a pesar de todo a ella no le gustaría como padre porque era demasiado viejo o por no sabía qué o por causa de su cara (era un caso palpable de antipatía a simple vista) o su nariz forunculosa con sus verrugas y su bigote color arena un poco blando debajo de la nariz. ¡Pobre padre! Con todos sus defectos ella le seguía queriendo cuando cantaba *Dime, Mary, cómo quererte* o *Mi amor y mi casita junto a Rochelle* y tenían de cena berberechos guisados y lechuga con mayonesa en conserva Lazenby y cuando él cantaba *La luna ha salido* con el señor Dignam que se ha muerto de repente y le han enterrado, Dios tenga misericordia de él, de un ataque. El cumpleaños de su madre fue eso y Charley estaba en casa con vacaciones y Tom y el señor Dignam y la señora y Patsy y Freddy Dignam y les iban a hacer una foto en grupo. Nadie habría creído que el fin estuviera tan cerca. Ahora descansaba para siempre. Y su madre le dijo a él que eso debía servirle de aviso para el resto de sus días y él ni siquiera pudo ir al funeral por culpa de la gota y ella tuvo que ir al centro a traerle las cartas y las muestras de su oficina, por lo del linóleo de corcho Catesby, diseños artísticos patentados, digno de un palacio, gran resistencia al desgaste y siempre brillante y alegre en el hogar.

Una hija de oro puro era Gerty igual que una segunda madre en la casa, un ángel de la guarda también con un corazoncito que valía su peso en oro. Y cuando su madre tenía esos terribles dolores que le partían la cabeza quién sino Gerty le frotaba por la frente la barra de mentol aunque no le gustaba que su

madre tomara pellizcos de rapé y eso era por lo único que habían tenido diferencias alguna vez, por lo del rapé. Todo el mundo la tenía en la más alta estimación por sus modales amables. Gerty era quien cerraba la llave principal del gas todas las noches y Gerty era quien había clavado en la pared de ese sitio donde nunca se olvidaba cada quince días el clorato de cal el almanaque de Navidad del señor Tunney el tendero la imagen de días alciónicos donde un joven caballero con el traje que solían llevar entonces con un sombrero de tres picos ofrecía un ramillete de flores a la dama de sus pensamientos con galantería de antaño a través de su ventana con celosía. Se veía que había detrás toda una historia. Los colores estaban hechos que era una delicia. Ella iba de blanco suavemente ajustado en una actitud estudiada y el caballero de color chocolate con aire de aristócrata completo. Ella les miraba muchas veces soñadora cuando estaba allí por cierta razón y se tocaba los brazos que eran blancos y suaves igual que los de ella con las mangas remangadas y pensaba en aquellos tiempos porque había encontrado en el diccionario Walker de pronunciación que perteneció al abuelo Giltrap qué significaba eso de los días alciónicos.

Los gemelos jugaban ahora en la más aceptada de las maneras fraternales, hasta que por fin el señorito Jacky que era un verdadero cara dura no había modo con él dio una patada aposta a la pelota con todas sus fuerzas hacia allá abajo, a las rocas cubiertas de algas. Ni que decir tiene que el pobre Tommy no tardó en expresar su consternación pero afortunadamente el caballero de negro que estaba sentado allí acudió valientemente en auxilio e interceptó la pelota. Nuestros dos campeones reclamaron la pelota con vivaces gritos y para evitar problemas Cissy Caffrey gritó al caballero que se la tirara a ella por favor. El caballero apuntó a la pelota una vez o dos y luego la lanzó por la playa arriba hacia Cissy Caffrey pero bajó rodando por el declive y se detuvo debajo mismo de la falda de Gerty junto al charquito al lado de la roca. Los gemelos volvieron a gritar pidiéndola y Cissy le dijo que la tirara lejos de una patada y que dejara que se pelearan por ella así que Gerty tomó impulso con el pie pero habría preferido que esa estúpida pelota no bajara rodando hasta ella y dio una patada pero falló y Edy y Cissy se rieron.

—No hay que desanimarse —dijo Edy Boardman.

Gerty sonrió asintiendo y se mordió el labio. Un delicado rosa se insinuó en sus bonitas mejillas pero estaba decidida a que vieran así que se levantó la falda un poquito pero justo lo suficiente y apuntó bien y dio a la pelota una buena patada y la mandó lejísimos y los dos gemelos bajaron detrás de ella hacia la grava de la orilla. Puros celos claro no era nada más para llamar la atención teniendo en cuenta al caballero de enfrente que miraba. Ella sintió el cálido sofoco, siempre una señal de peligro en Gerty MacDowell, subiendo y ardiéndole en las mejillas. Hasta entonces sólo habían intercambiado ojeadas del modo más casual pero ahora bajo el ala de su sombrero nuevo ella se atrevió

a mirarle y la cara que se ofreció a su mirada allí en el crepúsculo, consumida y extrañamente tensa, le pareció la más triste que había visto jamás.

A través de la ventana abierta de la iglesia se difundía el fragante incienso y con él los fragantes nombres de aquella que fue concebida sin mancha de pecado original, vaso espiritual, ruega por nosotros, vaso honorable, ruega por nosotros, vaso de devoción insigne, ruega por nosotros, rosa mística. Y había allí corazones afligidos y quienes se fatigaban por su pan de cada día y muchos que habían errado y vagado, los ojos húmedos de contrición pero a pesar de eso brillantes de esperanza pues el reverendo padre Hughes les había dicho lo que dijo el gran San Bernardo en su famosa oración a María, el poder de intercesión de la piadosísima Virgen que jamás se había oído decir que quien implorara su poderosa protección hubiera sido abandonado por ella.

Los gemelos jugaban otra vez alegremente pues los disgustos de la niñez son tan fugaces como chaparrones de verano. Cissy jugó con el nene Boardman hasta que le hizo cacarear de júbilo, palmoteando en el aire con sus manecitas. Cucú-tras, gritaba ella detrás de la capota del cochecito y Edy preguntaba dónde se había ido Cissy y entonces Cissy sacaba de repente la cabeza y gritaba ¡ah! y hay que ver cómo le gustaba eso al granujilla. Y luego le decía que dijera papá.

—Di papá, nene. Di pa pa pa pa pa pa.

Y el nene hacía lo mejor que podía por decirlo pues era muy inteligente para once meses todo el mundo lo decía y grande para el tiempo que tenía y la imagen de la salud, una ricura de niño, y seguro que llegaría a ser algo grande, decían.

—Haja ja ja haja.

Cissy le limpió la boquita con el babero y quiso que se sentara como era debido y dijera pa pa pa pero cuando le soltó la hebilla gritó, santo Dios, que estaba todo mojado y había que doblarle del otro lado la media manta que tenía debajo. Por supuesto que su majestad infantil armó un gran escándalo ante tales formalismos de limpieza y así se lo hizo saber a todos:

—Habaa baaahabaa baaaa.

Y dos grandes lagrimones deliciosos le corrieron por las mejillas. Y era inútil apaciguarle con no, nonó, nene, o hablarle del chuchú y dónde estaba el popó pero Cissy, siempre rápida de ingenio, le puso en la boca la boquilla del biberón y el joven pagano quedó prontamente apaciguado.

Gerty habría deseado por lo más sagrado que se llevaran a casa aquel llorón en vez de dejarle ahí poniéndola nerviosa no eran horas de estar fuera y a los trastos de los gemelos. Miró allá hacia el mar distante. Era como los cuadros que hacía aquel hombre en la acera con todas las tizas de colores y daba lástima también dejarlos ahí a que se borrarán todos, el atardecer y las nubes saliendo y el faro Bailly en el Howth y oír la música así y el perfume de ese incienso que quemaban en la iglesia como una especie de brisa. Sí, era ella a quien miraba él y su mirada quería decir muchas cosas. Sus ojos ardían en ella como si la

explorara por dentro, toda, leyendo en su misma alma. Maravillosos ojos eran, espléndidamente expresivos, pero ¿se podía fiar una de ellos? La gente era muy rara. Vio en seguida por sus ojos oscuros y su pálido rostro intelectual que era un extranjero, la imagen de la foto que tenía de Martin Harvey, el ídolo de las matinées, salvo por el bigote que ella prefería porque no era una maniática del teatro como Winny Ripplingham que quería que las dos se vistieran siempre lo mismo por una obra de teatro pero ella no veía si tenía nariz aguileña o un poco remangada desde donde estaba sentado. Iba de luto riguroso, ya lo veía, y en su rostro estaba escrita la historia de un dolor acosador. Habría dado cualquier cosa por saber qué era. Miraba tan atentamente, tan quieto y la vio dar la patada a la pelota y a lo mejor veía las brillantes hebillas de acero de sus zapatos si los balanceaba así pensativamente con la punta hacia abajo. Se alegró de que algo le hubiera sugerido ponerse las medias transparentes pensando que Reggy Wylie podía andar por ahí pero eso estaba muy lejos.

Ahí estaba lo que ella había soñado tantas veces. Era él el que contaba y su rostro se llenó de alegría porque le quería porque sentía instintivamente que era diferente a todos. Su corazón mismo de mujer-muchacha salía al encuentro de él, su marido soñado, porque al instante supo que era él. Si él había sufrido, si habían pecado contra él más de lo que él había pecado, o incluso, incluso, si él mismo había sido un pecador, a ella no le importaba. Aunque fuera un protestante o un metodista ella le convertiría fácilmente si él la quería de verdad. Había heridas que necesitaban ser curadas con bálsamo de corazón. Ella era una mujer muy mujer no como otras chicas frívolas, nada femeninas, que había conocido, esas ciclistas enseñando lo que no tienen y ella anhelaba saberlo todo, perdonarlo todo si podía hacer que él se enamorara de ella, hacerle olvidar la memoria del pasado. Entonces quién sabe él la abrazaría tiernamente, como un hombre de verdad, apretando contra él su blanco cuerpo, y la amaría, la niña de su amor, sólo por ella misma.

Refugio de pecadores. Consoladora de los afligidos. *Ora pro nobis*. Bueno se ha dicho que quienquiera que le rece con fe y constancia nunca se verá perdido o rechazado: y con mucha razón es ella también un puerto de refugio para los afligidos por los siete dolores que le traspasaron el corazón. Gerty se imaginaba toda la escena en la iglesia, las vidrieras de las ventanas iluminadas, las velas, las flores y los pendones azules de la cofradía de la Santísima Virgen y el Padre Conroy ayudando al canónigo O'Hanlon en el altar, llevando cosas de un lado para otro con los ojos bajos. Él parecía casi un santo y su confesonario estaba tan silencioso y limpio y sus manos eran como de cera blanca y si alguna vez se hacía ella monja dominica con ese hábito blanco quizá él iría al convento para la novena de Santo Domingo. Él le dijo aquella vez cuando le contó aquello en la confesión enrojando hasta la raíz del pelo de miedo de que él lo viera, que no se preocupara porque era sólo la voz de la naturaleza y todos estábamos sujetos a las leyes de la naturaleza, dijo, en esta vida y eso no era pecado porque eso venía de la naturaleza de la mujer instituida por Dios, dijo, y que la misma

Santísima Virgen le dijo al arcángel Gabriel hágase en mí según tu voluntad. Era muy bondadoso y santo y muchas veces muchas veces ella pensaba y pensaba si podría hacerle un cubretetera con *ruches* con un dibujo de flores bordadas como regalo o un reloj pero ya tenían reloj se dio cuenta sobre la chimenea blanco y dorado con un canario que salía de una casita para decir la hora el día que fue allí por lo de las flores de la Adoración de las Cuarentas Horas porque era difícil saber qué clase de regalo hacer o quizás un álbum de vistas en color de Dublín o de algún sitio.

Esos desesperantes traviesos de los gemelos empezaron otra vez a pelearse y Jacky tiró fuera la pelota hacia el mar y los dos corrieron siguiéndola. Unos micos groseros como golfos. Alguien debería ocuparse de ellos y darles una buena para que se estuvieran en su sitio, a los dos. Y Cissy y Edy les gritaron que volvieran porque tenían miedo de que subiera la marea y se ahogaran.

—¡Jacky! ¡Tommy!

¡A buena parte! ¡Sí que hacían caso! Así que Cissy dijo que era la última vez que los sacaba. Se puso de pie de un salto y les llamó y bajó corriendo por el declive, pasando por delante de él, agitando el pelo por atrás, que no tenía mal color si hubiera sido más, pero con todos esos potingues que se estaba echando encima siempre no podía conseguir que le creciera largo porque no era natural por mucho que se molestara. Corría con grandes zancadas de pato que era extraño que no se le descosiera la falda por un lado que le estaba demasiado apretada porque Cissy Caffrey era muy chicote y bien que se lanzaba siempre que le parecía que tenía una buena oportunidad para lucirse y sólo porque era buena en correr corría así para que él viera los bajos de la enagua corriendo y sus zancas flacas todo lo más arriba posible. Le estaría bien empleado si hubiera tropezado en algo accidentalmente aposta con sus tacones altos y torcidos a la francesa que llevaba para parecer alta y se diera un buen revolcón. *Tableau!* Habría sido un bonito espectáculo para que lo presenciara un caballero así.

Reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, de todos los santos, rezaban, reina del santísimo rosario y entonces el Padre Conroy entregó el incensario al canónigo O'Hanlon y éste echó el incienso e incensó al Santísimo Sacramento y Cissy Caffrey agarró a los dos gemelos y buenas ganas tenía de darles unos cachetes ruidosos pero no lo hizo porque pensó que él podía estar mirando pero nunca en su vida cometió una equivocación mayor porque Gerty veía sin mirar que él no le quitaba los ojos de encima y entonces el canónigo O'Hanlon volvió a dar el incensario al Padre Conroy y se arrodilló levantando los ojos al Santísimo Sacramento y el coro empezó a cantar *Tantum ergo* y ella balanceó el pie adentro y afuera a compás mientras la música subía y bajaba con el *Tantum ergo sacramentum*. Tres con once había pagado por esas medias en Sparrow, en la calle George, el martes, no, el lunes antes de Pascua y no se les había hecho ninguna carrera y eso era lo que miraba él, transparentes, y no a esas otras insignificantes que no tenían forma ni figura (¡qué cara dura!) porque tenía ojos en la cara para ver él mismo la diferencia.

Cissy volvió a subir de la playa con los dos gemelos y la pelota con el sombrero de cualquier manera echado a un lado después de su carrera y parecía una bruja tirando de los dos chiquillos con esa blusa cursi que se había comprado sólo hacía quince días como un trapo encima y su poco de enagua colgando como una caricatura.

Gerty se quitó un momento el sombrero para arreglarse el pelo y jamás se vio sobre los hombros de una muchacha una cabellera más linda, más delicada, con sus rizos castaños, una breve visión radiante, en verdad, casi enloquecedora de dulzura. Habría de viajar muchas y muchas millas antes de encontrar una cabellera como esa. Casi pudo ver el rápido sofoco en respuesta admirativa de los ojos de él, que la hizo vibrar en todos sus nervios. Se puso el sombrero para poder mirar por debajo del ala y balanceó más rápido el zapato con hebilla pues se le cortó el aliento al captar la expresión de sus ojos. Él la observaba como la serpiente observa a su víctima. Su instinto femenino le dijo que había provocado un tumulto en él y al pensarlo un ardiente escarlata la invadió desde el escote a la frente hasta que el delicioso color de su rostro se convirtió en un glorioso rosado.

Edy Boardman se daba cuenta también porque miraba de reojo a Gerty, medio sonriendo, con sus gafas, como una solterona, fingiendo arreglar al nene. Bicho malo que era y lo sería siempre y por eso nadie podía aguantarla, metiendo la nariz en lo que no le importaba. Y dijo ella a Gerty:

—Daría cualquier cosa por saber lo que piensas.

—¿Qué? —contestó Gerty con una sonrisa reforzada por los dientes más blancos del mundo—. Estaba pensando sólo si se hace tarde.

Porque tenía unas ganas terribles de que se llevaran a casa a esos gemelos mocosos y al nene y se acabara el asunto y por eso era por lo que había insinuado suavemente lo de que se hacía tarde. Y cuando llegó Cissy, Edy le preguntó qué hora era y la señorita Cissy, tan mala lengua como siempre, dijo que era la hora del beso y media y hora de besarse otra vez. Pero Edy quería saberlo porque les habían dicho que volvieran pronto.

—Espera —dijo Cissy—, le preguntaré ahí a mi tío Perico qué hora es por su artefacto.

Así que allá que fue y cuando él la vio le vio que se sacaba la mano del bolsillo, y se ponía nervioso, y empezaba a jugar con la cadena del reloj, mirando a la iglesia. Aunque de naturaleza apasionada Gerty vio que tenía un enorme dominio de sí mismo. Hacía un momento estaba allí fascinada por una delicia que le hacía mirar pasmado, y un momento después ya era el tranquilo caballero de grave rostro, con el dominio de sí mismo expresado en todas las líneas de su rostro distinguido.

Cissy dijo que perdonara que si le importaría decirle qué hora era y Gerty le vio que sacaba el reloj, se lo llevaba al oído y levantaba los ojos y se aclaraba la garganta y decía que lo sentía mucho que se le había parado el reloj pero que creía que debían ser más de las ocho porque se había puesto el sol. Su voz tenía

un tono de hombre culto y aunque hablaba con mesurado acento había una sospecha de temblor en su suave entonación. Cissy dijo que gracias y volvió con la lengua fuera diciendo que su tío decía que su cacharro estaba estropeado.

Entonces cantaron la segunda estrofa del *Tantum ergo* y el canónigo O'Hanlon se volvió a levantar e incensó el Santísimo Sacramento y se arrodilló y le dijo al Padre Conroy que una de las velas iba a pegar fuego a las flores y el Padre Conroy se levantó y lo arregló todo y ella vio al caballero dando cuerda al reloj y oyendo si funcionaba y ella balanceó más la pierna entrando y saliendo a compás. Estaba oscureciendo pero él podía ver y miraba todo el tiempo mientras daba cuerda al reloj o lo que le estuviera haciendo y luego se lo volvió a guardar y se metió las manos otra vez en los bolsillos. Ella sintió una especie de sensación que la invadía y comprendió por cómo notaba la piel del pelo y esa irritación contra la faja que debía venirle esa cosa porque la última vez fue también cuando se cortó las puntas del pelo porque tocaba lo de la luna. Los oscuros ojos de él se volvieron a fijar en ella, bebiendo todos sus perfiles, literalmente adorándola en su santuario. Si ha habido alguna vez una admiración sin disimulo en la apasionada mirada de un hombre, ahí se veía claramente, en el rostro de ese hombre. Es por ti, Gertrude MacDowell, y lo sabes muy bien.

Edy empezó a prepararse para marcharse y ya era hora para ella y Gerty se dio cuenta de que la pequeña sugerencia que lanzó había tenido el efecto deseado porque había un buen trecho por la playa hasta donde estaba el sitio por donde podía pasar el cochecito y Cissy les quitó las gorras a los gemelos y se arregló el pelo para ponerse atractiva claro y el canónigo O'Hanlon se irguió con la capa pluvial haciéndole un pico detrás del cuello y el Padre Conroy le entregó la oración para que la leyera y él leyó en voz alta *Panem de cælo præstitisti eis* y Edy y Cissy hablaban todo el tiempo de la hora y le preguntaron a Gerty pero Gerty les pudo pagar en su misma moneda y se limitó a contestar con fría cortesía cuando Edy le preguntó si tenía el corazón destrozado porque el preferido de su corazón la hubiera dejado plantada. Gerty se contrajo bruscamente. Un rápido fulgor frío brilló en sus ojos, expresando elocuentemente un inmenso desprecio. Le dolió, oh sí, le llegó muy hondo, porque Edy tenía su manera suave de decir cosas así que sabía que herirían, condenado bicho malo que era. Los labios de Gerty se abrieron rápidamente para pronunciar la palabra pero contuvo el sollozo que se elevaba en su garganta, tan delicada, tan impecable, tan hermosamente modelada que parecía haberla soñada un artista. Ella le había amado más de lo que él nunca imaginó. Frívolo engañador, voluble como todos los de su sexo, él jamás comprendería lo que había significado para ella, y por un instante en sus ojos azules hubo un vivo escozor de lágrimas. Ellas la miraban en inexorable escrutinio, pero, con un valeroso esfuerzo, Gerty volvió a chispear en respuesta comprensiva, lanzando una ojeada a su nueva conquista para que vieran.

—Ah —respondió Gerty, rápida como el rayo, riendo, y su altiva cabeza se irguió en un arrebató—, puedo arrojar el guante a cualquiera porque es año bisiesto.

Sus palabras resonaron cristalinas, más musicales que el arrullo de la torcaz, pero cortaron el silencio gélidamente. En su joven voz había algo que proclamaba que no era persona con quien se pudiera jugar a la ligera. En cuanto al señorito Reggy con todos sus aires y su poco de dinero, ella le podía dejar a un lado como si fuera una basura y jamás le volvería a dedicar un pensamiento y rompería su estúpida postal en mil pedazos. Y si se le ocurría jactarse alguna vez, ella le dejaría clavado en su sitio con una mirada de medido desprecio. A la pequeña señorita Edy se le puso una cara bastante larga y Gerty se dio cuenta al verla tan negra como un tizón de que estaba simplemente hecha una furia aunque lo disimulaba, la muy lagarta, porque la flecha le había dado en el blanco, en sus celos mezquinos, y las dos sabían muy bien que ella era algo diferente, que no era una de ellas y que había alguien más que lo sabía también y lo veía, así que ya podían darse por enteradas.

Edy arregló al nene Boardman para marcharse y Cissy recogió la pelota y las palas y cubos y ya era hora de marcharse porque le iba tocando quedarse duermes al señorito Boardman y Cissy le decía también que ya venía Fernandillo y el nene se iba a mimí y el nene estaba riquísimo riéndose con los ojos felices, y Cissy le dio una metida así jugando en la barriguita, y el nene, sin pedir permiso siquiera, disparó sus saludos en el babero nuevecito.

—¡Ay, ay! ¡Qué cochinillo! —protestó Ciss—. Se ha echado a perder el babero.

El leve contratiempo reclamó su atención pero en un abrir y cerrar de ojos arregló el asunto.

Gerty sofocó una exclamación reprimida y tosió nerviosamente y Edy preguntó qué pasaba y ella estuvo a punto de decirle que lo cazara al vuelo pero siempre era señorial en sus modales así que sencillamente lo dejó correr con tacto consumado diciendo que era la bendición porque precisamente entonces sonaba la campana en el campanario sobre la tranquila playa porque el canónigo O'Hanlon estaba erguido en el altar con el velo que le había puesto el Padre Conroy alrededor de los hombros dando la bendición con el Santísimo Sacramento.

Qué conmovedora escena aquella, en la creciente penumbra del atardecer, el último atisbo de Erín, el emocionante son de aquellas campanas vespertinas y al mismo tiempo un murciélago salía volando del campanario con hiedra, a través del oscurecer, de acá para allá, con un débil grito perdido. Y ella veía allá lejos las luces de los faros tan pintorescos que le hubiera gustado copiarlas con una caja de colores porque eran más fáciles de hacer que un hombre y pronto iría el farolero dando la vuelta por delante del terreno de la iglesia presbiteriana y por la umbrosa avenida Tritonville por donde paseaban las parejas y encendería el farol junto a su ventana donde Reggy Wylie solía dar vueltas a

piñón libre mientras ella leía ese libro *El farolero*, de Miss Cummins, autora de *Mabel Vaughan* y otros relatos. Pues Gerty tenía sueños de que nadie sabía. Le gustaba leer poesía y cuando Bertha Supple le regaló de recuerdo ese delicioso álbum de confesiones de cubiertas rosa coral para que escribiera sus pensamientos, ella lo metió en el cajón de su tocador que, aunque no se excedía por el lado del lujo, estaba escrupulosamente limpio y arreglado. Allí era donde guardaba el escondite de sus tesoros de muchachita, las peinetas de tortuga, la medalla de Hija de María, el perfume rosa blanca, la cejaleína, el portaperfumes de alabastro, y las cintas para cambiar cuando le llegaban sus cosas de lavar y había algunos hermosos pensamientos escritos en el álbum con tinta violeta que compró en Hely, en la calle Dame, pues pensaba que ella también sería capaz de escribir poesía sólo con que supiera expresarse como esos versos que la impresionaron tanto que los copió del periódico que encontró una tarde envolviendo las hierbas para guisar. *¿Eres real tú, oh mi ideal?*, era el título, de Louis J. Walsh, Magherafelt, y luego había algo como *Crepúsculo, ¿jamás querrás?*, y más de una vez la belleza de la poesía, tan triste en su hermosura transitoria, le había nublado los ojos con lágrimas silenciosas por los años que se le iban escapando uno tras otro, y si no fuera por ese defecto que ella sabía no tendría por qué temer a ninguna competidora y eso fue un accidente bajando la cuesta de Dalkey y siempre trataba de ocultarlo. Pero tenía que terminar, lo presentía. Si distinguía en los ojos de él esa mágica llamada, no habría nada que la sujetara. El amor se ríe de las rejas. Ella haría el gran sacrificio. Su único empeño sería compartir los pensamientos de él. Ella sería entonces para él más preciosa que el mundo entero y le doraría sus días a fuerza de felicidad. Había una cuestión de suprema importancia y ella se moría por saber si él era casado o si era un viudo que había perdido a su mujer o alguna tragedia así como el noble de nombre extranjero del país de la canción que la tuvo que encerrar en un manicomio, cruel sólo por ser bondadoso. Pero incluso si... ¿qué, entonces? ¿Importaría mucho? Ante todo lo que sonara a indelicado en lo más mínimo, su refinada naturaleza se echaba atrás instintivamente. Odiaba a esa clase de personas, las mujeres caídas que daban vueltas por la acera delante del Dodder y se iban con soldados y hombres groseros, sin respeto por el honor de una muchacha, degradando a su sexo y siendo llevadas a la comisaría de policía. No, no: eso no. Serían nada más buenos amigos como una hermana y su hermano mayor sin nada de todo lo demás, a pesar de las convenciones de la Sociedad con mayúscula. Quizá él estaría de luto por un viejo amor de los días que ya no se pueden rescatar. Ella creía entenderle. Trataría de entenderle porque los hombres eran tan diferentes. El viejo amor esperaba, esperaba con las blancas manecitas extendidas, con suplicantes ojos azules. ¡Corazón mío! Ella seguiría su sueño de amor, los dictados de su corazón que le decían que él lo era todo para ella, el único hombre en el mundo para ella, pues el amor era la guía suprema. No importaba nada más. Pasara lo que pasara ella sería indómita, libre, sin trabas.

El canónigo O'Hanlon volvió a dejar el Santísimo Sacramento en el tabernáculo y el coro cantó *Laudate Dominum omnes gentes* y luego cerró el tabernáculo porque se había acabado la bendición y el Padre Conroy le entregó el bonete para que se lo pusiera y la malvada de Edy le preguntó si no venía también pero Jacky Caffrey gritó:

—¡Eh, mira, Cissy!

Y todos miraron era un relámpago de calor pero Tommy lo vio también detrás de los árboles junto a la iglesia, azul y luego verde y violeta.

—Son fuegos artificiales —dijo Cissy Caffrey.

Y todos bajaron corriendo por la playa para ver más allá de las casas y la iglesia, haciendo jaleo, Edy con el cochecito con el nene Boardman dentro y Cissy sujetando de la mano a Tommy y Jacky para que no se cayeran al correr.

—Vamos allá, Gerty —gritó Cissy—. Son los fuegos artificiales de la tómbola.

Pero Gerty permaneció inexorable. No tenía intenciones de estar a su disposición. Si ellas querían correr como locas, ella podía seguir sentada así que dijo que veía muy bien desde donde estaba. Los ojos que estaban clavados en ella le hacían hormiguitar las venas. Le miró un momento, encontrando su mirada, y una luz la invadió. En aquel rostro había pasión al rojo blanco, una pasión silenciosa como la tumba, que la había hecho suya. Al fin quedaban solos sin las otras que cotillearan y comentaran y ella sabía que podía confiar en él hasta la —muerte, constante, un hombre de ley, un hombre de honor inflexible hasta la punta de los dedos. A él le vibraban las manos y la cara: un temblor la invadió a ella. Gerty se echó muy atrás para mirar a lo alto los fuegos artificiales y se cogió la rodilla entre las manos para no caerse atrás al mirar y no había nadie que lo viera sino sólo él y cuando reveló así del todo sus graciosas piernas, tan hermosamente formadas, tan flexibles y delicadamente redondeadas, le pareció oír el jadeo de su corazón, el ronco respirar de él, porque conocía la pasión de hombres así, de sangre caliente, porque Bertha Supple se lo había contado una vez con mucho secreto y le había hecho jurar que nunca lo diría de aquel caballero el huésped que tenían en casa de la Dirección de Zonas Superpobladas que tenía ilustraciones recortadas de revistas con esas bailarinas de falditas cortas y patas por el aire y dijo que a veces hacía en la cama algo no muy bonito que ya se puede imaginar. Pero eso era completamente diferente de una cosa así porque había una completa diferencia porque ella casi sentía como él le atraía la cara a la de él y el primer contacto caliente de sus bellos labios. Además había absolución con tal de que no se hiciera lo otro antes de estar casados y debería haber mujeres curas que comprenderían sin que una lo dijera claro y Cissy Caffrey también a veces tenía en los ojos ese aire soñador de sueños así, así que ella también, vamos, y Winny Ripplingham tan loca por las fotos de actores y además era por culpa de esa otra cosa que venía de esa manera.

Y Jacky Caffrey gritó que miraran, que había otro y ella se echó para atrás y las ligas eran azules haciendo juego por lo de la transparencia y todos lo vieron y gritaron mira, mira ahí está y ella se echó atrás todavía más para ver los fuegos artificiales y algo raro volaba por el aire, una cosa suave de acá para allá, oscura. Y ella vio una larga bengala que subía por encima de los árboles, arriba, arriba, y en el tenso silencio, todos estaban sin aliento de la emoción mientras subía más y más y ella tuvo que echarse todavía más y más atrás para seguirla con la mirada, arriba, arriba, casi perdiéndose de vista, y tenía la cara invadida de un divino sofoco arrebatador de esforzarse echándose atrás y él le vio también las otras cosas, bragas de batista, el tejido que acaricia la piel, mejor que esas otras de pantalón, las verdes, cuatro con once, porque eran blancas y ella le dejaba y vio que veía y luego subía tan alto que se perdió de vista por un momento y ella temblaba por todo el cuerpo de echarse tan atrás y él lo veía todo bien arriba por encima de la rodilla que nadie jamás ni siquiera en el columpio ni vadeando con los pies en el agua y a ella no le daba vergüenza y a él tampoco de mirar de ese modo sin modestia porque él no podía resistir la visión de la prodigiosa revelación ofrecida a medias como esas bailarinas de falditas cortas que se portaban tan sin modestia delante de los caballeros que miraban y él seguía mirando, mirando. Ella habría deseado gritar hacia él con voz sofocada, extender sus brazos níveos para que viniera, sentir sus labios en la blanca frente, el clamar de un amor de muchacha, un gritito ahogado, arrancado de ella, ese grito que corre a través de los siglos. Y entonces subió un cohete y pam un estallido cegador y ¡Ah! luego estalló la bengala y hubo como un suspiro de ¡Ah! y todo el mundo gritó ¡Ah! ¡Ah! en arrebatos y se desbordó de ella un torrente de cabellos de oro en lluvia y se dispersaron y ¡Ah! eran todos como estrellas de rocío verdoso cayendo con doradas ¡Ah qué bonito! ¡Ah qué tierno, dulce, tierno!

Luego se disolvieron todos como rocío en el aire gris: todo quedó en silencio. ¡Ah! Ella le lanzó una ojeada al echarse adelante rápidamente, una pequeña ojeada patética de protesta lastimosa, de tímido reproche, bajo la cual él se ruborizó como una muchacha. Él estaba recostado contra la roca de detrás. Leopold Bloom (pues de él se trata) está quieto en silencio, con la cabeza inclinada ante esos jóvenes ojos sin malicia. ¡Qué bruto había sido! ¿Otra vez en eso? Le había llamado una hermosa alma inmaculada, a él, miserable, y ¿cómo había respondido? Había sido un verdadero infame. ¡Él, él precisamente! Pero había una infinita reserva de misericordia en aquellos ojos, una palabra de perdón también para él aunque había errado y pecado y se había extraviado. ¿Lo contaría eso una muchacha? No, mil veces no. Ese era el secreto entre los dos, sólo de ellos, solos en la media luz que se escondía y no había quien lo supiera ni lo contara sino el pequeño murciélago que volaba tan suavemente de acá para allá, y los pequeños murciélagos no hablan.

Cissy Caffrey silbó, imitando a los chicos en el fútbol para hacer ver qué persona más grande era: y luego gritó:

—¡Gerty, Gerty! Nos vamos. Ven acá. Se ve desde más arriba.

Gerty tuvo una idea, una de esas pequeñas astucias del amor. Deslizó una mano en el bolsillo del pecho y sacó el algodón y lo agitó en respuesta claro que sin dejarle ver a él y luego lo puso otra vez en su sitio. No sabía además si él estaba demasiado lejos. Se levantó. ¿Era el adiós? No. Tenía que irse pero se volverían a encontrar, allí, y ella lo soñaría hasta entonces, mañana, el sueño del día de ayer. Se incorporó en toda su estatura. Sus almas se unieron en una última ojeada demorada, y los ojos de él alcanzándole el corazón, llenos de un fulgor extraño, quedaron flotando en arrebató en torno a su dulce rostro floreal. Ella medio le sonrió pálidamente, una dulce sonrisa de perdón, una sonrisa al borde de las lágrimas, y luego se separaron.

Lentamente sin mirar atrás ella bajó por la playa desigual hacia Cissy, hacia Edy, hacia Jacky y Tommy Caffrey, hacia el nene Boardman. Ya estaba más oscuro y había piedras y pedazos de madera en la playa y algas resbalosas. Ella caminaba con una determinada dignidad tranquila muy característica suya pero con cuidado y muy despacio porque Gerty MacDowell era...

¿Botines estrechos? No. ¡Es cojita! ¡Oh!

El señor Bloom la observó alejarse cojeando. ¡Pobre chica! Por eso la dejan plantada mientras las otras corrían tanto. Me parecía que debía haber algún problema por su aire. Belleza plantada. Un defecto es diez veces peor en una mujer. Pero las hace corteses. Me alegro de no haberlo sabido cuando se estaba exhibiendo. De todas maneras un diablillo caliente. No me importaría. Una curiosidad como una monja o una negra o una chica con gafas. Aquella bizca es delicada. Cerca de su mes, imagino, las pone cosquillosas. Qué dolor de cabeza tengo hoy. ¿Dónde he metido la carta? Ah sí, muy bien. Toda clase de antojos raros. Lamer monedas. La chica del convento Tranquilla que me dijo aquella monja que le gustaba oler aceite mineral. Las vírgenes acaban por volverse locas supongo. ¿Hermana? ¿Cuántas mujeres lo tienen hoy en Dublín? Martha, ella. Algo en el aire. Es la luna. Pero entonces ¿por qué no menstrúan todas las mujeres al mismo tiempo con la misma luna, digo yo? Depende del momento en que nacieron, supongo. O empiezan todas a la vez y luego pierden el paso. A veces Molly y Milly juntas. De todos modos yo he sacado lo más que se podía. Me alegro muchísimo de no haberlo hecho esta mañana en el baño por su carta tonta te voy a castigar. Me ha compensado del tranviario de esta mañana. Ese pelmazo de M'Coy parándome para no decirme nada. Y su mujer contrato en provincias maleta, la voz como una piqueta. Agradecido por pequeñas bondades. Barato también. A disposición de cualquiera. Porque lo quieren ellas también. Su deseo natural. Manadas de ellas todos los anocheceres saliendo de las oficinas. Mejor con reserva. No lo quieres y te lo echan encima. Pescarlas vivas, oh. Lástima que no se puedan ver ellas mismas. Un sueño de medias bien rellenas. ¿Dónde era eso? Ah sí. Las vistas en el mutoscopio de la calle Capel: sólo para hombres. El ojo de la cerradura. El sombrero de Willy y lo que hicieron con él las chicas. ¿Fotografían de verdad a esas chicas o es todo un

truco? Es todo la ropa interior. Palpó sus curvas dentro del *déshabillé*. También las excita cuando están. Estoy toda limpia ven a ensuciarme. Y les gusta vestirse unas a otras para el sacrificio. Milly encantada con la blusa nueva de Molly. Al principio. Se lo ponen todo para quitárselo todo. Molly. Por eso le compré las ligas violeta. También nosotros: la corbata que llevaba, sus calcetines tan bonitos y pantalones con vuelta. Llevaba botines la noche que nos conocimos. Su deliciosa camisa resplandecía bajo su ¿qué? de azabache. Dicen que una mujer pierde un poco de encanto con cada alfiler que se quita. Prendidas con alfileres. Oh Mary perdió el alfiler de sus. De veinticinco alfileres para alguno. La moda es parte de su encanto. Cambia precisamente cuando uno está en la pista del secreto. Excepto en Oriente: María, Marta, ahora como entonces. No se rechaza ninguna oferta razonable. Ella tampoco tenía prisa. Siempre van a buscar a algún tío cuando la tienen. Nunca se les olvida una cita. Había salido probablemente a ver qué se pesca. Creen en la suerte porque es como ellas. Y las demás dispuestas a meterse con ella si podían. Amigas en el colegio, con los brazos al cuello unas de otras o con los dedos entrelazados, besándose y cuchicheando secretos de nada en el jardín del convento. Las monjas con caras enjalbegadas, toca helada y los rosarios, de acá para allá, vengativas también por lo que ellas no pueden tener. Alambre de espino. No te olvides de escribirme. Ya te escribiré también. ¿De verdad? Molly y Josie Powell. Hasta que llega el hombre de sus sueños y entonces se ven de Pascuas a Ramos. *Tableau!* ¡Ay, mira quién está aquí, válgame Dios! ¿Cómo te va? ¿Qué ha sido de ti? Beso y cuánto me alegra, beso, verte. Buscándose defectos la una a la otra en el aspecto. Tienes una pinta estupenda. Almas hermanas enseñándose los dientes unas a otras. ¿Cuántos te quedan? No se prestarían un puñado de sal la una a la otra.

¡Ah!

Demonios que son cuando les viene eso. Un aspecto sombrío de demonios. Molly me decía muchas veces que las cosas le pesaban una tonelada. Ráscame la planta del pie. ¡Ah, así! ¡Ah, así es estupendo! También yo lo noto. Es bueno descansar una vez de algún modo. No sé si es malo ir con ellas entonces. Seguro, en cierto modo. Estropea la leche, hace que se partan las cuerdas de violín. Algo sobre que marchita las plantas en un jardín, lo he leído. Además dicen que si se marchita la flor que lleva, es una coqueta. Todas lo son. Apuesto a que se dio cuenta de que yo. Cuando alguien se siente así muchas veces se encuentra con lo que siente. ¿Le gusté o qué? Al traje es a lo que miran. Siempre saben cuando uno les hace la corte: cuellos y puños. Bueno los gallos y los leones hacen lo mismo y los ciervos. Alguna vez podrían preferir una corbata deshecha o algo así. ¿Pantalones? ¿Y si yo cuando estaba? No. La suavidad es lo principal. No les gusta la dureza y el revolcón. Besar a oscuras y no contarlo. Vio algo en mí. No sé qué. Mejor tenerme a mí tal como soy que a algún poeta de esos con brillantina y el rizo matador bien pegado sobre la visual izquierda. Para ayudar a un caballero en trabajos literarios. Debería cuidar mi aspecto mi

edad. No la dejé que me viera de perfil. Sin embargo, quién sabe. Chicas guapas que se casan con hombres feos. La bella y la bestia. Además no puedo ser así si Molly. Se quitó el sombrero para enseñar el pelo. Ala ancha comprada para esconder la cara, si encuentra alguien que la conozca, agachándose o llevando un ramillete de flores para oler. El pelo es fuerte en celo. Diez chelines me dieron por los que se le caían a Molly al peinarse cuando estábamos sin una perra en la calle Holles. ¿Por qué no? Supongamos que él le diera dinero. ¿Por qué no? Es todo un prejuicio. Ella vale diez, quince, más, una esterlina. ¿Qué? Así lo creo. Todo por nada. Caligrafía audaz. Señora Marion. ¿Me olvidé de poner el remite en esa carta como en la postal que le mandé a Flynn? Y el día que fui a Drimmie sin corbata. El disgusto con Molly que me había puesto fuera de mí. No, me acuerdo. Richie Goulding. Ese es otro. Se le ha quedado en el alma. Es gracioso que se me paró el reloj a las cuatro y media. Polvo. Aceite de hígado de tiburón usan para limpiar podría hacerlo yo mismo. Ahorrar. ¿Fue precisamente entonces cuando él, ella?

Ah, él sí lo hizo. Dentro de ella. Ella hizo. Hecho.

¡Ah!

El señor Bloom, con mano cuidadosa, volvió a poner en su sitio la camisa mojada. Ah Señor, esa diablilla cojeante. Empieza a notarse frío y pegajoso. Consecuencia nada agradable. Sin embargo de algún modo hay que quitárselo de encima. A ellas no les importa. Halagadas quizá. A casita a su panecito con leche y a rezar las oraciones de la noche con los niños. Bueno, sí que son unas. Verla como es lo estropea todo. Tiene que tener toda la puesta en escena, el colorete, la ropa, la posición, la música. El nombre también: *Amours* de actrices. Nell Gwynn, Mrs Bracegirdle, Maud Branscombe. Se levanta el telón. Fulgor plateado de luna. Aparece una doncella de seno pensativo. Ven amorcito mío y dame un beso. Todavía noto. La fuerza que le da a un hombre. Ese es el secreto del asunto. Menos mal que me descargué ahí atrás saliendo de lo de Dignam. Era la sidra. De otro modo no habría podido. Le da a uno ganas de cantar después. *Lacaussant taratará*. ¿Y si hubiera hablado con ella? ¿De qué? Mal plan sin embargo si uno no sabe cómo acabar la conversación. Les haces una pregunta y ellas te hacen otra. Buena idea si uno no sabe qué hacer. Ganar tiempo: pero entonces se mete uno en un lío. Estupendo claro si uno dice: buenas tardes, y se ve que ella está en plan: buenas tardes. Ah pero la tarde oscura en la Vía Apia cuando casi le hablé a la señora Clinch pensando que era. ¡Uf! La chica de la calle Meath aquella noche. Todas las porquerías que le hice decir todas equivocadas claro. El cubo lo llamaba. Es tan difícil encontrar una que. ¡Ahó! Si uno no contesta cuando ellas se ofrecen debe ser horrible para ellas hasta que se curten. Y me besó la mano cuando le di los dos chelines extra. Loros. Aprieta el botón y el pájaro chilla. Lástima que me llamó señor. ¡Ah, su boca en la oscuridad! ¡Y tú, un hombre casado, con una chica soltera! Eso es lo que disfrutan. Quitarle el hombre a otra mujer. O incluso oírlo decir. Es diferente conmigo. Me alegra quitarme de encima a la mujer de otro tío. Comer

de las sobras de su plato. El tío de hoy en el Burton volviendo a escupir cartílagos masticados con las encías. Todavía llevo en la cartera el preservativo. Causa de la mitad del lío. Pero podría ocurrir alguna vez, no creo. Entre. Todo está preparado. Soñé. ¿Qué? Lo peor es empezar. Cómo cambian de música cuando no es lo que les gusta. Te preguntan le gustan las setas porque una vez conoció a un caballero que. O te preguntan lo que iba a decir alguien cuando cambió de idea y se detuvo. Sin embargo si yo llegara al fondo, decir: tenga ganas de, algo así. Porque tenía. Ella también. Ofenderla. Luego arreglarlo. Fingir necesitar algo terriblemente, luego renunciar por ella. Les halaga. Debía estar pensando en otro todo el tiempo. ¿Y qué tiene de malo? Debe ser él, él y él, desde que tiene uso de razón. El primer beso es la que lo hace todo. El momento propicio. Algo se dispara dentro de ellas. Ablandadas, se nota por sus ojos, a escondidas. Los primeros pensamientos son los mejores. Lo recuerdan hasta el día de su muerte. Molly, el teniente Mulvey que la besó debajo de la muralla mora junto a los jardines. A los quince me dijo. Pero tenía los pechos desarrollados. Luego se durmió. Después de la cena en Glencree fue eso cuando volvimos en coche a casa a la montaña del colchón de plumas. Rechinando los dientes en sueños. También el Lord Alcalde le echó el ojo. Val Dillon. Apoplético.

Ahí está con ellos ahí abajo mirando los fuegos. Mis fuegos. Subir como un cohete, bajar como un palo. Y los niños, gemelos deben ser, esperando a que pase algo. Quieren ser mayores. Vestidos con la ropa de mamá. Hay tiempo de sobra, comprender cómo es el mundo. Y la morena con esa cabeza de escoba y la boca de negra. Se veía que sabría silbar. Boca hecha para eso. Coma Molly. ¿Por qué aquella puta de lujo en Jammet llevaba el velo sólo hasta la nariz? Por favor, ¿tendría la bondad de decirme la hora? Le diré la hora en una calleja oscura. Decir prudente y prismas cuarenta veces todas las mañanas, cura para labios gordos. Acariciando al nene también. Los espectadores ven la mayor parte del juego. Claro que comprenden a los pájaros, a los animales, a los niñitos. Es su especialidad.

No se volvió a mirar cuando bajaba por la playa. No quiso dar esa satisfacción. Esas bañistas, esas bañistas, esas bañistas tan guapas y tan listas. Bonitas ojos tenía, y claros. Es el blanco del ojo lo que lo destaca, no la pupila. ¿Sabía lo que yo? Claro. Como el gato que se sienta a donde el perro no puede saltar. Las mujeres no le encuentran nunca a uno como a aquel Wilkins en la escuela secundaria dibujando una Venus y enseñándolo todo. ¿A eso se le llama inocencia? ¡Pobre idiota! Su mujer ya tiene tela cortada. Nunca se las ve sentadas en un banco con el letrero *Recién pintado*. Tienen ojos por todas partes. Miran debajo de la cama a ver lo que no hay. Deseando que les den el susto de su vida. Listas como demonios son. Cuando le dije a Molly que el hombre de la esquina de la calle Cuffe era guapo, me parecía que le podía gustar, al momento ella guipó que tenía un brazo artificial. Y lo tenía. ¿De dónde sacan eso? La mecanógrafa subiendo las escaleras de Roger Greene de dos en dos para

enseñar lo que se pudiera. Lo heredan de padre mejor dicho de madre a hija. Lo crían en los huesos. Milly por ejemplo secando el pañuelo en el espejo para ahorrarse plancharlo. El mejor sitio para un anuncio que llame la atención de una mujer es en, el espejo. Y cuando la mandé a buscar el chal de Molly Paisley en Prescott, por cierto ese anuncio tengo que, se trajo a casa la vuelta en la media. ¡Qué bichito listo! Nunca se lo dije. Una manera lista de llevar paquetes, también. Atraer a los hombres, tan pequeña. Levantando la mano, moviéndola, para que se le retirara la sangre cuando se le ponía colorada. ¿De quién has aprendido eso? De nadie. Algo que me enseñó el ama de cría. Ah ¿no saben? A los tres años ya se ponía delante del tocador de Molly antes mismo de que nos mudáramos de la calle Lombard West. Tengo una carita bonita. Mullingar. ¿Quién sabe? Así es el mundo. El joven estudiante. Bien derecha de piernas sin embargo no como la otra. Sin embargo, tenía mucho juego. Señor, estoy mojado. Qué diablillo eres. La curva de su pantorrilla. Medias transparentes, tensas a punto de romperse. No coma aquella bruja de hoy. A. E. Medias arrugadas. O la de la calle Grafton. Blancas. ¡Uh! Patas de elefante.

Reventó un cohete en remolino, deshaciéndose en petardos de relámpago. Trae, trae, trae, trae. Y Cissy y Tommy corrieron a ver y Edy detrás con el cochecito y luego Gerty más allá del saliente de las rocas. ¿Va a? ¡Fíjate, fíjate! ¡Mira! Se volvió a mirar. Ya ha caído. Guapa, te he visto las. Lo vi todo.

¡Señor!

Me ha sentado bien de todos modos. Estaba un poco desencajado después de lo de Kiernan y Dignam. Por este alivio, gracias a ti. Es de Hamlet eso. ¡Señor! Han sido todas las cosas reunidas. La excitación. Cuando se echó atrás sentí un dolor en la raíz de la lengua. Le hierve a uno la cabeza. Tiene razón. Sin embargo podría haber quedado peor aún. En vez de hablar de nada. Luego te lo contaré todo. Sin embargo, había una especie de lenguaje entre nosotros. ¿No podría ser? No, la llamaban Gerty. Podría ser un nombre falso sin embargo como el mío y la dirección Dolphin's Barn era una trampa.

*De soltera se llamaba Jemina Brown
y estaba con su madre en Irishtown.*

El sitio me ha hecho pensar en eso supongo. Todas manchadas de pez con la misma brocha. Limpiándose las plumas en las medias. Pero la pelota bajó rodando hacia ella como si comprendiese. Cada bala tiene su blanco. Verdad es que yo nunca sabía tirar nada derecho en la escuela. Torcido como cuerno de carnero. Triste sin embargo porque sólo dura unos pocos años hasta que sientan la cabeza fregando los cacharros y los pantalones de papá pronto le vendrán a Willy y el polvo de licopodio para el nene cuando le ponen a que haga caca. No es un trabajo fácil. Las salva. Las pone fuera del alcance del mal. La naturaleza. Lavar niños, lavar cadáveres. Dignam. Las manos de los niños siempre alrededor de ellas. Cráneos como cocos, monos, ni siquiera cerrados al

principio, leche agria en los pañales y cuajos manchados. No le debería haber dado a ese niño una boquilla vacía a chupar. Se llena de aire. La señora Beaufoy, Purefoy. Tengo que ir por el hospital. No sé si seguirá allí la enfermera Callan. Venía a echar una mirada a veces cuando Molly estaba en el Palacio del Café. Aquel joven médico O'Hare me di cuenta de que ella le cepillaba el abrigo. Y la señora Breen y la señora Dignam también así en otros tiempos, casaderas. Lo peor de todo por la noche, me dijo la señora Duggan en el City Arms. El marido llega rodando borracho, echando peste de taberna como un animal. Tener eso en la nariz en la oscuridad, hedor de trago pasado. Y luego preguntando por la mañana: ¿estuve borracho anoche? Mala política sin embargo echar la culpa al marido. Tirar piedras a su propio tejado. Están unidos como con cola. Quizá es también culpa de las mujeres. Ahí es donde Molly les da ciento y raya a todas. Es la sangre del Sur. Morisca. También las formas, la figura. Manos buscaron sus opulentas. Comparar simplemente por ejemplo esas otras. La mujer encerrada en casa, esqueleto en el armario. Permítame presentarle a mi. Y entonces te sacan afuera alguna especie de cosa borrosa, que uno no sabría cómo llamarla. Siempre se ve el punto flaco de un hombre en su mujer. Sin embargo, también es cosa del destino, el enamorarse. Tener sus propios secretos entre ellos. Tíos que se echarían a perder si no los tomara una mujer entre manos. Y luego unas niñitas de nada, como un chelín en calderilla de altas, con sus mariditos. Dios los crió y Dios los junta. A veces los hijos salen bastante bien. Cero más cero igual a uno. O un viejo rico de setenta años y la recién casada toda ruborosa. Casarse en mayo y arrepentirse en diciembre. Esta mojadura es muy desagradable. Pegada. Bueno el prepucio no ha vuelto a su sitio. Mejor separar.

¡Auh!

Por otra parte un larguirucho de seis pies con una mujercita hasta la cadena del reloj. La ele y la i. El grande y la chica. Qué raro lo de mi reloj. Los relojes de pulsera siempre van mal. No sé si habrá alguna influencia magnética entre la persona porque era más o menos la hora cuando él. Sí, supongo que inmediatamente. Cuando el gato no está los ratones bailan. Recuerdo que lo miré en Pill Lane. También eso es magnetismo. El magnetismo está en el fondo de todo. La tierra por ejemplo atrayendo eso y siendo atraída. ¿Y el tiempo? Bueno es el tiempo que tarda el movimiento. Entonces si se parara una cosa todo el tinglado se pararía, poco a poco. Porque está arreglado. La aguja magnética le dice a uno lo que pasa en el sol, en las estrellas. Un pedacito de acero. Cuando se acerca el imán. Ven. Ven. Tac. La mujer y el hombre es eso. Imán y acero. Molly, él. Vestirse bien y mirar y sugerir y dejarle ver a uno y ver más y desafiarte si eres hombre a ver eso y, como cuando viene un estornudo, piernas, mira, mira y si tienes tripas. Tac. Tener que descargarse.

No sé cómo se sentirá ella en esa región. La vergüenza es algo que fingen cuando hay alguien delante. Más molestia por un agujero en la media. Molly, con la mandíbula sacada y la cabeza echada atrás, por el campesino con botas

de montar y espuelas en la exposición de caballos. Y cuando estaban los pintores en la calle Lambard West. Bonita voz que tenía aquel tío. Así empezó Giuglini. Oled lo que he hecho, como las flores. Era eso. Las violetas. Probablemente venía de la trementina en la pintura. Lo aprovechan todo. Al mismo tiempo que lo hacía restregaba la pantufla en el suelo para que no oyeran ellos. Pero muchas de ellas no saben llegar al fondo, me parece. Siguen con ese asunto en suspenso durante horas. Una especie de algo general por todo alrededor y hasta la mitad de mi espalda.

Espera. Hum. Hum. Sí. Éste es su perfume. Por eso hizo señas con la mano. Te dejo esto para que pienses en mí cuando yo esté lejos en la almohada. ¿Qué es? ¿Heliotropo? No, ¿jacinto? Hum. Rosas, me parece. A ella le gustaría esta clase de olor. Dulce y barato: se echa a perder pronto. Por eso le gusta a Molly el opopánax. Le va bien con un poco de jazmín mezclado. Sus notas altas y bajas. En la noche del baile le conocí, la danza de las horas. El calor lo hacía notar. Ella llevaba su traje negro y tenía el perfume de la otra vez. Buen conductor, ¿no es verdad? ¿O malo? La luz también. Supongo que habrá alguna conexión. Por ejemplo si uno entra en un sótano cuando está oscuro. Cosa misteriosa también. ¿Por qué no lo he oído hasta ahora? Ha tardado su tiempo en llegar como ella, lenta pero segura. Supongo que es todos esos millones de granitos pequeños traídos acá por el viento. Sí, eso es. Porque esas islas de las especias, los cingaleses de esta mañana, las huelen a leguas. Le dicen a uno lo que es. Es como un velo fino o una telaraña por toda la piel, fina como cómo se llama hilos de la Virgen y siempre lo van soltando fuera en hilos, fina como lo que más, colores del arco iris sin saberlo. Se pega a todo lo que se quita. El pie de la media. Zapato caliente. Faja. Bragas: una patadita, al quitárselas. Adiós hasta la próxima. También a la gata le gusta olerle el camisón en la cama. Conoce su olor entre mil. También el agua del baño. Me recuerda las fresas con nata. No sé dónde es realmente. Ahí o en los sobacos o debajo del cuello. Porque se saca de todos los agujeros y rincones. El perfume de jacinto hecho de aceite o éter o no sé qué. La rata almizclada. Bolsa debajo de la cola un grano lanza olor para años. Los perros unos a otros por detrás. Buenas tardes. Buenas. ¿Cómo huele usted? Hum. Hum. Muy bien, gracias. Los animales se guían por eso. Sí, ahora, mirarlo desde ese punto de vista. Somos iguales. Algunas mujeres por ejemplo te mantienen a distancia cuando están con el período. Acércate. Entonces te sueltan una peste que se masca. ¿Como qué? Arenques en conserva echados a perder o. ¡Puf! Se prohíbe pisar la hierba.

Quizá ellas nos notan un olor a hombre. Pero ¿qué? Guantes cigarrosos que tenía Long John en la mesa el otro. ¿Aliento? Lo que uno come y bebe lo da. No. Olor de hombre, quiero decir. Debe estar relacionado con eso porque los curas que se supone que son diferentes. Las mujeres zumban alrededor como moscas en torno a la melaza. Separadas del altar por una baranda se echan a ello a toda costa. El árbol del cura prohibido. Oh padre ¿desea? Permítame ser la primera

en. Eso se difunde por todo el cuerpo, lo permea. Fuente de vida y es enormemente curioso el olor. Salsa de apio. Con permiso.

El señor Bloom metió la nariz. Hum. En la. Hum. Abertura del chaleco. Almendras o. No. A limones, es. Ah, no, es el jabón.

Ah por cierto aquella loción. Sabía que tenía que acordarme de algo. No volví y el jabón sin pagar. No me gusta llevar botellas como la bruja de esta mañana. Hynes me podría haber pagado los tres chelines. Podía haber nombrado a Meagher sólo para recordárselo. Sin embargo si se trabaja lo de ese entrefilet. Dos con nueve. Mala opinión de mí que tendrá. Iré por allí mañana. ¿Cuánto le debo? ¿Tres con nueve? Dos con nueve, caballero. Ah. A lo mejor otro juez no dará crédito. Así se pierden los clientes. En los bares pasa. Un tío deja que le crezca la cuenta en la pizarra y luego se escurre por ahí por las callejuelas a buscar otro sitio.

Ahí está ese noble que pasó antes. Lo ha traído el viento de la bahía. Sólo llegó hasta allí y vuelta atrás. Siempre en casa a la hora de la cena. Tiene la cara hinchada: ha debido atracarse. Disfrutando la naturaleza ahora. Acción de gracias después de las comidas. Después de cenar andar una milla. Seguro que tiene una cuentecita en el banco por ahí, funcionario del gob. Andar detrás de él ahora ponerle en ridículo como esos vendedores de periódicos hoy conmigo. Sin embargo se aprende algo. Vernos a nosotros mismos como nos ven los demás. Con tal que no se burlen las mujeres ¿qué importa? Así es como se averigua. Pregúntate a ti mismo ahora quién es él. *El hombre misterioso de la playa*, cuento premiado, por el señor Leopold Bloom. Pago a razón, de una guinea por columna. Y ese tipo de hoy junto a la tumba con su macintosh pardo. Callos en su horóscopo sin embargo. Sano quizá absorber todo él. El pito trae lluvia dicen. Debe estar en alguna parte. La sal en el Ormond estaba húmeda. El cuerpo siente la atmósfera. Las coyunturas de la vieja Betty la tienen atormentada. La profecía de la Madre Shipton que es sobre naves por ahí que vuelan en un instante. No. Señales de lluvia es eso. El Almanaque. Y las colinas lejanas parecen acercarse.

Howth. El faro de Bailey. Dos, cuatro, seis, ocho, nueve. Ves. Tiene que cambiar o creerían que es una casa. Los que viven de naufragios. Grace Darling. La gente tiene miedo a la oscuridad. También luciérnagas, ciclistas: hora de encender. Joyas diamantes resplandecen mejor. La luz da coma tranquilidad. No te va a hacer daño. Mejor ahora claro que hace mucho tiempo. Caminos de campo. Te sacaban las tripas por nada. Sin embargo hay dos tipos que te salen al encuentro. Mala cara o sonrisa. ¡Perdón! Nada de eso. La mejor hora también para regar las plantas a la sombra después del poniente. Alguna luz todavía. Los rayos rojos son los más largos. Roygbiv Vance nos enseñó: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta. Veo una estrella. ¿Venus? No sé decir todavía. Dos, cuando hay tres es de noche. ¿Estaban ahí todo el tiempo esas nubes negras? Parece un barco fantasma. No. Espera. Son árboles. Una ilusión

óptica. Tierra del sol poniente, ésta. El sol de la autonomía se pone en el sudeste. Tierra mía natal, buenas noches.

Rocío cayendo. No te sentará bien, guapa, estar sentada en esa piedra. Da flujo blanco. Nunca tendrás un nenito luego a menos que sea grande y fuerte como para abrirse paso para arriba peleando. Podría darme almorranas a mí también. Se pega también como un catarro de verano, una pupa en el labio. Cortarse con hierba o papel lo peor. Fricción de la posición. Me gustaría ser la piedra en que ella se sentó. Ah guapina, no sabes qué mona estabas. Empiezan a gustarme de esa edad. Manzanas verdes. Echar mano a todo lo que se ofrece. Imagino que es la única vez que cruzamos las piernas, sentados. También en la biblioteca hoy: aquellas chicas graduadas. Felices las sillas debajo de ellas. Pero es el influjo del atardecer. Ellas notan todo eso. Abiertas como flores, saben sus horas, girasoles, alcachofas de Jerusalén, en salones de baile, arañas, alamedas bajo las farolas. Damas de noche en el jardín de Mat Dillon donde le besé el hombro. Me gustaría tener un retrato al óleo de ella entonces en tamaño natural. Junio era también cuando la cortejé. Vuelve el año. La historia se repite. Oh cumbres y montañas, con vosotras estoy de nuevo. Vida, amor, viaje en torno a tu propio mundillo. ¿Y ahora? Lástima que sea cojita claro pero hay que estar en guardia y no sentir demasiada compasión. Se aprovechan.

Todo tranquilo en el Howth ahora. Las colinas lejanas parecen. A donde nosotros. Los rododendros. Soy un tonto quizá. Él se lleva las ciruelas y yo los huesos. Es lo que me toca. Todo lo que ha visto esa vieja colina. Los nombres cambian: eso es todo. Amantes: ñam ñam.

Cansado me siento ahora. ¿Me levanto? Ah espera. Me ha vaciado toda la hombría de dentro, esa granujilla. Me besó. Mi juventud. Nunca más. Llega sólo una vez. O la suya. Tomar el tren mañana allí. No. Volver no es lo mismo. Como de pequeños la segunda visita a una casa. Lo nuevo quiero yo. Nada nuevo bajo el sol. Lista de Correos Dolphin's Barn. ¿No eres feliz en tu? Niño malo querido. En Dolphin's Barn, las charadas en casa de Luke Doyle. Mat Dillon y su enjambre de hijas: Tiny, Atty, Floey, Maimy, Louy, Hetty. Molly también. El ochenta y siete era. El año antes que nos. Y el viejo comandante apegado a su traguito de licor. Curioso ella hija única yo hijo único. Así eso se repite. Crees que estás escapando y tropiezas contigo mismo. Él rodeo más largo es el camino más corto a casa. Y precisamente cuando él y ella. Caballo de circo dando vueltas a la pista. Rip van Winkle hacíamos. Rip: *rip*, desgarrón en el gabán de Henny Doyle: Van: *van*, furgón del pan repartiendo. Winkle: *winkle*: conchas y moluscos. Luego yo hacía Rip van Winkle volviendo a casa. Ella apoyada en el aparador mirando. Ojos morunos. Veinte años dormido en la Cueva del Sueño. Todo cambiado. Olvidado. Los jóvenes son viejos. Su escopeta oxidada del rocío.

Mu. ¿Qué es lo que vuela por ahí? ¿Una golondrina? Murciélago probablemente. Se cree que soy un árbol, de tan ciego. ¿No tienen olfato los pájaros? Metempsicosis. Creían que alguien se podía convertir en árbol, de

dolor. Sauce llorón. Mu. Ahí va. Mendiguito gracioso. No sé dónde vivirá. El campanario ahí arriba. Muy probable. Colgando de los talones en olor de santidad. La campana le hizo salir asustado, supongo. Parece que la misa ha terminado. Les oía a todos en ello. Ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Y ruega por nosotros. Buena idea la repetición. Lo mismo con los anuncios. Cómprendos a nosotros. Y cómprenos a nosotros. Sí, ahí está la luz en la casa del cura. Sus frugales comidas. Te acuerdas del error en la valoración cuando estaba con Thom. Veintiocho era. Dos casas tienen. El hermano de Gabriel Conroy es coadjutor. Mu. Otra vez. No sé por qué salen de noche como los ratones. Son una raza mezclada. Pájaros son, como ratones que saltan. ¿Qué les da miedo, la luz o el ruido? Mejor seguir quieto. Todo instinto como el pájaro en la sequía que sacó agua hasta la punta del cacharro echando dentro piedras. Como un hombrecito con capa es, con manitas. Huesecitos pequeños. Casi se les ve lucir en una especie de blanco azulado. Los colores dependen de la luz que uno ve. Mirando fijo al sol por ejemplo como el águila luego se mira a un zapato se ve un borrón una mancha amarillenta. Quiere dejar su marca registrada en todas partes. Por ejemplo, ese gato esta mañana en la escalera. Color de turba marrón. Dicen que nunca se ven de tres colores. No es verdad. Aquella gata atigrada blanca concha de tortuga en el City Arms con la letra M en la frente. El cuerpo de cincuenta colores diferentes. Howth hace un rato amatista. Cristal brillando. Así es como ese sabio como se llame con la lente de quemar. Luego los brezales se queman. No pueden ser las cerillas de los excursionistas. ¿Qué? Quizá los palos secos restregándose en el viento y la luz. O botellas rotas entre las matas hacen de lente de quemar al sol. Arquímedes. ¡Ya está! No tengo tan mala memoria.

Mu. Quién sabe qué buscarán siempre volando. ¿Insectos? Esa abeja la semana pasada que se metió en el cuarto jugando con su sombra en el techo. Podría ser la que me picó, volviendo a ver. Los pájaros también nunca se averigua qué dicen. Como nuestro charloteo. Y dice ella y dice él. Qué valor que tienen para volar sobre el mar y vuelta. Muchos de ellos deben morir en tormentas, cables de telégrafo. Vida terrible también la de los marineros. Esas bestias enormes de vapores transatlánticos tirando adelante en la oscuridad, mugiendo como vacas marinas. *Faugh a ballagh*. Quita de ahí, maldita sea tu alma. Otros en barcos de vela, con una velita como un pañuelo, tirados de acá para allá como el rapé en un velorio cuando soplan fuerte los vientos de tormenta. Casados también. A veces lejos durante años en los confines de la tierra no sé dónde. No hay confines en realidad porque es redonda. Una mujer en cada puerto dicen. Ya tiene buen trabajo si se está quietecita hasta que su Johnny vuelve al hogar. Si es que vuelve. Oliendo las callejuelas de los puertos. ¿Cómo les puede gustar el mar? Y sin embargo les gusta. Se ha levado el ancla. Allá que navega con un escapulario o una medalla encima para darle suerte. ¿Bueno? Y los tephilim no cómo se llama eso que tenía el padre del pobre papá en la puerta para tocarlo. Eso nos sacó de la tierra de Egipto trayéndonos a la

casa de esclavitud. Hay algo en todas esas supersticiones porque cuando uno sale nunca se sabe qué peligros. Agarrado a una tabla o a horcajadas en una viga para salvar la perra vida, con el salvavidas a la cintura, tragando agua salada, y ése es el final de sus penas hasta que lo ven los tiburones. ¿Se marean los peces alguna vez?

Y luego viene una hermosa calma sin una nube, mar liso, plácido, la tripulación y la carga hechos picadillo, en el fondo de la mar. La luna mirando desde arriba. No es culpa mía, mi viejo.

Una larga bengala perdida subió errante por el cielo desde la tómbola Mirus a beneficio del hospital Mercer y estalló, cayendo, y dispersó un racimo de estrellas violetas menos una blanca. Flotaron, cayeron: se desvanecieron. La hora del pastor: la hora de los abrazos: la hora de la cita. De casa en casa, dando su doble aldabada siempre bienvenida, andaba el cartero de las nueve, la lámpara de luciérnaga en el cinturón fulgiendo acá y allá entre los setos de laurel. Y entre los cinco árboles jóvenes una vara de encender izada encendía el farol en Leahy's Terrace. Junto a celosías iluminadas de ventanas, junto a jardines todos iguales, pasaba una voz aguda gritando, gimiendo: ¡*El Evening Telegraph, edición extraordinaria!* ¡*Los resultados de la Copa de Oro!*!, y desde la puerta de la casa de Dignam un chico salió corriendo para llamarle. Tembloteando, el murciélago volaba por aquí, volaba por allá. Allá lejos sobre las arenas se deslizaba la rompiente subiendo, gris. El Howth se disponía al sueño, cansado de los días largos, de los rododendros yumyum (se hacía viejo) y se alegraba de notar que se levantaba la brisa nocturna desordenándole su vello de helechos. Sólo dejaba abierto un ojo rojo que no dormía, respirando hondo y lento, adormilado pero despierto. Y allá lejos en los bajos de Kish el barco faro, anclado, fulguraba guiñando el ojo al señor Bloom.

Vaya vida que deben tener esos tíos ahí fuera, sujetas en el mismo sitio. Dirección de Faros de Irlanda. Penitencia por sus pecados. También los guardacostas. Cohete y boya y barca de salvamento. El día que salimos al crucero de excursión en el *Erin's King*, echándoles encima el saco de papeles viejos. Los osos en el zoo. Una excursión sucia. Borrachos saliendo a remover el hígado. Vomitando sobre la borda para alimentar a los arenques. Náusea. Y las mujeres, el temor de Dios en la cara. Milly, ni señal de mareo. Con el chal azul al viento, riendo. No saben lo que es la muerte a esa edad. Y además tienen limpio el estómago. Pero de perderse sí tienen miedo. Cuando nos escondimos detrás del árbol en Crumlin. Yo no quería. ¡Mamá, mamá! Niños en el bosque. Asustándoles también con caretas. Echándoles al aire para recogerles. Te voy a matar. ¿Es sólo a medias una broma? O los niños que juegan a la guerra. Muy en serio. ¿Cómo puede la gente apuntarse con fusiles unos a otros? A veces se disparan. Pobres chicos, Únicas molestias los sarpullidos y la urticaria. Una purga de calomelano le di a ella para eso. Después de sentirse mejor, dormida con Molly. Tiene los mismos dientes que ella. ¿Qué es lo que aman? ¿Otras ellas mismas? Pero la mañana que la perseguía con el paraguas. Quizá no como para

hacerle daño. Le tomé el pulso. Palpitando. Una manita que era: ahora grande. Queridísimo papi. Todo lo que dice la mano cuando uno toca. Le encantaba contarme los botones del chaleco. Su primera faja me acuerdo. Me dio risa verlo. Pechitos para empezar. El izquierdo es más sensible, me parece. También el mío. Más cerca del corazón. Se forran de almohadillado si está de moda el grueso. Sus dolores de crecimiento por la noche, llamando, despertándome. Asustada que estaba la primera vez que le vino lo que era natural. ¡Pobre chica! También un momento extraño para la madre. Le trae otra vez cuando era muchacha. Gibraltar. Mirando desde Buena Vista. La torre de O'Hara. Las aves marinas chillando. El viejo mono de Berbería que se engulló a toda la familia. La puesta de sol, cañonazo para que se retiraran los soldados. Asomada mirando al mar me dijo ella. Una tarde como ésta, pero clara, sin nubes. Siempre creí que me casaría con un Lord o un caballero con un yate particular. *Buenas noches, señorita. El hombre ama la muchacha hermosa.* ¿Por qué a mí? Porque tú eras tan diferente de los demás.

Más vale no quedarme aquí plantado toda la noche como una lapa. Este tiempo le deja a uno atontado. Deben ser casi las nueve por la luz. A casa. Demasiado tarde para Leah, el *Lirio de Killarney*. No. Todavía podría estar levantada. Pasaré por el hospital a ver. Espero que ya haya acabado. He tenido un día muy largo. Martha, el baño, el entierro. la Casa de Llaves, el museo con esas diosas, la canción de Dedalus. Luego aquel matón en Barney Kiernan. Se lo canté bien claro. Esos bocazas borrachos. Lo que le dije de su Dios le hizo parpadear. Es un error devolver golpe por golpe. ¿O? No. Deberían irse a casa y reírse de ellos mismos. Siempre quieren estar bebiendo en compañía. Miedosos de estar solos como un niño de dos años. Y si me hubiera dado. Mirémoslo por el otro lado. No está tan mal. Quizá no tiraba a dar. Tres hurras por Israel. Tres hurras por la cuñada que arrastra por ahí, con tres colmillos en la boca. El mismo estilo de belleza. Gente especialmente agradable para una tacita de té. La hermana de la mujer del salvaje de Borneo ha llegado a la ciudad. Imagínatela de madrugada y de cerca. Cada cual a su gusto como dijo Morris cuando besó a la vaca. Pero lo de Dienam ha sido el remate. Las casas en duelo son muy deprimentes porque nunca se sabe. De todos modos ella necesita el dinero. Tengo que ir a ver a esas viudas escocesas como prometí. Nombre extraño. Dan por descontado que nosotros vamos a estirar la pata antes. Aquella viuda era el lunes delante de Cranmer que me miró. Enterró al pobre marido pero progresando favorablemente en lo del seguro. El óbolo de la viuda. ¿Bueno? ¿Qué esperas que haga? Tiene que salir adelante. A los viudos me fastidia verlos. Tienen un aire tan perdido. El pobre O'Connor con la mujer y cinco hijos envenenados por moluscos ahí. El alcantarillado. Sin esperanza. Alguna buena matrona con sombrero de olla que le haga de madre. Se le lleva a remolque, con su cara de plato y un gran delantal. Pantaloncitos grises de señora, de franela, a tres chelines, ganga asombrosa. Fea y amada, amada para siempre, dicen. Fea: ninguna mujer cree que lo es. Amar, mentir y estar guapa porque mañana

moriremos. Verle a veces andando por ahí tratando de averiguar quién le gastó la broma. V.E.: ve. Es el destino. Él, no yo. También una tienda me he dado cuenta muchas veces. Una maldición parece perseguirlo. ¿Soñé anoche? Espera. Algo confuso. Ella llevaba babuchas rojas. Turca. Llevaba calzones. Y si fuera verdad. ¿Me gustaría en pijama? Es muy difícil contestar. Nannetti se ha ido. En el barco correo. Cerca de Holyhead a estas horas. Tengo que arreglar ese anuncio de Llaves. Trabajar a Hynes y a Crawford. Enaguas para Molly. Tiene algo que meter en ellas. ¿Esto qué es? A lo mejor dinero.

El señor Bloom se inclinó y dio la vuelta a un trozo de papel en la playa. Se lo acercó a los ojos y lo escudriñó. ¿Carta? No. No puedo leerlo. Mejor me voy. Mejor. Estoy cansado para moverme. Una página de un cuaderno viejo. Todos esos hoyos y guijarros. ¿Quién podría contarlos? Nunca sabe uno lo que se encuentra. Una botella con la historia de un tesoro lanzada desde un barco naufragado. Paquete postal. Los niños siempre quieren tirar cosas al mar. ¿Confianza? Tirar pan al agua. ¿Esto qué es? Un palito.

¡Ah! Esa hembra me ha dejado agotado. Ya no soy tan joven. ¿Vendrá mañana aquí? Esperarla en algún sitio para siempre. Debe volver. Los asesinos vuelven. ¿Volveré yo?

El señor Bloom revolvió suavemente con el palo la arena a sus pies. Escribirle un mensaje. Podría durar. ¿Qué?

YO.

Algún pies planos lo pisará mañana. Inútil. Lo borrará el agua. La marea llega aquí un charco cerca de ella. Inclinarle, verme ahí la cara, espejo oscuro, echarle el aliento, se mueve. Todas esas rocas con líneas y cicatrices y letras. ¡Ah, esa transparencia! Además no saben. Cuál es el significado de ese otro mundo. Te llamé niño malo porque no me gusta.

SOY. S.

No hay sitio. Déjalo.

El señor Bloom borró las letras con su lenta bota. Cosa desesperanzada, la arena. No crece nada en ella. Todo se desvanece. No hay miedo aquí de que pasen grandes barcos. Excepto las gabarras de Guinness. Dan la vuelta al Kish en ochenta días. Hecho medio aposta.

Tiró lejos su pluma de madera. El palo cayó en arena de aluvión, se clavó. Bueno si uno tratara de hacerlo toda una semana no podría. Suerte. No volveremos a encontrarnos. Pero ha sido estupendo. Adiós, guapa. Gracias. Me ha hecho sentirme muy joven.

Un sueñecito ahora si lo echara. Deben ser cerca de las nueve. El barco de Liverpool se fue hace mucho. Ni el humo. Y ella puede hacer lo otro. Lo hizo. Y Belfast. Yo no iré. A la carrera allí, a la carrera de vuelta a Ennis. Déjale a él. Sólo cerrar los ojos un momento. Pero no voy a dormir. Medio sueño. Nunca vuelve un sueño. El murciélago otra vez. No hace daño. Sólo unos pocos.

Oh dulcísima toda tu blancurita de chica vi hasta arriba sucia braguita me hizo hacer el amor pegajoso nosotros dos niño malo Grace Darling ella a él a y

media la cama metense cosas frivolidades para Raoul para perfume tu mujer pelo negro curvas bajo embon señorita ojos jóvenes Mulvey opulentas años sueños volver callejas Agendath desmayando amorcito me enseñó su año que viene en bragas en su que viene.

Un murciélago voló. Aquí. Ahí. Aquí. Lejos en lo gris repicó una campana. El señor Bloom con la boca abierta, la bota izquierda hundida en la arena de medio lado, se inclinó, respiró. Sólo unos pocos.

Cucú.

Cucú.

Cucú.

El reloj sobre la chimenea en casa del cura cantó mientras el canónigo O'Hanlon y el Padre Conroy y el reverendo John Hughes S. J. tomaban té con galletas con mantequilla y chuletas de cordero fritas con salsa de tomate y hablaban de

Cucú.

Cucú.

Cucú.

Porque era un pequeño canario lo que salía de su casita a decir la hora Gerty MacDowell se dio cuenta la vez que estuvo allí porque era rápida como nada en cosas así, sí que lo era Gerty MacDowell, y se dio cuenta en seguida de que ese caballero extranjero que estaba sentado en las rocas estaba

Cucú.

Cucú.

Cucú.

Compuesto e impreso
en el mes de abril de 1976
por Grafos, S. A. Arte sobre papel
Paseo Carlos I, 157
Barcelona 13